



LA FASCINANTE
HISTORIA DE LAS
PALABRAS

por RICARDO SOCA

se

Lectulandia

Una visita a la historia de las palabras de nuestro idioma; un viaje inolvidable a través de los siglos y a lo largo de los cinco continentes, recorriendo épocas y culturas, y reviviendo antiguas leyendas en busca del origen de las palabras.

Obra imprescindible para quien da sus primeros pasos en el apasionante campo de la Etimología.

Lectulandia

Ricardo Soca

La fascinante historia de las palabras

ePub r1.0

Titivillus 25.08.16

Título original: *La fascinante historia de las palabras*

Ricardo Soca, 2013

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

Por Fernando Navarro^[0]

De igual manera que en una vida —lo aprendemos con los años— caben muchas vidas, también en una palabra caben muchas palabras. Toda palabra, por mucho que hoy la usemos con la despreocupación que da lo cotidiano, arrastra consigo, en realidad, una historia milenaria de cambios, evoluciones y mutaciones; de aventuras y viajes; de odios y amores; de conquistas, luchas e invasiones; de contactos culturales e intercambios comerciales; de olvidos, desapariciones, y reapariciones.

Como sucede con otros milagros cotidianos, la fuerza de la costumbre hace que muchos hablantes hayan perdido ya la capacidad de asombro y fascinación ante el milagro del lenguaje, que hoy ya sólo nos deslumbra, maravilla y embelesa cuando, al comienzo de la vida, el bebé va adquiriendo, con esfuerzo y placer, las primeras palabras: mamá, papá, tete, agua, nene, no. Pero esta fascinación de los padres ante las primeras palabras de su hijo dura poco. En seguida nos dejamos ganar por el tedio de la rutina, el encanto de lo nuevo se desvanece, y nadie se admira más de que ese mismo niño, luego adulto, siga adquiriendo de forma constante, y por millares, nuevos vocablos que le permiten expresar el mundo que percibe a su alrededor, los sentimientos que brotan en su interior, y las ideas y pensamientos que elabora.

Un modo seguro de recuperar la fascinación por el lenguaje, más allá de los primeros balbuceos del bebé, es pedir a las palabras que nos hablen de su origen y de su historia. De eso trata este libro. Y digo que es modo seguro porque resulta imposible conocer la historia de las palabras y no amarlas. Buena prueba de ello es el propio Ricardo Soca. Basta echar un vistazo a sus notas etimológicas para advertir en este periodista uruguayo, carioca de adopción, a un enamorado de las palabras. A un filólogo, podríamos decir en puridad etimológica; pues las raíces griegas *phyllos* y *logos* nos demuestran que, antes de convertirse en los cargantes sabiondos rodeados de libracos polvorientos que hoy conocemos, los filólogos hubieron de ser logófilos empedernidos y hubieron de estar

apasionadamente enamorados de las palabras, amartelados con los vocablos, encelados con el idioma. Logófilos empedernidos serán asimismo, a ciencia cierta, buena parte de los lectores atraídos por este libro. Y, lo que es más importante, logófilos llegarán a ser —estoy convencido de ello—, muchos otros lectores que tal vez por mera curiosidad hayan tomado este libro del anaquel de la librería, pero que habrán de sentirse luego atrapados por la fascinante historia de las palabras.

Y es que *La curiosa historia de las palabras* lo es de veras. Soca se vale de la etimología, disciplina que se ocupa del origen de las palabras, para llevarnos de viaje por tierras remotas —remotas en la distancia o en el tiempo— y presentarnos a grandes personajes de la historia o a figuras anónimas de todos los tiempos que, sin ellos ni nosotros sospecharlo, acuñaron las palabras que hoy empleamos y sentimos propias.

Hojeando las páginas que siguen aprenderemos —o, en el caso de lo más eruditos, recordaremos— que el *alcohol* y la *belladona* guardan íntima relación con la historia de la cosmética y la belleza femenina; que nada menos que Pablo de Tarso, el apóstol de los gentiles, está en el origen mismo de la voz *adefesio*; que para los etruscos —y para nosotros con ellos—, los *adivinos* eran hombres divinos. Aprenderemos que el nombre del *edredón*, como su uso, nos vino de la fría Escandinavia, y, de modo parecido, el nombre del *ajedrez*, como el mismo juego, nos vino de la lejana India; la misma lejana India que nos ha dado también, más modernamente, palabras como *champú* o *pijama*.

Conoceremos personajes insólitos: ¿quién fue esa princesa Berenice que prestó su nombre a nuestro *barniz*? ¿Sabías acaso, lector, que un instrumentista vienés bautizó al *acordeón*, un químico alemán a la *aspirina*, un economista francés a la *burocracia*, un médico poeta italiano a la *sífilis*, y un navegante cartaginés al *gorila*?

Descubriremos docenas de otras historias notabilísimas más que las palabras llevan consigo: Aristóteles, casi cuatro siglos antes de Cristo, usó ya el término *católico*; el nombre de la *cerveza* lo tomaron prestado los romanos de los galos; los copistas medievales usaron ya en sus escritos el signo @, que hoy nos parece tan moderno e internético; el *armiño* tomó su nombre de Armenia, pese a que, como es bien sabido, en Armenia no hay armiños; en la Grecia clásica, *Anfitrión* tuvo en su casa un invitado de lo más indeseable; la designación del *tulipán* procede no de Holanda, como

cabría pensar, sino de Turquía; las *Bahamas* son en realidad las islas de la Bajamar; los *duendes* de Gonzalo de Berceo eran muy distintos de los nuestros; la *hamburguesa*, como su propio nombre bien claramente indica, no viene de los Estados Unidos. En el siglo XVII, los españoles llamaban corsarios a los filibusteros franceses y a los bucaneros ingleses, todos ellos piratas. Las afortunadas islas Canarias recibieron su nombre de un animal muy abundante en ellas, que no es el canario. Cuando hoy un niño se trabuca y dice, con su lengua de trapo, *murciégalo* en lugar de *murciélago*, o *crocodilo* en lugar de *cocodrilo*, en realidad está llamando a estos animales por su verdadero y primitivo nombre.

El estudio del origen de las palabras nos depara, asimismo, sorpresas de lo más curioso. Según la etimología, una televisión es lo mismo que un telescopio; los varones somos, por definición, inmunes a las crisis de histeria; los soldados de infantería no pueden hablar jamás; el trabajo es siempre una tortura, e igual da un zar ruso, que un káiser alemán o un César romano. Desde el punto de vista etimológico, el hígado viene del higo, el rosario de la rosa, el salario de la sal, y el verdugo del color verde, sí, pero los coroneles, en cambio, nada tienen que ver con las coronas. Y las boticas, tan serias y farmacéuticas ellas, son, por su origen, primas hermanas no sólo de las borrachuelas bodegas, sino incluso de las finas y elegantes *boutiques* de moda.

¿Quién hubiese imaginado todo ello en este libro? Y así, medio millar de historias más.

Con todo, Ricardo Soca no ha hecho más que empezar. La increíble riqueza de nuestra lengua —de todas las lenguas— ofrece un campo inmenso de trabajo para la labor curioso etimológica. Aventuro y deseo, pues, larga vida a *La palabra del día* en la interred, y, con ella, varios tomos recopilatorios más a modo de continuación de este que ahora, lector, sostienes en la mano. Curiosidades etimológicas, desde luego, no habrán de faltarle al autor para mantenerse ocupado durante los próximos años. A modo de botón de muestra, y para facilitarle la tarea, aquí va una sugerencia para iniciar el segundo tomo de La fascinante historia de las palabras: porque, vamos a ver, ¿no es acaso sorprendente que al material con que escriben niños y maestros en encerados y pizarras lo llamemos en España «tiza» (que es palabra nahua -de origen puramente mejicano, pues, pero que hoy nadie usa en Méjico), mientras que en Méjico lo llaman «gis» (que es palabra de origen latino, muy anterior al nacimiento del

español como lengua, pero que hoy nadie entiende en España)?

PALABRAS DEL AUTOR

Las palabras son música cargada de significado. Con algunas variaciones propias de su antigüedad, los términos que usamos son los mismos que un día pronunciaron los sacerdotes babilónicos, los guerreros persas, los faraones egipcios y los sabios griegos. Cuando expresamos un juramento de amor, aunque no lo pensemos y ni siquiera lo sepamos, estamos usando casi las mismas palabras que, algún día ya olvidado en la noche de los tiempos, seguramente usaron Paris y Elena, Marco Antonio y Cleopatra o Dante y Beatriz.

Cuando gritamos de rabia o de dolor, no importa en qué lengua lo hagamos, recurrimos a vocablos que un día fueron gritados por un guerrero asiático, tal vez desde el lomo de un elefante, por un soldado espartano bajo la espada enemiga o por un legionario romano en los confines del Imperio.

Acompañar paso a paso la historia de las palabras a través de siglos y milenios, recorriendo continentes, cruzando océanos y visitando civilizaciones extintas, cuya memoria permanece semioculta a veces bajo las brumas del Neolítico, es seguir de cerca la propia aventura humana y la evolución cultural de nuestra especie, una experiencia emocionante que los invito a emprender a través de estas páginas.

Todas las palabras aquí tratadas han sido enviadas por correo electrónico —o lo serán próximamente— a la lista *La palabra del día*, que en el momento de escribir estas líneas cuenta con 223 000 suscriptores. El *Breve Diccionario Etimológico* de Joan Corominas y el *Crítico Etimológico* de Corominas-Pascual fueron la base que usé para dirimir discrepancias y aventar dudas sobre la evolución de las palabras en la historia de nuestra lengua, pero utilicé una amplia bibliografía que está detallada al final de este libro y de la cual me permito destacar las obras más usadas: *Encyclopaedia Britannica*; el *Dictionary of Word Origins*, de John Ayto; *Origins*, de Eric Partridge; el *Dictionnaire d'Étymologie*, de Jean Dubois, Henri Mitterand y Albert Dauzat y *Parentescos Insólitos del Lenguaje*, de Fernando A. Navarro. También pude extraer muchos datos

del *Dictionnaire de la Mythologie Grecque et Romaine*, de Pierre Grimal y de la versión al portugués de *The Middle Ages: a concise encyclopaedia*, de Henry Loyn.

También me resultaron de gran utilidad *A Dictionary of Selected Synonyms in the Principal Indo-European Languages*, de Carl Darling Buck, el *American Heritage Dictionary of Indo-European Roots*, organizado por Calver Watkins para Houghton Mifflin Co. (2000).

A estas obras, ya anunciadas en el primer tomo, debo añadir algunas reliquias halladas posteriormente: el erudito *Dicionário latino-portuguez*, de F. R. dos Santos Saraiva, editado por primera vez en 1927 y reeditado en 2000 en Rio de Janeiro, y *Mots derivés du latin et du grec* (1915), de I. Carré, así como el *Novo Dicionário banto do Brasil*, que me permitió desentrañar el origen de muchas palabras americanas de procedencia africana

A lo largo de este trabajo, que todavía continúa, he recibido de sugerencias sobre las más variadas materias por parte de incontables personas, a quienes reitero aquí mi reconocimiento.

Quiero agradecer también a mis compañeros del Foro Cervantes, en la internet, y a los más de 223 000 suscriptores de *La palabra del día*, de quienes durante los últimos años he recibido miles de sugerencias, muchas de las cuales fueron acogidas en este texto.

Deseo destacar la excepcional competencia de la correctora argentina Norma Tow, cuya rigurosa adhesión a la norma no siempre acaté, de forma que no le cabe ninguna responsabilidad por algún desvío, probablemente deliberado, que el lector más atento pudiera descubrir.

Este libro también es producto de la sensibilidad artística y la solvencia técnica de la editora y ortotipógrafa María Cristina «Maqui» Dutto, quien dejó su impronta en la estructura gráfica de la obra, desde una cuidadosa selección de opciones tipográficas hasta una diagramación adecuada a las características del libro.

Espero que el lector disfrute de los infinitos reflejos de los «espejos mágicos» de que nos habla Valle-Inclán: las palabras, esa milagrosa creación del cerebro humano, capaz de expresar todas las imágenes del mundo y todos los conceptos que nuestra mente puede concebir.

RICARDO SOCA

A

Ábaco

Proviene del hebreo *abaq* «polvo», que los griegos tomaron como *ábax* para designar una tabla que estaba cubierta de polvo o de arena, de modo que se pudiera escribir sobre ella. La sociedad griega era rica en matemáticos, como Pitágoras o Thales de Mileto, quienes se valían del *ábax* para desarrollar y exponer sus conceptos, por lo cual la palabra fue adquiriendo el sentido de «tabla matemática» entre los helenos.

El vocablo pasó al latín como *abacus*. Consta que el poeta romano Persio (34-62 d. de C.) lo usó con el mismo significado que los griegos, aunque otros autores le dieron el sentido de «parte de una columna».

En la primera edición del diccionario de la Academia, se registra *ábaco* como término arquitectónico: «tabléro cuadrado debaxo del Cimácio del capitel Dórico», pero en 1786 esta voz aparece en el *Diccionario castellano* (1765-1783), de Esteban de Terreros, para designar una «tabla» o «tabla de cálculo». La Academia sólo reconocería la acepción actual de ábaco, «tabla con cuentas para contar», a partir de la edición de 1884 de su diccionario.

Abadejo

En el Nuevo Testamento, la palabra *ab* —«padre» en arameo— aparece enfatizada con la grafía *abbá* y es utilizada como una exhortación al principio de la oración («Padre, Padre mío»); siempre va acompañada de su equivalente griego: «*Abbá*, Padre; aparta de mí este cáliz».

Así, el término *abbá* se convirtió para los católicos en una invocación al Dios Padre, mientras para los cristianos coptos y sirios, *Abba* es el título del patriarca de los obispos, una especie de papa. En la cábala, *Abba* es el principio original, simbolizado por la corona.

En los primeros siglos del cristianismo, *Abba* se tomó del Evangelio, con el significado de «padre», para formar la palabra *abate* en el latín eclesiástico de la Edad Media. Este término designaba a los religiosos responsables de un monasterio o abadía, por similitud al empleado para denominar a otros religiosos a los que se llamaba *padre*. Posteriormente, pasó al francés como *abbé* y al español como *abad*.

De esta última se derivó el nombre del pez de la familia del bacalao conocido como *abadejo* (*Pollachius pollachius*, el de Europa, y *Theragra chalcogramma*, el del Pacífico), aunque no se sabe con certeza cómo ocurrió esa derivación. Dicen que alguien (ciertamente muy imaginativo) habría visto en ese pez alguna semejanza con un pequeño sacerdote vestido con su sotana, y de allí el nombre *abadejo*, diminutivo de *abad*. Sin embargo, parece más verosímil la versión sostenida por Corominas, quien afirma que la acepción «pez» de *abadejo* debe de haber surgido como una variación de *curadillo* «bacalao seco», que se entendió como derivado de *cura*, en el sentido de «sacerdote», aunque en realidad provenía de *cura*, con el significado de «curar» o «preparar con sal».

Abandonar

En la lengua de los francos, *bann* significaba «poder», «jurisdicción» y dio lugar al verbo inglés *to ban* «proscribir», «impedir la entrada de alguien a un país», que llegó al portugués como *banir*, con el mismo sentido.

En francés surge el vocablo *bandon* «poder», «autoridad», del cual nace la expresión *laisser à bandon* «dejar en poder de», que más tarde originó el verbo *abandonner*, adoptado en español como *abandonar*.

Abeja

Proviene del latín *apicula*, diminutivo de *apis* o *apes*, que significaba, precisamente, *abeja*. Puede parecer curioso que el castellano haya tomado el diminutivo para denotar lo que en latín expresaba la misma palabra en sentido completo, pero es que *apicula* no quería decir solamente «abejita», sino que muchas veces se empleaba el diminutivo como variante afectiva de *apis*, que acabó por convertirse en sinónimo, como ocurrió con muchas otras palabras en latín.

La palabra *apícola*, adjetivo que significa «relativo a la apicultura», no proviene de *apicula*, sino de *apis* o *apes* y *colere* «cultivar».

Abigeato

Se llama así el robo de ganado. Abigeo es aquel que comete este delito. Ambas palabras provienen del latín *abigere* «robar ganado» y *abigeator*, *-oris* «ladrón de ganado». El vocablo latino se formó a partir del prefijo *ab-*, que denota lejanía, y de *gere*, con el sentido de «llevar», «conducir».

En español la palabra se usa desde el siglo XVII, lo que permite pensar que llegó al idioma por vía culta y no del latín peninsular. Uno de los más antiguos

ejemplos aparece en este texto de 1798, de Juan Meléndez Valdés:

Por esto las leyes las zelan y defienden con tanto cuidado, y persiguen tan severamente su abigeato. En ellas, pues, tiene este yerro su pena señalada; y a V. A. no le es dado otra cosa que pronunciarla ahora, y aplicársela al reo con igualdad inalterable para su propia corrección y escarmiento de los demás.

Abnegación

Para los latinos, *abnegatio*, *-onis* significaba «rechazo», «negativa». Provenía del verbo *abnegare* «negar, denegar, rehusar». Virgilio escribió alguna vez *abnegat vitam producere* «se niega a prolongar su vida».

Sin embargo, en latín tardío, y luego en español, la palabra adoptó el sentido de «renunciar a los propios deseos o a aquello que nos conviene».

Abogado

En nuestra lengua, abogado es no sólo el profesional del derecho, sino también aquel que aboga por alguien, en el sentido de «interceder por él».

Esta palabra proviene del participio pasivo del verbo latino *advocare*, compuesto por *ad* y el verbo *vocare*, con la denotación «llamar a alguien en auxilio o para representar a alguien ante un juez», pero también se empleaba para significar «declarar», «debatir».

Terencio escribió: *Aliquos mihi amicos advocabo* «Llamaré a algunos amigos en mi auxilio».

El verbo se empezó a usar en español en el siglo XIII como *advocar*. El participio pasado *advocatus* dio lugar en nuestra lengua a *abogado*.

Cabe hacer notar que, como ocurre en muchos casos, la palabra portuguesa equivalente —*advogado*— se mantuvo más cercana al latín.

Abolengo

Del latín *avus* «abuelo» o, más probablemente, de su derivado *avoengos*, que Virgilio empleó con el sentido de «antepasados». Covarrubias (1611) lo define como «la ascendencia de agüelos y bisagüelos».

Este término fue incluido por Nebrija en su *Diccionario latino-español* (1495), y Cervantes lo emplea en el *Quijote*:

[...] este nombre de Perlerines no les viene de abolengo ni otra alcurnia, sino porque todos los deste linaje son perláticos, y, por mejorar el nombre, los llaman Perlerines; aunque si va decir la verdad, la doncella es como una perla oriental [...].

Abracadabra

Esta palabra cabalística apareció hacia el siglo II de nuestra era, inscrita en amuletos, y se creía que poseía ciertas cualidades mágicas. El nombre se tomó de la palabra griega *abraxas*, que designaba un amuleto en el cual el término latino *abracadabra* aparecía once veces, cada vez con una letra menos hasta terminar con una *a*.

El uso de estos amuletos era común en la secta dualista de los gnósticos —creían en un dios y un demonio igualmente poderosos—, que pensaban que la salvación podía ser obtenida mediante el conocimiento esotérico, al que llamaban *gnosis*. Esta secta fue fundada en el siglo II por Basílides, un profesor de la Universidad de Alejandría, quien postulaba la existencia de Abraxas, un ser que vinculaba al culto al Sol. A las siete letras griegas de *abraxas* se les atribuían números, cuya suma arrojaba un total de 365, la cantidad de días que la Tierra tarda en recorrer su órbita.

Esta etimología de *abracadabra* es la que suscribe la Real Academia Española en su diccionario. Sin embargo, no debe desdeñarse la opinión de etimólogos ingleses que señalan que el vocablo latino se puede haber originado en la expresión aramea *abhadda kedabrah*, que significa «desintégrate (un mal o una enfermedad) como esta palabra».

Abril

Abril es el cuarto mes del año en el calendario gregoriano y uno de los cuatro con treinta días. Proviene del nombre latino *aprilis*, pero existen dudas con relación a su origen. Siempre se ha dicho que procede del latín *aperire* «abrir» porque forma parte de la estación durante la cual las flores empiezan a *abrirse* en el hemisferio Norte. Pero como los meses romanos se referían, en general, a las divinidades, y como abril estaba consagrado a Venus, algunos han sugerido que en sus orígenes el nombre de este mes podría haber sido *aphrilis*, en alusión a la Venus griega, Afrodita.

Abrojo

Se trata de una planta silvestre cuyo fruto tiene forma esférica. Está armado con fuertes púas que suelen lastimar los pies de los campesinos, que caminan descalzos por el campo.

En la Antigüedad, usar calzado era un lujo que sólo podían darse los ricos o los que, por lo menos, disfrutaban de alguna holgura financiera. Aun hoy esto es verdad en las zonas rurales de muchos países, donde son comunes las enfermedades que se transmiten por heridas abiertas en los pies.

En el Imperio romano, los campesinos que vivían en lugares en los que abundaban los abrojos recibían la advertencia *aperi oculos* «abre los ojos» no tanto, quizás, porque los propietarios rurales se preocuparan por la salud de los labriegos como por su temor de verse privados de mano de obra barata.

Con el tiempo, el español abrevió la advertencia de *aperi oculos* a un más simple *abrojo*.

Absurdo

Proviene de *absurdus*, palabra con la que los latinos calificaban todo aquello que fuera «contrario a la razón, disparatado o irracional». Este vocablo, que se usaba en alto latín para designar los sonidos desagradables al oído, se formó mediante la partícula *ab* «de» y el adjetivo *surdus* «sordo».

Como vemos, esta voz —empleada inicialmente para referirse a una deficiencia de la función auditiva, la sordera— fue adquiriendo otros significados, tales como «desagradable, disparatado, inepto o inútil».

Esta curiosa referencia metafórica al sentido del oído para aludir a funciones intelectuales ocurre en español también en otras palabras, como en *discrepar* (v. Discrepar), un caso analizado en el artículo correspondiente.

Absurdum es cosa indigna aborreçible Et fea. (Alfonso de Palencia: *Universal vocabulario de latín en romance*, 1490).

Abulia

Describe el estado caracterizado por falta de voluntad o por una disminución notable de su energía. Proviene del griego *aboulia* y éste, de *boulé* «voluntad», «deliberación», «consejo». En el año 507 antes de nuestra era, el legislador ateniense Clístenes creó un nuevo consejo deliberativo de los ciudadanos atenienses que se llamó Boulé de los 500, que un siglo más tarde inspiraría la Asamblea (*ekklesía*) de todos los ciudadanos. Con el prefijo privativo *a-*, se indica el decaimiento de la voluntad. Por más que *abulia* es un término utilizado con frecuencia para designar estados normales y pasajeros de decaimiento del

ánimo, también se usa en medicina para calificar condiciones patológicas que dejan a un individuo imposibilitado de tomar decisiones o de actuar en la vida. Esta palabra apareció por primera vez en el diccionario de la Real Academia en la edición de 1914.

Academia

Designa una sociedad científica, literaria o artística establecida con autoridad pública; también una reunión de los académicos o el lugar donde éstos se reúnen. Asimismo, un establecimiento docente de carácter profesional, artístico o técnico puede llevar este nombre. Es, además, la denominación aplicada a la escuela filosófica idealista fundada por Platón.

Akados —inicialmente *Hekados*— era un nombre griego formado por *hekás* «lejano», «distante» y *demos* «pueblo», por lo que *Akados* significaba «el que actúa independientemente del pueblo».

Según cuenta una leyenda griega, la bella Helena, hermana de los gemelos Cástor y Pólux, fue secuestrada por Teseo. El héroe ateniense Akados reveló el lugar exacto donde estaba escondida, y así pudo ser liberada por sus hermanos. Como muestra de gratitud, Cástor y Pólux le regalaron una mansión situada en las afueras de Atenas.

A su muerte, Akados la legó a la ciudad, y en el solar se creó un jardín público, conocido desde entonces como los *jardines de Akados*. Muchos años más tarde, Platón se instaló allí con sus discípulos. Con el tiempo, se lo llamó *Akadémeia*.

En el siglo VIII, Carlomagno retomó este nombre y formó en su corte un grupo de eruditos al que denominó *Academia*. Posteriormente, tal designación fue adoptada por grupos de universitarios, científicos e investigadores, y cobró auge a partir del Renacimiento, primero en las cortes italianas y luego en otros lugares de Europa.

Aceite

El aceite de oliva se obtiene por prensado en frío de las aceitunas, el fruto del olivo. El producto del primer prensado se llama *aceite extra virgen*, mientras que el resto, de varias calidades inferiores, se logra mediante prensados sucesivos, con el uso del calor en los últimos procesos. No se conoce con certeza quiénes fueron los inventores del procedimiento de extracción del aceite de las aceitunas, pero se sabe que los primeros cultivos se desarrollaron en la zona que hoy llamamos Medio Oriente, y hay testimonios de la existencia de olivos hace tres mil cuatrocientos años en Micena y en Palestina. Los fenicios lo comerciaron

por todo el Mediterráneo, y más tarde su producción se extendió desde la Bética (parte de la actual Andalucía y de Extremadura), donde, probablemente, se impuso su nombre árabe, para llegar hasta el norte de Hispania. Con posterioridad, se idearon procedimientos para la obtención de aceites a partir de otros granos, como soja, arroz, ricino, girasol, maíz, etcétera.

Sin embargo, el aceite de oliva, base de la dieta mediterránea, se destaca sobre todos los demás por su composición, que favorece la reducción de los niveles de colesterol de baja densidad (LDL) o colesterol *malo*, y aumenta los niveles del *buen* colesterol o de alta densidad (HDL). El aceite de oliva cuenta asimismo con antioxidantes naturales, tales como el α -tocoferol (vitamina E).

Tanto *aceite* como *aceituna* provienen del árabe *az zayt* y *az zaytuna*, respectivamente. *Zayt* o *zait* es una antigua palabra semita que, en hebreo y bajo la forma *zeit*, significa «olivo», el árbol que produce las aceitunas, denominado en botánica *Olea europaea*. El monte de los Olivos, donde Jesús se retiró a orar, se llama en hebreo *har-ha-zeitim*.

En lengua portuguesa, el nombre *azeite* se reserva para el aceite de oliva, mientras que los de otros frutos o granos son llamados *óleos*, pero en castellano llamamos *aceite* no sólo a los de origen vegetal, sino también a los aceites minerales derivados del petróleo, que poco tienen que ver con las aceitunas.

Acero

Desde muy antiguo, por lo menos catorce siglos antes de Cristo, el hombre descubrió que podía obtener una aleación mucho más dura y resistente si añadía una muy pequeña proporción de carbono al hierro fundido. En latín tardío se llamó a esta aleación *aciarium*, palabra derivada de *acies* «filo», lo que no debe extrañar si pensamos que el primer uso del acero fue en las armas y, probablemente, en los arados. Antes que surgiera la palabra latina y hasta comienzos de la Edad Media, se empleaba el helenismo *chalybs*. Además del español *acero*, *aciarium* dio lugar en francés a *Asier* y en portugués a *aço*. En inglés, en cambio, se adoptó *steel*, palabra emparentada con el antiguo germánico *Stakhlam*, el alemán *Stahl* y el danés *Stal*, derivadas del indoeuropeo *stek-* «mantenerse firme, fuerte».

Las fábricas donde se elabora el acero se llaman *acerías* o *plantas siderúrgicas*. Este último adjetivo, cuyo significado es «relativo al hierro», se deriva del griego *sideros* «hierro» a través del castellano *siderurgia*, que aún hoy figura en los diccionarios como «arte de extraer el hierro», pero que en la actualidad se aplica sobre todo a la fabricación de acero.

Aciago

Esta palabra aparece en nuestra lengua por lo menos desde los tiempos del *Quijote*, a comienzos del siglo XVII, siempre con el significado actual de «infausto, infeliz, desgraciado, de mal agüero», aunque también se usaba como sustantivo para denotar «desgracia».

Cervantes utiliza *aciago* por lo menos cinco veces en su obra mayor. Veamos una de ellas:

Llegóse, en fin, el día de su partida, tan alegre para don Quijote como triste y aciago para Sancho Panza, que se hallaba muy bien con la abundancia de la casa de don Diego, y rehusaba de volver a la hambre que se usa en las florestas, despoblados, y a la estrechez de sus mal proveídas alforjas.

Los romanos creían que todos los males venían de Oriente, en particular de Egipto (v. Gitano), lo que dio lugar a la expresión *dies aegyptiacus* — literalmente, día egipcio— para referirse a una jornada especialmente infausta o azarosa. Esta expresión se deformó en latín vulgar a *aciacus*, que se incorporó a nuestra lengua como aciago.

Acólito

En el castellano de hoy, acólito es el monaguillo o ayudante del sacerdote que celebra algún servicio religioso. La palabra nos llegó del latín medieval *acolytus*, derivada del griego *akholoutos* «seguidor» o, más propiamente, «el que sigue el mismo camino conmigo». El vocablo griego se formó mediante el prefijo *a-* «juntos» y *keleuthos* «senda», «camino». En Grecia, los *akholoutos* constituían una clase privilegiada de esclavos que se desempeñaban como acompañantes de sus amos, dondequiera que éstos fuesen.

En la *Vida de Sanct Isidoro*, obra escrita en el siglo XV por el Arcipreste de Talavera, Alfonso Martínez de Toledo, se explicaban así las funciones del acólito:

E al Acólito pertenesçe aparejar los çirios en el sagrario e llevarlos delante del preste e aparejar las hostias e el vino que es menester para serviçio del altar.

Acordeón

Término acuñado para describir el instrumento musical de viento formado por un fuelle cuyos dos extremos se cierran por sendas cajas, especie de estuches, en los que juegan cierto número de llaves o teclas, proporcionado al de los sonidos que emite.

Este instrumento musical fue inventado en 1829 por un músico vienés llamado Kiril Damian. El creador le dio ese nombre (en alemán, *akkordeon*) porque está dotado de un sistema de teclas que le permiten tocar acordes, o sea, varias notas que suenan al mismo tiempo en forma armónica. La palabra *acorde*, por su parte, expresa la exigencia de que los sonidos estén en armonía o *de acuerdo* entre sí, y deriva del latín *accordare* «ponerse de acuerdo», aunque llegó al español a través del francés, con la palabra *accorder*.

Aquel papelito diminuto que algunos estudiantes llevan escondido para copiar en los exámenes se llama de diversas maneras, según la región; así, en México y en algunos países de América Central y del Caribe, recibe el nombre de *acordeón* porque, para poder esconderlo mejor, los jóvenes *acordeonistas* lo doblan en muchas partes iguales, a modo de zigzag, como el fuelle de un acordeón. Confeccionar ese peculiar artificio es a veces más trabajoso que estudiar.

Acosar

Significa «perseguir a un animal o a una persona». En los últimos años del siglo xx, surgió el fenómeno del *acoso sexual*, que se define como «aquel que tiene por objeto obtener los favores sexuales de una persona, cuando quien lo realiza se halla en posición de superioridad respecto de quien lo sufre».

El acoso sexual es, sin duda, tan antiguo como la humanidad, pero saltó a la primera plana de los diarios y a los noticieros de actualidad con la emancipación de la mujer, que hoy participa de igual a igual con el hombre en el mercado de trabajo y hace valer sus derechos como nunca antes había podido hacerlo.

Sin embargo, el acoso sexual es una vía de doble sentido, de manera que también los hombres pueden ser víctimas de sus superiores jerárquicas, tal como se muestra en la película *Acoso sexual*, con Michael Douglas y Demi Moore.

El sustantivo *acoso* sólo llegó al español en la primera mitad del siglo xx, aunque el verbo *acosar* ya se usaba en nuestro idioma desde el siglo xv. Proviene del castellano antiguo *cosso*, que significaba «curso o carrera», y que, a su vez, derivaba del latín *cursus*, con el mismo significado, procedente de *currere* «correr».

Acróstico

Es una composición poética constituida por versos cuyas letras iniciales, medias o finales forman un vocablo o una frase. También se llama así a las palabras resultantes de esa composición acróstica y, como tercera acepción, al pasatiempo —frecuente en las páginas de entretenimiento de los periódicos— que consiste en hallar las voces que, colocadas en columna, configuren una determinada frase.

El acróstico más conocido de la lengua castellana es de *La Celestina*, de Fernando de Rojas, pero es un poco largo para reproducirlo aquí; presentamos el que sigue, de autor anónimo, extraído de la *Wikipedia* y dedicado a una ignota Sonia, cuyo nombre se forma con las letras iniciales y finales de cada línea:

Supiste una vez máS

Ocultar tu rostrO,

Negar al mundo ese doN

Impreciso pero dulce, asÍ,

Amante: tu bocA.

La palabra *acróstico* es un cultismo registrado en nuestra lengua desde 1703 (época de gran influencia de la cultura francesa en la corte española), a partir del francés *acrostiche*. El vocablo se formó mediante las palabras griegas *akros*, adjetivo que denotaba el extremo o la parte más elevada de alguna cosa, y *stiches* «verso». *Akros* está presente en palabras como *acrópolis* «parte más alta de la ciudad» y *acróbata* «aquel que camina sobre la punta de los pies». *Stiches* aparece en palabras vinculadas al lenguaje poético, como *hemistiquio* «mitad de un verso, separada de la otra por una cesura» y *dístico* «composición poética que consta de dos versos».

Adefesio

Adefesio se deriva de la antigua locución adverbial *ad Efesios*, que proviene, a su vez, de las palabras latinas *ad Ephesios* «a los habitantes de Éfeso», nombre de una epístola de san Pablo en la que se aludía a las penalidades sufridas por el santo durante su peregrinación a esa ciudad del Asia Menor.

Durante el tiempo que permaneció en Éfeso, san Pablo corrió serios peligros y estuvo a punto de ser asesinado por el populacho, incitado por mercaderes que vivían del culto a Diana Artemisa.

El *Diccionario histórico de la Real Academia* se hizo eco de una leyenda etimológica: un sacerdote iba a leer una de las epístolas a los corintios, pero tomó, por error, la que san Pablo había dirigido a los efesios. Según esta creencia, hoy descartada, ésa es la razón por la cual las afirmaciones equivocadas se llaman *adefesios*.

Adivinar

Posibilidad de predecir lo futuro o descubrir lo oculto utilizando agüeros o sortilegios. O, también, hacer conjeturas que permitan descubrir lo ignorado.

Aunque la Academia dice que se usa para acertar lo que quiere decir un enigma, pensamos que los enigmas se descifran, no se adivinan.

Los romanos creían que los dioses otorgaban el poder de la adivinación a hombres privilegiados por ellos, los arúspices (del etrusco *haru* «entrañas» con el verbo latino *spicio* «mirar»), así llamados porque examinaban las entrañas de las víctimas. Ésta era una vieja creencia etrusca, aunque se supone que podría ser mucho más antigua, probablemente de la época en que los pueblos indoeuropeos llegaron a la Península Itálica. Por el don que los dioses le concedían, un arúspice era también un *homo divinus* y más tarde, simplemente, *divinus*. En los primeros siglos de desarrollo del español, se registra la palabra *divino* con este sentido.

En el siglo XIII, en los poemas de Berceo, el autor más destacado de las obras devotas conocidas como mester de clerecía, ya se utilizaba el verbo *devinar*, que aparece como *adevinar* en la obra *Gran conquista de ultramar* a fines de ese siglo. El vocablo, tal como lo conocemos hoy, sólo surge en el siglo XVI.

Adolescencia

La Organización Mundial de la Salud (OMS) define la adolescencia como «el período de la vida que transcurre entre los diez y diecinueve años de edad». Constituye una fase de desarrollo psicosociosomático, situada entre la infancia y la edad adulta.

La palabra *adolescencia* proviene de la raíz indoeuropea *al-* «nutrir», «crecer», de la cual se derivó la voz latina *alere* «nutrir», «alimentar», que dio lugar a *alescere* «crecer», «aumentar». A partir de esta última, unida al prefijo *ad-*, se formó el verbo *adolescere* «crecer», «desarrollarse», y por último, del participio presente de este verbo, *adolescens*, *-entis* «el que está creciendo», se formaron en el siglo XIII las palabras francesas *adolescent* y *adolescence*, que muy pronto llegaron al español como *adolescente* y *adolescencia*, respectivamente. Unos

dos siglos más tarde, se incorporó *adolescence* al inglés, así como *adolescência* al portugués y *adolescenza* al italiano.

La palabra *adulto* también se deriva del verbo *adolescere* —más precisamente de su participio pasivo *adultus* «el que ha crecido»—, introducida en nuestra lengua a finales del siglo xv.

Adrede

Muchas hipótesis se han tejido sobre el origen de esta palabra española que ya estaba en la lengua en los tiempos del diccionario de Sebastián de Covarrubias (1611), quien explicaba su significado como equivalente a «a sabiendas», proveniente, según él, del italiano *et dritto* en el sentido de «directamente». Covarrubias también considera la posibilidad de una etimología árabe, a partir del verbo *dar i* «saber», de donde *a-drede* «a sabiendas». La Academia Española duda entre adherirse a la hipótesis del catalán *adret* y la del latín *ad directum*, casi equivalente a la de Covarrubias.

Sin embargo, Corominas (1980), la mayor autoridad en etimología española del siglo XX, desecha, con un complejo razonamiento filológico, todas esas hipótesis y afirma que no ve otra explicación que un origen gótico, que él identifica en *rhets* «consejo», que forma parte de una vasta familia de palabras en la Biblia gótica «varios de los cuales dejaron copiosa prole romance (correar, arrear, etc.)». Al latín medieval, esta palabra gótica legó *redum*, que en francés dio *roi* «rei».

En alemán antiguo, *at red* significaba «en consejo» o «en consulta», lo que habría dado en latín medieval *atrede* y luego, en romance castellano, *adrede*. Y, en efecto, en el norte de España, donde la colonización germánica fue más densa, como en Asturias, se dice *arrede* «intencionalmente, a propósito».

Adrenalina

La adrenalina o epinefrina es una hormona secretada por las glándulas suprarrenales, así llamadas por estar ubicadas encima del riñón. En situaciones de estrés, las suprarrenales segregan cantidades abundantes de esta hormona, cuya función es preparar el organismo para grandes esfuerzos físicos, estimular el corazón, elevar la tensión arterial, relajar ciertos músculos y contraer otros.

La palabra *adrenalina* fue creada por el científico que logró aislar la hormona por primera vez, el bioquímico japonés Jokichi Takamine, quien compuso el nombre utilizando *ad-* (prefijo que indica proximidad), *renalis* (relativo a los riñones) y el sufijo *-ina* (que se aplica a algunas sustancias químicas).

Aduana

Palabra legada al español por el árabe, lengua en la cual *aiwan* significa «oficina de control», incluyendo las de aduana. El vocablo árabe, por su parte, proviene del persa *diwan* «tribunal de justicia», que en español aparece también en *diván* (por metonimia, «sillón en el que se sentaban los miembros del tribunal»).

El uso en español de *adoana* se registra ya en 1261. En el corpus de la Academia encontramos este trecho de una carta enviada al rey desde Buenos Aires por Hernando Arias de Saavedra (Hernandarias) en 1604:

Tambien se a Continuado en este Tiempo el edifiçio de Las Cassas Reales, Contaduria, aduana, Cassas de cauildo y carçel que son muy conuinientes para El buen despacho, Cobro de Vuestra Real haçienda y buena execuçion de vuestra Real Justiçia [...].

Corominas señala la existencia del francés *douane* en 1372, así como la del vocablo italiano equivalente *dogana* desde muy antiguo.

Afable

Palabra formada a partir del latín *affabil*; alude a alguien con quien se puede «hablar fácilmente», «de habla agradable». El vocablo latino se formó a partir del verbo *fari* «hablar». Del mismo origen es *inefable* «aquello que no se puede expresar con palabras».

Aforismo

Es una sentencia breve que se da como regla, que resume algún conocimiento esencial, una reflexión filosófica o una máxima, y sirve como guía en una ciencia o arte.

Aforismo proviene del sustantivo griego *horos* «mojón», del cual se deriva el verbo *aphorizein* «separar», «definir», y de éste, el sustantivo *aphorismós* «definición».

Los primeros aforismos fueron los principios médicos expresados por Hipócrates (460-377 a. de C.), como el que sigue:

Las enfermedades son crisis de purificación, de eliminación tóxica. Los síntomas son defensas naturales del cuerpo. Nosotros los llamamos enfermedades, pero en realidad no son sino la curación de la enfermedad. Todas las enfermedades son una misma, y su causa es una misma en todas ellas, aunque se manifiestan por medio de diferentes síntomas, de

acuerdo con la determinada parte del cuerpo en que aparezcan.

En el ensayo *Aforismos y conocimiento*, de Carlos Enrique Berbeglia, se dice que los aforismos «no dan pie a la duda, promueven la acción gracias a la certeza que imprimen, establecen claras demarcaciones de género, raza, clase social, etcétera, permiten la reflexión del lector pero en forma circular y no necesitan ser demostrados». Es la diferencia que existe entre estos dichos y los refranes, cuya característica es ser, en general, sentencias metafóricas, de uso más común que los aforismos.

Otro derivado de *aphorizéin* es *aphorisma* «objeto puesto aparte», de donde proviene la palabra española *aporisma*, incluida en el diccionario de la Real Academia desde su primera edición de 1726: «la inflamación que suele sobrevenir en la parte del cuerpo donde se ha hecho la sangría. Es voz Griega y término de Cirugía». En esta palabra se originó el cubanismo *apolismar*, que significa «lastimar, magullar», como figura en el *Diccionario de voces cubanas*, de Esteban Pichardo (1836).

África

Los griegos dividían el mundo en tres partes: Europa, Asia y Libia. En esta división —que haría las delicias del coronel Gadafi—, Libia abarcaba toda el área que los griegos conocían del continente negro. Sin embargo, en tiempos de Heródoto ya se distinguía entre Libia (aproximadamente con su territorio actual), Egipto y Etiopía, que eran las partes del continente conocidas por los europeos. Las dos primeras estaban habitadas por hombres blancos, mientras que Etiopía se describía como un «país de hombres de estirpe divina, de rostro quemado y profunda sabiduría».

Según algunos geógrafos y etimólogos, el nombre actual *África* habría sido formado por los romanos, que lo tomaron del término *Afri*, nombre de un pueblo sobre el cual nada sabemos. Los conquistadores romanos llamaron *Africa Vetus* (África vieja) al territorio de Cartago, una vez que lo hubieron reducido a provincia, y *Africa Nova* (África nueva) a Numidia.

Finalmente, el comentarista romano Servio Honorato, que estudió a Virgilio en el siglo IV de nuestra era, planteó una hipótesis según la cual el nombre del continente provendría del latín *aprica* «soleado» o del griego *aphrike* «sin escalofríos». Es un continente cuya historia guarda aún tantos misterios que ni el origen de su nombre logramos conocer con certeza.

Afrodisíaco

Este sustantivo se aplica a las sustancias que tienen la propiedad de estimular el apetito sexual.

Los griegos ya conocían el efecto de algunas hierbas como estimulantes sexuales y hacían con ellas infusiones, que llamaron *aphrodisiakós*. El vocablo surgió del nombre de la divinidad Afrodita, hija de Zeus y Dione, diosa del amor erótico y amante de Adonis.

Según otra tradición, Afrodita era hija de Urano, cuyos órganos sexuales, extirpados por Cronos, cayeron al mar y engendraron a la diosa, que por eso se llamó *nacida de las olas*.

En Roma, Afrodita fue identificada con la antigua divinidad latina Venus, de la cual pretendía descender la familia o *gens* Iulia, a la que perteneció Julio Cesar.

A pesar de que la palabra griega tiene más de dos mil quinientos años, el primer registro de *afrodisíaco* que se conoce en castellano data de 1867, probablemente tomada del inglés *aphrodisiac*, usada en esa lengua desde un siglo antes, como creación culta a partir del nombre de las infusiones de los griegos.

Agenda

Vocablo originado en el verbo latino *ago, agere* «llevar», «conducir», «empujar», «hacer andar», «hacer». De su participio activo *agens, agentis*, en castellano se formaron *agente* hacia el siglo XVI y *agencia* y *agenciar* en el siglo XVII. *Agenda* apareció en francés en el siglo XIX, con el sentido de «las cosas que se deben hacer» y la encontramos por primera vez en castellano en 1855, con el mismo significado. En los últimos años y en algunos países, se advierte el empleo del verbo *agendar* «fijar día y hora para una determinada actividad, marcar una cita o registrarla por escrito», formado de la misma manera que *agenciar*.

Agiotista

El diccionario académico llama *agiotaje* a la especulación abusiva con fondos públicos o con seguros y, con una connotación ya no tan negativa, a la ganancia obtenida en el mercado cambiario o en el descuento de letras. Sin embargo, en muchos países se llama *agiotista* a aquel que se enriquece de manera indebida, con frecuencia acaparando mercaderías o especulando en los mercados al borde de la ley o aun fuera de ella, como sugiere este texto de Ernesto Sábato en *Sobre héroes y tumbas*:

Y cuando comencé con el cómo, ya fui imposible. Cómo se financia el partido, cómo se admite la intervención del agiotista, cómo después de

enriquecerse más con la financiación de la propaganda política se le da un puesto público [...].

La palabra italiana *agio* significó inicialmente «dinero que se paga por una comodidad o facilidad», vinculado con la idea de «interés bancario». Pasó al francés *agio* y *agiotage*, ya con el sentido de «especulación» o «ganancia indebida». Al volver al italiano con esa denotación, se duplicó la *g* para formar *aggio*, a fin de señalar mejor el nuevo significado.

Corominas registra *agio* en nuestra lengua a partir de 1831, pero los primeros casos de agiotista los hallamos sólo en la segunda mitad del siglo XIX, en José Mármol y en Benito Pérez Galdós.

Agnosticismo

Entre los que creen en la existencia de Dios como un hecho indiscutible y los que la niegan —los ateos—, surgió una tercera actitud en el siglo XIX: postular que es imposible para el hombre establecer si existe alguna forma de inteligencia superior, pues todo lo que trasciende la experiencia es inaccesible a la mente humana.

Las bases filosóficas del agnosticismo fueron sentadas en el siglo XVIII por Emmanuel Kant y David Hume, pero el nombre por el cual conocemos esta postura fue creado por el pensador británico Thomas Huxley en el siglo XIX.

Agnosticismo se derivó de la palabra griega *agnostos*, formada con el prefijo privativo *a-* antepuesto a *gnostos* «conocimiento». *Gnostos* provenía de la raíz prehistórica *gno-*, que se aplicaba a la idea de «saber». Está presente en numerosos vocablos del castellano, tales como *ignorar*, *conocer*, *ignoto*, entre otros.

Agosto

La historia de este mes se remonta a más de dos mil años, cuando agosto adquirió ese nombre debido a las ambiciones del emperador romano Cayo Julio Cesar Octavio, conocido como Octavio Augusto, quien no quería ser menos que Julio Cesar, su predecesor y padre adoptivo. *Augustus*, que no formaba parte del nombre de nacimiento, fue un título que le confirió el Senado, tomando el adjetivo que significaba «magnífico», «majestuoso», lo mismo que denota hoy *augusto* en nuestra lengua.

En el antiguo calendario romano, el año comenzaba en marzo, y el sexto mes se llamaba *Sextilis*, pero en el año 24 antes de nuestra era, Octavio Augusto decidió

darle su nombre y, desde entonces, *Sextilis* se llamó *Augustus*. Octavio imitaba así al ya fallecido Julio Cesar, quien había hecho lo mismo veintiún años antes con el quinto mes, hasta entonces llamado *Quinctilis*, que con él pasó a llamarse *Iulius* en homenaje a la familia Iulia, a la que el emperador pertenecía.

No obstante, dar su nombre a *Sextilis* le pareció poco a Octavio, quien consideraba que aún no había alcanzado la misma gloria que Julio Cesar, ya que *Iulius* tenía 31 días, y *Augustus*, sólo 29. Por esa razón, el emperador alteró la duración de varios meses, quitando y poniendo días, hasta lograr que su mes tuviera 31 días. Por eso, aún hoy, dos mil años después, julio y agosto tienen 31 días cada uno.

Cabe recordar que los miembros de la familia Iulia, a la que pertenecían Julio Cesar y, por adopción, Octavio Augusto, creían que esta *gens* había sido fundada nueve siglos antes por Iulo (Ascanio para los griegos), hijo de Eneas y nieto de la diosa Afrodita, según se narra en *La Eneida* (v. latino).

Agregar

Los romanos llamaban *grex*, *gregis* a sus rebaños. Este sustantivo dio origen a numerosas palabras de nuestra lengua, empezando por *grey*, que en el lenguaje eclesiástico alude al «rebaño» de la Iglesia.

Cuando una res se sumaba al rebaño, los latinos usaban el prefijo *a-* antepuesto a *gregis* para formar *aggregare* «agregar». Cuando una o varias reses eran separadas del grupo, se aplicaba el prefijo *se-* y se decía que eran *segregadas*. Cuando el rebaño se dividía, se añadía el prefijo *dis-* para expresar que el grupo era *disgregado*. Cuando el día llegaba a su fin, se utilizaba el prefijo *con-* para señalar que el ganado se *congregaba* en un lugar para volver al establo.

Cuando queremos decir que a los seres humanos les gusta vivir entre sus semejantes, como en un rebaño, les atribuimos carácter *gregario*. Y cuando uno de ellos se destaca del rebaño, decimos que es *egregio*.

Aguinaldo

Es un regalo que se da en Navidad o, en algunos lugares, un villancico navideño o, aun, la remuneración adicional que los trabajadores suelen cobrar a fin de año, cuyo origen se encuentra en los regalos que se intercambian desde muy antiguo en esa época, cuando se reafirman las amistades y se afianzan los lazos familiares. Es una forma de expresar y compartir con los seres queridos la renovación de las esperanzas para el nuevo año.

Esta voz se registra en español desde el año 1400, como una deformación de la

antigua *aguinando* o *aguilando*, esta última usada aún hoy en Andalucía, derivada de la expresión latina *hoc in anno* «en este año», que se empleaba como estribillo en canciones populares de fin de año.

A pesar de que su uso como remuneración del trabajo es muy común en América, el diccionario de la Real Academia no registra esa acepción.

Ahorrar

Palabra castellana equivalente al francés *épargner*, al italiano *sparagnare*, al inglés *to save*, al catalán *estalviar*, al alemán *sparen* y al portugués *poupar*.

Proviene del árabe *hurr* «libre» (por contraste con *esclavo*). En el siglo XVII, *ahorrar* todavía significaba «poner en libertad a un esclavo», aunque ya en el siglo XIII tenía el sentido de «liberar de una carga o de un esfuerzo». Sin embargo, en el *Lazarillo de Tormes* aparece con ese sentido y también con el de «hacer economías». Veamos aquí un ejemplo del primer caso:

Ya que estuve medio bueno de mi negra trepa y cardenales, considerando que a pocos golpes tales el cruel ciego ahorraría de mí, quise yo ahorrar dél; mas no lo hice tan presto por hacello más a mi salvo y provecho.

Y aquí otro, en la misma obra, con la denotación «economizar»:

Fueme tan bien en el oficio que al cabo de cuatro años que lo usé, con poner en la ganancia buen recaudo, ahorré para me vestir muy honradamente de la ropa vieja, de la cual compré un jubón de fustán viejo y un sayo raído de manga tranzada y puerta, y una capa que había sido frisada, y una espada de las viejas primeras de Cuéllar.

La palabra tiene el mismo origen que en portugués *alforria* «liberación de un esclavo», que también se repite con el mismo sentido en gallego y en asturiano (*aforrar*).

Cabe precisar que las voces francesa, italiana y alemana arriba mencionadas provienen del germánico *sparanjan* «ahorrar» (en el sentido de «librarse de un esfuerzo»).

Ajedrez

El nombre del antiquísimo juego del ajedrez es un buen ejemplo, entre tantos otros, de una palabra que ha evolucionado junto con la humanidad a lo largo de milenios, durante los cuales recorrió las más variadas tierras, eras y culturas, modificándose por influjo de incontables lenguas hasta llegar a los idiomas

modernos.

La invención del juego-ciencia ha sido atribuida en diversas épocas a griegos, romanos, persas, escitas, egipcios y árabes, y es cierto que todos esos pueblos lo conocieron. Sin embargo, en la actualidad hay razonable consenso en afirmar que el ajedrez surgió en el Indostán, en época no determinada con certeza, pero muy remota. Inicialmente, se lo llamó *chaturanga*, en referencia a las cuatro alas (*angas*) del ejército indio: elefantes, carros, caballos e infantería.

Desde la India, el juego se difundió hacia China, Corea y Japón, y en el Occidente, hacia Rusia, de donde saltó a Escandinavia, Alemania y Escocia; pero esta vertiente del ajedrez se perdió en la bruma de los siglos, y la forma actual deriva de otro itinerario. Si aceptamos la versión del poeta y cronista persa Firdusi, el *chaturanga* penetró en Persia en el siglo VI de nuestra era, donde sufrió diversas modificaciones. En efecto, al llegar a este reino milenario, el *chaturanga* dejó de jugarse con dados, como en la India, y su nombre se convirtió en *chatrang*, que luego los árabes cambiaron a *shatranj*. Buena parte de la jerga ajedrecística que llegó hasta nosotros surgió en Persia, donde tuvo su gran apogeo. Así, *jaque mate* proviene de *sha mat*, que significa «rey derrotado».

Llevado por los árabes a España, el nombre del juego evolucionó a *axatraz* y, más tarde, a *axedrez*, que fue como lo llamó el ajedrecista español Ruy López de Segura en su *Libro de la invención liberal y arte del juego de axedrez*, publicado en 1561 y considerado hasta hoy una referencia para los estudiosos.

El nombre antiguo de la torre, *roque*, registrado por el *Diccionario de la Real Academia Española* como voz antigua, deriva del persa *rukh* «roca», «atolón», que luego los árabes utilizaron en la Edad Media para designar a sus carros de guerra. De ahí proviene el nombre *enroque*, una jugada de rey y torre al mismo tiempo. En ciertos festivales tradicionales de Valencia, todavía circula una carroza que se denomina roque, como los carros de guerra de los persas.

El nombre *alfil* proviene del árabe *fil* «elefante», pues esta pieza representaba el ala de los guerreros que combatían montados en paquidermos. Curiosamente, la pieza tiene el nombre de *bishop* «obispo» en inglés y *bispo* en portugués, traducido, probablemente, por los monjes ajedrecistas del medievo.

Ajetreo

Este sustantivo se derivó de un verbo que, antiguamente, se escribía *ahetrear* y se pronunciaba con *h* aspirada; se aplicaba a las tareas demasiado fatigosas. En el siglo XIX, la *h* cambió por *j*, *ajetrear*, y se empezó a usar el sustantivo *ajetreo*, con el sentido de actividad o trabajo excesivamente cansador, como en este

trecho de *Doña Luz* (1864), de Juan Valera:

A la tertulia diaria sólo asistían ella, doña Luz y el padre, porque los demás andaban aún ocupados en los preparativos de la fiesta, o descansando del ajetreo de aquel día.

Esta palabra, que se deriva del antiguo vocablo español *hetría*, significaba «enredo», «confusión» y provenía de *feitor* «el que hace», formada a partir del latín *factor*, *-oris*, del mismo significado. En el bajo latín de la Edad Media, *factor* tomó el sentido de «enredar» y «hacer mal». Por esa razón, hasta el siglo xv, *ahetrar* significó también «enredar el cabello».

Ají

Al llegar Cristóbal Colón a la isla que llamó Hispaniola, hoy compartida por Haití y la República Dominicana, conoció el *Capsicum anuum*, que los aborígenes antillanos taínos llamaban *ají* en su lengua, el arahuaco.

Debido a la época en que la palabra aparece en español, Corominas descarta cualquier vínculo con lenguas africanas, mientras que fray Bartolomé de las Casas confirma el origen taíno del término en su crónica del Descubrimiento. En el texto de De las Casas, *ají* aparece, como era habitual en la época, escrito con *x*, *axí*:

Allí había muy mucho algodón y muy fino y luengo, y hay muchas almácigas, y parecíale que los arcos eran de tejo, y que hay oro y cobre: también hay mucho axí, que su pimienta, della que vale más que pimienta, y toda la gente no come sin ella, que la halla muy sana: puédense cargar 50 carabelas cada año en aquella Española.

Colón, al igual que el fraile dominico, señaló la semejanza del *Capsicum anuum* con el pimiento conocido en Europa, que pertenece a una especie completamente diferente, denominada *Piper nigrum* en botánica y que dio origen al inglés *pepper* «pimienta». En su carta a los Reyes Católicos, Colón explicaba al regresar de su primer viaje:

Altas son las tierras, y baías linpias, y de montañas y árboles muy grandes, y todas muy labradas y sembradas de sus axis, qu'es singularísimo mantenimiento.

Después de las descripciones de Colón y de De las Casas, el nombre *pimiento* se mantuvo en España y figura como equivalente de *ají* en el diccionario de la Academia, mientras que esta última palabra está marcada como americanismo.

Si bien el origen taíno de *ají* parece indiscutible, a lo largo de la historia han aparecido etimologías inverosímiles, como la que presenta Diego Andrés Rocha en su *Tratado único y singular del origen de los indios occidentales* (1645):

Los indios llaman axi al pimiento, que enciende a los hombres y casi los hace bramar, y se deriva del nombre hebreo axa, que enciende y pone en furor al hombre.

En los doscientos años que siguieron al Descubrimiento, el *Capsicum anuum* y varias otras de las cuarenta y cinco variedades de *Capsicum* revolucionaron la cocina europea y se extendieron por la India, Indonesia y China, y adquirieron tanta importancia en la cocina de esos países que hoy muchos creen que el ají es originario de Asia.

Sin embargo, desde antes de la llegada de los conquistadores, esta solanácea ya era conocida en México y Centroamérica, donde era llamada por el nombre náhuatl *chilli*, de donde se deriva el vocablo *chile*, que es más usado en esa región y que no guarda relación alguna con el nombre del país sudamericano homónimo.

Tampoco parece verosímil la hipótesis sobre el origen quechua o incaico de *ají*, puesto que esos pueblos llegaron a extenderse por el norte hasta el suroeste de lo que hoy es Colombia sin haber llegado jamás a las Antillas.

Alabastro

Se trata de una piedra blanca, no muy dura, con apariencia de mármol traslúcido, tallable, que se emplea para hacer esculturas, ánforas u otros elementos de decoración. Se encontraron ánforas de alabastro del siglo XI a. de C. en Egipto; del siglo VII a. de C. en Asiria, y del siglo II a. de C. en Siria y Palestina.

Alacrán

Los escorpiones o alacranes (*Scorpiones* o *Scorpionida*) son arácnidos que poseen pinzas y un aguijón venenoso en el extremo del cuerpo. Se conocen más de mil quinientas especies que se distribuyen por todo el mundo, excepto en las regiones polares y circumpolares. Algunas de ellas llegan a medir hasta veintitrés centímetros.

El alacrán usa veneno para matar a su presa (generalmente insectos) y necesita tiempo para reponerlo. Si inyecta todo de una vez, no dispone de inmediato de cantidad suficiente para inocular en una nueva picadura. Ésa es la razón por la que una persona que sufre la agresión de este arácnido a veces no presenta

ningún síntoma de envenenamiento.

La palabra, registrada en español desde el siglo XIII, proviene del árabe *áqrab* y se difundió por toda la Península bajo diversas formas. En cierta época se decía *arraclán* en Salamanca y en Aragón, y *alacrau* en portugués (hoy *lacría*).

Albania

El nombre de este país, situado sobre la costa del mar Adriático, fue usado por primera vez por Ptolomeo y por Canopo, pero para referirse a otra región, ubicada sobre el mar Caspio. En los clásicos latinos, los gentilicios *albanenses*, *albaniaci*, *albanienses* y *albani* denominaban a los habitantes de las dos Albanias arriba mencionadas y también a los de la región de Alba Longa, cerca del Lacio.

El nombre de la Albania del Adriático proviene de la raíz celta *alp* «altura», que también está en el origen del nombre de los Alpes: las tres cuartas partes de la superficie de Albania son montañosas, con cumbres entre 2100 y 2400 m de altitud. Los primitivos pobladores de esta región, la antigua Iliria, habían llegado en el paleolítico y desarrollaron su civilización hacia el comienzo de la Edad del Hierro, hace unos tres mil años, cuando se asentaron allí los pueblos indoeuropeos. Con el paso de los siglos, el territorio de la actual Albania se dividió en una serie de principados que acabaron conquistados por Filipo de Macedonia y por su hijo Alejandro Magno en el siglo IV antes de nuestra era.

Tras la caída del Imperio macedónico, se formó en la región el Reino de Epiro, que declaró la guerra a Roma bajo el reinado de Pirro. Roma todavía no había llegado a su apogeo y fue derrotada, pero al costo de pérdidas tan considerables que esa guerra dio origen a la expresión *victoria pírrica* (v. pírrico).

Albatros

El alcatraz o piquero es un ave pelecaniforme (del orden de los pelícanos) que vive en las regiones tropicales y subtropicales de todo el planeta. Se cree que su nombre en español se deriva del árabe *gattâs* «águila marina» o del árabe *qadus* «balde», debido a la forma de recipiente que tiene la parte inferior del pico de los pelícanos. Hacia el siglo XVII, *alcatraz* pasó al inglés como *alcatras*, pero como nombre de otra ave, de plumaje blanco, bastante diferente del pelícano. Por el influjo del color de esta última ave, la palabra se alteró en inglés a *albatross*, por asociación con el latín *albus* «blanco». Y como ocurre con frecuencia en la historia de las palabras, *albatros* acabó por ingresar al castellano en la segunda mitad del siglo XIX para designar a este pájaro diferente del alcatraz, según podemos ver en este texto de *Morsamor*, de Juan de Valera,

editado en 1864.

Ya aparecían en los peñascos voraces lobos marinos, ya se veían revolando y cerniéndose a grande altura águilas o buitres de mayor tamaño y pujanza que los de Europa, ya seguían o cercaban la nave bandadas de enormes *albatros*, hostigados por el hambre y buscando alimento.

Albergue

Los guerreros germánicos se establecían con sus tropas en campamentos que llamaban *haribaírgo*, palabra formada por *harjis* «ejército» y *baírgan* «conservar», «guardar», o sea, «lugar donde se alberga el ejército».

El vocablo germánico se convirtió en alemán antiguo en *heriberga*, que evolucionó hacia el actual *Herberge*. En las lenguas europeas, *haribaírgo* derivó hacia el italiano *albergo*, el francés *auberge* y el español *albergue*.

Albricias

Se emplea para referirse al regalo que se da al que trae una buena noticia, pero actualmente *albricias* se usa, principalmente, como interjección para expresar júbilo, como hace Carlos Fuentes en su novela *Cristóbal Nonato* (1987):

O sea, sobrinitos, que se acerca el Día Doce de Octubre y la celebración del Quinto Centenario de nuestro descubrimiento, o como dijese los indios de Guanahaní al ver que se aproximaban las carabelas, ¡Albricias, albricias que hemos sido descubiertos!

Proviene del árabe *bisara*, que significaba «buena noticia» y también «recompensa que se daba a quien la traía». La palabra se generalizó en la península ibérica a partir del siglo XII, bajo formas muy variadas, tales como *alvices*, *albricas* y *alvíxeras*, entre otras. En portugués se impuso la forma *alvíssaras*.

Álbum

Aunque los antiguos no conocieron los modernos medios masivos de comunicación, lo cierto es que la necesidad de que las autoridades dieran a conocer al pueblo sus determinaciones era la misma que hoy.

En Roma, los funcionarios escribían las decisiones de jueces y pretores sobre un panel blanco y encerado que recibía el nombre de *album*, neutro del adjetivo

albus «blanco», que se colocaba sobre una pared enfrente del Capitolio. En la Edad Media, se retomó este nombre y se usó en Alemania para designar lo que hoy llamamos *libro blanco*; a partir del siglo XVIII, se empleó en Francia como nombre de unos cuadernos en los que se había puesto de moda recoger autógrafos de amigos, por lo que se los llamaba *album amicorum*.

El uso de *álbum* en nuestra lengua está registrado desde principios del siglo XIX, aunque la Academia no lo incluyó en el diccionario hasta la edición de 1869, con el siguiente texto:

Libro en blanco (albo), comunmente apaisado, encuadernado con más ó ménos lujo, cuyas hojas se llenan con breves composiciones literarias, sentencias, máximas, piezas de música, firmas y retratos de personas notables, etc.

Albur

Pez que habita, principalmente, en las aguas de los afluentes del Mediterráneo. Su nombre científico es *Alburnus albidus*, tiene unos diez centímetros de longitud, se alimenta de insectos y vive en la superficie de las aguas dulces. También conocido en España bajo el nombre de origen catalán *mújol* (derivado del latín *múgil*, *-ilis*), suele confundirse con la lisa por su característica de saltar fuera del agua. En la Edad Media, debido a su semejanza con un pez de agua dulce que se halla en el Nilo, el *huri*, los árabes de España lo llamaron *alhuri* (de *al-huri*, *el huri*), que no tardó mucho en consolidarse en castellano como *albur*.

El hábito de este pez de saltar inesperadamente fuera del agua le valió un nuevo destino a la palabra que lo nombra, ya que los pescadores la usaban para designar las dos primeras cartas que saca el banquero en el juego de monte, que no deben ser vistas por los jugadores. Por esta razón, albur pasó más tarde a designar también las contingencias o circunstancias de azar a las que a veces se deja librada una determinada iniciativa, como vemos en este ejemplo tomado del diario *El País*, del 16 de enero de 1998:

De la misma forma que el año pasado jugaron a favor de una inflación menor, en otros periodos pueden hacerlo en contra; todo queda al albur de que llueva o de que el precio del petróleo no se dispare.

El nombre del pez ya estaba en el *Diccionario latino-español*, de Nebrija, y fue usado a fines del siglo XVI por Lope de Vega:

[...] este mar pescado que no registren las redes en nuestros humildes platos: el ostión frito y cocido, entre sus conchas guardado como la perla;

el albur, la acedía y el robalo; el pámpano entre laureles, y como ternera, asado; el sollo con perejil; el peje espada y el barbo; la lamprea [...].

Alcahuete

Esta palabra debe su origen a una costumbre medieval árabe: cuando un señor quería conquistar a una mujer casada, le enviaba al marido un caballo de regalo con el fin de ganar su simpatía y poder aproximarse así a la esposa deseada. Lo hacía mediante un mensajero al que llamaban *al-qawwad*, que cabalgaba con la misión de entregar el animal.

No ha llegado hasta nosotros ninguna información que permita saber si tan insólita estrategia galante fue algún día adoptada por los españoles; nos consta apenas que el vocablo árabe llegó a nuestra lengua como *alcahuete* para designar a la persona que concierta, encubre o facilita encuentros amorosos, generalmente ilícitos.

Por extensión, la palabra se usa también para nombrar a aquellos que sirven, voluntariamente o no, para encubrir algo que se desea ocultar. En el Río de la Plata, se llama alcahuete al que delata a sus compañeros para congraciarse con sus superiores o con las autoridades.

Es palabra antigua, registrada en nuestra lengua desde 1251, que ya aparece, por cierto, en el *Quijote* en este diálogo del capítulo XXII:

—Así es —replicó el galeote—; y la culpa por que le dieron esta pena es por haber sido corredor de oreja, y aun de todo el cuerpo. En efecto, quiero decir que este caballero va por alcahuete, y por tener asimesmo sus puntas y collar de hechicero.

Alcohol

La búsqueda de la belleza por parte de las mujeres ha estimulado numerosas invenciones a lo largo de los siglos hasta llegar a los avances de la cosmética moderna, un ramo que hoy mueve miles de millones de dólares en la industria química y en la publicidad. Tal actividad no podía menos que dejar sus huellas en el lenguaje, en el que la etimología de vocablos como *alcohol* y *belladona** constituye apenas un par de ejemplos de la incidencia en la historia del idioma del deseo de adquirir belleza.

El hábito femenino de ennegrecerse los párpados no es nuevo: los ojos oscuros, u oscurecidos, ya estaban presentes en el modelo estético de la Baja Edad Media

en los países mediterráneos. Pero como en aquella época las mujeres todavía no contaban con los productos de la cosmética moderna, se valían de un polvo hecho a partir del metaloide antimonio.

Autores castellanos del siglo XIII describían el alcohol como «un polvillo finísimo de antimonio empleado por las mujeres para ennegrecerse los ojos» y explicaban que el término provenía del árabe vulgar *al kohól* —*al khul* en árabe clásico—, que significaba «antimonio».

El antimonio se trituraba largamente para lograr aquel polvillo, y por los años del Descubrimiento, la palabra ya se usaba para referirse también a cualquier esencia obtenida por trituración, sublimación o destilación. Fue Paracelso el primero en llamar alcohol al *espíritu del vino*, ese sutilísimo vapor exhalado por algunas bebidas, que llena de alegría y exalta el espíritu, como se sabe desde los tiempos bíblicos. De ahí, el calificativo *espiritoso* o *espirituoso* aplicado a las bebidas alcohólicas.

Alemán

Del bajo latín *alamanus*, con el mismo significado, tomada del germánico *alamans*, usado para referirse a «todos los hombres». Llegó al español a partir del francés *allemand*. Este gentilicio es compartido, además, con el portugués *alemão*, pero cabe observar que difiere del inglés *german* y del alemán *Deutsche*.

Alevosía

Se refiere a las precauciones especiales que toma un delincuente para cometer un delito contra otras personas, procurando no correr riesgos. En derecho penal, la alevosía es una circunstancia agravante.

La palabra proviene del árabe hispánico *al'áyb* y éste, del árabe clásico *áyb*, que significa «defecto, tacha o nota de infamia». En español se utilizó inicialmente el adjetivo *aveve*, pero *avevoso* ya figuraba en el *Cantar de Mio Cid* (1140), mientras que *avevosía* apareció en los poemas de Berceo (1230-1250). Veamos *avevoso* en el *Cid*:

Martín Antolínez en pie se levantava: «¡Cala, avevoso boca sin verdat!
Lo del león non se te deve olvidar; saliste por la puerta, metístete al coral
[...]».

Alférez

Se originó a partir de la palabra árabe *alfaras* «caballo», de la cual se derivó *al-faris* «jinete». Más adelante, los *al-faris* pasaron a ser los abanderados que desfilaban a caballo. Como esta función estaba a cargo de los subtenientes del ejército, acabó por darse a éstos la denominación de *alférez*, aun en los casos en que no eran abanderados.

Alfil

Considerada como una de las divisiones de ese ejército de dieciséis piezas que constituyen el ajedrez, el alfil se mueve por las diagonales. En la Edad Media representaba la figura del obispo, de ahí que en inglés se llame *bishop* y en portugués *bispo*. Al igual que las torres, que simbolizan bastiones militares y se mueven en línea recta a izquierda y derecha, en su origen los alfiles eran guerreros montados en elefantes.

La palabra proviene del árabe *fil* (con el artículo *al* antepuesto) y ésta, del persa *pil* «elefante». (V. ajedrez).

Algarabía

Todos conocen esta palabra con el sentido de «gritería confusa de varias personas que hablan al mismo tiempo», como un grupo de niños jugando en un recreo escolar, una reunión de señoras en una liquidación de comercio o un grupo de corredores durante una sesión bursátil.

Sin embargo, son menos los que saben que *algarabía* significa también «lengua árabe». La palabra proviene del árabe hispánico *al'arabíyya* y éste, del árabe clásico *arabiyyah*. Cabe pensar que durante el dominio árabe, a los españoles les debió haber parecido una verdadera algarabía la lengua incomprensible de los invasores moros, por lo que el nombre de ese idioma pasó a ser usado para referirse a cualquier vocerío confuso.

Álgebra

El álgebra ha sido definida como una rama de las matemáticas en la que se usan letras para representar relaciones aritméticas, lo que permite darles un carácter más general, válido para cualesquier números.

Esta ciencia surgió en Egipto y en Babilonia, civilizaciones cuyos matemáticos llegaron a resolver ecuaciones de primero y segundo grado, prácticamente mediante los mismos métodos empleados hoy. La tradición de los egipcios y de los babilonios fue retomada por los griegos, sobre todo por los matemáticos alejandrinos Herón y Diofante, quienes alcanzaron resultados sorprendentes en

la resolución de ecuaciones indeterminadas especialmente difíciles.

Cuando Europa se hundió en las tinieblas de la Edad Media, los árabes continuaron desarrollando el álgebra, «ciencia de la reducción y el equilibrio». Entre los matemáticos árabes se destacó al-Juarismi, de cuyo nombre tomó el castellano las palabras *guarismo* y *algoritmo*.

Fue al-Juarismi, precisamente, el primero en usar el término *al-gabr* para designar esta parte de las matemáticas cuyo nombre completo era *ilm al-gabr wa l-muqabala*, lo que explica el nombre antiguo del álgebra en portugués: *almucábala*.

En el bajo latín de la Edad Media, *algebra* se usaba tanto para designar esta parte de las matemáticas como el «arte de restituir a su lugar los huesos dislocados». En la primera edición del diccionario de la Real Academia (*Autoridades*), *algebrista* aparece con el significado de «componedor de huesos».

Alhaja

En el español antiguo, esta palabra significaba todo aquello que era necesario en una casa: muebles, utensilios y adornos. Con el andar del tiempo se fueron imponiendo palabras más específicas para designar muebles y enseres, y se reservó para *alhaja*, el significado de «joya y adorno».

La palabra proviene del árabe hispánico *al-Haga*, derivado de la raíz prehistórica *h-w-y*, que para los pueblos indoeuropeos denotaba «todo lo necesario».

Por tanto, cuando se habla de *alhajar* una casa, no se trata de llenarla de joyas, obviamente, sino de dotarla de todo lo necesario.

Alharaca

En lengua árabe *harakah* significa «movimiento, agitación», de modo que esta palabra pasó al árabe hispánico de la Edad Media con el sentido de «extraordinaria demostración o expresión con que por ligero motivo se manifiesta la vehemencia de algún afecto, como de ira, queja, admiración, alegría, etc.», según la definición actual del diccionario.

Y así la usa Amado Nervo en *La lengua y la literatura* (1894):

Y aun así el ventero juzga que le da harto para lo que paga. Un día llega a la venta con gran estrépito produciendo un escándalo y una alharaca inconcebibles en la modorra y el sosiego insípido y pertinaz del campo, un pobre loco de los contornos.

Alibi

Palabra infrecuente en español, aparece en pocos diccionarios; según María Moliner, se emplea exclusivamente en el lenguaje jurídico, con la denotación de «coartada», aunque no hallamos esa palabra en textos de esa área, excepto en citas en latín. No obstante, es voz corriente en inglés, en francés, en alemán y en portugués (en esta última lengua es vocablo esdrújulo: *álibi*).

Su origen es el adverbio latino de lugar *alibi*, que significa «en otro lugar», formada por *alius* «otro» e *ibi* «allí».

Alienación

El adjetivo latino *alius*, *-a*, *-ud* significa «otro, diferente, adversario» y también «perturbación, delirio». En algunos casos se puede traducir como el adverbio «además». En el derecho romano, se llamó *alienatio*, *-onis* a la transmisión del derecho de propiedad, a la venta de una propiedad, pero también a un desentendimiento con otra persona: *Tua a me alienatio*, decía Cicerón para significar «tu desentendimiento conmigo».

En la sociología contemporánea, alienación es una forma de adaptación, aceptación, separación y enajenamiento que se vincula con la manipulación social, la aniquilación cultural, la dominación política y la opresión de la persona o grupo alienado. Además, se entiende como alienación la transformación en la mente de los individuos de fenómenos y relaciones, percibidos como algo diferente de lo que son en realidad.

En la primera edición del diccionario de la Academia (1726), *alienación* se definía como «lo mismo que enajenación».

Se trata de un «proceso mediante el cual un individuo o una colectividad transforman su conciencia hasta hacerla contradictoria con lo que debía esperarse de su condición» y también un «estado de ánimo [...] en que el individuo se siente ajeno a su trabajo o a su vida auténtica». Entre las acepciones actuales se incluye también la antigua denotación latina de *delirio*, término que comprende «todos los trastornos intelectuales, tanto los temporales o accidentales como los permanentes».

Almirante

Este vocablo está registrado en nuestra lengua desde 1256, pero ya en el siglo X aparecía en las *Glosas* —consideradas como los primeros escritos en español—, bajo la forma arabizada *amirate*, derivada del árabe *amir* «jefe», «emir». En el

bajo latín ibérico, que tenía fuerte influencia árabe, algunos jefes militares eran llamados *al-amirate*, término del cual surgió la palabra castellana *almirante*, aunque sólo en la época del Descubrimiento adquirió el sentido de «jefe supremo de las fuerzas navales».

Almohada

Es una de las palabras de origen árabe —más de cuatro mil— que enriquecieron el castellano durante la Edad Media. Proviene del árabe hispánico *almuhadda* y éste, del árabe clásico *mihaddah*, cuyo núcleo es *hadd* «mejilla». De manera que *almohada* es, literalmente, colchoncillo para reclinar la mejilla.

Las primeras documentaciones de este vocablo son de principios del siglo XIV, aunque se cree que su uso en la península ibérica se remontaba a algunos siglos antes.

En *Morales de Ovidio*, de Pierre Bersuire (1290-1362):

Vulcano el ferrero de iupiter fabrico una almohada que era de enfiçonada natura.

Una palabra derivada de almohada es *almohadilla*, que designa, entre otros objetos, una especie de colchoncillo en el que se recogen los alfileres y agujas de costura. Esta almohadilla o alfiletero se conoce en España bajo el nombre de *acerico*, palabra de origen latino y de cierto paralelismo semántico con almohada, pues procede del latín *facies* «rostro», «cara», que derivó en *faciarius* «almohada» y, de él, el diminutivo vulgar *hacero* «almohadilla», de donde proviene *acerico*.

De *El escándalo* (1862), de Pedro Antonio de Alarcón:

Y, a propósito, ¿se me olvidaba!... Gabriela le ha bordado a Gregoria un pañuelo preciosísimo, y le ha regalado además un relicario, un acerico y un rosario de semillas de Jerusalén. Sin embargo, todavía no se han visto.

Alsacia-Lorena

No se conoce con certeza el origen del nombre *Alsacia* (en francés, *Alsace*); tal vez provenga del alemán *Elsass* «tierra de propietarios de la margen del río», aunque etimólogos franceses rechazan el origen germánico y señalan como más probable el celta *al* «otro», «extranjero».

La etimología de *Lorena* se remonta a la muerte de Carlomagno (814), cuando sus hijos se repartieron aquel vasto dominio, y a uno de ellos, Lothar (en

español, Lotario), le correspondió un territorio que en alemán se llamó *Lothringe*. Este nombre fue traducido al latín como *Lotharil regnum* «reino de Lotario» y, más tarde, al francés como *Lot-regne*, y finalmente, de acuerdo con los términos del Tratado de Verdún, como *Lorraine*, que llegó al español como *Lorena*.

A lo largo de la historia, ambos territorios fueron ocupados sucesivamente por Francia y Alemania, hasta que en 1945, al final de la Segunda Guerra Mundial, Alsacia-Lorena fue nuevamente francesa.

El nombre compuesto *Alsacia-Lorena* (en alemán *Elsass-Lothringen*), tomado del francés *Alsace-Lorraine*, surgió en 1871 con el Tratado de Frankfurt cuando, al fin de la guerra franco-prusiana, Francia tuvo que ceder una vez más esos territorios a Alemania. En 1919, tras la Primera Guerra Mundial, según el Tratado de Versalles, Alsacia-Lorena fue devuelto a Francia. Durante la Segunda Guerra Mundial volvió a pertenecer a Alemania, que mantuvo su dominio hasta el fin de las hostilidades. Y desde 1945 forma parte de Francia.

Alumno

Se puede decir que un alumno es «alguien que se está alimentando de conocimientos», y ése es, precisamente, el significado etimológico de la palabra. En efecto, en latín *alumnus* era un antiguo participio pasivo del verbo *alere*, que significaba «alimentar».

Tácito llamó *alumnus legionem* a los jóvenes que se habían criado en las legiones y *alumnus fluminis* a los que habitaban en la margen de un río, o sea, se alimentaban del río. Cicerón, un siglo antes de Tácito, llamaba *alumnus disciplinae meae* a los «alumnos de su doctrina», a sus discípulos. Y el poeta Prudencio usaba *alumnus grex* «rebaño de alumnos» para designar a un grupo de estudiantes.

En castellano, la palabra se empleó siempre con su significado actual de «discípulo».

Aluvión

Palabra formada a partir del latín *luere*, *lutum* «lavar», «bañar» precedido del prefijo *ad*. Se refiere al residuo o sedimento que dejan las aguas cuando se retira el cauce desbordado de un río.

Amainar

El origen de esta palabra, común con el catalán, se considera incierto, pero es

muy probable que provenga de la lengua provenzal de Oc —también llamada occitano— en la cual *amainà* significa «amansar, domesticar un animal», así como el francés antiguo *amaisner*. La palabra francesa se deriva de *maison* «casa», que procede, a su vez, del latín *mansio*. Vemos, entonces, que la noción de domesticar un animal se asocia con la idea de «adaptarlo a la casa», como ocurre también en latín, lengua en la cual *domesticare* viene de *domus* «casa».

Más tarde, hacia el siglo xv, *amainar* se empleó con el sentido de «recoger las velas», como se observa en este trecho de Cristóbal Colón (*Textos y documentos*):

[...] y esto es todo manchado: un pedaço de roquedo y otro de arena, y por esto no se puede seguramente surgir salvo a vista de ojo, y por tanto acordé de amainar las velas todas, salvo el triquete, y andar con él, y de a un rato crecía mucho el viento y hacía mucho camino de que dudava, y hera muy [...].

Finalmente, hacia el siglo xviii, tal vez porque las velas se recogen en las tempestades, *amainar* pasó a ser empleada con su denotación actual de «perder fuerza» (la tempestad o el viento).

Amatista

La amatista, también conocida como *cuarzo violeta* o *cuarzo lila*, es la variedad más apreciada de ese cristal. Las piedras más perfectas se tallan para joyería, y el resto se utiliza en la confección de objetos de arte.

Es, junto con el diamante, el rubí, el zafiro y la esmeralda, una de las piedras preciosas más apreciadas, al punto que algunas amatistas ornan la corona británica. La intensidad de su color violeta varía según la cantidad de hierro que contenga. Como es muy sensible al calor, al ser sometida a altas temperaturas adopta un color amarillo (a 450 °C) o anaranjado fuerte (a 500 °C).

Los griegos la consideraban un remedio contra la embriaguez, tal vez debido a su color vino; de ahí, su nombre *amethystós* «sobrio, no embriagado», derivado de *methein* «estar borracho».

Según un antiguo mito helénico, Dionisio (el dios del vino y de los viñedos, también conocido como Bakkhos, asimilado como Bacchus por los latinos, Baco en español) se había enamorado de una ninfa, por lo que Diana, celosa, convirtió a la bella joven en un cristal. El amante, transido de dolor, derramó sus lágrimas sobre la piedra, que hicieron que adquiriera su color característico.

Otro mito narra que Rhea le regaló la amatista a Dionisio para librarlo de la locura temporaria del vino. (V. bacanal).

Debido a esa tonalidad, que con frecuencia se acerca al púrpura de los hábitos episcopales, la amatista se conoce en francés (*améthyste*) como *piedra de obispo*.

Amazona

En las leyendas de la Antigüedad clásica, las amazonas eran mujeres guerreras que se amputaban el seno derecho para poder manejar mejor sus arcos. Hijas de Ares, el dios de la guerra, y de la ninfa Armonía, crearon un reino de guerreras en el Cáucaso, inspiradas por su padre y por la diosa Artemisa. Para perpetuar la especie, mantenían relaciones sexuales casuales con esclavos. Las hijas eran educadas para la guerra, y los varones eran emasculados, cegados y sometidos a tareas serviles.

La palabra *amazona* se tomó del latín *amazon*, *-onis*, que había sido recogida del griego *amazón*, lengua en la que se formó anteponiendo la partícula privativa *a-* al vocablo *mazon*, que en griego significa «seno». Sin embargo, algunos historiadores cuestionan esta etimología y observan que no está respaldada por la iconografía helénica, en la que las amazonas siempre aparecen representadas como bellas mujeres y con los dos senos. Otra hipótesis, que muchos consideran verosímil, es que el nombre proviene de la tribu iraní *ha-mazan*, que significaba «los guerreros».

Lo cierto es que unos dos mil años más tarde, en 1541, el explorador español Francisco Orellana, descubridor del río Amazonas, batalló contra una tribu de indios que, según aseguraba, estaba formada por temibles mujeres guerreras. Orellana no explicó cómo se reproducían sus ocasionales enemigas. El caso es que, por ese encuentro, le dio el nombre de Amazonas al río más caudaloso del mundo, denominación que más tarde se extendería a toda la cuenca fluvial selvática que lo alimenta, a un estado de Brasil, a un distrito de Colombia y a un departamento del Perú.

No está de más recordar que al río y a la selva se les aplica el adjetivo *amazónico*; mientras que el gentilicio común a las circunscripciones de Brasil, Colombia y Perú es *amazonense*.

Ambi-

Preposición latina que significaba «los dos lados» y «alrededor». En nuestra lengua aparece como prefijo en palabras como *ambidextro* o *ambidiestro*, que es aquel que tiene la misma destreza con ambas manos, y en *ambiguo*, voz formada con *ambi-*, antepuesto al latín *agere* «actuar». La *a* de *agera* cambia a *i* por apofonía. Etimológicamente, es «actuar en dos sentidos o en varios sentidos».

Ambición

Entre los romanos, la palabra *ambitio*, derivada del verbo *ambire* «rodear», «pretender» (v. ambiente), se usaba para denominar la actitud de los políticos que circulaban por la ciudad y rodeaban a sus partidarios para no perder su apoyo, buscando con todo empeño escalar nuevos peldaños en la carrera de los honores. Por esa razón, acabó adquiriendo la denotación de «lisonja», «adulación», pero también «ostentación», «posición elevada» y «ansia de poder y riquezas».

Las palabras *ambición* y *ambicioso* llegaron al español en el siglo xv, derivadas de *ambitio* y *ambitiosus*, respectivamente.

Ambiente

El verbo latino *ambire* (v. ambición) provenía del verbo *ire* «ir». Formado mediante la aposición del prefijo arcaico *am-*, adquirió el significado de «rodear», «pretender» y dio lugar al adjetivo *ambiens* «circundante», «que rodea», a partir del cual se creó el vocablo castellano *ambiente*, registrado en nuestra lengua desde 1588.

Ambrosía

Era el manjar de los dioses del Olimpo, alimento de sabor delicioso que causaba una sensación de extrema felicidad. A los mortales les estaba prohibido comer ambrosía, pues quien lo hiciera se convertiría en inmortal.

Formada por el prefijo privativo *am-* y *brotos*, significaba, etimológicamente, «inmortal». Tras pasar al latín como *ambrosia*, llegó sin cambios a nuestra lengua. En 1596, el poeta Bartolomé Leonardo de Argensola escribía:

[...] que sin reparo a Tántalo atormenta con tanto exceso y pena congojosa, porque dio a su mortal turba sedienta néctar con que inmortal vida consiga y ambrosía que hurtó al cielo preciosa.

Sin embargo, en nuestro lenguaje habitual del siglo xxi, más prosaico o, tal vez, menos ambicioso, ambrosía es cualquier manjar agradable, de gusto suave y delicado.

Ametralladora

En su libro *El fin de la historia*, el ensayista estadounidense Francis Fukuyama afirma que el progreso tecnológico de la humanidad ha sido siempre estimulado

por el afán bélico, que conlleva la necesidad de crear nuevas y cada vez más armas mortíferas.

La ametralladora, terrible y poderosa, constituyó un *avance* técnico tan importante en la estrategia militar que llevó a alterar la disposición de los ejércitos y sus tácticas en el campo de batalla.

Leonardo da Vinci llegó a diseñar un modelo de arma de fuego que disparaba varios tiros a través de diferentes caños al mismo tiempo, pero fue una idea que nunca salió del papel. La ametralladora sólo participaría en los campos de batalla como temible prodigio tecnológico durante la guerra de Secesión de los Estados Unidos (1861-1865), cuando el inventor Richard Gatling presentó un arma dotada de un conjunto de caños montados en forma circular, que giraban mediante una manivela. Disparaba un caño cada vez y permitía 600 disparos por minuto.

Los franceses perfeccionaron la invención de Gatling y, durante la guerra franco-prusiana (1870-1871), usaron una ametralladora de 25 caños fijos que disparaban uno a uno. Sin embargo, se consideró, por diversos motivos, que el artefacto era inferior al de Gatling y muy pronto fue olvidado.

En 1883, el norteamericano Hiram Maxim exhibió la primera ametralladora automática, que disponía de un solo caño y se recargaba usando la fuerza de retroceso de cada disparo. Hacia fines del siglo XIX, se usaban ya diversos tipos de ametralladora, algunos refrigerados con agua para evitar el recalentamiento del metal.

En la Segunda Guerra Mundial, aparecieron los modelos más ligeros, de mano, que en algunos países se llamaron *metralletas*, pero hacia fines del siglo XX, la ametralladora se vio superada por los fusiles de asalto, armas ultramodernas de alta precisión y capaces de disparar tanto tiros aislados como ráfagas de disparos.

El nombre de esta arma proviene de la palabra francesa *mitraille*, procedente a su vez del francés antiguo *mitaille*, que dio origen al vocablo español *metralla*. *Mitaille* se había formado a partir de *mite*, que en francés era el nombre genérico de las monedas de poco valor, tomado del neerlandés *mîte* «polilla» o «cosa de poca importancia».

Amnistía

En la mitología griega, Mnemosine, hija de Urano y Gea, era la diosa de la memoria y madre de las nueve musas, las diosas protectoras de las artes y ciencias, puesto que los antiguos griegos consideraban la memoria como la fuente principal de la inspiración de escritores, artistas y hombres de ciencia o

filósofos. El nombre de esta diosa dio lugar al surgimiento de vocablos como *mnemónico* «relativo a la memoria», *mnemotécnico* «técnica para facilitar la memorización» y *amnesia* «olvido de todo».

Veamos cómo Mnemosine inspiró también la palabra *amnistía*.

Una amnistía consiste en el olvido por parte de la autoridad de los delitos cometidos, como si nunca hubieran ocurrido, de tal forma que la responsabilidad de los autores se extingue. Es una figura jurídica que se aplica en la actualidad con más frecuencia a los delitos políticos, como reflejo del hecho de que, a veces, con los cambios de gobierno, algunos delitos dejan de ser tales, y el castigo pierde sentido.

La palabra griega *amnestía*, de la cual se derivó nuestra amnistía, se formó con el prefijo privativo *a-* y la raíz griega *mne-*, derivada del indoeuropeo *men-* «mente», «memoria», «pensar», «recordar». La etimología de amnistía, por tanto, es la misma de amnesia, con la diferencia semántica de que esta última palabra denota un «olvido generalizado», y la amnistía, sólo el «olvido de los delitos cometidos».

Amoníaco

Gas incoloro, de olor irritante, soluble en agua, compuesto de tres átomos de hidrógeno y uno de nitrógeno, y también la solución acuosa de este gas al 35%.

El gas amoníaco tiene diversas aplicaciones en la industria química y se utiliza también en refrigeración, con la ventaja de que, a diferencia del freón, no ataca la capa de ozono de la atmósfera terrestre. Además, su alto contenido de nitrógeno lo hace particularmente útil como fertilizante. Pero el uso más antiguo de este gas se vincula a la preparación de una goma resinosa, de olor bastante desagradable, que actuaba como expectorante. Los griegos y romanos conocieron esta resina de uso médico, a la que llamaron *ammoniakós* y *amoniacus*, respectivamente, debido a que provenía de Libia, donde había un famoso templo erigido en homenaje al dios egipcio Amón.

Amortiguar

Esta palabra proviene de morir, que está en el español ya en el siglo X, desde los orígenes del idioma, que se deriva del latín *mors*, *-tis* «muerte» o, más probablemente, del latín vulgar *morire*.

En el *Cantar de Mio Cid* aparece *amortecerse*, con el sentido de «perder fuerza una cosa», como alguien que llega cerca de la muerte. Esa denotación se mantuvo en el español contemporáneo en *amortiguar*, que sólo surgió a partir

del siglo XIII.

Anaconda

Aparece primero en inglés como nombre de una enorme serpiente pitón de Ceilán, llamada en cingalés *henandakaya*, que significa «tronco luminoso», transcrito al inglés por el naturalista británico John Ray en 1693.

En 1802, el zoólogo francés François-Marie Daudin usó ese nombre para designar una enorme boa sudamericana, conocida como *anaconda verde* y clasificada zoológicamente como *Eunectes murinus*.

La Real Academia Española registra el vocablo *anaconda* desde 1927, referido apenas a una «serpiente americana de más de diez metros de largo». Pocos años antes de su aparición en el diccionario, el cuentista uruguayo Horacio Quiroga describía así el enorme ofidio en su cuento *Anaconda* (1921):

La Anaconda es la reina de todas las serpientes habidas y por haber, sin exceptuar al pitón malayo. Su fuerza es extraordinaria, y no hay animal de carne y hueso capaz de resistir un abrazo suyo.

Otra etimología que se ha propuesto es la palabra tamil *anakkkonda*, que significa «el que mató un elefante».

Anacronismo

Anacronismo pertenece a una familia de palabras que se refieren a diversos conceptos relacionados con el tiempo, cuya denominación viene asociada desde la Antigüedad con el nombre del dios Cronos, el hijo de Urano y padre de Zeus. Cronos fue identificado por los romanos como Saturno, y muchos lo consideraron dios del tiempo. Sin embargo, esta relación entre Cronos y el tiempo es de origen popular, debida a la similitud entre el nombre del dios —en griego, Khronos— y la palabra correspondiente al tiempo, *kronos*. La etimología del nombre del dios parece ser *krainein* «concluir», «vibrar el último golpe».

Anacronismo, compuesto por el prefijo *ana-* «contra» antepuesto a cronos, se aplica a la incongruencia consistente en presentar algo como propio de una época que no le corresponde.

Sincronía se formó mediante la anteposición del prefijo *sin-* «unión» a cronos y se aplica a la coincidencia en el tiempo de dos o más fenómenos.

Asincronía, por el contrario, se refiere a la no coincidencia de dos fenómenos en el tiempo. Se formó mediante los prefijos *a-* y *sin-*, antepuestos a cronos.

Cronología es la relación de una serie de personas o de hechos históricos por orden de fechas o de horas, y también es la parte de la historia que tiene por objeto determinar el orden de los sucesos y sus fechas.

Analogía

Palabra proveniente del latín y del griego *analogia*, se refiere a los elementos de semejanza hallados en cosas diferentes que se comparan. A menudo se la confunde con la metáfora, que no compara, sino que identifica los dos términos, como en las coplas de Manrique: «la vida son los ríos que van a dar en la mar, que es el morir». Si el poeta hubiera dicho que *la vida es como los ríos*, habría sido una analogía.

Anatomía

La anatomía es la ciencia que estudia la forma y la estructura de los seres organizados. Su nombre proviene del griego, compuesto por el adverbio *ana-* «arriba» y *tomé* «corte», «incisión», derivado, a su vez, del verbo *témnein* «cortar»; con ambas palabras se formó *anatémnein*, con el significado de «cortar de arriba abajo» y también «disecar» (en Aristóteles). El origen del verbo griego *témnein* se encuentra en el indoeuropeo *tem-* «cortar», de donde también proceden voces como *átomo*, *dicotomía*, *tonsura*.

Esta palabra aparece en latín como *anatomia* en trabajos del médico Celio Aureliano, que vivió en Numidia en el siglo V d. de C., aunque otras versiones indican tres siglos antes. Celio Aureliano tradujo varias obras griegas de medicina y escribió *De morbis acutis et cronicis* (*Sobre las enfermedades agudas y crónicas*), que trata acerca de preceptos de salud y de las patologías de las enfermedades internas.

Témnein permanece en español también en el sufijo *-tomía*, con el significado de incisión quirúrgica, como en *lobotomía* o en *laringotomía*.

Anatomía aparece por primera vez en nuestra lengua en 1325, con Juan Manuel, el príncipe escritor, sobrino de Alfonso X el Sabio; en francés, en el siglo XIV, como *anatomie*, y en inglés, en el siglo XVI, como *anatomy*.

En 1611, Sebastián de Covarrubias la definió así:

Descarnadura y abertura que se haze de un cuerpo humano para considerar sus partes interiores y su compostura; cosa necessaríssima á los médicos y cirujanos, y assí en las universidades ay cátedras desta facultad y se executa algunas vezes en los cuerpos de los ajusticiados y otras en los que mueren en los hospitales y en algunas otras personas

particulares.

El estudio de los cadáveres estaba prohibido por la Iglesia durante la Edad Media, y quienes osaban abrir un cuerpo podían ser acusados de brujería, por lo que el conocimiento del cuerpo humano se basaba en las enseñanzas de Aristóteles. Se cuenta que el médico flamenco Andreas Vesalius (1514-1564), considerado el padre de la anatomía moderna, comentó en cierta ocasión, probablemente con sorna, después de finalizar una disección: «Si Aristóteles no hubiera dicho que los nervios salen del corazón, creería que salen del cerebro, que es lo que acabo de ver».

Anfetamina

La anfetamina, mediante la adrenalina, potente estimulante del sistema nervioso central, es un facilitador de la transmisión nerviosa. En 1919, en Japón, se sintetizó la metanfetamina. En 1944, en los laboratorios de la corporación suizoalemana Ciba-Geigy (hoy Novartis), el metilfenidato.

El uso médico experimental de las anfetaminas comenzó en la segunda década del siglo xx. Los militares de varias naciones, especialmente los miembros de la fuerza aérea, utilizaron la droga para combatir la fatiga e incrementar la alerta entre las milicias. En 1927, la propiedad de la anfetamina de contraer los vasos sanguíneos y elevar la presión sanguínea, y de dilatar los pequeños sacos bronquiales dio lugar a su comercialización, inicialmente como el inhalador Benzedrina.

Como droga, la anfetamina, más conocida popularmente como *speed* o *anfeta*, se usa para pasar largas noches sin dormir. Se presenta en forma de polvo, de fácil obtención, que es inhalado. Los efectos van desde euforia, vista borrosa y energía no habitual hasta sudoración, vómitos y ataques de ansiedad. Los consumidores pueden pasar varios días consecutivos sin dormir, con el consecuente cansancio psíquico, que lleva a veces a crisis de paranoia y ansiedad. La anfetamina produce un síndrome denominado *psicosis anfetamínica*, parecido a la psicosis cocaínica o a la esquizofrenia paranoide.

La palabra proviene del inglés *amphetamine*, un acrónimo formado a partir de su denominación química α (lpha)m(ethylbeta)ph(enil)et(hyl)amine.

Anfitrión

Anfitrión fue un personaje de la mitología griega, hijo de Alceo y de Astidamia, que se casó con su prima Alcmena, hija de Electrión, rey de Micenas. Habiendo matado por error a su suegro, fue expulsado de la ciudad y, antes de consumir el

matrimonio, marchó con su mujer a Tebas, donde fue purificado por Creonte.

Su esposa se negó a hacer el amor hasta que Anfitríón no hubiera vengado a sus ocho hermanos, asesinados por los hijos del rey de la isla de Tafos. Una vez que nuestro héroe hubo partido hacia la guerra contra Tafos, Zeus se presentó ante Alcmena asumiendo la forma del marido ausente y ordenó al Sol que detuviera su curso por setenta y dos horas para permitirse una larga noche de amor con ella, quien creía estar amando a Anfitríón.

A su regreso, al enterarse de lo ocurrido por el adivino Tiresias, Anfitríón intentó quemar viva a Alcmena, pero Zeus no lo permitió, y el marido engañado optó por una alternativa más sosegada: vivir su postergada luna de miel. De tantas noches de amor, Alcmena engendró dos hijos: Herakles (o Hércules), hijo de Zeus, e Íficles, hijo de Anfitríón.

El dramaturgo Plauto, en el siglo II antes de nuestra era, y Molière, en 1668, escribieron sendas comedias en las que mostraban a Anfitríón en la lucha mientras Zeus hacía el amor con su mujer.

Desde entonces se llama *anfitríón* a aquel que recibe invitados en su casa, aunque no necesariamente de la manera como Zeus fue recibido en la casa de nuestro personaje. Anfitríón se compone de *amphi* «alrededor», «en torno de» y *trýein* «agotar», «fatigar», «maltratar», por lo que algunos etimólogos afirman que su nombre significa «el que todo destruye a su alrededor».

Anillo

Quizá la referencia más antigua de un anillo con una piedra engarzada sea la del que Zeus ordenó usar a Prometeo, confeccionado con el acero de los grilletes que habían mantenido al titán atado a una roca. Tras ser perdonado por Zeus, a quien había ofendido, Prometeo tenía que usar permanentemente ese anillo con el pedazo de roca engarzado, para que el dios pudiera así cumplir su promesa de mantenerlo atado a ella para siempre.

Otros anillos aparecen en el mito germánico de los nibelungos, en las más antiguas leyendas de la Mesopotamia y en las tradiciones judías, romanas y cristianas. Entre nosotros, un anillo en el dedo anular de cada cónyuge es el símbolo de la fidelidad en la unión matrimonial. En el de un obispo, expresa la autoridad del representante de Roma y su fidelidad a la Iglesia.

La palabra *anillo* aparece documentada por primera vez en el siglo XIII por Berceo y llegó al español procedente de la voz latina *anellus* «anillito», diminutivo de *anulus* «anillo», «sortija para el dedo o para sellar», derivado de *anus* «anillo» y también «ano». De *anulus* nuestra lengua heredó el adjetivo *anular* «con forma de anillo», usado también para calificar los eclipses

incompletos de sol, en los cuales una parte del astro permanece visible como si fuera un «anillo» luminoso alrededor de la luna.

En portugués, la palabra correspondiente a anillo es *anel*; pero la que se formó a partir de la antigua grafía española *anelo* fue *elo*, que en la lengua de Camões significa «eslabón».

De anillo se derivó el cultismo *anélido*, procedente del francés *annélide*, que denomina a los gusanos, animales cuyo cuerpo está compuesto por anillos.

Animal

Del latín *animal*, *-alis* «que tiene alma, aire, aliento». Fue la manera que encontraron los latinos de expresar que los animales son seres vivos, animados. El adjetivo *animado*, formado a partir del participio pasivo del verbo latino *animare*, significaba, como hoy, «que tiene vida».

Anófeles

Se dice de un género de mosquitos que abarca unas cuatrocientas especies, de las cuales unas treinta o cuarenta son capaces de transmitir el plasmodio que causa la malaria o paludismo, una fiebre tropical que afecta a los habitantes de las zonas tropicales y subtropicales del planeta.

El *Anopheles gambiae*, el *Anopheles introlatus* y el *Anopheles latens* se señalan como los más peligrosos de estas especies.

El nombre latino de este género de mosquitos fue tomado del griego *anopheles* «inútil», «perjudicial», formado por el prefijo privativo *an-* y el vocablo *ophelos*.

Antiparras

En algunos lugares de España, *antiparras* se usa como sinónimo de gafas (v. gafas) o anteojos comunes, pero en el Río de la Plata tiene el sentido más específico de «gafas destinadas a proteger los ojos». Así, en esta región hay antiparras para soldador, para minero, para buceo.

Se trata de una palabra bastante antigua en nuestra lengua, registrada desde 1535 en textos de Fernández de Oviedo. Por la misma época, en las regiones de Guipúzcoa y de Navarra, aparecen variantes como *antepara* y *andapara*.

A comienzos del siglo XVII, la encontramos en *El amor médico*, de Tirso de Molina, sin la *s* final y con el significado de «antifaz»:

¿Queréis autorizar con la cara tan sazonado consejo? JERÓN. ¡Oh!, ¡que

enfadonho e sobejo! TELLO. (A Quiteria). Quítenos esa antiparra también acá, y muestre a ratos ríbetes vuestra hermosura. Destápate, ninfa oscura. QUITE. Tirai-vos là, esfolá-gatos.

Inicialmente, parece haber tenido el sentido que el diccionario de la Academia atribuye hoy a *antipara*, formada por *ante* y *parar*, y que corresponde al vocablo portugués *anteparo* «biombo», «muro» o «reja de protección».

En Lope de Vega, antiparras es el nombre de una polaina o prenda que cubre la pierna sólo por delante, como la que usan hoy en día algunos motociclistas para protegerse del frío:

Señor, aquí está un salvaje
de traje y de aspecto tosco,
cuya espalda y pecho cubre
con antiparras de lobo,
y éste nos dará pasaje
por entre enebros y chopos.

Todas estas palabras provienen de un verbo del bajo latín, *anteparare* «prevenir de antemano», lo que significa que, al menos desde el punto de vista etimológico, tiene sentido la denotación específica de antiparras en la región del Río de Plata.

Antípoda

Aunque se trata de un adjetivo, la Real Academia señala que *antípoda* es más usado como sustantivo plural y sirve para designar a cualquier habitante del planeta que se encuentre en un lugar diametralmente opuesto a otro en la esfera terrestre. Esto significa, como es obvio, que esta palabra no indica un lugar determinado, sino que puede ser cualquier sitio de la Tierra con relación a otro lugar opuesto en línea recta, pasando por el centro de la esfera terrestre. Este vocablo, registrado en nuestra lengua desde mediados del siglo xv, proviene del griego *antipodes*, que se formó, a su vez, con *anti-* «contrario» y *pus*, *podós* «pie», o sea, «aquel que está del lado opuesto a nuestros pies».

Cabe señalar que antípoda es masculino, por lo que debe decirse «los antípodas» y no «las antípodas», como se oye o lee con frecuencia.

Antisemitismo

Según la definición de la Academia, antisemita es todo «enemigo de la raza hebrea, de su cultura o de su influencia». Esta definición es anacrónica por dos razones: 1) porque la ciencia no admite hoy que las diferencias étnicas entre los seres humanos alcancen el rango de *raza*: todos los hombres y mujeres pertenecen a una única raza, la humana y 2) porque la religión, cultura y tradición hebreas son compartidas por varios grupos étnicos. La definición contiene aún un tercer error: los semitas, que según la Biblia serían los descendientes de Sem, hijo de Noé, no son sólo los hebreos, sino también los pueblos árabes.

La palabra alemana *Antisemitismus* fue usada por primera vez, ya con su sentido actual, por el periodista y agitador alemán Wilhelm Marr, que la empleó como un eufemismo (v. eufemismo) en lugar de la expresión *odio a los judíos*. En 1912 la Liga Pangermánica adoptó el antisemitismo como uno de sus principios, una decisión que constituyó el primer paso hacia la tragedia que se desencadenaría sobre Europa a partir de la década de 1930.

Apelmazar

Significa «tornar una cosa más dura o más compacta» y se emplea más comúnmente con referencia al suelo y al cabello. Proviene de *pelmazo*, usado con más frecuencia en sentido figurado, aplicado a una persona molesta, fastidiosa o inoportuna. En sentido estricto, denota «una cosa apretada o aplastada más de lo conveniente» y ha caído en desuso.

Pelmazo se deriva del griego *pegma*, *pegmatos* —que significaba «materia congelada o coagulada»— o, más probablemente, de su diminutivo *pegmation*.

Apocalipsis

Por lo terrible de sus revelaciones, *apocalipsis* se ha convertido en la palabra preferida de los predicadores que anuncian el fin del mundo poniendo las manos sobre la Biblia; en realidad, denomina genéricamente los antiguos escritos judíos o cristianos (especialmente el último libro canónico del Nuevo Testamento, atribuido a san Juan) que contienen revelaciones, en particular sobre el fin del mundo, casi siempre presentadas en forma de visiones.

Algunos estudiosos creen que el Apocalipsis del Nuevo Testamento es una colección de trabajos de varios autores desconocidos que habrían vivido en el último cuarto del siglo I.

Apocalipsis es la revelación profética de un acontecimiento dramático para la humanidad, en el que las fuerzas del mal vencen a las del bien en un gran

cataclismo que constituirá el fin del mundo.

Según otras interpretaciones de los mismos textos religiosos, habrá un cataclismo cósmico en el cual Dios destruirá los poderes dominantes del mal e instaurará la supremacía del bien en un reinado mesiánico.

A pesar de que el Apocalipsis bíblico es el más conocido en nuestra civilización, la literatura apocalíptica se remonta a la religión persa, fundada en el siglo VI a. de C. por el profeta Zoroastro.

Su nombre deriva del latín *apocalipsis*, que proviene, a su vez, del griego *apokalypsis*, que significa «acto de descubrir, descubrimiento, revelación».

Apócrifo

Apócrifo se usa hoy con el significado de «fabuloso» o «falso». En una época lejana, en cambio, denotó «oculto». Se formó a partir del latín *apocryphus* y éste, del griego *apokryphos*, derivado del verbo *kryptein* «ocultar».

Numerosos relatos acerca de la vida de Cristo y de sus apóstoles, que jamás fueron acogidos oficialmente por la Iglesia en el Evangelio, no son menos auténticos que las narraciones de los cuatro evangelistas, por lo que tuvieron que permanecer ocultos durante muchos siglos y hasta hoy son conocidos apenas por los estudiosos de temas bíblicos, y se los denomina «evangelios apócrifos».

En 1614, nueve años después de la publicación de *Don Quijote de la Mancha*, cuando apareció una nueva versión firmada por un ignoto Alonso Fernández de Avellaneda, probablemente un seudónimo, la obra fue designada *El Quijote apócrifo*, esta vez con el sentido de falso y no de oculto.

Apóstrofe, apóstrofo

Ambas palabras tienen significados muy diferentes, aunque su etimología es bastante cercana y con frecuencia se las confunde. El apóstrofe es una figura retórica que consiste en «dirigir la palabra con vehemencia en segunda persona a una o varias, presentes o ausentes, vivas o muertas, a seres abstractos o a cosas inanimadas, o en dirigírsela a sí mismo en iguales términos». *Apóstrofe* proviene del latín *apostrophus* y éste, del griego *apostrophé* «acción de apartarse»: el que recurre a la figura del apóstrofe interrumpe de pronto el hilo de su discurso, se aparta de él, para dirigirse con vehemencia hacia otra persona, para apostrofarla.

El apóstrofo, en cambio, es un signo ortográfico con forma de una especie de acento, que se emplea para indicar la omisión de una letra y proviene del latín *apostrophus*.

Para no confundirnos, basta apenas recordar que cuando *apostrofamos* a alguien le estamos dirigiendo un apóstrofe y no un signo ortográfico.

Aquelarre

La idea de las brujas existe desde mucho antes del cristianismo. En el libro bíblico del Éxodo, se prohíbe la brujería, una actividad que casi siempre se atribuyó a las mujeres. En la Edad Media, la brujería resurgió, vinculada a la adoración al demonio, generalmente representado como un macho cabrío. Las brujas se reunían en encuentros secretos conocidos como *aquelarres*, palabra formada a partir del vascuence *akelarre* «prado donde pasta el cabrón o macho cabrío», compuesta por *aker* «macho cabrío» y *larre* «prado».

En España y en algunos otros países, un cabrón es una mala persona, por esa antigua asociación con el demonio.

Arabesco

La religión islámica prohíbe la representación de imágenes. Por esa razón, los árabes desarrollaron un arte geométrico de líneas estilizadas que, a veces, evocan motivos de plantas o, raramente, de animales.

Este arte de formas geométricas refleja una cosmovisión propia del mundo islámico, pues lo constituyen motivos en los que la repetición simboliza la naturaleza infinita y desprovista de centro de la Creación.

El italiano fue la primera lengua en la que apareció la palabra *arabesco*, derivada de *arabo* «árabe», para designar el arte musulmán. El vocablo italiano aparece incorporado por primera vez al castellano hacia 1567.

Arcano

La literatura nos presenta numerosos ejemplos de secretos que permanecen escondidos durante décadas en misteriosos cofres cerrados, cuyas llaves están al alcance de muy pocas personas. Esta noción estaba muy extendida ya en tiempos del Imperio romano, cuando la idea de secreto se vinculaba con la de «arca» o «cofre», lo que dio lugar al surgimiento del sustantivo *arcanus*, *-a*, *-um*, que llegaría a nuestra lengua como *arcano*, sinónimo de «secreto» u «oculto». Tito Livio decía *arcana concilia* «designios ocultos» y Virgilio, *arcana fata* «misteriosos destinos».

Un ejemplo del uso de arcano en español nos lo da Francisco Javier Clavijero, en su *Historia antigua de México* (1732):

Las que se hacían para adorno de los palacios eran perfectas; pero en otras, que contenían un sentido arcano, se veían ciertos caracteres y algunas figuras monstruosas y horribles.

El vocablo fue recogido por el *Diccionario de la Real Academia Española* desde su primera edición (1726).

Archipiélago

El mar Egeo, con sus islas paradisíacas, es un lugar de una belleza inefable, pero lo más atractivo para los turistas que visitan la región son los miles de años de historia atesorados en aquellas islas: Lesbos, la de los poemas sáficos; Rodas, la del *Coloso*; Eubea, Naxos y Mikonos, pequeños elíseos en los que nuestra cultura dio sus primeros pasos.

En tiempos muy remotos, el conjunto formado por lo que hoy es el Egeo y los mares Mirtoano y de Creta era llamado *Archipiélago*, que significaba «mar principal», del griego *arjós* «guía», «jefe» más *pélagos* «mar». La palabra llegó a nuestra lengua en 1522, a través del italiano *arcipelago*, ya con su significado actual de «conjunto de islas», pero desde muy antiguo ya existía en castellano *piélago*, que se usaba con el sentido de «alta mar» y también como «remanso de un río» y como «laguna honda».

Empalagarse. en el sentido de «sentir hastío por haber comido demasiado», es, probablemente, una evolución de la idea de «comprometerse excesivamente en algo», y procede de *empelegarse*, palabra que se usó en una época con el significado de «internarse excesivamente en el mar».

Archivo

La historia de esta palabra se remonta a treinta siglos atrás, cuando Atenas, gobernada por el rey Codros, fue invadida por los dorios. El oráculo de Delfos había vaticinado que los atenienses sólo lograrían vencer y expulsar a los invasores si Codros perdía la vida en combate.

Al conocer la profecía, el monarca fue al campo de batalla y provocó abiertamente a los dorios hasta que lo mataron; éstos sufrieron enseguida una derrota aplastante a manos de los defensores de Atenas.

Los atenienses decidieron entonces que no había nadie que reuniera condiciones suficientes para suceder en el trono al rey héroe y nombraron en su lugar a un magistrado civil, al que llamaron *arkhon* —*arconte* en español—, y dieron inicio así a una magistratura que gobernó Atenas durante cinco siglos, hasta la tiranía de Pisístrato en el siglo VI a. de C.

El edificio de gobierno donde el arconte ejercía sus funciones era el *arkheion*, y el conjunto de los documentos públicos allí albergados se llamaba *ta arkheia*, palabra que en latín tardío dio lugar a *archivum*, que llegó al español como *archivo*.

A partir de *arkheion*, también se originó otra palabra griega, *arkhé* «gobierno», «mando», presente como elemento compositivo en numerosos vocablos de nuestra lengua, tales como *monarquía* «gobierno de uno», *oligarquía* «gobierno de pocos» y *anarquía* «ningún gobierno», así como *patriarca*, *matriarca* y muchos otros.

Arenga

Discurso formal, generalmente pronunciado con el fin de enardecer los ánimos, como hacen algunos políticos con las muchedumbres o algunos generales con sus tropas. Al principio era *arerenga*, pues derivaba de la palabra gótica *harihrings* «reunión del ejército», formada por *harih* «ejército» y *hrings* «reunión o círculo». Esta última voz, con su significado de círculo, se emparenta con el inglés *ring* «anillo, aro».

Argentina

La plata nunca abundó en el territorio argentino, pero cuando Sebastián Gaboto pasó en 1526 por el estuario formado por la desembocadura del río Uruguay en el Atlántico, engañado por el metal precioso que encontró en manos de unos indígenas, lo llamó *Río de la Plata*, sin saber que ellos se lo habían robado a los marineros de la expedición portuguesa dirigida por Aleixo Garcia.

Aunque la confusión se aclaró poco después, el nombre se mantuvo, y muy pronto el gentilicio *rioplatense* se aplicó a los habitantes de ambas márgenes del Plata, el *Paraná-Guazú* «río grande como un mar» en lengua aborígen.

Plata en latín es *argentum*, sustantivo al que corresponde el adjetivo *argentinus*. El nombre *Argentina* fue usado por primera vez por el poeta extremeño Martín del Barco Centenera (1535-1605) en su poema histórico *La Argentina o la conquista del Río de la Plata*, publicado en 1602, sesenta y seis años después de la fundación del puerto de Nuestra Señora Santa María del Buen Aire, hoy Buenos Aires.

En español existe también el sustantivo *argento*, sinónimo de *plata*, usado en lenguaje poético. El mercurio ha sido llamado *argent vivo* desde el siglo XIII, y la expresión *argento vivo* se encuentra aún hoy en el Diccionario de la Real Academia Española, con el mismo significado.

Aritmética

Como sabemos, es «la parte de las matemáticas que estudia los números y las relaciones entre ellos». Los griegos llamaban *arithmós* a los números y, con *tekhné* «arte», «técnica», formaron *arithmetikós* «arte de los números», que pasó al latín como *arithmeticus*. En nuestra lengua circuló paralelamente durante varios siglos la forma *arismética*, atribuida a la influencia de *guarismo*, pero con la creación de la Academia española terminó por prevalecer la forma etimológica *aritmética*.

Arlequín

Personaje cómico surgido en la *commedia dell arte* italiana. Después de la extinción de esta forma de teatro, Arlecchino (en español, Arlequín) y su amada Colombina sobrevivieron en el arlequinado, un espectáculo que se presentaba como colofón de la pantomima hacia fines del siglo XVIII.

Se cree que Arlequín, que se ataviaba con un traje multicolor hecho de retazos en forma de rombo y llevaba el rostro cubierto por un antifaz, se originó en un mítico personaje medieval francés, Herlequin o Hellequin, jefe de un grupo de jinetes que cabalgaba en el cielo por las noches.

Algunos autores sugieren que Herlequin puede haber sido tomado de King Herle, un personaje legendario que ha sido identificado con el dios anglosajón Woden, equivalente al escandinavo Odín.

Otra pieza de este difícil rompecabezas parece ser el *erlking*, descrito por Goethe en un poema. Siguiendo las huellas de este personaje, llegamos a Dinamarca, donde floreció en cierta época la creencia en el *ellerkonge* o *elverkonge*, literalmente, rey de los elfos.

El Diccionario de la Academia da hoy el siguiente significado a *arlequín*:

Persona cuyo vestido en un espectáculo o fiesta remeda el de Arlequín, personaje de la comedia del arte, que llevaba mascarilla negra y traje de cuadros o losanges de distintos colores. 2. m. Gracioso o bufón de algunas compañías de volatines. 3. m. Cada uno de los dos bastidores verticales que, en cada lateral, definen con el bambalín la embocadura del escenario en los teatros. 4. m. coloq. Persona informal y ridícula. 5. m. coloq. Sorbete de dos o más sustancias y colores. 6. m. desus. Tejido de hilo o lana y de colores variados.

Armiño

El armiño es un mamífero de unos veinticinco centímetros de largo, sin contar los ocho de la cola, de piel muy suave y delicada, parda en verano y blanquísima en invierno, a excepción de la punta de la cola, que es siempre negra.

Las elegantes damas que abrigan sus cuellos con estolas de armiño —una moda que la ecología ha tornado menos refinada desde hace unos años— en general ignoran que este animal de piel tan codiciada era visto con cierto desdén en la Alta Edad Media, cuando se le llamaba *armenius mus* «rata de Armenia».

Aunque el armiño vive en Escandinavia y en el norte de Rusia, sus pieles llegaban al Mediterráneo de la mano de los mercaderes del Medio Oriente, región cuyo país más visitado por los europeos de aquella época era Armenia. El gentilicio latino correspondiente le dio el nombre al animalito, que de esa manera fue conocido en tierras remotas después de muerto, apenas por su piel y por el nombre del lugar por donde ésta pasaba al ser exportada.

Este vocablo aparece por primera vez en castellano como *armino*, en el verso 2749 del «Cantar de la Afrenta de Corpes», en el *Cantar de Mio Cid*:

Levaron les los mantos e las pieles arminas

mas dexan las maridas en briales y en camisas

e a las aves del monte e a las bestias dela fiera guisa.

Por muertas la[s] dexaron sabed, que non por bivas.

Corominas considera probable que el *mus ponticus* «rata del mar Negro» mencionado por Plinio sea el propio *armenius mus*, cuyo nombre cambió en algún momento de la Edad Media, cuando en España era intenso el comercio de pieles con la región del mar Negro.

Armonía

Voz procedente, a través del latín, del griego *harmonia*, derivado de *armós* «ajustamiento», «articulación». Apareció por primera vez en español en 1444, usada por J. de Mena. La idea de los clásicos subyacente al concepto de armonía era la de «acomodar las cosas una junto a otra», lo que significaría, en relación con la música, «combinar las notas musicales de una manera que resulte placentera». En efecto, los griegos usaron *harmonia* con el sentido de «escala

musical» o, también, de «melodía».

El instrumento musical de viento que conocemos como *armónica* recibió este nombre en el siglo XIX. Un siglo antes, en 1762, el físico y político norteamericano Benjamín Franklin había llamado así a un instrumento musical formado por un conjunto de vasos de cristal parcialmente llenos de agua, de tal manera que producían notas diferentes al ser golpeados con los dedos.

En física se llama con el sustantivo *armónico* o *armónica* a las ondas sinusoidales cuya frecuencia es múltiplo exacto de la frecuencia principal.

La Real Academia también incluye en su Diccionario la grafía antigua *harmonía*.

Arpía

En la mitología griega, las arpías eran monstruos alados con cabeza y pecho de mujer, y cuerpo y garras de aves de presa. Hijas de Taumas y Electra, se llamaban Aelo «borrasca», Ocípete «la que vuela de prisa» y Celeno «oscura como un cielo tormentoso».

Eran las arpías de la leyenda homérica, con hermosos rostros femeninos. Más adelante, en el mito de Jasón y los Argonautas, se convertirían en pájaros con rostros de mujer horrorosos y temibles. Se las consideraba vengadoras de los dioses, y secuestraban niños y almas.

Además de las arpías mitológicas, el Diccionario incluye también el sentido de «persona codiciosa que con arte o maña saca cuanto puede», «mujer aviesa» y «mujer muy fea y flaca».

En español, la palabra se escribió durante mucho tiempo con *h* inicial, puesto que en griego se pronunciaba como una *h* aspirada, pero la fue perdiendo hacia el siglo XVIII, y hay registros de la forma *arpía* aun antes de la fundación de la Academia (1713).

Todavía aparecía con *h* inicial en este trecho de *Los cabellos de Absalón*, de Calderón de la Barca, publicado en 1640:

Vete de aquí, salte fuera, veneno en taza dorada, sepulcro hermoso de fuera, harpía que en rostro agrada, siendo una asquerosa fiera.

Arquitecto

La masonería tiene fama de ser una sociedad atea, probablemente debido a los enfrentamientos que ha mantenido a lo largo de siglos con la Iglesia católica. Sin

embargo, y aunque muchos de sus miembros son ateos, lo cierto es que en los documentos masones, que se pueden hallar fácilmente en la Internet, se admite la existencia de una inteligencia superior, que habría creado y ordenado el mundo, a la que llaman *Gran Arquitecto*, tal vez para evitar el uso de la palabra Dios.

La palabra *arquitecto* llegó a nuestra lengua con su sentido actual, procedente del latín *architectus*, derivada, a su vez, del griego *arkhitecton*, formada por *arkhein* «el primero, el que manda» y *tecton* «obrero, carpintero». *Arkhein* aparece en nuestra lengua en palabras tales como *monarca*, *anarquía* y *oligarquía*, entre muchas otras. *Tecton*, por su parte, viene de *tiktein* «construir, dar a luz, crear», proveniente de la raíz indoeuropea *teks-*, que en esa lengua prehistórica significaba «fabricar», «dar forma», especialmente con el hacha; y que, al agregarle el sufijo *-la*, denotaba «tejer».

Vemos, pues, que la voz arquitecto ya tenía el mismo significado en la Grecia antigua. Por otra parte, la idea de los masones de usar la imagen de un arquitecto para denominar a Dios tampoco es muy original, puesto que en los siglos II y III a. de C. el dramaturgo Plauto llamaba a Dios *architectus omnibus* «el Creador de todas las cosas, del mundo».

Arrepentirse

En el *Cantar de Mio Cid*, aún aparecía la forma antigua *repentirse*, procedente del latín tardío *paenitere* «arrepentirse de haber pecado», «sentir dolor, pesar o pena».

Sin embargo, la forma moderna *arrepentirse* apareció muy temprano y ya era usada por Alfonso X en *Las siete partidas* (1260), como vemos en este trecho:

E dixieron que penitencia es arrepentirse onbre & dolerse de sus pecados de manera que no aya mas voluntad de tornar aellos.

El verbo *arrepentir(se)* se forma con el prefijo *a-* (que en este caso significa «hacer que tenga», «hacer que esté», «causar») antepuesto al elemento compositivo *re-* «totalmente», «cabalmente» y con el verbo *paenitere*.

A pesar de que esta palabra nació para expresar el dolor por haber pecado, modernamente tiende a perder ese vínculo con la culpa religiosa. El Diccionario de la Academia señala hoy dos acepciones que están bastante cercanas: «Dicho de una persona: 1. Sentir pesar por haber hecho o haber dejado de hacer algo y 2. Cambiar de opinión o no ser consecuente con un compromiso».

Un ejemplo reciente de esta denotación lo hallamos en este párrafo de Alicia Melgar Palacios, en *Desenlaces* (2000):

Pensé en ellos todo el mes que prescribe la ley y casi esperaba con ansia su regreso. Imaginaba que tal vez no volverían. Nunca es tarde para arrepentirse. A veces los veía llegar como se habían ido, pero en esta nueva visión él hablaba y ella no, ella temblaba y él no.

Paenitere también está en el origen de *paenitio*, más tarde *punitio*, que llegó al español como *punición*, con el significado de «castigo».

Arroba^[1]

La arroba, representada por el signo @, es una antigua medida española de peso equivalente a 11,502 kg, la cuarta parte de un quintal. La palabra proviene del árabe hispánico *ruba* «cuarta parte», derivada de *arba* «cuatro».

El símbolo de las direcciones de correo electrónico, llamado *arroba* (@) en español y en portugués, entre otras lenguas, fue creado por los copistas de la Edad Media tardía para representar la preposición latina *ad* «a», «ante», «contra», «hacia», «por». Ese símbolo podría haber desaparecido en el siglo xv con la invención de la imprenta por Gutenberg, pero logró sobrevivir gracias a los mercaderes del Renacimiento, que lo usaron como manera de vincular el número de productos de una factura con el precio por unidad. De esta forma, 12 @ 3L significaba 12 unidades (de determinada mercadería) a tres libras cada una.

En algunos textos ingleses sobre contabilidad publicados en el siglo xix, se recomendaba el uso de este signo para representar la preposición inglesa *at*, la traducción más frecuente de la preposición latina *ad*, pero, con el desarrollo industrial y tecnológico ocurrido desde fines del siglo xix, el símbolo @ fue adoptado en inglés también por la física, siempre con el significado de *at*.

¿Y por qué arroba? El profesor Sales i Porta, máster de Lógica e Inteligencia Artificial de la Universidad Politécnica de Cataluña, afirma que el uso de @ para designar la arroba nació en España en el siglo xix, debido a una interpretación errónea de las relaciones de mercaderías descargadas en los puertos de Cataluña, donde la naciente industria local copiaba costumbres y manuales de contabilidad ingleses.

En las relaciones de mercaderías donde constaba una entrada como 50 @ 100 duros, el número 50 podía referirse a cualquier unidad, pero ya se sabía que lo que venía después de @ era el precio unitario. En esas condiciones, era natural que el símbolo @ fuera interpretado como unidad de peso, la más común de las cuales en esa época era la arroba, equivalente en Castilla a 11,502 kg.

Y el signo, que ya había sobrevivido a la invención de la imprenta, volvió a

salvarse de la extinción gracias a los inventores norteamericanos que, a fines del siglo XIX, crearon la primera máquina de escribir y lo incluyeron en su teclado, y un siglo más tarde lo heredaron las computadoras personales.

Con el surgimiento de la Internet, Ray Tomlinson, el creador del primer *software* de correo electrónico, se vio en la necesidad de adoptar un carácter para separar la identificación del usuario de la correspondiente a la máquina o al proveedor. El señor Tomlinson eligió para tal fin nuestro signo secular, nacido a fines de la Edad Media, y lo transformó así en más usado y más famoso que nunca en su larga historia.

Veamos el significado de este signo en diversos idiomas:

En italiano «@» recibe el nombre de *chiocciola*, derivado del latín *coclea* «caracol»; en holandés, *apestaart* «cola de mono»; el mismo significado que en alemán, *Klammeraffe*; en sueco, *snabel* o *kanelbulle* «trompa de elefante», y en otros países europeos, se llama *pretzel*.

Arroyo

Cuando Plinio el Viejo fue a España como procurador de Vespasiano, recogió la palabra hispánica prerromana *arrugia* «galería de mina» y su forma masculina, con el significado que le damos hoy a *arroyo*, como referencia a las corrientes de agua que circulan por esas galerías. Probablemente emparentada con el portugués *sarja* «arroyo», «curso de aguas servidas» y con *sarjeta*, que, al igual que el arroyo español, en portugués designa también la parte de la calle por donde corre el agua y, en sentido figurado, el lugar de la gente que vive en la calle. Como ejemplo de este último significado, recordemos el nombre en castellano de la película *El estigma del arroyo* (1956), basada en la vida del boxeador Rocky Graziano.

Arsenal

Es el lugar donde se construyen, reparan y conservan las embarcaciones. En ese sentido, *arsenal* es sinónimo de *astillero*. Sin embargo, hoy es empleado sobre todo como nombre de un «depósito de armas, municiones y pertrechos de guerra».

Debe desecharse la falsa etimología latina *ars navalis* «artes o técnicas navales». En efecto, *arsenal* proviene del vocablo árabe hispánico *darsinaa*, formado por *dar* «casa» y *sinaa* «obra de construcción». La etimología es la misma de *dársena* «lugar resguardado artificialmente en la costa de aguas navegables para la carga o descarga cómoda de embarcaciones».

Arzobispo

Con la llegada al poder de Constantino como emperador romano de Bizancio (306 d. de C.), la Iglesia católica, hasta entonces perseguida, se convirtió en la religión del poder y, como tal, se vio obligada a estructurar una jerarquía más formal. Como consecuencia de ese proceso, aparecieron los primeros obispos en las cinco diócesis de la cristiandad: Roma, Antioquía, Alejandría, Jerusalén y Constantinopla, en el siglo VI, doscientos años después de Constantino.

El nombre de este cargo se tomó del griego *episkopos*, palabra formada con el prefijo *epi-* «sobre», «encima de» y *skopos* «ver», «mirar», «inspeccionar», o sea, «inspector que está por encima, en una posición superior, supervisor». *Skopos* está presente en nuestra lengua en palabras como *telescopio*, *microscopio*, *oftalmoscopio*.

Más adelante, con el crecimiento de la Iglesia, algunos obispos asumieron posiciones más altas aún, eran los *arkhiepiskopos*, algo así como «obispos jefe», palabra que llegó al latín medieval como *archiepiscopus* y al castellano como *arzobispo*. *Arkhi-*, formado a partir de *arkhein* «ser el primero, el superior», también está presente en numerosos vocablos españoles, como *archipiélago*, *archiduque*, *monarquía*, *oligarquía*, *anarquía*.

Asco, asqueroso

Se deriva del latín vulgar *escharosus* «cubierto de *escharas*», que significaba «escaras», «costras». A su vez, *escharas* se formó a partir del griego *eskharas* «estufa de leña», «braseo», que más tarde pasó a denotar la «costra causada por una quemadura». De allí surgió el término médico español *escara*, registrado en nuestra lengua desde 1578.

Uno tiende a pensar que *asco* tiene el mismo origen que *asqueroso* y que una palabra se deriva de la otra, pero no es exactamente así: *asco* parece proceder de un antiguo vocablo del romance español, *usgo* «odio», derivado a su vez del latín vulgar *osicare* «odiar».

Se cree que en cierto momento del siglo XIII, probablemente en los poemas de Berceo, *usgo* adoptó la forma *asco* bajo la influencia de *asqueroso*, y a partir de entonces, ambas palabras se abrieron camino juntas en el español moderno.

Asedio

Se llama así al acto de cercar o sitiar un sitio fortificado. Voz tomada del latín *obsidere*, con el mismo significado, formada por *obs-* «delante» y *sedere*

«situarse», «sentarse».

Es otro ejemplo de la formación de palabras en latín por medio del agregado de prefijos. En otro lugar de este libro veremos que el mismo verbo *sedere*, con el prefijo *prae-*, dio *praesedere* «sentarse delante», voz de la cual provienen *presidente* (v. presidente) y *presidiario*.

Asesino

Un fanático musulmán del siglo XI —hoy diríamos «integrista»—, conocido como el Viejo de la Montaña, capitaneaba en Siria un pequeño ejército, que utilizaba para ejecutar cruentas venganzas políticas y someter así por el terror a la población de la región. Antes de salir de correrías, para estimular aún más la crueldad de sus hombres, los obligaba a consumir hachís, la droga extraída del cáñamo de la India (en árabe, *hassís*). Por esa razón, a los secuaces del Viejo de la Montaña se los llamaba *hassasí*, que en árabe significa «consumidor de hachís», pero la palabra no tardó en designar también a los matadores. El anciano líder tuvo sucesores que continuaron con los mismos sangrientos métodos de dominación, hasta que el último de ellos fue capturado y ejecutado sumariamente por Gengis Khan.

La palabra aparece por primera vez en español hacia 1300, pero su escritura varió muchas veces hasta el siglo XVIII, cuando el *Diccionario de la Lengua Española* le dio su forma definitiva. Durante los cuatro siglos anteriores se habían registrado variantes: *anxixín*, *assesino*, *asesigno*, *acecino*, *assasino* y *assesino*. Este vocablo, que fue traído del Cercano Oriente por los cruzados, llegó también al francés, *assassin*, y al italiano y al portugués, *assassino*.

Asfalto

Sustancia de color negro que constituye la fracción más pesada del petróleo crudo. Se encuentra a veces en grandes depósitos naturales, como en el lago Asfaltites o mar Muerto, por lo que se llamó *betún de Judea*. Se utiliza mezclado con arena o gravilla para pavimentar caminos y como revestimiento impermeable de muros y tejados.

Proviene del latín medieval *asphaltus* y éste, del griego *asphaltos*, formado por el prefijo privativo *a-* y el sustantivo *sphalma*, *sphalmatos* «caída», «desgracia», derivado del verbo *sphallein* «hacer caer», «derribar». Llegó al castellano como *aspalto*, que más tarde derivó en *asfalto*, ya documentada desde el siglo XV. Etimológicamente, significa «que evita la caída», debido, quizás, a que en civilizaciones antiguas, como Asiria y Babilonia, el betún de Judea se usaba como cemento en las construcciones. Además, los sumerios lo empleaban para

calafatear embarcaciones, y los egipcios, para embalsamar. En el Génesis se menciona el betún en la descripción de los preparativos para el Diluvio:

Hazte un arca de maderas resinosas. Haces el arca de cañizo y la calafateas por dentro y por fuera con betún.

Como ya mencionamos, este asfalto natural procedía de Palestina, sobre todo del gran lago al que los griegos denominaron Asfaltites, y que hoy conocemos como mar Muerto. Otros yacimientos famosos son el Pitch Lake (lago asfáltico o lago de la brea) en la isla de Trinidad y el de Bermúdez en Sucre (Venezuela).

Veamos este texto del siglo XVI, *Descripciones del Nuevo Mundo* (1518), de Gonzalo Fernández de Oviedo:

Algunos de los que lo han visto dicen ser llamado por los naturales *stercus demonis*, y otros le llaman *petrolio*, y otros *asfalto* y los que este postrero dictado le dan, es queriendo decir que este licor es del género de aquel lago *Aspháltide*, de quien en conformidad [...].

Asia

Cuando los griegos dieron nombre a este continente situado al este de Europa, se referían apenas a la región que posteriormente los romanos llamarían *Asia Minor* (Asia Menor), sin sospechar la enorme extensión del continente ni la existencia de tierras tan remotas como Cipango (Japón) y Catay (China).

Para los griegos, *Asíe* (costa del reino de Lidia) era sólo esa tierra misteriosa que lindaba con lo desconocido, por donde el sol se asomaba cada mañana. *Asíe* se formó a partir del acadio *asú* «salida del sol».

Asíntota

Según los diccionarios, es la recta que se aproxima permanentemente a una curva sin alcanzar a tocarla nunca o haciéndose tangente sólo en el infinito. Sin embargo, muchos matemáticos suelen usar este nombre en sentido inverso, es decir, aplicándolo a la curva que se aproxima a una recta para tocarla sólo en el infinito. En el fondo, es lo mismo.

Asíntota proviene del griego *asymptotos* «que no cae junto», «que no coincide», formada con el prefijo privativo *a-*, el adverbio *sym* «juntos», «con» y un derivado del verbo *piptein* «caer».

Curiosamente, una palabra de significado tan lejano de *asíntota* como el término médico *síntoma* tiene el mismo origen, pues procede del verbo *sympiptein*

«coincidir juntos», «coincidir con», en este caso, con el sentido de «conjunto de síntomas que coinciden en el diagnóstico de una enfermedad». *Sympiptein* dio lugar en latín tardío a *symptoma* y llegó a nuestra lengua proveniente del francés *symptome*.

Aspirina

Es la marca registrada por el laboratorio alemán Bayer para los comprimidos de ácido acetilsalicílico.

La acción analgésica de los salicilatos ya era bien conocida a fines del siglo XIX, aunque en esa época ninguno de ellos era tan eficiente como una sustancia de la misma familia química que se extraía de las flores de la *Spirea ulmaria*: el ácido salicílico.

Sin embargo, este producto tenía un sabor muy desagradable y efectos secundarios indeseados, lo que impidió durante mucho tiempo su utilización en gran escala. Hasta que, a fines del siglo pasado, el químico Felix Hoffmann, de la empresa alemana Bayer, logró sintetizarlo al ensayar una reacción del ácido salicílico con anhídrido acético. Así obtuvo el ácido acetilsalicílico. El nuevo producto, que no presentaba los inconvenientes del ácido salicílico, se difundió rápidamente en el mundo entero bajo la marca Aspirina, formada por la *a* de *acetil*, más *spir*, de la *Spirea ulmaria*, más el sufijo *-ina*, común a los nombres de numerosos productos químicos y farmacéuticos. Ya hace muchos años que caducaron los derechos de Bayer sobre el ácido acetilsalicílico, y son varios los laboratorios que lo producen. Aunque Bayer sigue siendo dueña de la marca Aspirina, la palabra se usa en el lenguaje cotidiano para designar al ácido acetilsalicílico fabricado por cualquier laboratorio.

Se descubrieron otras propiedades de la aspirina en los últimos años, como la de impedir la formación de coágulos, y hoy algunos investigadores creen que puede actuar, incluso, en la prevención de ciertos tipos de cáncer.

Atlántico

Atlas, un gigante de la mitología griega, fue condenado por Zeus a sostener la Tierra sobre sus hombros como castigo por haber tomado partido por los titanes en lucha contra los dioses. Para los griegos, el mundo se reducía a las cercanías del Mediterráneo, yendo desde el Asia Menor hasta las *columnas de Hércules*, como llamaban al peñón de Gibraltar. Y suponían que Atlas cumplía su castigo debajo de la Tierra, sumergido en aquel mar ignoto que se avistaba después de las columnas, motivo por el que Hesíodo lo llamó *mar de Atlas* o *Atlántico*. Por la misma razón, el supuesto continente perdido, que según Heródoto habría

quedado sumergido en aquel mar, se llamó *Atlántida*. El nombre *Atlas* está formado por el prefijo *a-* y el verbo *tlenai* «soportar», «sostener».

Atleta

En la antigua Grecia, los luchadores se llamaban *athletés*, una palabra formada a partir del verbo *athlein* «luchar», «combatir», «esforzarse», del cual provenía también el nombre que los griegos daban a la propia competición, *athlos*, y a los premios que se otorgaban en los combates, *athlon*, palabra de la cual el fabricante de los modernos procesadores Athlon tomó el nombre para su producto.

Athletés pasó al latín con la forma *athleta* y, entre los siglos XIV y XV, se usó para formar la palabra española y portuguesa *atleta*, así como la francesa *athlète* y la inglesa *athlete*. Sin embargo, *atletismo* y sus equivalentes sólo aparecen a fines del siglo XIX, con el comienzo de los I Juegos Olímpicos de la era moderna, en 1896.

Athlon se encuentra también en las voces griegas *pentatlón*, conjunto de cinco (*penta*) competiciones atléticas diferentes: 200 y 1500 m llanos, salto largo y lanzamiento de disco y de jabalina; en *dekathlon*, conjunto de diez (*deka*) competiciones: 100 m llanos, salto largo, lanzamiento de peso, salto alto, 400 m llanos, 110 m con vallas, lanzamiento de disco, salto con garrocha (o pértiga), lanzamiento de jabalina y 1500 m llanos; y en *heptatlón*, conjunto de siete (*hepta*) competiciones para mujeres: 100 m con vallas, salto alto, lanzamiento de peso, 200 y 800 m llanos, salto largo y lanzamiento de jabalina. Estas palabras griegas han sido adoptadas en español como *pentatlón*, *decatlón* y *heptatlón*.

Atómico

En la Antigüedad se creía que la materia podía ser subdividida hasta llegar a una cierta unidad mínima, concebida como indivisible y diferente para cada sustancia. Fue necesario que transcurrieran veinte siglos, hasta la llegada de la ciencia experimental, para que los investigadores arribaran a la conclusión de que todos los líquidos, gases y sólidos se pueden descomponer en sus constituyentes últimos: los elementos químicos, cada uno de los cuales está compuesto por átomos de naturaleza diferente.

La palabra *átomo* está formada por el verbo griego *temnein* «cortar», «dividir» y el prefijo privativo *a-*. Esta voz griega está presente en muchas palabras de nuestra lengua, como *lobotomía* «corte en el lóbulo frontal» o *apendicectomía* «extirpación del apéndice».

Hacia mediados del siglo xx, científicos oriundos de varios países lograron obtener la fisión del átomo y desataron el poder devastador y sin precedentes de las bombas nucleares, y también el controvertido uso de la energía de fisión atómica para fines pacíficos, como fuente de energía de extraordinario poder, pero enormemente peligrosa.

Atrabiliario

Desde que Hipócrates (460-377 a. C.) y Galeno (129-199) definieron los cuatro humores o líquidos corporales, determinantes, según ellos, del carácter y temperamento humano, esa tesis fue usada como base por la medicina occidental hasta la Edad Media.

Los humores en que se basaba esta creencia eran: sangre (en latín, *sanguis*, -*inis*), flema (en griego y en latín, *phlegma*), bilis amarilla (en griego, *kholé*) y bilis negra (en griego, *melan kholé*, y en latín, *atra bilis*).

El temperamento sanguíneo es el del sujeto que reacciona en forma rápida y enérgica, cuyo humor dominante es la sangre; el flemático es el tranquilo, que responde en forma lenta, su humor esencial son las flemas y otras secreciones mucosas; el colérico es el individuo definido por el predominio de la bilis amarilla o *kholé*, y el melancólico es aquél en el que la bilis negra es el humor fundamental, dado a la tristeza y a la meditación.

Vemos, pues, cómo de estos cuatro humores surgieron cuatro palabras que hasta hoy definen en nuestra lengua temperamentos o estados de ánimo: *sanguíneo*, *flemático*, *colérico* y *melancólico*.

Una quinta palabra, surgida de la idea de bilis negra, es *atrabiliario*, que nació del nombre en latín de ese humor, la *atra bilis*. Atrabiliario, por su etimología, debería ser un sinónimo de melancólico, pero por alguna razón, su sentido evolucionó para definir a un «sujeto destemplado y violento».

Atropellar

Este verbo proviene de *tropa*. Evoca la marcha presurosa del ganado, que puede atropellar a quien se ponga por delante.

Tropa, que se deriva del francés *troupe*, es una palabra con una larga historia: procede del francés antiguo *tropel* «rebaño», formada a partir de *trop*, vocablo este que significaba «rebaño», pero que también funcionaba como adverbio de cantidad, «por mucho», «demasiado». Se cree que puede provenir del franco *throp* «asamblea» y que está vinculado con el alemán *dorf* «pueblo».

Atropellar ya se usaba en el siglo xv, como vemos en este fragmento de *Letras*,

de Fernando del Pulgar (1500):

& si la cobdicia templasses quiça te guerrearia la accidia: & te venceriala gula: & si templasses la gula no podrias vencer la embidia & atropellar te yan las feas tentaciones dela luxuria.

El vocablo francés *tropel* ingresó sin cambios en nuestra lengua hacia el siglo XIV e influyó también en la formación de *tropa*.

Atropina

Las parcas eran tres diosas hermanas —Cloto, Láquesis y Átropos— de la mitología griega; se ocupaban del hilo de la vida del hombre. Se mostraban como tres ancianas: Cloto, que hilaba en una rueca; Láquesis, que devanaba el hilo, y la temible Átropos, que representaba a la muerte pues era quien cortaba el hilo de la vida humana. El principio activo de la belladona recibió la denominación científica *atropina*, que alude a su calidad de alcaloide venenoso.

Atuendo

«Ostentación», «atavío», «vestido».

La estruendosa ostentación de los reyes medievales, que se presentaban en público vistiendo sus ropas cargadas de oro y pedrería, precedidos de estridentes bandas musicales, en bajo latín se llamaba *addondo*, voz proveniente del verbo *attonare* «llenar de estupor»; «aturdir» y de su participio pasivo *attonitus* «asombrado», «golpeado por un rayo». En español se registró primero *atondo*, que se refería precisamente a la pompa, al aparato, a la ostentación, al fausto propios de la majestad real.

Atondo y luego *atuendo* tuvieron ese significado al comienzo, que después se generalizó —además de la pompa— para las ropas, los utensilios y los muebles de los monarcas, hasta que, finalmente, acabó por limitarse a designar apenas el vestido, primero de los reyes y luego de todo el mundo.

Cabe mencionar que *atuendo* sufrió además la influencia de *trueno* y dio lugar también a *estruendo*.

Australia

Los latinos llamaron *Terra Australis Incognita* «tierra desconocida del sur» a un continente imaginario, cuya existencia había sido sugerida por Aristóteles y Ptolomeo, una idea retomada por los cartógrafos medievales europeos.

Los antiguos imaginaban que Terra Australis estaría situada alrededor del Polo Sur, pero que sería mucho mayor que la Antártida. Descubierta por marinos holandeses, esta isla de dimensiones continentales fue llamada *Australische* en 1638, pero su nombre sólo apareció bajo su forma actual, *Australia*, en 1693, en la traducción inglesa de una novela de aventuras del escritor francés Gabriel de Foigny, quien firmaba Jacques Sadeur.

El navegante británico Matthew Flinders, el primero que circunnavegó Australia, fue quien popularizó este nombre.

Autopsia

Del griego *autopsía*, formada por *autos* «mismo» y *ops* «visión», con el sentido de «ver con los propios ojos».

El primer caso de *autopsia* hallado en castellano data del siglo XVII, y se encuentra en este fragmento de *Carlos III*, obra publicada en 1790, de Carlos Gutiérrez de los Ríos.

Los lugares los hallábamos abandonados y sin provisión alguna, y lo que dañó mucho fue el calor excesivo y el mosto, de que usaban con exceso los soldados, y con el cual se quemaban los intestinos, como lo hizo ver la autopsia de los cadáveres.

Una composición semejante tiene el sinónimo *necropsia*, surgido en nuestra lengua en la segunda mitad del siglo XIX, formado por *nekrós* «muerto», «cadáver» y *ops*.

La palabra griega *ops* se menciona en esta obra en las referencias daltonismo, hipermetropía, miopía y piropo.

Avellana

Al sur de Italia, en la región de Campania, se encuentra la actual ciudad de Avellino, que en el Imperio romano se llamaba Abella. Hay varias hipótesis sobre la etimología de este nombre; la más convincente parece ser la que lo vincula con el vocablo etrusco *abblona* «manzana», por ser ésta una zona de extensos manzanales, lo que confirma Virgilio en la *Eneida*. Esta hipótesis se ve fortalecida por el hecho de que tanto el vocablo inglés *apple* «manzana» como el alemán *apfel* «manzana» tienen su origen en la raíz indoeuropea *pel-*, al igual que el etrusco *abblona*.

En Abella, además de manzanales, había grandes extensiones de avellanales o campos de avellanos, cuyo fruto se llamaba en latín *avellana nux* «nuez de

Abella» y como tal figura en textos de Marco Porcio Catón (234-149 a. de C.). San Isidoro de Sevilla (530-636) confirma esta etimología. El fruto del avellano también era conocido en castellano antiguo como *avellina*.

Avestruz

La enorme ave corredora que llamamos *avestruz* ya era conocida por los griegos, que la nombraban *struthiokámelos*, «pájaro-camello», literalmente. Al pasar al latín, la palabra perdió la referencia al camello y adoptó la forma *struthio*, *-onis*, que fue recogida siglos más tarde por la antigua lengua provenzal de Oc como *estrutz*.

El *estrutz* de los provenzales cruzó los Pirineos y se estableció en España como *estrutz* y, en poco tiempo, se convirtió en *ave estrutz*, como registraba en 1611 el diccionario de Rosales. Sin embargo, la forma *estrutz*, marcada como voz antigua y con remisión a *avestruz*, siguió apareciendo en el Diccionario de la Academia hasta 1884. En América, el equivalente local del avestruz adoptó el nombre indígena *ñandú*, como se llamaba el pájaro-camello en la lengua de los indios guaraníes.

Azorado

El azor es un ave de rapiña diurna muy temida por otros pájaros menores, que quedan azorados al verse atacados por una de ellas, o sea, se sienten incapaces de actuar y de reaccionar.

Un ejemplo del uso de *azorado* aparece en la única novela escrita por Mariano José de Larra, *El doncel de don Enrique el doliente*:

Retiróse Hernando, obediente a las indicaciones de su señor, y con él el terrible alano, a cuya vista se había detenido algún tanto el azorado paje en el dintel de la puerta.

Algo semejante a lo que ocurre con el ave azorada es lo que sucede con la que es atacada por el milano: se siente amilanada. Tanto *azorado* como *amilanado* se aplican también a personas que no saben qué hacer al verse objeto de un ataque o al sufrir una situación adversa.

Aztecas

Los aztecas eran un pueblo nómada, rico en mitos y leyendas, que recorrió durante siglos las tierras del actual territorio de México buscando un lugar para establecerse. Una de sus tradiciones orales decía que eran oriundos de la mítica

tierra de Aztlán, tal vez una isla del golfo de México. Sabían que, según una profecía de su dios Huitzilopochtli, su busca concluiría el día en que se encontraran con un águila montada sobre un cactus comiendo una serpiente.

Fue lo que ocurrió un atardecer del año 1325, cuando presenciaron este hecho en una isla situada en medio del lago Texcoco. Fundaron entonces allí su capital Tenochtitlán, hoy conocida como Ciudad de México.

El gentilicio *azteca* proviene del náhuatl *aztécatl*, que se aplicaba a los hombres y mujeres que provenían de la misteriosa tierra de Aztlán.

Azúcar

Es un carbohidrato de sabor dulce que se disuelve en agua, extraído de la caña de azúcar, de la remolacha y, en menor escala, de otros vegetales.

El azúcar se usaba desde muy antiguo en Oriente, pero sólo en el siglo II de nuestra era se logró extraer el azúcar sólido del jugo de la caña, en la India. A mediados del siglo X, los árabes llevaron el producto a la Europa mediterránea, donde se difundió muy lentamente sólo entre los nobles y burgueses ricos, debido a su precio elevado. Con la introducción de la caña en América, primero en las Antillas y más tarde en el Brasil, el azúcar se fue haciendo poco a poco más asequible, hasta que en el siglo XIX estaba ya al alcance de la mayor parte de la población.

Los orígenes más remotos de la palabra *azúcar* se hallan en el sánscrito *çarkara*, de donde pasó a la lengua persa pelvi como *sakar*, y de ésta, al griego *sakharon*. Del griego pasó al árabe como *sukkar* y, más tarde, al árabe hispánico *assúkkar*; finalmente, en el siglo XIII, llegó al castellano como azúcar.

Los arboles que façen sombra dulz e donosa,

Son los Sanctos miraclos que faz la Gloriosa,

Ca son mucho mas dulçes que azucar sabrosa,

La que dan al enfermo en la cuita rabiosa.

Gonzalo de Berceo

A partir del español, la palabra fue incorporada al catalán y al francés con la forma *sucre*, así como al portugués con la grafía *açúcar*. Desde el francés, se propagó al inglés *sugar*, al alemán *Zucher*, al búlgaro *shelker*, al danés *sukker*, al

holandés *suicker*, al polaco *cukier*, al rumano *zakar*, al ruso *zakharu*, al sueco *socket* y al turco *sukker*.

B

Babia, estar en

Babia es el nombre de una comarca agrícola poco conocida, situada en las montañas de la actual provincia española de León, dotada de importantes obras de irrigación y alejada de las grandes ciudades.

León fue uno de los reinos más antiguos de la península, anterior incluso al de Castilla, la que sólo se independizó de León en el siglo XI, por lo que los leoneses afirman que «tuvo León veinticuatro reyes antes que Castilla leyes», y en el himno de la provincia se canta:

Sin León no hubiera España.

Antes que Castilla leyes,
concilios, fueros y Reyes,
dieron prestigio a León.

Sin embargo, dos siglos más tarde, durante el reinado de Fernando III de León, ambos reinos se unieron nuevamente bajo la denominación de Castilla y León.

En la Edad Media, Babia era una comarca de caza abundante, de modo que los reyes de León la eligieron como lugar de descanso y de refugio para escapar de las intrigas palaciegas. Por esa razón, cuando los súbditos preguntaban por los monarcas para resolver algún problema urgente, la respuesta era, invariablemente: «El rey está en Babia».

La expresión *estar en Babia* se volvió popular y se incorporó al patrimonio de la lengua para describir una actitud desentendida, distraída o de falta de interés ante algún problema apremiante.

Babor

Es el lado izquierdo de una embarcación para quien está situado de frente hacia la proa. La palabra llegó al castellano a partir del francés *babord*, pero se originó en el neerlandés *bakboord*, palabra compuesta por *bak* «posterior», «trasero» y *boord* «borda». En las embarcaciones antiguas, el timonel quedaba de espaldas al lado izquierdo del navío.

El vocablo se empezó a usar en español en el siglo XVI, como vemos en este pasaje de *La araucana* (1569), de Alonso de Ercilla:

Suenan cañones, sacres, falconetes,
y al doblar de la Isleta embarazadas,
del Austro cargan a babor la escota,
tomando al Su-sudueste la derrota.

Bacteria

Procede del indoeuropeo *bak-* «bastón», al igual que *bacilo* y *báculo*; pasó por el griego *baktron* «báculo», «bastón», de cuyo diminutivo, *bakterion*, llegó al alto latín como *bacterium*. La palabra *bacteria*, que hace mención a una de las formas que estas presentan —de bastoncito—, surgió hacia 1850 y fue incorporada a todas las lenguas modernas. El diccionario de Domínguez, de 1853, fue el primer diccionario de español que la registró; la Real Academia Española sólo la incluyó en su Diccionario en la edición de 1914, con el siguiente texto:

Organismo vegetal, que se distingue del bacilo en que aparece entre otros varios, pero aislado y sin guardar con ellos ningún orden.

Las bacterias son seres vivos unicelulares, microscópicos e indispensables para la vida. Presentes en la destrucción de residuos orgánicos y en la fermentación, originan, junto con los virus, la mayor parte de las enfermedades infecciosas. Son de gran utilidad para el hombre en la alimentación (vitaminas, aminoácidos), en la medicina (antibióticos) y en la industria (ácidos acético, butírico, láctico).

Bachiller

En las ceremonias de graduación de las primeras universidades europeas, en la Baja Edad Media, los graduandos ceñían sus sienes con una corona de laureles adornada con bayas.

El nombre de esta fruta, *baya*, llegó al español proveniente del francés *baie*, y éste, del latín *baca*, mientras que *laurel* se derivó del latín *laurus*. A partir de *baca* y *laurus*, se formó en bajo latín *bacalarius*, palabra que se usaba allá por el siglo IX para designar a los graduados.

En Francia, se los llamó *bachelor* en la *Canción de Rolando* (1080) y, posteriormente, *bachelier*, mientras que el título que recibían era *baccalauréat*. Llegaron a nosotros como *bachiller* y *bachillerato*.

Bagatela

Palabra registrada por primera vez en nuestra lengua en 1615, *bagatela* proviene del italiano *bagattella* «habilidad de titiritero», derivada del bajo latín *bagatire* «decir cosas sin importancia». Algunos etimólogos creen que el origen de *bagattella* está vinculado, asimismo, al nombre de una moneda veneciana de escaso valor llamada *bagattino*.

Bahamas

Archipiélago situado a ochenta kilómetros de la costa del estado norteamericano de Florida, descubierto en el primer viaje de Cristóbal Colón. Conquistadas por los ingleses en el siglo XVIII, las Bahamas se independizaron en 1973.

Las islas Bahamas son conocidas como un paraíso fiscal donde buscan guarida capitales fantasmas oriundos de la corrupción, de la evasión de impuestos y, a veces, de cosas peores, pero muchos ignoran que una de estas islas alguna vez se llamó Guanahaní, precisamente hasta el 12 de octubre de 1492, cuando Cristóbal Colón la rebautizó San Salvador tras desembarcar en ella y poner así el pie por primera vez en el Nuevo Mundo. A la llegada del Descubridor, las Bahamas se llamaban Lucayas por la tribu de pacíficos indígenas que las habitaban, los lucayos.

Según los relatos del Descubrimiento, uno de los elementos que más llamó la atención del navegante genovés fue la escasa profundidad de las aguas, por lo que las bautizó *islas de la Bajamar*. Ambos nombres coexistieron mientras el archipiélago permaneció en manos de la Corona española durante casi un siglo y medio. Pero los ingleses codiciaban las islas, pues las querían convertir en enclave estratégico para proteger sus colonias en la América del Norte. Finalmente, en la primera mitad del siglo XVIII, los súbditos de Carlos I se apoderaron de las islas de la Bajamar y adaptaron el nombre del archipiélago a su lengua, llamándolas *Bahamas Islands*. Más tarde, nosotros, los hispanohablantes, ignorantes del origen del nombre, lo retradujimos y hoy las llamamos *islas Bahamas*.

Balanza

Voz hallada a partir de fines del siglo XIII, deriva del latín vulgar *bilancia*, que

proviene, a su vez, de latín tardío *bilanx*. Este último vocablo estaba formado por *bi-* «dos» y *lanx* «platillo». En español se escribió *balança* hasta el siglo XVI.

Balance —palabra que designa la demostración, en forma resumida, del estado patrimonial, financiero y económico de una empresa— puede haber seguido un camino algo más tortuoso, a partir del latín *bilancio* hasta llegar a su forma actual, alcanzada en el siglo XV. Corominas afirma que *balance* debe haber pasado antes por el catalán *balanç*. En todo caso, cabe observar que el surgimiento del segundo término coincide con un momento clave del ascenso de la burguesía, desde el auge del comercio en el Mediterráneo, particularmente en el Adriático y en el Tirreno, dos siglos antes del Descubrimiento, hasta las complejas anotaciones contables que se tornaron imprescindibles para los comerciantes en el siglo XVI.

Corresponde recordar que fueron, precisamente, los mercaderes venecianos quienes inventaron el sistema de contabilidad por partida doble, que todavía hoy, en este inicio de milenio, alimenta los bancos de datos de poderosas computadoras y rige transacciones tan sofisticadas como las del imprevisible mercado de derivados.

Balcón

Cuando invadieron Europa occidental, los pueblos germanos se asimilaron rápidamente a las tierras conquistadas, asumiendo su religión, costumbres e idiomas, pero dejaron en ellas la impronta de sus lenguas, como ocurrió en Italia, en España y en Francia.

En la península ibérica, el nombre germánico *Fridenandus*, formado por *frithu* «paz», «alianza» y *nanth* «osado», «atrevido», dio lugar al españolísimo Fernando; *Rodericus*, a Rodrigo, y *Gundisalvus*, a Gonzalo.

En Italia, los godos, que se establecieron en el norte, en la región del valle del Po y se llamaron *longobardos*, dieron su nombre a la Lombardía e impusieron allí palabras como *balko* «viga» (en el alemán actual, *Balken*), de la cual se derivó *balco* «tablado» y, más tarde, *balcone*, que dio lugar a nuestro *balcón*.

Los longobardos pronunciaban la *b* con fuerza, como consonante explosiva, lo que produjo también en italiano *palco*, de donde se derivó *palco*, que en español denota «un espacio en forma de balcón para los espectadores de un teatro» y en portugués es equivalente de nuestro «escenario».

Ballena

Según san Isidoro de Sevilla, proviene del griego *bállein* «lanzar», en alusión a

su peculiar surtidor. Para etimólogos posteriores, nos ha llegado a través del latín *ballaena* «ballena» desde el griego *falaina* «ballena», lengua esta última en la que la partícula *fal-* forma parte de diversas palabras referidas a la forma cilíndrica o hinchada característica de las ballenas, como también ocurre con el griego *fallós* «falo».

Del latín *ballaena* se ha derivado el francés *baleine*, el portugués *baleia* y el italiano *balena*; mientras que se afirma que el inglés *whale* y el alemán *Wal* proceden de la raíz indoeuropea *bhel-* «soplar», «hincharse».

Hasta el siglo xv, se usó también la grafía *vallena* y así aparece en el diccionario de Nebrija (*vallena dela mar*) y en el de Covarrubias.

Las ballenas son mamíferos cetáceos adaptados a la vida marina. La ballena azul o rorcual puede alcanzar 33 m de largo y 200 toneladas de peso, lo que hace de ella el animal más grande que puebla la Tierra.

Estos cetáceos tienen el sentido del oído muy desarrollado, por lo que son capaces de captar a gran distancia sonidos emitidos por otros miembros de su especie. La mayoría de las casi cuarenta variedades de ballenas existentes carecen de dientes y, en su lugar, poseen unas varillas denominadas *barbas* o *ballenas*, que se usaban en corsetería antes de la aparición del plástico y del acero. El peculiar chorro de agua que parecen lanzar por las fosas nasales llega a los seis metros de altura. Pueden mantenerse en inmersión hasta cincuenta minutos y alcanzar cuatrocientos sesenta metros de profundidad. En 1986, ante el inminente peligro de su extinción, entró en vigor una moratoria internacional de caza de ballenas.

Bálsamo

Los egipcios y los judíos embalsamaban a sus muertos con la savia aromática que extraían por incisión del tronco de algunos árboles. En contacto con el aire, los aceites esenciales contenidos en el líquido se oxidan y se convierten en resina y en los ácidos benzoico y cinámico, que se usan también para aliviar el dolor. Recordemos que María Magdalena untó con bálsamo los pies de Jesús.

La palabra proviene del latín *balsamum* y ésta, del griego *balsamon*, que tendría origen oriental.

Bambalina

La bambalina es una tira de lienzo colgada del telar de un teatro. Un grupo de bambalinas forman un conjunto detrás del cual se esconden los actores cuando no están en escena. De allí surgió la expresión *entre bambalinas*, que se refiere a

las cosas que ocurren fuera de los ojos del público, no sólo en el teatro, sino en cualquier actividad humana, como podemos ver en este texto extraído de la web elcorresponsal.com:

Pero si bien Hussein tuvo una innegable maestría para mantener la corona, entre bambalinas se le reconocen algunos gruesos errores estratégicos.

Banco, bancarrota

Con el vigoroso surgimiento de la burguesía hacia fines de la Edad Media, en los más importantes centros comerciales de Europa, como Venecia y Florencia, aparecieron lugares donde la naciente clase empresarial hacía sus transacciones financieras. Los que tenían un excedente de dinero podían prestarlo a intereses a aquellos que necesitaban efectivo para adquirir mercaderías. Los comerciantes y noveles financistas llevaban a cabo esos intercambios sentados en largos bancos de madera sobre los cuales extendían sus piezas de oro.

La palabra italiana *banca*, enseguida transmitida al francés como *banque*, adquirió muy pronto el sentido de «mostrador del que presta dinero» y, más tarde, de «empresa de transacciones de crédito». El vocablo original, empleado para denominar al simple banco de madera, es el germánico *bangk*, probablemente adquirido del noruego *banki*. En su denotación de establecimiento de crédito, la palabra italiana se extendió muy pronto a otras lenguas, no sólo romances, como *banco* al español y con la misma grafía al portugués, sino también al alemán *Bank* y al inglés *bank*, idéntico al neerlandés y al danés.

Es claro que, tal como ocurre hoy, muchos financistas hacían mal sus cálculos y quebraban o, como decían ya los florentinos de aquella época, caían en *banca rotta*, en *bancarrota* en español, que se repite en portugués con idéntica grafía y en inglés, en *bankruptcy*. (V. cheque).

Bandoneón

Parecido al acordeón y a la concertina, el bandoneón es un instrumento de fuelle inventado a mediados del siglo XIX por el alemán Heinrich Band, de Krefeld. En lugar de teclas, cuenta con 71 botones: 38 para el registro agudo y para el medio, y 33 para el grave.

Hay constancia del nombre *bandolón* en México y en Filipinas en el siglo XIX, mientras que en el Río de la Plata se fue imponiendo primero el vocablo

bandoleón y luego, desde comienzos del siglo xx, por la misma época en que empezaba a crecer en Buenos Aires la fama del cantante Carlos Gardel, cobró vigencia *bandoneón*. La amplitud de su registro y la limpieza de su sonido lo convirtieron rápidamente en un instrumento fundamental de las orquestas de tango.

Corominas señala que el origen del nombre es «incierto» y apunta como probable el de un instrumento de cuerda más antiguo, la bandola, llamado así a partir del griego y del latín *pandura*. Sin embargo, no puede descartarse que la fuente principal de la denominación del instrumento haya sido el apellido de su creador, arriba señalado.

Baño María

Antiguamente, cuando el trabajo de los médicos se limitaba casi siempre a atender a los poderosos y a los personajes de la corte, las hechiceras o curanderas, con sus conocimientos rudimentarios mezclados con creencias y supersticiones, eran la única alternativa para atender la salud de la mayor parte de la población.

Las más famosas tenían sus propias recetas, como ocurrió en Alejandría con una curandera judía llamada María, que fue la primera en usar agua hirviendo para calentar o derretir los ingredientes de sus recetas. Con tal fin, los colocaba en un recipiente que luego introducía dentro de una olla llena de agua hirviendo, lo que permitía que los componentes se calentaran a una temperatura que jamás podía pasar de los cien grados centígrados, como probablemente intuyó María.

En poco tiempo (lo que en términos de la Antigüedad puede significar algunas décadas o hasta siglos), este procedimiento se hizo popular en toda Europa, bajo el nombre en latín de *balneum Mariae*, que en castellano se convirtió en *baño María*, y fue adoptado más tarde para las misteriosas fórmulas de los alquimistas y para las recetas de las cocineras.

Bárbaro

Proviene del griego *barbaros*, un vocablo de formación onomatopéyica usado por los griegos para referirse a los extranjeros cuyas lenguas no entendían y de quienes solían comentar que únicamente sabían decir *bar, bar, bar*.

Más tarde la palabra adquirió el sentido de «rudo» o «no civilizado», que fue transmitido a las lenguas modernas.

La antropología enseña que este prejuicio de los griegos está presente en todas las civilizaciones, que ven como extraño o enemigo lo que es ajeno a ellas.

Barítono

Es el nombre que se da a la voz que está entre tenor y bajo, y a la persona que tiene esa voz.

Esta palabra nos ha llegado, a través del latín *barytonus*, del griego *barítonos*, formado por *barýs* «pesado», «grave» y *tonos* «tensión», «cuerda», «tono», derivado del indoeuropeo *ten-* «cuerda», de donde también proceden palabras como *tendón*, *pretender*, *hipotenusa*, *tenor*, etcétera. Literalmente, *barítono* significa «tono grave». En nuestra lengua aparece por primera vez en 1706, en el diccionario bilingüe español-inglés de John Stevens.

En gramática griega, e incluso en la española, se denominan *barítonas* aquellas palabras cuya sílaba final es átona. Así lo indica Alfonso Fernández de Palencia (1423-1492) en su obra *Universal vocabulario de latín en romance* (1490):

Baritona dicen los griegos aquellos verbos que ante del fin tienen acento graue.

En el siglo XVIII, también se denominaba barítonos a determinados instrumentos de cuerda y arco de la familia de las violas de gamba, hoy día obsoletos, como la viola *di bordone*, el oboe grave y el bajo de la viola de amor.

Barniz

Ptolomeo III, uno de los últimos reyes de Egipto, de origen macedonio, era llamado Evergetes (el Bienhechor). Tras casarse con Berenice, la hija del rey de Cirene, logró unir ambos países y desencadenó una guerra victoriosa contra el reino de los seléucidas, en Siria, al cabo de la cual Egipto quedó en el apogeo de su poder y estable y próspero internamente.

Cuando Ptolomeo partió hacia la guerra contra Siria, Berenice entregó sus cabellos en ofrenda a los dioses para que lo protegieran. Según un poeta griego, la cabellera de la reina fue depositada en el cielo, donde formó la constelación que se llamó Coma Berenices (Cabellera de Berenice).

Para agradecer el gesto de su mujer, Ptolomeo dio el nombre de Berenice a la ciudad portuaria griega de Hespérides, situada en el noreste de Libia, hoy Bengazi. Años más tarde, se desarrolló en esa ciudad un floreciente comercio de esmaltes, que se tornaron famosos en el Mediterráneo por el brillo especial que poseían. Los mercaderes los vendían con el nombre de la ciudad donde eran fabricados: Berenice. En Roma, que todavía estaba en marcha hacia su máximo esplendor, el *berenice* se llamó *bernix*, y esta denominación perduró en italiano como *vernice*, en francés como *vernis*, en portugués como *verniz* y en español

como *barniz*.

Bártulos

La Universidad de Bolonia fue una de las primeras de Europa, y muchos intelectuales españoles, como Antonio de Nebrija, recibieron en ella las primeras luces del iluminismo. En el siglo XIV, dictó clase en sus aulas el famoso jurisconsulto Bartolo de Sassoferrato, cuyos libros fueron usados durante algunos siglos como textos fundamentales para el estudio del derecho.

En el siglo XVI, ya se registra en castellano *bártulos* con los significados de «libros de estudio», «argumentos jurídicos» y «alhajas o negocios».

Aquí vemos un ejemplo del siglo XVI, con el sentido de «argumentos jurídicos», tomado de *Crónica del reino de Chile*, de Pedro Mariño de Lobera:

No quisieron recibir a don Alonso en tal cargo, encomendándolo a un oidor que sabía muy bien usar de las armas de sus bártulos y digestos, aunque en las armas de acero no estaba muy digesto por no ser de su profesión ni ejercicio.

En el español actual, bártulos significa «enseres que se manejan», según la definición del Diccionario.

Bastardilla

Llamada hoy más comúnmente *cursiva* o *itálica*, nació hacia el siglo XVI, cuando los hombres de letras sintieron la necesidad de librarse de los pesados caracteres creados en la Edad Media y de contar con una caligrafía manual más ligera y simplificada, que se llamó *bastarda*. Con la rápida expansión de la imprenta, este tipo de letra se simplificó aún más al suprimirse los enlaces entre los caracteres y sirvió para destacar una parte del texto.

Bastardo

Las jóvenes que trabajaban en posadas en la Europa medieval solían relacionarse fugazmente con los arrieros que hacían un alto en su camino y, con frecuencia, quedaban embarazadas, tal como la Maritornes del *Quijote*. Estos hijos de padre desconocido se llamaron *bastardos* en España, derivado de *bastard* en francés, al parecer por *bart* «albarda», que aludía a ese avío de los arrieros. En efecto, la albarda era una gran almohada que formaba parte del aparejo de los caballos de carga, de modo que la palabra francesa hacía referencia a alguien que había sido concebido sobre una albarda en una relación fugaz.

Esta voz ya estaba en el inglés en tiempos de Shakespeare, que en el II acto de *Cimbeline*, afirma:

Somos todos bastardos

y no sé dónde estaba
cuando yo fui concebido
aquel hombre venerable
a quien llamé mi padre.

Batahola

La cubierta de los antiguos navíos de guerra estaba bordeada por una baranda en la cual se apostaban los soldados en los encarnizados combates navales, tanto para disparar sobre el enemigo como para impedir las maniobras de abordaje, con el telón de fondo de la algarabía que solía acompañar esos cruentos enfrentamientos.

Esa baranda se llamaba —y se llama aún hoy— *batayola*, palabra formada a partir del catalán *batallola*, diminutivo de batalla.

Batahola se usaba ya en el siglo XVIII, como vemos en este texto de 1758:

La reina, el rey, el Papa y los cardenales, los duques, los marqueses y hasta los mismos provinciales le celebran a porfía; que dicen que es una batahola, una algarabía.

Batalla

Proveniente de *batalha*, del occitano antiguo, o de *battualia*, del bajo latín hablado en la Galia, significaba «esgrima» y era el plural neutro del adjetivo *battualis*, derivado del latín *battuere* «batir», «batirse».

La vieja y castiza palabra castellana para los enfrentamientos bélicos medievales era *lid* (del latín *lis*, *litis* «disputa»); pero *batalla* aparece en nuestra lengua en el siglo XII, incluso antes del *Cantar de Mio Cid*. Sin embargo, en las *Siete Partidas*, de Alfonso X el Sabio, que es un siglo posterior, batalla todavía figura como neologismo, contrapuesta a lid.

Para referirse a las luchas medievales entre sólo dos contendientes, la expresión singular *batalla* se fue imponiendo poco a poco sobre lid, como se puede

verificar en *Varias poesías* (1549), del poeta vallisoletano Hernando de Acuña:

Y cuando uno llamó de entre los griegos que con él combatiese sólo a solo, y a mí, como sabéis, tocó la suerte, yo combatí con él y me sostuve en singular batalla todo un día. Y si me preguntáis cuál fue el suceso, diré que no vencí, mas que tampoco perdí de mi valor tan sólo un punto.

Batalla aparece en casi todas las lenguas romances con desarrollo fonético propio: en rumano, *batae* «paliza»; en italiano, *battaglia*; en francés, *bataille*, y también fue adoptada por el inglés: *battle*.

Bayoneta

Esta arma se desarrolló por primera vez hacia mediados del siglo XVI en la ciudad francesa de Bayona, de donde se cree que tomó su nombre. El etimólogo francés Albert Dauzat respalda esta etimología y señala que el vocablo *baïonnette* aparece por primera vez en francés en documentos de 1555. Sin embargo, este origen no es aceptado por todos; hay quien sostiene que el nombre *bayoneta* proviene del francés antiguo *baïon*, que significaba «ballesta de cerrojo».

Los primeros soldados que usaron esta arma blanca encajada en la boca del mosquete fueron los vascos. La bayoneta mostró su eficiencia hasta la Primera Guerra Mundial, cuando apareció en escena la pistola de calibre .45, cuyos disparos son capaces de levantar un hombre en el aire, diseñada específicamente como arma disuasiva para contener las cargas a bayoneta calada. No obstante, la bayoneta todavía se usa en las guerras modernas, aunque con algunas modificaciones y en forma cada vez más limitada.

Bazo

El bazo es un órgano de consistencia semejante a una glándula, aplanado y oblongo, situado en la región superior izquierda del abdomen, en contacto con el páncreas, con el riñón izquierdo y con el diafragma.

Bazo aparece en español como adjetivo hacia comienzos del siglo XIV, con el significado de «moreno tirando a amarillo», probablemente a partir del latín *badius* «rojo». En poco tiempo, la palabra pasó a designar el órgano, dado el color que presenta por ser un reservorio de sangre. Se dejó así de usar la palabra latina *splen*, *splenos*, proveniente del griego *splenikós*, que le había dado nombre hasta entonces. Sin embargo, este origen ha dejado rastros en la lengua española en vocablos como *esplénico* «relativo al bazo» o *esplenomegalia* «agrandamiento del bazo».

La palabra latina sobrevivió también en inglés, idioma en el cual el bazo se llama *spleen*.

Y sin pretender agotar las derivaciones de este término, vale la pena decir que la forma inglesa arriba mencionada volvió a entrar al castellano con otro significado: *esplín*, que significa «melancolía», porque antiguamente se creía que la sede del humor melancólico estaba en el bazo.

Belladona

Planta de la familia de las solanáceas. Se utiliza con fines terapéuticos por contener el alcaloide llamado atropina.

El nombre de la planta proviene del italiano *bella donna* «bella mujer» y muestra la sensibilidad de los italianos en el arte de la seducción.

En una investigación realizada recientemente —y cuyos resultados fueron difundidos por la Internet—, los participantes, todos varones, debían observar dos fotografías del rostro de una mujer, por completo iguales, a excepción de un pequeño detalle: en una de las imágenes las pupilas estaban mucho más dilatadas. Luego se les preguntó cuál de las dos mujeres era más bonita. Una abrumadora mayoría escogió la foto de la mujer de pupilas dilatadas, aunque sin percibir de manera consciente cuál era la diferencia entre ambas.

Incontables observaciones registradas desde el siglo pasado mostraron que la pupila se dilata en estado de excitación sexual. Los encuestados se habían sentido más atraídos por la mujer cuya sexualidad percibían, aunque de manera inconsciente, más estimulada.

Esto, de alguna forma, ya lo habían intuido las mujeres de la corte italiana de los siglos XVI al XVIII, quienes, antes de acudir a los bailes de la nobleza, usaban la atropina de la planta para dilatar sus pupilas y lucir así más atractivas.

Benjuí

El benjuí es un bálsamo con propiedades medicinales que se extrae de un árbol llamado *Styrax benzoin*, originario de Java, en la isla de Sumatra, desde donde fue llevado a Europa en el siglo XV. La palabra *benjuí* procede del nombre que los árabes daban a este bálsamo, *luben yawi* «incienso de Java».

Bergantín

Buque ligero de dos palos, usado por piratas y bergantes para sus operaciones. *Bergante* es la forma castellana del vocablo catalán *bergantí*, procedente, a su

vez, del italiano *brigantino* o del francés *brigand* «bandido», todos ellos derivados del gótico *brikan*, con el significado de «romper, destruir, atacar»; acciones propias de bergantes, de militares y, en general, de gente armada.

Precisamente, esta idea de gente armada, incluida en el significado de *brikan*, llevó a la formación del vocablo *brigada*, con el que se denomina el conjunto de dos o más escuadras de un ejército, y de *brigadier*, oficial que comanda una brigada.

Berrinche

A medida que envejecen, los cerdos machos o verracos se tornan más rebeldes, y se hace más difícil controlarlos. Cuando se enojan, emiten gritos a los que se ha dado el nombre de *berridos* (de verraco), palabra que dio origen a *berrinche* «enojo muy intenso», «especialmente el de los niños», dice el Diccionario, pero cabe suponer que también el de los cerdos.

A partir de berrinche o de berridos, surgió en Salamanca el vocablo *berretín*, que denota «persona malhumorada». Esta palabra cruzó el Atlántico y fue adoptada en ambas márgenes del Río de la Plata con el significado de «capricho o deseo vehemente», pero con cierto matiz peyorativo. En los años sesenta y setenta, los guerrilleros tupamaros de Uruguay llamaron berretín a un tipo de escondrijo para armas y documentos que disimulaban en las paredes o en el piso de una casa.

Biblia

Egipcios, griegos y romanos escribían en rollos de papiro (v. papiro), un soporte de escritura que se exportaba desde el puerto fenicio de Byblos, donde hoy está la ciudad libanesa de Jubayl.

A partir del nombre de ese puerto, se formó la palabra griega *biblion* —papiro o libro (v. libro)—, cuyo plural era *ta biblia* «los libros». Este plural fue adoptado por el latín eclesiástico para designar el conjunto de libros sagrados que componen el Antiguo y el Nuevo Testamento.

Bíceps

Palabra procedente del latín clásico *bíceps* «de dos cabezas», «de dos caras», que pasó al castellano antiguo con idéntico significado. Decía Alfonso de Palencia en su *Universal vocabulario de latín en romance*, de 1490:

Biceps es quien tiene dos cabeças. Biceps assi mesmo se dize de dos partes agudo [...].

La acepción referida a los músculos del brazo y de la pierna —llamados así porque en su inserción tienen dos cabezas o tendones independientes— es bastante posterior y sólo aparece en un diccionario español, el de Domínguez, en 1853:

Que tiene dos cabezas. Nombre de dos músculos diferentes, uno situado en el brazo, llamado biceps braquial, y otro en el muslo, biceps femoral.

La palabra *bíceps* está formada por el prefijo latino *bi-* «dos» más *caput*, *capitis* «cabeza»; esta última derivada de la raíz indoeuropea *kaput*, de idéntico significado, de la cual se originan numerosas palabras españolas, tales como *capital*, *capítulo*, *caudillo*, *occipital*, etcétera.

A pesar de ser palabra grave terminada en *s*, *bíceps* lleva tilde porque está precedida por otra consonante, como ocurre también con *fórceps* y *tríceps*, entre otras.

Bicicleta

Proviene de la palabra griega *kyklos* «círculo», «objeto circular», a través del latín tardío *cyclos*. Con esta palabra y el prefijo latino *bi-*, se formó la voz inglesa *bicycle*, que pasó al francés sin cambios, aunque muy pronto los franceses prefirieron adoptar su diminutivo, *bicyclette*. Esta forma fue adaptada a *bicicleta* por el español, el portugués, el catalán y el rumano.

En 1816, el barón Karl von Drais ideó un vehículo que se impulsaba directamente con los pies sobre el suelo, que se llamó *draisine* en su homenaje. En 1839, el herrero escocés Kirkpatrick MacMillan le agregó pedales y palancas de conducción. Más tarde, Pierre Michaud y su hijo Ernest introdujeron pedales sobre una de las ruedas y aumentaron en forma considerable el diámetro de la rueda delantera, que llegó hasta 1,5 m. Dos décadas más tarde, el inglés Lawson le añadió la transmisión por cadena y el cuadro que unía las dos ruedas, el sillín, los pedales y el manillar, y dio origen a lo que se puede considerar como la primera bicicleta. El nuevo vehículo se completó en 1887 cuando el veterinario irlandés John Boyd Dunlop inventó el neumático y la válvula.

Bicoca

Con este sustantivo se designa cualquier cosa de poco valor o de poca estima.

«Lo habían estado explotando por años y años pagándome una *bicoca*, que a mí de bruto me parecía un sol», comentaba un personaje de la novela *Setenta veces siete*, del autor mexicano Ricardo Elizondo. *Bicoca* se usa en la mayor parte de los países hispanohablantes, si no en todos, pero pocos conocen su origen.

Del italiano *bicocca* «castillo en una roca», de origen incierto, procedente del bajo latín de Italia, la palabra está documentada desde 1609 con los significados de «fortificación insignificante» y «cosa de poco valor».

En el siglo XVII, bajo la soberanía de Carlos V, en cuyo reino jamás se ponía el sol, España dominaba parte de Italia, pero los franceses, gobernados por Francisco I, querían arrebatar estas tierras a los invasores ibéricos y contrataron con tal fin a unos quince mil soldados suizos, los más famosos mercenarios de la época. Estos guerreros, que portaban picas, llegaron a Italia al mando del mariscal Lautrec y combatieron contra unos cuatro mil soldados españoles comandados por el general Colonna y por el marqués de Pescara, unos armados con picas, y los más, con arcabuces.

La batalla se libró el 27 de abril de 1522 en la localidad de La Bicocca, población cercana a Monza, en el antiguo condado de Milán, donde el ejército francohelvético fue diezmado sin que hubiera casi ninguna baja entre los españoles. Como resultado de este triunfo, aparentemente fácil, rápido y de gran importancia, se desmoronó la fama de los piqueros suizos y se afianzó la supremacía de los españoles en la zona. Otra consecuencia de la victoria fue la incorporación al idioma de la palabra *bicoca* para referirse a un bien muy deseado que se obtiene de manera fácil.

Bigote

Los enormes bigotes que solían usar los germanos en la Edad Media llamaron la atención de los habitantes de la península ibérica, no menos que los juramentos y las imprecaciones que proferían aquellos bárbaros.

Con inusitada frecuencia, los germanos exclamaban *bi Got!* «¡por Dios!». Más que un juramento, era una mera interjección. Sin entender lo que aquella palabra significaba, los españoles empezaron a llamar *bigot* a los hombres bigotudos hasta que, con el tiempo, la palabra ya castellanizada como *bigote* sirvió para denominar el propio apéndice piloso.

Muchos creen que bigote llegó al español bajo el Imperio de Carlos I (Carlos V de Alemania) con el fuerte contingente germánico que entró por entonces a la península. Sin embargo, Carlos I gobernó el Imperio a comienzos del siglo XVI, y bigote aparecía ya en el *Diccionario latino-castellano*, de Nebrija.

Por otra parte, aunque la etimología parece suficientemente comprobada, no es seguro que hayan sido los germanos quienes llevaron la palabra a la península. En efecto, allá por el siglo XII, en Francia se llamaba *bigot* a los normandos, y en esa época, al otro lado del canal de la Mancha, los ingleses pronunciaban *bi God* «por Dios». Sobre esta base, se plantea la duda acerca de si esta voz fue

introducida en el español por los germanos o por los franceses.

En un trabajo de 1968, el académico Rafael Lapesa afirmaba que bigote debía su origen al *bi Got* proferido por unos guardias suizos que participaron en la Reconquista de Granada y que habían llegado a España en 1483, una fecha perfectamente compatible con el registro de Nebrija arriba mencionado.

Bikini

En julio de 1946, poco después del fin de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos decidió proseguir sus experimentos con bombas atómicas en un minúsculo atolón^[2] de las islas Marshall, llamado Bikini, que permanece inhabitable desde entonces debido a sus peligrosos niveles de radiación.

El mundo estaba conmovido con la todavía reciente destrucción atómica de Hiroshima, el 6 de agosto de 1945, y de Nagasaki, tres días después, dos operaciones que habían dejado un balance de unos doscientos cuarenta mil muertos, por lo que las nuevas experiencias nucleares dieron mucho que hablar, y el atolón de Bikini fue conocido en el mundo entero.

En 1947, cuando el ingeniero francés Louis Réard creó un traje de baño femenino de dos piezas, el escándalo que estalló en el mundo ante tamaña osadía fue de dimensiones atómicas, al punto de que el creador no encontró ninguna modelo —en la época, maniquí (v. maniquí)— dispuesta a dejarse fotografiar vistiendo la escueta novedad, por lo que tuvo que contratar a una bailarina de cabaré para poder mostrar su creación, a la que llamó *bikini*.

Bingo

Una noche fría de 1929, el vendedor de juguetes neoyorquino Edwin Lowe conducía su coche por una carretera del sur de los Estados Unidos, cansado y deprimido. Hacía pocos meses que la Gran Depresión había sacudido los cimientos de la economía norteamericana y conmovido al mundo, y se vivían días difíciles.

Mientras buscaba un hotel donde pernoctar, Lowe advirtió una tienda colorida al borde de la carretera, con muchas luces y música, y se acercó para ver de qué se trataba. Estacionó su auto y entró. En medio de una densa humareda de cigarros, contempló a cierto número de personas sentadas alrededor de una mesa sobre la cual cada una tenía un cartón y un montoncito de frijoles. Un sujeto, que actuaba como animador, extraía bolillas numeradas de una bolsa y cantaba los números ante los circunstantes, que ponían, de vez en cuando, un frijol sobre los cartones.

Al acercarse un poco más, Lowe observó que lo que los participantes tenían ante

sí era una especie de cartón de lotería con los números del 1 al 75 alineados en cinco columnas. Al completar una línea, el jugador gritaba triunfalmente *¡beano!*, del inglés *bean* «frijol». Entusiasmado con la novedad, y ya menos deprimido, el vendedor viajero se llevó a Nueva York la idea del juego, que ensayó con éxito con amigos y familiares. Un día, mientras estaban jugando en la casa de Lowe, uno de los participantes, emocionado por haber ganado la partida, se equivocó y, en vez de *¡beano!*, gritó *¡bingo!*, palabra que acabó adoptada como nombre del juego. El vendedor siguió desarrollando la idea y terminó por encabezar cada una de las cinco líneas de números por una de las letras de la palabra *bingo*, que pasó a nuestra lengua con la misma grafía: bingo. Con este juego, Lowe amasó una cuantiosa fortuna y, finalizada la recesión, ya era un hombre muy rico.

Bisiesto

Desde que Julio Cesar creó el calendario (v. calendario) que llamamos juliano, hace dos mil años, un año de cada cuatro es bisiesto, es decir, febrero (v. febrero) tiene 29 días en vez de 28. Este ajuste fue necesario porque la duración del año —una vuelta completa de la Tierra en su órbita— no es de 365 días exactos, sino de 365 días, 5 horas y 56 minutos. El calendario juliano no era lo suficientemente preciso y sufrió algunas modificaciones impuestas por el papa Gregorio X mediante la bula *Inter gravísimas* (1582), que dio origen al denominado calendario gregoriano, vigente hasta hoy.

¿Por qué bisiesto? Veamos: en los tiempos de Julio Cesar, el primer día de cada mes se llamaba *calendas*; el séptimo, *nonas*, y el decimoquinto, *idus*. Los romanos llamaban *primus dies ante calendas martii* «primer día antes de las calendas de marzo» al 28 de febrero; el 27 de febrero era el *secundus dies ante calendas martii* «segundo día antes de las calendas de marzo»; el 26 de febrero, *tertius dies...*, y así sucesivamente.

Para introducir su novedad —el año bisiesto—, Julio Cesar intercaló un día entre el sexto y el quinto día antes de las calendas, es decir, entre los días que hoy llamamos 23 y 24 de febrero. Este día adicional fue llamado *bis sextus dies ante calendas martii*, o sea, doble día sexto antes de las calendas de marzo, y el año que contenía ese día se llamó *bissextus*.

Bismuto

Es un metal blanco, quebradizo y parcialmente maleable, que cristaliza en sistema romboédrico. Es muy parecido al plomo, al estaño y al cinc, con los que se lo confundía hasta el siglo XVIII. Tiene propiedades medicinales. Su bajo

punto de fusión y la dilatación que sufre al solidificarse lo hacen útil, además, en la fabricación de cosméticos y en ligas metálicas de bajo punto de fusión. El bismuto fue extraído por primera vez en el siglo xv en Wiesen, en la Bohemia.

La palabra proviene de ese topónimo, *Wiesen* «prado» y del verbo *muten* «solicitar concesión para explotar minas». Al ser extraído por primera vez, se lo denominó *Wissmuth*, latinizado por el mineralogista Georg Bauer Agricola (1494-1555) como *bisemutum*. En la actualidad, este metal se denomina *bismuth* en inglés y en francés; *bismuto* en español, con la misma grafía que en portugués e italiano, y *Wismut* en alemán moderno.

Bisoño

Se aplica a las personas nuevas e inexpertas en cualquier área, especialmente en el oficio militar. Proviene del italiano *bisogno* «necesito», usado de manera despectiva por los italianos en el siglo xvi para designar a los soldados españoles recién reclutados, que llegaban a Italia enviados por Carlos I (Carlos V de Alemania). Mal vestidos, con apariencia de extrema pobreza, necesitaban de todo y clamaban en mal italiano «*bisogno* comida, *bisogno* abrigo», ante el desprecio de los invadidos.

Bit

¿Ésta es una palabra española? No exactamente, pero algunas de sus acepciones actuales se remontan al siglo xv y, con mayor precisión, al reinado de Fernando de Aragón e Isabel de Castilla.

Es verdad que *bit* es una voz inglesa que se infiltró en casi todas las lenguas, el español incluido, impulsada por la embestida tecnológica de las últimas décadas del siglo xx, cuando la computación se puso al alcance de una parte importante de la población mundial. Los franceses se atrincheraron con encomiable denuedo en la defensa de su idioma y acuñaron *octet* «octeto» para denominar cada uno de los conjuntos de ocho elementos, unos y ceros, utilizados en la codificación binaria de las computadoras. Estos conjuntos de ocho elementos se llaman en inglés *byte*, y cada una de sus ocho partes es un *bit*.

Sin embargo, lo que pocos saben es que el uso de la palabra *bit* para designar cada elemento de un conjunto de ocho proviene de una antigua moneda española de plata, el real (v. real), creada por los Reyes Católicos en su reforma monetaria de 1497 para la España unificada. El peso se dividía en ocho reales (real de a ocho) y, si bien los pueblos angloparlantes rechazaron esta designación, la costumbre de dividir la moneda en ocho partes siguió ejerciendo su influencia: su moneda principal, primero la libra y hoy el dólar (v. dólar), frecuentemente

era llamada *eight bits* «ocho pedazos» o, también, *piece of eight* «pieza de ocho».

Hasta hoy, en zonas rurales y pequeñas ciudades de los Estados Unidos, la moneda de veinticinco centavos (*quarter*) se llama *two-bits* «dos pedazos de ocho», como recuerdo del viejo dólar inspirado en el real de a ocho. La explicación de que el uso de bit en informática proviene de **binary digit** fue adicionada, pues, varios siglos después de que bit designara por primera vez a cada unidad de un conjunto de ocho.

Blenorragia

La blenorragia, también denominada *gonorrea*, *blenorrea* y *uretritis gonocócica*, es una enfermedad de transmisión sexual provocada por la bacteria *Neisseria gonorrhoeae*, (gonococo).

La palabra se formó en el siglo XIX mediante el sustantivo griego *blenna* «mucosidad» y *rhagé* «erupción». Por la misma época, se originó *blenorrea*, que significa «blenorragia crónica», con el verbo *rheo* «manar».

Ambas palabras aparecen por primera vez en el DRAE en la edición de 1884, aunque no se hace mención de su carácter de dolencia genital; la primera es definida como «irritación de ciertas membranas mucosas, cuyo carácter principal es el flujo de moco» y la segunda, como «blenorragia crónica».

Blindaje

Así como los ojos de una persona ciega no permiten el paso de la luz, el blindaje impide la penetración de balas, proyectiles y cascos de metralla.

Ése es el origen de la palabra *blindaje*, que proviene del francés *blinde*, y éste, del alemán *blinde*, de igual significado, participio pasivo del verbo *blenden*, que procede, por su parte, de *blind* «ciego».

En español apareció primero el vocablo *blinda*, derivado directo de *blinde*, con el significado de «plancha metálica usada para proteger». *Blindaje* se registra por primera vez en nuestra lengua en 1838, mientras que el verbo *blindar* surgió en 1870. Anteriormente, se había usado la palabra francesa *blinde*.

Bocina

(V. rebuznar).

Boda

En el castellano del siglo x, la ceremonia del matrimonio se llamaba *votas*, del latín *vota*, plural de *votum* «voto», «promesa», «juramento», que aludía al voto de fidelidad de la mujer y al de protección por parte del hombre. ¡Vaya desigualdad!

En algunos de los primeros documentos conocidos en español, como el Fuero de Aragón (1017), aparecía en lugar de *nupcias*, con la grafía *uotas*, pero a fines del siglo xv, figuraba en Nebrija como *bota*. Sin embargo, mucho antes de Nebrija, en el Fuero Juzgo (1241), ya se había usado *boda*, con grafía idéntica a la de hoy.

La palabra existe en portugués con la misma escritura, con la particularidad de que dio lugar, también en el siglo xvi, a *bodo*, que era como se llamaban en Portugal los regalos entregados a los pobres en la puerta de la iglesia en ocasión de una boda. Y en el gallego del siglo xiii, *voda* era «juego de los niños en una fiesta de casamiento».

Bodega

Ésta es una de las palabras más antiguas de nuestro idioma; Corominas la encontró a partir de 1095, o sea, un siglo después de la época en que, por convención, se sitúa el nacimiento del castellano como lengua autónoma. Proviene del latín *apotheca*, que significaba «bodega o despensa», y ésta, a su vez, del griego *apotheké*, «depósito o almacén de provisiones». *Apotheké* derivaba de la forma verbal *apotíthem* «yo deposito».

Curiosamente, mientras el idioma castellano tomó de *apotheké* el nombre de los lugares donde se almacena o se vende el vino, en el alemán moderno *Apotheca* significa «farmacia». Pero *apotheké* permaneció en el español en la palabra *botica* (v. botica).

Bodrio

A nadie le gusta alimentarse con comida que sea un «bodrio», pero ¿a quién no le agrada un buen caldo de gallina? En el español de hoy, *bodrio* designa el «caldo guisado con sobras de comida» y, por extensión, «algo mal hecho o de mal gusto». Este vocablo, que Corominas registra a partir de 1646, se usó inicialmente como denominación del «caldo con sobras que se daba a los pobres en los conventos».

En el siglo xvi, el nombre de tal caldo era *brodio*, forma que subsiste aun hoy en Cuba y que, al parecer, fue tomada del bajo latín *brodium* «caldo».

¿Y de dónde surgió ese nombre? Pues, lo llevaron a Roma los legionarios que

invadieron las tierras de los bárbaros germanos, quienes llamaban *brod* al caldo de gallina. En el alemán moderno, las huellas del germánico *brod* permanecen en palabras como *brühe* «caldo» y *brut* «cría empollada».

Boicoteo

En las últimas décadas del siglo XIX, el nacionalista irlandés Michael Davitt dirigía una organización, la Liga Irlandesa de la Tierra, creada para acelerar la reforma agraria, reducir impuestos e implementar otras disposiciones que ayudaran a los campesinos pobres a sobrevivir.

Los que no estaban de acuerdo con las demandas de la Liga eran sometidos a una campaña popular organizada en su contra; no eran objeto de violencia física, pero nadie hablaba con ellos, eran ignorados por el pueblo.

Uno de los primeros en ser sometidos a esa táctica fue el capitán Charles Cunningham Boycott, un mayoral británico que estaba a cargo de una gran propiedad rural. A partir del apellido de este mayoral, surgió en inglés el verbo *to boycott*, con el sentido de «ignorar el pueblo o un grupo a alguien». En la actualidad, el boicoteo (también se puede decir *boicot*) se aplica con poca frecuencia, pero cuando esto ocurre, lo más común es que se refiera a dejar de comprar cierta mercadería o los productos de determinado fabricante o comerciante, o los de una procedencia concreta.

En el DRAE se registró por primera vez en la edición de 1927:

boicotear. Privar a una persona o entidad de toda relación social o comercial, para perjudicarla y obligarla a ceder lo que de ella se exige.

Bolero

No se conoce con certeza la procedencia del nombre de este baile andaluz originado en el siglo XVIII, modernizado en Cuba y convertido en ritmo latinoamericano en la primera mitad del siglo XX.

Se sabe que, en cierta época, se llamó bolero al sombrero del bailarín andaluz. Hoy figura con la acepción, entre otras, de «sombrero de copa», lo que podría haber llevado a dar el mismo nombre a esta danza. Pero también se aplica desde muy antiguo «al que dice muchas mentiras», con base en la germanía *bola* «mentira». Por otra parte, en el *Diccionario castellano*, de Terreros, se registra *bolero* con el sentido de «niño que falta a la escuela sin que su familia lo sepa: “muchacho novillero, que hace bolas ó novillos”».

Todas estas acepciones llevaron a Corominas a formular la hipótesis, no suficientemente comprobada, de que *bolero* podría haber nacido asociada a la idea de «vago, hombre sin profesión». Sin embargo, el mismo autor también presentó la posibilidad de que la palabra se hubiera derivado de *vuelo*, como había ocurrido antes con *boladillo* (un paso de danza descrito por Cervantes). Esta hipótesis aparece reforzada por Estébanez Calderón (1926) —también citado por Corominas—, quien afirmó que el bolero se llamó así «por ser todo en saltos y como en vuelo».

Bolsa

Con el sentido inicial de «odre de cuero», este vocablo proviene del latín *bursa* y éste, del griego *byrsa*. Corominas observa que el cambio de *r* por *l* se debe a que el grupo *rs* era muy raro en el castellano primitivo.

La acepción de *bolsa* como «casa de negociación» se tomó hacia 1646 del italiano *borsa*, formada a partir del apellido de la familia flamenca van der Beurse, en cuya casa —en la ciudad de Brujas, en la actual Bélgica— solían reunirse para hacer sus negocios los mercaderes venecianos.

La *r* del latín (o de van der Beurse) reaparece en castellano en el adjetivo *bursátil* «relativo a la Bolsa de valores» y en el sustantivo *bursitis* «inflamación de las bolsas sinoviales de las articulaciones».

Bombacha

Es el típico pantalón ancho, pero ceñido en los tobillos (recibe su nombre, precisamente, por esta forma abombada), que forma parte del atuendo del tradicional gaucho (en Brasil, *gaúcho*), personaje histórico y folclórico de las regiones rurales de la Argentina, de Uruguay y del sur de Brasil.

En su origen, la bombacha formaba parte del uniforme de los soldados británicos que participaron en la guerra de Crimea. Después de la batalla de Sebastopol, que puso fin al conflicto en 1856, los almacenes del ejército británico quedaron abarrotados de aquellos extraños pantalones acampanados. Lograron deshacerse de ellos vendiéndolos a bajo precio en los puertos de la Argentina, de Brasil y de Uruguay, como ropa barata destinada a los campesinos pobres.

La palabra *bombacha* se vincula al latín *bombus* y al griego *bombos*, pero Corominas afirma que se trata de una reiteración de la misma voz onomatopéyica más que de una derivación. En algunos países sudamericanos es también el nombre de la prenda íntima femenina conocida en España como «braga» (v. braga).

Bonanza

Esta palabra, que llegó a nosotros aplicada al «tiempo tranquilo y sereno en el mar», sufrió una sinuosa evolución desde la Antigüedad griega hasta nuestros días. Su antepasado remoto es el vocablo griego *malakía*, derivado de *malakós* «blandura», del cual tal vez provenga el latín *mollities*, que se transformó en *molicie*. Los romanos llamaron *malacia* a la calma en el mar, pero, debido a que pensaban que la palabra procedía de *malus* «malo», alteraron el nombre a *bonacia*, forma con la que llegó a varias lenguas romances y que en español devino *bonanza*.

Bono

Los gobiernos financian los déficits públicos creando deudas mediante la venta a los inversionistas de «papeles de deuda o títulos», por los que se paga determinada tasa de interés, que pueden ser rescatados después de cierto plazo. Estos títulos de la deuda pública se llaman también *bonos*, palabra que proviene del adjetivo *bono* «bueno», del español antiguo, que se derivó a su vez del latín *bonus* (con el mismo significado).

En el bajo latín hablado en la Edad Media, surgió el verbo *abonare*, con el sentido de «mejorar las condiciones de vida de los vasallos, limitando el poder de los señores feudales». Este verbo se mantuvo en español con una denotación algo diferente, pues se aplicó a mejorar la productividad de la tierra mediante la incorporación de sustancias que hoy llamamos *fertilizantes*, pero que se denominaban *abonos* en aquella época.

La misma idea de bondad está presente hoy en *abonar*, con el sentido contemporáneo de «pagar alguna cuenta» (la bondad es, claro, desde el punto de vista de quien cobra).

Bonsái

El Diccionario atribuye a esta palabra el significado de «planta ornamental sometida a una técnica de cultivo que impide su crecimiento mediante corte de raíces y poda de ramas», explicando apenas que se trata de un vocablo «de origen japonés». Efectivamente, *bonsái* llegó a nuestra lengua proveniente del japonés *bonsai* «plantación en bandeja», formada por *bon* «recipiente» y *sai* «plantar», ambas palabras derivadas del chino *pen* «bandeja» y *zai* «plantar».

Borracho

En muchas regiones rurales de España, todavía es habitual servir el vino en odres o botas de cuero, usados desde muy antiguo con ese fin. En el catalán del siglo XIV y en el castellano del siglo XV, estos odres se llamaron *borracha*, palabra que, según Corominas, se habría formado por el cruce de las voces catalanas *botella* «odre» y *morratxa* «redoma». A su vez, esta última se derivaba del árabe *mirassa*, que también significaba «redoma».

Más adelante, se llamó en español «borracho» al sujeto que, igual que la bota, estaba «lleno de vino», o sea, embriagado.

Del cuento de Juan Carlos Onetti *El pozo*:

Estará preso por borracho o alguna máquina le habrá llevado la cabeza en la fábrica. También es posible que tenga alguna de sus famosas reuniones de célula. Pobre hombre.

En portugués, *borracha*, con *a* final, es el sustantivo que designa el caucho. El etimologista Antonio Geraldo da Cunha afirma que la palabra portuguesa fue tomada del nombre de los viejos odres españoles de cuero, para designar el nuevo material conocido en el siglo XIX.

Botica

Actualmente la palabra *botica*, casi totalmente sustituida por *farmacia*, se utiliza menos que a comienzos del siglo XX, aunque todavía en muchos lugares siguen denominándose así aquellas farmacias antiguas en las que, además de medicamentos industrializados, venden productos elaborados por el propio boticario. Como el alemán *Apotheke* «farmacia» y como el francés *boutique* «tienda pequeña», *botica* proviene del griego bizantino *apothéké* «almacén o depósito de mercaderías». La primera referencia española de botica aparece en *Calila y Dimna*, en 1251, aunque en esa época el vocablo se refería a una «tienda», como el catalán *botiga*.

De botica procede también *botiquín*, que designa una «caja de medicamentos», y en portugués *botequim*, que alude a un «bar popular».

Otra palabra estrechamente emparentada con botica es *bodega* (v. bodega), que proviene no del griego *apothéké*, sino del vocablo latino derivado de éste, *apotheca*, y que entró al castellano como *abdega* y al portugués como *adega*.

En documentos de Navarra del año 1063, el bodeguero era llamado *uotecarius*.

Braga

Así se llama en España una prenda interior femenina, usada también por los

niños, que cubre la parte inferior del tronco y tiene dos aberturas en las piernas. Esta palabra, cuyo primer registro en nuestra lengua data de 1191, proviene de *braca*, del bajo latín céltico; en sus comienzos designaba el calzón ideado para uso exclusivo de varones. A pesar de tan antiguo origen, lo cierto es que la braga es una pieza relativamente reciente en el vestuario femenino.

Las pioneras fueron las bailarinas del famoso cabaré parisién Moulin Rouge —frecuentado con asiduidad en las últimas décadas del siglo XIX por el pintor impresionista Henri de Toulouse-Lautrec—, las que recurrieron a las bragas para cubrirse el vello púbico durante la danza.

Por eso, para las francesas del siglo XIX, usar bragas era cosa de *mujeres de vida alegre*, hasta que, a comienzos del siglo pasado, la pieza se tornó prenda obligada en el vestuario femenino. Al menos hasta 1992, cuando Sharon Stone decidió revivir la moda antigua en la celebrada película *Instinto básico*.

Bramante

Es el nombre del cordel delgado de cáñamo. Proviene de la región de Brabante, que abarca territorios de Holanda y de Bélgica, desde Amberes hasta Bruselas. Brabante adquirió renombre en toda Europa por la fabricación de sus tejidos de cáñamo, pero en español mantuvo su celebridad por el nombre de este cordel, que en portugués se llamó *barbante*.

Brasil

El origen del nombre de este país sudamericano ha dado lugar a nada menos que once hipótesis diferentes. El filólogo brasileño Adelino José da Silva Azevedo las resumió en una sola en un libro publicado en 1967: prueba que se trata de una voz de procedencia celta, aunque sus orígenes más remotos pueden rastrearse hasta los fenicios. Éstos mantuvieron un intenso comercio de un colorante rojo, que extraían de un mineral cuyos principales proveedores eran los celtas, pueblo que explotaba yacimientos desde Iberia hasta Irlanda.

Los griegos sucedieron a los fenicios en el comercio de este producto al que llamaban *kinnabar*, que pasó al latín como *cinnabar*, al portugués como *cinábrio* y al español como *cinabrio*. Una de las características de las lenguas celtas es la inversión de partículas: así, al *kinnabar* lo llamaron *barkino*, que daría lugar a nuestro *barcino*, adjetivo que se aplica a ciertos animales de pelaje rojizo y que, con variantes, pasó a designar el color rojo en varias lenguas de influencia celta.

En la Edad Media, los artesanos empezaron a usar un colorante rojo extraído de la madera, que en la Toscana se llamó *verzino*; en Venecia, *berzi*, y en Génova,

brazi, nombre que muy pronto recibió también la madera de donde se sacaba, conocida en España como palo brasil o palo de Fernambuco, y en Portugal como *pau-brasil*.

En la época de los descubrimientos, los portugueses guardaban celosamente el secreto de todo cuanto hallaban y conquistaban, a fin de explotarlo con más ventaja. Pero no tardó en correrse la voz en Europa de que habían descubierto una cierta *isla de Brazil*, de donde extraían el *palo brasil*. El gentilicio *brasileiro*, surgido en el siglo XVI, se refería inicialmente a los que comerciaban aquella madera, y, más tarde, a los portugueses que llegaban al Brasil en busca de fortuna.

Brasilero

¿Cuál es el gentilicio de los nativos del Brasil? La Real Academia incluye en su diccionario tanto *brasileño* como *brasileiro*, lo que suele llevar a preguntarse cuál es la forma más adecuada. Muchos autores americanos han criticado el uso de *brasileiro*, a pesar de que esta voz está ampliamente difundida en la Argentina, Chile, Colombia, Ecuador y Uruguay.

El profesor uruguayo Adolfo Berro observó con acierto que *brasileño* «es palabra formada en la Colonia, de acuerdo con los cánones del español hablado por el hombre de la conquista» y señaló que el sufijo *-ero* está más en concordancia con la palabra portuguesa *brasileiro*. La literatura rioplatense contiene numerosos ejemplos de preferencia por la forma *brasileiro*, como en este trozo de los *Cantos del peregrino*, de José Mármol:

Mira, allí va un ministro brasileiro, con sesenta o más años si tú quieres.

O en esta oda de Carlos Guido y Spano, dedicada al presidente de Brasil Manuel de Campos Salles (1898-1902):

Del gran país procede

cuyo radiante emblema es el Crucero,

y que a ninguno cede

en esplendor ni puede

compararse otro edén al brasileiro.

Brecha

Palabra oriunda de la raíz indoeuropea *bhreg-*, de la cual se derivó *brake* en la lengua germánica de los francos, con el sentido de «rotura» o «hendidura» (en un muro). Este vocablo dio lugar al francés *brèche* y está vinculado con el verbo alemán *brechen* «romper» y con el neerlandés medieval *breke*, con el mismo significado. Además, llegó al inglés como *break* «romper», verbo del cual se derivó *broken* «fallido», «insolvente», «en quiebra».

La forma española *brecha* se registra en español desde el siglo xvii; al comienzo, era un término militar que implicaba «destruir fortificaciones», como en este fragmento de *La vida de Estebanillo González*, de autor anónimo, publicada en 1616:

Díjole al alcalde que para el castillo y hacerle brecha había menester media docena de cañones.

Bribón

Dicen que la Biblia es el libro más vendido de la historia y el que ha sido traducido a mayor número de idiomas. Lo que pocos saben es que este nombre, derivado del griego *biblíon* «libro» (v. libro), dio lugar a otras palabras de nuestra lengua que poca relación guardan con los libros o con cualquier religión.

Hacia el siglo xv la palabra *biblia* se había deformado, y muchas personas cultas decían *bribia*, como vemos en este trecho de *Los doce trabajos de Hércules* (1499), de Enrique de Villena, en el que se habla del *proemio de la bribia*:

... comparando los maestros & doctores al afincamjento al sol ala luna alas estrellas. Commo pone santo geronjmo trasuntia mente enel proemjo dela bribia a mostrar que ellos deuen seer firmes commo el firmamjento & jncorruptibles por tales viçios claros commo el sol dando lumbre enxemplar.

En el siglo xvi surgió la expresión *echar la bribia*, referida al arte de los pícaros, que consistía en «engañar alabando con bellas palabras», arte que más adelante se denominó simplemente *bribia* y luego *briba*. Y los que practicaban este arte se llamaron *bribones*, por lo menos desde Lope de Vega, que utiliza esta palabra en *El truhán del cielo y loco santo* (1598):

Lindamente has engañado al convento; industria ha sido, pues con haberte fingido fraile, has comido y cenado siendo un bellaco bribón de

vida anchurosa y larga.

Brindis

Este vocablo se formó a partir de la frase alemana *Ich bring dir's* «te lo traigo» (con el sentido de «te lo ofrezco»), que se pronunciaba en cierta época para brindar.

En el diccionario de Covarrubias, se define así el acto de brindar:

Brindez es solicitar y convidar al compañero y con la taza en la mano, bebiendo él, y luego el otro: y este modo de beber se llama brindez. Es palabra tedesca, pero que ha sido introducida en Francia, en Italia, y en España [...]. Cornelio Tácito hace mención de esta manera de brindarse, cerca de los alemanes, en sus convites, bodas y juntas, lo cual vemos durar hasta ahora. El francés, en lugar de brindez dice: *Ye biuo a vous*: yo os beuo.

Brisca

Nombre que designa un juego de naipes de origen francés en el que cada jugador primero recibe tres cartas, y luego se muestra otra que indica el palo de triunfo. El resto de las cartas se van levantando una por una hasta el final del mazo.

El nombre original del juego —en francés *brisque*— proviene del apellido de un pésimo actor del siglo XVII y gran jugador de brisca, que se llamaba Briscambille o Briscambulle.

Bronce

Esencialmente, el bronce es una aleación de cobre con estaño. Conocida desde muy antiguo, los griegos y romanos le agregaron zinc, plomo y plata para usarla en armas y herramientas.

La palabra proviene del italiano *bronz*, y se cree, aunque no hay certeza, que se formó a partir del bajo latín *aes brundusi* «bronce de Bríndisi», dado que esa ciudad del Adriático adquirió renombre en la Antigüedad por los bellísimos espejos de bronce que allí se fabricaban.

Broquel

En nuestra lengua, broquel es hoy un escudo pequeño de madera o de corcho; en

forma más genérica, puede ser también un amparo o cobertura de defensa. En México, se emplea como nombre de un zarcillo.

Los romanos tenían la costumbre de colocar una cabeza humana con la boca abierta en el centro de sus escudos. Realizaban el trabajo en altorrelieve, y de la boca salía una punta con la que, al tiempo que se defendían, amenazaban a sus adversarios. Esa boca —en latín *bucca*— se llamaba *buccula*, diminutivo que pasó al francés antiguo como *bocle* y dio origen a *bocler* (*bouclier* en el francés actual) para denominar al escudo entero.

La palabra se registra por primera vez en nuestra lengua con su forma actual hacia el año 1300, en *Gran Conquista de Ultramar*, pero ya había aparecido un siglo antes como *bloca* en el *Cantar de Mio Cid*.

La interposición de una *r* ha sido históricamente común en nuestra lengua en la adquisición de vocablos franceses. Según Covarrubias, esta *r* hace al español «más fuerte y varonil».

Bruja

La idea de mujeres con poderes sobrenaturales que tienen un pacto con el diablo nutrió las fantasías medievales de los europeos y llevó a toda clase de excesos por parte de la Iglesia, que condenó a morir en la hoguera a millares de mujeres en toda Europa bajo la acusación de brujería.

Sin embargo, la idea de bruja y el propio origen de la palabra son muy anteriores al cristianismo y al mismo Imperio romano. Es una de las pocas palabras en español que provienen de las lenguas ibéricas prerromanas; lo mismo ocurre con el portugués *bruxa* y el catalán *bruixa*, como hemos visto en la entrada aquelarre.

Brújula

Fue una de las grandes invenciones cuya llegada a Europa al final de la Edad Media hizo posible el descubrimiento del Nuevo Mundo, así como otras hazañas de los grandes navegantes que salieron en busca de los límites del planeta a partir del siglo xv.

La brújula, un instrumento consistente en una aguja imantada que señala siempre el norte magnético, había sido inventada por los chinos hacia el siglo x de nuestra era y llevada al Viejo Continente por navegantes italianos, presumiblemente venecianos. El nombre chino del aparato se ha perdido, pues el sorprendente instrumento fue llamado *bùssola* al llegar a Italia hacia el siglo xiii, palabra tomada del latín vulgar *buxida* «cajita hecha de madera de boj»,

procedente a su vez del griego *pyxis*, *-idos*, del mismo significado. En España, la palabra italiana se deformó por influjo del castellano antiguo *buxeta* «cajita» y tomó una *r* después de la *b* inicial.

La Real Academia registra también el verbo *brujulear*, cuyo significado principal es «descubrir por indicios y conjeturas algún suceso o negocio que se está tratando».

Bucanero

Eran los piratas que en los siglos XVII y XVIII se dedicaban a saquear las posesiones españolas de ultramar.

La mayoría eran aventureros ingleses, franceses y holandeses. Asolaban el Caribe y las costas sudamericanas del Pacífico desde el siglo XVII y recibían en inglés el nombre de *privateers*. En esa época, los franceses rivalizaban con los españoles, razón por la cual estimulaban la acción de los bucaneros, a quienes llamaban *flibustiers* «filibusteros» (del holandés *vrijbouter*), mientras que los españoles les decían *corsarios*, del latín medieval *cursarius*.

El término inglés *buccaneer*, del cual proviene *bucanero*, surgió en 1684 con la publicación del libro *Bucaniers of America*, traducción de *De Americaensche zee-rovers* (*Vagabundos del mar americanos*), del holandés Alexander Esquemelin.

A pesar del peligro que representaban para los españoles, lo cierto es que, al menos etimológicamente, los bucaneros eran meros «ahumadores de carne». En efecto, por aquella época los franceses llamaban *boucan* a una parrilla que se usaba para ahumar carne y preparar *viande boucanée*, el plato preferido de estos piratas. La palabra francesa provenía de *mukem*, nombre de esta parrilla en algunas lenguas autóctonas de las islas del Caribe.

Un término más antiguo y genérico con que también se ha designado a los bucaneros es *pirata*, palabra tomada del latín *pirata* y ésta, del griego *peiratés* «bandido», «pirata». La voz griega derivaba del verbo *peiran* «intentar», «aventurarse» y provenía de la base indoeuropea *per-* «experimentar», de la cual proceden también vocablos como *experiencia* y *perito*.

Bucólico

Esta palabra suscita reminiscencias poéticas debido a un género literario de poesías campestres y pastoriles iniciado en el siglo I antes de nuestra era por Virgilio, cuyo exponente más destacado en castellano es Garcilaso de la Vega.

Etimológicamente, *bucólico* significa «cuidador de bueyes» o «boyero». En

efecto, la palabra griega *boukolikós* se derivó de *boukólos*, vocablo compuesto por *bous* «buey» y el verbo *kolein* «cuidar».

En la actualidad este término se usa no sólo con su significado literario, sino también para denotar todo aquello que evoca en una forma idealizada la vida campestre o pastoril.

Buganvilla

Este nombre es común a las trece variedades de un arbusto trepador de la familia de las nictagináceas, con hojas ovales, flores pequeñas y brácteas de diversos colores, que crece en regiones tropicales y subtropicales, también conocido como «bejuco sudamericano».

Su nombre es un homenaje al navegante francés Louis-Antoine de Bougainville (v. Salomón, islas), el primero que llevó este arbusto a Europa.

Búho

Es muy probable que en la formación de este término se hayan mezclado la voz latina que le dio origen, *bubo*, y la onomatopeya del ruido de sus alas, *buf*.

En latín clásico, *búho* es *bubo*, que pasó al latín vulgar como *bufo* y de éste, al castellano antiguo bajo las formas *buffo* y *bufo* —*Pososse un bufo en somo dell aruol (General Estoria I, de Alfonso X)*—; ya desde el siglo XIII, la palabra más usual es *buho*. La voz *bufo* perdura en algunas zonas de Aragón, en gallego, en toscano y en portugués. Cabe mencionar que sólo a partir de 1956 se prescribe la tilde: *búho*.

Cuando un búho es sorprendido durante el día, entreabre sus alas y ahueca su suave plumaje, y origina así un peculiar sonido sordo, que bien podría representarse con la onomatopeya *buf*. Quizás sea ésta la explicación de que se haya usado *bufo* en latín, en lugar de algún derivado del acusativo clásico *bubonem*. Tras la desaparición de la *f* entre las vocales de la palabra *bufo*, que dio origen a *búho*, cabe preguntarse qué papel le puede haber correspondido a la onomatopeya arriba mencionada en el origen del nombre de esta ave nocturna, símbolo de sabiduría para los alquimistas medievales.

El búho pertenece a la familia de los estrígidos: rapaces nocturnas de pico curvado y garras fuertes. El de mayor tamaño es el búho real (*Bubo bubo*), que alcanza 70 cm y vive en Eurasia. El búho de Virginia (*Bubo virginianus*) habita en gran parte de América; en Chile recibe el nombre tucúquere y en Argentina se lo conoce como ñacurutú. En América del Sur y en América Central, se encuentra el búho de las vizcacheras o pequén (*Speotyto cunicularia*).

Bujarrón

Antiguo vocablo español para designar a los homosexuales activos masculinos, procedente del bajo latín *bulgarus* «búlgaro», porque los habitantes de Bulgaria eran despreciados por tratarse de «herejes» pertenecientes a la Iglesia ortodoxa griega.

Está documentado en castellano desde comienzos del siglo XVI, al mismo tiempo, aproximadamente, que surgían el italiano *buggerone* y el francés *bougeron*, ambos con igual significado.

En algunos países sudamericanos se convirtió en *bufarrón*, lo cual, según anota José Gobello en su *Nuevo diccionario lunfardo*, habría ocurrido por cruce con el castellano *bufar*.

Bulevar

Un bulevar es una avenida rodeada de árboles y jardines.

Las ciudades medievales estaban amuralladas y fuertemente defendidas para evitar la irrupción de invasores. En las ciudades alemanas, por encima de sus murallas y de trecho en trecho, se habían construido baluartes unidos entre sí por un camino, extendido a lo largo de toda la muralla, destinado a los soldados que vigilaban y defendían la ciudad.

En la antigua lengua germánica, la palabra para entablado era *bule*, de la raíz indoeuropea *bhel-* «soplar», «inflar» y de *werke*, del indoeuropeo *werg-* «hacer», que significaba «trabajo». El baluarte o bastión de defensa se llamó *bulewerke*, que en el alemán de hoy evolucionó hacia *bollwerk*, con el mismo significado. Así llegó a Alsacia, región fronteriza dominada alternativamente por alemanes y franceses en diversas épocas, y allí se convirtió en *bolewerc*, hasta llegar a París en el siglo XVII como *boulevard*, que fue el nombre para los caminos que, como en Alemania, se construyeron en la parte superior de las murallas.

En la segunda mitad del siglo XIX, el rediseño de la capital francesa incluyó en su trazado, como lugar de paseo y de encuentro de la alta sociedad, amplias avenidas enjardinadas, que tomaron el nombre de *boulevards*, exportado más tarde al Reino Unido, a los Estados Unidos y también a España y a América latina, donde se adaptó como *bulevar*, un nombre que hoy evoca jardines floridos y clima primaveral, muy lejos de los severos baluartes medievales.

Bumerán

Arma arrojadiza utilizada por los aborígenes australianos. Presenta la curiosa

propiedad de volver a las manos de quien la arrojó. Los ejemplares más antiguos de esta arma datan de más de diez mil años.

El bumerán mide entre 35 y 70 cm y pesa unos trescientos cuarenta gramos. Debe ser arrojado en rotación y en forma paralela al suelo; en su trayectoria se eleva, gira a la izquierda y vuelve muy cerca del lugar desde donde fue lanzado.

Existe otro tipo de bumerán que es el *de no retorno*, más largo, más pesado y mucho más dañino, que ha sido usado en guerras y se emplea aún para caza mayor.

La palabra castellana *bumerán* proviene del inglés *boomerang*, que fue tomada, a su vez, de *wo-mur-rang*, que significa «palo que vuelve» en la lengua aborigen turawal.

Burgués

En la Edad Media, se llamó burgueses a los miembros de la clase social formada por los comerciantes, artesanos libres y personas que no estaban sometidas a los señores feudales. Proviene de burgo o habitante de los burgos.

Burgo deriva del bajo latín *burgus* y éste, a su vez, del germánico *burgs*, que designa a la ciudad pequeña y amurallada. En varios países europeos de lenguas diversas, muchas ciudades fortificadas incorporaron *burgo* en su nombre, como ocurrió con Gotemburgo (Suecia), con Hamburgo (Alemania) y con Estrasburgo (Francia).

La palabra *burgo* ingresó al castellano a fines del siglo XI, con el significado de «suburbio, arrabal». Dos siglos después, los habitantes de las ciudades amuralladas ya eran llamados «burgeses» y, más tarde, «burgueses». Pero todavía eran burgueses pobres y no soñaban con enriquecerse ni, mucho menos, con tomar el poder. Despreciados por los nobles y por los artesanos, estos burgueses eran herederos de la clase medieval de los villanos y, por falta de alternativas, se dedicaron al comercio. Dieron inicio así a la acumulación de riquezas que serviría de base, algunos siglos más adelante, para el surgimiento del capitalismo.

Con la aparición de doctrinas políticas de inspiración social, como el marxismo, la burguesía pasó, a partir del siglo XIX, a ser identificada como la clase dominante del modo de producción capitalista, y se le atribuyeron los méritos del progreso tecnológico, pero también se la responsabilizó por los males de la sociedad contemporánea. Los marxistas acuñaron, además, el concepto de «pequeña burguesía», como llamaron a un sector de las capas medias de la sociedad actual, regido por los valores y aspiraciones de la burguesía.

Burlete

En las regiones de bajas temperaturas, el frío suele colarse por las rendijas de las puertas y ventanas debido a la dificultad para ocluir por completo dos bordes de madera en contacto. Una forma de resolver este problema es rellenar las superficies de contacto con lana o tela, de manera de impedir la entrada del aire.

En la actualidad, existen productos plásticos que se venden en forma de cinta esponjosa, que se pegan a los batientes y dinteles de puertas y ventanas, e impiden la entrada del aire. Antiguamente, se usaban pedazos de borra de lana sucia, que en castellano se llamaron *burletes*, del francés *bourrelet*, diminutivo de *bourre* «borra de lana», derivado, a su vez, del latín *burra* «pañó grosero de lana».

Burocracia

Designa al mismo tiempo a la organización administrativa del Estado, al conjunto de los funcionarios públicos y, peyorativamente, a la excesiva influencia que los funcionarios pueden ejercer sobre el aparato del Estado.

El origen más remoto que se conoce de esta palabra es el latín clásico *burra* «pelusa, trapo basto», origen de *borra*; en latín vulgar derivó a *bura*, nombre de un paño grosero de lana, adquirido por la lengua francesa como *bure*. Hacia el siglo XII, surge *bureau*, término con el que se denomina el paño hecho de *bure*, usado para cubrir mesas de escribir, pero un siglo más tarde, la palabra ya era empleada para designar a la propia mesa.

Hacia fines del siglo XVI, *bureau* aparecía en francés con la acepción moderna de «lugar donde se desempeña la actividad administrativa».

El etimólogo francés Albert Dauzat atribuye al economista francés Jean-Claude Vincent de Gournay (1712-1759) la creación de la voz compuesta *burocratie*, mediante la unión de *bureau* y la voz griega *kratos* «gobierno», «poder», a fin de denotar (y criticar) la influencia de altos funcionarios sobre las decisiones estatales.

En el siglo XIX, la palabra fue adoptada por el inglés como *bureaucracy*, por el italiano como *burocrazia* y por el portugués y el español como *burocracia*.

Bustrófedon

Estamos acostumbrados a leer de izquierda a derecha y, al llegar al final de cada línea, saltar de manera brusca hasta el comienzo del renglón siguiente, y así en

forma sucesiva. El procedimiento no parece demasiado inteligente: si al final de una línea bajáramos hacia el extremo derecho de la próxima y siguiéramos leyendo, ahora de derecha a izquierda, y continuáramos de esa forma, nos ahorraríamos los saltos bruscos de línea que llevan tiempo y, según algunos, dañan la vista. Hubo, incluso, quien calculó que una persona que dedica tres horas diarias a la lectura ahorraría de esta forma un total de ciento treinta y seis días en toda su vida, pero este autor no se atrevería a poner las manos en el fuego por tal afirmación.

En todo caso, el labriego que pasa el arado sobre un terreno procede de manera más sabia: al llegar al final de un surco, no vuelve al lado del punto de partida, como hacemos para leer, sino que hace girar el arado y empieza un nuevo surco junto al que acaba de terminar.

De ahí el origen de la palabra griega *bustrófedon*, que denominaba este tipo de escritura y también el acto de arar en zigzag. El vocablo se formó con *bou* «buey» y *strepho* «dar vuelta».

Curiosamente, *strepho* se encuentra, además, en la etimología de *estrofa*. En efecto, de ese verbo se derivó el sustantivo *strophé*, que inicialmente significó «evolución del coro en la escena» y, más tarde, «el verso que el coro canta».

Veamos cómo quedaría la primera estrofa de la primera rima de Bécquer si el autor la hubiera escrito como un bustrófedon:

Yo sé un himno gigante y extraño

arorua anu amla led ehcon al ne aicnuna euq

y estas páginas son de ese himno

arbmos al ne atalid eria le euq saicnedac

C

Cábala

Se ha dado este nombre a un conjunto de doctrinas místicas, desarrolladas inicialmente en el judaísmo, sobre todo entre los siglos XII y XVII. En la actualidad denota también cierto tipo de cálculo supersticioso para adivinar alguna cosa.

Los aficionados a juegos de azar (la ruleta, por ejemplo) eligen cuidadosamente los números por los que apuestan, basados en sueños o en sucesos de la vida cotidiana en los que tales números aparecen, o en la mera inspiración del momento, y llaman cábala a los motivos de su elección, pero raramente conocen el origen de esta palabra.

Cábala llegó al español a través del latín medieval *cabala*, palabra derivada del hebreo *qabbalá*, que tuvo origen, a su vez, en la raíz semítica *qbl* «recibir».

Qabbalah se usó para designar toda la tradición no contenida en el Pentateuco (los cinco primeros libros de la Biblia). El primer texto relacionado con la cábala, *Séfer Yesira (Libro de la creación)*, fue escrito en Palestina entre los siglos III y IV. En él se intenta explicar la relación de la Divinidad con la Creación, fundamentándola en los *séfirot* (diez números básicos) y en la combinación de las veintidós letras del alfabeto hebreo. La obra clásica de la cábala es el *Zohar (Resplandor)*, escrito en arameo por Simeón ben Yohay, aunque está más divulgada la traducción y versión del español Mosé ben-Sem-Tob de León (1250-1305). La cábala se vinculó desde un principio con la magia, la astrología, la nigromancia y la quiromancia, y justificaba sus teorías con tres métodos: la *gematría* (concesión de valores numéricos a las letras y palabras, recurriendo incluso a multiplicaciones y divisiones), la *temurá* (combinación de las letras de una palabra con otras, que alteran su valor y significado) y el *notarikon* (arte de los signos; cada palabra es como un acróstico, y cada letra es el comienzo de una nueva palabra), por medio de los cuales se interpretaban los textos. La cábala como doctrina seudoreligiosa adquirió esplendor en la comunidad hebrea tras la expulsión de los judíos de España en 1492. Al final, la cábala estaba vinculada únicamente a la magia y al ocultismo, y su decadencia ocurrió en el siglo XVIII.

La primera documentación en español de cábala se registra en el prólogo del

Libro de la caza, de don Juan Manuel (1282-1348):

Otrosi fizo trasladar toda la ley de los judios & avn el su talmud Et otra sciencia que an los judios muy escondida a que llaman cabala.

Cábula es una variante de *cábala*, contaminada por *fábula*, que se usa en algunas zonas de Argentina y de Colombia con el significado de «treta». En Chile y Honduras, *cábula* se transformó en *caula* y también en *cabla*.

Caballo

El caballo es un antiguo amigo de los seres humanos, con los que comparte desde hace cinco mil años las duras faenas del campo y los peligros de las batallas, además de servirles como medio de carga y transporte. Los más antiguos antecesores del caballo, los *Hyracotheria*, del griego *hýrax*, *hýrakos* «rata» y *odoús*, *odóntos* «diente», que medían unos treinta centímetros de altura, vivieron en el Asia Menor hace tal vez cuarenta millones de años, pero fue necesaria una larga cadena evolutiva hasta llegar al *Equus caballus*, domesticado en el Cercano Oriente hace unos cinco mil años. Esta evolución ocurrió en varios continentes, incluso en las planicies de América del Norte, de donde esta especie desapareció por razones desconocidas hace alrededor de ocho mil a once mil años.

Los romanos llamaron *caballus* a los caballos castrados o jamelgos, mientras que la designación general para este animal era *equus*, palabra procedente del término prehistórico indoeuropeo *ekwo-*; pero en el latín vulgar de la Edad Media, *equus* prácticamente desapareció, sustituido por nombres como *cavallo* en casi todas las lenguas romances, aunque dejó su huella entre nosotros en vocablos como *ecuestre* y *equino*, y también en el femenino *yegua*. No se conoce con certeza el origen de caballo, que había llegado al latín procedente de otras lenguas. Hay quien le atribuye un origen celta, pero la mayoría de los estudiosos creen que se trata de una palabra venida de Oriente, que de alguna forma llegó a la Galia y, desde allí, se extendió a las lenguas romances. También se ha señalado la semejanza de caballo con la voz rusa *kobyli* «yegua», aunque nunca se probó un posible parentesco entre ambos términos.

En otras lenguas romances: *cavalo* (portugués); *cheval* (francés); *cavallo* (italiano); *horse* (inglés), y *Pferd* (alemán).

Cabaré

Para dar nombre a bares pequeños y modestos en los que se podía comer y beber, en el francés de la Alta Edad Media se recurrió a la idea básica de

dormitorio, expresada en la palabra holandesa de aquella época: *cabret*, una corrupción de *cameret*, que se derivaba, a su vez, del picardo antiguo *cambrette*, diminutivo de *cambre* «dormitorio», proveniente del latín *camara* y éste, del griego *kamara*, con el mismo significado.

Cuando el teatro empezó a resurgir, poco antes del Renacimiento, se dio ese nombre, *cabret* —y más tarde *cabaret*—, a los pequeños bares instalados en los teatros y, ya en el siglo XIX, a las casas de espectáculos, mezcla de bar y de teatro, en las que se presentaban compañías de revistas y se servían bebidas, algunos de ellos inmortalizados por artistas famosos, como el pintor Henri Toulouse-Lautrec.

Empleada en español desde comienzos del siglo XX, fue incluida bajo la forma *cabaré* en la edición del Diccionario de la Academia de 1989.

Cacao

Antes del Descubrimiento de América, el cacao —una planta que produce una almendra amarga y aromática— era cultivado por los aztecas. Lo llamaban *kakawa* en su lengua náhuatl, forma radical de *kakawatl* (grano de la planta), que pasó al español como *cacao*.

En las lenguas modernas, la palabra fue tomada del español y llegó sin cambios al italiano, al francés y al inglés en el siglo XVI; al portugués llegó como *cacau* y al alemán, como *Kakao*.

Los aztecas maceraban las almendras y las mezclaban con ají rojo, harina de maíz y ceiba (en náhuatl, *pochotl*) para obtener un refresco, el *pochokakawatl*, nombre que los conquistadores adaptaron como *chocolate*. Hernán Cortés quedó fascinado con este producto, al que los conquistadores añadían miel, vainilla y canela. Lo llevó a España para presentárselo al emperador Carlos I (Carlos V de Alemania), y el hábito de beber chocolate se extendió por Europa, lo cual generó una fuerte demanda de cacao. Esto motivó, entre los siglos XVI y XVII, que se establecieran plantaciones en Brasil, en varias islas antillanas y hasta en las Filipinas.

Cacharpas

En el Río de la Plata, designa el conjunto formado por la «ropa y enseres personales de los pobres», como en este panfleto de Hilario Ascasubi (1807-1875), citado por Jorge Luis Borges (1899-1986):

Entretanto en los barriales

de Palermo amontonaos

cuasi todos sin camisa,

estaban sus entrerrianos

(como él dice) miserables,

comiendo terneros flacos

y vendiendo las cacharpas...

Cacharpas se usa siempre en plural. Procede del quechua *kachárpa*, que significa «trebejos, utensilios sin valor». Cacharpero es la persona que vende o negocia con cacharpas.

El argentino José Gobello, presidente de la Academia Porteña del Lunfardo, en su *Nuevo diccionario del lunfardo* (1997), afirma que *cacharpas* dio lugar a *carchas* «enseres y ropas del enemigo caído en acción», y al verbo *carchar* «apropiarse de las carchas».

Caco

En el castellano de hoy, un caco es un ladrón hábil, capaz de robar sin que nadie lo perciba y de huir con facilidad.

Caco era un dios menor de Roma, hijo de Vulcano, que vivía en una gruta del Aventino. Cuando Hércules volvía de una misión con las reses que le había sacado a Gerión, Caco le robó cuatro vacas y cuatro bueyes. Utilizó la artimaña de hacerlos caminar hacia atrás, de manera que las huellas mostraran que los animales habían salido de la gruta donde los había guardado y no que habían entrado en ella. Hércules fue engañado por este ardid, hasta que uno de los animales mugió y puso el robo en evidencia. Hércules mató entonces al pequeño dios ladrón, que quedó convertido hasta nuestros días en una especie de símbolo de los ladrones.

El nombre de Caco fue recordado muchas veces en la literatura en lengua española, como en este trecho del escritor argentino Lucio V. Mansilla en *Una excursión a los indios ranqueles* (1872):

Caiomuta es su hermano menor por parte de padre. Son enemigos. Caiomuta es rico, ladrón como Caco, borracho como Baco y malo como Satanás. Insolente, violento, audaz, aborrecido de la generalidad.

Cadalso

En los mercados de esclavos del Imperio romano, la «mercancía» era expuesta en un estrado, conocido como *catasta*, para que se destacara en medio de la abigarrada muchedumbre y pudiera ser mejor apreciada por los posibles compradores. Análogamente, los condenados a muerte eran ejecutados en lugares bien visibles, en este caso, como escarmiento para el pueblo. Con ese fin, se montaba la *catasta* sobre una torre de madera llamada *fala*. De la unión de ambas palabras se formó en latín vulgar *catafalicum*, que los provenzales del Languedoc llamaron *cadafalcs*. La palabra cruzó los Pirineos y llegó a España hacia 1260, durante los reinados de Alfonso X de Castilla y de Jaime I de Aragón, bajo la forma *cadafalso*.

En documentos del año 1300 ya se escribe *cadahalso*, hasta llegar a la forma moderna *cadalso* en los tiempos de Cervantes, como vemos en este texto de *Don Quijote*:

Llegado, pues, el temeroso día, y, habiendo mandado el duque que delante de la plaza del castillo se hiciese un espacioso cadalso, donde estuviesen los jueces del campo, y las 5 dueñas, madre e hija, demandantes, había acudido de todos los lugares y aldeas circunvecinas infinita gente a ver la novedad de aquella batalla; que nunca otra tal no habían visto ni oído decir en aquella tierra los que vivían, ni 10 los que habían muerto.

En italiano, la misma combinación de palabras designó el *catafalco*, el ataúd de lujo para las exequias de los ricos y notables, y con ese sentido e igual grafía entró nuevamente al castellano en el siglo XVIII, como registra el *Diccionario castellano*, de Esteban de Terreros.

Cadete

Los jóvenes que estudian en las escuelas militares se llaman *cadetes*, nombre que también se da a los adolescentes que trabajan en el comercio como aprendices.

En Francia, el *cadet* era un «joven noble que se preparaba para la carrera militar». La palabra había sido tomada de la lengua de la antigua provincia francesa de Gascuña, en la cual *capdet* significaba «jefe», pues provenía del latín vulgar *capitellum* «jefe», derivada a su vez de *kaput* «cabeza», que también dio lugar a *caudillo*.

Cadmio

Este metal fue descubierto por el químico alemán Friedrich Stromeyer en las incrustaciones de los hornos de cinc en 1817. Pero no se trata de que su existencia fuera ignorada: los griegos lo conocían como un mineral asociado al cinc y lo extraían de una mina situada cerca de Tebas. Por esa razón, los antiguos le habían dado el nombre de *kadmeia*, en homenaje a Kadmos, el fundador de Tebas.

Caer

Caer proviene del verbo latino *cadere*, que significa tanto «caer» como «dejar caer», origen de una nutrida familia de palabras en las lenguas neolatinas.

Así, la caída armoniosa de los acordes del canto o de la música llegó a nosotros como *cadencia*. En cambio, la caída vertical de algo, desde su apogeo hasta su ruina, se llama *decadencia*, y se habla de la *decadencia del Imperio romano o de la del Tercer Reich*. A aquello tan superado y viejo que está listo para caer, lo llamamos *caduco*.

En francés arcaico se llamó *choir* —derivado de *cadere*— al acto de caer, y más tarde, *chance* a la caída de los dados, con lo que esta última palabra adquirió el sentido de «azar» y, luego, de «oportunidad».

Chance sólo ingresó al castellano en el siglo xx, como vemos en este texto de *Rayuela* (1968), de Julio Cortázar:

[...] enderezarse y empezar a caminar entre las florcitas del jardín y sentarse a mirar una nube nada más que cinco mil años, o veinte mil si es posible y si nadie se enoja y si hay un chance de quedarse en el jardín mirando las florcitas.

Sin embargo, tachada de «galicismo» o, a veces, de «anglicismo», *chance* no fue incorporada al Diccionario hasta 2001. Como el lector habrá notado en la cita de arriba, Cortázar usó esta palabra en género masculino; en el Diccionario fue incluida como voz de género ambiguo.

Café

El grano del cafeto, tostado y molido, se usa hoy en todo el mundo para preparar una infusión aromática y estimulante, el café.

El cafeto es originario de diversas regiones de África, cada una de las cuales

produce alguna de las diferentes variedades de granos: el *Coffea arabica* proviene de Etiopía, el *Coffea robusta* es oriundo de la selva ecuatorial africana.

Se cree que los árabes habían empezado a beber café en el siglo xv, pero la bebida fue prohibida a comienzos del siglo xvi por entenderse que violaba los principios del Corán, puesto que, curiosamente, se identificaba el café con el vino. A partir de entonces, el consumo de café aumentó vertiginosamente en todo el mundo árabe y se extendió a Egipto, a Siria y a Turquía.

Los árabes llamaban al café con el mismo nombre genérico que usaban para el vino: *kahwa*, pero al llegar la infusión a Turquía, su nombre cambió a *kahvé*.

Cuando los mercaderes venecianos introdujeron el producto en Europa, su nombre se modificó nuevamente a *caffé* y se extendió al español, al francés y al portugués *café*, al alemán *Kaffee*, al inglés *coffee* y al sueco *kaffe*.

Un subproducto del café es el alcaloide estimulante cafeína, químicamente muy similar a la teína, que también está presente en el té (v. té); a la mateína de la yerba mate, consumida en los países del Mercosur, y a la teobromina del cacao (v. cacao).

Calambre

Este vocablo proviene del germánico *kramph*, que derivó al alemán moderno *krampf*, al inglés *cramp* y al francés *crampe*. Corominas estima probable que en Francia haya pasado antes por *crambe*, para llegar más tarde a Asturias como *cambre* por transliteración. Luego, hacia fines del siglo xiii, aparece en Castilla y Aragón como *clambre* y *calambre*, y en el Reino de Portugal y Algarbe, como *cãibra*.

Cálculo

Sentados ante una moderna computadora, nos resulta difícil imaginar que los antiguos hayan hecho sus cálculos con piedrecillas alineadas en ábacos (v. ábaco), y podemos apreciar con nuevos ojos el mérito de los matemáticos griegos, que descubrieron cómo calcular la circunferencia, la hipotenusa, el volumen de cilindros, conos, esferas y pirámides, y hasta medir el radio de la Tierra con razonable precisión.

Es probable que el origen de la palabra latina *calculus* «piedrecilla», diminutivo de *calx*, *calcis* «piedra», haya estado en el término griego *khalyx* «grano», «semilla».

A partir de *calculus* se formó en bajo latín el verbo *calcularre* «calcular», que dio origen a nuestro *calcular* a través del francés *calculer*, este último registrado por

primera vez en 1372, según el etimólogo francés Albert Dauzat.

Cálculo, con el sentido de «piedrecilla que se forma en algunos órganos», aparece en español ya en el *Vocabulario*, de Alonso de Palencia (1490):

No siendo la vexiga purgada por la vrina para quelas arenas se desgasten fazen calculo & piedras muy asperas.

Con el sentido de «cómputo», se encuentra a partir del *Diccionario de la lengua española y francesa* (1604), de Joan Palet (v. recalcitrante).

Calendario

Hasta que Julio Cesar introdujo el calendario que luego se llamó *juliano*, los romanos tenían un método algo incómodo de contar los días: lo hacían hacia atrás a partir de tres fechas: las *calendas* o primer día del mes; los *idus*, que caían entre el 13 y el 15, y las *nonas*, el noveno día antes de los *idus*. Así, el 30 de enero (en aquella época ese mes tenía sólo 30 días) era llamado *primum dies ante calendas februarium* «primer día antes de las calendas de febrero», el 29 de enero era el *secundum dies ante calendas februarium*, y así sucesivamente (v. bisiestro).

Tal vez porque los días antes de las *calendas* ocupaban la mayor parte del mes, este sistema de cómputo de los días acabó por llamarse *calendario*.

Califa

Muerto Mahoma (632 d. de C.), sus sucesores fueron los califas, con calidad de jefes seculares y religiosos.

Aunque la palabra de origen árabe *califa* existía como *algalife* en francés, por lo menos desde el siglo XI, y el Diccionario de la Real Academia la hace derivar de este idioma, Corominas afirma que está en nuestra lengua desde fines del siglo XIII, que llegó directamente del árabe *halifa*, con el significado de «sucesor de Mahoma», y que se formó a partir del verbo árabe *halaf* «suceder».

Califa tiene el mismo origen que *jalifa*, vocablo que, en el árabe hablado en Marruecos, designa hoy una autoridad que existió hasta la instauración del protectorado español.

Caligrafía

Del griego *kallos* «bello» y *graphein* «escritura». Es el «arte de escribir con letra bella» y con este sentido llegó al castellano en el siglo XVIII, como documenta el

Diccionario castellano, de Esteban de Terreros. En la era de las computadoras e impresoras, este arte se va olvidando, pero el paso del tiempo también le dio a *caligrafía* otro significado: «conjunto de rasgos que caracterizan la escritura de una persona», que vale, incluso, cuando la letra no es muy bonita.

Calimba

Calimba es un cubanismo que refiere al hierro de marcar el ganado. Los esclavos africanos eran marcados a fuego con un hierro candente por sus amos para atestiguar su propiedad. La Academia española registró en la edición de 1899 del Diccionario, la voz *carimba*, como peruanismo (en ediciones posteriores la marca local se extendió a Cuba) y *carimbo*, en 1925, como bolivianismo.

En el portugués de Brasil, esta última designa hoy un sello de tinta para marcar documentos. De *carimbo* y *calimba* se han formado los verbos *calimbar* en español y *carimbar* en portugués, con el significado de «marcar» o «sellar».

Varios etimólogos brasileños creen que la palabra proviene del quimbundo *kirimbu* («señal, sello») con cambio de la primera *i* por *a*. Por su parte, Corominas afirma que *kirimbu* sería, en realidad, un portuguesismo creado por los africanos, y que *carimbo/calimbo* provienen del español *gálibo*, que también dio *calibre*. En apoyo de su hipótesis, señala el hecho de que «calimbo» aparece ya en «La pícara Justina» (1611):

[...] por aora vsa es s para motolitas¹ que no saben de carro y toda broça, que las de las de mi calimbo saben hazer de vna cara, dos, y en caso de visita, saben dar á vn obispo cardenales [...].

Rolando Laguarda Trías, quien desecha la propuesta de Corominas por considerar que la estructura del vocablo es «netamente quimbunda», consignó en un artículo publicado en 1969 en el Boletín de la RAE que «en los inventarios de los esclavos de Juan Manuel de Rosas, levantados en 1825, aparecen en un total de treinta y tres esclavos, cuatro carimbados con distintas marcas en la frente, carrillos, pecho o brazos».

Calipigio

En las calles de Río de Janeiro, no sólo en sus playas, tropieza uno a cada paso con esplendorosas mujeres, blancas, mulatas o negras, casi completamente desnudas, que muestran unas nalgas gloriosas, redondas y firmes, como estatuas griegas. La tanga, ese pequeño taparrabos que pasa entre ellas, no llega a esconderlas, y sus orgullosas propietarias —las calipigias mujeres brasileñas—

las lucen como el tesoro que, efectivamente, son.

Calipigio, palabra que, inexplicablemente, no figura en los diccionarios más comunes de español, proviene del griego *kalipygos*, voz usada para designar la famosa estatua de Afrodita, conocida en castellano como la Venus calipigia, atesorada en el Museo Real de Nápoles. Se trata de una copia romana de una escultura griega encontrada, se dice, en la *domus áurea* de Nerón, que luego pasó al palacio Farnese, más tarde al del rey de Nápoles y, finalmente, a su localización actual.

La voz griega está formada por *kallos* «bello» (como en caligrafía) y *pyge* «nalgas».

Calzado

Los griegos usaban el adverbio *laks* con el significado de «con el talón», «con el calcañar», palabra que los latinos convirtieron en *calx*, *calcis* (hicieron una metátesis, figura de dicción que consiste en alterar o transponer el orden de los sonidos de una palabra) y la usaron para designar el talón. Y como el talón era *calx*, los romanos llamaron *calceus* a lo que usaban para proteger el pie: el zapato o el calzado en general, y *calcearium* al dinero que se daba a los soldados para costear su calzado.

A partir de *calcearium*, se formó el verbo italiano *calzare*, de donde se derivó el español *calzar* hacia el siglo XII, y del cual proviene, a su vez, el francés *chausser*, con el mismo significado.

Entró este cativo de sus fierros cargado, con pobre almesia, e con pobre calzado, con sus crines trezadas, de barba bien vellado, fo caer al sepulcro del confessor onrrado (Gonzalo de Berceo, siglo XIII).

Cámara

Proviene de la palabra griega *kamara*, que en su origen era un término arquitectónico para designar una bóveda y, más tarde, una habitación abovedada.

La palabra se derivó al latín como *camara*, con el mismo significado, pero hacia la Edad Media ya había adquirido en esa lengua el sentido de «habitación», a veces con la variante *camera*, que llegó al inglés.

En su larga historia, y sobre todo en los últimos siglos, fue acumulando diversos significados, tales como «cámara nupcial», «cámara legislativa», «cámara frigorífica», «cámara fotográfica», «cámara oscura» y muchos otros. Además, dio lugar a otras palabras, como *camarilla*, *camarero*, *recámara*.

Camaron

Los frequentadores de las tascas madrileñas saben apreciar las delicias de un plato de gambas regado con un vino blanco, tal vez de La Rioja o de la Ribera del Duero, y otros, en algunas tabernas gaditanas, pueden disfrutar de deliciosas e inolvidables tortillitas de camarones. *Camaron* es palabra que los españoles reservan para una variedad más pequeña del crustáceo, mientras que en la mayoría de los países americanos designa a las variedades grandes y pequeñas.

En realidad, la difusión del uso del vocablo *gamba* en España es relativamente reciente. Hasta 1925 todas las ediciones del Diccionario de la Real Academia lo incluían como «poco usado», con el significado de «pierna», tomado del italiano *gamba*.

Son las señas desta moça ojinegra y pelirrubia, cabal de todos sus miembros menos de la gamba zurda, que quiso naturaleza, que tal vez de errar se gusta, que al templo de su beldad faltase la arquitectura. (Alonso de Castillo Solórzano: Lisardo enamorado [1616]).

La etimología nos revela la solución de este enredo: *camaron* es el aumentativo de *cámaro*, voz que proviene del latín *cammarus*, procedente del griego *kammaros*. Allí por el siglo IV de nuestra era surgió en el latín vulgar de la península una forma, *gambaros*, que aparece en Covarrubias y que se perpetuó en el catalán *gamba*, para ser finalmente adoptada por los españoles castellanohablantes. Como nombre del crustáceo, *gamba* aparece por primera vez en el Diccionario de 1936.

Camorra

Esta palabra tiene en español dos significados: el nombre de un poderoso grupo delictivo que opera en Nápoles, semejante a la mafia siciliana, y coloquialmente, el de «riña», «pelea callejera».

La gente suele pensar que el segundo significado proviene del primero, pero es exactamente lo contrario: la camorra napolitana, que en sus orígenes habría estado formada por delincuentes españoles, tomó su nombre de la palabra castellana, o sea que los miembros de la camorra fueron llamados así por su agresividad y su permanente disposición a la pelea.

El origen de *camorra* es desconocido, aunque diferentes etimólogos han tejido las más diversas hipótesis al respecto. Corominas enumera muchas de ellas en un largo artículo en el que tacha como carentes de fundamento semántico propuestas tales como el castellano *quimera*, el siciliano *camurra* «opresión»,

«aplastamiento» y el árabe *qamr* «juego de azar». Sin llegar a expresar una preferencia, el etimólogo parece mirar con simpatía el adjetivo catalán *camorro* «res que padece la modorra, enfermedad convulsiva que ataca la cabeza del ganado lanar», y señala su parentesco con palabras vascuences como *amurru* «la rabia del perro», *amurratu* «enredar», «desordenar», «molestar» y *amorratua* «rabioso», «encarnizado».

Campana

La campana se asocia desde la Edad Media con la Iglesia católica, que la emplea hasta nuestros días para anunciar sus oficios y los horarios de las oraciones. En otras épocas, cuando los relojes eran artefactos raros y caros, la gente usaba el sonido de las campanadas de las iglesias como referencia del paso del tiempo.

Las mejores aleaciones para fabricar campanas, las que permitían obtener un sonido más diáfano, provenían, en los primeros años de nuestra era, de la región del sur de Italia conocida como Campania. El gentilicio latino de esa región era *campanus*, y su femenino, *campana*, dio lugar en latín tardío a *vasa campana* «recipientes de Campania», más adelante simplemente *campana*, que llegó intacto a nuestra lengua como *campana*.

Campeonato

El deporte moderno expresa, de alguna manera, la competitividad que caracteriza a los seres humanos y permite encauzar la agresividad de éstos hacia modos más civilizados de comportamiento. Desde ese punto de vista, deportes como el boxeo y otras formas de lucha en las que se intenta aniquilar físicamente al adversario son resabios de eras históricas primitivas, en las cuales la búsqueda de competición se manifestaba en guerra, tortura y muerte.

Sin embargo, hacia la Edad Media, la agresividad se evidenciaba a veces en formas que contenían algún ingrediente altruista, como ocurría con los paladines que se batían en defensa de los desvalidos. En Italia, estos héroes medievales se llamaron *campioni*, palabra tomada del longobardo *kamphio* «caballero que defiende a otra persona», que se derivaba, a su vez, del germánico occidental *kamp* «campo de batalla». Este vocablo germánico tiene origen latino, puesto que proviene del nombre del Campo de Marte, donde recibían instrucción militar los soldados romanos de origen germano.

Parece natural, pues, que en el primer Diccionario académico, llamado *Diccionario de Autoridades* (1726-1739), *campeón* fuera definido como «guerrero»:

Campeón. El heróe famoso en armas, o los hombres esforzados, y mas

principales de algún ejército, que sobresalen en las acciones mas señaladas de la guerra.

Sólo en 1925, cuando los deportes de equipo se estaban difundiendo en el mundo, se incluyó también «el que tiene la primacía en el campeonato». Precisamente, fue en la edición de 1925 que *campeonato* apareció por primera vez en el Diccionario, cuando faltaban cinco años para el primer Campeonato del Mundo de Fútbol, pero ya hacía tres décadas que se venían desarrollando los Juegos Olímpicos modernos.

Can

El perro comparte la vida con el hombre desde tiempos inmemoriales y llegó a ser considerado un animal sagrado en algunas civilizaciones. Por esa razón, la palabra que lo designa tiene una vieja historia, desde el griego *kyon* o el latín *canis* hasta nuestro *can* o, más usado en español, *perro*. *Canis* dio su nombre no sólo a la fauna perruna, sino también, indirectamente, al grácil pajarillo cantor que conocemos como canario (v. canario), nativo de las islas Canarias, que fueron llamadas así por la gran cantidad de canes que las habitaban en tiempos de la colonización romana.

Un conjunto de canes se denominaba antiguamente *canalla*, de donde proviene esa palabra que hoy designa a la «gente baja, ruin o de malos procederes».

Por otra parte, la época del año en que el calor es más intenso se llama *canícula*, porque la aparición de la estrella Sirio sobre el horizonte coincidía con la salida del Sol en los primeros días de agosto, cuando el calor es más intenso en el hemisferio norte. Y Sirio es la estrella principal de la constelación del Can Mayor (*Canis Major*).

A pesar de toda esa variedad léxica, el vocablo *can* es poco usado en castellano, lengua en la cual fue sustituido por *perro*, de origen incierto, que sólo existe en nuestro idioma. Corominas cree que *perro* se puede haber formado a partir del sonido *prrr* con que los pastores incitan a los canes a mover el ganado.

Canadá

El nombre de este país proviene de la palabra *kanata* «pueblo», «aldea» en la lengua indígena iroquesa, hablada por una tribu que habitaba la región septentrional de América del Norte.

El explorador Jacques Cartier la usó en 1536 para denominar la región nororiental de ese continente. Según el propio explorador, durante su periplo por aquellas tierras, le preguntó a un nativo el nombre de la región, pero el indígena

creyó que estaban averiguando por la aldea y respondió: *kanata*. El explorador francés llevó el equívoco a Europa, lo que dio origen al nombre *Canadá*.

Canario

Muchos creen que las islas Canarias deben su nombre al simpático pajarito cantor que los ornitólogos llaman *Serinus canarius*, oriundo de ese archipiélago español. Sin embargo, fue la canora avecilla la que tomó su nombre de las islas y lo divulgó a las más variadas regiones del mundo. El primer registro que existe de la palabra *canario* en lengua española es de fray Luis de Granada, hacia 1580. Como gentilicio, *canario* se aplica no sólo a los habitantes de estas islas, sino también a los vecinos del departamento de Canelones, en el Uruguay.

Lo cierto es que el nombre de las islas Canarias ya tenía unos quince siglos de antigüedad en los tiempos de fray Luis de Granada y no proviene del de ninguna ave, sino de un cuadrúpedo: el perro. En efecto, en el siglo I de nuestra era, Plinio el Viejo narró una visita del rey de Numidia Juba II a las Canarias, durante la cual se había sentido asombrado por la gran cantidad de perros que allí había. El rey, que había regresado a su tierra con una pareja de estos perritos, denominó a ese lugar *Insula Canaria*, en latín, «isla de los Canes».

Cáncer

Los médicos de la Antigüedad observaron que las venas entumecidas que aparecían sobre la piel cercana a los órganos atacados por tumores recordaban las patas de un cangrejo, por lo que en el siglo II de nuestra era, Galeno llamó a esos tumores *cancer*, que significaba «cangrejo», palabra derivada del griego *karkinos*, del mismo significado y con origen en el indoeuropeo *kar-* «duro».

Cáncer se registra en español, inicialmente como signo del Zodíaco (el cangrejo) en la segunda mitad del siglo XIII y como tumor en 1438. Corominas afirma que, además de la forma de cangrejo sugerida por los vasos sanguíneos, las tenazas en las patas del animal evocan un instrumento de tortura que se compara con el sufrimiento causado por esa enfermedad.

El mismo origen tiene la palabra francesa *chancre*, que significó al principio «cáncer» y más tarde «úlcera sifilítica», y dio origen al español *chancro*.

Canciller

En el latín del siglo III de nuestra era, el *cancellarius* era un portero que estaba a cargo de la puerta secundaria o reja, un puesto que fue evolucionando a lo largo de los siglos en Francia hasta que, hacia el siglo XI, el *chancelier* era el

encargado del archivo (v. archivo) de documentos de un tribunal. Este nombre se aplicó posteriormente a un secretario que se ocupaba de las relaciones con otros reinos, función que se convirtió en la de ministro de Relaciones Exteriores en la época moderna.

Candidato

Se denomina así a la persona que pretende alguna dignidad, honor o cargo, aunque no lo haya solicitado.

Con la extensión de la democracia desde la segunda mitad del siglo XVIII, la palabra *candidato* es hoy harto conocida en toda la comunidad hispanohablante. No era así en el siglo XVIII, como permite comprobar el *Diccionario de autoridades*, que dice:

El que pretende y aspira o solicita conseguir alguna dignidad, cargo, ó empléo público honorífico. Es voz puramente Latina y de rarísimo uso.

Candidato procede del latín *candidatus* «el que viste de blanco», derivado del verbo *candere* «ser blanco», «brillar intensamente», voz con la que se designaba en Roma a quienes se presentaban como aspirantes a cargos públicos. En el ritual político romano, los candidatos debían cambiar su habitual toga por una túnica blanca (*candida*) con la que se exhibían públicamente para manifestar la pureza y la honradez esperables en los hombres públicos.

Candere procede de la raíz indoeuropea *kand-* o *kend-* «brillar», de la cual provienen palabras tales como *candelabro*, *candente*, *candela*, *cándido*, *incandescente*, *incendio*, etcétera.

Ningún derivado de *candidus* llegó hasta nosotros con significado directamente alusivo al color blanco, pero la blancura deslumbrante que la palabra latina *candor* expresaba en la lengua de los cesares se mantuvo en el español *candor*, con el mismo sentido de «sinceridad, sencillez y pureza de ánimo» de la palabra en latín. El Diccionario de la Real Academia Española menciona «suma blancura» como acepción de *candor*, pero en la práctica se usa muy poco con esa denotación.

Las velas, candelas o cirios se llamaban *candela* en latín, en alusión al brillo que provenía del calor; de ahí la palabra *candente*, que en latín significaba «blanco o brillante como consecuencia del calor», y la castellana *incandescente*.

Candombe

Es un ritmo negro de tambores que llegó a América con los esclavos africanos a

partir del siglo XVI. Es uno de los ritmos más populares del Carnaval del Uruguay y el principal en las Llamadas, un desfile de fuertes reminiscencias africanas. En el nordeste de Brasil, el *candombe* tiene su equivalente en el *maracatú*, danza de origen bantú.

La palabra *candombe* proviene de *kiandombe* «negro», en la lengua africana quimbundo.

Cante jondo

El cante jondo es la manifestación original de la expresión flamenca, de la cual surgieron más tarde las otras formas, como el baile y el toque. Es posible que haya nacido de antiguos cánticos gitanos o, tal vez, de melodías árabes o hebreas llevadas al sur de España por los gitanos.

No se conoce con certeza el origen del nombre *cante jondo*, pues si bien no existen dudas con respecto a la fuente latina de *cante*, no está tan claro de dónde proviene la palabra *jondo*, que la mayor parte de las personas consideran derivada de *hondo*, en alusión a la profundidad de los sentimientos que esa música evoca. Fortalece esta hipótesis el hecho de que la *h* aspirada se pronunció hasta el siglo XV en diversas regiones de España y que sustituía la *f* del latín, como ocurre en *hondo* (del latín *fundus*).

Sin embargo, el flamencólogo judío Medina Azara ha señalado semejanzas notables de estas músicas con antiguos cánticos religiosos judíos y ha expresado la convicción, en varias de sus obras, de que jondo se deriva de las palabras hebreas *Jom Tov* «buen día», «día de fiesta», que la pronunciación hispana habría convertido en jondo. Se trata de una hipótesis para tomar en cuenta, aunque la profunda melancolía que suele inspirar el cante torne más verosímil la etimología hondo.

Cantimplora

Es un frasco de metal aplanado y revestido de material termoaislante, apropiado para llevar agua o bebida, pero en épocas anteriores fue un sifón o vasija acondicionada para enfriar el agua.

El origen de la palabra es el catalán *cantimplora*, formada por *canta i plora* «canta y llora», una poética descripción que nos ofrece la lengua catalana del ruido que hace el agua al caer (v. caramañola).

Caolín

Es un finísimo polvo de arcilla blanca, originario de la China, usado en la fabricación de porcelana.

Cerca de la ciudad de Jindezhen, provincia de Jiangxi, en el sur de China, hay una montaña llamada Kaoling, que significa «cerro alto» (*gao* «alto» y *ling* «cerro» o «colina»). Doscientos años antes de Cristo, los chinos ya fabricaban porcelana con el polvo blanco de arcilla que extraían de esta montaña.

A fines del siglo XVIII, un misionero francés envió a su país muestras de caolín para dar a conocer cómo se fabricaba la porcelana. En francés se denominó a este mineral *kaolin*, adaptación del topónimo chino Kaoling; del francés pasó al inglés (1727) con idéntica forma y, más tarde, al castellano, ya bajo la forma *caolín*, palabra documentada desde 1860 y registrada por primera vez en el Diccionario de la Real Academia de 1884.

En la fabricación de porcelana, el caolín se mezcla en partes iguales con silicio y feldespato para conferirle elasticidad y facilitar la vitrificación; se usa también para aumentar la resistencia del caucho a la abrasión, y es un importante ingrediente en la elaboración de tintas, plásticos orgánicos, cosméticos y papel brillante.

Capricho

Capricho proviene del italiano *capriccio* y ha experimentado una curiosa evolución en su lengua de origen. Corominas la encuentra en el siglo XIII bajo la forma *caporiccio*, con el significado de «horripilación y escalofrío», formada por contracción de *capo* «cabeza» y *riccio* «erizado». Un obstetra comentó al autor que, en su opinión, esta relación se mantiene hasta hoy, cuando algunos caprichos de las gestantes dejan a sus maridos con el cabello erizado.

Caqui

Es el nombre de una tela resistente, cuyo color varía desde el amarillo ocre al verde gris, empleada principalmente para uniformes militares. Se usa también, por extensión, para el color de esa tela.

Esta palabra se originó durante la larga dominación británica sobre la India. Los nativos llamaban *khaki* al color de la ropa de los soldados del ejército indio, «polvoriento» en lengua urdu, adjetivo derivado del sustantivo persa *khak* «polvo», «tierra».

Primero se utilizó sólo en la India, en la primera mitad del siglo XIX. Luego, a partir de la guerra de los bóers, que tuvo lugar en Sudáfrica a fines del siglo XIX, ese color se generalizó en los uniformes, y con él, la palabra *caqui*. En 1899, se

incluyó por primera vez en el Diccionario de la Real Academia Española.

Carácter

Los griegos llamaban *kharaktein* al acto de imprimir una marca —*kharakter*— con un hierro candente en el ganado. Y así se llamó también el propio hierro de marcar. La palabra pasó, con el mismo significado, al latín como *character*, -*eris*, pero Cicerón le dio, además, el sentido de «estilo literario», «modo de composición», y los gramáticos Servio y Diomedes la usaron para denotar «la forma de un poema». Con la invención de la imprenta, se dio el nombre de *caracteres* a las marcas impresas en el papel por los tipos.

En la evolución histórica de la palabra en nuestra lengua, este significado se mantuvo en el nombre de las letras que estampan las modernas impresoras, mientras que el estilo literario de Cicerón se convirtió, según el DRAE, en «conjunto de cualidades o circunstancias propias de una cosa, de una persona o de una colectividad que las distingue, por su modo de ser u obrar, de las demás».

Caramañola

Es el nombre que se le ha dado, en la provincia española de León y en algunos países sudamericanos, a la cantimplora (v. cantimplora) de los soldados. La palabra fue adaptada del francés *carmagnol*, que se aplicaba a los soldados de la I República Francesa, quienes usaban ese utensilio. Esos militares se llamaban así debido a la chaqueta que portaban, conocida como *carmagnole* porque recordaba una prenda similar que habían vestido los jacobinos en la Revolución francesa. La chaqueta había tomado su nombre de la ciudad italiana de Carmagnole, situada en una región de Piamonte, cuyos campesinos solían lucir esa prenda como traje de ceremonia.

Caravana

Es palabra proveniente del persa *karawan*, que dio lugar al árabe *qayrawân*, pero Corominas observa que, por razones fonéticas, *caravana* no puede habernos llegado desde esta lengua. *Karawan* ingresa a los idiomas occidentales a partir del persa durante la época de las Cruzadas y se encuentra en el francés *caravane*; en el catalán e italiano *caravana*, hoy *carovana*; y en el inglés *caravan*.

Cariátide

Los arquitectos griegos fueron los primeros en introducir en sus obras, como

columnas o pilastras, estatuas de mujeres con ropas talares (que llegan hasta el talón). Proviene del latín *caryatis* y éste, del griego *karyatides*, que en esta última lengua era el nombre de las sacerdotisas de Diana Caria, así llamada por ser originaria de la ciudad de Karys. *Cariátide* recuerda las ropas talares de estas sacerdotisas.

Caricatura

El pintor clásico italiano Annibale Carracci, que vivió a fines del siglo XVI y comienzos del XVII, adquirió cierta fama en su país debido a la fidelidad con que retrataba rostros y actitudes en sus *ritrattini carici* «pequeños retratos cargados».

La palabra italiana *carici* está vinculada al verbo *caricare*, que significa «cargar», del latín *carrus* «carro», a partir del cual se formó en italiano la palabra *caricatura*, que se refiere a la *carga* que se aplica mediante la exageración de los rasgos y de las características más marcadas hasta obtener un retrato en el cual el sujeto aparece presentado en forma ridícula o grotesca.

El término surge en italiano en el siglo XVII. Hacia 1740, es adoptado como *caricature* por el francés y por el inglés, y a finales del siglo XVIII, como *caricatura* por el español y por el portugués. Se registra en el DRAE desde 1822:

Retrato ridículo, en que se abultan y pintan como deformes y desproporcionadas las facciones de alguna persona. Pintura ó dibujo con que bajo emblemas ó alusiones enigmáticas se pretende ridiculizar á alguna persona ó cosa.

Cabe añadir que la voz francesa *charge*, del verbo *charger* «cargar», usada como sinónimo de caricatura, se formó sobre la base de la idea de carga que dio origen al término italiano.

En 1794, Leandro Fernández de Moratín comentaba: «Muchas veces una *caricatura* suple, y aun excede, a la crítica o la sátira más amarga».

Cariño

Vocablo proveniente del dialectal *cariñar* «echar de menos», «sentir saudade o nostalgia», que se derivó, a su vez, del latín *carere* «carecer», significado que conserva hasta hoy en judeoespañol.

Corominas rechaza la tesis del origen gallegoportugués, basado en que no existen registros de esta palabra anteriores al siglo XIX, además del hecho de que *carinho* significa «mimo» o «caricia» en portugués.

En aragonés existe el verbo *cariñar*, con el significado de «sentir nostalgia»; en sardo (la lengua de Cerdeña) se encuentra el verbo *carignare*, de origen comprobadamente español, con el significado de «desear», así como el sustantivo *carignamentu* «afecto», y en el catalán de Mallorca se emplea el verbo *carinyar* «acariciar».

Todo parece indicar que, a partir del significado original arriba señalado: sentir añoranza, *carinho* evolucionó en portugués y en mallorquín hacia «demostración de afecto», y en Chile y en los países centroamericanos hacia «obsequio» o «regalo amistoso». Sin embargo, este último sentido ya aparecía en Calderón de la Barca:

Don Lope.— Esto no es paga, sino cariño.

Isabel.— Por cariño, y no por paga, solamente la recibo.

En el *Quijote*, *cariño* aparece varias veces, siempre con la denotación de «añorar», como vemos en el siguiente ejemplo, en el que maese Pedro cree que el cariño y el hambre harán volver al mono que se le había escapado:

—Ninguno nos lo podrá decir mejor que mi mono —dijo maese Pedro—, pero no habrá diablo que ahora le tome; aunque imagino que el cariño y la hambre le han de forzar a que me busque esta noche, y amanecerá Dios y verémonos.

Carioca

No es raro encontrar este gentilicio en la prensa en español, con el significado de «brasileño» o de «natural del estado brasileño de Rio de Janeiro». En realidad, *carioca* se aplica sólo a los habitantes de la ciudad de Rio de Janeiro, que es la capital de ese estado y lo fue de todo Brasil hasta 1960, cuando se fundó Brasilia.

¿De dónde proviene este gentilicio? *Carioca* era el nombre que los indios daban a un arroyuelo de Rio de Janeiro, que hace algunos años fue canalizado y va a desembocar por cañerías en la bahía de Guanabara, enfrente de la ciudad. La palabra está compuesta por las voces tupí-guaraníes *kari* «hombre blanco» y *oca* «casa»; o sea, *carioca* significa «casa del hombre blanco».

Los habitantes del estado de Rio de Janeiro se llaman *fluminenses*. Sin embargo, el Diccionario de la Real Academia ha trastrocado los significados de estas palabras, llamando *fluminenses* a los habitantes de la ciudad de Rio y *cariocas* a los del estado del mismo nombre. Este error fue corregido en el *Diccionario*

panhispánico de dudas con respecto a *carioca*, pero se mantiene con relación a *fluminense*.

Carisma

Proviene del griego *charis* «favor», «regalo» y se incorporó al latín eclesiástico como *charisma* en las primeras traducciones de la Biblia, con el sentido de «don especial concedido por Dios». En las primeras ediciones del Diccionario de la Real Academia, en el siglo XVIII, *carisma* se define como «don gratuito dado por Dios a alguien».

Carisma continuó siendo una palabra propia del lenguaje eclesiástico hasta 1922, cuando el sociólogo alemán Max Weber la introdujo en sociología, en su obra *Wirtschaft und Gesellschaft (Economía y sociedad)*, con el significado de «cualidad por la cual algunas personas se alejan de lo común, de lo ordinario, de lo cotidiano».

En las últimas décadas se ha tendido a darle la denotación de «atracción» o «magnetismo» ejercidos por algún líder, generalmente político.

Estos sentidos se reflejan en las dos acepciones registradas por el Diccionario de la Real Academia:

- 1) Especial capacidad de algunas personas de atraer o fascinar y 2) Don gratuito que Dios concede a algunas personas en beneficio de la comunidad.

Carnaval

Es el nombre del período de tres a cinco días que, para los católicos, precede al comienzo de la Cuaresma y, principalmente, el de la fiesta popular que se celebra en tales días, que consiste en bailes de máscaras, disfraces, comparsas y otros regocijos bulliciosos.

Algunos antropólogos han dicho que el Carnaval es una fiesta de inversión social, en la que los pobres se sienten ricos y los poderosos trabajan al servicio de los habitantes de los barrios más pobres. De acuerdo con esta tesis, esta inversión funciona como una válvula de escape que alivia tensiones sociales y permite el mantenimiento del *statu quo*. Esto es particularmente verdadero en el Carnaval de Rio de Janeiro, donde no es raro ver a un empresario o a un diplomático empujando un carro alegórico, desde lo alto del cual un *favelado* saluda majestuosamente al público, vestido de emperador romano o de dios griego.

El origen de la fiesta se remonta, por lo menos, a las celebraciones orgiásticas que se realizaban en el Imperio romano en honor de Baco y de Saturno, conocidas como bacanales y saturnalias, respectivamente, pero aquí nos limitamos al origen de la palabra *Carnaval*, que se sitúa en la Edad Media en Italia, principalmente en las ciudades de Roma, Venecia, Florencia, Turín y Nápoles.

En español, esta voz aparece ya en el diccionario de Nebrija, en el cual se define «Carnaval o carnes tollendas: *carnis priuium* “privación de la carne”».

En cuanto a su origen, los autores coinciden en señalar la voz italiana *carnevale*, que proviene del antiguo *carne levare* «quitar la carne» porque, después del Carnaval, los católicos inician el período de Cuaresma, cuarenta días durante los cuales no se come carne. Confirma este origen el sinónimo español *carnestolendas*, del latín *tollere* «abandonar». Actualmente, ha quedado descartada la pseudoetimología fundada en el otro sentido de la palabra *levare* «confortar», «consolar», por la cual se había afirmado durante mucho tiempo que *carnevale* o *carne levare* significaba «confortar al cuerpo para prepararlo para la austeridad de la Cuaresma».

Carné

Proviene del francés *carnet* y éste, del francés antiguo *quernet* «cuadernillo», así llamado porque la forma básica del cuaderno (v. cuaderno) —del latín *quaternio*, *-onis* «cuádruple»— es una hoja de papel dividida en cuatro.

La grafía francesa *carnet* se utilizó en castellano hasta comienzos del siglo XIX, como vemos en este trecho de *El médico rural* (1890), de Felipe Trigo:

Iba anotando la dosificación de los activos en un hojita del carnet y, frecuentemente, antes de recetar, la consultaba al disimulo. Así lograba bandearse, y nada mal hasta el presente.

A medida que avanzaba el siglo XX, se fue imponiendo la forma recomendada por la Real Academia Española, *carné*, según podemos observar en el siguiente texto del argentino Marco Denevi en su *Manuel de historia* (1985):

La cabeza desapareció, volvió a aparecer, siempre en posición horizontal. Dice la señora que quién es usted. Sidney mostró el carné de tapas verdes y letras doradas que, con su nombre y su foto, lo acreditaba como adviser de la Secretaría para la Culturización.

Carnero

Este nombre se aplica al macho de la especie ovina, pero los romanos reservaban el nombre latino *agnus carnarius* «cordero de carne» para designar a los animales destinados a proporcionar carne (de *caro*, *carnis*).

De esta manera, los latinos distinguían estos animales de los moruecos, los ovinos machos destinados a la procreación, a los que llamaban *aries*. De este último vocablo (*aries*, *arietis*), se derivó *ariete*, una máquina militar que recuerda cómo los carneros machos luchan entre sí, golpeando sus cabezas. Cabe mencionar que los primeros arietes, usados para derribar portones y murallas, llevaban en su extremo una cabeza de carnero.

Carótida

Arteria carótida es el nombre que recibe cada una de las dos arterias (derecha e izquierda) que pasan por el cuello e irrigan tanto esa zona como la cabeza. Llamadas carótidas primitivas en su inicio, ambas se bifurcan durante su recorrido para dar nacimiento a las ramas terminales: arteria carótida externa y arteria carótida interna.

Si por cualquier circunstancia se reduce la circulación de estos vasos, se produce, puesto que irrigan el cerebro, como mínimo, pérdida del sentido o aparición de un cuadro llamado *estado de estupor*.

Este estado se llamaba *karos* en griego, de donde se derivaron el verbo *karoun* «adormecer» y el sustantivo *karotides*, que llegó hasta nosotros para denominar dichas arterias.

Sin embargo, la historia de la palabra *carótida* es muy anterior a los griegos, que la tomaron de la raíz *ker-*, empleada por los pueblos prehistóricos indoeuropeos que migraron hacia Europa y Asia mil quinientos años antes de Cristo para referirse al mareo, adormecimiento o estupor.

Carpintero

Los coches de los romanos se fabricaban enteramente con madera, si bien contaban también con algunas piezas de metal, y se llamaban *carpentum*, una palabra de origen celta.

El artesano que construía estos vehículos era el *carpentarium artifex*, que también hacía, cane suponer, otros trabajos con madera. Con el tiempo, esta denominación se fue aplicando a todos los que trabajaban con ese material.

Al principio, el término en español fue *carpintero*, según aparece registrado en 1209, pero un siglo más tarde, la primera *e* fue cambiada por *i*, posiblemente por

influencia del verbo pintar. Hacia 1300, el artesano ya era conocido como *carpintero*, aunque jamás hubiera fabricado un coche.

Cartabón

Este antiguo instrumento de dibujantes y artesanos aparece en nuestra lengua desde el siglo XIII por lo menos, procedente del occitano antiguo *escartabon*, formado a partir del verbo *escartar* «dividir en cuatro partes». Éste, a su vez, se deriva de *cart* «cuarta parte», del latín *quartus*.

La palabra está registrada en nuestra lengua desde la segunda mitad del libro XIII, en los *Libros del saber de astronomía*.

En 1611, Sebastián de Covarrubias la definía así:

CARTABON, quasi quartabon, la quarta parte de un quadrado con el que se ajusta el angulo recto.

Casa

Es una palabra que ya existía en latín, aunque con el significado de «choza» o «cabaña», mientras que para denotar *casa*, los romanos usaban el término *domus*.

En la primera edición del Diccionario de la Real Academia (1729), se presenta la siguiente definición:

Edificio hecho para habitar en él, y estar defendidos de las inclemencias del tiempo, que consta de paredes, techos y tejados, y tiene sus divisiones, salas y apartamentos para comodidad de los moradores. Es la misma voz Latina Casa, que aunque significa Choza o Casa pajiza, se ha extendido a cualquier género de casas.

Casa fue heredada del latín también por el italiano, lengua en la cual dio origen a otros vocablos que más tarde llegaron al español, como *casino* (inicialmente, «casa pequeña y elegante»), con la connotación de «burdel»; si bien en nuestra lengua se refiere a una casa de juego, principalmente de ruleta.

Otra voz surgida del italiano *casa* es *casamata* (de *casamatta*) «bóveda para emplazar piezas de artillería», documentada a partir de 1520, que significa «casa loca», aunque se supone que *matta* «loca» debería entenderse, en este caso, como «falsa», por tratarse de una construcción que sólo se parece a una casa, sin serlo realmente.

Casta

En la India, el vocablo *casta* define a grupos sociales que no pueden mezclarse entre sí, una discriminación que repugna a la conciencia social del siglo XXI, pero que ya aparece con este significado en varias lenguas ibéricas —castellano, gallegoportugués y catalán— en el siglo XX.

Esta denominación aplicada a los grupos sociales de la India se verifica inicialmente en portugués a comienzos del siglo XVI, ya que fueron portugueses los primeros navegantes europeos que llegaron a las costas del mar Índico. La palabra se propagó con ese sentido al resto de las lenguas ibéricas y después pasó al francés, al inglés, al alemán y al italiano (1588).

El vocablo español proviene, con toda probabilidad, del gótico *kasts*, que significaba «grupo de animales» o «bandada de pájaros». Los primeros registros de *casta* en nuestro idioma apuntan más bien hacia el sentido de «estirpe o linaje», y también de «reproducción con fines de perpetuar el linaje», en general de animales, como en esta frase de Enrique de Villena, citada por Corominas:

[...] vacas o bueyes que de España había traído para casta.

O en este texto de 1440:

Los elefantes jamás se juntan para hacer casta en parte que puedan ser vistos de persona alguna.

De *casta* se derivó también *castizo* «de buen linaje», que actualmente se utiliza sobre todo con relación al lenguaje «puro y sin mezcla de voces y giros extraños», si es que eso puede existir.

Castigar

Para los romanos, castigar a una persona era la mejor manera de tornarla íntegra, virtuosa y leal, ya fuera física o moralmente, mediante la reprensión y la censura. Eso es lo que sugiere el verbo latino *castigare*, formado por *castum* «puro», «irreprensible», «íntegro», «virtuoso», «fiel», «leal», «correcto» y *agere* «llevar», «conducir», «empujar».

Es necesario considerar que *castigare* tenía más el sentido de «amonestar» que el de «imponer una punición», aunque esta última denotación también estaba presente, pues el jurisconsulto Paulus llamaba *castigatio flagellorum* a los azotes dados a un esclavo, y Plinio hablaba de *castigare dolos* en el sentido de punir los delitos.

A partir de *castus*, en castellano se formó también *casto*.

Catacresis

Con esta palabra se designa un tropo del lenguaje consistente en dar a un vocablo una denotación traslaticia para denominar algo que carece de nombre específico, como en *la hoja de la espada*, o usarlo en forma metafórica para otorgar fuerza a la expresión, como en *reírse en sus barbas*, por hacerlo «en su presencia».

La palabra nos llegó del latín *catachresis*, y esta del griego *katakhresis*, proveniente del verbo *katakhremein* «usar mal».

En la primera gramática de la lengua castellana, que Antonio de Nebrija entregó a Isabel la Católica en 1492, se define así:

Catáchresis es cuando tomamos prestada la significación de alguna palabra, para decir algo que propiamente no se podría decir, como si dijeseamos que el que mató a su padre es «omiziano», porque «omiziano» es propiamente el que mató hombre, pero no tenemos palabra propia por matador de padre, y tomamos la común; y llámase catáchresis, que quiere decir abusión.

Llama la atención que Nebrija no hubiera tomado en cuenta la palabra *parricídium*, -ii, muy común en el latín clásico.

Catacumbas

Se usa siempre en plural y designa los «subterráneos en los cuales los primeros cristianos, principalmente en Roma, enterraban a sus muertos y practicaban las ceremonias del culto». Tomada del latín tardío *catacumbae*, quizás por alteración de *catechumenae* «catecúmenos», por influjo de *tumbae* «tumba», según explica Corominas.

Catecúmenos es el nombre que reciben las personas que se están instruyendo en la doctrina católica para recibir el bautismo (v. catecismo; eco).

Catalizar

Las ciencias sociales y la prensa utilizan cada vez con más frecuencia esta palabra con el sentido de «estimular» o «acelerar» un determinado proceso, como vemos en este texto extraído de un libro de arte:

El Omega Workshop, que seguía de cerca, como reconocía el mismo Fry, el ejemplo contemporáneo del Atelier Martine de Poiret, debía pues

catalizar los intereses y las energías creativas de los jóvenes artistas brindándoles la manera de poder expresarse libremente.

Este ejemplo corresponde a *catalizar* en sentido figurado, puesto que se trata de un término técnico usado originalmente en química. Los profesionales de esta ciencia, que es la que estudia las sustancias, saben que el desarrollo de una reacción molecular no es instantáneo, sino que la velocidad con que ocurre varía de acuerdo con numerosos parámetros. En muchos casos es posible aumentar o disminuir la velocidad de una reacción mediante el añadido de una sustancia que, sin sufrir ningún cambio químico, agiliza la transformación de otras implicadas en el proceso. Es lo que ocurre en la elaboración del ácido sulfúrico, en la que la transformación de dióxido de azufre en trióxido es acelerada — catalizada— por la presencia, en caliente, de platino o de pentóxido de vanadio. Estos últimos son los catalizadores de la reacción.

Catalizar proviene del griego *katálysis* «disolución», derivada del verbo *katalyein* «disolver», «desatar», de *katá* «hacia abajo», partícula procedente del indoeuropeo *kat-* «abajo» y de *lyein* «soltar», «disgregar», también con origen en el indoeuropeo *leu-* «aflojar», «dividir», «cortar».

La palabra fue usada por primera vez en 1836 por el químico sueco Jöns Jacob Berzelius, al observar un factor común en numerosas reacciones químicas: determinadas sustancias permanecían inalteradas durante el proceso de reacción en el que influían, debido a una fuerza que él denominó *catalítica*. Berzelius introdujo el término *catálisis* para denominar las reacciones químicas originadas por la influencia de esas fuerzas. Sin embargo, fue Johann Wolfgang Döbereiner, químico alemán, quien observó en 1823 el primer fenómeno de este tipo al encender hidrógeno por la catálisis de una esponja de platino.

Catastro

«Censo y padrón estadístico de las propiedades urbanas y rurales».

Designa el registro público, generalmente de bienes raíces. Palabra muy del gusto de los burócratas, sus primeros rastros se encuentran en la antigua Grecia —cuando todavía no existía la burocracia, pero ya había cobradores de impuestos— en el vocablo *stikhos* «línea», que sería retomado muchos siglos después en el Imperio bizantino por los cobradores de impuestos para crear sus *katastikhon* «listas de bienes». En su trayectoria a lo largo de los siglos, algunos dialectos de la península itálica recogieron el término grecobizantino y lo convirtieron primero en *catástico* y más tarde en *catastro*, que, ya en el siglo XVIII, pasaría sin cambios al español, y como *cadastro* al portugués, probablemente con una escala previa en el francés antiguo *cadastre*.

Catástrofe

El Diccionario de la Real Academia define esta palabra como «suceso infausto que altera gravemente el orden regular de las cosas», «cosa de mala calidad o que resulta mal, produce mala impresión, está mal hecha, etc.» y también como «última parte del poema dramático, con el desenlace, especialmente cuando es doloroso».

En las guerras y tragedias del siglo XXI, suele hablarse de *catástrofes humanitarias*, como si una catástrofe pudiera referirse al «bien del género humano», ser «benigna, caritativa o benéfica» o «aliviar los efectos de la guerra o calamidades», que es lo que significa humanitario.

Catástrofe proviene del latín *catastrophā* y ésta, del griego *katastrophé*, que significaba «convulsión», «tumulto», y en el caso de una obra dramática, «desenlace». *Katastrophé* se formaba con el prefijo *katá-* «hacia abajo» y el verbo *strephein* «dar vuelta».

En las lenguas modernas, *catástrofe* se utilizó en sentido geológico para expresar «consecuencias de la acción de los terremotos», pero más tarde se extendió a «transformaciones súbitas de cualquier naturaleza», con una connotación de calamidad o tragedia.

Catecismo

Documentada en nuestra lengua desde el siglo XVI, proviene del latín medieval *catechismus*, empleada por san Agustín con el sentido de «instrucción religiosa», procedente, a su vez, del griego *katekhismos*, con el mismo significado. Este último vocablo se había formado a partir del verbo *katehkeo* «instruyo en alta voz», «resueno», derivado de *ekhos* «sonido», «eco» (v. eco).

El participio pasivo del verbo griego *katekheo* «aquellos que recibían instrucción religiosa» era *katekhúmenos*, luego pasó al latín como *catechumenus* y llegó al castellano como *catecúmenos*.

Podemos ver un ejemplo de esta última voz en el siguiente texto de fray Jerónimo Mendieta, escrito en 1604:

Unjense con el crisma en el remolino de la cabeza y el óleo de los catecúmenos se los ponga sobre el corazón a los varones crecidos a los niños y niñas pequeños; a las mujeres crecidas donde sea conveniente, según el dictado del pudor.

Los que impartían esa instrucción religiosa eran llamados en latín *catechistas*,

que dio lugar en español a *catequista*.

Católico

Esta palabra nos llegó a través del latín *catholicus*, proveniente del término griego *katholikós*, que había sido usado por Aristóteles y por Zenón con el sentido de «lo más universal, lo más general», por oposición a lo particular y local.

La palabra griega era una derivación del adverbio *katholou* «en general», «en absoluto», compuesto de *kat-* «de», «acerca de» más *holou* «todo», «entero».

En tiempos de los apóstoles, la palabra *catholicus* nunca se usó para designar la naciente religión, pero la idea de universalidad de la Iglesia estaba presente en todos los escritos de los seguidores de Cristo. Parece haber sido empleada por primera vez para designar a la religión cristiana por Ignacio, obispo de Antioquía, en una de sus cartas, pero la noción de una Iglesia universal, en el sentido de que alcanzaba los confines del mundo conocido, sólo surgió en el siglo IV de nuestra era, para quedar consolidada en el Concilio de Constantinopla en 381: «Creo en la Iglesia una, santa, católica y apostólica».

Cayado

Del latín vulgar *caiatus*, abreviación de *báculus caiatus*, «bastón a modo de porra». *Caiatus* se originó en el latín tardío *caia* «porra». *Cayado* aparece registrado por primera vez en nuestra lengua en la primera mitad del siglo XIII, en los versos del poeta religioso Gonzalo de Berceo.

También aparece en *Don Quijote*, como vemos en este párrafo del capítulo XII:

Finalmente, no pasaron muchos meses, después que vino de Salamanca, cuando un día remaneció vestido de pastor, con su cayado y pellico, habiéndose quitado los hábitos largos que como escolar traía; y juntamente se vistió con él de pastor otro su grande amigo, llamado Ambrosio, que había sido su compañero en los estudios.

En cardiología se llama *cayado* al arco que forma la arteria aorta cerca de su nacimiento en el ventrículo izquierdo, para descender desde allí a lo largo del tórax y del abdomen.

Cederrón

Esta palabra, una incorporación relativamente reciente por parte de la Real Academia Española, en cierta forma constituye una capitulación de los

hispanohablantes ante la penetración del inglés, puesto que con ella queda demostrado que no hemos logrado imponer una palabra nuestra para designar los CD-ROM, del inglés *compact disk read only memory* (disco compacto con memoria solamente para lectura).

Celta

Los antiguos griegos consideraban que su país era el mejor, más avanzado y más civilizado del mundo, y su lengua, la más perfecta y armoniosa, por lo que no les interesaba aprender idiomas de otros pueblos ni conocer sus costumbres. Por esa razón, poco sabían de geografía y desconocían el resto de Europa, a la que llamaban genéricamente *Kéltica*. En tiempos de Julio Cesar, los romanos llamaron *galli* «galos» o *celti* (que pronunciaban *kelti*) a los pueblos que habitaban al norte de los Alpes, hasta Gran Bretaña e Irlanda. Los celtas dejaron vestigios de su cultura en Francia y España, y su lengua —el indicio más manifiesto de esa cultura— pervive aun hoy en las lenguas gaélicas y bretonas, habladas en Irlanda y Escocia. Fueron de origen celta los druidas, así como celebraciones que se extienden hasta la civilización occidental actual, como la fiesta de Halloween.

Celular

El teléfono celular puede constituir uno de los sistemas más modernos de telecomunicaciones, pero la palabra que usamos para denominarlo hunde sus raíces en la prehistoria. En efecto, los pueblos indoeuropeos empleaban la raíz *kel-* para expresar las ideas de «ocultar», de «encerrar» y de «proteger».

A partir de esa raíz, se formó en latín *cella* para indicar «habitación pequeña». Esta voz dio lugar en castellano a *celda*, vocablo que inicialmente designaba los claustros de los monjes medievales y las pequeñas habitaciones que les correspondían en los monasterios.

El diminutivo latino de *cella* era *cellula*, que los romanos usaban para nombrar las pequeñas divisiones hexagonales de un panal de abejas; llegó al español como *célula*, aunque fue una palabra poco usada hasta el siglo XVIII, cuando los nuevos descubrimientos de la biología llevaron al conocimiento de la célula como unidad anatómica y fisiológica de los organismos vivos.

Y cuando la química necesitó un nombre para un nuevo material formado por microscópicas celdas vacías, utilizó *celulosa*, es decir, «con aspecto de célula». De un derivado de este material, la nitrocelulosa, pudo obtenerse lo que se llamó *celuloide*, que sirvió de soporte para las películas cinematográficas hasta los años setenta del siglo XX.

A lo largo del siglo pasado, la electrónica fue desarrollando diversas invenciones que permitieron generar electricidad mediante pequeños dispositivos montados en envoltorios, para los cuales se adoptó el nombre de *célula fotoeléctrica* o *célula solar*.

Y llegamos al teléfono móvil, que funciona mediante una tecnología que establece la división del territorio en pequeñas áreas geográficas, cada una de las cuales se llama *célula*; el conjunto cubre toda el área de funcionamiento del sistema. Por esa razón, los teléfonos móviles son denominados también *celulares*.

Alguien puede preguntarse por qué ciertos vehículos de la policía destinados al transporte de presos son llamados *coches celulares* o *furgones celulares*; en este caso, la palabra no tiene nada que ver con teléfonos móviles, sino que se refiere a la antigua denotación de celda, como la de los monjes, aunque en este caso se trate de los presos: describe un vehículo con celdas o que funciona como una celda de prisión.

Cementerio

En algunos países, cuando se considera necesario sacrificar un animal doméstico muy querido aquejado por alguna enfermedad mortal, se emplea el eufemismo *ponerlo a dormir*. El uso de circunloquios y eufemismos es frecuente en las referencias a la muerte en todas las lenguas y fue así también entre los griegos, que llamaban *koimetérion* al lugar donde enterraban a sus muertos.

Koimetérion proviene del verbo *koiman* «acostarse», «dormir», y de ella se derivó la palabra latina *cæmeterium*, que había llegado a esa lengua ya con su significado actual. Se cree que fueron cristianos los primeros griegos que usaron *koimetérion* en ese sentido; hasta entonces, el lugar en el que se enterraba a los muertos se llamaba *necrópolis* «ciudad de los muertos».

Sebastián de Covarrubias observaba en su *Tesoro de la lengua castellana*: «conociendo esta verdad universalmente, a la muerte llamamos sueño y al reposar los cuerpos en las sepulturas, dormir».

Gonzalo de Berceo usó tanto *cimiterio* como *ciminterio*. La forma actual, *cementerio*, ya aparecía en las *Glosas de Toledo*, anotaciones hechas en romance hacia 1400, en los márgenes de pergaminos en latín.

Cenit

Es el lugar en el cual una perpendicular trazada desde un punto cualquiera de la Tierra se toca con una imaginaria esfera celeste. La palabra se usa hoy con toda

propiedad para referirse a la cumbre de alguna cosa.

Cenit proviene del árabe *samt*, que significa «dirección» o «rumbo», y con ese sentido llegó a las lenguas ibéricas durante el dominio moro en la península.

Entre los amanuenses medievales era común que la letra *m* fuera confundida con la sílaba *ni*, sobre todo antes de que se pusiera de moda el punto sobre la *i* (v. poner los puntos). Probablemente, por esa razón el árabe *samt* se fue convirtiendo en *sanit* y *senit*, hasta llegar a las formas actuales *cenit* y *zenit*, esta última menos usada, pero adoptada en inglés como *zenith*, en francés como *zénit* y en alemán como *Zenit*.

El punto opuesto al cenit en la esfera celeste se llama *nadir*, voz derivada del árabe *nazir* «opuesto», «homólogo».

Censor

La sociedad romana se dividía en clases basadas en la fortuna de cada uno, la que determinaba el monto de los impuestos que los ciudadanos debían pagar. Con el fin de asegurar la recaudación, existían dos magistrados —los censores— cuya tarea principal consistía en clasificar a los ciudadanos de todo el Imperio por su renta y elaborar una lista que se llamaba *census* «censo».

Los censores fueron asumiendo gradualmente otras tareas, como el control de la moralidad pública y de las costumbres, y adquirieron el poder de castigar a quienes consideraban inmorales o depravados.

De esta última función se derivó la acepción más común en la actualidad de la palabra *censor*, definida así por la Real Academia Española: «En algunos regímenes políticos, funcionario encargado de revisar todo tipo de publicaciones o películas, mensajes publicitarios, etc., y de proponer, en su caso, que se modifiquen o prohíban».

Uno de los censores más célebres fue Marcio Porcio Catón, conocido como Catón el Viejo o Catón el Censor (234-149 a. de C.), que luchó contra la inmoralidad en la sociedad romana y se valió de su poder para destituir del Senado a quienes consideró indignos del cargo. Partidario de combatir a Cartago, ciudad que juzgaba una amenaza para el poder de Roma, terminaba todos sus discursos con la frase *delenda est Cartago* «destruir Cartago», lo que ocurrió tres años después de su muerte, con la tercera guerra púnica.

Cerámica

Proviene del adjetivo griego *keramikó* «de arcilla», más precisamente, de su femenino *keramiké*, formado a partir de *kéramos* «arcilla», «barro», que pasó al

latín como *ceramici*, *-orum* con el mismo significado. Se usó también con el sentido de «mercado de objetos de barro y cerámica» y sirvió para designar un barrio de Atenas (Cerámico interior) y otro en la periferia de la ciudad (Cerámico exterior), ambos dedicados al comercio de artesanías de barro. También se empleó para dar nombre a la ciudad griega de Kéramos y al barrio de Roma donde vivía Cicerón: Ceramium. Hubo barrios con ese nombre en muchas ciudades griegas, pues era en esos lugares donde, desde la era neolítica, habían estado establecidas algunas de las tecnologías más avanzadas de aquellos tiempos: la cerámica y la cestería.

Los productos de cerámica se cuentan entre los más perdurables de esa época y se hallaron en excavaciones de aldeas y de tumbas. Los hallazgos más antiguos provienen de yacimientos arqueológicos de Anatolia, de Mesopotamia, de Palestina y de Tesalia. En la península ibérica se descubrieron restos de cerámicas elaboradas hace más de cinco mil años, y los diseños guardan sorprendente semejanza con otras de Mesopotamia.

Ceremonia

En su sentido primigenio es un «acto ritual». La palabra proviene del bajo latín *ceremonia*, y ésta, del latín clásico *caeremonia* «rito religioso», «gesto de veneración o reverencia». Se formó a partir del nombre de la ciudad de Caere, hoy Cerveteri, que mil años atrás fue la principal ciudad etrusca, y de *munus* «oficio», «tarea», «espectáculo público», para denominar las celebraciones religiosas que tenían lugar en esa ciudad. Aparece registrada en inglés desde el siglo XIV como *ceremoyn*, pero es probable que haya llegado a Gran Bretaña en el siglo XI, con las huestes normandas de Guillermo el Conquistador.

Ceremonia se encuentra en castellano desde 1375, bajo la forma *cerimonia*, que se repite en Nebrija y aparece en Covarrubias:

El nombre y términos de honrar a Dios con actos exteriores se llamó *cerimonia* y *cerimonias*.

Cero

Mientras Europa permanecía sumida en la noche medieval, los árabes, herederos del genio mercantil de los fenicios, desarrollaban el comercio en el Mediterráneo y ponían sus plantas en Europa mediante la conquista de la península ibérica.

Más avanzados en matemáticas que los europeos, los árabes contaban con un sistema de numeración que incluía un número hasta entonces desconocido, el

cero, que llamaban *sifr*, la misma palabra que usaban para denotar «vacío».

Con el surgimiento de un comercio internacional en Europa en el período previo al Renacimiento, los grandes mercaderes del Mediterráneo ya no eran los árabes, sino los venecianos, quienes crearon el sistema de contabilidad por partida doble que existe hasta hoy en Occidente. Para eso, debieron establecer antes un sistema de numeración que les permitiera hacer las operaciones básicas, lo que no era posible con los números romanos empleados hasta entonces, sobre todo por la inexistencia del cero.

En la India, hacia el siglo v de nuestra era, se había adoptado un grafismo numérico que representaba un hueco o vacío, simbolizado mediante un punto o un pequeño círculo. Los árabes se apropiaron de esa idea y crearon el *sifr*, que los europeos acogieron de inmediato, pues parecía hecho a medida para satisfacer una necesidad que el comercio había tornado apremiante. Hacia el siglo xii, Leonardo de Pisa tomó el *sifr* de los árabes, dándole el nombre de *zephyrum* en bajo latín. Tres siglos más tarde, el griego Máximo Planudes usaba la palabra *tziphra*, de igual origen y con el mismo significado.

¿Cómo se llegó desde *zephyrum* hasta nuestro cero? Corominas señala que la eliminación de una sílaba intermedia es ajena al *genio fonético* del español, por lo que cabe suponer que la palabra haya llegado a nuestra lengua procedente del italiano *zero*, pues en esa lengua tal desaparición era común.

En cuanto a la *tziphra* de Planudes, el otro camino seguido por *zephyrum*, si bien llegó a la península ibérica como *cifra*, con el significado de «cero», muy pronto pasó a tener el sentido de «guarismo»; al igual que en portugués; en inglés, *cipher* se puede usar tanto con el sentido de cero como con el de guarismo.

Cerveza

La receta más antigua para la elaboración de cerveza es la que se encuentra en el llamado *papiro de Zósimo de Panópolis*, que data del siglo iii. Fue encontrado en Egipto, escrito por Zósimo de Panópolis, el primer alquimista documentalmente reconocido. Parece ser que los egipcios elaboraban la cerveza a partir de panes de cebada poco cocidos que dejaban fermentar en agua.

Documentos sumerios fechados cuatro mil años antes de Cristo muestran referencias a la bebida de cereales fermentados en Mesopotamia y fueron hallados en Godin Tepe, en el antiguo Elam (en el actual Irán).

En Babilonia, el consumo de cerveza era tan grande que obligó al rey Hamurabí a reglamentarlo en su Código, para proteger a los bebedores contra las maniobras de los taberneros deshonestos, con lo que se convirtió en la primera ley de defensa del consumidor de la historia.

Entre los caldeos, la cerveza era ofrecida en tributo a los dioses. Según narraciones de algunos cronistas de esa época, cuando Nabucodonosor se aburría de sus concubinas, solía matarlas ahogándolas en cerveza.

Los celtas conocían su elaboración, y era su bebida favorita. Llevaron consigo este conocimiento cuando se extendieron por la Península ibérica, y su consumo se expandió muy pronto entre los pueblos aborígenes.

En el Imperio romano, Plinio relata que los galos llamaban *cervesia* a la bebida. *Brasce* era el grano usado para fabricarla. *Brasce* dio origen en francés a *brasseur* «fabricante de cerveza» y a *brasserie* «cervecería». Durante la Edad Media, los monjes fabricaban las mejores cervezas, conocidas en bajo latín como *cerevisiae monacorum*, elaboradas hasta hoy en algunos países europeos bajo el nombre de *cervezas de abadía*.

El año 1516, el duque Guillermo IV de Baviera redactó la primera ley que fijaba qué se entendía por cerveza. Esta ley de pureza (*Reinheitsgebot*) establecía que solamente podía utilizarse agua, malta de cebada y lúpulo para elaborarla. Esta definición es la que describe aún el estándar de cerveza en la mayor parte del mundo.

De la *cervesia* de los galos derivó *cervoise*, como se llamó la bebida durante varios siglos en idioma francés. Las primeras referencias en español datan de los siglos XV —como *cervesa*— y XVI —ya con la forma actual.

El francés *bière*, el italiano *birra*, el inglés *beer* y el alemán *Bier* provienen del latín *bibere* «beber».

Cesárea

Es una operación quirúrgica que consiste en cortar el útero de la mujer embarazada para extraer al feto. La palabra fue tomada del francés *cesarienne*, lengua a la cual llegó como derivación de *caesum*, participio pasivo del verbo latino *caedere* «cortar», «hacer una incisión». Se trata de operaciones de emergencia, que se practican ante alguna anomalía que hace inviable el parto normal; pero en algunos países sudamericanos, los médicos someten a cesárea a casi todas las parturientas para tener derecho de cobrar dinero extra por el parto.

Plinio Segundo, quien vivió un siglo después de Julio Cesar, afirmaba que el más famoso de los emperadores romanos había sido bautizado con ese nombre por haber nacido de una operación cesárea, según la frase latina *a caeso matris utere* «de una incisión en el vientre de su madre». Sin embargo, en aquella época la ley romana no permitía las operaciones cesáreas, excepto cuando la gestante ya había muerto, y sabemos que Aurelia, la madre de Julio Cesar, vivió durante muchos años después del parto. Según historiadores de la medicina, las

operaciones cesáreas sólo se practicaron en mujeres vivas a partir del siglo XVII.

Chamán

Los chamanes son sacerdotes o hechiceros de comunidades que viven principalmente de la caza y de la pesca en diversas regiones del planeta. Se les atribuye el don de la sabiduría, recibido por herencia o por aprendizaje iniciático, que a veces incluye el uso de drogas alucinógenas. Éste sería el caso de la *ayahuasca*, presente en algunos rituales amazónicos, o del *peyote*, empleado por chamanes de México.

Los chamanes existen en pueblos siberianos, en Japón, en tribus indígenas de las tres Américas y en las de Australia y Nueva Zelanda, aunque no siempre con ese nombre. Con una extensión tan amplia, es lícito pensar que la palabra tiene denotaciones diferentes en sus diversos ámbitos geográficos, y cabe mencionar que algunos grupos esotéricos definen *chamán* como «gran maestro del éxtasis en cultos mágico-religiosos».

La palabra proviene del sánscrito *sramyati* «cansado», de donde se derivó *srama-s* «esfuerzo», «ejercicio religioso». En el budismo se llamó *sramaná-s* a los ascetas seguidores de Buda. *Chamán* llegó al ruso *samán* a través del tungús *saman*, con el significado de «monje budista».

Tres milenios de historia, y penetró en inglés bajo la forma *shaman* en un diario de viaje desde Rusia hacia China de 1698, escrito por A. Brand, con el significado de «brujo o hechicero», de donde fue tomado por el francés *chaman*. La voz aparece registrada en escritos de nuestra lengua a partir de mediados del siglo XX, pero sólo en 1983 fue incorporada al Diccionario de la Academia como «hechicero al que se supone dotado de poderes sobrenaturales para sanar a los enfermos, adivinar, invocar a los espíritus, etc.». En el portugués de Brasil, se adoptó la forma *xamã*.

Champú

Champú es la españolización de la voz inglesa *shampoo* «loción para lavar el cabello», derivada del verbo *to shampoo* «someter a masaje», «lavar la cabeza», que procede, a su vez, del hindi *champo*, imperativo del verbo *champna* «tocar», «apretar», «sobar una cosa para que se ablande».

Este vocablo apareció por primera vez en español en 1908 y fue incluido en el Diccionario de la Real Academia en 1927, tomado de un diccionario de chilenismos. Hasta la edición de 1983, el DRAE afirmaba que el champú se fabricaba con la corteza de un árbol de Chile, el quillay «palo de jabón», con el

que los mapuches hacían, en efecto, un champú. Sin embargo, el producto no es originario del país andino y se puede fabricar a partir de numerosas especies vegetales. Actualmente, la manufactura de la mayor parte de los champús industriales ya no se basa en sustancias naturales, sino en detergentes solubles de alto poder desengrasante, que soportan bien el agua caliente, tales como el lauril-sulfato de trienolamina.

Champú pertenece a un grupo de palabras, generalmente procedentes de otras lenguas o que corresponden a registros coloquiales o populares, que, a pesar de ser agudas y terminar en vocal, forman su plural en -s y no en -es: *gachís*, *pirulís*, *buaserís*, *popurrís*, *menús*, *paspartús*, *ragús*, *tutús*, *vermús*.

Entre los autores latinoamericanos, la españolización de palabras inglesas suele demorarse más que en la península ibérica, como vemos en *Rayuela*, del escritor argentino Julio Cortázar:

[...] se había apersonado a comprar unos supositorios contra la bronquitis, y de la explicación que había solicitado a Talita el amor había soltado sus espumas como el shampoo bajo la ducha.

Charrúa

En 1516, cuando el navegante lebrijano^[3] Juan Díaz de Solís desembarcó en la margen izquierda del Río de la Plata, al que bautizó mar Dulce, y se convirtió así en el primer europeo que pisaba la costa de lo que hoy es el sur del Uruguay, fue atacado por los indios charrúas, que lo mataron a flechazos.

En la expedición de Solís viajaba el marinero portugués Diego García, quien volvió a aquel litoral en dos oportunidades. El marinero narró en una carta lo que había visto por aquellas tierras, mencionando a los salvajes indios *charruases*, el grupo pámpido al que pertenecían los matadores de Solís. El antropólogo uruguayo Daniel Vidart, el primero que publicó esa carta, atribuyó el estrambótico plural al hecho de que García era analfabeto y había dictado su carta a un amanuense «con pocas luces, mala caligrafía y descuidada ortografía».

¿De dónde había sacado el marinero aquel gentilicio? Vidart descarta una caprichosa etimología propuesta en 1962 por Buenaventura Caviglia, según la cual la palabra se habría formado con las voces guaraníes *cha* «nosotros» y *arawac* «jaguar». Aunque los charrúas no pertenecían al grupo guaraní, su lenguaje y su cultura sufrieron una fuerte influencia de esa etnia, sobre todo después de la llegada de los españoles.

El vocablo *charrúa* es citado por Corominas, atribuyéndole origen gallego, procedente del francés *charrue*, con el significado de «embarcación» o «arado». El etimólogo francés Albert Dauzat recuerda que la palabra *charrue* aparece en el siglo XII en la *Canción de Rolando*, derivada del latín clásico *carruca* «carro de cuatro ruedas».

Sin embargo, la palabra gallega puede haber cambiado de significado en algún momento o en algunos lugares; el propio Vidart^[4] cita el *Diccionario Galego Castelán*^[5], en el cual aparece: *Charrúa. s.f. Mascarón*. Tal vez, la embarcación *charrue* fue mencionada por el nombre de su mascarón de proa. El antropólogo uruguayo completa su raciocinio recurriendo al folclorólogo español J. Bouzas-Brey, quien, al describir unas estrafalarias máscaras usadas en algunas aldeas gallegas, cuyo origen probablemente se remonte al neolítico, enumera las siguientes voces: *choqueiros, lanceiros, madamitos, vellos, maragatos, muradanas, fellos, borralleiros, murrieiros, irrios, cocas, charrúas, troteiros y cigarrones*.

Con perspectiva de antropólogo, Vidart recuerda que un vecino, cuando crea un gentilicio, descalifica, desde una posición etnocéntrica, las cualidades morales y físicas de los extraños, quienes, por el mero hecho de serlo, son considerados enemigos. Desde este punto de vista, parece plausible la afirmación de que Diego García —era portugués, pero conocía La Coruña, de donde partió la expedición— hubiera llamado a los indígenas con el nombre de las ridículas máscaras gallegas.

Chau

El saludo de despedida *chau*, frecuente en algunos países hispanohablantes, proviene del italiano *ciao*, aunque en la lengua de Dante no se usa sólo como despedida; también puede significar ¡hola! o ¿cómo te va?

La palabra italiana *ciao* se formó a partir de *schiaivo* «esclavo», debido a un saludo que en cierta época estuvo en boga en algunos lugares de Italia, equivalente a «soy su esclavo» o, como diríamos en un castellano que ya suena un tanto arcaico, «beso su mano» o «soy su seguro servidor».

El origen de *schiaivo* se remonta al Imperio romano, época en la cual los pueblos eslavos eran llamados tanto *slavus* como *sclavus*, voces tomadas del griego bizantino *sklavos*.

Gran cantidad de esclavos capturados en la región de los Balcanes empezaron a llegar a Europa occidental hacia el siglo X de nuestra era. Desde esa época, los idiomas europeos fueron asignando un significado diferente a cada una de las dos formas de la palabra. En español, la forma *eslavo* se reservó para designar a

aquellos pueblos de Europa oriental, y *esclavo*, para los seres humanos sometidos a la esclavitud.

En inglés se usan *slav* y *slave*, respectivamente; en francés, *eslave* y *esclave*; en alemán, *Slawe* y *Sklawe*.

Che

Es un vocativo actualmente reservado al trato íntimo, habitual en Uruguay, la Argentina y también en el portugués del sur de Brasil (*tche*). Es de origen guaraní, lengua en la cual significa «tú» o «usted». Su uso no siempre se limitó al trato íntimo: en narraciones de tiempos coloniales es frecuente encontrar diálogos en los que se incluye *che*, *Coronel*, como tratamiento de respeto. El apodo del Che Guevara le fue dado por sus compañeros cubanos, como se sabe, por el empleo reiterado que hacía de esta forma que a ellos les sonaba tan extraña. Corominas menciona el *che* valenciano, pero nada indica que el *che* del Cono Sur tenga ese origen; parece tratarse más bien de una coincidencia de esas que a veces se presentan en los estudios etimológicos.

Cheque

Un cheque es una «orden de pago expedida contra un banco sobre fondos depositados en la cuenta del librador».

En la Edad Media, era común que los señores depositasen su oro en el único lugar que tenía instalaciones de seguridad apropiadas: el taller del orfebre. Con el tiempo, estos artesanos empezaron a emitir papeles que representaban partes fijas del oro que guardaban, obligándose a cambiar esos documentos por su valor en metal precioso. Hacia fines de la Edad Media, muchos orfebres —más tarde agentes financieros y los primeros bancos que fueron surgiendo— comenzaron a emitir certificados con valores fijos en oro: eran los primeros billetes de banco.

En el siglo XIV, con el surgimiento de la clase burguesa y con el auge del comercio, que movilizaron en Europa bienes y valores en una escala nunca antes imaginada, estos documentos con valores fijos resultaban exigüos para las necesidades del capitalismo naciente, por lo que aparecieron otros nuevos documentos que podían ser escritos por el depositante con el valor deseado, siempre que éste estuviera cubierto por sus depósitos. Eran letras de cambio a la vista. Aceptadas inicialmente por el banco de los Médici y, muy pronto, por otros bancos, pueden ser consideradas como los primeros cheques, aunque todavía no llevaban ese nombre.

Esta costumbre se extendió a las islas británicas con la creación del Banco de

Inglaterra en 1605, que asumió la función de albergar el oro del Reino y emitir papeles que lo representasen, con su valor equivalente expresado en libras esterlinas. Surgieron así los primeros billetes de banco emitidos por un Estado.

Las letras de cambio adquirieron nueva importancia con la creación del Banco de Inglaterra, y tanto éste como otros bancos empezaron a dar a sus clientes libretas en blanco de esas letras, que los depositantes llenaban de acuerdo con el monto del retiro que quisieran hacer. Al igual que los cheques de hoy, cada hoja de esas libretas tenía un talón, en el que se anotaban los datos del retiro y que servía luego para la verificación.

Volvamos un poco atrás para indagar la milenaria historia de la palabra *check* (en inglés antiguo, *chek*), una historia que se inició hace tres mil años en el Reino de Persia, en cuya lengua, el pelvi, la palabra para rey era *shah*, procedente del antiguo persa *khshayathiya*. De *shah* nos llegó también, a través del árabe *sah*, la palabra *jaque* (*check* en inglés y *échec* en francés), un lance del juego de ajedrez (v. ajedrez) en el cual el rey se ve amenazado.

A partir de los ajedrecistas de habla inglesa, la palabra medieval *chek* y la moderna *check* fueron adquiriendo significados tales como «detener, rodear, comprobar, verificar»; primero con relación al rey del ajedrez y más tarde con respecto a otros tipos de verificaciones, hasta que el propio talón de las libretas de letras de cambio fue llamado *check*. Posteriormente, el nombre del talón se extendió al documento entero, y la letra de cambio pasó a llamarse *cheque* en Inglaterra y *check* en los Estados Unidos de Norteamérica.

La palabra llegó a nuestra lengua en su forma británica hacia fines del siglo XIX y fue incorporada al Diccionario de la Real Academia en 1899.

Chicle

Pastilla aromática de sabor dulce y aromas diversos, de consistencia semejante a la goma. Su nombre proviene de *tzíctli*, derivado del verbo *tzic-* «estar pegado», «detenido», palabra de la lengua de los olmecas, que empleaban este término para denominar la resina que extraían del chicozapote, cuyo nombre botánico es *Manilkara zapota* —en náhuatl: *tziclizapótl*—, una sapotácea de hasta cuarenta metros de altura, que puede alcanzar más de un metro de diámetro. Para extraer el material, hacían un corte en la corteza y retiraban la resina. Luego ésta se hervía y, al secarse, se convertía en una masa gomosa pardusca que utilizaban para la higiene bucal y como digestivo, además de originar un presumible placer oral.

En diversas épocas, otros pueblos utilizaron diferentes materiales con propósitos semejantes: los griegos, resina de lentisco; los esquimales, pieles de animales;

los chinos, raíces de ginseng; y los occidentales de la época moderna, hojas de tabaco.

Los mexicanos castellanizaron el nombre como *chicle*, que se hizo universal cuando su uso se expandió a todo el mundo en forma de producto industrial elaborado con parafina, edulcorantes, colorantes y conservantes. El chicle industrial es un producto de diversos sabores y colores, de alto y extenso consumo en casi todo el mundo.

En *La tía Julia y el escribidor* (1977), de Mario Vargas Llosa, podemos leer:

Eran blandos, perezosos, amantes de actividades estériles (como el chicle y el fútbol) y no habían manifestado el menor entusiasmo al explicarles don Federico el futuro que les reservaba.

Chimpancé

Por su estructura física y genética, se trata del mono más semejante al hombre de todos los conocidos. La estatura media de un chimpancé erguido es de 1,70 m, con un peso de alrededor de setenta kilogramos.

Este simio es originario del África, desde la región atlántica donde hoy están Guinea y Sierra Leona hasta los lagos Tanganika y Victoria, del otro lado del continente. También existe una especie de menor porte, conocida como chimpancé pigmeo, que habita en forma exclusiva en la ribera oriental del río Congo.

El nombre de este mono proviene de *kiphenze*, vocablo del idioma africano quicongo, o de *kipenze*, del idioma quimbundo. Sin embargo, no llegó a nuestra lengua directamente del África, sino que parece haber pasado antes por el francés, que ya lo registraba en 1738 como *kimpeze*. Corominas lanza, incluso, la hipótesis de que puede haber sido tomado de alguna obra de zoología en latín, aunque esto no se ha comprobado.

China

El nombre de esta gigantesca nación (en chino, *Zhongghuó* «tierra central», por la creencia china de que su país era el centro de la Tierra), la más poblada del planeta, proviene de la dinastía Ts'in, que la unificó en el siglo III de nuestra era. Tres siglos más tarde, las tierras de los Ts'in, que hoy constituyen la provincia de Shensi, se convertirían en las más desarrolladas de todo el país y, posteriormente, atraerían a los exploradores árabes y europeos.

Cuando llegaron los árabes, a partir del siglo VII, llamaron a esta tierra *Cin*, tal

vez por oír este nombre de los pobladores, y lo transmitieron a los mercaderes venecianos, quienes lo convirtieron en *Cina*, en nuestra lengua, *China*.

Chinela

Proviene del vocablo genovés *cianella* y éste, del italiano *pianella*, de *piano* «plano», «chato», que alude a la falta de taco de ese tipo de calzado.

Chiste

Los cuentos «agudos y graciosos» —frecuentemente con connotaciones picarescas o abiertamente sexuales— se contaban en otras épocas en voz baja, entre cuchicheos, sobre todo en presencia de personas del sexo opuesto, un recato que antes era mucho más acentuado que hoy.

Para designar estas historias, al comienzo obscenas, surgió la palabra *chiste*, derivada del verbo *chistar*. En los orígenes de nuestra lengua, este verbo tenía el significado de *cuchichear* «hablar en voz baja» o también «emitir un sonido con intención de hablar». *Chistar* es una voz de formación onomatopéyica que proviene del sonido *sst* o *chst*, para llamar a las personas o para imponer silencio. *Chiste* aparece documentado en castellano desde el siglo XIII con Berceo, bajo la forma *chista* y, por el contexto, vemos que se refería a historias obscenas:

Mostrad el *Pater noster* a vuestras creaturas.

Castigad que lo digan yendo por las pasturas,

Mas vale digan esso, que chistas e locuras,

Ca suelen tales mozos hablar muchas orruras

El carácter obsceno de los primeros chistes aparece también en el portugués de Camoens, como vemos en este verso de la *Comedia del rey Seleuco*, en la cual el chiste aparece como una canción lasciva:

Mande-lhe cantar un chiste.

Chiste não que es desonesto,

E não tem esses extremos,

Outro canto mais modesto.

Chofer

El primer vehículo capaz de trasladarse por su propia energía no fue propiamente el automóvil que conocemos hoy, sino un triciclo impulsado por una caldera de vapor. Fue estrenado en 1769 por el ingeniero militar francés Nicolas-Joseph Cugnot para transportar un cañón; después vino la locomotora, también de vapor, y sólo en tercer lugar apareció el automóvil con motor de explosión. En los dos primeros, el agua que producía el vapor a presión se calentaba mediante una caldera alimentada a carbón. El conductor que dirigía las viejas locomotoras, que subsistieron hasta comienzos del siglo xx, era un calderero que avivaba el fuego y cambiaba el agua en la medida de las necesidades de calor de la máquina.

En francés, *chaleur* es calor, el verbo calentar es *chauffer*, y la persona que se encarga de calentar una caldera, el calderero, se llama *chauffeur*: «calentador», literalmente. *Chauffer* procede del francés antiguo *chaufier* «calentar», derivado del latín vulgar *calfare* o *calefare*, alteración del latín clásico *calefacere* «calentar», que procede, a su vez, del latín *calere* «arder», «estar caliente», que viene, en última instancia, de la raíz indoeuropea *kel-* «calor».

A fines del siglo xix, cuando aparecieron los primeros automóviles, no existía una palabra para designar al sujeto que conducía aquel extraño vehículo sin caballos, de modo que en francés se adoptó el nombre del trabajador que cumplía tal función en la locomotora, que era, como hemos visto, el único vehículo automóvil para pasajeros existente hasta ese momento. Como la cultura francesa contaba por entonces con gran prestigio en España y en América latina, *chauffeur* fue rápidamente adquirido por el castellano y adaptado por la Real Academia Española a *chofer* o *chófer*, mientras que la palabra francesa fue tomada sin variaciones en inglés y alemán.

Chovinismo

En el ejército imperial de Napoleón Bonaparte, cabía esperar que cada soldado y cada oficial fueran fervientes adictos al emperador, pero uno de ellos, Nicolás Chauvin, llegaba al ridículo por su adhesión extrema. A eso se debe que su nombre acabara convirtiéndose en sinónimo de apoyo acrítico a una nación o a una causa, sentido expresado en la palabra francesa *chauvinisme*. Hacia fines del siglo xix, su significado se había extendido a «patriotismo fanático», el que lleva a extremos peligrosos de nacionalismo.

Hacia la segunda mitad del siglo pasado, surgió, inicialmente en inglés, la acepción de *chovinismo masculino* para referirse al machismo, que no tardó en llegar al español como *chovinismo machista*.

La Real Academia incluye las grafías *chovinismo* y *chauvinismo*, pero recomienda el uso de la primera forma, aunque la segunda parece estar más difundida.

Churrasco

Palabra usada en el Río de la Plata y también en el portugués del sur de Brasil para denominar un «pedazo de carne asada a las brasas». El Diccionario sugiere —sin citar fuentes— que es un vocablo de origen onomatopéyico, presumiblemente del sonido que produce la grasa al gotear sobre el fuego.

Sin embargo, Corominas afirma que *churrasco* se originó en una voz muy antigua, anterior a la presencia de los romanos en la península ibérica, que nos llegó desde *sukarra* «llamas de fuego», «incendio», formada por *su* «fuego» y *karra* «llama». Apareció en castellano bajo la forma *socarrar*, que se encuentra ya en Nebrija (1495). A lo largo de los siglos se han derivado diversas variantes dialectales en España, de las cuales la que nos interesa es *churrascar*, del andaluz y leonés berciano, de donde proviene la voz rioplatense *churrasco*, antes *charrusco* «pedazo de carne a las brasas».

El etimólogo catalán también cita el chilenismo *churrasca* «hojuela de masa frita» y el regionalismo rioplatense *churrasquear* «hacer carne a las brasas». En Murcia y Almería se usa *chuscarrar* «tostar ligeramente algo» y en Salamanca, *churrusco* «pedazo de pan demasiado tostado».

Cibernética

Estudio de las analogías entre los sistemas de control y comunicación de los seres vivos y de las máquinas, y el de las aplicaciones de los mecanismos de regulación biológica a la tecnología, en particular.

No son muchos los que saben que el nombre de la moderna ciencia de las computadoras está emparentado en su origen con «gobierno» y que no es tan original el apodo de Gran Timonel que los chinos dieron a su líder del siglo pasado Mao Tse Tung.

En efecto, *cibernética* proviene del griego *kybernetiké* «arte de gobernar una nave» y de *kybernetikós*, que designaba a los timoneles de los barcos que hace dos mil quinientos años surcaban las aguas del Egeo y del Mediterráneo. Los parámetros que un gobernante debe considerar en sus determinaciones son

tantos como los que preocupan a un timonel, responsabilidad enorme para ambos si consideramos que mucha gente depende de sus decisiones.

En el bajo latín de la Edad Media y en el español incipiente de Berceo, el sentido de la palabra *governar* era, principalmente, el que correspondía a la acción del timonel que tomaba decisiones en su nave, aunque en latín ya se hablaba también de *gubernare rempublicam*.

La palabra *cibernética* es un cultismo que fue acuñado como *cybernétiquen* por primera vez en francés hacia 1830, para referirse al arte de gobernar. El significado actual, «teoría de los procesos de control y comunicación», fue introducido por primera vez en inglés, en los años cuarenta del siglo xx, por el matemático estadounidense Norbert Wiener, y *cibernética* se incorporó al Diccionario de la Real Academia Española en 1956.

Cielo

Esta palabra de luminosas evocaciones, usada hasta el cansancio por todas las religiones cristianas, se basa en el vocablo griego *koilon* «hueco», del cual proviene la voz latina *caelum*, que designaba un hueco de magnitud gigantesca. En efecto, los latinos llamaban así a la bóveda celeste, que, debido a su extensión infinita, consideraban la concavidad por excelencia. *Cielo* aparece por primera vez en castellano en el *Cantar de Mio Cid*.

Celeste, en cambio, sólo se registra en la primera mitad del siglo XIII, derivada directamente del latín *caelestis*, con el mismo significado.

De *celeste* proceden *Celestino* y *Celestina*. De la forma femenina surgió *celestina*, que se usa para denominar a la alcahueta (v. alcahuete), la mujer que vive de concertar encuentros amorosos, referido a la heroína de la tragicomedia *Calisto y Melibea*, de Fernando de Rojas.

Científico

Científico proviene del latín *scientificus*, formada por *scientia* y *-fic-*, la raíz apofónica del verbo *facio*, *facis* «hacer», con la terminación *-us* del nominativo de la declinación latina. *Scientia*, por su parte, nos viene del verbo latino *scire* «saber». El segundo elemento es apofonía (cambio de vocal) del verbo latino *facere* «hacer», abundantemente usado en latín (*magnificus*, *beneficus*, *maleficus*).

Científico nos llegó directamente del latín. El sufijo *-fico* está registrado en el Diccionario de la Real Academia.

Cimiento

Parte del edificio que está debajo de tierra y sobre la que se sostiene todo la construcción, y también el terreno sobre el que descansa el mismo edificio. En sentido figurado, «principio y raíz de algo», como en cimientos de la fe, por ejemplo.

Proviene del latín *caementum*, usado para denominar la piedra de construcción o los pedazos de mármol cortado empleados por los albañiles, nombre derivado de *caedere* «cortar». El primer documento que aparece en español con la palabra *cimiento* es uno de los poemas de Berceo, ya con el significado de «base sobre la que se asienta algo».

Cemento no es más que un derivado culto de esta palabra, incorporado en el Diccionario de la Real Academia en 1884, que surgió en español sobre la base de otra acepción de *caementum*: *argamasa*, presente en glosas del latín tardío.

Cínico

Se llama *cínico* al sujeto desvergonzado o procaz, pero también es el nombre de cierta escuela filosófica que nació de la división de los discípulos de Sócrates, de la cual fue fundador Antístenes, y Diógenes, su más destacado representante.

Como cultores de un riguroso ascetismo, los seguidores de esta escuela nada tenían de cínicos en el sentido actual del término. Los discípulos de Antístenes desdeñaban el lujo y las riquezas, daban gran valor al conocimiento y a la formación intelectual, y se burlaban «como perros» —según una expresión de su época— de la gente común, de la mediocridad y de las aspiraciones convencionales.

La palabra proviene del griego *kyon*, que significaba, justamente, «perro», y de allí procede también la voz española *can* (v. *can*), que dio su nombre a las islas Canarias (v. *canario*). A partir de *kyon*, se formó la palabra griega *kynikós* «los que se mofan como perros», que más tarde daría lugar al surgimiento del vocablo latino *cinicus*, que fue el que, en definitiva, llegó al español, inicialmente con el sentido de «burlón».

Cipayo

Los cipayos eran soldados nativos de la India, de los siglos XVIII y XIX, que sirvieron a los ocupantes franceses, portugueses y británicos, sucesivamente. Su nombre, que fue incluido en el Diccionario de 1869, proviene del persa *sipahi* «jinete», tomado primero por los portugueses, que lo asimilaron en el siglo XVIII

como *sipay* y lo transmitieron al francés, lengua en la que adoptó la forma *cipaye*. La palabra *cipayo* viene del persa *sipah*, que significaba «ejército, tropa», y procedía, a su vez, de *spada*, en avéstico, antigua lengua indoeuropea que se hablaba en la parte septentrional de Persia.

Los cipayos acabaron rebelándose contra la política colonialista británica en 1857, en un levantamiento sangriento conocido como *rebelión de los cipayos*, que se prolongó por dos años; pero no por eso cipayo dejó de pasar a la historia como sinónimo de «entreguista» o «secuaz a sueldo», por su condición de soldados nativos que reprimían a sus connacionales por orden del invasor extranjero.

Por esa razón, en América latina es bastante común que los partidos de oposición, principalmente los de izquierda, usen esa palabra para referirse a las oligarquías nativas a las que acusan de favorecer los intereses de potencias extranjeras, sobre todo de los Estados Unidos de Norteamérica.

Cirrosis

Es una enfermedad degenerativa del hígado (v. hígado), cuyas causas más frecuentes son el alcoholismo y las hepatitis de tipo C y B.

El nombre, creado por médicos franceses, proviene del vocablo latino *scirrhus*, que Plinio había adoptado para ciertos tipos de cáncer (v. cáncer) a partir del griego *skirrhus*.

Además de *cirrosis*, generó otras dos palabras del lenguaje médico castellano: *cirro*, «tumor duro, sin dolor continuo», y *escirro*, «tumor duro de superficie desigual al tacto, que se desarrolla principalmente en las glándulas».

Cirujano

Hacia el año 1340, se registró por primera vez en español el uso de la palabra *cirugía*, mientras que *cirujano* ya constaba en las *Siete Partidas* (1251-1265), de Alfonso X el Sabio:

Y esto que diximos delos orebzes se entiende tambien delos otros maestros & delos fisicos & de los cirujanos & delos albeytares & de todos los otros que reçiben preçio para fazer alguna obra: o melezinar alguna cosa sy errare en ella por su culpa o por mengua de saber.

Durante los siglos XIII y XIV, también se usó *cirugiano*. Este término proviene del latín *chirurgia*, tomado del griego *kheirurgia* «operación quirúrgica», aunque etimológicamente significaba «trabajo manual» y «práctica de un oficio»,

derivado de *kheirurgein* «trabajar con las manos», compuesto de *kheir* «mano» y *érgon* «trabajo».

Desde la Antigüedad hasta hace algunos siglos, el trabajo del cirujano era poco apreciado socialmente, y los médicos solían confiar el trabajo sucio de los cirujanos a carniceros y barberos hasta bien entrado el Renacimiento. La barra blanca y roja que se coloca en algunos países en la entrada de las barberías es un residuo tradicional de la barra que los barberos usaban pocos siglos atrás para limpiar sus navajas después de alguna cirugía.

Cisma

Esta palabra, verificada por primera vez en español en 1398, se refiere a una escisión en el seno de una religión o, por extensión, de un partido político. Fue tomada del bajo latín *schisma*, *-atis* y éste, del griego *schisma*, *-atos* «separación o hendimiento», voz derivada del griego *schizein* «partir», «hender», con origen en el indoeuropeo *skei-* «cortar», «separar», al igual que *escisión*, *prescindir* y otras muchas palabras. El griego *schizein* está también en el origen de *esquizofrenia*, en alusión a que esta enfermedad mental se caracteriza, entre otros síntomas, por una disociación (separación) ideomocional.

La primera gran división del cristianismo, el cisma de Oriente, ocurrió en 1054 con la separación de las Iglesias de Roma y Bizancio, y el segundo, el cisma de Occidente, entre 1378 y 1417, período en el que hubo varios papas a la vez, unos con sede en Roma, y otros en Aviñón (Francia).

En 1495, en el *Diccionario latino-español*, de Antonio de Nebrija, se registró por primera vez en español el adjetivo *cismático*, que califica a aquellos que dejan de reconocer a una determinada autoridad religiosa.

Clan

Este vocablo, procedente del latín *planta* «brote», pasando por el céltico *klaan* y por el gaélico *clann* «hijo», «descendiente», designa en la actualidad a un grupo humano unido por lazos predominantemente familiares.

En Escocia, donde se originó este sistema familiar, los clanes se caracterizaban por la prohibición del matrimonio dentro de la comunidad que reverenciaba a un mismo tótem, configurando así una forma más rígida de lo que hoy llamamos *incesto*.

Clan es palabra relativamente reciente en castellano, lengua a la cual llegó en el siglo xx.

Clandestino

Llamamos *clandestino* a aquello que es secreto o que se desea mantener oculto, en especial por temor a la ley o a las autoridades. Su sentido se ha mantenido intacto desde el latín *clandestinus*, derivada de *clam* «a escondidas», que se formó a partir de la raíz prehistórica indoeuropea *kla-* «ocultar».

Era voz de uso corriente en los siglos xv y xvi, referida, en general, a amores adúlteros o a casamientos de cristianos con moras o judías, como nos muestra este texto de Antonio de Guevara, extraído de su *Libro primero de las epístolas familiares* (1513):

El casamiento que se hace clandestino y abscondido, digo que procede de gran liviandad, y sale de mucha crueldad, porque da a todos los vecinos que decir, y a los viejos de que hablar.

Clásico

En el español moderno, llamamos *clásico* a un escrito que es tenido por «modelo digno de imitación en las artes o en las ciencias», pero la palabra ha recorrido un largo camino en su historia.

En Roma, *classicus* —derivado de *classis* «división», «grupo»— era un ciudadano lo suficientemente rico como para pertenecer a la clase dominante, la primera de las cinco en que se dividía la sociedad desde que los romanos habían sido sometidos a un censo de riqueza en el siglo vi a. de C. Pero esa definición de base censitaria fue evolucionando con el tiempo hacia otras consideraciones, y el gramático Aulo Gelio, en el siglo ii de nuestra era, acuñó la expresión *classicus scriptor* para designar a un escritor de lenguaje tan correcto que podía considerarse «de primera clase».

En el bajo latín, *classicus* designaba al autor que era leído y comentado en las escuelas, sentido que fue retomado por autores franceses en el siglo xvi.

La palabra latina se mantuvo en el inglés *classic*, en el francés *classique* y en el portugués *clássico*.

Claustrofobia

Significa «temor patológico a los espacios cerrados». Quien padece esta neurosis experimenta accesos de pánico o angustia cuando se encuentra, por ejemplo, en un ascensor o en una habitación pequeña y cerrada. Según el psicoanálisis, la

claustrofobia es causada por un sentimiento de culpa relacionado con el desarrollo anormal de la sexualidad.

La palabra —acuñada por el creador del psicoanálisis, Sigmund Freud, y registrada en castellano desde 1925— está formada por la voz latina *claustrum* y la griega *phobeomai* «yo temo».

Claustrum «tranca», «cerrojo», «cerradura», es decir, todo aquello que sirve para cerrar un local y, por extensión, denota «recinto cerrado». Derivado del verbo *claudere* «cerrar», este vocablo está también en el origen de *clausurar* «cerrar en forma definitiva», de *incluir* «poner dentro de un espacio cerrado» y de *concluir* «cerrar» (en el sentido de dar algo por terminado). En inglés, la palabra latina dio lugar a los verbos *to close* «cerrar» y *to disclose* «revelar», «dar a conocer», además de originar muchos otros verbos compartidos con nuestra lengua, tales como *include* «incluir», *conclude* «concluir».

Clausurar

Claudere era para los latinos «cerrar, clausurar, encerrar, acabar, concluir», palabra que permaneció en nuestra lengua en vocablos como *clausurar* y muchos otros que se formaron con diversos prefijos.

Así, con el prefijo de intensidad *cum-*, se formó *concluir*; con el prefijo *ex-* «fuera», *excluir*, y con *in-* «dentro», *incluir*. De *claudere* viene también *claustrum*, así como la voz inglesa *close* «cerrar». *Claudere* tiene antecedentes muy remotos, pues se formó, al parecer, a partir de la raíz indoeuropea *klau-*.

Clepsidra

Los relojes de agua miden el tiempo por la demora que experimenta una determinada cantidad de agua para escurrirse por un dispositivo, por efecto de la gravedad, desde la parte superior hacia la inferior, a través de un pequeño orificio. Las horas están marcadas en las paredes del recipiente superior o del inferior del aparato. Se utilizaban antiguamente en Grecia y en Roma para medir el tiempo usado en los alegatos de los tribunales, aunque se cree que su origen es egipcio.

En cuanto al nombre *clepsidra*, proviene del griego *klepsydra*, formado por *kleptein* «robar» e *hydro* «agua».

Cabe observar que *kleptein* dio lugar a cultismos conocidos en el siglo xx, tales como *cleptomanía*, *cleptómano* (v. *cleptómano*), *cleptomaniaco*, en los que el verbo griego se combinó con *manía* «locura».

Cleptómano

Hay quien dice que los pobres cuando roban, son ladrones, mientras que los ricos o famosos son cleptómanos.

La palabra devino célebre cuando la atleta soviética Nina Ponomareva fue detenida en Londres en 1956 bajo la acusación de robar un sombrero y resurgió recientemente cuando la actriz estadounidense Winona Ryder sustrajo artículos por cinco mil dólares en una tienda de Beverly Hills.

El término se empezó a usar en español a comienzos del siglo XX, como un cultismo formado a partir del latín *clepo* «ladrón», «salteador», del verbo *cleptere* «robar», y del griego *manía* (v. clepsidra).

Cliente

En la muy estratificada sociedad romana, *cliens*, *clientis* era aquel que estaba bajo la protección o la tutela de otro, a quien escuchaba, seguía y obedecía.

Este sentido ha cambiado en el castellano moderno: el comerciante, el banquero, el profesional universitario no ven en el cliente a alguien que los obedece humildemente, sino a una persona que los favorece porque paga sus mercaderías o servicios.

Sin embargo, la antigua denotación romana se mantiene aun hoy en la ciencia política, en cuyo marco se llama *clientes* a los ciudadanos que acuden a los políticos en busca de favores, y *política clientelista*, a la que se basa en ese tipo de relación corrupta, en la que el político presta favores —empleos, ascensos, jubilaciones— a cambio de votos.

Clima

Palabra registrada en español desde el siglo XIII. Proveniente del latín *clima*, *-atis*, denominaba a cada una de las grandes regiones en que se divide la superficie terrestre según su distancia al polo. En sentido estricto, sería la «inclinación o curvatura de esa superficie desde el ecuador al polo».

El vocablo latino proviene del griego *klima*, que se deriva del verbo *klinein* «inclinarse» (v. clínica).

El *Diccionario panhispánico de dudas* explica que el adjetivo que corresponde a *clima* es *climático* y no *climácico*, el cual proviene de *clímax* (v. clímax), ni *climatérico*, que se refiere al *climaterio*.

Clímax

Se incorporó al castellano a principios del siglo XIX como un término de retórica aplicado a la gradación ascendente del discurso y no necesariamente a su punto más alto. El Diccionario de la Real Academia reconoce ambas acepciones y acepta también el sentido de «término más alto» de esa gradación.

Proviene del latín *climax*, con el mismo sentido, y éste, del griego *klimax*, *klimakos* «escala», «escalera», también «gradación», que procede, a su vez, de *klinós*.

Clínica

Como adjetivo, *clínico* significa «perteneciente o relativo al ejercicio práctico de la medicina basado en la observación directa de los pacientes y en su tratamiento»; como nombre, designa a la «persona consagrada al ejercicio práctico de la medicina».

Clínica, de acuerdo con la etimología, es un lugar donde hay camas, del griego *kliné* «cama», que a su vez deriva del verbo *klinéin* «inclinarse».

Ambos términos provienen de la raíz indoeuropea *kli-*, cuyo sentido es «inclinarse», y también se refiere a la falda de un monte. Contra lo que suele creerse, *policlínica* no significa «varias clínicas». La palabra, surgida a fines del siglo XIX, designó desde su origen a los establecimientos de salud pública que se creaban para atender a toda una ciudad, *polis* en griego, pero mucha gente cree que las dos primeras sílabas de *policlínica* derivan de *polys* «muchos». La voz griega *kliné* también está en la etimología de *clinopodio*, el nombre de una flor con cuatro pétalos, que recuerdan las cuatro patas de una cama. También en *clinómetro*, una especie de nivel usado para medir la inclinación de un barco, y en *diclino*, un adjetivo que se aplica a las plantas que presentan los órganos de los dos sexos en flores (o camas) diferentes.

Clítoris

Proviene del griego *kleitoris* «pequeña elevación», procedente del verbo *klinein* «inclinarse», que también está en el origen de *clínica* (v. *clínica*). A pesar de la milenaria antigüedad del término, no es casual que el primer registro en castellano date del siglo XVIII, en el diccionario de Esteban de Terreros. Durante los diez siglos que duró la Edad Media y, probablemente, durante algunos más en la llamada época moderna, la cultura árabejudeocristiana ocultó la existencia de esta parte de la anatomía femenina por su vinculación con el placer sexual,

considerado un pecado puesto que el sexo debía servir sólo para la procreación.

Sin embargo, la literatura medieval y la abundante documentación histórica disponible sobre el tema nos enseñan que la naturaleza ha sido indomable en todas las épocas y que la sabiduría de los doctores de la Iglesia nunca llegó a acallar los suspiros de placer, que podían oírse en las noches del Medioevo como en todos los tiempos.

En su novela *El anatomista*, el escritor argentino Federico Andahazi cuenta la historia de Mateo Colón, un anatomista del Renacimiento que no por azar lleva el mismo apellido del Descubridor. El personaje se enamoró perdidamente de una prostituta veneciana y, buscando una pócima que le permitiera conquistar su amor, acabó por *descubrir* la existencia del clítoris.

Clon

Derivada del griego *klon* «brote», esta palabra había sido poco usada en el lenguaje corriente hasta los últimos años, cuando se puso de moda: primero, por la copia industrial de computadoras (u ordenadores), en particular las del diseño PC de la IBM, y después, desde 1997 en Edimburgo, con la clonación de la oveja Dolly, el primer ser complejo duplicado artificialmente por obra del hombre. Sin embargo, aún hay mucho que investigar sobre este tema. En efecto, dos años después del nacimiento de Dolly se descubrió que la oveja llegó al mundo ya vieja, pues sus células nacieron con la edad del animal del cual había sido clonada.

Cloro

El cloro es un gas de color amarillo verdoso, aislado por primera vez en 1774 por el químico sueco Carl Wilhelm Scheele, quien lo consideró un elemento complejo. En 1810, el químico británico Humphry Davy comprobó que se trataba de un elemento simple y le dio su nombre actual, tomándolo del griego *khloros* «verde claro». Soluciones de cloro en agua, tales como el hipoclorito de sodio, se usan como desinfectantes y como blanqueadores, tanto en la higiene doméstica como en la industria.

Club

Esta palabra del inglés, ya enraizada en nuestra lengua, se usaba en su origen para denominar un bastón grueso y pesado, que servía para golpear a la gente. El nombre había sido tomado del noruego antiguo *klubba*.

¿Cómo pudo evolucionar este vocablo hasta su significado actual,

aparentemente tan distante? Al parecer, habría sido para denotar la idea de «dar forma a una masa de dos elementos para formar el extremo del bastón». Ese sentido aparece registrado por primera vez en una obra de 1674, de Nathaniel Fairfax, titulada *The Bulk and Selvedge of the World*, en la cual se afirma: «Two such worlds must club together and become one» (esos dos mundos deben unirse y formar uno solo). *Club* aparece aquí con el significado de «unirse», «juntarse». En el Londres del siglo XVII, la palabra se había convertido en verbo, con el sentido de «estar juntos», en principio en una taberna, pero luego pasó a denotar algo más formal y reglamentado.

Cobalto

Las fantasías y los temores de los mineros, trabajadores que penetran en las entrañas de la tierra y muchas veces pierden la vida en derrumbes, en explosiones o por emanaciones gaseosas, se expresan en sus leyendas.

Los mineros alemanes llamaban *Kobold* a los gnomos y a otros espíritus malignos que en sus leyendas venían por la noche para sabotear sus trabajos y para corromper el buen mineral.

En esa época no se conocían las propiedades del cobalto, que era visto apenas como una impureza que corrompía el níquel. Por esa razón, cuando el metal fue descubierto en 1735 por el químico sueco George Brandt, éste le dio el nombre del viejo genio maligno que amedrentaba a los mineros alemanes, nombre que llegaría a nuestra lengua como *cobalto*.

Cobarde

En viejas fábulas medievales narradas en francés antiguo, la liebre, siempre presentada como un animal extremadamente tímido, se llamaba *Coart*, nombre que se fue tornando alusivo al carácter medroso y tímido del animal. Con posterioridad, ya convertido en sustantivo común, evolucionó hacia su forma actual: *couard* y pasó al español como *cobarde*, al portugués como *covarde* y al inglés como *coward*.

Cobayo

Se trata de un roedor sudamericano, conocido durante mucho tiempo como *conejillo de Indias*, muy usado en experimentos biológicos. Sería razonable preguntarse cómo puede llamarse conejillo de Indias un animal oriundo de Sudamérica, pero no debemos olvidar que Cristóbal Colón llegó a América en busca de las Indias, por lo que durante mucho tiempo el Nuevo Continente fue conocido como Indias Occidentales.

A la llegada de los conquistadores a América, los indígenas del sur del continente llamaban a este animal *sabúia*, palabra de la lengua tupí guaraní que los cronistas españoles transcribieron primero como *çabuja* y más tarde como *cobaya*.

En su última edición, el Diccionario de la Real Academia Española recoge tanto *cobayo* como *cobaya*, aunque es preciso tener en cuenta que esta última forma no es femenina, sino de género ambiguo.

Cobre

Este metal rojizo ha sido, desde la Antigüedad hasta nuestros días, la principal riqueza de la isla de Chipre. Fue explotado inicialmente por los cretenses y comercializado por los fenicios. Los griegos le dieron nombre al metal: *kypros*, tomándolo del propio de la isla de Chipre —en griego, *Kypros*—, y pasó al latín como *cyprium* y, más tarde, como *cuprum*.

En nuestra lengua, *cobre* aparece registrado por primera vez en los poemas de Berceo.

Coca

Probablemente, fue fray Bartolomé de las Casas el primer europeo que describió este arbusto en su *Defensa de los indios* y, por cierto, el primero que usó en español el nombre de las hojas que masticaban los indios del Virreinato del Perú para encubrir el cansancio. El fraile español difícilmente podría haber imaginado los estragos que la droga haría en el siglo XXI. Hacia fines del siglo XIX y comienzos del XX, Sigmund Freud la había consumido y había estudiado sus efectos, pensando que podría servir para aplicar a los pacientes en lugar de la hipnosis, por entonces en boga en la escuela de su maestro Charcot como terapéutica de la histeria femenina. Ya que la droga no le sirvió al científico de Viena para su objetivo inicial, sus investigaciones siguieron otros derroteros, y acabó creando el psicoanálisis, cuya eficiencia no ha sido demostrada de manera fidedigna hasta hoy.

Pocos años antes, la cocaína había hecho su estreno en la ficción con *sir* Arthur Conan Doyle, quien hizo de su personaje Sherlock Holmes un asiduo consumidor del polvo blanco cristalino.

El DRAE la describe como el nombre de un «arbusto del Perú y su hoja, de donde se extrae la cocaína». Proviene del aimara *kkoka*, de donde pasó al quechua *cuca*.

Coca-Cola

En 1886, un farmacéutico de la ciudad estadounidense de Atlanta, John Stith Pemberton, puso a la venta un *tónico cerebral* que él mismo había preparado usando como ingredientes básicos dos productos vegetales: hojas de coca y nuez de cola.

El primero de estos componentes había adquirido cierta notoriedad por aquella época debido a un subproducto, el clorhidrato de cocaína, al que era aficionado un famoso personaje de ficción, el detective Sherlock Holmes, y también, en la vida real, un joven investigador de los síntomas de la histeria, el doctor Sigmund Freud (v. coca). La nuez de cola es conocida por quienes practican fitoterapia, a causa de su propiedad estimulante por su alto contenido de cafeína.

El contable de la farmacia de Pemberton diseñó el logotipo del nuevo jarabe con el nombre Coca-Cola, basado en estos dos ingredientes: la hoja de *coca* y la nuez de *cola*. El propio farmacéutico puso un aviso en un diario local en el que decía: «¡Coca-Cola, deliciosa, refrescante, fantástica! ¡El nuevo refresco gaseoso que contiene las propiedades de la planta maravillosa, la coca, y la famosa nuez, la cola!».

En las primeras décadas del siglo pasado, la cocaína fue retirada de la fórmula y sustituida por otros productos. En 1891, el farmacéutico Asa G. Candler adquirió y registró la marca y, en 1897, empezó a exportar la bebida. Los derechos de embotellado de esta gaseosa están vigentes desde 1899: los concesionarios de cada país pueden fabricar y vender el producto, pero el preparado básico lo suministra directamente la Coca-Cola.

Cocodrilo

En la Europa medieval, el cocodrilo era un animal poco menos que mitológico, conocido apenas por referencias de griegos y de latinos, que lo habían visto en Egipto. Los romanos lo llamaron *crocodilus*, que tomaron del griego *krokodeilos*. En textos en lengua española, la palabra aparece registrada por primera vez en 1251 como *cocodrillus*. Un siglo más tarde, Juan Manuel menciona el animal con el nombre *coquedríz*. Corominas observa que se trataba de una confusión con la voz del bajo latín *calcatrrix*, que denominaba, en realidad, no al cocodrilo, sino a la mangosta, un animal adorado por los egipcios por su hábito de devorar los huevos del temible saurio.

Los griegos acuñaron ese nombre para los cocodrilos, tomándolo de *kroké* «piedra» y *drilos* «gusano», después de haberlos observado disfrutar del calor del sol, sobre bancos de arena y en la ribera de los ríos, quietos como piedras.

El mito de que los cocodrilos emitían un sonido semejante a un sollozo cuando atraían a las personas hacia su cueva y que, después de devorarlas, dejaban caer amargas lágrimas, tal vez de compasión por el triste destino de sus víctimas, se venía difundiendo desde las épocas de la Antigüedad clásica. Éste es el origen de la expresión *lágrimas de cocodrilo*, usada hasta el presente para referirse a quien llora fingiendo un sentimiento que no es verdadero. Sin embargo, hoy se sabe que tales *lágrimas* no son más que una secreción que sirve para mantener húmedos los ojos del saurio cuando está fuera del agua.

Cocoliche

Antonio Cuccoliccio fue uno de los tres millones de inmigrantes italianos que desembarcaron en el puerto de Buenos Aires entre fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX en busca de una vida mejor. La Argentina era el granero del mundo y uno de los países más ricos del planeta, rebosante de promesas que alentaban los sueños de los jóvenes pobres de varios países de la vieja Europa.

A poco de su llegada, Cuccoliccio consiguió un empleo de peón en el circo de los hermanos uruguayos José y Jerónimo Podestá, en el cual se dedicaba a menesteres de limpieza, al cuidado de los animales y a otros servicios menores. Su forma de hablar, en la que se mezclaban palabras del italiano y del castellano, no llamaba la atención. En el Buenos Aires de entonces era común oír a los *tanos* (de *napolitano*; se aplicaba a todos los inmigrantes italianos), que intentaban comunicarse con las mismas dificultades que Cuccoliccio.

Un día, el cómico Celestino Petray se presentó en escena hablando como había oído que lo hacía aquel peón: «Mi quiamo Franchisque Cocoliche e sono creolio hasta lo güese da la taba e la canilla de lo caracuse, amico». En sus memorias, publicadas bajo el título *Medio siglo de farándula*, José Podestá contaría años más tarde que en aquel momento nació un personaje cómico, Cocoliche, que durante algunos años hizo las delicias del público de ambos márgenes del Río de la Plata.

Y también había nacido algo que Podestá no previó y que Cuccoliccio, con su jerga de idiomas mezclados, no habría podido siquiera soñar: una palabra del idioma español que figura en el Diccionario de la Real Academia desde su edición de 1927: *cocoliche*, definida como la «jerga híbrida que hablan ciertos inmigrantes italianos, mezclando su habla con el español».

Cóctel o coctel

Si bien conocemos el origen de esta palabra inglesa (*cocktail*), se desconoce la forma en que pasó a designar cierto tipo de bebidas. Según una historia narrada

por Roberto Vilches, no comprobada, un posadero solía juntar en una botella todos los restos de bebida abandonados por sus clientes. Cierta día uno de ellos sufrió un desmayo; el posadero le dio a beber la mezcla, y el hombre se recuperó de inmediato. El brebaje habría sido llamado *cocktail* (en inglés, cola de gallo) en alusión al hecho de que los gallos, después de caer en la riña, levantan la cola antes de erguirse de nuevo para continuar luchando.

Sea verdadera o no esta historia, lo cierto es que la palabra nació en Estados Unidos de Norteamérica a comienzos del siglo XIX en la taberna de la narración o en alguna otra, formada con *cock* «gallo» y *tail* «cola», o sea, «cola de gallo».

En la ciudad brasileña de Sao Paulo, los bebedores tienen a su alcance una bebida popular de bajo costo conocida como *rabo de galo*, aunque, probablemente, ninguno de ellos conoce la relación semántica con *cóctel*.

El DRAE acepta ambas grafías: *cóctel* o *coctel*.

Códice

Se designa con este nombre un manuscrito antiguo encuadernado en forma de libro. La voz *caudex* «tabla», procedente de la lengua caldea, pasó al latín con idéntica forma (*caudex*, *-icis*), pero con el significado de «tronco de árbol». La contracción de *caudex* originó el vocablo *codex*, voz que denotaba unas tablillas enceradas que los romanos usaban para escribir.

Los primeros cristianos adoptaron *codex* para denominar el nuevo formato de libro que habían adoptado, muy diferente del rollo o volumen que se empleaba por entonces. Este *codex* era una especie de libro con un par de tablas a modo de tapas entre las cuales colocaban papiros doblados y cosidos que podían escribirse por ambos lados, lo cual facilitaba considerablemente el acceso al texto. Resulta curioso observar las imágenes de los profetas hebreos: ellos sostienen en sus manos volúmenes; los evangelistas, en cambio, portan códices.

Este método fue usado también para la literatura clásica. El poeta Marcial explicaba ya en el siglo I d. de C., en el libro XIV de su *Épigrammes*, las ventajas del códice con respecto al volumen.

También se denominan *códices* los cincuenta manuscritos pertenecientes a la época precolombina hallados en la región central de México y escritos con caracteres pictográficos sobre piel de ciervo tratada, así como tres libros: Dresde, Peresiano y Tro Cortesiano, de la cultura maya precolombina, escritos con caracteres ideográficos en fibra de corteza de un árbol, el amate.

Coetáneo

Adjetivo aplicado a las personas o cosas que tiene la misma edad o pertenecen a la misma época. Palabra empleada desde los romanos, que la formaron con el prefijo *co-* «con» y *aetas* «edad». En latín existía también el verbo *coaetanare*, que significaba «ser coetáneo», «tener la misma edad», «ser contemporáneo». En castellano hay registros de esta palabra por lo menos desde el siglo XVIII, como en este trecho de *Theatro crítico universal* (1730), de Benito Jerónimo Feijoo:

Sin embargo, a otros hace más fuerza la pureza del estilo, pareciéndoles que ha más de mil y quinientos años que no hubo autor que escribiese tan bien el idioma latino, y assí están firmes en que el escritor de esta historia es coetáneo a alguno de los primeros cesares.

Coima

A pesar de la sana tendencia a erradicar la corrupción de las altas esferas que se observa en América latina desde la última década del siglo XX, el mal todavía es crónico, y la coima, como se dice en algunos países, es la manera más rápida — y a veces la única— de llevar adelante algunos trámites, ya desde la época colonial.

El vocablo es de uso corriente, como vemos en este artículo del diario *La Nación* de Paraguay:

La representante de Transparencia Paraguay dijo que los datos demuestran que las instituciones no funcionan porque no existen procedimientos «transparentes» en la obtención de documentos públicos, como tampoco control y sanción para evitar que los ciudadanos sigan pagando coimas.

Este término, oriundo del portugués *coima* «multa», llegó al Virreinato del Río de la Plata en el siglo XVII, al comienzo para referirse a la paga del garitero, y en la actualidad se usa con el significado de «gratificación o dádiva que se da a quien facilita un negocio». La palabra lusitana proviene del latín *calumniare* «calumniar» o «acusar», pasando por el portugués arcaico *coymhar* «tomar testimonio de una falta punible».

Cólera

A comienzos de los años noventa del siglo XIX, una epidemia de cólera recorrió varios países sudamericanos, provocando un pánico que se recuerda en la novela de García Márquez *El amor en los tiempos del cólera*. Pero la dolencia ya era

conocida por los latinos, que la llamaron *cholera morbus*, y por los griegos, que la denominaron *khólēra*. El nombre de la enfermedad deriva del griego *kholé* «bilis». De *kholé*, también se originó *colecistitis*, la inflamación de la vesícula biliar (v. atrabiliario).

En 1251, *cólera* aparece con el significado de «bilis», y en 1572, con el sentido de «ira». En el *Diccionario castellano*, de Esteban de Terreros, se mencionaba la enfermedad con su nombre latino, *cólera-morbo*, y sólo hay registro de la afección como *cólera*, simplemente, en 1843.

Colmena

En los primeros estadios de la apicultura, el hombre preparaba los espacios apropiados para que las abejas construyeran allí sus colmenas. Con ese fin, los celtas solían armar campanas de paja que dieron lugar al término español, que es de origen prerromano.

Del término celta *koloenwenan*, compuesto de *koloen* «tejido de paja», derivado de *kolo* «cesta» y *gwenan* «abeja», surgió el celta *colmena*, que llegó al castellano como *colmena*, después de dejar su huella en el leonés *cuelmo*, del mismo significado.

Palabra de las más antiguas de la lengua, aparece en los primeros textos en español, como en este de Berceo, de comienzos del siglo XIII:

Fuera so del laerçio, essido so de pena, Ca en dulz vergel, çerca de dulz colmena, Do nunqua ver mengua de iantar nin de ença.

Colon

Durante algún tiempo, *kolon* fue para los griegos el nombre genérico de los miembros del cuerpo humano, pero la palabra se fue especializando y acabó por designar primero el intestino y, más adelante, una parte de su porción terminal (intestino grueso).

El vocablo pasó luego al latín *colon* y se mantuvo en el castellano. En su diccionario de 1495, Nebrija lo registra con la denotación de «parte del intestino» y «miembro», y habla también de «dolor cólico». Covarrubias, en cambio, sólo menciona esta palabra como nombre del descubridor de América y como «cierta puntuación en la escritura». Esto último es un legado de los latinos, que usaron *colon* para designar, en forma genérica, los miembros del cuerpo y, metafóricamente, una línea de un verso, lo que en español llamamos «pie». De esta acepción latina se derivó el término inglés *colon*, empleado para designar

los dos puntos en la escritura.

Entre otras palabras derivadas de colon cabe recordar *colitis* (inflamación del colon) y *colibacilo* (bacilo del colon).

Colosal

Proviene del griego *kolossós*, una palabra de origen incierto usada por Heródoto para designar esculturas gigantescas construidas en Egipto, entre las que se destacaba el *Coloso de Rodas*, una estatua de Apolo de 36 metros, erguida a la entrada del puerto de Rodas, alrededor del año 280 a. de C.

El vocablo griego fue adoptado por los latinos como *colossus*. Doscientos años después de la creación del *Apolo de Rodas*, cuando Vespasiano y Tito construyeron el Coliseo romano, le dieron ese nombre porque su tamaño, que para la época resultaba gigantesco, les recordaba las proporciones de las estatuas descritas por Heródoto. Cabe observar que los romanos no se basaron en *kolossós*, sino en su derivado *kolosiáios* «colosal».

Coloso pasó al francés hacia fines del siglo xv bajo la forma *colosse* y fue tomada por el inglés como *colossus*. En castellano aparece registrada en 1580, y su derivado *colosal* figura en el *Diccionario castellano*, de Esteban de Terreros. Covarrubias la incluyó en su diccionario, pero para designar apenas «una estatua de grande disposición, que con extremo excede la estatura natural».

Comedia

En las fiestas de homenaje al dios griego del vino, Dionisos, llamadas *komos*, solían presentarse grupos de cantores (en griego *aoidós* «aeda», «cantor», del verbo *áoidiein* «cantar») que entonaban canciones burlescas o de sátira política.

Con el tiempo, estos cantantes —que a partir de cierta época se denominaron *komoidós*— representaban breves piezas teatrales, generalmente comedias o poesías satíricas, que se llamaron *komoidía*, palabra que pasó al latín como *comædia* y de éste, al latín medieval bajo la forma de *comedia*. En las lenguas modernas, aparece en francés en el siglo xiv como *comédie*, que luego pasó al italiano en la *Divina Commedia*, de Dante Alighieri (1265-1321), de donde fue tomada por el español como *comedia*.

Puede llamar la atención el hecho de que la obra de Dante no sea precisamente lo que hoy llamamos comedia, pero lo cierto es que en italiano se usó inicialmente con el sentido de «poema alegórico», mientras que en francés se aplicó al teatro en general, al punto de que la compañía oficial de teatro de Francia se llama Comédie Française.

Cometa

¿Qué ocurriría si un enorme cometa fuese atraído por la gravitación terrestre y se precipitase sobre nuestro planeta? La perspectiva le ha parecido temible al hombre desde la remota Antigüedad, cuando la aparición de un cometa en el cielo traía consigo los más terribles presagios.

En tiempos más cercanos, expresaban un lamento de los cielos, como vemos en Shakespeare, quien en su obra *Julio Cesar* pone en boca de Calpurnia la afirmación de que «cuando muere un mendigo, no se ven cometas / pero los cielos se inflaman ante la muerte de los príncipes». Shakespeare se basó en un dato histórico: poco después de la muerte de Julio Cesar apareció en el cielo un cometa, lo que le permitió a Octavio decir que era el alma del difunto emperador que venía a darle apoyo... y se quedó con el poder.

Si un cometa cayera un día sobre la Tierra, probablemente no causaría grandes efectos; la materia de que están hechos es relativamente escasa; son nubes de polvo y de gas que, invisibles, recorren el espacio en órbitas muy excéntricas, con períodos orbitales que, en algunos casos, llegan a cientos y hasta miles de años. Cuando se acercan al Sol, se tornan visibles al quedar iluminados en la oscuridad del cielo, y, además, sus gases se excitan con la luz y brillan por fluorescencia.

Por su forma de cabellera, los griegos los llamaron *kometés*, de *komé* «cabellera» (este nombre se registra por primera vez en los escritos de Aristóteles [384-322 antes de nuestra era]), y los romanos, *cometa*. Uno de los más famosos y visibles es, sin duda, el Halley, cuyo período de traslación es de 76 años. Sin embargo, en su última aparición en 1986, decepcionó a los observadores por su escaso brillo, que no se asemejó al de las descripciones de sus pasajes anteriores.

Comicios

En Roma, *comitium* era la reunión pública de ciudadanos para tratar de asuntos de interés general y, más antiguamente, el lugar donde el pueblo se reunía.

En 1612 ya aparece en nuestra lengua con su sentido de «votación, elección», pero en portugués, la palabra —escrita *comícios*— se mantuvo más fiel a su etimología, con el significado de «acto público», «reunión pública», «manifestación».

Cómico

Debe haber pocas cosas tan difíciles de explicar racionalmente como la naturaleza de lo cómico. Incontables autores, como el filósofo y escritor francés Henri Bergson (1859-1941) en su obra *La risa* (1900) y el médico austriaco Sigmund Freud (1856-1939) en su trabajo *El chiste y su relación con el inconsciente*, han intentado esclarecer de qué reímos, pero sólo lograron buenas aproximaciones.

Bergson señaló que lo cómico sólo aparece en lo humano y que no hay comicidad en lo inanimado, y observó que aquello que nos causa gracia supone una insensibilidad transitoria, pues reímos de lo que es ridículo en los demás.

La palabra *cómico* proviene del latín *comicus* y ésta, del griego *komikós*, que significan «relativo a la comedia» (v. comedia), palabra esta última con la cual comparte el mismo origen: *komos* «fiesta dionisiaca u orgía» (v. orgía).

Comodoro

Palabra de origen francés, aparece en nuestra lengua a partir del siglo XVIII, siempre referida a comandantes británicos o estadounidenses, como en este texto de *Bilis*, de Bernard Bonafoux, de 1886:

Y el Pelayo, que se evaporó ante la amenaza del comodoro Watson, precipitándose al puerto de Barcelona para servir de Montjuich a los presos.

Comodoro —incluida en el Diccionario por primera vez en 1869— proviene de la palabra francesa *commandeur* «comandante», registrada a partir del siglo XII, que llegó al castellano a través del vocablo inglés *commodore*.

Era un título que en la Marina de Guerra de algunos países se daba al capitán de navío que tuviera a su mando más de tres buques.

Compañero

Esta palabra aparece por primera vez en nuestra lengua en las *Glosas Silenses*, anotaciones de monjes medievales al borde de manuscritos en latín, datadas en la segunda mitad del siglo XI.

Compañero se deriva del bajo latín *compania*, vocablo formado por *cum* «con» y *panis* «pan». Etimológicamente, pues, compañeros son «los que comparten el pan».

En el latín hispánico de esa época, *companionis* «compañero» dio lugar a *compañón*, forma más anticuada de *compañero*, de la que se derivó el vocablo francés *compagnon* «compañero». Así consta en la obra anónima *Los siete*

sabios de Roma, del siglo XIII:

Dixo el alguazil: —Señora, sábete que aún he miedo de ahorcarle porque el ladrón no tenía compañeros e si le catan e ge los hallan quedará en gran peligro.

Comparsa

En el norte de Italia, hacia mediados del siglo XVI, surgió una forma popular de teatro improvisado que se extendió por varios países europeos: la *commedia dell'arte* (v. pantalón), que ejerció una importante influencia sobre el arte escénico europeo.

Fue, precisamente, en la *commedia dell'arte* donde aparecieron por primera vez los comparsas, personas que se limitaban a presentarse en escena sin hablar, cantar ni bailar. El vocablo se derivó de *comparecer*, pues era lo único que los comparsas hacían: comparecer en escena.

Llegada al español, la palabra pasó a denominar cualquier grupo de personas que aparecen disfrazadas, generalmente en el Carnaval, de Cádiz a Montevideo.

Comulgar

El primer registro escrito de esta palabra en castellano pertenece al poeta Berceo. *Comulgar* —y antes, *comungar*, como se dice hasta hoy en portugués— proviene del latín *communicare* «compartir», «comunicarse con alguien», usado en las catacumbas (v. catacumbas) por los primeros cristianos para referirse al «acto de dar y recibir la comunión». Cabe recordar que los primeros cristianos vivían en *communio* «comunidad», voz que proviene de *communis* «común».

Concordato

A medida que el poder de la Iglesia católica iba aumentando durante la Edad Media, se producían choques con el poder estatal en diferentes países de Europa, choques que, en algunos casos, provocaron la excomunión de reyes, como ocurrió con Enrique IV de Alemania, quien llegó a nombrar a un segundo papa (Clemente III). A fin de impedir estos conflictos o, al menos, atenuar sus efectos, se firmaron diversos acuerdos entre la Iglesia y el Estado, que se llamaron *concordatos*, término procedente del latín medieval *concordatum* «acuerdo», formado a partir del verbo *concordare*, de *cor*, *cordis* «corazón».

En 1929 se firmó uno de los concordatos más famoso: el Tratado de Letrán, en el que se reconoció el estado independiente de la Ciudad del Vaticano. El

Vaticano celebró varios concordatos, aunque de poca duración, con países de habla hispana: Bolivia, 1851; Guatemala y Costa Rica, 1860; Honduras y Nicaragua, 1861; Venezuela y Ecuador, 1862, pero hay algunos que todavía están en vigor, como los firmados con Colombia en 1886, con España en 1953 y con México en 1990.

La palabra fue tomada por el portugués: *concordata*; el italiano: *concordato*; el francés: *concordat*, y el alemán: *Konkordat*.

Concubina

Más que vivir juntos o compartir la vida como esposos, la palabra *concubinato* significa, etimológicamente, «acostarse juntos», pues deriva del latín *con* y *cubito* «acostarse con». En muchas sociedades —tal vez la mayoría, incluso en nuestra civilización—, los hombres podían tener tantas mujeres como estuvieran en condiciones de mantener. Como ejemplo tenemos no sólo las fantasías orientales de *Las mil y una noches*, narradas por Sherezade, sino que hasta la propia Biblia nos habla de las setecientas concubinas del rey Salomón. Tal como ocurre hoy con los poderosos, disponer de varias mujeres hermosas como objeto sexual ha sido siempre símbolo de poder y fuente de prestigio, aunque la verdadera relación del poderoso con sus concubinas no siempre guardaba relación con la etimología del término (v. cortesana, eunuco).

Confeti

En el alegre Carnaval de Venecia, los festejantes se divertían arrojándose mutuamente puñados de confites (*confetti*, en italiano) en los salones de la nobleza. En las fiestas populares, en las que tarde o temprano siempre se acaba por imitar —a veces en forma caricaturesca— los usos de la clase dominante, los confites también se pusieron de moda, pero pronto fueron substituidos por el más económico papel picado, que conservó el nombre de *confetti*. Al llegar al castellano, perdió una *t*, con el fin de adaptarse a nuestra grafía.

Congreso

Para referirse al acto de caminar, los latinos usaban la raíz *grad-*, que se encuentra en *gradi* «caminar», «dar pasos». *Gressus*, el participio pasivo de este verbo, dio lugar, mediante el agregado de prefijos, a numerosas palabras en las lenguas romances. Así, de la idea de dar pasos hacia adelante, surgió la palabra *progreso*; de la de dar pasos hacia atrás, nació *regreso*; de la de ir en sentido opuesto a otra persona no se formó *agreso*, como hubiéramos esperado, sino *agresión*; de la de alejarse de algo o de alguien, se formó *digresión*; de la de

entrar en un lugar, se generó *ingreso*, y de la de caminar juntos hacia un punto de reunión, devino la palabra *congreso*.

Las acepciones de este último vocablo son varias, desde una reunión de personas para deliberar sobre algún negocio hasta el Parlamento de algunos países, incluso el propio edificio donde reside el Parlamento. También llevan ese nombre las conferencias de los miembros de asociaciones o de organismos de una profesión que se reúnen periódicamente.

Proviene de la palabra latina *congressus*, formada por el prefijo *com-* «juntos» y el ya mencionado participio pasivo *gressus*. *Congressus* se utilizó durante la Edad Media para designar las reuniones de embajadores o de príncipes que sellaban la paz al término de alguna guerra y entró en el Diccionario de la Real Academia con ese sentido en la edición de 1780, aunque allí también se admitía el significado de «lo mismo que ayuntamiento de hombre y muger» (la Academia escribió *muger* hasta 1822).

Congreso adoptó su moderno significado de Casa o Cámara Legislativa sólo después de la independencia de los Estados Unidos de Norteamérica y llegó al castellano a partir de la Constitución Española de 1837.

Connivencia

Esta palabra ha hecho rápida carrera tras la redemocratización de América latina de los años ochenta, que coincidió con una onda mundial de combate contra la corrupción. En María Moliner, *connivencia* es un «acuerdo de dos o más personas para llevar a cabo un fraude del que se benefician todas». Proviene de la palabra latina *conivere*, formada por *com* y *nivere* «cerrar los ojos dos o más personas juntas». Entre los latinos, *conivere* ya tenía el sentido de «tolerancia» o «dejar hacer» que le damos hoy. *Nivere* «cerrar los ojos» se emparenta con el griego *nictós* «noche».

Conserje

Es el encargado de cuidar de la limpieza de un edificio, con autoridad sobre los limpiadores. En una empresa, el conserje es el jefe de la conserjería, responsable por los servicios de limpieza y por la coordinación del trabajo de los porteros.

La palabra proviene de latín vulgar *conservius*, formada por el prefijo *com-* «con», «juntos» y de *servius* «siervo», «esclavo», con el significado de «compañeros de esclavitud». Con la misma denotación pasó al francés antiguo como *cumcerges*, hoy *concierge*, que tiene el mismo significado que nuestro *conserje*.

Considerar

Significa «pensar, reflexionar sobre algo con atención y cuidado» o «tratar a alguien con urbanidad y respeto».

Proviene del latín *considerare*, verbo que significa «examinar atentamente». Está formada por el prefijo *con-* y el sustantivo *sidus* «estrella» (como en *sideral*). En sus orígenes, significó «observar los astros» en busca de agujeros y otros signos del destino, de acuerdo con las creencias astrológicas nacidas, según se interpreta, con los caldeos y babilonios.

En aquellas épocas observar los astros y detenerse a pensar sobre ellos era una actividad perfectamente seria y de gran utilidad, pues se creía que permitía adelantarse a los caprichos del destino, lo que mucha gente acepta aun hoy. Con el tiempo, significó asimismo «pensar sobre algo» y, más tarde, «opinar».

El uso de *considerable* con el significado de «de gran importancia» es bastante más reciente y se origina en la idea de algo que debe ser tomado en cuenta debido a su gran tamaño o importancia.

Construir

Proviene del latín *construere*, del mismo significado, derivado de *struere* «amontonar» con el prefijo *con-*. Si en lugar de este prefijo, usamos *dis-*, formamos *destruere* «destruir», con el sentido exactamente opuesto. Si, en cambio, utilizamos el prefijo *in-*, tenemos *instruere* «instruir», lo que de alguna forma significa «construir interiormente». También podemos usar el prefijo *obs-*, que normalmente significa «delante» —con la idea de obstáculo—, y formar *obstruere* «obstruir», o sea, «amontonar para impedir el paso».

El vocablo original *struere*, mencionado arriba, se originó en la raíz indoeuropea *stru-*, a partir de la cual se formaron otros vocablos del latín y, consecuentemente, de nuestra lengua, tales como *industria*, *estructura* e *instrumento*.

Contrabando

Entre los francos, *ban* era la denominación de las numerosas prohibiciones que regían la vida de ese pueblo. La palabra se mantuvo en el francés e influyó asimismo en la formación del vocablo italiano *bando*, con el sentido de «edicto dado a conocer en forma pública y solemne».

Del italiano, *bando* llegó a Castilla con el mismo significado. Uno de estos

edictos o bandos establecía severas penas para los que trajeran mercancías del exterior sin pagar los impuestos correspondientes a la Corona. Hacerlo era contrariar el bando real, o sea, cometer el delito de *contrabando*, como explicaba Sebastián de Covarrubias en su *Tesoro de la lengua castellana*.

Control

En la época en que los mercaderes venecianos crearon el sistema de contabilidad por partida doble —con sus registros de «debe y haber», «pérdidas y ganancias», «activo y pasivo»— que perdura hasta hoy, solían utilizar dos rollos de papel: el deudor, que en el latín vulgar de la época llamaban *rotulus* «rollo de papel» o de «papiro» (v. papiro), y el acreedor, que llamaban *contrarotulus* «rollo de verificación».

Este último nombre pasó al francés como *contrerôle*, que más tarde dio lugar a *contrôle*, con el sentido actual de «inspeccionar», «fiscalizar» o «dominar».

De *contrerôle* se derivó también *controleur*, nombre del oficial encargado de llevar la cuenta de los gastos en el arma de artillería, que llegó al español como *contralor*, usado en algunos países para designar al funcionario o la oficina que se encarga de controlar los gastos públicos.

Contubernio

(V. taberna).

Cónyuge

Hasta mediados del siglo pasado, cuando la ceremonia católica del matrimonio era celebrada en latín, el sacerdote, después de oír el *sí* de los novios, pronunciaba las palabras rituales: «Ego conjungo vos in matrimonium» (Yo os uno en matrimonio), con las cuales la boda quedaba consagrada.

Conjungo era, pues, una voz del verbo *conjungere* «unir en matrimonio», formada a partir de *jungere* «juntar», «unir» y el prefijo *con-* «conjuntamente», «en común». De ese verbo se derivó *cónyuges* (*conjugem*) «los que llevan juntos el mismo yugo».

Coñac

Cuando bebemos un trago de coñac después de una cena generosa, estamos ingiriendo una bebida que se conoce en Europa desde hace casi cuatrocientos años, oriunda de la localidad vinícola de Cognac, en el sudoeste de Francia,

donde se la llama *eau de vie* «agua de vida».

El coñac se elabora a partir del vino de una variedad específica de uva, se destila dos veces en alambiques especiales y se envejece en toneles de roble.

Una leyenda del siglo XVII relata que el creador del *agua de vida* fue un comerciante holandés, quien, mientras viajaba por Francia, quedó fascinado por la calidad del vino de aquella región. Se cuenta que, muy contrariado por la imposibilidad de importar aquel vino desde Holanda debido al costo elevado del transporte, se le ocurrió una solución: destilarlo para extraerle el agua y parte del alcohol, de manera que ocupara un volumen menor, y luego, al llegar a destino, incorporarle el agua y el alcohol de nuevo. Como se podía esperar, la idea fracasó rotundamente, pero, en compensación, el *vino destilado* de Cognac se convirtió en una de las bebidas más apreciadas.

El nombre en inglés —*brandy*— recuerda la leyenda. En efecto, *brandy* proviene del neerlandés *brandewijn*, que significa algo así como «vino quemado».

Copa Melba

Helen Porter Mitchell fue una soprano australiana, la más famosa de fines del siglo XIX y comienzos del XX. Nacida en 1861 en el seno de una familia de músicos que habitaba en un suburbio de Melbourne, se destacó desde sus tiempos de colegial por su talento para el canto.

Tras casarse con un *baronet*, Charles Nisbett Frederick Armstrong, se la conoció durante algún tiempo como Hellen Armstrong, pero el matrimonio duró apenas dos años, al cabo de los cuales ella viajó a Europa para iniciar su carrera profesional. Pronto adquirió fama y fue admirada hasta por Enrico Caruso, pero se granjeó el odio de mucha gente debido a su arrogancia.

En esa época empezó a usar el nombre de Nellie Melba: Melba en recuerdo de su ciudad natal; Nellie, vaya uno a saber por qué. En 1892, el francés Auguste Escoffier, jefe de cocina del londinense Hotel Savoy, enterado de que a Nellie Melba le gustaban los helados, le preparó uno muy especial, ideado de forma tal que no fuera tan frío que afectara sus cuerdas vocales. El helado de Escoffier se conoce hasta hoy en todo el mundo como *copa Melba*, mientras pocos recuerdan a la gran soprano que lo inspiró.

Copacabana

Copacabana es el nombre de un pequeño pueblo de Bolivia, situado a la orilla del lago Titicaca, en una península que se une a tierra firme ya en territorio del

Perú. El santuario de la virgen de la Candelaria, también llamada virgen de Copacabana, está situado en este pueblo, cuya vista es maravillosa. Precisamente, el nombre del lugar proviene de la expresión quechua *quta khawaña* «mirar o contemplar el lago».

En el santuario se venera una imagen de la virgen de Copacabana. A comienzos del siglo XIX, esta imagen fue enviada a Rio de Janeiro, y el alcalde mandó construir una capilla en el barrio de Sacopenapã, que desde entonces se llama Copacabana.

Coprolalia

Recibe esta denominación el empleo de palabras obscenas en el habla. Proviene del latín *copro* «excremento» y, por extensión, «obscenidad», formada a partir del griego *kopros* «excremento», que a su vez se derivaba del indoeuropeo *kokw-ro* «excremento». La segunda parte de la palabra es el sufijo *-lalia* «trastorno del habla», del griego *laliá* «conversación».

Coqueluche

Esta palabra de origen francés fue incluida en algunas ediciones del Diccionario de la Real Academia (1927, 1950, 1983, 1989) —siempre con la marca de galicismo— como sinónimo de tos ferina.

El vocablo francés se formó a partir del bajo latín *cuculuccia*, derivado del latín *cucullus* «capucha». En Francia, antiguamente, las personas enfermas de tos ferina estaban obligadas a cubrirse la cabeza con una capucha o caperuza, lo que dio lugar al nombre francés de la enfermedad, *coqueluche*, así adoptado durante algún tiempo por el español. Se cree que la palabra francesa recibió, asimismo, la influencia de *coq* «gallo», ya que la tos ferina se conocía también como *chant du coq* «canto del gallo».

Corazón

Se trata de un vocablo extremadamente importante en nuestra cultura, puesto que los antiguos creían que este órgano era la sede de los afectos y de los sentimientos, y que de él partían los nervios hacia el resto del organismo.

Como ya relatamos en la entrada anatomía, se cuenta que el anatomista belga Andreas Vesalio, que vivió en el siglo XVI y fue uno de los primeros empiristas en su área, declaraba que había disecado varios cadáveres y que en todos había verificado que las venas y arterias salían del corazón, y los nervios, del cerebro. Vesalio, que criticaba acerbamente el saber medieval, basado en las afirmaciones

de los clásicos, dijo con ironía: «Si Aristóteles no hubiera dicho que los nervios partían del corazón, yo diría que salen del cerebro».

La palabra *corazón* proviene del latín *cor, cordis*, que se formó a su vez a partir del griego *kardia*, que tanto aludía al corazón como al estómago. El vocablo griego provenía de la raíz prehistórica indoeuropea *kerd-*, que también dio lugar al inglés *heart* «corazón».

Corazón, descendiente directo del vocablo indoeuropeo arriba mencionado, ha dado lugar en nuestra lengua a una numerosa familia de palabras. Si alguien nos resulta simpático, somos *cordiales* con él; si estamos de acuerdo, *concordamos*; si no lo estamos, *discordamos*; si hurgamos en nuestra memoria, *recordamos*; si experimentamos un impulso, *tenemos una corazonada*; si confiamos en alguien, somos capaces de *abrir el corazón*; si nos ponemos tristes, se nos *parte el corazón*, y si alguien nos conmueve, nos *toca el corazón*.

Corbata

El nombre de este accesorio para la vestimenta llegó al español a través del francés *cravate* y lo tomó de los mercenarios croatas que formaban parte del ejército francés del Antiguo Régimen, durante los siglos xvii y xviii. Estos soldados constituían un regimiento de caballería llamado *Royal-Croate* y, como parte de su uniforme, usaban en el cuello una cinta de paño rojo, una *cravate*, forma afrancesada de *croate*.

En Italia la pieza adoptó, por razones idénticas, el nombre de *corvatta* o *crovatta* y, posteriormente, *cravatta* «croata». Cabe mencionar que tanto el francés *croate* como el italiano *cravatta* se derivaron del vocablo serbiocroata *Hrvat*.

El uso del nuevo adminículo se generalizó después de la Revolución francesa. Tuvo un auge sin precedentes a mediados del siglo xix, una época en la cual se discutía sobre los mejores nudos de corbata (incorporados al uso por los ingleses) y sobre los colores más adecuados para cada situación. El diario parisino *L'Illustration* comentó la corbata negra con que el emperador del Brasil Pedro II se presentó en cierta cena en París: «N'a pas craint de se montrer en cravate noire chez son cousin le duc d'Aumale» (No teme mostrarse con *corbata* negra en la casa de su primo el duque de Aumale). En 1924 el sastre neoyorquino Jesse Langdorf le dio a la pieza su forma actual, al presentar un modelo con el corte angular en los extremos.

Corona

Proviene del latín *corona*, con el mismo significado —diadema—, que se deriva, a su vez, del griego *koróne*, aplicado a algo de forma curva o, simplemente, de

anillo. Se registra por primera vez en nuestra lengua en el siglo XIII, en los poemas de Gonzalo de Berceo.

Las primeras coronas fueron las de laurel, que se otorgaban a los generales victoriosos en Roma. En el Bajo Imperio, se hizo costumbre recoger oro en las provincias para las *coronas triunfales* de los generales; este oro se llamaba *coronarius* (sustantivo tomado del adjetivo homónimo, que significaba «referente o relativo a la corona») y se aplicó, posteriormente, al oro de mayor pureza. El primer monarca coronado fue el emperador Constantino, que convirtió el Imperio romano al cristianismo y refundó Bizancio bajo el nombre de Constantinopla. Durante la Edad Media, la corona que el papa ceñía a los reyes se convirtió en símbolo de la monarquía. En nuestra lengua, la palabra se fue transformando en sinónimo de la institución monárquica (en este caso se debe escribir con mayúscula inicial).

Como nombre de un símbolo importante de la sociedad medieval, la voz *corona* dio lugar en diversas lenguas a otros significados. Así, en distintas épocas se crearon monedas con ese nombre en diversos países: Alemania, Checoslovaquia, Dinamarca, España, Inglaterra, Islandia, Portugal y Suecia.

Hacia los siglos XVI y XVIII, *coronaria* era el nombre en español de algunas flores con forma de corona, pero también se usó, por lo menos desde el siglo XVIII, para designar cualquier estructura anatómica, ya fuera vena, nervio o ligamento, que envolviese otra, como una corona. Con el tiempo, se fue reservando sólo para las arterias que salen de la aorta y se distribuyen por el corazón, rodeándolo como una corona, y para las venas correspondientes. Tal era el sentido de *coronaria* (v. coronaria) ya en la primera edición del Diccionario de la Real Academia Española, en 1729: «La artéria: y también la vena particular del corazón. Es voz Anatómica».

Coronel

Jefe militar que comanda un regimiento.

Coronel era el oficial que comandaba una pequeña columna de soldados. La palabra, que nada tiene que ver con corona, proviene, en realidad, del italiano *colonna*, que significa «columna», o, más precisamente, de su diminutivo *colonnella*. El vocablo italiano *colonnello*, referido a un jefe militar, se registra por primera vez en Maquiavelo en el primer cuarto del siglo XVI, aunque Corominas asegura que es mucho más antiguo.

La voz *colonnello* fue adoptada por el francés en el siglo XVI bajo la forma antigua *couronnel*, que luego evolucionó hacia el actual *colonel*; de ese idioma se difundió como *coronel* al español, al portugués y al inglés, si bien en esta

última lengua se convirtió en *colonel* en el siglo XVIII.

Los grandes terratenientes de Brasil, que hasta el siglo XIX explotaron plantaciones de café y cacao con mano de obra esclava, recibían el título de coronel en cierta época, puesto que eran los únicos que contaban con su propia fuerza armada en lugares alejados, donde detentaban un poder omnímodo y, generalmente, tiránico.

Correo

Es el nombre del servicio público que tiene por objeto el transporte de la correspondencia oficial y privada, y también designa a la persona que tiene por oficio llevar correspondencia de un lugar a otro. Por extensión, es también el vehículo que lleva la correspondencia.

Palabra común a varias lenguas romances, su origen es dudoso, aunque se supone que proviene del provenzal antiguo *corrieu*, compuesta de *corir* «correr» y *lieu* «lugar». Este término también denotaba a la persona que iba de un lugar a otro con cartas y mensajes. Sin embargo, algunos han llamado la atención acerca de la importancia que puede haber tenido en su formación el vocablo del castellano antiguo *correo*, que en los tiempos del Cid Campeador significaba bolsa para llevar dinero. Esta hipótesis deja sin explicar cómo habría llegado esa palabra española, en aquellos tiempos de comunicaciones difíciles y de viajes escasos e interminables, al italiano *corriere* y al francés *courrier*, al catalán *correu* y al provenzal *corrieu*.

Es más clara la etimología del adjetivo *postal*, proveniente del latín *positus*, el nombre de los puestos de correo situados a lo largo de los caminos, destinados para el descanso de los caballos de los mensajeros.

El Diccionario registra también una acepción de la palabra *propio*, que se vincula al correo: «Persona que se envía de un punto a otro con carta o recado». En Montevideo, una gran avenida mantuvo hasta algunos años el nombre Camino de los Propios, homenaje a los mensajeros que la recorrían con cartas y mensajes —llevados «en sus propias manos»— desde un pequeño puerto en el sur de la ciudad hasta las mansiones de los gobernantes, situadas en una lujosa villa en las afueras.

Corte

En el *Cantar de Mio Cid*, uno de los textos más arcaicos en idioma castellano, la palabra *corte* ya aparece con su sentido de «séquito o acompañamiento del soberano» y también designa a los cuerpos consultivos formados por los nobles en la Edad Media. Proviene del latín *cohors*, *cohortis*, término que se aplicaba a

cada división de los campamentos de las regiones romanas y, por extensión, a las divisiones de las legiones allí acampadas.

Cortesana

En la Europa medieval, las mujeres más hermosas de una región no podían, si no eran nobles, casarse con los señores, que se emparentaban con las hijas de sus iguales para aumentar así sus dominios. Pero como la belleza no se desprecia, y algunas aldeanas eran realmente muy hermosas, igualmente se les reservaba un lugar en la corte para que los señores pudieran contar con sus favores. Eran las cortesanas, nombre que funcionaba como un delicado eufemismo para disimular el papel de prostitutas de lujo de quienes habían encontrado un atajo para estar cerca de los poderosos a través de la profesión más antigua, un artilugio que ha perdurado a través de los siglos y de las civilizaciones para llegar intacta al siglo XXI (v. corte y concubina).

Cosaco

Los cosacos eran pobladores nómadas de las estepas del mar Negro y de las montañas del Cáucaso, de origen ruso o ucraniano. Algunos autores afirman que eran siervos que habían huido de sus amos en Moscú en los siglos XIV y XV d. de C. y habían fundado comunidades rurales en las cuencas de los ríos Dniéper, Don y Ural. Estos grupos poseían tierras comunitarias y se gobernaban mediante asambleas populares, presididas por los más ancianos.

La palabra *cosaco* proviene del turco *kazak*, que significa «hombre o mujer libre».

Cosmético

(V. cosmos).

Cosmos

Proviene del griego *kosmós* «adorno» y también «universo», «todo lo que existe», que se deriva del verbo *kosmein* «arreglo», «adorno». A partir de *kosmein*, se formó *kosmetikós*, que llegaría a nuestra lengua con la forma *cosmético*.

Los griegos concebían el universo como un todo armónico y organizado, con la belleza que surgía de las relaciones misteriosas entre sus partes, como los vínculos matemáticos hallados por Pitágoras y por sus discípulos.

Costa

Para los latinos, la palabra *costa* significó en cierta época lo que hoy es para nosotros «costilla» y más tarde «lado» y «la tierra que está del otro lado del mar».

El vocablo latino se formó a partir del indoeuropeo *kost-* «hueso». La vinculación entre ambos significados, el de orilla del mar y el de costilla, tuvo origen en el francés antiguo y surgió de la idea de la costa imaginada como un *lado* del mar.

Cráter

Los griegos solían mezclar el vino con agua antes de beberlo, tal vez para aminorar los efectos del alcohol. Lo hacían en lo que hoy llamaríamos una ponchera o bol, que los helenos llamaban *krater* y los latinos más tarde denominaron *crater*. La palabra provenía del verbo *kerannynai* «mezclar», derivada del sánscrito *srayati*, que a su vez se había formado a partir de la raíz prehistórica *kere-* «mezclar», «cocinar».

En el corpus de la Academia, *cráter* aparece a partir del siglo XVI, como en este trecho de *Diálogos familiares de la agricultura cristiana* (1589), de Juan de Pineda:

[...] habiéndoles hecho gracias infinitas, comenzó a caminar, yendo ella en pos dél, y llegaron juntos al gran cráter o pila en que dice Plutarco haber visto el alma de Tespesio caer muchos y muy grandes ríos de aguas de diversos colores, donde estaban tres Genios, puestos en triángulo [...].

En el Diccionario de la Academia, *cráter* se registra a partir de 1832, con la siguiente definición:

La boca en forma de embudo por la cual respiran los volcanes, arrojando humo, lava y otras materias.

Crimen

En español, un crimen es siempre un delito grave; la palabra se usa también como sinónimo de *homicidio*, a diferencia del portugués, lengua en la cual se usa *crime* para designar cualquier delito, incluso los de menor entidad.

Este término aparece en español por primera vez en los poemas de Gonzalo de

Berceo, mientras que *criminel* ya había llegado al francés en el siglo XI, en la *Canción de Rolando*, y la forma primitiva *crimne* se registraba en esa lengua hacia 1160.

Si esto por ti viene, eres mal acordado,

Si otro lo conseia, eres mal conseiado,

Rey guarda tu alma, non fagas tal pecado,

Ca serie sacrilegio, un crimen muy vedado.

G. de Berceo

El origen más remoto parece estar en la base indoeuropea *krei-*, que también dio lugar a palabras como *crisis*, *crítico* y *discriminar*, entre muchas otras. En particular, la forma sufijada *krei-men* significaba «delito» en las lenguas indoeuropeas, de donde pasó al griego *krima*, con el significado de «acusación», pero más adelante se usó para designar la conducta de quien era acusado, o sea, el delito o crimen.

Krima dio lugar en latín a *crimen*, *-inis*, con significado similar al griego y, a partir del latín, la palabra fue tomada de las lenguas romances por el inglés (*crime*). En alemán, el término usado para crimen procede de otro tronco lingüístico, aunque también se usan *Kriminalität* «criminalidad» y *Krimi*, que designa a las películas y novelas policiales.

Crioscopia, crioscopia

Estas dos palabras, que sólo se diferencian por una tilde, tienen la misma etimología y significados cercanos. Se formaron a partir del griego *krios* «frío» con *skopein* «mirar». Pero en este caso la etimología nos dice poco acerca del significado. Empecemos por *crioscopia*: es el «estudio de las leyes que rigen la congelación de las disoluciones» y también la «determinación del peso molecular de una sustancia por la variación del punto de congelación de sus disoluciones». En cambio, *crioscopia* es la «determinación del punto de congelación de un líquido en el que está disuelta una sustancia, para conocer el grado de concentración de la solución». Actualmente, la determinación del punto de congelación se lleva a cabo mediante un avanzado aparato electrónico llamado *crioscopio*.

Criselefantino

Este adjetivo; que no está registrado en el Diccionario, significa «hecho de oro y marfil». Denomina una técnica de origen asiático usada ampliamente por los artistas de la Antigüedad griega y romana que consistía en recubrir un núcleo de madera con oro en la ropa y con marfil en las partes del cuerpo que aparecían a la vista.

Poco usada en nuestra lengua, excepto en contextos poéticos o de artes plásticas, la palabra *criselefantino* se formó mediante la yuxtaposición de *cris* «oro», «de oro» y *elefantino*, por el marfil extraído de los colmillos del elefante.

Llegaron los emisarios del rey al oráculo de Delfos con espléndidos presentes para la divinidad, entre los que se contaban un primoroso obelisco de oro y una colosal estatua criselefantina de Apolo.

Crisis

Si alguien dice que un país está *en crisis*, no es necesariamente una mala noticia; una crisis puede ser el anuncio de cambios favorables y del fin de problemas y dificultades. El Diccionario atribuye a esta palabra el significado de «cambio brusco» —para bien o para mal— en el curso de una enfermedad o de procesos físicos, históricos o espirituales. Crisis se aplica también a los momentos decisivos de situaciones graves o de repercusiones importantes.

La prensa y la ciencia política han impuesto una nueva acepción —también recogida por los diccionarios— que hoy es la de uso más frecuente: «situación de dificultades económicas, caracterizada por inflación y escasez de mercaderías». La palabra llegó a nosotros a partir del latín *crisis*, y ésta, del griego *krisis*. El vocablo griego se derivó del verbo *krinein* «separar», «juzgar», «decidir». Este verbo también está en el origen de palabras como *criticar* y *criterio*, entre otras.

Cristianismo

Jesús de Nazaret se presentó a sus seguidores como el Mesías esperado desde hacía muchos siglos por el pueblo judío. Este vocablo se derivaba del hebreo *Masiah*, que más tarde fue traducido al griego como *Christós* «ungido», proveniente del verbo *chriein* «ungir».

Los primeros discípulos de Jesús se llamaban entre sí *los hermanos*, *los escogidos* o *los fieles*, mientras que los demás se referían a ellos como *nazarenos*

o *galileos*. Hacia el año 50 (obviamente, de nuestra era), los habitantes de Antioquía comenzaron a llamarlos *christianós* «fieles al Mesías, al Cristo», dando así origen a las palabras *cristiano* y *cristianismo*.

Crónico

En la mitología griega, Cronos, el dios del tiempo, era una de las divinidades más antiguas. Hijo de Urano, el dios del Cielo, y de Gea, la Tierra, fue elegido por su madre para vengarse de su padre. Según cuenta la leyenda, cortó los testículos de Urano con una hoz que le proporcionó Gea, ocupó el lugar de Urano en el cielo y se casó con su hermana Rhea, con quien engendró a Zeus. Se cree que el mito de Cronos es una helenización de antiquísimas tradiciones sirias e hititas.

Khronos (la palabra griega para tiempo) y *khronikós* «relativo al tiempo» son voces heredadas por el latín, que llegaron a nuestra lengua unos tres mil años después de nacida esta leyenda, en vocablos como *crónico*, *crónica*, *cronológico*, *cronómetro*, *diacrónico* y *sincrónico*.

En latín, *chronica*, plural neutro del adjetivo *chronicus* «cronológico», era el nombre de los libros de cronología y llegó al español antiguo bajo la variante *corónica*, mientras que desde muy temprano se llamó *cronistas* a quienes escribían estos libros y crónicas, y como adjetivo, designaba a las enfermedades sin cura, ya que perduraban en el tiempo. Más recientemente se ha dado ese nombre a las narraciones periodísticas que se ciñen al mero relato de los hechos.

Anacronismo (v. anacronismo), que se refiere a algo que ha sido puesto fuera de su tiempo, nos llegó directamente del griego *anakhronismós*, con el mismo significado, mientras que *sincronismo* «correspondencia en el tiempo de las diferentes partes de un proceso» procede de la voz griega *synkhronismós*.

Crupier

Es el nombre que se da al funcionario de un casino que se encarga de dirigir el juego, repartir las cartas, controlar las apuestas, etcétera.

Su empleo en nuestra lengua data de mediados del siglo xx, como en este texto de Gonzalo Torrente Ballester:

Fui conducido a un lugar mal alumbrado en que docena y media de hombres y mujeres se sentaban alrededor de una mesa -gente que no se había acostado, vestidos los más de noche, un poco fantasmales todos, silenciosos, casi inmóviles, si no eran las manos, que arrojaban fichas o movían cartas, y las voces del crupier.

La palabra proviene del francés *croupier*, del mismo significado, que se formó a partir de *croupe* «ancas o grupa de un caballo» para aludir, inicialmente, a la persona que en el casino se sitúa detrás de un jugador, como si cabalgara en la grupa, con el fin de aconsejarlo sobre el juego.

Cuaderno

El cuaderno que usábamos en la escuela, como el que utilizamos hoy para anotar números de teléfono, tomó su nombre del bajo latín *quaternum* «cuádruple» porque antiguamente los cuadernos se formaban al plegar en cuatro partes una hoja grande de papel.

Cuartel

Se deriva del catalán *quarter*, con el sentido de «cuarta parte» —ya sea de un escudo, de un distrito o de una ciudad—, pero la denotación actual de «alojamiento de una tropa en campaña» se tomó del francés *quartier* y, posteriormente, pasó a denominar también el «lugar donde se alojan las tropas». En la Galia romana, la palabra francesa, que hoy se traduce como *barrio*, designaba «cada una de las partes en que se dividía una región», del latín *quartarius* «cuarta parte».

Cuadrero

En cierta ocasión le preguntaron al autor si la etimología de *cuadrero* era la misma que la de *cuadrilla*, puesto que el primer vocablo se refiere a un delincuente, y el segundo, a un grupo de ellos. La respuesta es que ambas palabras responden a etimologías diferentes y sólo tienen en común el hecho de derivarse del número cuatro, aunque por diferentes caminos.

Los latinos llamaban a los cuadrúpedos *animalia quadrupedia* «animales de cuatro patas», lo que dio lugar en el español medieval a *cuadrúpea* y a formas semejantes, tales como el localismo *quatropea*, usado en algunos lugares de Europa. De este origen es la antigua germanía española *cuatro* «caballo», de la cual se derivó *cuadrero* «ladrón de caballos».

Cuadrilla, en cambio, proviene de la costumbre militar medieval de dividir un batallón o una hueste en cuatro partes para repartir el botín. Luego se llamó así a un «bando o facción», no necesariamente violento, y más tarde a un «grupo de personas que se unen para un fin determinado», sobre todo si van armadas.

Cuatro

El nombre del número cuatro nos viene desde la prehistoria y es la base de una numerosa familia de palabras. *Cuatro* llegó a nosotros a través del bajo latín *quatro*, *quattro* o *quattor*, y estas tres formas, del latín clásico *quattuor*, tomada del indoeuropeo *kwetwer-*, *kwetwor-* «cuatro».

Dio lugar a voces aparentemente tan remotas como *cartabón*, *carné* (v. carné), *cuartel* (v. cuartel), *escuadra* (v. escuadra) y *trapecio*, además de otras más obvias, como *cuadro*, *cuadrado*, *cuaderno* (v. cuaderno).

Cubierto

Además de participio pasivo del verbo cubrir, *cubierto* es también, según la definición del Diccionario de la Real Academia (1729):

El servicio de mesa que se pone a cada uno de los que han de comer, y se compone de plato, cuchillo, cuchar, tenedor, pan y servilleta: y porque ésta se pone encima de todo, se llamó cubierto.

No hay indicios de que el vocablo castellano se haya originado en su equivalente francés *couvert*, que puede haberse formado de manera independiente. Los etimólogos hispanohablantes y los franceses coinciden en que ambas palabras proceden del latín *cooperire* «cubrir».

Como curiosidad, cabe mencionar que la palabra alemana para cubierto, *Gedeck*, se formó a partir del verbo *decken* «cubrir».

Cucaracha

La cucaracha, un insecto cuyas tres mil setecientas especies inspiran repugnancia a la mayoría de la gente, nos acompaña desde el propio surgimiento de nuestra raza, puesto que está en el planeta desde hace unos trescientos veinte millones de años.

El nombre de este insecto aparece por primera vez en español hacia mediados del siglo XVI, derivado de *cuca*, la oruga de la cual nacen algunas mariposas. Según Corominas, cucaracha es una palabra de creación expresiva, originada en el habla infantil sobre la base del nombre de aquella mariposa.

Este término pasó al inglés en el siglo XVII, pero no es difícil imaginar los problemas con que tropezaban los anglohablantes para pronunciar un vocablo tan ajeno a las formas inglesas. Así, lo adaptaron uniendo dos palabras de esa lengua que nada tienen que ver con el asunto, *cock* y *roach*, que juntas suenan de forma más o menos parecida.

Cuclillas, en

Estar en cuclillas es, literalmente, adoptar la postura de una gallina clueca. Hacia la segunda mitad del siglo XVI, se decía *en cluquillas*, y antes aún, *en cloquillas*, derivado de *clueca*, por ser ésta la posición que adopta la gallina para empollar sus huevos.

El siguiente ejemplo de una de las formas más antiguas pertenece a *Vida del escudero Marcos Obregón* (1587), de Vicente Espinel:

Tornéme a mi rincencillo —aunque no maniatado— y púseme en cluquillas las dos manos en el rostro y los codos en las rodillas, por que no me conociese el músico, pensando en mil cosas.

Culebra

Los autores clásicos latinos llamaron *colubra*, *-ae* a las serpientes, pero en latín medieval la palabra se convirtió en *colobra*, que entró al castellano como *culuebra*, según hallamos en los textos de Berceo, y más tarde adoptó la forma *culebra*.

En portugués, *colobra* se convirtió en *cobra*, que en el siglo XX llegó al castellano, pero con la denotación específica de «serpiente de anteojos», una víbora venenosa de un metro de longitud.

Culebrilla

Todos hemos oído hablar del herpes, una enfermedad de la piel extremadamente dolorosa causada por al menos tres tipos diferentes de virus. El herpes labial suele aparecer, como su nombre lo indica, en los labios, con aspecto de racimo de ampollas. Otra forma, conocida popularmente como *culebrilla*, puede presentarse en el vientre. En algunos tipos de cáncer, esta dolencia se desarrolla sobre la piel, encima del tumor y se extiende con éste. Según una antigua creencia, el paciente muere cuando los dos extremos de la culebrilla se tocan. Lo que ocurre es que, cuando el cáncer alcanza esa extensión, el paciente suele estar ya en estado terminal.

Veamos el origen de estas palabras, todas ellas unidas por un hilo conductor, la idea de serpiente, por lo menos desde el tiempo de los griegos. *Herpes* proviene de la palabra griega *erpe*, *erpetós*, que significa, precisamente, «culebra» o «serpiente». Lo curioso es que *serpiente* procede de latín *serpere* «arrastrarse», también derivada del griego *erpe*, *erpetós*. Isidoro de Sevilla, uno de los

primeros etimólogos de la historia, habla de una dolencia cutánea, que parece ser el herpes, a la que da el nombre de *serpedo*, *serpedinis*.

Podríamos pensar que un *herpetólogo* es un médico especializado en el tratamiento del herpes, pero no es así: el Diccionario nos informa que se trata de un especialista en reptiles.

Cutiano

No se cuenta, ciertamente, entre las palabras más recientes de nuestra lengua. En realidad, después del siglo XIII, *cutiano* ha sido usada en rarísimas ocasiones (el autor encontró una sola después del siglo XVI) y siempre por esnobismo, de modo que uno puede preguntarse qué hace este arcaísmo en el Diccionario de 2001, siglo XXI, que no sea quitarle el lugar a otros vocablos que tienen vida y vigor en el idioma real.

Sin embargo, allí está, de modo que vamos a verla. En las obras de Berceo, como en las de otros literatos de la Baja Edad Media, *cutiano* aparece con el sentido de «cotidiano» y, del mismo modo que esta última, tan frecuente en nuestra habla cotidiana, valga la redundancia, proviene del latino *quotidianus*, formada a partir de *quotus* «cada» y *dies* «día».

Cutis

El vocablo español proviene del latín *cutis*, que denominaba tanto la piel humana como el pellejo de las frutas; en el primer caso, se usaba con un matiz semejante a *tez*. En nuestra lengua conservó al principio el género femenino que tenía en latín, pero en el primer Diccionario de la Real Academia se recomendaba para este sustantivo el género masculino. El adjetivo *cutáneo* y el sustantivo *cutícula* se derivaron de esta palabra.

La voz latina proviene del indoeuropeo *ku*, en su forma sufijada *ku-ti*, que también dio lugar en inglés a *skin*.

D

Daguerrotipo

El artista francés Louis Jacques Mandé Daguerre (1789-1851) se había especializado en pintar cortinas que servían como fondo de escenarios teatrales. Puesto que poseía una gran creatividad, Daguerre buscó innovaciones llamativas para que sus escenarios fueran más impactantes, y así inventó el *diorama*: una cortina transparente en cada uno de cuyos lados pintaba una escena distinta y, mediante efectos de iluminación, lograba que los espectadores vieran imágenes diferentes.

El efecto que la luz ejercía sobre las sales de plata, tornándolas más oscuras, ya era conocido. Niepce, que trabajaba con Daguerre, había realizado algunos modelos, pero sin utilidad práctica. Daguerre usó placas de cobre recubiertas de sales de plata, que se oscurecían por incidencia de la luz en las zonas de mayor luminosidad. Después mojaba la superficie con tiosulfato de sodio, y los granos de sal que no habían sido ennegrecidos eran eliminados, con lo que se formaba una figura permanente. Pero el proceso era prolongado y engorroso; harían falta otros hallazgos antes de que la fotografía empezara a abrirse camino.

Sin embargo, las imágenes de aquella época —llamadas *daguerrotipos*— siguen siendo admiradas actualmente.

Dalia

Es el nombre de un género que comprende las veintiocho especies de plantas vivaces de raíz tuberosa de la familia de las *compositae*, oriundas de América Central y de México. Fueron introducidas en Europa en 1789 por el botánico sueco Anders Dahl, un discípulo de Carl von Linné. Fue este último, al crear su nomenclatura binómica, el que llamó *dalia* a este género, en homenaje a Dahl.

Daltonismo

El físico y químico británico John Dalton (1766-1844), conocido como el padre de la física moderna por haber desarrollado la primera teoría atómica de la materia, no se tornó inmortal por sus obras tan importantes, sino por una enfermedad que padecía y que no había sido descrita hasta entonces: la dificultad para distinguir colores. Compartía esta deficiencia con su hermano. La

describió en 1794 en *Hechos extraordinarios sobre la percepción de los colores*, y él mismo la denominó *daltonismo*.

Esta patología es de origen hereditario, y su aparición está vinculada al cromosoma x, que determina el sexo femenino: se trata de un caso típico de herencia ligada al sexo. Como las mujeres tienen dos cromosomas x, uno del padre y otro de la madre, es necesario que ambos progenitores sean portadores del gen deficiente para que la dolencia se manifieste en una mujer. Como los hombres tienen un solo cromosoma x, basta con que éste le sea transmitido por su madre para que padezca daltonismo. Por esta razón, los daltonianos del sexo masculino son siete veces más numerosos que las mujeres que lo sufren.

El daltonismo se manifiesta de dos maneras: como acromatopsia o ceguera completa para los colores, en la que todos los matices se perciben como variedades de gris, y como discromatismo, que consiste en la incapacidad de distinguir el rojo y el verde o, menos frecuentemente, el azul y el amarillo.

Dama

Proviene de la antigua palabra francesa *dame*, con el mismo significado, que ya aparece en la *Canción de Rolando* (1080), formada a partir del latín *domina* «ama», «matrona», «señora de una cierta condición».

En los estados modernos se usa el término *primera dama* para aludir a la esposa del presidente o, en otros casos, del primer ministro. En el juego de ajedrez, la dama es la pieza más poderosa y sólo cede en importancia ante el rey.

Damajuana

En el siglo xvi, los marineros del sur de Francia llamaban en tono humorístico *dame-Jeanne* a las botellas gruesas que hoy llevan diez o veinte litros, comparándolas con mujeres ventradas. La palabra apareció por primera vez en 1586, en una obra de René de Laudonnière —el conquistador francés de Florida—, y Corneille la empleó en 1601 con la forma *damejane*, equivalente al catalán *damajana* y al provenzal *damajano*.

Según Corominas, la Academia incluyó *damajuana* en su diccionario en 1822 como voz provincial de Andalucía.

Deán

En los monasterios medievales, era el jefe de un grupo de diez monjes. Proviene del francés antiguo *deien* y éste, a su vez, del latín *decanus*, que deriva,

precisamente, de *decem* «diez». (V. decano).

Corominas observa que *deán* es una de las palabras eclesiásticas francesas introducidas con la reforma cluniacense (del monasterio de Cluni), de la Orden de San Benito, y que llegó al inglés con la misma grafía.

Decálogo

Los Diez Mandamientos —las Tablas de la Ley, que Jehová entregó a Moisés en el monte Sinaí, según la Biblia (Éxodo 20,1-17 y Deuteronomio 5,6-21)— representan el pacto entre Dios y el pueblo de Israel, y constituyen una síntesis de las prescripciones fundamentales de la religión israelita.

En las distintas citas bíblicas se los nombra como «los Diez Mandamientos»; incluso Filón de Alejandría, en el siglo I de nuestra era, hace referencia a ellos de esa forma: *oi deka lógoi* (los Diez Mandamientos). San Ireneo (140-202), obispo de Lyon, utiliza por primera vez el cultismo *dekálogos* en su obra *Contra las herejías* (180). Se trata de un término griego formado por *deka* «diez» —con origen en el indoeuropeo *dekm* «diez»— y *logos* «palabra», «revelación divina», que pasó al latín como *decalogus*, vocablo usado inicialmente por Tertuliano en el siglo II.

La primera documentación en castellano antiguo que incluye este término pertenece a Alfonso X el Sabio (1221-1284) en su obra *General estoria I*:

Mando las nuestro sennor a Moysen fazer delgriego tanto es enel lenguaje de castiella como.x. & logos como razon donde es compuesta esta palabra Decalogo. Onde decalogo como auemos dicho tanto es segund esto. como.x. razones. o razones de.x. & esto es destos.x. mandados.

Decano

Es la denominación que corresponde al miembro más antiguo de un grupo, cuerpo o junta, y también se llama así al que dirige una facultad o colegio universitario, aunque no sea el miembro más antiguo. Deriva del latín *decanus* (en los monasterios, «jefe de un grupo de diez monjes») y éste, del latín *decem* «diez». (V. deán).

Defensa

Antiguamente, y aun hoy en muchos países, los organismos oficiales encargados de asuntos militares se llamaban *Ministerio de Guerra*, un nombre que aludía

exactamente a la función que cumplían: hacer la guerra o prepararse para ella. Sin embargo, con el paso del tiempo, los gobernantes fueron comprendiendo que la guerra suele ser una empresa que da poco prestigio y que quienes se defienden de ella se granjean más simpatía por parte del público y de la prensa. Los ministerios pasaron a llamarse, simpáticamente, *de Defensa*, así como las asignaciones presupuestarias se llamaron *gastos de Defensa*, aunque estuvieran destinadas a atacar a otros países. En efecto, mientras hoy se entiende que hacer la guerra es una tarea menos noble de lo que se creía algunos siglos atrás, las invocaciones a la defensa nacional todavía despiertan sentimientos patrióticos. Algún ingenuo podría pensar que, si todos se defienden, nadie hará la guerra, pero los hechos no confirman esta suposición.

Defensa se formó en latín a partir del verbo latino *defendere*, que se derivaba a su vez del verbo arcaico *fendo*, *-ere* «incitar», «estimular», «golpear», que ya no se usaba en la época clásica. A este verbo se antepuso el prefijo *de-*, que en este caso significa «rechazar, repeler», para formar *defendere* «rechazar a un enemigo», «proteger o protegerse». Si a *fendere* se le antepone el prefijo *ob-* «hacia delante» (con el sentido de oposición), éste se convierte en *of-* (por estar antes de *f*) y se forma *offendere* «chocar con algo», «golpear algo», «disgustar a alguien», de donde se derivó nuestro verbo *ofender*.

Déficit

En la Administración pública recibe este nombre el monto de recursos que falta para cubrir los gastos del Estado. Este sustantivo fue tomado del latín, lengua en la cual cumplía otra función gramatical: tercera persona del singular del verbo *deficere* «faltar», «hacer falta». Así, Séneca decía *deficit pecunia* «le falta dinero».

Como ocurre con *superávit* (v. *superávit*), el plural en español de *déficit* se forma añadiendo *-s*.

Déficit se escribe con tilde por ser palabra esdrújula.

Degradar

Proviene del verbo latino *degradare*, formado por el prefijo privativo *des-* y el sustantivo *gradus*. En el Código de Justiniano, redactado en el siglo VI d. de C., aparece con el significado de «desautorizar», «privar del grado», «privar de la dignidad», o sea que el significado de *degradare* y de su forma española *degradar* no se alteró mucho en el correr de los últimos quince siglos.

Entre los militares existe una *ceremonia de degradación* para aquellos oficiales que han *violado el honor*, en la cual el oficial es humillado en la plaza de armas

de un cuartel: se le arrancan los galones y se rompe el sable que se le había entregado al salir de la Escuela Militar.

En varios países de América latina, durante las dictaduras de la segunda mitad del siglo xx, se aplicó la degradación a los militares que defendieron la democracia y los derechos humanos; más tarde, con la restauración democrática, fueron degradados los violadores de derechos humanos.

Delfín

(V. golfo).

Delirar

Entre los romanos, la acción de roturar la tierra con un arado era aludida mediante el verbo *lirare* «hacer surcos», proveniente del sustantivo *lira* «surco». *Delirare*, palabra formada por la anteposición de *de* —que señala apartamiento— a *lira*, significó inicialmente «salirse del surco», pero más tarde adquirió un nuevo sentido, «salirse del surco de la razón», o sea, «desvariar», «delirar», esta última registrada por primera vez en español hacia 1590.

Es particularmente conocido el delirio de los alcohólicos en la última fase de su enfermedad, denominado *delirium tremens* o *delirio tembloroso*.

Democracia

Sistema político en el cual el pueblo ejerce el gobierno directamente o a través de la elección de representantes.

Democracia proviene del latín tardío *democratia* y ésta, del griego *demokratía* «gobierno del pueblo», formada por *demos* «pueblo» y *kratein* «gobernar», de *kratos* «fuerza».

En el siglo v a. de C., durante el gobierno del estratega Pericles, surgió en Atenas un régimen político basado en decisiones populares. Los ciudadanos se reunían en la *ekklesia* «asamblea popular» para deliberar y decidir sobre las grandes cuestiones del gobierno. Sin embargo, la mayoría de los habitantes de Atenas eran esclavos o *metekos* «extranjeros», y los ciudadanos que participaban efectivamente en la vida política ateniense no pasaban del diez por ciento de la población.

La democracia resurgió en Europa durante la Edad Media en lugares aislados, como en los cantones suizos y en algunas repúblicas alemanas o italianas, y el prestigio del término se fue fortaleciendo con el ascenso gradual de la burguesía.

El primer registro de uso de *democracia* en español data de 1640. Y en el Diccionario de la Real Academia de 1732 (*Diccionario de autoridades*), ya estaba incluida. No obstante, la voz *democracia* se hizo más conocida en la Revolución francesa (1789), con la caída de la monarquía en Francia y la posterior democratización de los regímenes monárquicos en la mayor parte de Europa.

Desde entonces, tanto los gobiernos basados en el capitalismo como los países comunistas de Europa y de Asia, además de Cuba, se atribuyeron la calificación de *democráticos*. Sin embargo, la democracia ejercida directamente por los ciudadanos —tal como en Atenas— parece no ser viable en nuestro tiempo debido a la complejidad del Estado, que adopta formas representativas mediante las cuales el pueblo ejerce su soberanía por medio de representantes elegidos para tal fin.

A partir de *democracia*, se formaron palabras derivadas, tales como *demócrata*, *democratizar* y *democratización*.

Entre los peligros del régimen democrático, se ha señalado el de la aparición de demagogos, vocablo formado por las voces griegas *demos* «pueblo» y *agein* «conducir». Los demagogos son líderes que seducen al pueblo con sus promesas y lo conducen por caminos equivocados. A pesar de este significado, demagogo fue inicialmente un título honorífico que se concedía a líderes populares y personalidades ilustres en la ciudad griega —como el reformador Solón— en reconocimiento por la forma como conducían al pueblo.

Demonio

El demonio es una criatura multiforme, según la creencia cristiana. Y las palabras con que es designado así lo confirman, como mostró Daniel Defoe en su *Historia del diablo*, obra en la que enumera los siguientes nombres del demonio, extraídos de la Biblia: «Serpiente, Serpiente Antigua, Gran Dragón Rojo, Acusador, Satán, Enemigo, Belial, Belcebú, Mammon, Ángel de Luz, Ángel del Abismo, Ángel de las Tinieblas, Príncipe de la Potencia del Aire, Lucifer, Abaddhon, Legión, Dios de este siglo, Espíritu Impuro, Espíritu Inmundo, Espíritu Embustero, Tentador, Hijo del Amanecer».

Demonio proviene del griego *daimon* «dios», «divinidad», cuyo diminutivo *daimonion* significaba «genio», «divinidad inferior», denotación con la cual pasó al latín *daemonium*.

De esos apelativos, cabe señalar que Belcebú proviene del hebreo *ba'alcebub*, nombre de la divinidad de los filisteos, pueblo indoeuropeo enemigo de los judíos, que ocupó la región hoy llamada Palestina. A su vez, *diablo*, usado como

sinónimo de demonio, proviene del latín tardío *diábolos*, que significa «el que divide, calumnia y desune».

Pandemónium, la capital del reino de los demonios, es una palabra creada en el siglo XVIII por el escritor épico inglés John Milton en *El Paraíso perdido*, como antónimo de *panteón*, para denominar el palacio de Satanás, habitado por todos los demonios.

Dengue

El primer registro que aparece en nuestra lengua de esta palabra data de 1732, en la primera edición del Diccionario de la Real Academia Española, lo que significa que hubo registros anteriores que no han llegado hasta nosotros. Pero en esa primera mención, *dengue* aparece usada no como nombre de una enfermedad, sino como un comportamiento propio del sexo femenino, muy al estilo del siglo XVIII:

Melindre mugeril, que consiste en afectar damerías, esguinces, delicadézas, males y à veces disgusto de lo que más se suele gustar. Es voz modernamente inventada.

Algunos etimólogos afirman que la palabra española proviene de una voz de la lengua africana swahili: *dinga*. Sólo en 1914, melindre cede su lugar a una «enfermedad febril, epidémica y contagiosa, que se manifiesta por dolores en los miembros y un exantema semejante al de la escarlatina». Como los pacientes quedan prácticamente inválidos durante algunos días, se cree que el dengue ha tomado su nombre del *melindre*, antes definido por este vocablo. El sentido de melindre o mimo perdura hasta hoy en lengua portuguesa en *denço* «melindre» y en *dençoso* «melindroso».

El dengue es una enfermedad viral caracterizada por cefaleas muy intensas y dolores insoportables en las articulaciones, síntoma que en muchos lugares le ha valido el nombre de *fiebre rompehuesos* (en inglés, *breakbone fever*). El virus se transmite por la picadura de los mosquitos *Aedes aegypti* y *Aedes albopictu*, que lo reciben al succionar sangre de personas contaminadas. Según la OMS, anualmente se infectan de dengue unos cincuenta millones de personas. La dolencia se circunscribió a parte del Asia durante muchos años, pero se extendió, en la segunda mitad del siglo XX, a Sudamérica, a América Central y, en el Caribe, a Puerto Rico y a Cuba. Este último país fue el que logró mejores resultados en la lucha contra el dengue.

Denuesto

Dirigir un denuesto contra alguien, o sea, denostarlo, equivale a deshonrarlo, a afrentarlo gravemente. La palabra proviene del latín *dehonestare*, con el mismo significado. Registrada con profusión hasta el siglo XVI, ha venido cayendo en desuso.

Vemos un ejemplo en este trecho de *La Celestina*, de Fernando de Rojas, obra publicada por primera vez en Burgos, en 1499:

Querría passar la vida sin embidia, los yermos y aspereza sin temor, el sueño sin sobresaltos, las injurias con respuesta, las fuerças sin denuesto las premias con resistencia.

Derivar

Término muy usado en libros sobre etimología, puesto que las palabras están en cambio permanente y se *derivan* unas de otras, o sea, su significado *se desvía* hacia un nuevo cauce.

Derivar proviene del latín *derivare*, verbo formado a partir de *rivus* «arroyo», que significa, precisamente, «desviar las aguas de su cauce», «darles otra dirección».

Es necesario tener en cuenta que cuando *derivar* se usa en el sentido de «andar a la deriva», es decir, «ser llevado por la corriente», se trata de otra palabra, tomada del francés *deriver*, y ésta, del inglés *to drive*.

Derrota

En la *Canción de Rolando*, un poema épico que representa una de las primeras expresiones de la literatura de la lengua francesa, se empleaba la palabra *rompre* con el sentido de «romper, dividir un ejército o una fuerza enemiga». Este antiguo verbo francés dio lugar al sustantivo *rote*, que hacia el siglo XII denotaba una «cuadrilla, un grupo de hombres, generalmente armados». Del sustantivo *rote* se derivó otro verbo, *desroter*, que significaba «desbandar, dispersar», a partir del cual, algunos siglos después, se formaría el sustantivo *déroute* «desbandada». Al cruzar los Pirineos y llegar a la península ibérica a fines del siglo XVI, *déroute* se cruzó con la palabra castellana *rota*, la misma que usamos hoy como participio del verbo romper, pero que en aquella época se usaba también con el sentido de «revés militar», y del encuentro de *rota* con *déroute*, se formó el vocablo *derrota*.

Es preciso mencionar que una palabra homónima, de origen diferente, ya existía en castellano con el sentido de «rumbo», pero hoy es anticuada y sobrevive

apenas en palabras como *derrotero*.

Desahuciar

Quitar el médico la esperanza de curación, incluso de supervivencia.

Algunos comentaristas económicos lo han usado en los últimos años para referirse a la economía de un país, en el sentido de que no tiene esperanzas de recuperación. Y no sin razón: *desahuciar* proviene del español antiguo *ahuciar* y, antes aún, *afiuzar* «conceder crédito a alguien». En el siglo XIII, en los poemas religiosos de Berceo, ya aparece *fiuza*, con el significado de «confianza», derivada del latín *fiducia*.

Desastre

La antigua creencia de que las posiciones relativas de los astros y estrellas tienen alguna influencia sobre la vida de las personas dio lugar al surgimiento de numerosas palabras referentes a ideas sobre la suerte o el azar. Un ejemplo es *desastre*, procedente del provenzal antiguo *desastre*, que denotaba «desgracia» y provenía del italiano *disastro*, con el mismo significado. El provenzal tiene también otro término, *malastre*, para referirse a un hecho infortunado causado por la mala influencia de los astros.

Desastre aparece por primera vez en nuestra lengua en 1444, en el *Laberinto de fortuna*, de Juan de Mena (1411-1456).

Desbarajuste

Este sustantivo, que denota «desorden y confusión», proviene del verbo *desbarajustar* «desordenar», registrado en el Diccionario de la Academia desde 1843. Sin embargo, ya se encontraba como *desbarahustar* en el *Tesoro de las lenguas francesa y castellana*, de Oudin (1607).

El escritor Ricardo Palma utiliza *desbarajuste* en *Tradiciones peruanas* (1876):

De seguro que ellos no habrían puesto fin al desbarajuste sin el apoyo de un joven y bizarro oficial que cruzó de pronto por en medio de la turba, desnudó la tizona, que era de fina hoja de Toledo, y arremetió a cintarazos con los alborotadores.

Al parecer, *desbarajustar* se derivaría de una palabra del siglo XV, *barahustar*, con el significado de «golpear con lanza» y, más tarde, «parar un golpe mediante una lanza». Aunque no fue posible determinarlo con certeza, se cree que *barahustar* estaba compuesto por *vara* y por un verbo, *hustar*, derivado del latín

tardío *fustare* «azotar», «golpear».

Descarado, desfachatado

La siempre sorprendente historia de las palabras parece decirnos que la vergüenza la llevamos en la cara —del griego *karós* «cabeza»— como parte del equipaje con que venimos al mundo, y que el sujeto desvergonzado, en consecuencia, no tiene cara; es *descarado*. En italiano, la palabra *faccia* «cara» sufrió una evolución semejante, que luego repercutió en el castellano. En efecto, a partir de *faccia*, surgió *sfacciato* «desfachatado, descarado» y *sfacciatezza* «desfachatez», «descaro».

Desflorar

Desde la Roma antigua, la virginidad ha sido considerada como una flor que la joven guarda para su esposo. Aunque esto raramente ocurre en el siglo XXI, la lírica imagen ha sido alimentada desde entonces por muchos clérigos e incontables poetas. Flor tan preciada que la legislación de numerosos países prevé aun hoy la posibilidad de anular el matrimonio si el esposo descubre un *erro virginitatis*, es decir, si la novia no es virgen. Fieles a la imagen de la flor, los romanos llamaron *deflorare* al arte de quitar la virginidad a una joven.

Encontramos el vocablo en este texto del diario *Prensa Libre* de Guatemala, bajo el titular «El mito de la virginidad»:

Desflorar un cuerpo es un honor. Un gesto de pleitesía con el que la mujer se entrega a la tutela del varón.

Despecho

Suele creerse que el vocablo *despecho* está vinculado con la idea de pecho, y también hemos leído que se lo relaciona con peces. Sin embargo, esta palabra, que aparece en español por primera vez en el *Cantar de Mio Cid*, proviene del latín *despectus* «desprecio» y se deriva de *despicere* «mirar desde arriba», «despreciar».

A partir de este vocablo, en el siglo XIX se creó por vía culta el adjetivo *despectivo*, sinónimo de *despreciativo*.

Diabetes

Enfermedad metabólica que se caracteriza, entre otros signos, por la eliminación

de orina cargada de glucosa (glucosuria).

La enfermedad, llamada *diabetes mellitus*, es conocida desde muy antiguo. Su nombre proviene del latín *diabetes* y éste, del griego *diabetes*, que denominaba la enfermedad, pero significaba asimismo «sifón». La palabra griega procede del verbo *diabainein* «cruzar», «atravesar», «pasar», que se deriva, a su vez, de *bainein* «ir», «venir».

En el Río de la Plata es frecuente la forma *diabetis* en el habla popular, por confusión con el sufijo *-itis* «inflamación», presente en *apendicitis*, *hepatitis*, por ejemplo.

Mellitus significa en latín «endulzado con miel», en alusión al sabor dulce de la orina de los diabéticos debido al exceso de azúcar.

El origen de la enfermedad permaneció desconocido durante mucho tiempo, hasta que Paul Lagerhans, en el siglo XIX, descubrió en el páncreas unos grupos de células, conocidas hoy como *islotos de Lagerhans*, que su investigador creyó vinculados a la diabetes. Pero fue sólo a comienzos del siglo XX cuando se determinó que en esos islotes se produce una hormona llamada *insulina*, la sustancia que regula el nivel de azúcar en la sangre. En 1922 se pudo tratar por primera vez con insulina a un paciente de diabetes.

También se llama *diabetes* a otra enfermedad de etiología diferente y con síntomas distintos, la *diabetes insipidus*, pero la *diabetes mellitus* es, con mucho, la más frecuente y conocida.

Diacrítico

Como es sabido, en español se utiliza el acento escrito o tilde para señalar dónde va el acento tónico, es decir cuál es la sílaba que se carga con más fuerza en la pronunciación. Sin embargo, este signo ortográfico tiene también otros usos en nuestra lengua: puede ser diacrítico o enfático.

En esta entrada nos ocupamos del acento ortográfico diacrítico, que sirve para distinguir palabras que se escriben igual, pero tienen significados diferentes. El artículo *el* —por ejemplo, *el árbol* o *el libro*— se diferencia por medio de una tilde diacrítica del pronombre personal *él* —*él dice, él hace, él escribe*—. Otros casos de acento diacrítico son más controvertidos. La Real Academia Española establece que el adverbio *sólo* debe llevar tilde para distinguirlo del adjetivo *sólo* (*sólo* es adverbio cuando puede ser reemplazado por *solamente*; el adjetivo *sólo* es el que usamos, por ejemplo en *Fulano es un hombre muy solo*). El punto discutible de esta norma es que la Academia establece que la tilde diacrítica *sólo* se utiliza en el adverbio cuando hay posibilidad de confusión, de ambigüedad, de anfibología. Esto introduce un elemento de complejidad que contradice la

tradición de simplicidad que siempre había caracterizado a la Academia, pues torna la norma excesivamente erudita, para uso de una pequeña elite de hablantes. Por esa razón, muchos escritores y trabajadores del idioma, entre los que se cuenta el autor, optan por escribir *sólo* cuando equivale a *solamente* siempre con tilde. Algo semejante ocurre con los pronombres demostrativos *éste*, *ése* y *aqué*l y sus plurales: según la Academia, sólo deben llevar tilde cuando pueden ser confundidos con los adjetivos correspondientes.

Diacrítico nos viene del griego *diakritikós*, palabra derivada a su vez del verbo *diakrinein*. Se trata de un verbo compuesto, formado por el prefijo *dia-* «a través», «de un extremo al otro» (pero también expresa la idea de diferenciación) y *krinein* «separar». A su vez, *krinein* se formó a partir de la raíz indoeuropea *krei-* «distinguir», «tamizar». Esta raíz prehistórica está presente en numerosas palabras de nuestra lengua, tales como *secreto*, *incertidumbre*, *excremento* e *hipocresía*, entre muchas otras.

Diagnóstico

Llamamos *diagnóstico* al arte de identificar una enfermedad a través de los signos y síntomas que el paciente presenta. La palabra fue tomada por vía culta del griego *he diagnostike tekhné* (arte de distinguir o identificar enfermedades), expresión que se formó a partir del verbo *diagignoskein* «distinguir», «discernir», «discriminar», compuesto por el prefijo *dia-* «a través» (como en *diáfano*) y *gignoskein* «conocer». Este verbo griego proviene de la raíz indoeuropea *gno-*, que también dio origen al latín *cognoscere* «conocer».

En las lenguas modernas, la palabra parece haber llegado primero al inglés *diagnostic* en 1625, al alemán *Diagnose* también en el siglo XVII, al italiano *diagnostico* y al francés *diagnostic* en el siglo XVIII, mientras que al español llegó sólo en el siglo XIX, para ser incorporado a la edición del Diccionario de 1843.

Dibujar

Este término parece exclusivo del español, puesto que otras lenguas romances modernas siguieron al italiano *disegnare*, tal como el francés *dessiner* o el portugués *desenhar*; en alemán se usa *zeichnen* y en inglés, *to draw*. *Dibujar* proviene del francés antiguo *deboissier* «labrar en madera», «representar en forma gráfica», que deriva, a su vez, de *bois* «bosque», «madera».

Dicha

El vocablo *dicha*, proveniente del verbo *decir*, significa «las cosas que se dijeron», pero también «felicidad, buena suerte».

¿Cuál es la relación del verbo *decir* con este último significado? Los romanos creían que la felicidad dependía de algunas palabras que los dioses o las parcas pronunciaban en el momento del nacimiento de una criatura, de tal manera que el destino quedaba trazado en la *dicta* «la cosa dicha». Esta antigua creencia romana está también en el origen de la palabra *hado* «destino», que proviene de *fatum*, participio pasivo de *fari* «hablar», «decir».

Dieta

En 1521, el monje alemán Martín Lutero fue obligado a comparecer ante la Dieta de Worms, la cual, siguiendo las determinaciones de León X, lo condenó al destierro por hereje, de modo que debió recluirse en el castillo de Wartburg.

Dieta era el nombre que se daba al Parlamento de los reinos que formaban parte del Sacro Imperio Romano Germánico.

La Dieta de Worms y la dieta alimenticia se designan con dos palabras distintas y de diferente etimología, aunque morfológicamente idénticas, al punto de que Corominas no las distingue.

Dieta alimenticia proviene del griego *diaita* «modo de vida», que se derivaba, a su vez, del verbo *diaitan* «regir uno su propia vida», «gobernarse», que pasó al bajo latín como *diaeta*, según registra Alfonso de Palencia en su *Vocabulario*. Posteriormente, el vocablo se fue especializando hacia una forma particular de «regir la propia vida mediante un régimen alimenticio».

En cambio, la dieta legislativa del Sacro Imperio tomó su nombre del latín *dies* «día», que era no sólo el nombre de un día, sino también el de una reunión o el de una jornada de Asamblea y, más tarde, el de un Parlamento. En español se usa también para designar la «remuneración de los legisladores».

Difunto

La vinculación de la idea de la muerte con la del pago de una deuda está presente en más de una palabra de nuestra lengua, como podemos ver en la entrada *bono* (v. *bono*). Otra de esas palabras es *difunto*, que proviene del latín *defunctus*, formada por el prefijo *de-* más *functus*, participio pasivo del verbo *fungi* «cumplir», «acabar», «pagar una deuda». El significado originario de *defunctus* no estaba vinculado con la idea de la muerte, sino que se aplicaba, como adjetivo, a la persona que había saldado alguna cuenta o cumplido con alguna obligación.

En el latín tardío, la Iglesia católica utilizó este término como eufemismo para *muerto*.

Dinamita

Cuentan que el químico y empresario sueco Alfred Nobel se arrepintió de haber dedicado su vida a los explosivos, así como de haber inventado la dinamita, una variante menos volátil de la nitroglicerina. Según esta versión, habría sido ésa la razón por la cual Nobel legó íntegramente su cuantiosa fortuna a una fundación que premia cada año a las personas más destacadas en los campos de la física, la química, la medicina y fisiología, la literatura y la lucha por la paz. En 1968, el Banco de Suecia creó también el Premio Nobel de Economía.

La dinamita es un explosivo elaborado con nitroglicerina y materiales absorbentes como kieselgur (una tierra caliza) o pasta de madera, que resulta de manejo más seguro que la nitroglicerina.

Es probable que haya sido el propio Nobel quien la nombrara así, *dinamita*, procedente del vocablo griego *dynamis* «fuerza», «potencia», del verbo *dynasthai* «poder», del cual también se deriva *dinastía*.

Vale la pena recordar que la palabra sueca *Nobel* es aguda; es incorrecto, por lo tanto, escribir en español Premio *Nóbel*.

Dinosaurio

La era de los dinosaurios llegó a su fin hace sesenta mil años como consecuencia, según se cree, de la caída de un meteorito sobre la Tierra. Hace dos mil quinientos años los griegos ya sabían que este animal gigantesco había existido, merced a algunos fósiles que fueron hallados en el norte de África.

Sin embargo, este animal tuvo un nombre sólo en el siglo xx, escogido por los paleontólogos a partir del vocablo griego *deinós* «terrible», «monstruoso», proveniente del indoeuropeo *dwey-eno* «temible», derivado de la raíz *dwei-* «temer». *Deinós* se unió a *saúros* «lagarto», que en griego era de la misma familia de palabras que *saukros* «elegante», «garboso», «donairoso»; de modo que el dinosaurio sería al mismo tiempo terrible y elegante.

Diputado

Palabra formada a partir de député, participio pasivo del antiguo verbo francés députer, que significaba «representar a la autoridad», proveniente del bajo latín deputare, con el mismo significado.

En una primera época, como es obvio, este representante era alguien designado por alguna alta autoridad o por el propio monarca, pero con el auge de las ideas democráticas que se respiraban en Francia desde algunas décadas antes de la Toma de la Bastilla, los diputados devinieron representantes del nuevo soberano: el pueblo. Hacia 1748 —por tanto, ya antes de la caída del Antiguo Régimen— Montesquieu llamaba *députés* «diputados» a aquellos que eran designados para un cargo mediante una elección. Tras la Caída de la Bastilla en 1789, se dio el nombre de diputados a los miembros del Parlamento, elegidos por votación popular.

En inglés, *deputy* significa «sub» o «vice», con el sentido de «representar al titular del cargo».

Discípulo

El Diccionario define este término así: «Persona que aprende una doctrina, ciencia o arte bajo la dirección de un maestro. Persona que sigue la opinión de una escuela, aun cuando viva en tiempos muy posteriores a los maestros que la establecieron».

Discípulo proviene directamente del latín *discipulus*, derivado de *discere* «aprender», «conocer». Al igual que *doctor* (v. doctor), *docencia*, *doctrina* y *dogma*, llegó al latín procedente de la raíz indoeuropea *dek-*. La voz latina se incorporó al francés antiguo como *deciple*, al francés moderno como *disciple* y también al italiano como *discepolo*. En el siglo VI, *discipulus* pasó al inglés antiguo *discipul*, de donde viene el actual *disciple*.

Los primeros documentos en castellano con este vocablo se encuentran en las obras de Gonzalo de Berceo, quien vaciló entre *disçipulo* y *disciplo*.

De discípulo derivaron también *disciplina* y *disciplinar*. Esta última aparece en el *Quijote* con el sentido de «azotar». La vinculación entre *discípulo* y *disciplina* se debe a la importancia que se daba a los castigos como método docente, principalmente en la enseñanza infantil.

En el Nuevo Testamento, *discípulo* aparece con distintos significados:

- El que recibe la enseñanza de un maestro (Mateo y Lucas);
- el que se adhiere a una doctrina y vive conforme a ella (Mateo y Marcos);
- el que sigue a Jesús, sobre todo, los Apóstoles (Mateo);
- todos los que siguen la fe de Cristo (Actos de los Apóstoles).

Disco

El nombre de un DVD o de un disco duro para computadora se remonta a palabras que eran empleadas en la prehistoria, según las reconstrucciones llevadas a cabo por la lingüística en los siglos XIX y XX.

En efecto, la palabra española *disco* así como la inglesa *disk*, la francesa *disque*, la alemana *Diskus* (esta última empleada sólo en atletismo), todas provienen del latín *discus*, que a su vez nació a partir del griego *diskos*. El vocablo griego se derivó del verbo *diskein* «arrojar un objeto», pero en su forma básica este término ya era antiguo cuando los atletas griegos lanzaban el disco en los Juegos Olímpicos. El verbo *diskein* se había formado por lo menos unos mil años antes de los primeros Juegos Olímpicos, en la raíz prehistórica *dheik-*, llevada a Europa y Asia por los pueblos indoeuropeos que hablaban la lengua más antigua de que tenemos noticia.

Discrepar

La historia de las palabras nos muestra cómo, a lo largo de los siglos, las palabras suelen encontrarse, separarse y emparentarse por los caminos más sorprendentes e inesperados, tal como lo hacen los seres humanos. El caso de *discrepar* y *crepitar* es un buen ejemplo de esta afirmación. ¿Cuál puede ser la relación entre disentir de otra persona y el sonido de la leña de un buen fuego invernal? Pues, quien discrepa está *disonando*, *sonando diferente*. Tanto *discrepar* como *crepitar* se derivan del latín *crepare*, que significa «crujir, dar un chasquido». Obsérvese que esta referencia auditiva recuerda la etimología del vocablo absurdo (v.absurdo).

Un error común se advierte en la construcción preposicional: el régimen de discrepar exige *de*; es incorrecto usar *con*. Así, se debe decir «discrepo *de* ti *en* esto» y no, como oímos frecuentemente, *«discrepo *contigo*».

Disculpar

Palabra formada por el prefijo privativo *dis-* antepuesto a *culpa*. *Disculpar* aparece en castellano desde los poemas de Berceo, y el sustantivo *disculpa*, hacia 1490.

No se debe confundir *disculpar* con *exculpar*, formada con el prefijo *ex-* «fuera», «sin». *Disculpar* equivale a «perdonar una culpa»; *exculpar* es «declarar que nunca la hubo».

En los últimos años se ha extendido la noción errónea de que no se debe decir *pedir disculpas*, sino *ofrecer disculpas*. El uso tradicional en castellano registra siempre *pedir disculpas*, y así lo ratifica el Diccionario de la Academia.

Entre los numerosos ejemplos literarios de esta expresión, tenemos el trecho siguiente, extraído de la novela *Amalia*, de José Mármol:

—Y, fiado en esta amistad, es que vengo a pedir al hijo una disculpa.

—¿A mí, señor? Los hombres como usted no se ven nunca en el caso de pedir disculpas.

—Sin embargo, me hallo en ese caso —dijo el anciano con cierta expresión de disgusto.

En época más reciente, Mario Vargas Llosa también emplea *pedir disculpas* en *La ciudad y los perros*:

¿Qué fue lo que dijo, Malpapeada?, digo además de repetir «cadetes, cadetes, cadetes», ya arreglaremos en familia lo ocurrido, sólo unas palabras para pedir disculpas en nombre de todos, de ustedes, de los oficiales, en nombre mío, nuestras más humildes excusas y la mujer que se ganó un aplauso de cinco minutos, dicen que se puso a llorar de la emoción [...].

Divo

Del latín *divinus*, se refiere a la persona considerada por sí misma o por los demás como un dios. Corominas registra el uso de esta palabra en español a partir de 1440 (v. adivinar), mucho antes, por tanto, de las divinas divas de Hollywood.

Doctor

La palabra *doctor* es una de las más antiguas de las que existe registro en español y se repite en inglés (*doctor*), en francés (*docteur*), en italiano (*dottore*), en portugués (*doutor*), en alemán (*Doktor*) y, con ligeras variantes, prácticamente en todas las lenguas modernas. Aparece por primera vez en el *Libro de Alexandre*, escrito a mediados del siglo XIII en el oeste de León, como *dotor*, con el significado de «maestro» o «aquel que sabe».

El primer registro escrito en español de *doctor* con el significado de «título universitario» aparece en una ley de 1462, pero Corominas asegura que esta voz ya era usada anteriormente con ese sentido, aunque se la utilizó para referirse al especialista en medicina sólo a fines del siglo XVII.

Sus orígenes más remotos pueden rastrearse entre el primero y segundo milenio antes de nuestra era, en las invasiones indoeuropeas, que nos trajeron la raíz *dok-*, de la que proviene la palabra latina *docere*, que derivó, a su vez, en *doctoris* «maestro», «el que enseña». De esta raíz indoeuropea procede, asimismo, el vocablo griego *dokein*, del cual vienen otras palabras de esta familia, tales como *ortodoxia*, *paradoja* y *didáctica*. Entre otras voces emparentadas con *doctor*, llegadas directamente del latín, encontramos *docencia*, *doctrina*, *dócil* y *documento*. La pérdida de la *c* también ocurrió durante algunos siglos —igual que en *doctor*— en *doctrina*, usada como *dotrina* hasta el siglo VI para designar las creencias de la Iglesia católica, llamadas *dogma*, que también deriva de la misma raíz. En la misma familia de palabras, *dócil*, que proviene de *docere* «enseñar», se usaba en el siglo XIV para designar al «buen alumno, el que aprende fácilmente» y se extendió profusamente a partir del siglo XVII con fray Luis de Granada. *Documento* viene del latín *documentum*, que también deriva de *docere*, pues significaba lección escrita. Sin embargo, en el latín medieval, *documentum* pasó, además, a significar «instrucciones escritas» y, posteriormente, «papeles oficiales».

Dólar

Hasta fines del siglo pasado, la divisa estadounidense era llamada en castellano por su nombre inglés, *dollar*, pero a partir de aquella época, se fue haciendo cada vez más común la grafía actual, en un proceso que llevó las primeras décadas de este siglo.

El origen del nombre del dólar tenemos que buscarlo en una curiosa historia que comenzó en la región de Bohemia, en la actual República Checa, cuando los mineros del valle de Jochimstahl descubrieron un rico venero de plata en 1516. El gobernador de la región, el conde Hieronymus Schlick, en vez de procesar el metal y venderlo, decidió acuñar monedas a las que bautizó *groschen*, designación a la que los mercaderes no tardaron en agregar el nombre del valle donde estaba la mina, con lo que pasaron a llamarse *joachimsthalergroschen*. ¿Les parece un nombre demasiado largo? Los usuarios de aquella época pensaron lo mismo, por lo que las monedas acabaron haciéndose más conocidas como *talergroschen* y luego, simplemente, como *talers*.

En función de la compleja trama de relaciones políticas y comerciales que se había tejido desde el apogeo del Sacro Imperio Romano Germánico, el *taler* se difundió por Europa y le fue dando su nombre a otras divisas de la época, como el *tallero* italiano, el *daalder* holandés, el *daler* sueco y danés y, en Escocia e Inglaterra, el *dollar*. Hasta que Estados Unidos de Norteamérica creó su propia moneda, el *taler* más famoso era el que la emperatriz María Theresa de Austria

había acuñado en el siglo XVIII. Después de que Napoleón abolió el Sacro Imperio, el Imperio Austrohúngaro siguió imprimiendo el *taler*, hasta su caída en la Primera Guerra Mundial. Y la nueva República Austríaca también siguió fabricando los *talers* de María Theresa, hasta que Hitler tomó el país en 1937. Pero por entonces, la moneda que dominaba el mundo ya era, como hoy, el dólar estadounidense.

Dólar, signo de (\$)

Este signo, utilizado al comienzo para designar el dólar estadounidense y, más tarde, las monedas de numerosos países, tuvo su origen en el real (v. bit), la moneda española creada en 1497 por los Reyes Católicos, que circuló en casi todo el mundo durante más de tres siglos.

Con la independencia de las colonias británicas en 1776, los habitantes del nuevo país usaron esta moneda durante varios años para sustituir la libra, la divisa de los colonizadores. Pero como los estadounidenses nunca llegaron a utilizar la palabra *real*, llamaban a la moneda española *dollar-pilar* (dólar-pilar o dólar-columna) porque en su anverso aparecían los hemisferios oriental y occidental, simbolizados por una columna a cada lado. En la iconografía medieval española, éstas correspondían a las columnas de Hércules, como los griegos habían llamado al peñón de Gibraltar.

El signo \$, ideado posteriormente para representar el dólar, se formaba con dos líneas verticales que aludían a las columnas y una línea ondulada que nada tenía que ver con la letra ése, sino que simbolizaba la flameante bandera de las trece colonias.

Dolmen

Monumento megalítico prehistórico hallado en varios países de Europa y de África, y en Japón, cuyo mayor exponente es el conjunto llamado *cromlech* de Stonehenge, en Salisbury (Inglaterra). El dolmen, considerado como la manifestación arquitectónica más avanzada del período neolítico, está formado por una larga piedra achatada dispuesta horizontalmente sobre otras piedras verticales que la sustentan. Historiadores y antropólogos no se han puesto de acuerdo sobre la finalidad para la que fueron construidos: unos sostienen que servían como abrigo, otros aseguran que eran lugares de contemplación religiosa, mientras algunos creen que eran cámaras mortuorias.

La palabra nos ha llegado del francés, pero su fuente primigenia fue la lengua celta en la cual *men* significa «piedra», como en *menhir* «larga piedra». Es menos claro el origen de la primera sílaba (*dol-*), que puede haberse derivado de

la palabra bretona *taol* «mesa», alteración de *table*, o del galés de Cornuailles *tol* «agujero». En el primer caso, significaría «mesa de piedra» y en el segundo, «agujero en la piedra», como referencia a la abertura existente entre las dos piedras verticales.

Doméstico

Proviene del latín *domesticus* «relativo a la casa, a la familia o a la nación», «casero». Cicerón escribía *intra domesticus parietes* (literalmente, entre las paredes de la casa) para significar «dentro de sí», «en su fuero íntimo». Para Julio Cesar, *domesticum bellum* denotaba «guerra civil».

El vocablo latino provenía del indoeuropeo *domo-*, que originó también el griego *domo* y el sánscrito *dama* «casa», y si seguimos la pista, encontraremos la raíz *dem-*, también indoeuropea, que dio lugar al italiano *duomo* y al alemán *dom* «catedral».

De *domus* se derivaron *domicilium* «domicilio» y *dominus* «señor». Esta última palabra, que se refería al dueño de la casa al comienzo y a los señores feudales en la Alta Edad Media, sirvió de base para el latín *dominium*, que primero designó «propiedad» y, más tarde, «dominio».

En inglés, *domus* generó numerosas palabras, entre las cuales mencionaremos *daunt* «intimidar», *tame* «domar» y *timber* «madera». El lector ya habrá notado que el vocablo español *domar* tiene el mismo origen.

Domingo

El papa Silvestre I, que ejerció su pontificado entre los años 314 y 335, fue el primero en denominar *dominicus* al séptimo día de la semana, por ser el «día consagrado al Señor» (*Dominus*). Antes de esa época, los romanos habían llamado al domingo *dies solis* «día del sol», nombre que legaron a otros pueblos bajo la forma de *Sunday* (inglés), *Sonntag* (alemán), *zondag* (holandés) y *söndag* (sueco).

La designación impuesta por el papa Silvestre I —quien después de su muerte fue canonizado como san Silvestre, cuya festividad se celebra el 31 de diciembre— tuvo repercusiones geográficas casi diez siglos más tarde: Cristóbal Colón, al llegar por primera vez al Caribe el 3 de noviembre de 1493, desembarcó en una isla de las Pequeñas Antillas que llamó Dominica por ser ese día domingo, según el calendario juliano, que todavía regía.

Dominó

El nombre de este antiguo juego procede del latín, pero no de la palabra *dominus* «señor» (v. doméstico, señor), como algunos han propuesto, sino de *domino*, del verbo latino *dominare* «dominar», que en este caso significaba «yo gano». La palabra *domino* era pronunciada por el primero que se quedaba sin fichas, ganando así el juego. A su paso por Francia, el vocablo se convirtió en agudo, pronunciado a la francesa, y como tal se ha mantenido en español.

Dos

Se trata de una palabra antiquísima, derivada de la raíz prehistórica indoeuropea *duwo*, que también dio lugar al griego y al latín *duo*, al ruso *dva*, al galés *dau*, al inglés *two* y al alemán *zwei*. De la forma latina se derivaron el español *dos*, el francés *deux*, el portugués *dois* y el italiano *due*, entre otras lenguas.

Draconiano

Adjetivo que se aplica a las leyes excesivamente duras o rigurosas, originado en el nombre de Dracón, el arconte ateniense autor de las primeras leyes penales griegas, caracterizadas por su severidad, en 621 a. de C. Eran los años de la formación del Estado ateniense, y la nueva legislación buscaba consolidar el poder de la *polis* «ciudad» para terminar con el instituto tribal de la venganza privada.

Encontramos un ejemplo del uso corriente de esta palabra en un despacho de una agencia de noticias publicado por el diario *El Deber*, de Bolivia:

El Gobierno español adoptó ayer un draconiano plan antitabaco que prohíbe todo tipo de publicidad de cigarrillos, so pena de multa que podría alcanzar hasta 600 000 euros, y la venta de tabaco a los menores de 18 años.

Drama

Llamamos *drama* a toda obra literaria que expone una narración mediante personajes que dialogan entre sí, sin la intervención visible de un narrador. Tal como lo conocemos hoy, con la exigencia de realismo y verdad social, el drama nace en el siglo XVIII, como expresión del ascenso revolucionario de la burguesía. Hegel lo describió como un género nuevo, intermedio entre la comedia y la tragedia, y, al mismo tiempo, síntesis dialéctica de ambas. Esto en cuanto al drama moderno, pero en las ciudades griegas de la Antigüedad, el teatro conoció tiempos de apogeo en los que las piezas teatrales y la acción que

en ellas se desarrollaba se llamaban *drama*, palabra derivada del verbo *dran* «hacer», que procede de la raíz indoeuropea *dere-*.

La palabra griega fue retomada por el bajo latín *drama*, *-atis*, forma que llegaría por vía erudita al italiano *dramma*, al inglés *drama*, al francés *drame* y al español y portugués *drama*.

Dromedario

Proviene del latín *dromedarius* y éste, del griego *dromas* «el que corre». Etimológicamente, *dromedario* es, pues, camello corredor.

Con frecuencia este animal, que tiene una sola giba adiposa, es confundido con el camello, que tiene dos; así ocurre, por ejemplo, en los paquetes de cigarrillos *Camel*, donde, a pesar del nombre de este tabaco, la imagen que aparece es la de un dromedario con su única joroba.

La partícula *dromas* participa también como sufijo en palabras que designan lugares donde se corre, como *velódromo*, *hipódromo*, *autódromo*, *canódromo*, etcétera. Y también *pródromo*, que significa «el que va delante, el precedente», y que en medicina se usa para designar el conjunto de síntomas que preceden a la aparición de las manifestaciones clínicas de una enfermedad.

Ducha

En las regiones montañosas, es frecuente que un camino se vea regado por un chorro de agua que baja desde las cumbres, y no es raro que los viajeros se detengan para darse una ducha refrescante que elimine el polvo de la travesía. Sin embargo, etimológicamente, ese baño reparador no podría ser llamado *ducha*, puesto que esa palabra implica el uso de algún caño para la circulación del agua.

En efecto, *ducha* llegó a nosotros procedente del francés *douche*, del mismo significado, que se formó a su vez a partir del italiano *doccia* «caño de agua», tomado en la lengua de Dante del latín *ductio*, *-onis* «conducción», que se deriva del verbo *ducere* «conducir».

El participio pasivo de *ducere* —*ductus* «conducido, guiado, llevado»— está presente en otras palabras de nuestra lengua, tales como *acueducto*, *oleoducto*, *gasoducto*, y también en el adjetivo *ducho*, que hoy significa «experimentado» o «diestro», pero que en toda la obra de Berceo denota «conducido, guiado».

Duelo

Es una batalla entre dos combatientes.

Hasta la primera mitad del siglo pasado, en algunos países la ley todavía regulaba el combate singular como medio de dirimir conflictos personales.

Esta costumbre de origen medieval se basaba en la ingenua creencia de que el vencedor en *el campo de honor* limpiaba su honor y, al mismo tiempo, demostraba que tenía razón, ya que era Dios quien le otorgaba la victoria. En Uruguay, paradójicamente, uno de los duelos más famosos tuvo lugar a comienzos del siglo XX, con la participación de un gobernante notorio por su ateísmo, el dos veces presidente José Battle y Ordóñez, quien mató de un balazo a su rival político Washington Beltrán.

Duelo proviene del latín *duellum*, variante arcaica de *bellum* «guerra», que cambió de sentido en el bajo latín por influencia de *duo* «dos».

La voz homónima que denota «luto» tiene etimología diferente.

Duende

Espíritu fantástico del que se dice que habita en algunas casas y que travesea, causando en ellas trastorno y estruendo. En las narraciones tradicionales, aparece con figura de viejo o de niño.

En historias infantiles y en cierta literatura sobrenatural o de terror, uno de los temas más recurrentes es la existencia de palacios encantados, casas habitadas por fantasmas o duendes. Estos últimos serían los espíritus de personas muertas, que vuelven para asustar a los vivos, o bien almas en pena, que piden a los vivos que cumplan alguna tarea para poder así descansar en paz. En general, el duende había habitado en vida la casa en la que aparece como espíritu.

Esta palabra se encuentra por primera vez en lengua castellana en el vocabulario del mester de clerecía de Gonzalo de Berceo con el sentido de «dueño de casa», como una contracción en la que la segunda sílaba de la primera palabra se cambia por una ene: *duen de casa* «dueño de la casa». En el siglo XVI, el duende ya era el «espíritu fantástico del que se dice que habita en algunas casas».

Dum-dum

Las temibles balas dum-dum, que se expanden al penetrar en el cuerpo y ocasionan daños gravísimos, están prohibidas desde la I Conferencia de La Haya sobre desarme, aunque es sabido que, incluso hoy, son fabricadas clandestinamente. Su nombre proviene de un suburbio de Calcuta llamado South Dum Dum, donde había un presidio en el cual se hacían estas balas en el siglo XIX.

Duque

En el ocaso del Imperio romano, el *dux* era un jefe de provincia con potestades civiles y militares. La palabra, que provenía del latín *ducere* «conducir», «dirigir», se mantuvo durante la Edad Media para designar a los nobles que ejercían su poder sobre un territorio determinado, pero adoptó en francés la forma *duc*, que llegaría luego al castellano como *duque*. En inglés se usó durante algún tiempo el término *earl*, pero finalmente se impuso *duke*, con su femenino *duchess*.

En el siglo xx, con el advenimiento del fascismo (v. fascismo), el dictador italiano Benito Mussolini se autodesignó *duce*, título con el que buscaba vincular su cargo con la antigua Roma, aunque fuera en tiempos de la decadencia del Imperio.

Durazno

Esta palabra se aplica tanto al duraznero como al fruto de este árbol, pero en varios países americanos es el nombre genérico de diferentes especies de árboles, como el melocotonero, el pérsico y el duraznero (y también el fruto de éstos).

Descrito ya en *El conde Lucanor* como «una especie de melocotón», el durazno toma su nombre castellano del latín *duracinus* «fruta de pulpa firmemente adherida al hueso o carozo» o «de piel dura». La palabra latina, a su vez, se formó con *durus* «duro» y *acinus* «fruta». Otras lenguas romances designaron el durazno tomando el nombre del latín *pérsicus*, como el francés *pêche* y el portugués *pêssego*, forma que llegó también a lenguas no latinas, como el inglés *peach* o el alemán *pfirsich*. En español, el nombre *pérsico* se refiere a una variedad de melocotón.

E

Eclipse

Hace cinco mil años, los sacerdotes caldeos conocían la trayectoria de los astros al punto de poder predecir con precisión la fecha de los eclipses, a los que atribuían un significado de desgracia y malos presagios. Únicos expertos en los secretos del cielo, estos primeros astrónomos se valían de su saber para atemorizar a la población, aumentando su poder e influencia. Decían que podían *adivinar* cuándo el Sol se ocultaría detrás de la Luna y cuándo la Luna desaparecería del cielo, cubierta por la sombra de la Tierra.

No sabemos cómo los caldeos denominaron al fenómeno, pero en los ejércitos de Esparta y Atenas, dos mil quinientos años después del auge de la civilización caldea, se llamaba *ekleipon* a los desertores, palabra derivada de *eklipsis*, que significaba «abandono», «desaparición». A medida que los griegos avanzaron en el conocimiento de los astros, tomaron esta palabra para designar la periódica *desaparición* del Sol y de la Luna.

En efecto, el verbo griego *ekleipsein* significaba «abandonar», «dejar», «desertar». A partir de él, se formó el sustantivo *ekleipsis* «abandono», «deserción», «desaparición», que pasó al latín como *eclipsis*, nombre que aparece en nuestra lengua por primera vez en *Gran conquista de ultramar* (1300) y más tarde como *eclipsi* en Antonio de Palencia (1490). En la antigua lengua gallegoportuguesa hay registros con la forma *ecrisi*.

Cervantes nos cuenta que Sancho Panza lo llamaba *cris*, pero don Quijote le enmendó la plana y le explicó que debía decir *eclipse*:

...el cris del sol y de la luna. Eclipse se llama amigo, que no cris el escurecerse esos dos luminares mayores, dijo D. Quijote.

Volvamos a la palabra griega *ekleipsein* para investigar su origen más remoto, que se vincula, incluso, con el mundo del crimen. En efecto, *ekleipsein* provenía de un vocablo mucho más antiguo que la propia civilización griega: la raíz indoeuropea *leik-*, que significaba «partir» y que dio lugar al término latino *linquere* «irse», «abandonar», «partir», que está en el origen de *delinquir* y de *delito*.

Sebastián de Covarrubias, en su *Tesoro de la lengua castellana o española*

(1611), explica otro significado de *eclipsarse*:

...metafóricamente suele significar morírseos algún príncipe de cuya vida pendía nuestro remedio.

Eco

Una historia de amores no correspondidos nos lleva al origen de esta antiquísima palabra, que llegó al castellano intacta tras cruzar continentes y civilizaciones durante casi treinta siglos, desde la Grecia antigua hasta nuestros días (v. pánico, narcisismo).

Eco era la ninfa de los bosques y de las fuentes, amada por el lascivo Pan, el dios de los pastores y de los rebaños. La ninfa no correspondía a la pasión del dios flautista, pues estaba enamorada —también en vano— del bello Narciso, quien sólo se amaba a sí mismo. Un día, finalmente, se encontraron, y Narciso la miró con tanto desprecio que la ninfa dejó de alimentarse y murió. Eco se convirtió en una roca fría y dura, y desde el fondo de un valle repite hasta hoy las últimas palabras de cada frase que allí se dice.

Eco llegó al castellano proveniente del latín *echo* y éste, del griego *eko* «sonido». El primer documento de nuestra lengua en que aparece es el *Vocabulario de las dos lenguas toscana y castellana*, de Cristóbal de las Casas, datado en 1570.

Ecología

Esta palabra apareció por primera vez en el Diccionario de la Real Academia Española en 1936, pero se tornó más conocida sólo a partir de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente, celebrada en Estocolmo en 1972, cuando la preocupación del hombre por su entorno natural puso el tema en los primeros lugares de las agendas gubernamentales.

La ecología es la ciencia que estudia las relaciones de los seres vivos entre sí y con su medio ambiente, pero con la popularización del término, pasó a confundirse con la defensa del medio ambiente o con el propio medio ambiente. Así, el Diccionario de la Real Academia registra como ejemplo: «La juventud está preocupada por la ecología».

La preocupación por el medio ambiente surgió ante la constatación de las consecuencias de la industrialización en los países desarrollados, que consumen recursos naturales en forma depredadora, al punto de que amenazan el equilibrio natural del planeta.

La palabra, que, obviamente, nació como un cultismo, proviene del griego *oikos* «casa» y *logos* «ciencia o tratado»; o sea, que el propio nombre de la ecología es un enunciado de principios, pues llama a considerar el planeta como el hogar que todos debemos cuidar y compartir.

Economía

Es la disciplina que se ocupa de la «administración eficaz y razonable de los bienes», pero el significado de *economía* se extiende también al «conjunto de bienes y actividades que integran la riqueza de una colectividad o un individuo» y al «estudio de los métodos más eficaces para satisfacer las necesidades humanas materiales, mediante el empleo de bienes escasos» (DRAE).

Se oye decir con frecuencia que los mejores economistas no son los que egresan de las grandes universidades, sino las amas de casa, que administran cuidadosamente cada centavo para mantener el delicado equilibrio del presupuesto familiar. Tal afirmación encuentra apoyo en la etimología, la disciplina que estudia el origen de las palabras. En efecto, *economía* viene del griego *oikonomía*, que, precisamente, primero significaba «ama de casa» y, más tarde, «administrador». El vocablo griego estaba formado por *oikos* «casa» (usado aquí en el sentido de patrimonio) y *némein* «administrar».

Los primeros economistas se llamaron, en realidad, *ecónomos*. Eran los sacerdotes que se encargaban de la administración de los bienes de una diócesis o de una congregación religiosa, apelativo que se mantiene hasta el presente.

La voz *economía* adquirió un sentido más amplio a partir del siglo XVII, con el desarrollo del naciente capitalismo y el crecimiento del comercio internacional, que llevaron a extender su significado para designar también la administración de los recursos de una nación (economía política), acepción que conserva hasta hoy.

Muchos son los ideólogos de las primeras doctrinas de la moderna economía política, pero entre ellos cabe destacar a Adam Smith y David Ricardo en el siglo XVIII, John Stuart Mill y Carlos Marx en el siglo XIX, y John Maynard Keynes en la primera mitad del siglo XX.

Ecuador

Se llama así el círculo perpendicular al eje de la Tierra, donde los días tienen la misma duración que las noches durante todo el año. La palabra *ecuador* proviene del latín *aequus* «igual» y éste, del verbo *aequare* «igualar».

En latín, *Aequator*, *-oris* era el nombre de un aparato que se utilizaba para

verificar el peso de las monedas, así como la calidad del metal con que estaban hechas.

También tomó este nombre el país del Pacífico sudamericano situado sobre esta línea, independizado de la Gran Colombia en 1830.

Edecán

Entre los militares, el edecán es el oficial que atiende a un coronel o a un general; en México y en algunos países centroamericanos, es la persona que ayuda a los participantes en una reunión; en otros países, es el oficial de las fuerzas armadas que asiste personalmente al jefe de Estado o de Gobierno.

La palabra aparece registrada por primera vez en español en el *Diccionario castellano*, de Esteban de Terreros, y proviene del francés *aide de camp* «ayudante de campo».

Edredón

Cobertor relleno con el plumón del éider (una variedad de pato del norte de Europa) o, por extensión, con otros materiales.

En las campiñas heladas de Islandia y de los países escandinavos, las aves migratorias huyen del frío invernal volando hacia el sur para no morir congeladas. De las que permanecen en aquellas gélidas regiones, sólo sobreviven las que han desarrollado hábitos para protegerse del frío.

Un buen ejemplo de éstas es el éider (*Somateria mollissima*), una especie de pato que construye con sus propias plumas un nido a prueba del frío y que, además, usa las plumas para empollar sus huevos. Al ser descubierta esta práctica de supervivencia, los hombres empezaron a utilizar las plumas (*dum*) del *ejder* —tal es su nombre en sueco— para fabricar unos acolchados a los que llamaron *ejderdum*, palabra que, a su vez, proviene del islandés *oedhardun* (de *oedhar*, genitivo de *oedhr* —éider más *dun*— «abajo» en nórdico antiguo—; luego, *oedhardun* se puede traducir literalmente por «lo de abajo del éider»).

El hombre buscó imitar al éider: juntó sus plumas e hizo con ellas una manta acolchada, que en francés se llamó *édredon*, en inglés *eiderdown* y en español *edredón*.

Educación

Hay casi tantas definiciones de educación como autores que se ocupan del tema, pero se la puede concebir como un proceso de transmisión de contenidos que

apunta a desarrollar todas las potencialidades de un individuo.

Es palabra de origen latino, usada por primera vez en el vocabulario eclesiástico del siglo XVI, aunque el verbo *educar*, procedente del latín *educare*, aparece ya en el *Universal vocabulario de latín en romance*, de Alfonso de Palencia, en 1490. *Educare* «educar», «criar», «alimentar» se formó mediante el prefijo *ex-* «fuera» y el verbo *ducere* «guiar», «conducir», originado en el indoeuropeo *deuk-*.

Educación proviene del sustantivo latino *educatio, onis*, derivado de *educare*. En otras lenguas, esta palabra adoptó las formas siguientes: en francés, *éducation*; en italiano, *educazione*; en portugués, *educação*.

Efemérides

Palabra usada por griegos y latinos, sufrió escasas modificaciones en los veintiún siglos transcurridos desde que Cicerón (106-43 a. de C.) la empleó en varios de sus discursos. En esa época, el vocablo era utilizado para denominar una especie de diario de anotaciones o un libro de gastos diarios. Pero Plinio el Viejo, quien vivió un siglo después de Cicerón (23-79 d. de C.), denominó *ephemeris mathematica* las tablas astronómicas, nombre que se mantiene hasta hoy para las coordenadas de los planetas y de las estrellas para cada fecha, así como para la relación de eclipses y distancias de la Luna y de los demás cuerpos celestes.

La palabra latina proviene del griego *ephemeros* «que dura un solo día», de donde se derivó también la voz castellana *efímero* (v. efímero).

El Diccionario de la Academia recoge los significados clásicos de la palabra y añade otro más moderno: «lista de sucesos notables ocurridos en la fecha de que se trata, pero en años anteriores».

Cabe destacar que se trata de un sustantivo femenino usado siempre en plural. En una entrada separada, el Diccionario incluye la forma derivada *efeméride*, que designa un «acontecimiento notable que es celebrado en la misma fecha en años posteriores».

Efímero

Este adjetivo califica algo que tiene escasa duración o que dura sólo un día.

Llega al castellano directamente del griego clásico *ephemeros* «que dura un día», voz compuesta por la preposición *epi* «en», «durante» (que indica tiempo) y *hemera* «día», «luz del día». En castellano antiguo, encontramos *efémera*, referido a la fiebre efímera, y *efémero*, para designar al lirio hediondo.

Actualmente, *efímero* indica algo de muy corta duración, aunque también se suele usar en su más estricto significado etimológico para denotar «de un día de duración». Además, *efímera* es sinónimo de *cachipolla* (insecto cuya vida no llega a un día).

La efimera es llamada fiebre: porque principalmente se encarna en los espíritus & es dicha efimera: por vn pescado que le dizen efimero que en esse dia en que nasce enesse muere (Bernardo de Gordonio (¿?-1318): Las pronósticas, traducción anónima del siglo xv).

Del griego *ephemerís* «memorial diario», un derivado de *ephemeros*, proviene también *efemérides* «relación de hechos notables ocurridos en determinada fecha, a lo largo de los años» (v. efemérides).

La palabra española *hemeroteca* «colección de diarios» también proviene de *hemera*, pero con el sufijo *-theké* «depósito» o «colección».

Égida

Los jefes guerreros de la antigua Grecia solían cubrir su cuerpo con una coraza (égida) hecha de pieles de animales con la que se protegían el pecho y los brazos, además de intimidar a sus enemigos.

Con el tiempo, esta coraza se fue convirtiendo en un símbolo de poder y autoridad, además de constituir un talismán invencible, según las creencias de esa época. La mitología griega cuenta que los dioses más poderosos del Olimpo —Zeus, Apolo, Hera y Atenea— usaban este escudo.

Electricidad

El filósofo griego Tales de Mileto, que vivió hacia el año 600 a. C., ya había advertido que el ámbar, una sustancia resinosa amarillenta, al ser frotado, especialmente con pieles de animales, adquiría la extraña propiedad de atraer objetos ligeros, como plumas u otros pequeños cuerpos. Los griegos no sabían cómo explicar este fenómeno, que quedó registrado, entonces, como un comportamiento curioso del *elektron*, como llamaban al ámbar.

La palabra fue heredada por los romanos, quienes lo llamaron *electrum*, pero las causas de la propiedad de atraer algunos pequeños cuerpos continuaron ignoradas hasta fines del siglo xvi, cuando el médico inglés William Gilbert (1544-1603), en pleno Renacimiento, publicó su trabajo *De magnete*, en el que aventuraba las primeras hipótesis sobre aquella misteriosa característica. Debemos tener en cuenta que por entonces se ignoraba la estructura del átomo y tampoco se sabía de la existencia de los electrones, y que la única propiedad

conocida (aunque no explicada) de la electricidad era la que se verificaba con el ámbar. En 1646, otro médico inglés, *sir* Thomas Browne, escribió un tratado en latín sobre el mismo fenómeno, titulado *Pseudodoxia epidemica*, más conocido como *Errores vulgares*.

En 1740, el científico estadounidense Benjamin Franklin (1706-1790) realizó experimentos con un barrilete en una tormenta. Por este camino abordó la electricidad desde otro punto de vista, hasta que se descubrió que el comportamiento de rayos y truenos estaba vinculado de alguna forma con las propiedades del ámbar, por lo que todos estos fenómenos fueron englobados bajo el nombre genérico de *electricidad*.

Los investigadores ya empezaban a sospechar que aquellas sorprendentes propiedades de la materia podrían llegar a constituir una fuente de energía, pero todavía estaban lejos de concebir hasta qué punto aquella fuerza desconocida sería un día importante para la humanidad.

Elefante

Animal de tamaño impresionante (los de la especie africana llegan a medir hasta cuatro metros de altura), inteligente, cariñoso, dotado de una trompa llamativa. Cabría pensar que el elefante obtuvo su nombre de alguna de estas cualidades, pero fue de sus colmillos de marfil de donde surgió la denominación por la cual es conocido. Los griegos llamaron a estos animales *elephas*, término que inicialmente significaba «marfil», como podemos constatar en *chryselephantine*, de donde proviene nuestro *criselefaninto* (v: criselefantino) «pieza escultórica hecha de oro y marfil». La palabra fue heredada por los latinos como *elephas -antis*; pero en la Edad Media se deformó en latín, en inglés y en francés a *olifantus*.

El desconocimiento de este animal era tal en los países europeos, que en inglés antiguo se llamó *olfend* al camello... ¡por confusión con el elefante!

En español, la palabra aparece con su forma actual desde mediados del siglo XIII:

Mas los romanos non pudieron entrar en las azes de los de asdrubal por los elefantes que les espantauan los caualllos. e por esso ouieron su acuerdo e buscaron manera de que se pudiesen luego ayudar (Alfonso X el Sabio: Estoria de España I).

En inglés, la forma original *elephant* sólo volvió a prevalecer a partir del siglo XIV, y fue usada para designar también al marfil hasta comienzos del siglo XVIII.

En español, se acuñó la expresión *elefante blanco*, tomada del inglés, para referirse a un bien cuyo mantenimiento cuesta tanto dinero que en poco tiempo se vuelve insostenible. Esta expresión nació de la costumbre de los reyes de Siam de regalar elefantes blancos a los cortesanos que les desagradaban. Como éstos no podían deshacerse de un regalo del rey, acababan arruinados por el costo de su mantenimiento.

Elegante

Significa «dotado de gracia, nobleza y sencillez».

Procede del latín *legere* «reunir». Con el prefijo privativo latino *ex-* más *legere*, se formó *eligere* «elegir», «escoger», y de éste, *elegans*, *-ntis* «elegante», «distinguido», de donde proviene nuestro vocablo *elegante*.

La elegancia es una cualidad que ha sido cultivada por la nobleza y, en nuestros tiempos, heredada por la burguesía. La persona verdaderamente elegante no es elitista, denota buen gusto en sus elecciones, puede acercarse con naturalidad a los humildes gracias a la sencillez, característica que podemos ver en la definición arriba mencionada.

Un buen ejemplo de esta cualidad fue Petronio, el escritor satírico latino del siglo I, autor del *Satiricón*, al punto de ser conocido por el seudónimo *Arbiter elegantiarum* «árbitro de la elegancia» por su distinción y buen gusto, según los *Anales* del historiador Tácito. Petronio, aun siendo amigo de Nerón, fue acusado de haber conjurado con Séneca y con Lucano para matar al emperador, circunstancia que lo llevó al suicidio en el año 66 d. de C. Ha quedado inmortalizado en la literatura con la novela *Quo Vadis* (1895), del escritor polaco Henryk Sienkiewicz, en la cual Petronio se suicida junto con su esclava Eunice a causa del amor imposible que los unía.

Eliminar

Esta antigua palabra de origen latino no parece haber llegado al español directamente desde la lengua de los césares, sino, más probablemente, del francés, puesto que su primer registro en castellano data del siglo XIX, en la *Historia del reinado de Carlos III en España* (1843), de Antonio Ferrer del Río:

Semejantes debates se deben eliminar de la historia. ¿A qué describir el encono con que se zahirieron ciegamente alumnos tan aventajados de las Musas, a tiempo de hallarse estimadas las letras y de poderse espaciar en ancho campo, donde para todos crecían laureles?

Sin embargo, el vocablo *éliminer* ya era usado en francés por lo menos desde el siglo XV, mientras que *eliminate* está documentado en inglés desde el siglo XVII.

La palabra latina *eliminare* estaba formada por el prefijo *e-*, que da la idea de «salir», y el sustantivo *limen*, *liminis* «umbral», o sea que, inicialmente, *eliminare* significó «sacar», «poner fuera», y sólo más tarde adquirió el sentido de «excluir» que siempre tuvo en español.

Elipse

Es el nombre de la curva que describe la Tierra en su trayectoria alrededor del Sol y, en general, cada astro con relación a su sistema local. Los griegos ignoraban que la trayectoria de la Tierra era elíptica; pensaban que era circular, lo que para ellos significaba que era perfecta. A la elipse la conocían como figura cónica —es decir, que se genera mediante la sección de un cono, al igual que la circunferencia, la parábola y la hipérbola— y la llamaban *elleipsis* «insuficiencia», por tratarse de una figura «defectuosa», «imperfecta».

Elite

La Real Academia Española registra esta palabra de origen francés (*élite*) tanto con tilde como sin ella, permitiendo así que cada hablante (o escribiente) haga su propia opción. El autor prefiere no usar tilde para mantener la pronunciación más aproximada del vocablo original francés, que también es, probablemente, la más usada en español.

La palabra francesa proviene del latín *eligere* «elegir», formada por el prefijo *ex-* «fuera» y el verbo *legere* «recoger», «elegir», «robar», como en la frase de Tácito: *Permittere aliqui arbitrium eligendi* (conceder a alguien el derecho de escoger).

Élite llegó al francés allá por 1180, inicialmente como *éslite*, participio pasado del femenino sustantivado de *élire*, «elegir», derivado de *eligere*. Primero, *élite* tuvo el sentido de «el que ha sido elegido, seleccionado», pero más tarde, con la idea de que los que están en mejor situación en la sociedad han sido *elegidos* —tal vez por el hado—, la palabra adquirió su significado actual (v. elegante).

El Diccionario de la Academia recogió esta palabra sólo en 1984, aunque está en el idioma desde el siglo XIX, como nos muestra este texto de Leopoldo Alas, datado en 1876, en el que las palabras españolas se codean sin pudor con las francesas:

La Marquesa también había puesto empeño en que Ana asistiera al baile y a la cena, «que tendría la elite en petit comité». Todos estos galicismos

los había importado Mesía.

Elixir

Para los alquimistas, *elixir* era una especie de palabra mágica que les permitía definir la sustancia esencial de un cuerpo. Roger Bacon creía que el oro disuelto en una mezcla de ácido clorhídrico con ácido nítrico era el *elixir de la vida*, mientras que otros tomaron esta palabra de origen árabe para designar toda clase de remedios maravillosos capaces de curar un sinnúmero de enfermedades.

La palabra llegó al bajo latín de la península ibérica procedente del árabe *el-iksir*, usada, precisamente, para referirse al elixir de la vida de los alquimistas, pero los árabes la habían tomado del griego *xera* (sustancia seca y, más tarde, sustancia esencial de un cuerpo).

La voz griega dio origen también a otros vocablos, tales como *xerox*, *xerocopia* y *xeroftalmia*. Las dos primeras se refieren al proceso electrostático patentado en 1940 por el físico estadounidense Chester Carlson para la obtención en papel de copias secas, es decir, sin el uso de líquido revelador y fijador que se empleaba hasta entonces. *Xeroftalmia* (también se admite la grafía con tilde: *xeroftalmía*), por su parte, designa la dolencia por la cual la córnea se torna opaca, dando la impresión de que le falta irrigación al ojo, aunque esta alteración, en realidad, se debe a la carencia de algunas vitaminas.

Emancipar

Esta palabra, procedente del latín *emancipare*, significa hoy «liberarse un menor de edad de la tutela de sus padres o tutores», «liberarse un esclavo de la subordinación a un amo» o independizarse una colonia del yugo de una metrópoli.

En latín, *mancipare* era «entregar», «pasar a otras manos», «vender», «deshacerse de una propiedad». Pero también fue usado con el sentido de «entregarse a la embriaguez» o «ser entregado a las manos del verdugo». El vocablo cargaba con el matiz de «quedar sometido», «estar en manos de otro».

Con el prefijo *ex-*, que antes de *m* pierde la *x*, se formó *emancipare*, que tiene el sentido exactamente opuesto: «librarse de ataduras».

En el origen de todas estas palabras está *manus* «mano», que es por donde se sujeta al esclavo. Así, *manumittere* «liberar un esclavo», derivada de *manumittere*, se forma con *manus* y *mittere* «enviar lejos del amo».

Embajada

Esta palabra denomina tanto el cargo de embajador como su residencia, sus oficinas y el conjunto de empleados que tiene a sus órdenes.

Voz de origen celta, como revela el vocablo *anbótt* «criada» (en islandés antiguo). Esta palabra hizo un largo recorrido hasta llegar a nuestra lengua: fue tomada por el bajo latín *ambactia* «encargo», de donde pasó al gótico *andbahti* «empleo», «servicio», luego al galo *ambactus* «servidor», del que derivó a la lengua provenzal de Oc para formar *ambaissar* «cumplir un encargo» y, luego, *ambaissada* «encargo» y, más tarde, *embajada*. Debido al peso que la diplomacia francesa tuvo en Europa, el vocablo fue recogido también por varias lenguas europeas: el portugués formó *embaixada*; el inglés, *embassy*; el italiano, *ambasciata*, y, por supuesto, el francés, *ambassade*.

Algunos autores señalan un supuesto origen italiano, pero Corominas sólo admite la influencia semántica (en el significado) de esa lengua debido a la idea de «mensaje de un soberano», surgida en las cortes italianas, principalmente en la de Venecia.

Emoción

Una emoción es un movimiento del alma o del ánimo, algo que nos sacude o nos *con-mueve*. La palabra aparece registrada en español desde el siglo XVII, cuando llegó del francés *émouvoir*, que denotaba «emocionarse» o «conmoverse», pero, en realidad, su uso no se generalizó hasta el siglo XIX. El verbo francés provenía del latín *emovere* —formado por *ex* «hacia fuera» y *movere*—, que significaba «remover, sacar de un lugar, retirar», pero también «sacudir», como suele hacer la emoción con nuestro ánimo.

Emolumento

Es un término ideal para aquellos que creen que el uso de palabras difíciles es una señal de cultura o de distinción. En efecto ¿para qué decir *remuneración* o *retribución*, que todos entienden, cuando se puede decir *emolumento*, que es mucho más distinguido?

Lo que pocos saben es que la palabra proviene del latín *emolumentum*, que se formó a partir del verbo *molere* «moler». El lector puede preguntarse cuál es la relación del acto de moler con un vocablo que significa retribución. Pues, el hecho es que, para los latinos, *emolumentum* también significaba «retribución», pero una muy específica: la ganancia del molinero.

Empatar

En su *Origen y etimología de la lengua castellana* (1601), Francisco del Rosal menciona *empatar* con el sentido de «hacer el mismo número de bazas los dos adversarios» de un juego de naipes. El verbo proviene de *hacer pata*, con el mismo sentido de «igualar», que nada tiene que ver con las patas de los animales.

En los dialectos de algunas regiones de España, hacia el siglo xv, o tal vez antes, se usaba *pata* o *hacer pata* para expresar la situación de igualdad.

Esta palabra fue tomada del italiano *impattare*, del mismo significado, que se formó a partir de la locución *far patta* (literalmente, hacer pacto, o sea, quedar en paz, sin vencidos ni vencedores), donde *patta* se deriva del latín *pactum* «pacto».

Emperifollarse

De uso predominantemente coloquial, este verbo se emplea con el sentido de «adornarse alguien con profusión y esmero», y es equivalente a *emperejilarse*. Bueno, en realidad es algo más que equivalente, puesto que ambos verbos provienen de los nombres de dos vegetales entre los que hay cierto parentesco: el perifollo y el perejil. El perifollo se emplea, igual que el perejil, como condimento, pero también como adorno de ciertos guisados, razón por la cual, en el primer diccionario de la Academia aparece descrito, además, como «nombre vulgar de las cintas y otros adornos vistosos que se ponen las mugeres». (La *g* corresponde a la grafía del español del siglo xviii). Antiguamente, el perifollo se llamaba *cerifollo* y se cree que la *p* inicial se incorporó por influencia de *perejil*.

Este vocablo proviene del latín *caerifolium*, que a su vez se derivó del griego *khairephyllon*, formado por *khairó* «me complazco», «disfruto» y *phyllon* «hoja», esta última también presente en *clorofila*.

Empírico

El empirismo es la doctrina que afirma que todo conocimiento se basa en la experiencia, por contraposición a las ideas espontáneas, al pensamiento *a priori* y al pensamiento racional. Un empírico es un sujeto cuyos conocimientos no se apoyan en un estudio sistemático, sino en la observación de casos particulares.

La palabra proviene del griego *peira* «ensayo», «experiencia».

Enciclopedia

A lo largo de la historia, hubo diversas iniciativas para crear obras que reunieran todo el conocimiento humano alcanzado hasta el momento de su ejecución. Aristóteles, entre los griegos, y Varrón en Roma produjeron algunas que pueden ser consideradas de carácter enciclopédico, así como la *Historia natural*, de Plinio el Viejo. En la Edad Media también se registraron trabajos del mismo tipo, como los *Veinte libros de los orígenes*, de Isidoro de Sevilla.

Sin embargo, la primera obra de verdadero carácter enciclopédico fue la *Enciclopedia francesa*, que publicaron en Francia Denis Diderot y Jean le Rond D'Alembert entre 1751 y 1766, formada por veintiocho volúmenes, once de ellos de ilustraciones, más un suplemento de cinco tomos en 1777. Además de los mencionados, participaron en la obra algunos de los principales ideólogos de la Revolución francesa, tales como Montesquieu, Rousseau, Voltaire, Quesney y Lamarck, entre otros.

La palabra *enciclopedia* se formó a partir del latín medieval *encyclopaedia* «curso de educación general», vocablo construido a partir del griego *en-* «sobre», «acerca de», *kyklos* «círculo», «ciclo» y *paideía* «educación», «instrucción».

Encomio

Las celebraciones con cánticos eran muy comunes en la antigua Grecia; la música era una de las artes más apreciadas, y los coros tenían una importante participación en el teatro y en la vida social. Los triunfadores en contiendas deportivas, intelectuales o militares eran homenajeados en fiestas llamadas *panegyrikós* (v. panegirio), con cánticos, en griego *komos*, de donde se derivaron el adjetivo *enkomios* «cantado en una celebración» y el sustantivo *enkomion* «elogio», «panegírico».

Hemos encontrado registro en español de esta palabra desde el siglo XVI. Citamos aquí un párrafo de Juan Ruiz de Alarcón en su *Elogio descriptivo a las fiestas que Felipe IV hizo en Madrid* (1623), con ortografía de la época.

Aun no la planta se ocultó postrera,

aun no el encomio sucedió a la gloria,

cuando bicorne mugiente fiera

hurta el pasado fausto a la memoria

Endriago

Los caballeros andantes que recorrían los bosques y praderas de Europa narraban incontables hazañas, algunas de las cuales tal vez fueran reales, pero muchas otras, ciertamente, eran fruto de su imaginación o, tal vez, de la creatividad de los cantores de gesta que alababan sus andanzas.

Muchas de tales heroicidades estaban dirigidas a conquistar la admiración de jóvenes doncellas, lo que puede explicar el deseo de impresionar a quienes las oían. Entre las proezas narradas por los caballeros andantes, se destacaban las numerosas referencias a supuestas batallas contra el endriago, un «monstruo fabuloso con facciones humanas y miembros de varias fieras».

El nombre de la temible criatura parece ser una corrupción de *hidriago*, palabra formada por *hidra* (del griego *hýdra* «serpiente acuática») y *dragón* (del griego *drakon* «dragón»).

Y si no fuese por esto, no se podrían socorrer en sus peligros los caballeros andantes unos a otros, como se socorren a cada paso, que acaece estar uno peleando en las sierras de Armenia con algún endriago o con algún fiero vestiglo [...]. (Quijote).

Energúmeno

Los antiguos buscaron diversas explicaciones para el comportamiento de quienes sufrían males como la epilepsia y algunas histerias. Los romanos decían que estas personas —a quienes llamaron *energumenus*, del griego *energoumenos*— padecían de *encantamientos*.

Con el advenimiento del cristianismo, surgió la hipótesis de que estaban poseídas por el demonio, que éste ocupaba sus cuerpos y sólo los abandonaba si era obligado a hacerlo mediante un exorcismo.

Uno de los primeros autores españoles que empleó la palabra *energúmeno* fue Benito Jerónimo Feijóo en su *Teatro Crítico Universal*, en 1739:

¿Cómo, o por qué hoy en todas partes es incomparablemente mayor el número de Endemoniadas, que de Endemoniados, de modo, que para cada Energúmeno de nuestro sexo, hay ciento del otro? Algo más difícil les será disolver este Problema, que a mí el que me opusieron.

El vocablo aparece ya en la primera edición del Diccionario de la Academia:

La persona que está espiritada o endemoniada. Viene del Latino Energumenus, que significa esto mismo.

Con el paso del tiempo, la denominación energúmeno pasó a aplicarse a la persona que se descontrola fácilmente o se enfurece con violencia.

Energoumenos se derivaba del verbo griego *energein* «actuar», «hacer algo con relación a alguien».

Enero

El antiguo calendario romano tenía diez meses, desde marzo hasta diciembre, seis de treinta días y cuatro de treinta y un días, lo que daba un total de trescientos cuatro, más un lapso invernal de unos sesenta días durante el cual no se registraba la fecha.

Según la tradición, el segundo rey de Roma, Numa Pompilio, estableció en el siglo VIII a. de C. los meses de enero y febrero.

Enero —en latín, *Januarius*—, con treinta y un días, fue creado en homenaje al dios Jano, que regía las entradas y los comienzos, y pasó a ser el primer mes del año, desplazando a marzo, pues los cónsules se elegían en enero.

Enfermo

Enfermo es, etimológicamente, «aquel que no está firme». En efecto, la palabra proviene del latín *infirmus*, compuesta por el prefijo privativo *in-* y el adjetivo *firmus*, o sea, «falta de firmeza».

Enfurrñarse

Este vocablo tiene su primer registro conocido en español en la primera edición del Diccionario de la Academia, en 1732, con el significado de «ponerse colérico y enojado, enfadándose y gruñendo contra otro, y hablando como irritado contra él. Es voz bárbara y rústica».

Proveniente del francés antiguo *enfrogner* «poner mala cara» (hoy, se *renfrogner*), derivado de *froigne* «cara malhumorada» (también en francés antiguo), procedente del galo *frogna* «ventanas de la nariz». Este nombre de las ventanas de la nariz se originó en el galés *ffroen*, del mismo significado, o en el irlandés *sron* «nariz».

Enjuagar

Enjuagar es limpiar con agua algo que está enjabonado o, también, limpiarse la boca con agua. Proviene del castellano antiguo *enxaguar* —que sobrevive hasta hoy en portugués con el mismo significado—, que procede del latín vulgar *exaquare*, formado por *aqua* «agua» con el prefijo *ex-* «fuera».

No se debe confundir esta palabra con *enjugar*, que llegó del latín medieval *exsucare* «dejar sin jugo, sacar todo el jugo», formada por *ex-* y *sucus* «jugo», aunque *enjugar* significa «secar con un paño algo que está mojado». En economía, se utiliza en sentido figurado con el sentido de «eliminar de un presupuesto los gastos superfluos».

Enojar

Proviene de *enojar* en la antigua lengua provenzal de Oc, que significaba «aburrir» o «fastidiar». La palabra provenzal se derivaba del latín vulgar *inodiare*, un verbo que tanto podía significar «inspirar odio» como «inspirar asco», y que se formó a partir de la locución latina *in odio esse alicui* «ser odiado por alguien».

En el español de hoy, *enojo* denota un «movimiento del ánimo que suscita ira contra alguien». Sin embargo, en lengua portuguesa, el verbo *inodiare* siguió un camino diferente, y *enojar* significa en esa lengua «inspirar asco» (que en portugués es *nojo*).

Ensayo

Se originó en el latín *exagium*, que a su vez se derivó del griego *exagion*, sustantivo que se empleaba para referirse al acto de pesar. En diversas inscripciones griegas y romanas, la palabra aparece con este significado, y en Roma se encontró, además, la expresión *sub exagi* para referirse a las ventas por peso.

En francés antiguo, *exagium* dio lugar a *essai*, con la connotación de «prueba» o «tentativa», sentidos que se extendieron a la composición literaria en la época de la Ilustración (siglo XVIII). Al mismo tiempo, el vocablo grecolatino, ya convertido en el vocablo francés *essayer*, hizo su entrada en el inglés bajo la forma *to essay*, con la misma denotación de prueba que tenía en el continente, pero también con un matiz de «análisis» o «balance».

El primer escritor de habla inglesa que empleó *essay* como sustantivo para referirse a una obra escrita que no fuera de ficción fue Francis Bacon en 1597,

pero se cree que tomó la idea de los *Essais*, de Montaigne.

En español *ensayar* aparece en el *Cantar de Mío Cid* (1140) con el significado de «probar» y recoge del inglés la denotación de «artículo», «tratado» o «escrito de análisis» sólo a comienzos del siglo XVIII.

Entomología

Esta palabra, que sirve para designar la parte de la zoología que estudia los insectos, tuvo su origen en el siglo IV a. C. con Aristóteles, quien también incluía entre los *éntoma zoa* «animales cortados» a los arácnidos y a los miriápodos.

Éntoma zoa, la palabra griega para los insectos(v. insecto), había sido tomada de *éntoma*, la forma neutra del adjetivo *éntomos* «cortado en segmentos», formado a su vez por *en-* «en» y *temnein* «cortar», «segmentar», con origen en la voz indoeuropea *tem-* «cortar».

Hacia el siglo XVIII, cuando el estudio de los insectos se perfilaba como ciencia independiente, investigadores europeos que buscaban un nombre para esta nueva ciencia adoptaron *éntoma* y lo unieron a *logos* «palabra», «descripción», «ciencia», «estudio», y la llamaron *entomologie* en francés, *entomology* en inglés, *Entomologie* en alemán, y *entomología* en español.

Los latinos no se quedaron con el término griego, pero sí con la idea de «animal cortado», para dar nombre a los insectos, como veremos al analizar esa palabra.

Entretenimiento

Entretener y sus derivados aparecen en castellano por lo menos desde el siglo XVI: *entretenedor*, *entretenido* y *entretenimiento* en los diccionarios bilingües de Cristóbal de las Casas (1570) y de R. Percivale (1591), y *entretener* en el *Quijote* (1605).

Proviene, probablemente, del francés, lengua en la cual se empleaba desde el siglo XII como *entretenir*, con el sentido de «mantener juntos», del latín *inter* «entre» y el latín vulgar *tenire* «tener», del latín clásico *tenere*. La palabra pasó al inglés en el siglo XVI bajo la forma *entertainment*.

Entrevero

Cruentas batallas entre varios hombres armados con lanzas, espadas y cuchillos eran comunes en el Río de la Plata hasta la segunda mitad del siglo XIX, cuando la Argentina, el Uruguay y el sur de Brasil se modernizaron para abrir sus puertas al comercio internacional. Esas luchas sangrientas se llamaban

entreveros, una palabra de creación culta formada por los vocablos latinos *inter* y *varios*, que denota una mezcla confusa y desordenada.

Podemos ver la crueldad de estas luchas a muerte en este texto de Teresa Lamas de Rodríguez Alcalá (1887-1976):

Muerto su esposo como un héroe en un horrible *entrevero* al arma blanca, y muertos dos hijos más en un legendario asalto, en Carlos había concentrado todas sus ternuras y todos sus orgullos.

La imagen de una mortífera lucha de este género está expuesta en una plaza del centro de Montevideo, en la escultura *El entrevero*, de José Belloni.

Envidia

Para la doctrina católica, la envidia es uno de los siete pecados capitales. Unamuno dice en sus escritos: «mil veces más terrible que el hambre, porque es hambre espiritual».

La envidia fue estudiada por el psicoanálisis, en especial por la austríaca Melanie Klein (1882-1960), quien investigó numerosas formas de manifestación de ese sentimiento, el cual, según ella, era frecuentemente confundido con los celos. Klein propuso diferenciar claramente uno y otro, afirmando que los celos se basaban en el amor, y suponían, de alguna forma, una relación entre tres personas, mientras que la envidia ocurría en una relación entre dos individuos.

La palabra proviene del latín *invidia*, *-ae*, que entre los romanos también designaba sentimientos tales como *antipatía*, *odio*, *mala voluntad*, *impopularidad*, *celos*, *rivalidad*. Por ejemplo, *invidia Numantini fæderis* significaba «impopularidad del tratado con Numancia».

El verbo que dio origen a esta palabra era *invidere*, que se traducía como «mirar con malos ojos», «envidiar», «sentir antipatía», formado con el verbo *videre* «ver» —a partir del indoeuropeo *weid-* «mirar»— con el prefijo latino *in-* «contra»; o sea que, según el sentido primigenio del término, este sentimiento de cierta manera equivale a «ver negativamente» o «mirar con hostilidad».

En francés, la palabra fue adoptada en 980 como *enveie* y, desde 1180, como *envie*; en inglés, como *envy*; en portugués, como *inveja*, y llegó a nuestra lengua en el siglo XIII por obra de Gonzalo de Berceo, quien usó también *envidioso* (lat. *invidiosus*) y *envidiar*.

Eón

Los eones son eras de duración muy prolongada, aplicables más a la geología y a

la paleontología que a la breve historia del hombre sobre la Tierra. Algunas corrientes religiosas esotéricas afirman que un eón corresponde a mil millones de años, lo que equivale *grosso modo* al tiempo transcurrido desde la aparición de las primeras formas de vida sobre el planeta.

La noción de períodos muy prolongados es casi tan antigua como la propia raza humana. Los pueblos prehistóricos indoeuropeos llamaban *aiw-* a la noción de eternidad. Esta palabra se derivó en diversas formas más o menos equivalentes a lo largo de miles de años. En sánscrito se usó *áyu-* para referirse al concepto de fuerza vital, y en avéstico *ayu* denotaba longevidad.

En la lengua griega, *aiw-en-* dio lugar a *aion* «era», «edad histórica», «época». En latín se formó *aevun*, con significado similar, de donde provienen palabras como *eón*, y también *longevo* —de *longus* «prolongado», «largo» más *aevum*—, así como *medievo* «de la Edad Media». En latín se registra también *aevitas* «tiempo de la vida de una persona», «edad» y su contracción *aetas*, que sobrevivió en castellano como *edad*.

Episcopal

(V. arzobispo).

Episodio

Proviene del griego *epeisódion*, que en el teatro helénico era el nombre de todo el recitado que ocurría entre dos entradas sucesivas del coro. Formada por *ep-* «además», *éis* «que entra» y *hodós* «camino».

Esta palabra, que está registrada en español desde el siglo XVI, ha incorporado, además, el significado de «incidente, suceso enlazado con otros que forman un todo o conjunto», como en el siguiente trecho de la novela *Amalia*, del escritor argentino José Mármol:

Pero sí bajará su frente, avergonzado de que la alta figura que haya que dibujarse en el gran cuadro de ese episodio lúgubre de nuestra vida, sea la figura de Don Juan Manuel Rosas.

Epónimo

En la Atenas del período preclásico, los principales magistrados eran los arcontes: el arconte rey; el polemenco, jefe del ejército, y el arconte epónimo, jefe de gobierno y magistrado principal. Este último daba su nombre al año en que desempeñaba su gestión. En la actualidad, *epónimo* se aplica al «nombre de

una persona o de un lugar que designa un pueblo, una época, una enfermedad, una unidad».

Así, el nombre de Napoleón designa la *era napoleónica*, y el apellido del médico británico James Parkinson es epónimo de la *enfermedad de Parkinson* como el del ingeniero escocés James Watt lo es del *vatio* o *watt*.

Epónimo proviene del griego *eponymos* «el que da su nombre a algo», formado por *epi* «sobre» y *onymos* «nombre».

Epopeya

Las primeras narraciones literarias de la historia son los poemas épicos, o sea, cantos transmitidos verbalmente de generación en generación por los aedas —del griego *aoidós* «cantor»— en los que se relatan las hazañas de héroes míticos como el Peleida Aquiles o Ulises. Los poemas épicos o epopeyas constituyen una de las tres partes de la división clásica de la literatura, junto con la lírica y el drama. A los poemas épicos los griegos les dieron el nombre de *epopoía*, palabra formada a partir de *epoioiós* «poeta épico». Esta última, a su vez, está compuesta por *epós* «relato», «poesía» y *poiéien* «hacer», «producir», «originar». Los romanos llamaron a estos poemas *carmen heroicum*, pero la palabra griega reapareció en el latín tardío por obra de los monjes medievales, y por esa vía llegó a las lenguas modernas a partir del español *epopeya* (1612), el francés *épopée* (1690) y el inglés *epopee* y, también, *epic poetry*.

Equinoccio

Instante en el que, por hallarse el Sol sobre el ecuador, los días son iguales a las noches en toda la Tierra, lo que ocurre anualmente alrededor del 21 de marzo y del 22 de septiembre.

Desde la más remota Antigüedad, el hombre percibió que la duración de los días y de las noches variaba en forma regular a lo largo del año, así como la temperatura ambiente, y que estas variaciones coincidían con el lugar de la salida del sol, que se alejaba del punto cardinal éste hacia el norte y el sur, alternativamente. Este conocimiento sólo empírico del ciclo de las estaciones era de la mayor importancia para la agricultura, que siempre fue la actividad fundamental del hombre.

En sociedades más avanzadas, como Babilonia o el Egipto de los faraones, el cómputo del tiempo y la observación del ciclo de los astros dieron lugar a la formación de los primeros calendarios, como el babilónico, basado en la Luna, y el de los egipcios, que fue el primer calendario solar.

Sin tener la menor idea del sistema solar como conjunto de planetas que giran alrededor del Sol, estos pueblos verificaron que el comienzo de la primavera y del otoño ocurría cuando el astro se encontraba sobre la línea del ecuador, en el centro de su trayectoria anual hacia el norte y el sur, y los latinos llamaron *aequinoctium* a los días en que eso ocurría.

Equinoccio se formó a partir de dos palabras latinas: a) el adjetivo *aequus* «igual» —el mismo que encontramos en *equilátero* «de lados iguales» y en *equidistante* «situado a igual distancia»— y b) *nox, noctis* «noche», o sea, «el día en que la noche es de igual duración que el día».

La voz latina se originó en el griego *nux, nuktos* «noche», «tinieblas», que proviene de la raíz indoeuropea *nek-t-*.

Erario

La palabra latina *aes, aeris* se empleaba como nombre genérico de todos los metales que se extraían de la tierra, excepto el oro y la plata, y provenía de la raíz indoeuropea *aios-* «metal». Con el paso del tiempo se fueron distinguiendo significados más específicos: Plinio llamó *aes cyprium* «de Chipre» al mineral que se extraía de esa isla, y así dio su nombre al cobre. El significado de *metal* también confirió a *aes* el valor semántico de dinero, que en español se mantiene hasta hoy: decimos que algo se paga *en metálico* para denotar que el pago se realiza en efectivo.

Veamos algunos de los usos que los autores clásicos daban a *aes, aeris*:

Aes cyprium «cobre» (Plinio)

Aes grave «latón en barra» (Tito Livio)

Ducere aera «colar el bronce» (Horacio)

Incidere in aes «grabar en bronce» (Cicerón)

Aera legum «tablas de la ley» (Cicerón)

Aera spiran «estatuas de bronce animadas» (Cicerón)

Aes prolatum «escudo» (Enio)

Aes rectum «trompeta derecha» (Juvenal)

Aere ciere «llamar (a los soldados) con la trompeta» (Virgilio)

Aere pontus confinditur «El mar es cortado por la proa de bronce» (Tiberio)

Aes alienum «dinero ajeno» o «dinero prestado»

Aere alieno exire «pagar las deudas».

Con bronce se construyeron los primeros cofres de seguridad para guardar oro y metales preciosos y se llamaron *aerarium*, nombre que muy pronto Cicerón dio al Tesoro público, aunque también existían el *privatum aerarium Caesaris* «Tesoro privado del Cesar» y el *aerarium Saturni*, un templo de Saturno donde se guardaban los textos grabados en bronce de algunas leyes, así como condecoraciones y medallas.

En el latín medieval, de *aes*, *aeris* se derivó *aeramen*, que se aplicaba a todos los objetos de bronce y que dio lugar en español, a comienzos del siglo XIII, a *aramne* «alambre», que más tarde evolucionó a *arambre* y *alambre*.

El nombre *as* (una moneda romana de poco valor), *as*, *assis* en latín, no tiene el mismo origen; se cree que proviene del etrusco. Sin embargo, Tito Livio empleaba *mille aeris* con el significado de «mil ases» o también «mil libras de cobre».

Eritrocito

Es otro nombre de los glóbulos rojos de la sangre, formado por las palabras griegas *erythrós* «rojo» y *kytos* «cavidad», «recipiente» y, modernamente, «célula». El primer componente está presente en el nombre que los griegos dieron al mar Rojo, *Erythreos*, y en Eritrea, país cuya costa se recuesta sobre este mar.

El temor a ruborizarse —nótese que esta última palabra se formó a partir del latín *ruber*, *-bra*, *-brum* «rojo»— fue llamado *eritrofobia* por los psicoanalistas. El proceso de formación de los glóbulos rojos fue denominado *eritropoyesis* por los biólogos. Y *eritema* es una inflamación de la piel que se caracteriza por su enrojecimiento superficial.

Erótico

Proviene del latín *eroticus* y éste, del griego *erotikós*, que se refería al amor sensual y a la poesía amatoria.

La palabra griega se deriva del nombre de Eros, el dios del amor —Cupido para los romanos—, que con sus flechas unía corazones. Era hijo de Poros, el *daimon* de la conveniencia, la oportunidad y la utilidad, y de Penia, la *daimon* de la pobreza y de la necesidad. Eros era presentado bajo la forma de un niño, frecuentemente alado, que se complacía en perturbar los corazones, inflamándolos con su antorcha o perforándolos con sus flechas

Actualmente tiene también el significado de «atracción muy intensa, semejante a la sexual, que se siente hacia el dinero, el poder o la fama», según el diccionario

de la Academia.

Escapar

Una capa puede ser un magnífico abrigo en el invierno, pero, ciertamente, debe constituir una embarazosa molestia para quien intenta huir. Es lo que nos dice la etimología de *escapar*, una palabra formada por el prefijo latino *ex-* «fuera» y el sustantivo *cappa*. Esto significa que *escapar* alude, en su origen, al acto de librarse de la capa para estar en mejores condiciones de huir de algún enemigo.

Escándalo

Los pueblos prehistóricos indoeuropeos empleaban la raíz *-skand* para formar palabras como *saltar*, *tregar*, *escalar* y en nuestra lengua dio origen a voces como *ascender*, *descender*, *ascensor*, *escala*, *escalera* y *trascendencia*, entre muchas otras.

Los indoeuropeos compusieron con *-skand* y el sufijo *-alo* el vocablo *skandalo*, que significaba «obstáculo», «dificultad», que llegó al griego como *skandalon* («obstáculo», con el sentido de «trampa para hacer caer a alguien»). El latín tardío lo recogió con la denotación de «escándalo, oprobio», hasta llegar al castellano con su forma actual.

Escarlata

Escarlata designa un color *carmesí fino*, más suave que el de la cochinilla. En la Antigüedad clásica y durante la Edad Media, era muy apreciada cierta tela de ese color, fabricada en Bizancio y utilizada por príncipes y autoridades.

El español recoge el nombre de esta tela y de este color desde el siglo XIII, pero sólo aparece registrado en la obra de Covarrubias, que define así el término:

Es la color subida y fina del carmesí, o grana fina: y desta seda, o paño, se vestían los grandes Principes, y oy dia es la color del abito de los Cardenales, y de algunas potestades seglares, en quanto a la color, difiriendo en el abito y traje. El padre Guadix dize ser nombre Arabigo, corrompido de *ixquerlat*, que significa lo que hemos dicho: y corrompido *escarlata*: el Frances vsa del mesmo vocablo y la llama *Scarlatte*, según el diccionario Galico, Graeco, Latino.

Tal como indica Covarrubias, la palabra procede del árabe hispánico *ixquerlat*, derivado de *siqillat*, que en el siglo VII significaba «tela de seda entretejida con hilos de oro». *Siqillat*, por su parte, provenía del griego bizantino *sigillatos*

«tejido de lana o lino con dibujos en forma de anillos o círculos», que tuvo origen en el latín *textum sigillatum* «tela sellada o marcada».

A partir del siglo XIX, la medicina adoptó la palabra *escarlatina* para designar una fiebre eruptiva caracterizada por un exantema o fuerte enrojecimiento de la piel, fiebre muy alta y angina.

Escatología

Curiosamente, no se trata de una única palabra, sino de dos voces homónimas, de distinto significado y de diferente etimología.

Una de ellas se deriva del griego *eskatos* «último» y *logos* «estudio», y significa «el conjunto de creencias referentes a la vida después de la muerte».

La otra, del griego *sker*, *skates* «excremento» y *logos*, se refiere a «un tratado de cosas referentes a los excrementos y a la suciedad».

Escenario

En el antiguo teatro griego, los actores interpretaban la obra detrás del coro. El espacio que ocupaban era más ancho que profundo y en su fondo se erguía una pared, *skené*, decorada con columnas y esculturas, y en la que se abrían entre tres y cinco puertas.

Con el tiempo, *skené*, que además significaba «cobertizo de ramas» o «choza», pasó a designar no sólo la pared, sino también el escenario, el espacio donde los actores representan la obra.

De *skené*, junto con *graphos* «acto de escribir, describir o dibujar», se formó *skenographia*, que pasó al latín como *scaenographia*. Según Aristóteles, Sófocles se convirtió en el primer escenógrafo al usar fondos pintados en sus representaciones teatrales.

Olvidada en el bajo latín durante varios siglos porque la Iglesia había condenado el teatro, la palabra renació en 1547 en francés, en un texto sobre arquitectura; por la misma época, apareció en italiano como *scenografia*; en 1673, en español como *escenografía*, y en el siglo XVIII, en inglés como *scenography*.

Como espacio en el cual los actores representan, la escenografía —ya sea meramente alusiva, como en el teatro griego, o claramente realista, como en la dramaturgia europea de fines del siglo XIX— es siempre una consecuencia directa del texto representado al que está estrechamente vinculada.

Escrúpulo

Cuando hablamos de *tener escrúpulos*, nos estamos refiriendo a dudas de conciencia sobre el carácter correcto o incorrecto de algo que hemos hecho o a la característica de ser extremadamente minuciosos y cuidadosos en el cumplimiento de una tarea.

Sin embargo, en su origen etimológico, *escrúpulo* denomina la piedrecita que tanto incomoda cuando se mete en el zapato; nos llegó del latín *scrupulus*, diminutivo de *scrupus* «piedra pequeña y puntiaguda».

La palabra se encuentra registrada en español por primera vez en textos del siglo XIV.

Escuadra

Procede de *escuadrar*, del latín vulgar *exquadrare* «trabajar sobre un objeto para darle forma de cuadrado o de rectángulo». También se utiliza para denominar a *grupos de soldados* y a los *conjuntos de navíos de guerra*, que solían disponerse en forma de cuadrados en otras épocas.

Palabra antigua en nuestra lengua, figuraba ya en el *Diccionario latino-español*, de Antonio de Nebrija, bajo la forma latina *esquadra*.

Escuela

En la Grecia antigua, el vocablo *skolastikós* no guardaba ninguna relación con la enseñanza ni con el estudio, sino que se refería al «individuo alegre y feliz, que vivía como le gustaba». Probablemente, debido al amor de los griegos por el estudio y el conocimiento, la palabra *skolé*, que primero significaba «recreación», «distracción», «ocio» o sólo «tiempo libre», pasó a denominar el lugar donde los niños aprendían, significado que fue tomado por los latinos en la palabra *schola*, con el mismo sentido que nuestra *escuela*.

Esdrújulo

Este adjetivo se aplica a las palabras que, como él mismo, llevan el acento en la antepenúltima sílaba y que también se llaman *proparoxítonas*.

Proviene de la palabra italiana *sdrùcciolo* «resbaladizo» y de *sdrucchiolare* «resbalar», que Corominas considera de origen incierto.

Sin embargo, el etimólogo mexicano Guido Gómez de Silva cree que puede provenir de *disroteolare*, procedente, a su vez, de *roteolare* «rodar después de caer», que se deriva de un diminutivo del latín *rota* «rueda».

Esgrimir

Esta palabra, registrada en el castellano desde el siglo XIII con la grafía *esgremir*, proviene de la antigua lengua provenzal de Oc en la cual *escremir* significaba «jugar con un arma blanca para defenderse o para atacar». *Esgrimir* ya tenía su forma actual en el siglo XVI, como vemos en este trecho del *Espistolario*, de Juan Ginés de Sepúlveda, escrito en 1532:

Me desagrada profundamente el que, como me dices en tu carta, haya tipos tan desaprensivos que no duden en esgrimir contra ti las armas de la envidia y la calumnia.

La palabra provenzal se derivaba de *skermjan*, en la lengua de los francos —los bárbaros germánicos que conquistaron la Galia— y estaba vinculada con el alemán antiguo *schirmen*.

Esguince

Se trata de un término del vocabulario médico, incorporado al lenguaje popular debido, posiblemente, a los esguinces sufridos por los deportistas, que desde el siglo pasado convocan muchedumbres a colmar los estadios. Esguince es una torcedura o una distensión violenta de una articulación, que no llega a ser luxación (dislocación de un hueso) ni tampoco rotura de ningún tejido.

Este vocablo proviene del latín vulgar *exquintiare* «partir en cinco pedazos», compuesto por la partícula *ex* y por *quintus* «quinto», usado con el sentido de «rasgar» o «desgarrar», aun cuando no fuera en cinco pedazos y que, quizás, haya llegado al castellano desde el catalán *esquinç*.

El médico y diccionarista Fernando A. Navarro en su obra *Parentescos insólitos del lenguaje*, enumera una serie de palabras que, como esguince, provienen del número cinco o, más bien, del latín *quintus*: *quiniela*, *quincena*, *tos quintosa* y *quintillizos*, entre otras.

Eslogan

Esta palabra, proveniente del inglés *slogan*, se usa actualmente para designar una consigna política, ideológica, o bien una fórmula breve, como las que se ven en publicidad y cuyo objetivo es fijar un producto en la memoria del público.

En su origen, sin embargo, un eslogan era un grito de guerra en las comunidades celtas de lengua gaélica, que habitaban Escocia y parte de Irlanda. En efecto, *slogan* es una alteración del escocés *slogorne*, procedente de la palabra gaélica

sluagh-ghairm, formada por *sluagh* «multitud» y *ghairm* «grito». Su sentido metafórico de «consigna» surge en inglés en el siglo XVIII.

En castellano, aparece así por primera vez en el Diccionario de la Academia en 1984:

eslogan. Frase corta significativa, que alude a algo que se pretende grabar en la mente de los demás.

Está incluida también como *slogan* en las ediciones de 1985 y 1989.

Esmalte

El esmalte es una sustancia vítrea opaca o transparente, generalmente de colores vivos; que se usa para recubrir objetos de metal, vidrio o cerámica a los cuales se adhiere tras una fusión a alta temperatura.

Se trata de un proceso muy antiguo: hay datos sobre el uso de esmaltes en Micenas por lo menos desde quince siglos antes de nuestra era y aunque desapareció por completo en algunas civilizaciones, reapareció en otras.

Los francos dieron a este proceso el nombre *smalt*, a partir del verbo germánico *smaltjan* «fundir», «derretir». Esta palabra fue transmitida al catalán y a la antigua lengua provenzal de Oc (Languedoc) como *esmalt* y *esmaut*, y al francés, ya en el siglo XII, como *esmal* antes de llegar al actual *émail*. *Esmalte* aparece por primera vez en castellano en el siglo XIV.

Esmerarse

Cuando nos proponemos ejecutar una tarea con esmero, queremos decir que la hemos de cumplir con especial cuidado o, como prefiere la Academia, «con sumo cuidado y atención diligente».

Esmero proviene del latín vulgar *exmerare* «pulir», «trabajar cuidadosamente», que se formó con el prefijo *ex-* «cabalmente» y el adjetivo *merus* «puro», «claro». *Esmerado* aparece ya en el *Cid*, y *esmerarse*, en el *Conde Lucanor* (1335).

Espada

Es el miembro más conocido de una numerosa familia de palabras derivadas de la raíz prehistórica indoeuropea *spe-* o *sphe-* «pedazo plano de madera». A partir de esta raíz, los griegos formaron los vocablos *sphen* «cuña» y *sphenoidés* «con forma de cuña», del que se origina el nombre del hueso esfenoideos, situado en la

base del cráneo.

Sphen también dio lugar a *spathé* «hoja de la espada», que produjo en latín *spatha* «espada», «cuchillo», «espada ancha» y llegó al español como *espada*.

La antigua raíz *spe-* está presente en otras palabras de nuestra lengua, tales como *espalda*, *respaldo*, *respaldar* y *espátula*.

Espagueti

Esta palabra italiana se usa para designar una «pasta alimenticia de harina en forma de cilindros macizos, largos y delgados, más gruesos que los fideos». El Diccionario de la Real Academia advierte de que se usa más en plural, sin mencionar el hecho de que, al menos en italiano, la palabra original *spaghetti* ya es un plural (de *spaghetto*), diminutivo de *spago* «cuerda», palabra proveniente de *ispau*, del dialecto sardo (de Cerdeña), que significa «cuerda».

España

La palabra griega *Spanía* se registra por primera vez en el siglo I a. de C., usada por el geógrafo Artemidoro de Éfeso como variante del griego *Hispanía*, que pasó al latín como *Hispania*. Por la misma época, ese nombre fue utilizado por Julio Cesar, quien distinguía la *Hispania Ulterior*, más allá del Ebro, y la *Hispania Citerior*, al sur del río Ebro. Tras la unión de Castilla y Aragón por el casamiento de los Reyes Católicos, Hispania se empezó a afianzar como nombre del naciente país.

No se conoce con certeza el origen de la palabra. Se cree que puede provenir del púnico *Isephanim*, que en esa lengua, hablada por los fenicios de Cartago, significaba «isla o costa de los conejos», porque este animal abundaba en Andalucía, donde los fenicios fundaron Cádiz, la ciudad más antigua de Occidente, hace tres mil años. En monedas romanas de la época de Adriano, España está representada como una señora sentada con un conejo a sus pies. Por otra parte, el poeta romano Cátulo llamó *Cuniculosa Celtiberia* a la península ibérica, algo así como «Celtiberia, la Conejera».

Sin embargo, hay quien afirma que el origen de la palabra es celta, basado en que la región de llanura de la península ibérica tiene forma parecida a la palma de la mano, *span* en lengua celta. *Span* se relaciona con el alemán *Spann* «empeine del pie» y *Spanne* «palmo» y con el inglés *span* «palmo».

Entre otros étimos considerados de menor credibilidad, cabe destacar el fenicio *span*, con el significado de «oculto, escondido» porque se piensa que *span* se deriva del hebreo *xaphano* «ocultar», y España era un país lejano y escondido,

cercano a los confines del mundo.

Esparadrapo

El esparadrapo es una de esas invenciones tan útiles que uno se pregunta cómo a nadie se le había ocurrido antes y cómo la gente se las arreglaría previamente. Consiste en una tira de tela o de papel, una de cuyas caras está cubierta de un emplasto adherente, que se usa para sujetar vendajes.

La palabra aparece registrada en español en 1601 como *espadrapo* y sólo en la segunda mitad del siglo XVIII, surge en nuestra lengua como *esparadrapo*, proveniente del italiano antiguo *sparadrappo*, formada por las palabras italianas *sparare* «partir por la mitad», «rasgar» y *drappo* «pañó o tela». De esta última procede el vocablo castellano *trapo*, que usamos para designar un pedazo de tela desechado o un paño de limpieza para uso doméstico.

Espectáculo

Esta voz, así como sus equivalentes en otras lenguas modernas, abarca una amplia gama de actividades. El teatro, el cine, los deportes, los desfiles, la ópera y muchas otras formas de expresión artística o deportiva son espectáculos, actividades en las que, normalmente, el observador (*espectador*) no participa de manera activa, sino que se limita a presenciar la escena.

El vocablo *espectáculo* viene del latín *spectaculum*, apelativo nominal del verbo *spectare* «mirar», «contemplar», «observar atentamente».

El verbo latino se derivó de la raíz indoeuropea *spek-*, a partir de la cual se formó por metátesis^[6] el vocablo griego *skep*, del cual provienen también *escéptico* y *escopo*. De la misma raíz indoeuropea se derivaron otras palabras castellanas, tales como *espía*, *espectro*, *espejo* y *especular*.

En inglés, *espectáculo* adoptó la forma *spectacle*, con el mismo significado, pero en plural, *spectacles*, puede significar también gafas (v. gafas) o anteojos.

Esperma

Vocablo derivado del griego *sperma* «semilla», que dio lugar al latín *sperma*, *spermatis*.

A partir de *esperma* se formó *espermatozoide*, palabra compuesta por la voz latina, seguida por el griego *zoon* «animal» y la partícula *oide* «que se parece a», o sea, «semilla que se parece a un animal».

Por supuesto, *espermatozoide* sólo aparece después de la invención del

microscopio, que permitió ver por primera vez estas células, cuya existencia se ignoraba. Ésa es la razón por la que no se registra ningún caso antes de la segunda mitad del siglo XIX.

Espía

Como hemos dicho en la entrada espectáculo(v. espectáculo), la raíz indoeuropea *spek-* «mirar», «observar», «examinar» está presente en numerosas palabras castellanas, tales como *espejo*, pasando por el latín *speculum*, de *specere*, «mirar», o *espectro*, del latín *spectrum* «aparición», «visión».

Otro vocablo de origen indoeuropeo es *espía*, que llegó a nosotros después de haber pasado por el germánico *speha* «observador», «espía», derivado, a su vez, del verbo *spehon* «observar», «espíar».

Espinaca

Esta hortaliza de la familia de las quenopodiáceas, de hojas comestibles, cuya denominación botánica es *Spinacia oleracea*, es de origen persa y fue introducida en Europa hacia el siglo XII. Su uso se expandió ampliamente a partir de la década de 1920, cuando se difundió una versión sobre su contenido muy elevado de hierro y de vitaminas A y B2. En realidad, la cantidad de hierro de la espinaca es apenas superior a la de la mayor parte de las verduras, pero esta creencia popular aparece respaldada por la *Encarta* y la *Encyclopaedia Britannica*. Sobre la base de estos datos, el dibujante estadounidense Elzie Crisler Segar concibió, a partir de 1929, la fantástica historia del marinero Popeye, quien adquiriría una fuerza sobrehumana con sólo ingerir un bocado de espinaca. Popeye fue un precursor de los superhéroes que surgieron pocos años más tarde en los medios norteamericanos.

En el *Diccionario español-latino*, de Nebrija, aparece apenas la siguiente mención de la planta: «Espinaca, ierva conocida. Spinanca».

El nombre original de la espinaca en lengua persa era *aspanakh* y pasó al árabe como *isfinaj*, que fue adoptado por el latín vulgar hispánico como *spinachia*.

Esplín

Con esta palabra se alude a un sentimiento de melancolía (v. melancolía), de depresión, de tedio de vivir, que los antiguos atribuían a irregularidades en el funcionamiento del bazo (v. bazo).

Si bien esta palabra nos llegó del inglés *spleen*, que tiene el mismo significado, éste se había derivado, a su vez, del latín *splen* «bazo». El término latino ingresó

a nuestra lengua de forma directa en palabras del lenguaje médico, como *esplenitis* «inflamación del bazo» y *esplenomegalia* «agrandamiento anormal del bazo».

Esponsorizar

No se puede recomendar el uso de esta palabra de origen inglés, sobre todo cuando en español contamos con la muy castiza *patrocinar*, pero ya que los académicos de la lengua han decidido incluirla en el Diccionario, vayamos a buscar su historia.

En realidad, la introducción en el castellano tanto del verbo *esponsorizar* como del sustantivo *espónsor* (éste no incluido en el Diccionario, pero muy empleado) es consecuencia de traducciones tan infames como perezosas del verbo inglés *to sponsor* «patrocinar» y del sustantivo *sponsor* «patrocinador». Ninguna de estas palabras inglesas tiene origen anglosajón, sino que ambas llegaron a esa lengua a partir del latín *spondere* «prometer», «asegurar», «garantizar», que está en nuestro idioma en vocablos como *esponsales* y *esposa* (v. esposa).

Esposa

Cuando un comerciante de la antigua Grecia hacía un acuerdo con algún proveedor, sellaba el contrato vertiendo unas gotas de vino en el altar de alguno de sus dioses. La palabra griega para ese gesto era *spendo* «derramar una bebida», pero debido al hábito impuesto por los comerciantes, *spendo* fue adquiriendo poco a poco el sentido adicional de «hacer un acuerdo» o «firmar un contrato».

A partir de *spendo*, se formó en latín el vocablo *sponsus*, usado para nombrar a la persona que asume algún compromiso, así como el que se compromete a patrocinar alguna iniciativa es hoy designado, frecuentemente, con la palabra *espónsor*, tomada del inglés, tal vez más que con la española *patrocinador*.

Y si un hombre que se compromete a casarse con alguien es un *sponsus*, la mujer que hace lo mismo es una *sponsa*, palabra que llegó a nuestra lengua como *esposa*.

El nombre de *esposa* que se da a las manillas con que se aprisionan las muñecas de alguien es una metáfora que data de la Edad Media, por la cual se vinculan las ideas de matrimonio y de falta de libertad.

Espuela

Cuando los godos invadieron la península ibérica en el siglo VI, llevaron consigo

sus costumbres y su lengua y, aunque se integraron en forma relativamente rápida a la sociedad ibérica, dejaron una fuerte impronta en el idioma castellano, que cuenta en su acervo con muchas palabras provenientes de las antiguas lenguas germánicas. Una de ellas es *espuela*, formada a partir del gótico *spaúra*, que también aparece en el alemán antiguo *sporo*, en el alemán actual *sporen*, en el inglés *spur* y en el portugués *espora*, todas ellas con el mismo significado.

Como voces derivadas de *espuela*, cabe mencionar, entre otras, *espolear*, *espolón* y *espoleta*. Poco conocida es *espolique*, que se emplea para designar al «sirviente que camina delante del caballo de su amo» (para ponerle las espuelas). Este último vocablo apareció en el Diccionario académico en 1817 y sólo fue retirado en la edición de 2001.

Esquife

En italiano antiguo *schifo* significaba «barco», de donde surgieron el catalán *esquif* y el castellano *esquife* «barco pequeño que se lleva dentro de un navío». En portugués tiene el mismo significado, pero también el de «ataúd». La palabra italiana provenía del germánico *skif*, que derivó en el alemán moderno *schiff* y en el inglés *ship*.

En el Diccionario de la Academia se registran también *esquifar* «proveer de pertrechos y marineros una embarcación» y *esquifazón* «conjunto de remos y remeros con que se armaban las embarcaciones».

En el italiano actual, existe la palabra *schifo*, de origen y significado diferentes a los de la mencionada más arriba, que significa asco, repugnancia. Además, *schifoso* «asqueroso» y *schifare* «dar asco», también «despreciar». Este vocablo tiene la misma etimología de *schivo* «tímido», «esquivo», derivado del germánico *skiuhs* «miedo», «temor».

Esquirol

Esta palabra tiene un significado curioso en nuestra lengua: se aplica con una connotación despectiva a los *rompehuelgas*, los trabajadores que se prestan a trabajar durante una huelga. Lo de curioso responde a que la palabra latina original *sciurus*, proveniente del griego *skiouros*, se refería al animal que conocemos como ardilla. En otras lenguas, el roedor recibió su nombre a partir de su etimología grecolatina y se llama en inglés *squirrel*; en portugués, *esquilo*; en catalán, *esquirol*; en francés, *écureuil*, y en italiano, *scoiattolo*.

En español, en cambio, el vocablo latino fue desdeñado, y prevaleció una antiquísima palabra anterior a la llegada de las legiones romanas a la península ibérica: *harda*, que el castellano antiguo compartía con el bereber, el árabe

hispánico y el vasco, y que aparecía incluso en el diccionario de Nebrija:

Harda animal como liron. (LAT. *scyurus.i.*)

Más recientemente, *harda* perdió la hache y se adoptó su diminutivo: ardilla.

Todavía nos falta explicar por qué *esquirol* adquirió en español una denotación tan ajena a sus raíces etimológicas y a su significado en otras lenguas contemporáneas. A fines del siglo XIX, en un pueblo catalán llamado Santa María de Corcó, había una posada para que pernoctaran los viajeros. El establecimiento tenía una característica llamativa: en su vestíbulo había una ardilla (en catalán *esquirol*, como se dijo) que corría sin cesar en una jaula rotativa. La novedad adquirió fama y la posada acabó por llamarse L'Esquirol. En los mapas de comienzos del siglo XIX, el pueblo ya aparecía con su nombre cambiado por L'Esquirol.

En las primeras décadas del siglo pasado, algunos pueblos cercanos a L'Esquirol contaban con fábricas textiles que se vieron afectadas por huelgas en 1902, 1908 y 1917. En las tres ocasiones, algunos habitantes de L'Esquirol se ofrecieron para trabajar en lugar de los huelguistas, por lo que unos los llamaron *rompehuelgas*, y otros, en forma no menos despectiva, *esquiroles*.

Estaciones

Para los romanos sólo había dos estaciones: una muy prolongada, y la otra, breve. La primera estaba compuesta por la suma de lo que hoy llamamos primavera, verano y otoño, mientras que la más breve era el *hibernum tempus* «invierno». La más prolongada se llamaba *ver, veris*, palabra que dio lugar a nuestro *verano*, pero en determinado momento, el comienzo de esta estación se llamó *primo vere* «primer verano» y más tarde, *prima vera*, de donde salió nuestra *primavera*, mientras que la época más calurosa tomó el nombre de *veranum tempus* «verano». A pesar de este desmembramiento, la estación cálida todavía era más prolongada, hasta que en cierto momento, su período final, el tiempo de las cosechas, fue llamado *autumnus*, voz derivada de *auctus* «aumento», «crecimiento», «incremento», que procedía, a su vez, de *augere* «acrecer, robustecer». El vocablo latino *autumnus* llegó a nuestra lengua como *otoño*.

Estadística

La estadística es un conjunto de técnicas para observar, medir e interpretar fenómenos colectivos que ocurren en las sociedades humanas, mediante métodos basados en el uso de grandes números.

Aunque el Diccionario de la Real Academia señala con acierto que la palabra *estadística* llegó al castellano hacia 1765-1783 a partir del alemán *Statistik* (1749), también es verdad que la palabra italiana *statistica* era usada por lo menos desde 1633, aunque con el sentido de «ciencia del Estado», tomada del latín *statisticum*, con el mismo significado.

Quien usó esta palabra por primera vez con su acepción actual fue el economista alemán Gottfried Achenwall (1719-1772) en su obra *Compendio de la constitución política de los principales países y pueblos europeos*, que la registró bajo la forma arriba citada: *Statistik*, a partir de la cual se formaron el francés *statistique*, el inglés *statistics*, el portugués *estatística* y el español *estadística*.

Estafar

Proviene del italiano *staffare* «sacar el pie del estribo» porque la persona que ha sido estafada se queda sin apoyo, como el jinete que permanece sobre su montura, pero con el pie sin sostén. *Staffa* es el nombre del propio estribo en dialecto longobardo, al cual llegó procedente del germánico antiguo *stapfo* «paso», que proviene, a su vez, de la raíz indoeuropea *stebh-* «pisar sobre, apoyar».

Staffa dio lugar también, a través de su diminutivo *staffetta* «estribo pequeño», a la palabra española *estafeta*, que usamos para designar el correo de a caballo.

Estentóreo

Uno de los personajes de Homero, Esténtor, tenía una voz tan fuerte y ruidosa que era «suficiente para derribar las murallas de la ciudad». La *Ilíada* narra un episodio en que Hera adoptó la forma de Esténtor, «cuya voz era de bronce y más alta que la de 50 guerreros», y dio un grito tan terrible que, si bien no llegó a derribar las murallas, al menos excitó el coraje y la furia de los aqueos, que continuaron luchando con denuedo renovado.

[...] Y Hera, la diosa de los niveos brazos, tomando el aspecto del magnánimo Esténtor, que tenía vozarrón de bronce y gritaba tanto como cincuenta, exclamó: [...]. (*Ilíada*).

Homero tomó el nombre de su personaje de la palabra griega *stenein*, que significaba «gemir de manera profunda y ruidosa», al igual que el vocablo sánscrito *stanati*. El grito de Hera fue, pues, estentóreo, palabra que se registra por primera vez en español en 1615 y que llegó a nosotros a través del latín tardío *stentoreus*, tomada del griego *stentoreios*, que denotaba «relativo a

Esténtor». A pesar de la fuerza de su voz, en cierta ocasión Esténtor compitió con Hermes y cayó derrotado, por lo que fue muerto por este dios que mataba de melancolía.

Estéril

Los pueblos indoeuropeos, en sus vastas migraciones a lo largo de varios siglos, que los llevaron desde Asia Menor a toda Europa y hasta la India, hacia el este, escogían buenas tierras arables y se establecían como comunidades agrícolas.

A lo largo de este proceso que se extendió aproximadamente entre los siglos xv y xx a. de C., estos pueblos prehistóricos desecharon muchas tierras a las que llamaban *ster-* «estéril», «infecundo» porque las consideraban poco productivas.

Este vocablo milenario dio lugar al griego *sterile*, del mismo significado, que más tarde pasó al latín como *sterilis*. Inicialmente, se aplicó de manera exclusiva a la tierra, pero hacia fines de la Edad Media, se usó también para referirse a la infertilidad de mujeres y de animales.

Hacia el siglo xviii, *esterilizar* tenía el sentido de «acabar con la fertilidad de la tierra». Un siglo más tarde, se refería a la «anulación de la función reproductiva de seres humanos y de animales». En la segunda mitad del siglo xix, adquirió una nueva denotación, «dejar libre de microorganismos».

Esterlina

Desde hace ya algunos siglos, la libra esterlina es una de las monedas más importantes del mundo por su peso en el comercio internacional, pero pocos conocen el origen de su nombre.

En Inglaterra, entre los siglos xiii y xv, se acuñó una moneda de un penique adornada con una pequeña estrella, *star* en inglés, por lo que se llamó *starling* «pequeña estrella», palabra que el uso llevaría a convertir en *sterling*.

Doscientas cuarenta de aquellas monedas puestas en una balanza formaban una unidad de peso: una libra de esterlinas. Por esa razón, más adelante, cuando se creó una moneda que valía doscientos cuarenta peniques, recibió el nombre de *libra esterlina*.

Estética

Los griegos llamaban *aisthethikós* «sensible» a todo aquello que puede ser percibido por medio de los sentidos. Se trata de una palabra derivada de *aísthesis* «percepción sensorial» y ésta, del verbo *aisthanesthai* «percibir con los

sentidos», del cual proviene el verbo latino *audire* «oír». En nuestra lengua, existen numerosos ejemplos de voces derivadas de *aísthesis*, tales como *anestesia*, compuesta por esta palabra griega precedida del prefijo privativo *an-*, *hiperestesia* «aumento exacerbado de la sensibilidad sensorial», *cenestesia* «percepción del propio cuerpo», formada con el prefijo *koinós* «común».

Todas estas palabras de significado diferente al que hoy damos a *estética* surgieron en la segunda mitad del siglo XIX con la irrupción de la psicología como ciencia independiente. A mediados del siglo XVIII, el alemán Alexander Gottlieb Baumgarten (1714-1762) había publicado una obra que él mismo definía como una «crítica del buen gusto», con el título de *AEsthetica*. Creó así un neolatínismo que significaba «ciencia del buen gusto» contra el cual se levantaron numerosas objeciones de lingüistas y pensadores. Sin embargo, el neologismo latino acabó por imponerse y fue adoptado con su nuevo sentido: en 1753, en alemán como *ästhetisch* y en francés como *esthétique*, en 1832, en inglés como *aesthetic*, y en la segunda mitad del siglo XIX, en español y portugués como *estética*.

Estilo

El uso más común de *estilo* se refiere a la manera de escribir propia de un escritor o redactor y también a las características propias de la obra de un artista plástico o de un músico. Asimismo, al conjunto de características que identifican una determinada tendencia artística y a cada una de las formas de practicar un deporte.

La palabra proviene del nombre del punzón que los antiguos usaban para escribir sobre tablas enceradas: *stilus*, que en español llamamos hoy *estilete*.

Es errónea la afirmación del Diccionario de la Real Academia de que esta palabra latina proviene del griego *stylos* «columna». En realidad, no hay relación etimológica entre *stylos* y *stilus*; el origen más remoto que conocemos de esta última está en el sánscrito *tigmas* «puntiagudo», que dio el indoeuropeo *steig-* «clavar», «punzar», del cual se derivó el sustantivo griego *stigma*, que llegó a nosotros como *estigma*. *Stigma* dio lugar en griego al verbo *stizein* «pintar», «marcar con un instrumento punzante», del cual proviene *stilus*.

E de ella fize algunos cantares de grueso estilo, quales tú verás que luego aquí, si bien los catares, la mi devoçión pequeña entenderás (Pedro López de Ayala (1332-1407): Rimado de Palacio).

Estómago

En griego, *stoma* quería decir «boca», significado que se mantiene en español hasta nuestros días en vocablos como *estomatitis* «inflamación de la boca» y *estomatólogo* «especialista en enfermedades de la boca» o, simplemente, *estoma* «boca» en los vegetales.

Los latinos, a partir de *stoma*, formaron *stomachus*, que primero se aplicó al esófago y, finalmente, al *estómago*, voz que aparece mencionada por primera vez en nuestra lengua en *Las siete partidas*, del rey Alfonso X (1256).

Estraperlo

El casino Gran Kursaal se inauguró en San Sebastián el 15 de agosto de 1921 y era una de las grandes obras arquitectónicas que enorgullecían a ese balneario de la costa norte de España, cerca de la frontera con Francia. Pero duró poco: el dictador Primo de Rivera prohibió el juego el 31 de octubre de 1924, y el Gran Kursaal tuvo que cerrar sus puertas.

El edificio, con su estilo cosmopolita y arrogante, fue destinado a diversas actividades hasta que, en 1935, hubo una infeliz tentativa de devolver al antiguo casino su brillo de la *belle époque*. Dos aventureros, David Strauss y su socio, apellidado Perlowitz, propusieron al gobernador donostiarra Alejandro Lerroux instalar allí una ruleta y reabrir la casa con el nombre de Estraperlo, una combinación de los apellidos de sus dueños, forjada sin gran esfuerzo de imaginación.

En pocas horas se descubrió que el Estraperlo era una burda estafa, pues las ruletas estaban amañadas para que la banca ganara siempre, con lo que el Gran Kursaal fue clausurado en medio de un gran escándalo. Y como Strauss y Perlowitz habían recibido el apoyo de Aurelio Lerroux, el influyente sobrino del gobernador, el episodio fue hábilmente manejado por la oposición contra el gobierno de la Segunda República Española (1931-1936).

En 1972, los propietarios del Gran Kursaal decidieron derribar el edificio, del que hoy se guarda escasa memoria, pero el escándalo de San Sebastián será siempre recordado por las nuevas palabras que a raíz de él se incorporaron a nuestra lengua: *estraperlo*, que significa «práctica ilegal» o «comercio ilegal»; *estraperlista*, «el que practica el comercio ilegal» o «estafador», y hasta el verbo *estraperlear*, «practicar estraperlo».

Estreno

Los romanos solían hacer regalos de Año Nuevo, debido a la creencia de que esto les traería buena suerte. Los llamaban *strena*, palabra de origen sabino, que luego fue acogida por el italiano como *strenna*, con el mismo significado. La

palabra llegó al español en el siglo XIV en el sustantivo *estrena*, existente hasta hoy, con la denotación de «dádiva» o «regalo», del cual se derivó posteriormente *estrenar*, que primero significaba «hacer un regalo», pero que se utiliza en la actualidad para señalar el hecho de «usar algo por primera vez» y de «representar un espectáculo por primera vez».

Algunos puristas sugieren que, en el caso de los espectáculos, se debe dar preferencia a *estrenar* sobre la palabra de origen francés *debutar*, aunque la primera, como acabamos de ver, es tan *extranjera* como la segunda, con la única diferencia de que *debutar* llegó más recientemente a nuestra lengua.

Estupendo

El verbo latino *stupeo*, *stupere* denotaba «estar (o quedar) inmovilizado, paralizado, entorpecido, congelado». *Stupuerunt flumina bruma*, decía el poeta épico Valerius Flaccus para significar «los ríos se congelaron con el frío».

Los autores clásicos latinos hicieron metáforas en las que el *entorpecimiento* se convertía en admiración o encanto. *Stupere in titulis*, escribía Horacio con el sentido de «quedarse deslumbrado con los títulos». *Ut terrae stupeant lucescere*, decía Virgilio, para expresar cómo «la tierra se admira de ver lucir».

Así el *atontamiento* de *stupeo* dejó su lugar al matiz de admiración y elogio que damos hoy a *estupendo*. El significado original se mantuvo, por cierto, en *estúpido*, procedente de latín *stupidus*, también oriundo del verbo *stupeo*.

Etimología

Término procedente del latín *etimologia* y éste, del griego *etymologia*, formado por *étymos* «verdadero», «auténtico» y *logos* «palabra», o sea, el estudio del verdadero sentido de las palabras. Sin embargo, como vemos a lo largo de este libro, el sentido actual y verdadero de las palabras raramente coincide con su origen, y el término *etimología* no es una excepción: hoy designa la parte de la gramática que estudia el origen de las palabras y no su significado verdadero. Y esto nos permite afirmar que el verdadero significado de las palabras de cualquier idioma es el que le dan sus hablantes, y que los diccionarios vienen después, para recoger lo que el uso ya consagró.

Eufemismo

Usamos esta palabra para referirnos a un rodeo que se hace en el discurso a fin de poder expresar de manera suave o agradable algo que es profundamente desagradable, como cuando afirmamos que alguien *pasó a mejor vida* en lugar

de decir, simplemente, que murió.

El vocablo *eufemismo* se formó a partir del griego *euphemismós*, del mismo significado, compuesto por *eu* «bien» y *phemo* «hablar», «decir». La partícula *eu* está presente en numerosas palabras de nuestra lengua, como *eufonía*, que significa «sonido agradable», formada por *eu* y *phone* «sonido»; o *evangelio*, formada por *eu* y *angelos* «mensaje».

Eunuco

Mientras la civilización judeocristiana optó por la monogamia, los musulmanes se inclinaron por la poligamia, con derecho a tener tantas mujeres como un hombre pudiera sustentar (v. harén). Los señores poderosos de las sociedades islámicas llegaron a poseer harenes con centenares de esposas para satisfacer su apetito sexual y sus caprichos.

¿Cómo se aseguraban de la fidelidad de todas aquellas mujeres? Se valían de esclavos castrados, llamados *eunucos*, que se encargaban de vigilar los harenes. La palabra está formada por dos voces griegas: *euné* «cama» y *ekhein* «cuidar», «vigilar».

Europa

Muchos siglos antes de designar al Viejo Continente, *Europa* fue el nombre de por lo menos cinco heroínas que conocemos a través de la mitología griega, la más célebre de las cuales era la hija del rey fenicio Agenor. La bella adolescente Europa despertó una pasión incontenible en Zeus, quien la raptó y la llevó a la isla de Creta, la mayor del Egeo, donde ambos hicieron el amor bajo la sombra de unos plátanos, árboles que, en recuerdo de este romance, conquistaron el privilegio de no perder sus hojas. Del amor de Europa y Zeus nació Minos, quien un día sería rey de Creta.

Como topónimo, Europa aparece por primera vez en un himno homérico a Apolo, datado entre los siglos VIII y XI antes de nuestra era, en el que se designa con este nombre a una parte de la Grecia continental para diferenciarla del Peloponeso y de las islas del mar Egeo. En el siglo V a. de C., Heródoto escribía de la amante de Zeus: «La fenicia *Europa* era asiática y jamás estuvo en la tierra que los griegos llaman ahora por su nombre». Por la misma época, Esquilo usaba este topónimo para las tierras que se extendían al oeste de Asia.

Eutanasia

Palabra formada por los vocablos griegos *eu* «bien» y *thanatos* «muerte», define

el acto de dar a un ser humano una muerte digna para ahorrarle sufrimientos, generalmente con su consentimiento.

Los principales argumentos que se manejan en favor de esta práctica aluden a la libertad de cada uno para decidir sobre su propia vida y a la legitimidad de recurrir a una muerte digna cuando una enfermedad terminal hace perder sentido a la existencia.

Los que se oponen a la eutanasia defienden la inviolabilidad de la vida y su dignidad, cualesquiera sean las condiciones de salud del individuo.

La eutanasia es combatida con vigor por la Iglesia católica y por algunas confesiones protestantes, tales como la luterana y la episcopal.

El médico estadounidense Jack Kevorkian —quien fue bautizado por la prensa como *doctor Muerte*— fue condenado a cumplir una pena de entre diez y veinticinco años en la cárcel de Oakland, Michigan, por haber ayudado a morir a unos cien pacientes terminales.

Murió el 3 de junio de 2011.

Examinar

El verbo latino *examinare* tenía dos significados: «formar nuevos enjambres» y «ser el fiel de la balanza».

El sustantivo *examen*, de donde provenía *examinare*, se había formado por el prefijo *ex-* «fuera» y *agmen* «conjunto» y dio lugar en español a *enjambre*, y en portugués a *enxame*, con el mismo significado.

En su otra acepción, *examen* era el fiel de la balanza. Así fue pasando poco a poco a denotar la idea de «apreciar el peso», «ponderar» y, por extensión, «investigar, pesquisar, verificar la suficiencia de alguien».

Excelente

La idea de excelencia equivale a sobresalir, originariamente con el sentido de situarse físicamente por encima de los demás.

Excelente llegó al español como participio presente del verbo latino *excellere* «ser superior», «sobresalir», compuesto por el prefijo *ex-* «fuera» y el elemento verbal *cellere*, que representaba la idea de «ascender», «ponerse más alto». *Cellere* nunca se usó realmente como verbo en latín, pero la idea subyacente entró en la lengua de los césares en palabras tales como *columna*, *culmen* «cumbre», «pináculo», *collina* «colina».

Hasta el siglo xvii, muchos escritores españoles, como Garcilaso de la Vega y

santa Teresa, escribieron *ecelente*, mientras que Juan de Valdés usó *escelente*. La grafía culta actual sólo se impuso definitivamente con el *Diccionario de autoridades* (1729).

En los textos religiosos cristianos, se hizo frecuente el uso de *excelso* para expresar ideas de elevación y grandeza espiritual; era un derivado del latín *celsus* y *excelsus*, que aparece en trechos de oraciones como *Gloria in excelsis Deus* (Gloria a Dios en las alturas).

En sus fuentes más remotas, *cellere* y sus derivados provienen de la raíz indoeuropea *kel-* «ser prominente», «colina», al igual que *colofón*, *culminar* y *columna*.

Exilio

Se trata de una palabra antigua en nuestra lengua, que los corpus del español reseñan en todas las épocas a partir del siglo XIII, cuando aparece en textos de Berceo y de Alfonso el Sabio, o en este trecho de la traducción de la *Eneida*, de Enrique de Villena, algo posterior, pues fue publicada en 1427:

[...] aprovechándose d'ellas quanto la nesçesidad requiere, aviéndolas en medianos entre nós e la patria çelestial, donde somos naturales, reputándose bevir en exilio mientras cursa en la presente vida.

Sin embargo, como observa Corominas, este vocablo se usó muy poco hasta el fin de la Guerra Civil española (1939), cuando se hizo común para designar el destierro masivo de militantes republicanos, principalmente hacia Francia, Rusia y América. Se trata de un derecho amparado por numerosos tratados internacionales con el fin de proteger a los perseguidos por razones políticas o ideológicas. No obstante, en la Antigüedad, cuando por ser extranjero, el desterrado era reducido dondequiera que fuera a la condición de ciudadano de segunda clase, el castigo del *exsilium*, (entre los griegos, *ostrakismós*, de donde ostracismo [v. ostracismo]) era equiparable con la pena capital.

La palabra latina se derivaba del verbo *exsilire*, que significaba «exiliarse» o, como transitivo, «exiliar» (a alguien). No obstante, el significado original etimológico era «saltar hacia fuera». En efecto, *exsilire* se formó con el verbo *salire* «saltar» precedido por el prefijo *ex-* «fuera».

En la Edad Media, Dante Alighieri describió así la suerte del exiliado:

[...] sentir el sabor amargo, la boca llena del pan de extraños y cuán duro es el camino de subir y bajar por escalera ajena.

Y Shakespeare, por su parte, mencionaba «el pan amargo del exilio».

Éxito

Voz tomada del latín *exire* «salir», formada por *ex* «fuera» e *ire* «ir»; fue registrada en castellano en 1732, en el *Diccionario de Autoridades*, con su significado original, pero luego evolucionó hasta su sentido actual de «salida feliz» o «resultado feliz» de algún negocio. En inglés, *exit* conservó su sentido original latino. (V. forajido).

Exorcismo

Llámase así al ritual religioso dirigido a alejar los demonios que, supuestamente, se alojan en el cuerpo de un poseído.

En los años setenta, esta palabra se tornó familiar para un gran número de personas, merced al éxito del filme *El exorcista*, con Linda Blair en el papel de una niña de doce años poseída por el demonio.

La creencia de que el demonio o un grupo de demonios invaden el cuerpo de una persona es muy anterior al cristianismo y constituye una explicación acorde con los conocimientos de la época sobre enfermedades mentales como, por ejemplo, ciertas formas de esquizofrenia que se presentan como disociación de la personalidad.

En Babilonia y Caldea, los sacerdotes rompían una estatuilla de cera que representaba al demonio para alejar o destruir así al demonio *real*.

En la tradición judía, se cree que una persona puede ser poseída por un espíritu maligno llamado *dybbuk*, que es el alma de un muerto que se ha escapado del infierno. El *dybbuk* puede ser expulsado mediante un rito de exorcismo prescrito en antiguos documentos hebreos.

En la religión católica, el exorcismo debe ser practicado por un sacerdote o un obispo, y sólo se puede llevar cabo con autorización del episcopado local.

La palabra *exorcismo*, que aparece en castellano desde el siglo XIII, fue tomada del bajo latín *exorcismus* y esta del griego *exorkismós* «acción de tomar un juramento», derivada a su vez de *exorkizo* «tomo juramento en nombre de Dios», de *horkos* «juramento».

Exótico

Aplicamos el calificativo *exótico* a aquellas costumbres, comportamientos, hábitos culturales y hasta objetos que nos resultan extraños o misteriosos por

provenir de otras tierras cuya cultura nos es ajena. Por esa razón, lo que es extraño en algunos países puede no serlo en otros: el autor recuerda que cierta vez, caminando por una calle de Hamburgo, divisó a lo lejos un cartel en el que se leía: *Exotische Früchte* (frutas exóticas) y, al acercarse, percibió que se trataba de... ¡bananas!

El vocablo figura en el Diccionario desde la primera edición (1734) y tiene numerosos derivados, tales como *exotismo* o *exoticidad*, pero la Academia rechazó el primero hasta 1984 por provenir del francés.

La palabra se deriva del latín *exoticus*, compuesta a partir del griego *exotikós*, procedente de *exo* «afuera», «hacia fuera», con el sufijo *-ikós*, aplicado a los adjetivos formados a partir de otras partes de la oración.

Para los clásicos latinos, *exoticus* era, como para nosotros, todo aquello que se pudiera calificar como «extraño, peregrino o extravagante».

Expedición

Así como *impedire* significaba obstaculizar el paso de alguien trabándolo con los pies (*pes, pedis*), *expedición* (*expeditio, onis*) tenía el significado etimológico de «ejecutar algo con los pies». Para los romanos, *expedire* pasó a tener una connotación bélica, pues las expediciones militares eran realizadas por el *expeditus*, como se denominaba al escuadrón ligero.

El verbo *expedio* expresaba, por tanto, la idea de «abrirse camino», de «franquear», de «vencer resistencias», de la cual surgió el sentido de hacer algo *en forma expeditiva*, esto es, de manera rápida y sin trabas de ninguna especie.

Explosión

Los romanos empleaban el sustantivo *explosio, -onis* para nombrar el «acto de expulsar ruidosamente a una persona», derivado del verbo *explodere* «expulsar ruidosamente», golpeando las manos. Cicerón lo usó también con la denotación de «abuchear, rechazar, desaprobar ruidosamente».

Este verbo se derivó de *plaudere* «aplaudir», «golpear», «dar golpes con el pie en la danza», «romper las olas al nadar». Al anteponerle el prefijo *ex-* «hacia fuera», se expresa la idea de «golpear hacia fuera».

Por extensión, se le atribuyó en español el sentido adicional de «estallar» y, hacia fines del siglo XIX, surgió *explosivo* como nombre del artefacto que estalla.

Cabe precisar que *explosión* no guarda ninguna relación etimológica con *explotar* (v.explotar), que significa «sacar provecho de algo», como en la

expresión *la explotación del hombre por el hombre*. En efecto, *explotar*, con la denotación de «hacer explosión», fue considerado un barbarismo durante muchos años. Sin embargo, a partir de 1992 el Diccionario de la Academia, impulsado por el uso cada vez más común, incluyó el significado de «estallar» como segunda acepción de *explotar*, pero siempre remitiendo a *explosionar*, que es la forma etimológica tradicional.

Explotar

Hemos visto que el origen de esta palabra es diferente del de *explosión*: no hay ninguna vinculación etimológica entre ambas, como señalamos en la entrada anterior.

Explotar significa «extraer de una fuente natural la riqueza que contiene» y también «utilizar en provecho propio, por lo general de un modo abusivo, las cualidades o sentimientos de una persona, de un suceso o de una circunstancia cualquiera».

Un ejemplo del uso en este sentido lo encontramos en este texto del libro *Por una Argentina mejor*,^[7] de Alberto Benegas Lynch:

La explotación del hombre por el hombre, tan mentada por el marxismo e inherente al sistema liberal según la concepción socialista [...].

La palabra llegó al castellano proveniente del francés *exploiter*, antiguamente *exploitier* «usar, llevar a cabo, ejecutar», derivada del sustantivo *exploit* «ventaja», «ejecución», «provecho». El vocablo francés, por su parte, apareció por primera vez en la *Canción de Rolando* (1080) bajo la forma *espleit*, derivada del latín *explicitum*, participio pasivo de *explicare*, que no significaba solamente «explicar», sino también «desarrollar, desenmarañar, poner en claro».

Exquisito

Calificamos como exquisito algo de calidad extraordinaria o fuera de lo común.

Proviene del latín *exquisitus*, participio pasado del verbo *exquiro*, *-rere*, que significa «buscar con diligencia, obtener aquello que se quiere, sacar o extraer lo que se quiere». La palabra está registrada en nuestra lengua por lo menos desde 1438, y así se refiere a ella Antonio de Nebrija en su *Diccionario latino-español*:

Mas es menester una templança: que ni sean espessas: ni manifiestas:

por que ninguna cosa es mas odiosa que lo exquisito.

El verbo está formado por el prefijo *ex-* «hacia fuera» y *quaero* «buscar», «procurar», «desear». En consecuencia, *exquisito* era para los latinos «aquello que había sido buscado con diligencia», «escogido», «distinguido», «excelente». En otra lengua ibérica, el portugués, *esquisito* denota, en cambio, «algo raro, fuera de lo común, excéntrico o que no merece confianza».

F

Fabuloso

Este adjetivo calificativo se aplica a todo aquello que presenta características de «maravilloso, fantástico, extraordinario, excesivo o increíble», como suele ocurrir con las aventuras y los hechos narrados en las fábulas.

La palabra *fabulosus* ya existía en latín para calificar algo que era «objeto de muchas fábulas», pero debemos tener en cuenta que, para los romanos, *fabula* significaba «habladuría, rumor, conversación de la gente», como en la frase *Per urbem fabula quanta fui!* (¡Lo que he dado de hablar en la ciudad!). En latín, *fabulari* significaba «hablar, conversar», derivado de *fari* «hablar», con origen en el indoeuropeo *pha-* «hablar». *Fabulari* llegó al español como *fablar* y, más tarde, mediante el cambio de la *f* por *h*, se convirtió en nuestro actual *hablar*.

Pves que auemos y hablado delos dados lo mas complidamiente que pudiemos; queremos agora aqui fablar delas tablas que como quier que ayan mester dados con que se iueguen que muestran uentura por que ellas se an de iogar cuerdamiente. (Alfonso X el Sabio: Libro de ajedrez, dados y tablas).

Sin embargo, el sentido de «relato ficticio con intención didáctica» que damos a *fábula* en el español actual, también se vincula con el latín, puesto que en esta lengua, además de «habladuría», significaba «leyenda, mito o narración poética». Corominas, no obstante, afirma que *fábula* es un duplicado culto de *habla*, registrado en español del siglo xv, igual que *fabuloso*.

Factura

Proviene del sustantivo apelativo femenino latino *factura*, que significaba «lo que se hizo», «lo hecho», «trabajo o mano de obra», derivado del verbo *facere* «hacer».

En nuestra lengua, *factura* expresa «acción y efecto de hacer», pero sobre todo, la «relación de artículos comprendidos en una venta, envío u otra operación comercial», principalmente cuando esta relación está expresada en un documento con validez fiscal.

En el Río de la Plata, además, se llama *factura* a los bollos y bizcochos que se

fabrican y venden en las panaderías.

Faena

Con esta palabra de origen catalán nos referimos a las tareas, «a lo que hay que hacer», a «los quehaceres». También se llaman así, en tauromaquia, los distintos procedimientos que se llevan a cabo con el toro durante la lidia. En el Río de la Plata, se usa *faena* para referirse al sacrificio de reses para el consumo.

La palabra proviene del catalán antiguo *faena*, que hoy sólo se oye en algunos lugares con la forma *feina*. El vocablo catalán procede del latín *facienda* «cosas que están por hacer», y éste, del latín *facere*, participio de futuro pasivo de *facere*.

Faetón

Faetonte es un personaje de la mitología griega, hijo del Sol y de la oceánide Clímene, procreado por su madre sin conocer la identidad de su progenitor. Pero al igual que todos los hijos de celebridades que se enteran tardíamente de su ascendencia, Faetonte pidió una prueba de paternidad: que su padre lo dejara conducir el carro con que se desplazaba por la bóveda celeste. Una vez que Helio hubo asentido, Faetonte partió con el carro, pero se asustó con los animales de los signos del Zodíaco y se precipitó muy cerca de la Tierra hasta que casi la quemó, y luego subió demasiado, tanto que los astros se quejaron a Zeus, que lo fulminó para evitar el fin del mundo.

El nombre de nuestro malogrado héroe celestial fue tomado por Jean de la Fontaine en sus *Fables* (1668) para designar a un cochero y por Jean Savary des Bruslons, cincuenta años más tarde, en su *Dictionnaire du Commerce*, para denominar un carro de caballos.

La palabra *faetón* aparece por primera vez en castellano con su forma actual en el *Diccionario castellano*, de Esteban de Terreros, aludiendo a un carro abierto de cuatro ruedas. En los últimos años, el fabricante alemán Volkswagen lanzó al mercado un modelo de lujo con el nombre *Phaeton*, del cual una unidad fue destinada al papa Benedicto XVI.

Faisán

El nombre de esta ave aparece por primera vez en castellano en *El conde Lucanor* (1335), proveniente del latín *phasianus* y éste, del griego *phasianós*, del río Phasis, donde los helenos conocieron estas aves.

Entre veinte y treinta razas de faisanes son originarias de Asia, desde la China

hasta los Urales, aunque en la actualidad ya se extienden por toda Europa y América.

El más común es el *Phasianus colchicus*, cuya carne es muy apreciada. En Estados Unidos se cría en granjas y después se lo libera en los bosques para diversión de los cazadores.

El macho tiene unos noventa centímetros de largo, con cabeza roja y sin plumas, pero con un apéndice carnosos como las gallinas comunes. Suele aparearse en la misma época con tres hembras, que empollan unos diez huevos en un período de tres o cuatro semanas. Varias razas están hoy en peligro de extinción.

Fallecer

Frecuentemente se usa como equivalente a *morir*, tal vez como eufemismo, pero la sinonimia no es muy exacta. Fallecer es morir en el sentido de llegar al fin de la vida, como ocurre en la vejez o al cabo de una larga enfermedad, tiene un matiz de *desfallecimiento*, de *proceso gradual*. El buen uso del lenguaje exige que no se emplee fallecer para referirse a una muerte súbita o a la que ocurrió en un accidente: suena muy mal *fallecieron ochenta personas en la caída de un avión*.

La palabra proviene del verbo latino *fallere* «engañar», «no cumplir», «ser infiel», «fingir», a partir del cual se formó también *fallar*. De este verbo se derivó el adjetivo latino *fallax*, *fallacis* «impostor», «pérfido», «mentiroso» y también el vocablo del latín vulgar *falla*, que dio lugar a *fallecer* y a *desfallecer*. El supino de *fallere* era *falsus*, de donde provienen *falso* y *falta*.

Cabe precisar que *fallo* (de un juez, por ejemplo) tiene un origen diferente: el castellano antiguo *fallar* «hallar», «encontrar», «darse con».

Fanático

La serie de atentados, con frecuencia suicidas, que marcaron la segunda mitad del siglo xx y que vienen caracterizando el comienzo del actual, ocasionaron un apogeo inusitado de esta palabra, que antes era empleada para designar, fundamentalmente, a los religiosos muy devotos, a los hinchas de fútbol o a las personas obsesionadas por personajes del cine y la televisión.

Fanático procede del francés *fanatique*, usado en esa lengua en 1532 por Rabelais con el sentido de «de inspiración divina». La voz francesa se derivó del latín *fanaticus*, formada, a su vez, a partir de *fanum* «templo», presente también en la etimología de *profano*, y que se usó al comienzo en latín para designar a las personas que frecuentaban el templo —generalmente, los de Belona, Cibeles

y Diana— y, más tarde, a los exaltados por el fervor religioso.

En nuestra lengua, fanático aparece documentada desde principios del siglo XVII: «Desterrar demonios y sanar *fanáticos* y endemoniados» (Juan de SOLÓRZANO: *Política indiana*, Madrid, 1647). En el diccionario de Sobrino, de 1705, aparece como: «Nombre latino, *Fanaticus*, y quiere decir hombre que se crée llevado de un furor divino».

En nuestros días, fanático presenta como notas esenciales la irracionalidad y la intolerancia con relación a los miembros de otras religiones o de otros partidos políticos, o a los hinchas de otros clubes.

Fantoche

Se usa para denominar a una «persona grotesca, desdeñable», «neciamente presumida o estafalaria» y también un «muñeco grotesco, a veces movido por hilos», según la definición académica.

Esta última acepción es, probablemente, la más usada hoy en día para referirse, en sentido metafórico, a autoridades de las que se afirma que no actúan de acuerdo con sus propias decisiones, sino movidas por hilos manejados por personajes poderosos que permanecen en la sombra.

La palabra proviene del francés *fantoche*, lengua a la cual llegó en 1863 del italiano *fantoccio*, con el significado de «títere o marioneta», para trasmitir la idea de que un fantoche es un sujeto manejable como un niño. *Fantoccio* proviene de *fante* «niño pequeño», «infante»(v. infante), derivado del latín *infans -ntis* «mudo», «infantil», compuesto por la partícula privativa *in-* y *fans*, participio del verbo latino *fari* «hablar».

La Real Academia Española recogió este término por primera vez en su Diccionario de 1925.

Faraón

Era el nombre de los monarcas egipcios entre los años 3050 y 30 a. de C. Según la egiptóloga Wallis Budge, proviene de un antiguo vocablo egipcio *pera-a*, que significaba «casa grande», formado por *per* «casa» y *aa* «grande». Inicialmente, éste era el nombre del palacio real, más tarde *per-aa* designaba la residencia real y luego a la autoridad misma. Entre los egipcios era una palabra empleada por el pueblo y no por las autoridades, y sólo surgió bajo el reinado de Amenhotep III, en la primera mitad del siglo XIV a. de C.

El término fue tomado por los hebreos con la forma *paroh* y por el griego como *paraoh*, hasta llegar al latín *pharaon*, *-onis* (también *paraoh*). Al español llegó

como *faraón*, al inglés como *pharaoh*, al francés como *pharaon*, al alemán como *Pharao*, al portugués como *faraó* y al italiano como *faraone*.

Farmacia

En las civilizaciones antiguas, el arte de preparar remedios y pociones mágicas era una función reservada a los magos, hechiceros y sacerdotes, quienes, supuestamente, conocían recetas ocultas y secretas, que se transmitían de generación en generación.

Este arte —que tanto servía para curar enfermedades como para hacer volver a un amado ingrato— se llamaba en griego *pharmakeía* y pasó al latín como *pharmacia*.

Faro, farol

Alejandro Magno, hijo de Filipo y rey de Macedonia, fundó una ciudad en el norte de África en el año 332 antes de nuestra era y, sin mucha modestia, la llamó *Aleandría*. Su pretensión era convertirla en el puerto más grande del mundo y, con tal fin, mandó levantar un puente de mil quinientos metros de longitud para unir la ciudad con la isla de Pharos. Ptolomeo II instruyó a Sostrato de Cnido para que construyera en dicha isla lo que después sería la Séptima Maravilla del Mundo: el faro de Alejandría, una torre de mármol de ciento diez metros de altura, desde lo alto de la cual una gigantesca hoguera, cuya luz se amplificaba mediante un sistema de espejos, guiaba a los navegantes. El faro de Alejandría fue el primero de la historia.

Faro se incorporó a la lengua española hacia 1600, aunque con el significado de «estrecho de mar». Sin embargo, este vocablo ya había estado presente desde 1200 en los topónimos españoles Haro y Alfaró. Palabras como *faro* y su derivado *farol* aparecen en el siglo XIV en el *Libro de los Estados* (1330), de don Juan Manuel (1282-1349).

Fascismo

Fascismo es el nombre de un movimiento político y de un régimen totalitario surgido hacia 1919 en Italia, que inspiró el nazismo (v. nazi) y la dictadura franquista, y llevó a la humanidad a los peores momentos de su historia, con la exacerbación de los prejuicios raciales y el estallido de la Segunda Guerra Mundial, que costó 34 millones de vidas.

La palabra italiana *fascismo* surgió en 1919, derivada del italiano *fascio* «grupo», tomada del bajo latín del siglo XII *fascium*, procedente del latín clásico

fascis, que significaba «haz de leña» o «puñado de varas», pero que se usó con el sentido de «organización política» en las postrimerías del siglo XIX.

Los lictores romanos usaban el *fascis* para azotar a los culpables de algún delito, pero el instrumento de tortura acabó por convertirse en símbolo de autoridad e insignia del cargo de lictor: un haz de palos de abedul u olmo (símbolo del poder del castigo) alrededor de un hacha (símbolo del poder de la vida y la muerte), atados con tiras rojizas de cuero.

El dictador italiano y fundador del fascismo, Benito Mussolini (1883-1945), adoptó el *fascio* como símbolo de su partido, tomándolo en su sentido más moderno, y formó *fasci de combattimento*, grupos llamados *de combate*, que dieron su nombre a la organización. A partir de ese momento, los partidarios de los *fasci* fueron llamados *fascisti* «fascistas».

El nombre de este ominoso movimiento se extendió rápidamente por Europa y dio lugar al español *fascista*, al portugués *fascista*, al francés *fasciste*, al inglés *fascist* y al alemán *Faschist*.

Fatídico

Se aplica este adjetivo a cosas y a personas que anuncian desgracias, pero la palabra latina de la que proviene, *fatidicus*, era un sustantivo que usaban Virgilio y Plinio para referirse a aquellos que afirmaban que tenían el poder de predecir el futuro.

Fatidicus se formó a partir de *fatum* «hado», «destino» y *dicere* «decir». Las primeras noticias que tenemos del uso de *fatídico* en castellano datan del siglo XV, siempre con el sentido actual, como en este trecho de *El infamador* (1578), de Juan de la Cueva:

Con prósperas señales de fatídico agüero se nos demuestra el cielo generoso en ocasiones tales, si en esto es verdadero el disponer del Hado venturoso.

Favela

Voz nacida en el portugués del Brasil, ha sido incorporada a nuestra lengua.

Los barrios pobres, que constituyen cada vez más una nota típica de las ciudades latinoamericanas, han tenido varios nombres a lo largo del siglo XX, desde las *callampas* de Quito y Santiago, las *villas miseria* de Buenos Aires y los *cantegriles* de Montevideo hasta los *tugurios* de Bogotá, los *barrios* de Caracas y las *favelas* de Río de Janeiro. Curiosamente, este último término ha recibido el

espaldarazo del *Diccionario de la Lengua Española*, que lo registra con marca de voz americana, a pesar de que la palabra se usa con mucha frecuencia en los periódicos peninsulares en los que, aunque de manera lenta, va sustituyendo al tradicional barrio de chabolas.

Callampa se origina en la voz quechua *ccallampa*, usada para designar cierto tipo de choza usada por los indígenas. El nombre de los cantegriles montevideanos surgió como referencia irónica a la miseria que había aparecido en el Uruguay a partir de la mitad del siglo xx, en contraste con el lujo y la ostentación desplegados en el suntuoso Cantegrill Country Club, reducto de los ricos de ambas márgenes del Plata, que disfrutaban el verano en la selecta Punta del Este.

Nombres como *barrios*, *tugurios* o *villas miseria* se explican a sí mismos, pero nos queda por saber el origen de la palabra *favela*, objeto de discusión de los lingüistas brasileños. Una explicación posible se basa en el hecho de que, como se sabe, los barrios pobres cariocas se extienden en la falda de los montes que se distribuyen por toda la ciudad —una de las metrópolis de orografía más abrupta del mundo— y son visibles desde lejos como si fueran gigantescos panales, de *favo* «panal» en portugués (y, aunque menos usado, también en español, registrado como regionalismo de León y Salamanca). Otros buscaron la raíz de este vocablo en el latín *favilla* «ceniza caliente», en alusión al aspecto que ofrecen estos barrios por la noche, colmados de lucecillas que parecen fuegos fatuos encendidos en las faldas de los montes.

Con relación al español *chabola*, surgió a fines del siglo xix a partir del vasco *txabola*, que puede haber llegado procedente del francés antiguo *jaole* «jaula» y éste, del latín *caveola* «jaula pequeña». De *jaole* proceden también el portugués *gaiola* «jaula» y el lunfardo rioplatense *gayola* «cárcel».

Febrero

Segundo mes del año, último en el calendario romano.

Los sabinos —uno de los pueblos indoeuropeos que habitaron en la era neolítica la península itálica, entre el Tíber y los Apeninos— celebraban una fiesta anual de purificación que llamaban *februa*, en una fecha que hoy se identifica como el 15 de febrero. Tras la fundación de Roma y el posterior surgimiento del Imperio romano, la urbe dominante tomó prestado el nombre de las fiestas *februas* para designar el mes en que éstas tenían lugar: el último del año.

Al fundador legendario de Roma, Rómulo, se le atribuye la unificación de los numerosos calendarios que existían en la península en el siglo viii a. de C., mediante la creación de uno nuevo, de diez meses distribuidos en un año de 304

días. Pero el calendario de Rómulo, tan diferente del año trópico, se reveló como una herramienta demasiado primitiva para un Estado que pocos siglos más tarde despuntaría como potencia dominante. Así, hacia el año 300 a. de C., el edil Flavio creó un nuevo calendario con dos meses adicionales, que se añadieron después de *december*: *januarius*, consagrado al dios Jano, y *februarius*, que tomó el nombre de la antigua fiesta de purificación de los sabinos.

Este nombre, que se registra en español desde 1129, está en la mayor parte de las lenguas europeas modernas: *february* en inglés; *février* en francés, *febbraio* en italiano, *Februar* en alemán.

Fecha

Proviene de *fecho*, el participio pasado del verbo *facere* «hacer» en español antiguo (*fazer* en el portugués de hoy). Primero significó no sólo indicación de tiempo de un escrito, sino también de lugar, puesto que una carta se iniciaba con algo así como «fecha en Sevilla, el 22 de junio» o la carta de don Quijote a Dulcinea que decía «fecha en las entrañas de Sierra Morena, a 27 de agosto». Más adelante, *fecha* se convirtió en sustantivo con su significado actual.

Feligrés

Feligrés es aquel que asiste a los cultos de determinada iglesia (en el sentido de templo o parroquia) y participa en ellos.

Esta palabra apareció por primera vez en nuestra lengua en el siglo X, bajo la forma *filiigleses*, y con su grafía actual en 1245. Proviene del bajo latín *fili ecclesiae* «hijos de la iglesia». En esta expresión, la segunda palabra es una forma vulgar derivada del latín clásico *ecclesia*, a su vez procedente del griego *ekklesia*.

En portugués, la palabra adoptó la forma *freguês*, que se refiere no sólo a los fieles de una iglesia, sino también a los clientes habituales de un determinado comercio.

Fénix

Era el nombre de un ave legendaria que habitaba en algún lugar de Arabia. Luego de vivir durante quinientos años, era consumida por el fuego, pero muy pronto, un ave nueva nacía de sus cenizas.

Para los egipcios, el ave fénix representaba el sol, que muere cada noche y renace radiante en cada amanecer.

El nombre del ave mitológica proviene del egipcio *bynw*, de donde se derivó la voz griega *phoinix* y de ésta, la latina *phœnix*.

Féretro

Del vocablo latino griego *pheretrum*, derivado del griego *pheretron*. Ambas palabras procedían del verbo griego *pherein* y servían para designar cualquier aparato para transportar personas o imágenes religiosas, tales como camillas, andas, literas, incluso el ataúd o caja donde se lleva un cadáver.

Al llegar al castellano, el vocablo adoptó la forma *féretro*, además de limitar su significado a «cajón en que se transportan los cadáveres», como vemos en este texto de 1507 de Antonio Pigafetta en *Primer viaje alrededor del mundo* (1507):

En primer término, todas las mujeres principales del lugar acuden a casa del difunto; en medio de ella aparece en su féretro el tal, bajo una especie de entrecruzado de cuerdas en el que enredaran un sinfín de ramas de árboles.

Fetiche

A partir del participio pasivo de hacer, «hecho», se formó la palabra *hechizo* en español hacia fines del siglo xv, como «artificio supersticioso de que se valen los hechiceros», según definía el *Diccionario español-latino*, de Antonio de Nebrija.

Hechicero, palabra también formada a partir de *hacer*, ya aparecía registrada en nuestra lengua desde *Calila y Dimna*, un libro de cuentos anónimo traducido del árabe por iniciativa de Alfonso X. *Hechicero* y *hechizo* pasaron al portugués como *feiticeiro* y *feitiço*. Esta segunda palabra portuguesa llegó luego al francés como *fetiché*; más tarde, al inglés como *fetish*. En ambas lenguas denomina objetos de hechicería africana, tales como amuletos y talismanes, y finalmente, reingresó al castellano con este significado, bajo la nueva forma *fetiche*.

Jugando con el carácter mágico de los fetiches, el filósofo alemán Karl Marx adoptó la palabra para referirse al *fetichismo de la mercancía*, por el cual, según él, un producto manufacturado oculta las relaciones de trabajo bajo las cuales fue producido.

Más adelante, el padre del psicoanálisis, Sigmund Freud, retomó la palabra *fetiche* para referirse a ciertos fenómenos observados en su práctica clínica, en los cuales el interés sexual de algunos pacientes aparecía desplazado hacia objetos vinculados indirectamente a su objeto sexual, tales como prendas de

ropa, mechones de cabello, etcétera.

Fettuccine

Hacia fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, la inmigración italiana fue particularmente intensa en el Río de la Plata, lo que explica que muchas palabras de esa lengua se hayan incorporado al dialecto local y, en algunos casos, al patrimonio del español de todos. Un ejemplo de este último caso es *feta*, término que ha sido recogido como regionalismo con el significado de «lonja, especialmente de jamón o de queso» por el Diccionario de la Academia.

Feta proviene de la voz italiana *fetta*, del mismo significado, que a su vez tiene como diminutivo *fettuccia* «lonja pequeña». Curiosamente, *fettuccia*, que es femenino como *fetta*, tiene a su vez un segundo diminutivo, *fettuccina*, cuyo plural, *fettuccine*, se usa para designar una pasta de forma achatada, cortada en cintas o tiras largas y finas. Hacemos notar que *fettuccine* termina en *e* como los plurales femeninos italianos, de modo que es incorrecta la forma *fettuccini* (plural masculino) que se ve con frecuencia en los restaurantes de Buenos Aires y de Montevideo.

Feudalismo

Un feudo era un contrato mediante el cual los soberanos y los grandes señores concedían en la Edad Media tierras en usufructo, y quien las recibía quedaba obligado a guardar fidelidad de vasallo al donante, a prestar el servicio militar y a acudir a las asambleas políticas y judiciales que el señor convocaba.

En forma muy genérica, feudalismo es el modo de producción que rigió durante la Edad Media, época que habría terminado en 1453 con la toma de Constantinopla por los turcos. Sin embargo, esto no es más que una convención de los historiadores: el feudalismo, en realidad, se prolongó en Francia hasta la revolución de 1789 y se extinguió en Europa central con las conquistas de Napoleón. En Rusia duró hasta algunos años después de la Revolución bolchevique, de 1917, y por más que esta forma de organización de la producción sea vista como símbolo de atraso político y social, subsiste hasta hoy en muchos lugares.

Cabe recordar, además, que el vocablo *feudalismo* es bastante más nuevo que las relaciones sociales que designa, aunque sus raíces etimológicas sean relativamente antiguas. El adjetivo *feudal* aparece en castellano ya en las *Siete Partidas*, que datan de 1260, pero *feudalismo* sólo se encuentra a partir del siglo XVIII.

El término del bajo latín *feudum* proviene del provenzal *fieu*, con el mismo significado y éste, del franco *fēhu* «posesión», «propiedad inmueble»,

emparentada con el gótico *faihu* «bienes en general» y con el alemán *vieh* «ganado». Por la voz germánica, podemos observar que los bárbaros identificaban la riqueza con la posesión de ganado, como habían hecho los latinos, quienes llamaban a la riqueza *pecunia*, de ahí *pecuniario*, a partir de *pecus* «ganado».

Ficción

Al crear sus obras, los narradores y poetas *finger*, como expresó magistralmente el poeta lusitano Fernando Pessoa al definir en forma poética la etimología de ficción en su célebre *Autopsicografía*:

El poeta es un fingidor.

Finge tan completamente

Que llega a fingir que es dolor

El dolor que de veras siente.

Ficción proviene precisamente de *fingir*, o más bien del latín *fictio*, *-onis*, sustantivo derivado de *fictum*, participio del verbo *ingere*, que significaba «amasar», pero también «modelar, representar (en escena)» o «inventar». El uso de *fingir* está documentado en español desde fines del siglo XIII («E quando fueron delante la villa *ingieron* que eran cansados». *Gran conquista de ultramar* [hacia 1293]), mientras que *ficción* aparece en el *Diccionario latino-español*, de Antonio de Nebrija.

Efigie, palabra que designa la imagen de una persona, se origina en el latín *effingere*, un derivado de *ingere*, que significaba «imitar, representar».

Otra manera de fingir son los amagos que se hacen en los deportes para engañar al rival, ya sea el amago de un golpe de un boxeador o de un esgrimista o el regate de un futbolista, movimientos que llamamos *finta*, voz tomada del italiano, lengua en la cual es participio de *ingere* «fingir».

Filatelía

El coleccionista francés de sellos Georges Herpin, al escribir en 1864 su obra *Le collectionneur de timbres-postes (El coleccionista de estampillas postales)*, creó y utilizó por primera vez el nombre de esa afición, *philatelie*, formada con la palabras griegas *philos* «aficionado» y *atelos* «eximido de pago». *Atelos* se

había formado mediante la partícula privativa *a-* y el sustantivo *telos* «pago».

Philatelie apareció por primera vez en francés en 1864 y el año siguiente en inglés como *philately*. Sin embargo, el autor de este libro no encontró esta palabra en nuestra lengua antes del siglo *xx*. *Filatelia* fue incluida en el Diccionario de la Academia apenas en 1925.

Filípica

«Invectiva, crítica muy dura, censura acre».

Filípicas, del griego *philippikós*, es el nombre de los inflamados discursos con que el orador ateniense Demóstenes denunció en el siglo *iv* a. de C. las ambiciones políticas de Filipo, rey de Macedonia, quien se había anexoado varias ciudades griegas.

Posteriormente, en Roma, en el siglo *i* a. de C., la palabra fue retomada para designar los discursos del cónsul Marco Tulio Cicerón contra el general Marco Antonio y permaneció en latín como nombre común con el significado de «denuncia acre».

Sin embargo, en su *Diccionario castellano*, publicado a partir de 1765, Esteban de Terreros sólo admitía que este vocablo se aplicara a los discursos de Demóstenes, de Cicerón y de su contemporáneo Voltaire.

Cabe destacar que la historia recuerda las arengas de Cicerón contra su rival político, el aristócrata Lucio Sergio Catilina, como *catilinarias*.

El nombre *Filipo* significaba «aficionado a los caballos». En español deberíamos decir Felipe, pero la tradición histórica ha preferido recordar como Filipo al rey de los macedonios, padre de Alejandro Magno.

Fimosis

Proviene del griego *phimós*, palabra empleada para denominar el bozal de un animal o el freno que se pone en la boca de un caballo. La palabra *fimosis* se emplea en medicina para definir la estrechez excesiva de la piel que recubre el pene, con lo que ésta no puede retraerse para dejar descubierto el glande.

Se cuenta que el rey Luis XVI de Francia padecía esta malformación, por lo cual su casamiento con María Antonieta no se consumó durante varios años, hasta que su cuñado el emperador Francisco de Austria lo convenció para que se sometiera a una circuncisión, tras lo cual tuvieron cuatro hijos.

Entre los judíos, la circuncisión se les practica a los bebés y, según el libro sagrado de los hebreos, la Torá, esa tradición constituye un símbolo de la alianza

entre Dios y su pueblo elegido: «Circuncidarás la carne de tu prepucio, y será una señal del pacto entre Yo y tú».

Fisco

Los publicanos, cobradores de impuestos de la antigua Roma, acostumbraban a recoger el dinero cobrado en unas cestas de mimbre o de juncos, que en latín se conocían como *fiscus*, según se verifica en los textos de Cicerón. Con el tiempo, el propio Tesoro público tomó el nombre de la cesta, y Séneca, que vivió un siglo después de Cicerón, llamaba *fiscus* al Tesoro del Imperio.

La palabra *fisco* ingresó al español con ese sentido y así figura en el *Diccionario latino español*, de Nebrija. De ella se derivaron más tarde *fiscal*, *fiscalía* y *confiscar*, esta última formada con el prefijo *con-*, que significa «incorporar al fisco».

Flamenco

Existen varias hipótesis sobre el origen de este término que designa ciertas manifestaciones socioculturales asociadas generalmente al pueblo gitano (v. gitano), con especial arraigo en Andalucía, tales como el *cante* y el *aire flamencos*, ante lo cual optamos por las conclusiones de Joan Corominas, seguidas desde 1925 por la Academia Española.

Como es sabido, en la Europa noroccidental existe la región de Flandes, del neerlandés *Vlaanderen*, nombre que llegó a nosotros a través del francés *Flandre*. Antiguamente, esta región era un condado que abarcaba Bélgica, parte de los Países Bajos y un pequeño territorio en Francia, cerca del paso de Calais, cuyos habitantes —que viven hoy en esos tres países—, a los que en español llamamos *flamencos*, conservan características étnicas y lingüísticas comunes.

Resulta un reto difícil identificar la relación que puede haber entre estos pueblos de tez sonrosada y cabellos claros con los gitanos del sur de España, que tienen piel morena, cabellos negros y una cultura que no parece estar vinculada a la de Flandes.

Corominas reveló el misterio al descubrir que ese nombre se usó al principio en España para designar a las personas de cutis sonrosado y más tarde pasó a denotar gallardo y de buena presencia, hasta que en algún momento se aplicó, en virtud de su elegancia, a los *bailaores* del ritmo andaluz del cante jondo (v. cante jondo), un compás agitanado, pero también árabe, judío y con elementos del África negra. En efecto, este arte vio la luz en Andalucía, en el seno de una comunidad marginal y hostigada en la que convivían árabes, judíos y cristianos pobres, que durante el siglo XVI conocieron los ritmos de los esclavos africanos

llevados hacia las plantaciones de América por traficantes cuyos buques anclaban en el puerto de Cádiz.

En este libro se descartan otras hipótesis, como los del escritor británico del siglo XIX George Borrow, quien, en una obra sobre los gitanos españoles, afirmó que eran de procedencia germana, lo que explicaría que se los llamara *flamencos*. Otros aludieron a un supuesto origen árabe de la palabra, algo que nunca fue demostrado.

En el siglo XIII, debido al tono sonrosado de la piel de los habitantes de Flandes, al ave palmípeda *Phænicopterus roseus* se le dio en francés el nombre de *flamenque*, que llegó al castellano como otra acepción de *flamenco*, sin relación alguna con el cante jondo. Esta palabra es introducida en castellano en la primera mitad del siglo XIV, en textos de Juan Manuel, quien usó tanto la forma *flamenqo* como *flamengo*, y hacia fines del mismo siglo, Jaime el Conquistador, conocido por su tez encarnada, era descrito como de cara vermella y flamenca.

Flecha

En las lenguas prehistóricas indoeuropeas, las palabras vinculadas con la idea de volar se formaban a partir de la raíz *pleuk-*, que dio lugar a los vocablos germánicos *fleugan* «volar» y *fleugon* «insecto volador». De estas palabras se derivó en francés antiguo *fliche*, actualmente *flèche* «flecha». En la lengua de los francos *fliukka* significaba volador y en neerlandés antiguo, *vliecke* (así como en alemán moderno *fliegen*) era volar. En inglés, la raíz indoeuropea dio lugar a *fly* «mosca» y a *to fly* «volar», y también a *flight* «vuelo».

El español tomó el francés *flèche* para formar inicialmente *frecha* (Nebrija, 1495) y más tarde, *flecha*, que fue sustituyendo al vocablo autóctono *saeta* (del latín *sagitta*).

Fogoso

Al oír o leer esta palabra, la gente suele asociarla a fuego porque la relaciona con una metáfora bastante verosímil vinculada con la impetuosidad de las llamas y referida, generalmente, al brío sexual. Sin embargo, el vocablo nada tiene que ver con fuego: nos llegó del francés *fougueux*, un derivado de *fougue* «ímpetu», «brío», que se incorporó, a su vez, al idioma de Baudelaire procedente del italiano *foga* «impetuosidad», formada a partir del latín *fuga* «fuga», «huida». Por cierto, el vocablo español *fuga* tiene el mismo origen.

Folclore

Es el conjunto de tradiciones, artes y costumbres de un pueblo.

El término fue propuesto en 1846 por el arqueólogo británico William John Thoms en un artículo de la revista inglesa *Athenaeum*, para denominar los «tesoros de la literatura popular, tales como historias, cuentos, mitos y proverbios». Apareció por primera vez en el Diccionario de la Academia en 1925 con la grafía *folklore*, y sólo en 1970 se adoptó la forma actual *folclore*.

Se trata de una palabra compuesta formada por el vocablo germánico prehistórico *folkam* «pueblo», «gente» y la forma verbal del inglés arcaico *lore* «aprender». De la antiquísima *folkam* se derivaron el alemán moderno *Volk* «pueblo», como en Volkswagen «vehículo del pueblo», y el danés y sueco *folk*. Se cree que estas palabras están vinculadas a la base indoeuropea *pel-* «llenar», de la cual también habría surgido el latín *populus*, origen del vocablo español *pueblo* así como del inglés *people*.

Lore, la forma arcaica del verbo inglés *learn* «aprender», se derivó de la base indoeuropea *leis-* «sendero», «camino», que lleva implícita, según muchos lingüistas, la noción de «ganar experiencia siguiendo un camino».

Folletín

Del francés *feuilleton*, más probable que del italiano *foglietto*, pasando por el español *folleto*.

La voz francesa se creó para designar las novelas publicadas en capítulos en la prensa parisina del siglo XIX, una costumbre inaugurada por Eugène Sue en el diario *Constitutionnel*, seguida años más tarde por numerosos escritores entre los que destacaron Alexandre Dumas y Honoré de Balzac.

Feuilleton proviene de *feuille* «hoja», pero hoy se llama *folletín* a toda obra de narrativa presentada en capítulos, y no necesariamente en papel impreso, como los culebrones televisivos, por ejemplo.

Forajido

Se llama así e delincuente que abandona sus lugares habituales para no ser alcanzado por la justicia.

Las ciudades medievales constituyeron un recurso de defensa para la gente que quería verse libre de invasores extranjeros, malhechores o saqueadores. Se formaron alrededor de los castillos, como una manera de contar con la protección de los señores, y también en los cruces de caminos por donde circulaban mercancías que se convertían en pretexto para ferias.

Desde la Alta Edad Media y, en algunos casos, hasta la primera mitad del siglo XIX, las ciudades tenían límites perfectamente definidos: en general, estaban amuralladas, de tal forma que no se permitía entrar en ellas sin la aquiescencia de los guardias que la protegían. Ese límite se llamaba *ejido*, y sus restos aún subsisten en algunas ciudades modernas. *Ejido* proviene de *exire* «salir», verbo formado del antiguo vocablo latino *exitus* «salida», que también encontramos en el inglés *exit*, con el mismo significado.

Los fugitivos de la justicia solían escapar hacia donde la jurisdicción de las autoridades urbanas no pudiera alcanzarlos y se iban a vivir fuera del ejido: eran los *fora exido* o *foraxidos*.

Texto de 1618 de García de Silva y Figueroa:

Auiendo hecho esta rrelacion al Enbaxador un soldado portugues llamado Francisco Carnero de Alcaçova, que por auer andado muchos años foraxido en la tierra firme se auia hecho en estos bosques diestrisimo arcabuzero y muerto muchas de estas fieras [...].

Una palabra equivalente se formó en italiano con el verbo *uscire* «salir», que es la forma italiana de *exire*: *fuoriuscito*, pero hoy esa palabra ya no es equivalente de nuestro *forajido*, pues ha evolucionado hacia su significado actual de «exiliado, desterrado».

Fornicar

Del latín *fornicare* «mantener relaciones sexuales con prostitutas». Proviene de *fornix* «construcción con forma de bóveda». Los lupanares (v. lupanar), donde las prostitutas recibían a sus clientes en Roma, se construían en subterráneos y tenían forma abovedada. El primero que registró esta palabra en nuestra lengua fue Alfonso de Palencia en su *Vocabulario*, de 1490. En castellano, *fornicar* se utilizó siempre en referencia a las relaciones sexuales *ilícitas* (según los criterios establecidos por la Iglesia católica), es decir, todas las que tienen lugar fuera del matrimonio.

Fornido

Este vocablo, otro de los numerosos aportes del catalán al castellano, aparece en nuestra lengua en 1609, en el *Vocabulario de Germanía*, publicado por Juan Hidalgo. Proviene de *fornir*, que en catalán significaba «proveer, suministrar, abastecer», en el sentido de «bien provisto de carnes y fuerzas». Corominas observa que, en catalán más antiguo, se decía *fromir*, con el significado de «realizar, ejecutar», y señala que es probable que estuviera emparentada con el

franco *frümjan*, del que derivó la palabra alemana *frommen*, con el sentido de «ser útil, aprovechar, ejecutar». De *fornir* procede también el verbo portugués *fornecer* «proveer», «abastecer», «suministrar».

Fósforo

Elemento químico y, también, varilla muy pequeña de madera o de papel encerado con un extremo recubierto de fósforo o de otra sustancia susceptible de ser encendida por frotación.

Por su etimología, *fósforo* significa «luz brillante», proviene del latín *phosphorus*, que se originó, a su vez, en el griego *phosphoros*, formada con *phos* «luz» y el sufijo *phoros* «portador».

Es el elemento número 15 de la tabla periódica. Fue aislado por primera vez en 1669 por el químico alemán Hennig Brand. Entre las sustancias químicas, ocupa el decimosegundo lugar en abundancia sobre la corteza terrestre. Presenta la propiedad de arder espontáneamente en contacto con el aire.

El nombre *fósforo* adquirió un nuevo significado merced al químico británico John Walker, quien descubrió un compuesto que ardía al ser frotado contra ciertas superficies. Había nacido la *cerilla*, puesta en venta por Walker el 7 de abril de 1827, conocida también como *fósforo*. Inicialmente, era un artificio peligroso, pues soltaba chispas que solían lastimar a la gente o chamuscar su ropa, hasta que en 1832, el austríaco J. Siegal logró fabricar los primeros fósforos o cerillas de fricción. Los fósforos actuales se fabrican con sulfato de antimonio, sulfuros y agentes oxidantes, como clorato de potasio. El nombre de *cerilla* proviene de la cera que se usa en su soporte.

La raíz griega *phos*, *photos* aparece también en palabras como *fotografía*, *fotón* y muchas otras que, de alguna manera, se originaron en la idea de luz.

Fraile

Del provenzal *fraire* «hermano», entró a nuestra lengua bajo la forma *ffrayre* con la llegada a España de los monjes cluniacenses, de regla benedictina, en el siglo XII. El vocablo provenzal proviene del latín *frater* «hermano», de donde el portugués tomó directamente *frade* «fraile». La forma abreviada *fray* del castellano se incorporó al portugués como *frei*.

Francia

Los francos fueron una tribu germánica originaria, probablemente, de la Panonia, una región del territorio donde hoy se sitúa Hungría. Más tarde, los

francos se desplazaron hacia el oeste para ocupar la región de Frisia, donde están en la actualidad los Países Bajos.

A mediados del siglo IV de nuestra era, en la época de la decadencia del Imperio romano, el emperador Juliano les cedió la Galia para pacificarlos, y los francos se incorporaron al Imperio como un aliado federado.

En la época de su apogeo, el reino de los francos abarcó la mayor parte del actual territorio de Francia y parte de lo que hoy es Alemania (Franconia). Este pueblo germánico se unió a los pobladores celtas del lugar, los galos, y ambos grupos indoeuropeos constituyeron el origen de lo que siglos más tarde sería la nación francesa.

Sin embargo, los francos dejaron una impronta más fuerte que la de los galos, por lo menos en el nombre del país: etimológicamente, Francia significa «tierra de los francos».

Franela

Los pueblos indoeuropeos que llegaron a Europa y a la India hace treinta y cinco o cuarenta siglos no conocían la escritura, pero sí la lana, que llamaron *wlan*, palabra que en Gales dio origen a *gwlan* y a *gwlanen* «pañó de lana». En Inglaterra, en el siglo XV, se llamó *flannen* y, más tarde, *flannel*, palabra que hacia 1650 encontramos en francés como *flanelle* y sólo en el siglo XIX en español como *franela*.

A pesar del origen del vocablo, basado en la lana, la franela es un «tejido fino de lana o algodón, ligeramente cardado en uno de sus lados».

Frugal

Es posible rastrear el origen de la palabra *fruta* hasta la propia prehistoria de la humanidad. En efecto, los pueblos indoeuropeos del período neolítico usaban la raíz *bhrüg-*, que entre ellos designaba a los frutos de la tierra y, más genéricamente, a las ideas de «disfrutar o aprovechar», a partir de la cual se formó más tarde el vocablo latino *fructus*.

Entre los romanos, el hombre de hábitos moderados para comer, que se conformaba apenas con los frutos de la tierra, era calificado con el adjetivo *frugal*.

Fuente

Junto con las computadoras y, en particular, con el empleo del sistema operativo

Windows, se ha puesto al alcance de todos la posibilidad de usar caracteres semejantes a los empleados en las imprentas, diferentes de los de las máquinas de escribir tradicionales, caracteres que en español se llaman *tipos* o *tipos móviles*, por lo menos desde 1615.

En los últimos años, nombres como *Arial*, *Times New Roman* y *Verdana*, entre otros miles de tipos, dejaron de pertenecer al léxico exclusivo de tipógrafos y diagramadores, y se transformaron en palabras de uso popular, pero esta universalización trajo consigo un error de traducción. En efecto, los tipos no son *fuentes*, como se ha dado en llamarlos al traducir erróneamente el vocablo inglés *font*.

La confusión proviene del hecho de que *font* tiene dos significados diferentes, a cada uno de los cuales corresponde una etimología distinta y una traducción específica al español. En su primera acepción, vertida al español como fuente, la palabra *font* llegó al inglés proveniente del irlandés antiguo *fans*, que la había tomado, a su vez, del latín *fons*, *fontis* «fuente», «manantial». En la segunda acepción, que es a la cual nos referimos en esta nota, *font* o *fount*, llegó al inglés a partir del francés *fonte*, que no significa fuente, sino «fundición de metal», con origen en el latín *funditus*, participio de *fundere* «fundir», «fabricar». Así, la expresión francesa *fonte de fer* se traduce como «fundición de hierro». Los caracteres de la antigua tipografía inventada por Gutenberg eran de metal fundido en moldes. Hasta la universalización del uso de las computadoras en las últimas décadas del siglo pasado, siempre se llamaron *tipos*, del vocablo latino *tipus* y éste, del griego *týpos* «señal», «huella», «copia», «forma», y jamás se los había llamado fuentes.

Fulano

Esta palabra se emplea para aludir a alguien cuyo nombre se ignora o no se quiere mencionar.

Usada en español desde los tiempos de Gonzalo de Berceo, en el siglo XIII, proviene del árabe *fulán*, que significaba «cualquier», «cualquiera». En su obra *Milagros de Nuestra Señora*, Berceo dijo, en su español medieval, que escribía «por alma de un monje de fulana mongía». También la usó con ese sentido Alfonso X el Sabio en las *Partidas* en las que dice «descomulga a fulano ome».

El primer registro en castellano aparece en el Fuero de Avilés, en 1155, mientras que en lengua portuguesa sólo se observa en el siglo XVI, proveniente del español y no del árabe. En los textos peninsulares, *fulano* se suele escribir con minúscula inicial; en cambio en textos hispanoamericanos es muy frecuente verla con mayúscula.

Se suele decir *fulano*, *mengano* y *zutano* para aludir a varias personas cuyos nombres no se conocen. *Mengano* proviene del árabe *man kan* «quien sea», y *zutano*, del español *citano*, derivado del latín *scitanus* «sabido».

Furia

Cronos, el dios del tiempo para los griegos, era hijo de Urano, el cielo, y de Gea, la Tierra, y hermano de los titanes. A pedido de su madre, Cronos le cortó los testículos a su padre con una hoz que Gea misma le había dado. De las gotas de sangre que Urano perdió en la mutilación, se formaron las Erinias, diosas violentas y temibles que no reconocían la autoridad de los demás dioses, al punto de que amedrentaban hasta al propio Zeus.

Al incorporar las creencias de los griegos, los romanos las llamaron *Furias*, que era como designaban a los genios malignos del mundo infernal de los latinos, nombre que, a partir de cierta época, adquirió para ellos el significado de la emoción que hoy en castellano llamamos *furia* y también dio lugar al verbo *furere* «enfurecerse».

Fuselaje

Este vocablo nos llegó del francés *fuselage*, formado a partir de *fuseau* «huso» y éste, del latín *fusus*, del mismo significado, para aludir a la forma ahusada del cuerpo principal de los aviones.

Fusil

Las armas que disparan proyectiles impulsados por los gases provenientes de la ignición de la pólvora se llaman, genéricamente, *de fuego*, pero el fusil es la única de ellas que mantuvo fuego en su nombre. En efecto, la palabra proviene del latín *focus* «fuego», pasando por el bajo latín de Francia *focilis petra* «piedra de fuego o pedernal».

El vocablo propiamente francés aparece a fines del siglo XI bajo las formas *fuisil* y *foisil*, y en 1244 ya como *fusil*, con el significado de *acier pour faire une étincelle*.

Recordemos que la pólvora, en los fusiles más antiguos, se encendía haciendo saltar una chispa mediante el roce sobre una pequeña pieza de pedernal insertada en el mecanismo, pero como ocurre con frecuencia, la propia arma acabó por adoptar el nombre de la piedra que generaba la ignición.

Fútbol

Se ha dicho que el fútbol reemplaza en el mundo moderno las rudas competencias de los caballeros medievales. Este deporte, nacido en la Inglaterra del siglo XIX y rápidamente difundido en el mundo entero, tomó su nombre de las palabras inglesas *foot* «pie» y *ball* «pelota», dos vocablos cuyos orígenes pueden ser rastreados muy lejos.

En efecto, *foot* proviene de las raíces *pod-* y *ped-*, de las lenguas prehistóricas indoeuropeas, que también dieron lugar al vocablo griego *pous* «pie», del cual proceden palabras como *trípode*, *podio* y *antípoda* (v. antípoda). También vienen de esas raíces la voz sánscrita *padas* «pie» y la lituana *pedà* «paso», pero desde el punto de vista de nuestra lengua, su derivación más importante ha resultado el latín *pedes* «pie», que dio lugar a incontables palabras castellanas, tales como *pedicuro*, *peón*, *pedal*, *velocípedo*.

Ball, por su parte, llega del griego *ballein*, que significaba arrojar (v. parábola).

La palabra *fútbol* fue rechazada inicialmente por los puristas, que la consideraban un anglicismo, por lo que intentaron imponer *balompié*, un calco semántico, en realidad, de la palabra inglesa. *Balompié* apareció por primera vez en el Diccionario académico en 1927, con una definición en la que se evitaba cuidadosamente *football*:

Juego parecido al del balón, del cual se diferencia en que la pelota o balón se juega con el pie.

Sin embargo, en sus últimas ediciones, el Diccionario remite directamente a *fútbol*, reconociéndola así como preferible.

Fútil

En el culto a la diosa romana Vesta, se bebía vino en un vaso que era calificado como *futilis*, un adjetivo que significaba «que no se tenía en pie». En efecto, el vaso se afinaba en su parte inferior, de modo que los bebedores se veían obligados a mantenerlo permanentemente en la mano para no derramar el vino. *Futilis* era el participio pasivo de *fundere* «derramar», y se usó durante mucho tiempo para referirse al vaso sin pie o al líquido derramado. Sin embargo, en Cicerón y Plinio, *futilis* ya significaba también «vano», «sin autoridad», «frívolo» o propiamente «fútil» en el sentido que le damos hoy.

G

Gaceta

Este nombre designa una publicación periódica en la que se editan noticias de todo tipo: comerciales, administrativas, literarias o sobre cualquier otra área.

La palabra proviene del italiano *gazzetta*, nombre de una moneda veneciana de escaso valor del siglo XVII, que tenía grabada la imagen de una urraca (*gazza*). Una *gazzetta* era lo que cobraban los vendedores de diarios a los transeúntes que querían dar una ojeada al periódico sin comprarlo y, posteriormente, fue el nombre de algunos periódicos dedicados a anuncios administrativos.

El vocablo llegó a nuestro idioma para designar la *Gaceta de Madrid*, fundada en 1660, que empezó a ser publicada oficialmente con ese nombre en 1697 y sufrió varios cambios durante la Segunda República hasta llegar al actual Boletín Oficial del Estado (BOE).

Gafas

Los anteojos, que en el Río de la Plata se llaman por metonimia *lentes*, son denominados en España y en otros países hispanohablantes con el nombre más antiguo de *gafas*, miembro de una familia de palabras vinculadas a la idea de «gancho» o «presilla».

El origen de esta palabra es incierto, pero Corominas señala como posible el árabe *qafca* «contraído», «encogido» y estaría emparentado con el vocablo *gafo* «leproso» del castellano antiguo, debido a la forma encorvada que adoptan las extremidades de los pacientes afectados por el bacilo de Hansen.

Galáctico

Este adjetivo se refiere a las galaxias, pero en el español peninsular de este comienzo de siglo, se aplica también a los *astros* del fútbol: jugadores que ganan millones de dólares por patear un balón con una habilidad que sacude multitudes, acarrea fama y construye fortunas.

La palabra *galaxia* proviene del griego *galaktos*, que llegó a nosotros a través del latín tardío *galaxia*, referido a los cuerpos celestes, con el mismo significado que el *galaxias kyklos* «círculo lechoso» de los griegos. Los antiguos, que

miraban hacia el cielo estrellado mucho más que nosotros, estaban familiarizados con aquella franja del firmamento que hoy denominamos Vía Láctea y que ellos llamaron *galaxia* por su aspecto blanquecino, que les parecía lechoso, aunque no sabían, como sabemos hoy, que esa franja es la propia galaxia en que vivimos.

La carrera blanca que va por el cielo a que llaman Galaxis & lleva este nombre de galas que dice el griego por leche por que es de noche aquella carrera blanca como la leche. (Alfonso X el Sabio: General estoria I, siglo xiii).

En el siglo XIX, cuando el astrónomo alemán William Herschel (1738-1822) descubrió que las estrellas estaban acumuladas en grupos y que el sistema solar pertenecía al grupo llamado Vía Láctea, esos conglomerados de estrellas fueron tomando el nombre de galaxias, aunque su vinculación con la leche se limitase apenas a una impresión visual de los antiguos.

Galante

Esta palabra surgió en nuestra lengua a mediados del siglo XV, procedente del francés *galant*, el participio activo del verbo francés *galer* «divertirse», «ir de parranda». Tanto *galer* como *galant* provienen de un antiguo verbo usado por los francos, *wallan* «bullir», «agitarse», derivado del indoeuropeo *wel-* «desear», que sobrevive hasta hoy en el alemán moderno *wallen*.

En el siglo XIII, ya había llegado al español la palabra *gala*, procedente del francés antiguo *gale*, con el significado de «placer», «diversión», pero este significado evolucionó en nuestra lengua y, tres siglos más tarde, *gala* volvió al francés con el sentido que tiene en *vestido de gala* o *día de gala*.

Galán aparece en Cervantes; luego surge el adjetivo *galano*, que acaba olvidado; y, finalmente, *galante*, que al comienzo tenía el mismo significado que *galán*, pero que se fue diferenciando poco a poco. En diversos autores españoles, vemos aparecer una vasta familia de palabras emparentadas con *galán*, tales como *galanteo*, *galantería* y *engalanar*, entre otras.

Galgo

Se cree que las diferentes variedades de galgos constituyen la raza canina más antigua de la Tierra. Sus antepasados cuidaron las tumbas de los faraones y son mencionados en la Biblia, en el libro de Salomón.

Son originarios de Afganistán, de donde fueron llevados en algún momento por

los celtas hacia la Bretaña, a ambos lados del canal de la Mancha, y allí desarrollaron características diferenciadas.

En tiempos de los romanos, la cría de galgos alcanzó un desarrollo excepcional, por lo que los latinos llamaron a esta raza *canis gallicus* «perro de la Galia», por lo menos desde los tiempos de Ovidio. Con la llegada del *canis gallicus* a España, donde se desarrolló una variedad específica, el nombre de la raza cambió primero a *galgus* y, finalmente, a *galgo*.

En textos de 1073 se llama *galgo leporario* al que persigue liebres, expresión que derivó posteriormente a *lebrél*.

Gálibo

Esta antigua palabra castellana proviene de la construcción naval. Inicialmente, era la plantilla que servía de base para trazar el perfil de un navío, o sea, el contorno de sus cuadernas o costillas.

Desde muy antiguo, se usó este término para referirse al perfil de un barco, incluso a la elegancia de su diseño, como vemos en este texto de *Sigüenza y Góngora*, escrito en 1672:

Era (y no sé si todavía lo es) de treinta y tres codos de quilla y con tres aforros, los palos y vergas de excelentísimo pino, la fábrica toda de lindo galibo, y tanto, que corría ochenta leguas por singladura con viento fresco.

Actualmente, *gálibo* se usa también como denominación de la figura cuyo perímetro marca las dimensiones máximas de los vehículos cargados que deben pasar por túneles o arcos en las carreteras. Por extensión, se llama así también a las barreras colocadas horizontalmente a lo alto para impedir el paso de los vehículos que superen la altura permitida.

La palabra proviene del árabe hispánico *qálib* —que también dio lugar a *calibre*— y éste, del árabe clásico *qalab*, derivado, a su vez, del griego *kalopous* «horma».

Galimatías

«Lenguaje oscuro por la impropiedad de la redacción o por la confusión de las ideas», define el Diccionario de la Real Academia.

Proviene del francés *galimatias*, con el mismo significado. Montaigne la usó por primera vez en 1580 como *jargon* «jerga» de *galimatias*. Apareció en español dos siglos más tarde, pero sólo en 1843 fue incluida en el Diccionario de la Real

Academia.

El escritor argentino Martín Aldao la empleó en un artículo en el que criticaba duramente la prosa de Enrique Larreta:

Larreta se mete en frases telegráficas y no sabe cómo salir de ellas e incurre en verdaderos galimatías. ¡Y hay quienes llaman a esto prosa de gran escritor!

Corominas sugiere que la palabra francesa pueda derivarse de Barimatía o Galimatía, que en alguna época se habría empleado popularmente como nombre de un país exótico, tal vez el de José de Arimatea, y que, más tarde, se habría aplicado a lenguajes incomprensibles, supuestamente hablados en países lejanos. Aunque Corominas no presenta ningún texto en apoyo de tal suposición, hallamos uno antiguo, francés, sin firma, en el cual José de Arimatea es citado como Josep de Barimathia.

Ce est li fruiz par coi Josep de Barimathia et si compaignon furent sostenu qant il s'an venoient de la terre de promission an ceste estrange país par lo comendement Jhesu Crist et par son conduit.

Hoy se descarta la hipótesis del lingüista sueco Axel Nelson, aceptada ampliamente durante mucho tiempo, según la cual la voz francesa se habría formado con la palabra latina *gallus* «gallo de riña» y la terminación griega *matheia* «ciencia», hallada en numerosos helenismos. Nelson sostenía que los estudiantes que defendían sus tesis en universidades europeas valiéndose del abstruso lenguaje escolástico eran llamados con ese nombre por sus rivales, que buscaban así denigrarlos.

Sin embargo, el etimologista francés Albert Dauzat afirma que *galimatias* proviene «sin duda» del bajo latín *bullimathia*, que era como se denominaban las canciones obscenas, y cita en su apoyo un texto de san Isidoro de Sevilla (siglos VI y VII), que usó este vocablo latino para hablar de *inhonestae cantationem* «canciones deshonestas».

Galio

El galio es un metal de color gris azulado en estado sólido y plateado en estado líquido.

Fue descubierto espectroscópicamente en 1875 por el químico francés Paul Lecoq de Boisbaudran, quien sólo un año más tarde logró aislarlo en estado sólido.

Aunque muchos creen que Lecoq bautizó su hallazgo con ese nombre por

espíritu patriótico, el descubridor quiso perpetuar, en realidad, su propio nombre (Lecoq significa en francés «el gallo») y lo tradujo al latín *gallium*.

Galopar

El verbo que denota el andar rápido de un caballo no nos llegó del latín, sino que, más antiguo que los romanos, recorrió un largo camino desde la prehistoria hasta nuestros días.

El rastro más remoto que se conoce de *galopar* aparece en la raíz indoeuropea *hlaupan*, que dejó en noruego antiguo *hlaupa*, con el sentido de «saltar». En el reino de los francos, antes de la llegada de los romanos, esta palabra significaba «correr» y se unió con *wala* «bien» para formar el compuesto *walahlaupan* «correr bien».

A partir de *walahlaupan*, se formó *waloper* en la lengua del sur de Francia, que algunos siglos más tarde daría lugar al verbo francés *galoper* «galopar» y al sustantivo *galop*, que ya aparecía hacia 1080 en la *Canción de Rolando*. Esta última palabra dio lugar en español a *galope* hacia mediados del siglo XIII, y a *galoppear* (más tarde *galopar*), pero sólo unos tres siglos después.

Galpón

Esta palabra de origen americano significa «barraca de construcción simple» y es poco conocida en la península ibérica, aunque hacia comienzos del siglo XVII se usaba en Castilla *galpol*, que le dio origen y que significaba «gran salón de un palacio».

Galpol había sido llevada a España desde México, como corrupción de la voz náhuatl *kalpulli* «casa grande o sala grande». Era con ese sentido que Fernández de Oviedo usaba *galpón* en 1535, como referencia al palacio de Moctezuma. La palabra se extendió rápidamente, tanto que en 1602 el peruano Garcilaso la empleaba en Perú con la denotación de «casa grande donde habitan varias familias».

Gamba

(V. camarón).

Ganas, ganar

Gana es una voz netamente ibérica, que el castellano comparte con el catalán y el portugués, aunque es menos usada en esta lengua.

Gana proviene del gótico *ganô* «gana», «avidez» y éste, del verbo *ganan* «codiciar», en la misma lengua. Estas palabras góticas están vinculadas al antiguo escandinavo *gana* «el acto de abrir la boca» o «desear ávidamente»; al noruego *gana* «quedarse boquiabierto», y al frisón, la lengua germánica hablada en la provincia neerlandesa de Frisia, en la cual *gannen* significa «pedir algo con mirada ávida».

En tiempos de Berceo, *gana* tenía un significado semejante al de hoy:

Era muy cobdicioso, querié mucho prender,
falsava los judizios por gana de aver;
tollíelis a los omnes lo que lis podié toller,
más preciava dineros que justicia tener.

(Milagros de Nuestra Señora)

Nebrija explica que *gana* o *antojo* equivalen a *libido*, *libentia*, un sentido sexual que, según Corominas, es frecuente en todas las épocas y regiones.

Esta palabra aparece también en la lengua provenzal occitana o lengua de Oc (Languedoc), en dialecto siciliano y en el árabe de Marruecos y Argelia con el sentido de «apetito o deseo» o bien como «afición o placer».

Se cree que el verbo gótico *ganan*, mencionado al comienzo, está también en el origen del español *ganar*, así como en el del portugués *ganhar*. Sin embargo, el significado de este verbo se habría modificado por la influencia del germánico *waidanjan* «cosechar», «ganar», a través del italiano *guadagnare* y del francés *gagner*, además del occitano *gazanhar*.

Ganga

Es el material que acompaña al mineral bruto cuando es extraído de una mina. Al limpiar el metal extraído, la ganga es descartada como elemento inútil.

Se trata de una palabra diferente del homónimo *ganga* «gallináceo semejante a una perdiz», que es de otra etimología.

Ganga, con el sentido que estudiamos hoy, aparece en nuestra lengua en el siglo XIX, proveniente del francés *gangue*, del mismo significado, que a su vez se deriva del alemán *gang* «filón de una mina».

Curiosamente, el musicólogo brasileño Nei Lopes, tras citar el origen alemán de esta palabra —que también existe en portugués— observa que *nganga*, en la lengua africana quioco, significa «escoria de metal fundido».

Gángster

Parece no haber acuerdo sobre la grafía en español de esta palabra de origen germánico, que nos llegó a través del inglés. En efecto, el Diccionario de la Academia la incluye como *gánster*, mientras que el *Diccionario de uso del español*, de María Moliner, con la grafía *gángster*, la define como «bandido; malhechor que constituye con otros una banda». El académico Manuel Seco, en su *Diccionario de dudas*, registra ambas formas, aunque señala como principal la que aquí utilizamos.

El término fue acogido por la prensa en lengua española como reflejo de las malas traducciones de las películas de Hollywood, de modo que la etimología debemos buscarla en el inglés, lengua en la cual se refiere al que forma parte de una *gang* o banda de delincuentes.

Gang proviene del noruego antiguo *gangr*, que lo tomó del verbo germánico *ganggan* «ir» y de éste, el escocés *gang*, con el mismo significado. En escocés adquirió el sentido de «trayecto recorrido en una jornada» y también de «conjunto de cosas cargado en una jornada». Hacia fines del siglo XVII, *gang* era en escocés «un grupo de trabajadores» y unos años más tarde, «un grupo de personas que actuaban en conjunto para un propósito dado, generalmente indeseado, incluso delictivo».

Gardenia

La gardenia es una hermosa flor originaria de China, de color blanco, amarillo o azul, de delicada fragancia, que florece en árboles y arbustos de hojas perennes de la familia de las rubiáceas.

El botánico sueco Carl von Linné (1707-1778) le dio ese nombre en homenaje al naturalista y médico estadounidense de origen escocés Alexander Garden (1730-1791), como reconocimiento a su contribución a la clasificación de las plantas del Nuevo Mundo.

Se conocen unas doscientas especies de gardenias, nativas de las regiones subtropicales del Asia y de África. La variedad menuda denominada *Gardenia radicans* es una de las flores preferidas por los especialistas en el milenar arte japonés del bonsái, que consiste en disponer en una bandeja pequeños ejemplares de árboles o arbustos para representar en ese espacio un fragmento de la naturaleza, pero los floristas suelen privilegiar, por su fragancia, la variante china *Gardenia jasminoides*.

La palabra *gardenia* fue usada por primera vez en español por la novelista

Emilia Pardo Bazán en su obra *Insolación* (1888), en el texto abajo citado, y fue incorporada al Diccionario de la Real Academia en 1899.

Tome usted para que se calle. Desprendí la gardenia y se la ofrecí. Entonces hizo mil remilgos y zalemas. —Si yo no pretendía tanto... Con el rabillo me contentaba, o con media hoja que usted le arrancase... ¡Una gardenia para mí solo! No sé cómo lucirla...

Garrapata

Alfonso de Palencia definía *garrapata* en su *Vocabulario* como un «arácnido que vive parásito sobre ciertos animales chupándoles la sangre».

Corominas observa que este término parece ser una metátesis^[8] de *gaparrata*, palabra formada por la voz *caparra*, que designa a la garrapata en vasco, en mozárabe y en catalán occidental.

Es probable que pertenezca al sustrato ibérico anterior a la llegada de los romanos. El propio Corominas señala su semejanza con la palabra vasca *kapar(r)a*, que significa «zarza», tal vez porque la zarza se adhiere a la piel como la garrapata.

Gas

En el siglo XVII, el químico belga Jan Baptist van Helmont (1577-1644) observó que el fluido producido en la quema de leña o de carbón era igual al que surgía de la fermentación del musgo. Verificó, además, que sus partículas tenían un comportamiento caótico, de modo que lo llamó *gas*, a partir de la pronunciación en lengua flamenca de la palabra latina *chaos*, y de su fuente de origen, el vocablo griego *caos* «caos, estado primitivo del universo». El cambio de la *ch* por la *g* se explica por el hecho de que en flamenco tanto el dígrafo *ch* como la *g* se pronuncian, aproximadamente, como la *j* española.

En la creación de esta palabra, Van Helmont sufrió la influencia del holandés *geest*, «espíritu» (del mismo origen que el inglés *ghost*), ya que esta palabra se usaba también como denominación del gas (en referencia al anhídrido carbónico) como *spiritus silvestris* «espíritu salvaje».

Van Helmont fue el primero en aplicar principios químicos al estudio de problemas fisiológicos, lo que le valió la calificación de *padre de la bioquímica*. Dos siglos más tarde, el botánico escocés Robert Brown (1773-1858) estudió el comportamiento de las moléculas de los gases y describió lo que hoy se llama *movimiento browniano*.

Gastronomía

Hablar de manjares refinados haciendo referencia al estómago, a los intestinos o al proceso digestivo no puede ser considerado de buen gusto; normalmente tendemos a disfrutar la buena comida sin pensar demasiado en lo que sucede en el organismo después de ingerirla.

Sin embargo, esto es lo que ocurre cuando hablamos de gastronomía, palabra que significa tanto «el arte de preparar una buena comida» como «la afición a disfrutar los placeres de la buena mesa».

El vocablo se formó como derivado culto del griego *gaster*, *gastrós* «vientre», «estómago» —que también está presente en palabras como *gastroenteritis*, *gastroenterología* y *gastritis*— con el elemento compositivo *nomos* «conjunto de reglas».

El etimólogo francés Albert Dauzat explica que el vocablo *gastronomie* surgió a partir de una obra publicada en 1622 con el título *Gastronomie* por un poeta llamado Berchoux, de cuyo gusto literario se puede dudar, pero que, al parecer, era un amante de la buena comida y un goloso empedernido.

Gay

Este vocablo inglés, de origen francés, ha sido incluido en el Diccionario de la Real Academia con el sentido de «homosexual» y, más específicamente, de «hombre homosexual», aunque en inglés este adjetivo se aplica a ambos sexos.

Gai fue usado en francés por Christian de Troyes por lo menos desde el siglo XII, con el significado de «feliz, alegre, exultante» y, también, «divertido». El vocablo entró al inglés como *gay*, con el mismo significado, pero hacia el siglo XVII adquirió la connotación de «persona autoindulgente que sólo busca el placer» y, hacia fines del siglo XIX, se usaba con su denotación actual en los códigos de la comunidad homosexual norteamericana. En los años sesenta, en la medida en que los homosexuales empezaron a tornarse más visibles, la palabra trascendió al vocabulario común, al principio entre comillas, y llegó al español por los años setenta.

Curiosamente, el Diccionario de la Academia publicado en 2001 no escribe *gay* en bastardilla, como suele hacer con palabras extranjeras: *software*, *web*, etcétera, pero los académicos recomiendan que se pronuncie al modo inglés *guei*. Sin embargo, en el *Diccionario panhispánico de dudas*, editado tres años más tarde, se sugiere «adecuar su pronunciación a la grafía y decir *gái*».

Gazapo

Voz usada para referirse a un conejo joven, pero también para mencionar yerros en el lenguaje hablado o escrito.

¿Dónde se origina este segundo significado de *gazapo*? Pues, no tiene nada que ver con ningún conejo; el gazapo de los errores tiene una etimología diferente: proviene de la antigua palabra española *gazafatón*, derivada de la griega *kakénfatón*, que también en esa lengua significaba «error de lenguaje» o «palabra malsonante».

El gazapo de largas orejas, en cambio, tomó su nombre de otra palabra griega: *dasupous*, del mismo significado.

Ambas acepciones de gazapo tienen en común apenas el hecho de que sus designados saltan allí donde menos se los espera.

Gaznápiro

Este adjetivo se aplica hoy al sujeto «palurdo, simplón, torpe, que se queda embobado con cualquier cosa». Está registrado en nuestra lengua desde la primera mitad del siglo XIX, aunque el Diccionario sólo lo incorpora en su edición de 1884.

Su origen es incierto, pero Corominas propone el vocablo *gesnapper*, supuestamente formado por los soldados españoles en Flandes con las palabras neerlandesas *gesnapp* «parloteo», «charla» y *snapper* «charlatán».

Gemelo

Los romanos aplicaban el adjetivo *geminus*, *geminum* a «algo doble, duplicado, en número de dos». Así, el dios Jano bifronte, que tenía dos caras, era conocido como *Geminus Janus*.

A partir de este adjetivo, se formó el sustantivo *gemini*, *geminorum* que aludía a dos hermanos gemelos, a dos fetos de un mismo vientre, y también a los testículos.

En el latín vulgar peninsular, se adoptó *gemellus*, que en español evolucionó a *gemelo*, para designar a dos hermanos nacidos del mismo parto. Luego surgieron otros significados basados en el primitivo, como el pequeño pasador para cerrar el puño de una camisa o el doble anteojos que sirve para mirar a distancia.

De *gemellus* también se formó al mismo tiempo *gemellicius* en latín vulgar, que en español evolucionó a *emellizo* y, más tarde, a *mellizo* (v. mellizo).

Gendarme

Miembro de la policía, inicialmente de Francia, que tiene la función de mantener el orden interno. Se registra por primera vez en francés en el siglo XIII, bajo la forma actual *gendarme*.

Voz tomada del plural francés *gens d'armes* «personas de armas».

Generoso

Esta palabra no siempre tuvo el sentido que le damos actualmente. En la primera edición del Diccionario de la Academia (*Autoridades*, 1734), se la definía así:

Noble y de ilustre prosapia. Excelente y que excede á lo común de la especie: como generoso caballo, vino generoso. Significa assimismo Esforzado, magnánimo, bizarro, y que estima más lo honesto y decoroso que el útil e interés.

Proviene del latín *generosus*, palabra derivada de la raíz primitiva *gen-* «generar», «raza», «estirpe», «familia», y los romanos la usaron para referirse a «quien es hidalgo, de familia noble, ilustre, a quien es magnánimo, generoso» y, en el caso de animales y cosas, a «los que son de buena raza, excelentes, de alta calidad».

Todos estos significados están presentes en la definición académica actual, pero el más usado hoy es «dadivoso, franco, liberal».

Genética

La genética es la ciencia que trata de la herencia biológica y de las leyes que la rigen. Su nombre se deriva del griego *gennetikós* «genitivo», «engendrador», derivado de *génnesis* «origen», «nacimiento», procedente del indoeuropeo *gen-* «generación, producción». Este término indoeuropeo está presente en el origen de numerosas palabras en todas las lenguas modernas. En español, lo encontramos en *general*, *generación* y *genital*, entre muchas otras.

En las lenguas modernas, la palabra surge en el inglés *genetics*, hacia 1865, pero sólo adquiere su significado actual por obra del genetista inglés William Bateson en 1906 y se propaga rápidamente al francés *génétique*, al italiano *genetica*, al alemán *Genetik* y tanto al español como al portugués *genética*.

Genio

«Capacidad mental extraordinaria para crear o inventar cosas nuevas y admirables, para ver posibilidades creativas que la mayoría no percibe. Persona

dotada de esta facultad. Índole o condición peculiar de algunas cosas: *El genio de la lengua*. Ser fabuloso con figura humana, que interviene en cuentos y leyendas orientales: *El genio de la lámpara de Aladino*».

Proviene de la palabra latina *genius*, que tiene la base indoeuropea *gen-* «producir, generar». «Divinidad que vela por cada persona», su significado se extendió de manera considerable a lo largo de los siglos. Como genio de las leyendas orientales que aparece al frotar una lámpara, se supone que es obra de traductores del siglo XVIII de las *Mil y una noches*, quienes habrían sufrido la influencia del nombre de esa criatura en árabe: *jinn*.

La acepción más común en la actualidad es «persona de inteligencia excepcional», que fue adoptada en francés en el siglo XVII y usada en castellano ya a principios del siglo XIX, aunque sólo entró en el Diccionario de la Real Academia en 1884.

Entre los académicos latinoamericanos —tal vez los primeros en percibir la unidad básica de nuestra lengua en toda su diversidad— se hizo común desde Bello el uso de *genio*, para aludir a las características ínsitas de un idioma.

Ingenio aparece desde Nebrija bajo la forma *engeño*, con el sentido de «máquina de guerra» o como la habilidad de inventar «lo que de otri no aprendimos» y se entendió como la habilidad de idear y construir máquinas de guerra. Los constructores de esas máquinas o *engeños* se llamaron *engeñeros*, de donde proviene *ingeniero*.

Algo semejante ocurrió en inglés, lengua en la cual las máquinas de guerra se llamaron *engines* y sus fabricantes, *engineers* «ingenieros».

Genuino

La base prehistórica indoeuropea *genu-*, que significaba «rodilla», no entró en nuestra lengua como nombre de esa parte de la pierna, pero sí está presente en la forma como llamamos al acto de arrodillarse: *genuflexión*, del latín *genu flexio* «doblar la rodilla».

Otra de las palabras derivadas de *genu-* es *genuino*. Proviene de una antigua costumbre de los etruscos, heredada por los romanos, por la cual un padre ponía a su hijo recién nacido sobre la rodilla para expresar que lo reconocía como suyo, o sea, declararlo *genuino*.

Geografía

Las palabras que empiezan con *geo-* provienen, en última instancia, de la raíz prehistórica indoeuropea *ge-* «tierra», que dio lugar en griego a *Gaya* o *Gea*, la

Madre Tierra, hija de Caos, en la mitología olímpica.

En homenaje a la diosa, su nombre se ha convertido en varias lenguas en prefijo para denominar las ciencias que estudian el planeta.

Así, *geografía* se formó con el nombre de *Gea* y el elemento compositivo *-grafía*, que significa «descripción», pues esa disciplina se aboca a la «descripción de la Tierra».

Análogamente, mediante el uso de *gea* y el elemento compositivo *-logía* «tratado», «estudio» o «ciencia», se forma el nombre de la *geología*.

El nombre de la antigua divinidad helénica, madre de Urano, está presente en otras palabras de nuestra lengua y de muchas otras, tales como *geodesia*, derivada de la voz griega *geodaisía*, formada por el nombre *Gaya* y el vocablo griego *daieim* «partir», «dividir», que da nombre a la ciencia que determina la forma y magnitud del globo terrestre.

La *geometría* fue, originalmente, la ciencia que se dedicaba a medir la Tierra y partes de ella, aunque actualmente es «el estudio de las propiedades de las figuras en el plano y en el espacio».

En astronomía, *apogeo* es el punto de la órbita de la Tierra más alejado del Sol, del griego *apógeios* «que viene de la Tierra», formado con el prefijo *apo-*, que indica alejamiento. En sentido figurado, se utiliza hoy como «punto culminante de un proceso».

Perigeo, del griego *perigeios*, es «el punto más próximo a la Tierra de la órbita de un astro o un satélite artificial».

Geranio

El nombre de esta flor proviene del francés *gérания*, vocablo empleado por primera vez en esa lengua en 1545 por el médico francés Guillaume Guérault en la traducción de un libro del botánico alemán Leonhard Fuchs (v. fucsia).

Éste había creado el término *geranium* en el latín botánico, tomándolo del latín clásico *geranium*, que, a su vez, procedía del griego *geranos* «grulla» porque el fruto de la planta guarda semejanza con el pico de una grulla. Del nombre de esta ave procede también el vocablo de origen inglés *pedigrí* (v. pedigrí).

Germanía

En latín, el verbo *gerere* significaba «generar, origina» y dio lugar a *germen*, *germinis*, término que Virgilio y Plinio usaron con la denotación de «germen, brote, pimpollo», y Prudencio empleó con el sentido de «raza, linaje, estirpe».

Pero ya en la época clásica, *germen*, *-inis* se utilizó también con el significado de «prole, descendencia».

El adjetivo *germanus* —derivado de *germen*— significaba «hermano o hermana», denotación que se mantuvo en bajo latín y, con la forma *germano*, en la lengua romance que se hablaba hacia fines de la Edad Media en Valencia.

En tiempos de Quevedo, y hablamos de Castilla, surgió la voz *germanía*, que era definida como «lo mismo que jerigonza», pues era la forma como hablaban los rufianes, *hermanados* en el mal vivir, que buscaban comprenderse entre ellos sin que los entendieran los demás.

Por supuesto que *germanía* no guarda ninguna relación semántica ni etimológica con Germania, nombre que los romanos daban al territorio de la actual Alemania.

Gesto

Según la primera acepción del Diccionario, *gesto* es un «movimiento del rostro, de las manos o de otras partes del cuerpo con que se expresan diversos afectos del ánimo». La palabra proviene del latín *gestus*, participio pasivo de *gerere*, verbo que tenía varios significados, tales como «llevar, traer, hacer, administrar».

El verbo *gerere* dio lugar a numerosas palabras de nuestra lengua con los significados más variados.

Cuando la sangre concurre en gran volumen hacia un vaso o hacia un órgano, se aplica a *gerere* el prefijo latino *con-* «juntos» y se forma la voz latina *congestio*, que dio lugar a *congestión*, palabra que hoy utilizamos también para referirnos a la concurrencia de un gran número de vehículos hacia un punto de la ciudad.

Cuando llevamos los alimentos o bebidas hacia el interior del organismo, nos valemos del prefijo *in-* para formar *ingestio*, que formó en nuestra lengua *ingestión*.

Cuando los alimentos que hemos ingerido son distribuidos hacia varias partes del organismo, aplicamos el prefijo *di(s)-* para formar *digestio*, *digestión* en nuestra lengua.

En ciertas ocasiones, podemos inducir a alguien a hacer algo; pero si no podemos o no queremos ordenar que lo haga, tal vez nos limitemos a *sugerir*. En este caso, aplicamos el prefijo *sub-* para indicar que no estamos *llevando* a esa persona a hacer algo, sino apenas intentando convencerla de que lo haga.

El gerundio de *gerere* es *gerens*, *gerentis* «el que hace», «el que ejecuta», que produjo en castellano *gerente*.

Gigante

Con la sangre derramada por Urano, el dios griego del Cielo, cuando fue mutilado por su hijo Cronos, quedó embarazada la madre de éste, Gea, la Tierra, quien dio a luz a los Gigantes para que ellos cumplieran su venganza.

A pesar de su estirpe divina, los Gigantes eran mortales o, al menos, podían ser muertos por la acción simultánea de un dios y de un mortal. Eran seres enormes, de fuerza invencible y de aspecto aterrador. Tenían una espesa cabellera, una barba hirsuta y sus piernas eran cuerpos de serpientes. Para matarlos, Zeus contaba con la ayuda de Palas Atenea, pero como necesitaba la participación de un mortal, recurrió a Hércules. La lucha fue larga y terrible, pero los Gigantes acabaron exterminados.

La palabra griega *gigas*, *gigantos* pasó al latín como *gigas*, *gigantis* y al francés antiguo como *jayant*, que evolucionó hacia el actual *géant*. De *jayant* provino también el vocablo español *jayán* «persona de gran estatura, robusta y de muchas fuerzas», que apareció en el idioma en tiempos del *Quijote* (1605), aunque *gigante* ya se usaba con su forma actual desde la primera mitad del siglo XIII.

Uno de los trechos del *Quijote* en que se usa *jayán*:

El ermitaño le dijo: —Hermano, no haya más, por caridad; soltad la piedra. Sancho respondió que no quería si primero aquel jayán no se daba por vencido. Llegó al soldado el ermitaño, diciéndole: Señor soldado, este labrador es medio tonto, como ha podido colegir [...].

Gigante se utiliza actualmente no sólo para las personas de gran estatura, sino también para cualquier cosa que exceda en mucho su tamaño normal.

En el siglo XX, surgió en medicina el derivado *gigantismo*, como denominación de un trastorno del crecimiento caracterizado por un desarrollo excesivo del cuerpo. En las últimas décadas, este vocablo fue adoptado también por teóricos liberales para referirse al desarrollo que consideran *excesivo* del Estado, así como el prefijo *giga-* nos llegó —no directamente del griego, sino por intermedio del inglés— para designar cantidades gigantescas, tales como los miles de millones de *bytes*.

Gil, gilipollas

Ambas palabras son de uso vulgar. La primera se encuentra en el habla del Río de la Plata desde comienzos del siglo XX; la segunda es común en España y se

registra desde la primera mitad del siglo pasado.

Ambas provienen del caló *jilí* «tonto», «memo», probablemente influenciado por el nombre propio Gil. En su *Diccionario del lunfardo*, Gobello menciona los aumentativos *gilón* y *gilún*, este último con influencia del genovés, así como los despectivos *gilastro* y *gilastrún*.

En el tango *Cambalache*, de Enrique Santos Discépolo, se dice:

Siglo xx cambalache

problemático y febril

el que no llora no mama

y el que no afana es un gil.

La forma peninsular corresponde a la unión de *gilí*, también «tonto», «memo», con *polla* en su acepción vulgar de «pene». Un ejemplo de su uso lo encontramos en este trecho de Arturo Pérez Reverte en *La reina del sur*:

Entonces él, mentón sin afeitado, ojos enrojecidos de sueño, se rascó el pelo revuelto y le preguntó si estaba loca o se había vuelto gilipollas o qué. Hasta que ella se levantó desnuda de la cama, y tal como estaba sacó su maleta del armario y empezó a meter cosas [...].

El Diccionario de la Academia incluye también el españolismo *gilí*, del mismo significado y origen, aunque sin la marca de vulgarismo que atribuye a gilipollas.

El vocablo caló original *jilí* se deriva de *jil* «fresco» y éste, de *jilar* «enfriar». Muchos etimólogos suponen que la acepción fresco sugirió la idea de «nuevo», y de ahí, la de «cándido, inocente», de donde, «incauto, tonto».

Gimnasia

En la antigua lengua griega, *gymnós* significaba «desnudo». Los atletas competían sin ropas, como podemos apreciar en las esculturas de Praxíteles. La *indumentaria* era la misma de los alumnos y docentes de algunas escuelas de filosofía, como la de los *gimnosofistas*, así llamados porque acudían a clase sin ropa.

Por esa razón, la palabra *gymnasion* se aplicó tanto al sitio usado para la práctica de ejercicios físicos como a algunos lugares de enseñanza.

Gitano

Los gitanos son nómadas dispersos actualmente en pequeños grupos por diversos países de varios continentes, pero es en España donde todavía permanece el mayor contingente de este pueblo que ha ejercido influencia en la lengua, en las costumbres y en la música de los españoles.

La lingüística es la herramienta más importante para rastrear el pasado de los gitanos, en cuya lengua, la romaní, se han encontrado numerosas semejanzas con idiomas indoeuropeos hablados en el noroeste de la India. Los gitanos empezaron a salir de la India con rumbo a occidente a partir del siglo V d. de C., pero las migraciones más numerosas, que los llevaron al Asia Menor y a Grecia, desde donde emprendieron su periplo por Europa, ocurrieron en el siglo XI. Hacia el siglo XVII, se habían establecido en varias regiones del este europeo, en los países escandinavos, en Gran Bretaña y en España.

Por esa época, los gitanos habían olvidado de dónde habían partido sus antepasados; suponían y afirmaban que eran oriundos de Egipto, el último punto que guardaban en su memoria colectiva de ese recorrido de tantos siglos desde otro continente. Por esa razón, en la península ibérica fueron llamados *egiptanos*, un gentilicio que no demoró en convertirse en *gitanos* en castellano y en *ciganos* en portugués.

En Gran Bretaña los llamaron *Egyptians*, pero esa palabra se modificó para convertirse primero en *Gipcyans*, de donde proviene la forma actual *gipsy* o *gypsy*. Idéntico origen tiene el vocablo francés *cigain*, con las diversas variantes que la palabra ha tenido en esa lengua, como *tsigane* y *tzigane*, así como el alemán *Zigeuner*.

Globalización

Se ha dado el nombre de *globalización* a la tendencia de las empresas y de los mercados a extenderse, alcanzando una dimensión mundial que sobrepasa los límites de las fronteras nacionales.

Esta palabra, que hace diez años no figuraba en ningún diccionario, hizo una rápida carrera a partir de los años noventa, con el surgimiento de un mundo monopolar, el auge de las telecomunicaciones y la interdependencia de los mercados, mayor que nunca antes en la historia. Muchos creen que la globalización es un fenómeno surgido en los últimos años del siglo XX; pero para otros no es más que la internacionalización de los mercados que se observa desde la segunda mitad del siglo XIX, ahora expandida al máximo.

Otros afirman que se trata de una mala traducción de la palabra inglesa *globalization*. En efecto, la voz inglesa proviene de *global*, que se traduce al español como «mundial»; de modo que *globalization* no significa otra cosa más que «mundialización», vocablo que habría sido mucho más adecuado en nuestra lengua. Curiosamente, fueron los franceses, en general celosos defensores de su lengua ante la penetración de palabras inglesas, los primeros en sustituir el término *mondialisation* por *globalisation*.

Sin embargo, el sociólogo catalán Manuel Castells prefiere reservar *mundialización* para referirse al proceso de internacionalización del comercio que se inició en el Renacimiento entre los siglos xv y xvii, y el término *globalización* para designar el fenómeno que hizo eclosión en las postrimerías del siglo xx, con la configuración del mundo como un mercado único, en el cual cada fenómeno recibe una respuesta mundial en tiempo real.

Algunos pretenden establecer que la globalización es el aspecto económico de la mundialización, entendida ésta como un fenómeno más general, pero tal discriminación es tan poco útil como escasamente utilizada.

Globalization se formó, pues, a partir de *globe*, aplicado al globo terráqueo, palabra que el inglés tomó del latín *globus* «bola», «esfera». En español, el término ya era usado en tiempos de Cervantes para referirse a la esfera terrestre, como vemos en estas palabras del Caballero de la Triste Figura:

[...] porque de trecientos y sesenta grados que contiene el globo, del agua y de la tierra, según el cómputo de Ptolomeo, que fue el mayor cosmógrafo que se sabe, la mitad habremos caminado, llegando a la línea que he dicho.

Glorieta

En el siglo xii, hubo en París un palacio que se llamó *Gloriette*. Más tarde, por influencia del sufijo *-ette*, que en francés sugiere diminutivo, se aplicó a pequeñas habitaciones bellamente decoradas y, por último, a un espacio semiabierto en jardines, generalmente cubierto de plantas trepadoras.

Glorieta aparece registrada por primera vez en español en 1607, en el *Tesoro de las dos lenguas francesa y castellana*, de Oudin.

Gobernar

Procede del latín *gubernare* «dirigir un navío» y éste, del griego *kybernaein*, con el mismo significado, palabra que también está en el origen de cibernética (v.

cibernética).

Para poder llevar su nave a buen puerto, el timonel debe adoptar decisiones complejas, teniendo en cuenta numerosos parámetros simultáneamente, por lo que su profesión se parece un poco al funcionamiento de una computadora, pero también a la tarea de dirigir una nación.

La palabra gobernar consta en los escritos de Berceo:

Era un ladron malo que mas quería furtar,
Que ir a la iglesia nin a
puentes alzar: Sabia de mal porcalzo su casa gobernar,
Uso malo que priso non lo podie dejar. (Milagros de Nuestra Señora).

Gobierno aparece por primera vez, ya con su significado actual, en el *Libro del buen amor* (1330), del Arcipreste de Hita y, por si sirve de consuelo, digamos que *desgovernar* ya se usaba en 1495 y *desgobierno*, en 1717.

Gol

El objetivo del fútbol o balompié es, como se sabe, introducir el balón tantas veces como sea posible en la meta custodiada por el equipo rival y evitar que éste lo haga en la nuestra. La propia meta de cada equipo se llama *gol*, palabra proveniente del inglés *goal* «meta», «objetivo». Sin embargo, por extensión, también se llamó *goal* —y en nuestra lengua, *gol*— al acto de introducir la pelota en la valla adversaria.

En español, sin embargo, *gol* es menos empleado que en inglés como equivalente de meta; se prefieren indistintamente las palabras *meta*, *arco*, *valla* y *portería* para designar el lugar que, entre tres maderos, es cuidado por el portero, mientras que *gol* se reserva más bien para el acto de vencer al guardameta introduciendo el balón en ese espacio de 7,32 m de largo por 2,44 m de alto. El vocablo inglés se usaba en el siglo XVI en textos de esa lengua para denominar la línea de llegada de una carrera.

Subsisten algunas dudas sobre la historia anterior de este término. En un texto británico del siglo XIV aparece en inglés *gol* con el significado de «límite», palabra que algunos etimólogos vinculan con *goelan*, un vocablo del inglés arcaico que significaba «obstáculo», denotación no demasiado alejada de la noción de «límite» y aun de la de «meta1».

Golfo

El delfín es un cetáceo de dos y medio a tres metros de largo, que se alimenta de peces. La etimología de su nombre está estrechamente vinculada a la de *golfo*,

como veremos.

En efecto, *golfo* proviene del latín *colphus*, que significaba «ensenada grande» y éste, del griego *colpos*, que se refería al «seno de una mujer». Se desconoce cómo *golfo* llegó al castellano, aunque se supone que fue a través del catalán, después de haber pasado por el italiano y el francés.

Al menos en España, *golfo* significa también «pilluelo, vagabundo», por derivación del antiguo *golfin* «salteador», «facineroso», «bribón». Se cree que esta denotación proviene del nombre del cetáceo que hoy conocemos como *delfín*, del latín *delphinis*, que en la Antigüedad era temido por pescadores y navegantes, por tratarse de un carnívoro que suele saltar fuera del agua en actitud que se consideraba amenazadora.

Con un mayor conocimiento de este animal marino, que hoy ha conquistado fama de simpático, amable e inteligente, tales temores parecen infundados, pero lo cierto es que los antiguos equiparaban a los delfines con salteadores y los llamaban *golphins*, probablemente por contaminación con *golfo*. Esta confusión del nombre del cetáceo con el del accidente geográfico ocurrió en varios dialectos ibéricos, al punto de que en portugués la palabra para delfín es, aún hoy, *golfinho*.

Google

Los artífices del popular sitio de búsqueda de la Internet fueron a buscar un nombre para su iniciativa en la historia reciente de la matemática y lo hallaron en la palabra *googol*, creada en 1930 para designar un número formado por 1 seguido de cien ceros.

El matemático estadounidense Edward Kasner pensó que sería bueno contar con un nombre para un número tan grande y le pidió a su sobrino de nueve años que inventara uno, con la promesa de que mucha gente lo usaría. El niño propuso *googol*, que desde entonces fue ampliamente empleado por los matemáticos en todas las lenguas. Kasner contó luego que su sobrino le sugirió más tarde un nombre para un número inimaginablemente más grande: un 1 seguido de un *googol* de ceros, que se llamaría *googleplex*.

La empresa Google confirma que su nombre se inspira en la palabra inventada hace casi ocho décadas y precisa que este neologismo «refleja la misión de la compañía de organizar la inmensa cantidad de información disponible en la web y en el mundo».

Gordiano, nudo

Una antigua leyenda griega cuenta que Gordias, rey de Frigia, había ofrendado su carro a Zeus en agradecimiento por haberle concedido el trono. El carro quedó guardado en la fortaleza de la ciudad, atado por una cuerda con un nudo tan complicado que nadie podía deshacerlo.

Se había prometido el imperio de toda el Asia a quien lograra desatarlo, pero aun así el nudo permaneció invicto hasta que Alejandro, el joven hijo de Filipo de Macedonia, llegó a Frigia. Cuando se le planteó el desafío del nudo gordiano, el joven conquistador desenvainó su espada y lo cortó de un solo golpe.

En el español de hoy, llamamos *nudo gordiano* a toda dificultad insoluble o para la que parece no haber solución.

Gorila

Es el mayor y más poderoso antropeide: los machos pueden alcanzar 1,70 m y hasta 200 kg de peso, las hembras, 1,40 m. Su hábitat es la región noroccidental del África. El nombre de este animal se usa en muchos países para designar a los altos oficiales militares golpistas y, en algunos casos, a los militares y guardaespaldas en general.

En el siglo V antes de nuestra era, un navegador fenicio llamado Hanón condujo una expedición de unos treinta mil colonos por el norte de África, hasta Sierra Leona y Camerún. Narró haber visto desde su barco una tribu de individuos enormes, negros y muy peludos a los que denominó *gorillai*, término derivado del griego *gorgós* «terrible», «violento», según aparece en la traducción griega del relato.

En 1847, el misionero y naturalista estadounidense Thomas Savage usó el término griego empleado por Hannón, *gorrilla*, para designar en inglés a este mono africano, que, muy probablemente, corresponde al de los *terribles melenudos* descritos por el cartaginés veinticuatro siglos antes. La palabra *gorila* fue registrada por primera vez en nuestra lengua en 1884.

Gozo

Para los romanos *gaudium*, *-ii*, significaba «goce, alegría, satisfacción, regocijo». Terencio decía *lacrimare gaudio* para denotar «llorar de alegría», y Cicerón, *gaudiis exultare* con el sentido de «estar desbordante de alegría».

En las lenguas romances, el diptongo latino *au* con frecuencia se convirtió en *o*. Esto es más evidente en francés, lengua de ortografía más tradicional, en la que se sigue escribiendo *au* pero se pronuncia *o*. Por otra parte, el grupo latino *di* se ha convertido regularmente en *z* en castellano.

Las principales acepciones de *gozo* en nuestra lengua son: «sentimiento de complacencia en la posesión, recuerdo o esperanza de bienes o cosas apetecibles» y «alegría del ánimo». En algunos países, *gozar* es también «bromear con alguien burlándose amistosamente de él» y también «experimentar un orgasmo».

Gracia

En su primera acepción, designa «la cualidad o conjunto de cualidades que hacen agradable a la persona que las tiene». En el tiempo de nuestros abuelos, se solía decir ¿cuál es su gracia? para preguntar ¿cómo se llama usted? Esta costumbre proviene de la ceremonia del bautismo de los católicos, por la cual el individuo se torna cristiano y, según predica la fe religiosa, recibe la gracia de Dios y, junto con la gracia, el nombre.

La palabra latina *gratia* es un derivado de *gratus* «grato», «agradecido».

Gramática

Esta palabra proviene del griego *gramma*, que se usaba para designar las letras del alfabeto.

En una época en que la mayoría abrumadora de la población estaba formada por analfabetos, el misterioso arte de la escritura era conocido y dominado por muy pocos y considerado por la mayoría como una técnica de secretos inalcanzables y mágicos.

A partir de *gramma*, cuyo radical es el mismo de *grapho* «escribir», los griegos formaron *grammatiké*, un adjetivo que llevaba sobrentendido el sustantivo *techné* «arte o ciencia» y que significaba, por tanto, «arte o ciencia de las letras».

Granate

El color a veces llamado *bordó*, por calco semántico del francés *bordeaux*, se denomina *granate* en español. Esta palabra, derivada del provenzal *granat*, se formó a partir de su semejanza con el color de los granos de la granada (fruta). Tanto el nombre de la fruta como el de la palabra provenzal provienen del latín *granatum*.

El vocablo francés tomó su nombre del de la ciudad vinícola francesa de Burdeos (en francés *Bordeaux*, pronunciado *bordó*) y alude al color rojo oscuro del vino de esa región.

En el Diccionario de la Academia Española, *burdeos* figura como equivalente a

ese color; se trata de un españolismo, puesto que en los corpus del idioma no aparece con ese significado fuera de España.

Gravedad

Las acepciones que rezan en el Diccionario son: «fuerza que sobre todos los cuerpos la Tierra ejerce hacia su centro, atracción universal de los cuerpos en razón de su masa, y —fuera del ámbito de la Física— compostura y circunspección, y grandeza e importancia».

Cuando la anecdótica manzana cayó al lado del joven Isaac Newton y lo llevó a formular la ley de la gravitación universal, se alteró radicalmente la concepción humana del universo y adquirió nueva importancia la palabra *gravedad*, cuyo origen se remonta a tiempos prehistóricos.

Gravedad proviene del latín *gravitas*, formado a partir del adjetivo *gravis* «pesado», «importante». Ambos vocablos nos retrotraen a la raíz *gru-* del antiguo tronco prehistórico indoeuropeo, de donde se deriva también la voz griega *barus* «pesado», que entre otros vocablos dio origen a *barítono* (v. *barítono*) «de voz grave». En sánscrito —la milenaria lengua sagrada de los brahmanes— se formó la palabra *gurú* «grave», «solemne» (v. *gurú*), también a partir de la raíz indoeuropea *gru-*, para designar a los respetados maestros espirituales y jefes religiosos del hinduismo.

Casi todas las lenguas europeas modernas cuentan con vocablos semejantes a la voz española *gravidez*, procedente del mismo tronco lingüístico, para designar el «embarazo de la mujer».

Gringo

Muchas historias interesantes se han contado sobre el origen de esta palabra. Una de ellas narra que *gringo* surgió del sistema de señales de los trenes ingleses, cuando éstos fueron instalados en México, sistema en el cual la luz verde indicaba que el paso estaba abierto: *green go* (verde: ir). En otra versión se afirma que, cuando los norteamericanos, invadieron México en 1847 vistiendo sus uniformes verdes, los nativos —que al parecer dominaban el inglés— los rechazaban gritando: «¡Green go!» («¡Váyanse, verdes!»).

Sin embargo, estas etimologías son falsas. *Gringo* aparecía ya en el diccionario de Esteban de Terreros, publicado casi un siglo antes de que los norteamericanos invadieran México, once años antes de la independencia de Estados Unidos y sesenta años antes de que George Stevenson hiciera circular el primer ferrocarril en Gran Bretaña.

¿De dónde viene, entonces, *gringo*? En la Edad Media, existía la costumbre de mencionar las locuciones en latín acompañadas de su versión en griego, pero en cierta época, la Iglesia católica determinó que la comprensión de la lengua de Aristóteles no era necesaria para la erudición católica. A partir de ese momento, el griego fue considerado un idioma extraño y, como tal, símbolo de cualquier habla incomprensible. En latín medieval, surgió la expresión *graecum est, non potest legi* (es griego, no se puede leer) para referirse a cualquier lengua extranjera. En el segundo tomo del *Quijote* se dice:

[...] esto para los labradores era hablarles en griego o en gerigonça.

En el ya mencionado diccionario de Esteban de Terreros se explica así:

gringos llaman en Málaga a los extranjeros, que tienen cierta especie de acento, que los priva de una locución fácil y natural castellana, y en Madrid dan el mismo nombre con particularidad a los irlandeses.

En América el vocablo se popularizó con variantes: en México, casi exclusivamente para referirse a los estadounidenses; en el Río de la Plata se aplicó en la primera mitad del siglo XX a los italianos, aunque hoy se tiende a usarlo para denominar también a los norteamericanos.

Según Corominas, la alteración fonética de «griego» a «gringo» se habría procesado en dos tiempos: primero, de *griego* a *grigo*, una reducción normal en castellano, y más tarde, de *grigo* a *gringo*.

Gripe

La gripe es la más común de las enfermedades virales y, aunque algunas de sus cepas pueden resultar mortales, se la considera una dolencia benigna. La palabra está registrada desde 1897 en nuestra lengua, a la cual llegó procedente del francés *grippe*, del verbo *gripper* «tomar», «asir», «coger» y éste, del franco *grîpan*, que proviene, a su vez, del germánico *greifen*. En el siglo XVIII, la *grippe* era definida en publicaciones francesas como una «enfermedad que se apodera de uno bruscamente».

En español, la palabra *gripe* aparece sólo en el siglo XIX, como en este texto de José María de Pereda, escrito en 1870:

No hay contusión, descalabro ni tizne que su cuerpo no conociera prácticamente; pero jamás en él hicieron mella el sarampión, la alfombrilla, la gripe, la escarlata ni cuantas plagas afligen a la culta infantil humanidad.

En algunos países de América, se usa la forma *gripa*.

Gritar

Quiritas fue el nombre que los romanos dieron a los sabinos, un pueblo itálico que vivía en la colina del Quirinal, situada al este del Tíber, cuya religión ejerció gran influencia sobre las costumbres de Roma. El gentilicio de este pueblo y el nombre de la colina representaban un homenaje a su dios de la guerra, Quirino.

Cuenta una leyenda que los hombres de Rómulo raptaron a las mujeres sabinas, lo que provocó una guerra que duró largos meses hasta que las víctimas aparecieron sobre el campo de batalla con sus niños recién nacidos, hijos de los romanos, lo cual dio lugar a la reconciliación entre ambos pueblos. A partir del siglo III a. de C., los sabinos pasaron a formar parte de la sociedad romana como ciudadanos influyentes.

Tan poderosos eran que, en el siglo I a. de C., el historiador romano Marco Terencio Varrón aseguraba que después de la integración de los sabinos a la sociedad romana había surgido en la ciudad la expresión *pedir ayuda a los quiritas*, que con el tiempo quedó resumida en el verbo *quiritare*.

Quiritare fue adquiriendo el significado de «gritar por socorro» y, en el latín vulgar de la Edad Media, se convirtió en *critare*, que llegó al español como *gritar*.

Este vocablo latino de tan singular historia ha permanecido en otras lenguas romances, como en el francés *crier* y en el italiano *gridare* y, además, a partir del francés, llegó al inglés como *to cry*, con el mismo significado.

Gruta

Palabra oriunda del napolitano antiguo o del siciliano *grutta*. Aparece registrada por primera vez en nuestra lengua en 1433 por el marqués de Santillana (1398-1458). Esta voz, que también figura en italiano desde el siglo XV, proviene del latín vulgar *crupta* (latín clásico *cripta*) y ésta, del griego *krypte* «bóveda subterránea», sustantivo formado a partir de *kryptein* «ocultar». Corominas señala que la palabra española *cripta* no siguió el mismo camino, sino que llegó a nuestra lengua por vía culta en 1575, tomada directamente del griego.

Sin embargo, ya había sido usada más de un siglo antes por Juan de Mena, en su *Laberinto de fortuna* (1444):

[...] E ya me temía, fallándome reo,

non me conteçiese como a Polifemo,
que desque çiego en la gruta de Lemo
ovo lugar el engaño ulixeo.

Debido a su sentido de «oculto», la palabra griega dio origen también a *críptico* «aquello que debe ser descifrado para poder ser leído»; de donde se derivaron palabras modernas, como *criptografía*, *criptográfico*, etcétera.

Krypto dio lugar también a *apókryphos* «secreto, que no se lee públicamente en el templo», (de donde surge el sentido de «no auténtico» aplicado a algunos libros de la Biblia) y que, a mediados del siglo xv, sirvió para formar la voz castellana *apócrifo*.

Guardia

Los guerreros germánicos protegían sus campamentos apostando vigías o centinelas que llamaban *wardja*, palabra derivada del germánico prehistórico *wardon* «seguir con la vista», «vigilar», «prestar atención».

En italiano, *wardja* dio lugar al verbo *guardare* «mirar» y en francés, a *regarder* «mirar», así como en inglés a *to guard*, del mismo significado.

En castellano, dio origen a *guardar*, así como a *guardia*, *guardián* y *vanguardia* (v. *vanguardia*) entre otros.

Guatemala

Los políticos suelen recurrir con frecuencia a la expresión *salir de Guatemala para caer en Guatepeor*, con el significado de salir de una situación que ya no es muy buena para caer en otra peor aún. La frase es injusta con el país centroamericano, que no sólo es mejor que la imaginaria Guatepeor —como en el propio dicho se admite—, sino que es, además, un país de enorme belleza natural, clima tropical cálido y costas bañadas por el Pacífico y el Caribe, con un pueblo afectuoso y acogedor.

En el nombre del país no hay ningún mal, como el dicho insinúa: se lo dieron los conquistadores al españolizar la expresión náhuatl *Quauhtemallan*, que en esa lengua hablada por los aztecas significa «territorio muy arbolado». En efecto, Guatemala es tierra de grandes bosques, cuna de la civilización maya, una cultura americana que se destacó por sus vastos conocimientos de astronomía.

En México y en Centroamérica, aún hoy hablan el náhuatl un millón y medio de personas, la gran mayoría de las cuales también emplea el español.

Guerra

«Desavenencia y rompimiento de la paz entre dos o más naciones. Lucha armada entre dos o más naciones o entre bandos de una misma nación. Lucha o combate, incluso en el terreno moral», según la definición de la Academia.

La guerra, amenaza siempre presente en las sociedades humanas de todos los tiempos, tomó su nombre en español del germánico *werra* «pelea», de donde también procede la voz alemana *wirren* «desórdenes», «disturbios». La palabra está presente en todas las lenguas romances, además del inglés *war*, adonde parece haber llegado a través del francés normando *werre* y del holandés *war*.

Corominas observa que este vocablo nunca había tenido en los idiomas germánicos originales el siniestro significado que hoy le atribuimos y que, según él, debe provenir del bajo latín, de donde pasó al árabe hispánico y africano *gérra*. En inglés el vocablo era conocido con su significado actual por lo menos desde 1119, bajo las formas arcaicas *wyrre* y *werre*.

Guerrilla apareció en 1535, usada por Fernández de Oviedo, pero se generalizó a partir de Moratín, que en 1808 narra la resistencia opuesta en España a las tropas invasoras de Napoleón. No obstante, ese tipo de guerra desarrollada por pequeños grupos de gran movilidad era mucho más antigua. Ya había sido practicada en el siglo XIV por los franceses al mando del condestable Bertrand Duguesclin, en la guerra de los Cien Años. En el siglo XX, la guerrilla fue la forma de lucha militar preferida por la resistencia antinazi de los partisanos en los Balcanes, de los maquis en Francia y en la posguerra civil española, como asimismo por los rebeldes de la izquierda armada latinoamericana.

Guillotina

No es verdad que el doctor Guillotin inventara la guillotina y, mucho menos, que lo ejecutaran mediante ese mortífero dispositivo. En los años turbulentos del Terror que siguieron a la Toma de la Bastilla, muchos franceses perdieron la vida decapitados por la guillotina de los revolucionarios, pero este método de ejecución no era tan original como suele creerse; ya había sido ensayado un dispositivo parecido doscientos años antes en Italia, bajo el nombre de *mannaia*. La guillotina, tal como se puso de moda en Francia durante la Revolución, fue inventada por los herreros Schmidt y Clairin, y probada con unos carneritos por el doctor Louis, quien luego se la ofreció a la recién creada Asamblea Nacional. En 1789, en los primeros días de la Revolución, Guillotin sugirió que todos los reos fueran ejecutados mediante el mismo método, desde un villano ladrón hasta la propia María Antonieta. La Asamblea Nacional aprobó la idea en 1792 y miles de cabezas rodaron desde entonces durante varios años. Pero Guillotin

murió en 1814, en su casa, con la cabeza firmemente unida al pescuezo y lamentando hasta el último de sus días que el siniestro instrumento hubiera pasado a la historia con su nombre.

Guitarra

Proviene del árabe *kitara*, que se originó a su vez en el griego *kithara*, el nombre de la cítara. Directamente del árabe fueron asimismo tomados el portugués y el catalán *guitarra*, y de este último se deriva el provenzal *guitara*, así como el italiano *chitarra*, ya usado en el siglo xv, aunque también se encuentran por esa época *quintara* y *chitera* en diferentes dialectos italianos.

En todo caso, la guitarra se tocaba desde muy antiguo, principalmente en España, según se encuentra documentado desde el siglo xiii en textos e íconos. Por esa época, se conocían dos tipos de guitarras: la latina y la morisca o sarracena. La primera, de caja chata, es la precursora de la guitarra moderna, mientras la segunda, de caja redondeada y más parecida al laúd, fue introducida en España por los invasores árabes.

En la Edad Media, en España se llamaba *vihuela* «de viola» a todos los instrumentos de cuerdas ajustables con clavijas, ya fueran tocados por arco, *vihuela de arco*, o con los dedos, *vihuela de mano*.

La guitarra moderna adquirió una nueva dimensión con la obra del músico español Francisco Tárrega (1854-1909), quien innovó en la posición de las manos y en el modo de pulsar las cuerdas, además de adaptar al instrumento obras de Bach, Mozart, Beethoven, Chopin, Schumann y Albéniz.

Gurú

En el hinduismo, gurú es un maestro o guía espiritual. La palabra proviene del sánscrito *gurús* «grave», «solemne», «pesado», por oposición a *laghú* «liviano», «ligero».

En el marco del hinduismo este vocablo es empleado por los adeptos por lo menos desde el siglo ii d. de C., con el mismo significado con que lo utilizamos hoy.

En Occidente, el sentido de esta palabra se ha extendido en la segunda mitad del siglo xx para denominar a un especialista en una materia específica o a todo aquel que tiene sus seguidores.

Es falsa la etimología según la cual *gurú* estaría formado por las palabras sánscritas *gu* «oscuridad» y *ru* «luz».

H

Habeas corpus

Este sintagma del lenguaje jurídico proviene de la expresión latina *habeas corpus ad subiiciendum* «que tengas tu cuerpo para mostrar», «que tu cuerpo sea mostrado», y se emplea para denominar el derecho de un ciudadano que está preso a comparecer en forma pública e inmediata ante un juez, para que este resuelva si su detención fue legal y si debe ser puesto o no en libertad.

La primera vez que se empleó esta expresión fue en la Carta Magna arrancada por los nobles ingleses al rey Juan Sin Tierra en 1215, por la cual la soberanía pasó del monarca a la nobleza, que se constituyó en una organización que perdura hasta nuestros días con el nombre de Cámara de los Lores.

En la Carta Magna se establecía que ningún hombre libre podría ser detenido, preso, ni desposeído de sus propiedades sin una ley previa que justificase tales actos. Según el texto de la Carta Magna, «Nadie puede ser castigado de ninguna manera sino por sentencia legalmente pronunciada contra él, por sus iguales o pares, según la ley del país. A nadie debe rehusar el Rey pronta justicia, la que no podrá ser vendida a persona alguna».

A pesar de que todo indica que *habeas corpus* nació allí, el principio jurídico en el cual se basa ya existía en el derecho romano, en el recurso conocido como *Interdicto de homine libero exhibendo* «recurso de mostrar al hombre libre», expresado en la fórmula *Quem liberum dolo malo retines, exhibeas*, que se aplicaba a todo particular que restringiera la libertad de un hombre que tuviera derecho a ella, para que lo presentara de inmediato ante el pretor, quien decidiría al respecto.

La locución *habeas corpus* ha sido castellanizada e incluida en el Diccionario de la Real Academia, por lo que se debe escribir con tilde, de acuerdo con las normas de nuestra lengua.

Hacienda

Es el nombre de un establecimiento rural y también del conjunto de bienes que alguien posee. Además, se denomina así a la Secretaría de Estado que se encarga de la administración del dinero público —Ministerio de Hacienda—, aunque en las últimas décadas se afirmó la tendencia a llamarlos de Economía y Finanzas.

El vocablo entró muy tempranamente al castellano (hay registros desde comienzos del siglo XII), con el sentido de «asuntos, ocupación», de donde algunos siglos más tarde pasó a denotar «propiedades y administración de éstas». En América, no tardó en aplicarse a la propiedad de rebaño vacuno y ovino.

El vocablo castellano se originó en el latín *facienda*, plural neutro del gerundivo de *facere* «hacer», con el significado de «las cosas pendientes de hacer», y pasó al italiano como *azienda* y al catalán como *hicenda*.

Halloween (pronunciar *jalouín*)

Por fuerza de la mundialización, tradiciones heredadas de esta antiquísima fiesta de origen celta se están extendiendo tan rápidamente en los países hispanohablantes que vale la pena echar una ojeada a su origen, por más que *halloween* no sea una palabra de nuestro idioma.

En la Antigüedad, en Bretaña, Escocia e Irlanda, se festejaba la fiesta de *Samhain* el 31 de octubre, último día del año en los antiguos calendarios celtas y anglosajones. En esas ocasiones, se encendían grandes hogueras en lo alto de las colinas para ahuyentar a los malos espíritus, y se creía que las almas de los muertos visitaban sus antiguas casas, acompañadas de brujas y de espíritus.

Con la llegada del cristianismo, se estableció el primero de noviembre como Día de Todos los Santos, y el 31 de octubre pasó a llamarse en inglés *All Saints' eve* (víspera del Día de Todos los Santos) o también *all Hallows' eve* y, más recientemente, *Hallows' eve*, de donde derivó *halloween*. *Hallow* es palabra del inglés antiguo, significa «santo» o «sagrado» y, como el moderno vocablo *holy*, proviene del germánico *khailag*.

Muchas de las tradiciones de *halloween* se convirtieron en juegos infantiles que los inmigrantes irlandeses llevaron en el siglo XIX a los Estados Unidos y, desde allí, se han extendido en las últimas décadas por el mundo hispánico.

Hamburguesa

En la apacible ciudad de Hamburgo, en el norte de Alemania, las hamburguesas no se consideran una comida de origen local, sino una moda procedente de los Estados Unidos y, por tal razón, se llaman con su nombre inglés: *hamburger*.

En realidad, el bife hecho con carne molida y huevo fue creado a comienzos del siglo XVIII por marineros alemanes, precisamente en el puerto de Hamburgo. Desde allí, los emigrantes que partieron dos siglos más tarde lo llevaron hasta los Estados Unidos, sobre todo hasta Nueva York, donde surgió la costumbre de hacer con él un emparedado que se llamó *hamburger* en el Nuevo Mundo. Y fue

con este nombre que el antiguo bife de los marineros de Hamburgo volvió a Alemania, como un emigrante que retorna triunfal a su país natal con otro nombre y con nuevas ropas.

En los países anglohablantes, esta etimología fue desconocida durante mucho tiempo, pues se creía que la sílaba *ham*, que en inglés significa «jamón», se refería a este producto porcino. A pesar de que las hamburguesas no llevan jamón, esa creencia se vio favorecida por los nombres de otros emparedados semejantes que se difundieron desde los Estados Unidos, tales como el *cheeseburger* o el *eggburger*.

Harén

Mahoma escandalizó a sus contemporáneos cristianos con la legalización de la poligamia, una práctica que tenía motivaciones políticas y económicas en el mundo árabe. Los árabes que estaban en condiciones de mantener hasta cuatro esposas pudieron, desde la legalización de Mahoma, convivir con ellas en la misma casa con la aquiescencia del Corán. En la práctica, el límite establecido por el libro sagrado del Islam no se respetó, y se conocen casos de jeques y sultanes que tuvieron en sus harenes docenas de esposas.

Por esa razón, las viviendas de los musulmanes de clase alta cuentan con un sector destinado a las esposas y concubinas: el harén. La palabra proviene del francés *haram* y ésta, del árabe *harim*, tomada del verbo *harama* «prohibir» y del sustantivo *harmatan* «el prohibido», nombre que se aplica al seco y arenoso viento del Sáhara. Este significado original pasó en árabe al de «mujeres que no pueden ser vistas por hombres que no son de la familia» y, por extensión, al lugar de la casa donde ellas están.

El primer documento conocido en castellano en que se encuentra este vocablo data de 1837 y fue escrito por el periodista y escritor español Mariano José de Larra. En español, existe el sinónimo «serrallo», voz tomada del italiano *seraglio*, con el mismo significado, que procede, a su vez, del vocablo turco de origen persa *serai*, que significa tanto «residencia» como «alojamiento» o «burdel».

Hebilla

Al ajustar la hebilla del cinturón, no se nos ocurre pensar que los romanos ya usaban esa palabra bajo la forma *fibula*, empleada para denominar una especie de broche o hebilla que utilizaban para sujetar sus ropas, lo que explica el cultismo *fibula*, que subsiste aún hoy en castellano. El vocablo había adoptado en latín vulgar la forma *fibella* y en 1258 aparecía como *fiviella*. En portugués

esta voz se mantuvo más fiel al latín, con *fivela* «hebilla» y el verbo *afivelar* «ajustar una hebilla».

Helio

El nombre de este gas noble de número atómico 2 se deriva del que designa al sol en griego, *elios*. Es escaso sobre la corteza terrestre, pero abunda en ese astro y en el espacio cósmico. Es la fuente de la energía solar: debido a las altas presiones que sufre en esa estrella, los átomos de hidrógeno se fusionan dando lugar a átomos de helio. Los científicos calculan que cuando el helio haya llegado al ocho por ciento del volumen total del sol, las reacciones de fusión cesarán, y el astro se dilatará primero hasta alcanzar un volumen que envolverá la órbita de Mercurio y, finalmente, se apagará, determinando así el fin de la vida en todo el sistema solar. La buena noticia es que esto ocurrirá dentro de ocho millones de años.

El helio —que ocupa el segundo lugar por su abundancia en el sistema solar— fue descubierto de forma independiente en 1868 por el investigador francés Pierre Janssen y por el inglés Norman Lockyer.

Por su condición de gas inerte o noble se utiliza para llenar el bulbo de las lamparillas incandescentes y los globos aerostáticos.

Hemorragia

Llámase así el flujo de sangre que corre debido a la ruptura de un vaso. La hemorragia será venosa si el vaso roto es una vena o será arterial si se trata de una arteria. En el primer caso, la sangre es de tonalidad oscura y va hacia los pulmones para recibir oxígeno; en el segundo, se trata de sangre de un rojo vivo y viene de los pulmones para distribuir oxígeno en los tejidos de todo el cuerpo.

La palabra proviene del latín *haemorrhagia*, tomada del vocablo griego *haimorrhagia*, formado con *haima* «sangre» y un derivado del verbo *rhegnunai* «romper», «reventar», «derramar».

En nuestra lengua abundan las palabras derivadas de *haima*: *hemoglobina*, *hemólisis*, *hemorroide* y muchas otras, en su mayoría del área médica, pero también ajenas a ella, como *hematina*, un tipo de mineral de hierro que significa, literalmente, «sangre que parece piedra».

Heraldo

Proviene del francés *heraut*, derivado del vocablo franco *heriald*, que significaba «el que dirige el ejército», formado por *heri* «ejército» y *waldan* «ser

poderoso», esta última enraizada en el indoeuropeo *wald-* «ser fuerte». Esa palabra puede ser hallada en antiguos textos de Escandinavia, como *Haraldr*, y de la Baja Alemania, con la forma *Heriold*. Sin embargo, las actuales *Herold* del alemán y *herald* del inglés se difundieron a partir del francés, como ocurrió, por otra parte, con esta palabra en todas las lenguas romances.

En su *Diccionario español-latino*, Nebrija registraba *faraute*, ya que el castellano, en aquella época, cambiaba por una *f* la *h* aspirada que existía en francés. El diccionario de Nebrija se ocupa de *faraute de lenguas*, que es el nombre más antiguo en español de la profesión de intérprete, un significado que proviene del hecho de que el faraute había sido, en cierta época, un mensajero de guerra que necesitaba conocer otras lenguas para comunicarse con el enemigo o con aliados de otras tierras. Con ese sentido figura en este texto extraído de la obra anónima *La vida y obras de Estebanillo González*, de 1646:

Sirvióme a mí de padrino mi faraute Garci Ramires, y a el retador otro estudiante, camarada suyo. Pusiéronnos una mesa y encima della dos vasos pequeños, para que empezásemos nuestra batalla; y dos pipas y un papelón de tabaco picado, [y] un candelero con una vela encendida, para que se entretuvieran los padrinos mientras durase la refriega.

En Covarrubias, el faraute era también el actor que hacía la presentación al comienzo de una comedia; pero la palabra no demoró en derivar hacia acepciones peyorativas, pues se convirtió de mensajero en «alcahuete» y en «criado de prostitutas». En italiano, la palabra tuvo una trayectoria similar y se convirtió en *farabutto*, con el sentido de «holgazán o bellaco», de donde pasó al lunfardo rioplatense como *farabute*, con el mismo significado.

Pero mientras faraute seguía esos derroteros, la forma *heraldo* continuaba su propio camino en español y designaba al militar que marchaba al frente del ejército portando escudos y blasones, como en esta traducción de *Orlando Furioso*, publicada en 1549:

Un hielo cada moro se volvía,
y cualquier escocés la llama pura:
cada cristiano el brazo parecía
de Renaldo tener, y lanza dura.

Sobrino con su gente arremetía,
sin esperar heraldo o más ventura:

aquesta es la mejor de las mejores
de capitanes de armas y señores.

De heraldos como éste, que erguían el blasón de su rey para comandar el ataque, nació en francés el nombre *heráldica*, que en nuestra lengua designa el «arte de los blasones». Curiosamente, en ese ir y venir que aparece con tanta frecuencia en la historia de las palabras, la voz francesa *heraldique* se formó a partir del latín medieval *heraldus*, originado, a su vez, en el francés *héraut*.

Herir

Entre los romanos, *ferire* significaba «golpear a alguien con un objeto». Fue con ese sentido que la palabra entró en el diccionario de Nebrija, pero la consecuencia tomó, posteriormente, el nombre de la causa, y *herir* pasó a usarse con el sentido de «causar una herida».

Además, a lo largo del tiempo, fue dando origen a una numerosa familia de palabras en la que se cuentan *herida*, *herido*, *hiriente* y *zaherir*.

La historia de esta última no deja de ser llamativa: la empezó a usar Berceo en sus poemas piadosos con la forma *façerir* y apareció en el Fuero Juzgo como *fazfirir*, un vocablo compuesto de *faz* «rostro», «cara» y «herir» como «golpear», o sea que el compuesto significaba «golpear a alguien en la cara». Más tarde, *façerir* se convirtió en *hacerir* y luego, por metátesis,^[9] en *zaherir*, con el sentido metafórico de «echar en cara, reprochar».

Hermenéutica

Es el arte de interpretar textos.

Los griegos llamaban *hermenéus* a quienes oficiaban de intérpretes o traductores de cualquier lengua o de explicadores de cualquier disciplina. A partir de los *hermenéus* se formó el adjetivo *hermeneuticós* «relativo a la interpretación», que en nuestra lengua dio lugar al sustantivo *hermenéutica*. Se aplicó al comienzo a la interpretación de la Biblia; más tarde, y en sentido más amplio, a la interpretación del fenómeno religioso como un todo, de las teorías filosóficas del significado y de la comprensión, incluso a la interpretación de los textos literarios.

En los siglos XIX y XX, la hermenéutica alcanzó el estatus de sistema filosófico, merced a los trabajos de Wilhelm Dilthey, Edmund Husserl y Martin Heidegger.

Hermético

La alquimia era una técnica elaborada en la Edad Media con la que se buscaba descubrir una sustancia que convirtiera todos los metales en oro y en plata, y que tornara eterna la vida humana.

A pesar de tratarse de una creencia ilusoria y acientífica, la alquimia sirvió de base para el surgimiento de la química (v. química).

Si bien las ideas de los alquimistas se desarrollaron desde Aristóteles y a lo largo de muchos siglos, sus técnicas fueron atribuidas a un personaje egipcio de existencia dudosa, Hermes Trismegisto, quien habría inventado un sello impenetrable al aire, obtenido por fusión de la materia de la que está constituido el vaso. Este procedimiento fue conocido como *cerramiento de Hermes* o *cerramiento hermético*.

Héroe

La veneración y el respeto a los héroes se cuentan entre las tradiciones más antiguas de la humanidad. Los primeros ejemplares del *homo sapiens* temían y respetaban a los más fuertes y a los más ancianos, que en aquella época podían llegar a los treinta años. Los pueblos prehistóricos indoeuropeos llamaban *seros* a aquellos que les daban protección.

Mil años después, surgió entre los aedos griegos —los cantores de hazañas épicas, como tal vez fuera Homero— la figura mítica del héroe, un personaje generalmente emparentado con los dioses, como Aquiles o Eneas, al que llamaron *heros*. La palabra fue adoptada en latín por Virgilio como *hērōs*, con la denotación de «semidiós, hijo de un mortal con una diosa», pero Cicerón aplicó el vocablo a los «hombres célebres» de su tiempo.

El español heredó la palabra latina, que aparece por primera vez en nuestra lengua en el *Vocabulario*, de Alonso de Palencia, como *heroes*, definidos como «fuertes varones o *heroas*» («medio dios segund que tenían opinión de los *heroas*»). Durante mucho tiempo, la tilde recayó en la *o*, *heróe*, incluso en la primera edición del Diccionario de la Academia, pero la acentuación actual fue seguida por Góngora y Lope de Vega. Este último fue el primero que habló en castellano de *heroína*, una palabra que ya había sido empleada en latín por Ovidio, aunque referida apenas a la mujer o la hija de un héroe. La primera heroína de la historia, por sus propios méritos, tal vez haya sido Juana de Arco, aunque los ingleses no lo crean así (V. heroína).

Hoy en día las cosas han cambiado. Los héroes del siglo XXI son más bien los jugadores de fútbol —seguidos por miles de personas en las canchas de fútbol y por millones en la televisión—, los actores y actrices de cine, y algunos líderes políticos. O los superhéroes, personajes de ficción de poderes sobrenaturales,

divulgados por las tiras cómicas y la televisión.

Heroína

La palabra *heroína* designa no sólo a la mujer que tiene un comportamiento heroico, sino también a la sustancia conocida como diacetilmorfina, un narcótico de poder analgésico mayor aun que el de la morfina, droga que se ha extendido entre los adictos de Europa.

A fines del siglo XIX, la firma alemana Bayer creó la marca Heroin —que tomó del griego *heros* «héroe»— para denominar a la diacetilmorfina, porque la exaltación del ánimo que provoca es la misma que siente un héroe después de cumplir una hazaña.

La heroína causa una rápida y fuerte adicción y, como se trata de un vicio muy caro, es común que sus víctimas caigan en la delincuencia o en la prostitución para poder mantenerlo. Los narcotraficantes distribuyen la heroína en forma de una mezcla de no más del cinco por ciento de pureza, junto con polvo de hornear u otras sustancias, pero la mayor causa de muerte por sobredosis de heroína es la inyección de la droga un poco más pura mediante agujas hipodérmicas, lo que deja a sus usuarios expuestos a contaminarse con hepatitis, sida u otras infecciones.

A la marca Heroin se añadió el sufijo usado para los estupefacientes, que en español es *-ina*, debido a lo cual en varias lenguas, incluida la nuestra, el nombre del alcaloide se convirtió en homónimo del femenino de héroe.

Hervir

Palabra formada a partir del verbo latino *fervere* «hervir», de cuyo gerundio se derivó el vocablo castellano *ferviente* (etimológicamente, «hirviente»). En nuestra lengua, *hervir* es «entrar en efervescencia», es decir, en el estado físico en el cual un líquido toma la forma gaseosa.

Un derivado de *fervere*, el sustantivo *fervor*, *fervoris*, significó inicialmente «hervor» (acto de hervir), pero más tarde adquirió en latín un sentido figurado con la denotación de «ardor, vigor, vivacidad». Cicerón llamó *fervor aetatis* al «ardor de la mocedad», y el poeta latino del siglo I Silio Itálico aludió a *fervore carentes anni* para referirse a «los años faltos de ardor», «el frío de la vejez».

Hidalgo

El Cid Campeador no era un hombre de la alta nobleza castellana, pero tampoco era un villano: mientras contó con el favor del rey era considerado un *fijo d'algo*

«hijo de algo», es decir, miembro de una nobleza de jerarquía inferior a la de los infantes de Carrión, pero con fortuna propia y con derecho a aspirar a que sus hijas se casaran con señores de la alta nobleza.

De *fijo d'algo* se formó más tarde *hidalgo*, que contiene *hi*, la forma abreviada de hijo, que también vemos en *hideputa* en *El lazarillo de Tormes*, una baja nobleza cuyo representante más ilustre ha sido el ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha.

Hígado

Nuestra lengua no es sino un latín tardío, enriquecido con numerosos elementos godos y árabes después de que estos pueblos ocuparon la península ibérica. Cabría, pues, esperar que el nombre del hígado apareciera emparentado con la palabra latina *iecur* o, tal vez, con la griega *épatos*, pero ¿por qué hígado?

Se trata de una historia curiosa que comienza con una digresión gastronómica. Los franceses dieron a conocer al mundo el *foie gras* de oca, una *delicatsesse* (perdón, delicia) elaborada con hígado de oca hipertrofiado con dosis abundantes de maíz. Pero el producto es mucho más antiguo que Francia y los franceses; ya era conocido por los atenienses del siglo de Pericles, quienes, como no tenían maíz, cebaban a las ocas con higos (*sykon*, en griego) y, como tampoco sabían francés, lo llamaron *hépar sýkoton*.

Esta exquisitez gastronómica fue legada a Roma, donde el *gourmet* Marcus Apicius innovó al introducir la costumbre de sumergir el hígado en un baño de leche con miel para que aumentara de tamaño y mejorara su sabor con nuevas fragancias. El *hépar sýkoton* de los griegos se llamó en Roma *iecur ficatum* «hígado con higos», expresión que, con el tiempo, pasó a designar al hígado, con higos o sin ellos, de cualquier animal, también el del hombre. Algunos siglos más, y la palabra *iecur* se perdió en la oscuridad de los tiempos, mientras que *ficatum* se siguió usando como nombre del órgano, hasta llegar al asturiano *fégadu*, al castellano antiguo y al portugués *fígado* y, finalmente, al moderno español *hígado*, documentado desde finales del siglo xv:

Sacanse algunos que lo tienen en la ante penultima como filósofo, lógico, gramático, médico, arsénico, párpado, pórfido, úmido, hígado, ábrigo cierto, cuando por amor se hacen desiguales casamientos. (Antonio de Nebrija: Gramática castellana, 1492).

Higiene

Asclepio, hijo de Apolo, conocido por los latinos como Esculapio, era el dios

griego de la medicina. Fue confiado por su padre al centauro Quirón, quien le enseñó el arte de curar enfermos, pero Asclepio fue más allá y aprendió a resucitar a los muertos. Zeus le dio muerte, receloso de que pudiera alterar el orden natural al poseer el dominio de este arte.

El dios médico fue llevado al cielo, donde se convirtió en constelación, que hoy tiene el nombre de Serpiente.

Su hija Higía heredó el arte de curar a los enfermos, una profesión a la que su padre la había destinado desde que le dio el nombre, que tomó de la palabra griega *higieinós* «sano», proveniente del indoeuropeo *su-gwiyes-ya*, del mismo significado.

Hincha

El primer hincha de fútbol de la historia vivió en Montevideo a comienzos del siglo xx; trabajaba en el Club Nacional de Fútbol, el segundo club uruguayo por antigüedad. Era de profesión talabartero y estaba encargado de inflar (hinchar) los balones del Parque Central, la sede del Nacional. Se llamaba Prudencio Miguel Reyes, pero era más conocido como *el gordo Reyes* o *el hincha*.

Nuestro hombre, partidario fanático del club montevideano, y sus gritos estentóreos: «¡arriba Nacional!» eran famosos a principios del siglo pasado en las canchas donde jugaba su club. Y es fácil imaginar cómo resonarían los gritos del talabartero si se tiene en cuenta que inflaba las pelotas sólo con la fuerza de sus pulmones.

Durante los partidos, otros aficionados solían comentar ante las ruidosas demostraciones de Reyes: «Mirá cómo grita el hincha». Y poco a poco la palabra *hincha* se fue aplicando a los partidarios del Nacional que más gritaban en los partidos; más tarde se extendió a los demás y, finalmente, a los partidarios de todos los clubes.

Hipermetropía

Es una deficiencia visual que consiste en que los rayos luminosos procedentes de objetos situados a cierta distancia del ojo forman foco en un punto que está detrás de la retina.

La palabra está compuesta por el griego *hypermetros* «de tamaño desmesurado» y *ops* «ojo», como en *miopía*, *presbicia* y *piropo*. (V. *miopía*, *presbicia*, *piropo*).

Hipocondríaco

Cada una de las zonas abdominales situadas a los lados del epigastrio (zona central superior), por debajo de las falsas costillas, recibe el nombre de hipocondrio.

El hipocondrio derecho aloja al hígado, y en el izquierdo, entre otros órganos, encontramos el bazo.

Hipocondrio proviene del griego *hypokhondrion*, del mismo significado, palabra formada por el prefijo *hypo* «debajo» y *khondros* «cartílago».

Antiguamente, se creía que el hipocondrio era la sede de la melancolía, por lo que, en el siglo XVII, *hipocondrio* se usó con el sentido de «espíritus inferiores» y de «depresión». De allí se derivó el moderno significado, en el sentido de «aquel que siempre cree estar enfermo», que surgió en el siglo XIX, bajo la forma *hipocondría*. Los que padecen esta dolencia son llamados *hipocondríacos* o, en algunos países, *hipocondriacos*.

Hipocorístico

Llámanse así los apodos cariñosos, habitualmente de origen familiar, formados mediante alteraciones de los nombres originales, tales como Pancho, Mingo, Charo o Lola, incluso a partir de la pronunciación errónea de los niños que están aprendiendo a hablar.

La palabra llegó al español por vía culta, procedente del griego *hypokoristikós* «acariciante», derivada de *hypokorizomai* «hablar como los niños pequeños». En la composición de este último vocablo está contenida la palabra griega *koré* «niña».

Esta voz está registrada en castellano por lo menos desde 1867, pero apareció por primera vez en el Diccionario de la Academia en la edición de 1927.

Hipocresía

Con frecuencia oímos decir «Fulano es un artista», no como elogio a las dotes histriónicas de la persona, sino para señalar que es un fingidor, un hipócrita. La hipocresía es un arte, al menos etimológicamente: la palabra se deriva del griego tardío *hypokrisía* (*hypokrisis* en griego clásico), que era, precisamente, «el arte de desempeñar un papel teatral».

En Suetonio, un *hypocrités* es el que imita a otro personaje en la comedia, un comediante, pero también un histrión y hasta un tonto.

En los escritores cristianos de la Edad Media, se cristaliza el sentido de la falsedad de la interpretación teatral del hipócrita, que se convierte en alguien que

finge sentimientos opuestos a los que realmente experimenta, con el objetivo de engañar a alguien.

Histeria

El nombre de esta enfermedad psíquica proviene de la ignorancia que prevaleció hasta fines del siglo XIX, cuando estaba considerada como una dolencia propia de las mujeres, puesto que se creía que era causada por problemas en el útero, palabra proveniente del griego *hystera* y ésta, a su vez, del sánscrito *udáran* «abdomen».

Fueron los trabajos del profesor Jean-Martin Charcot y, sobre todo, de su discípulo en el hospital parisino de la Salpêtrière, Sigmund Freud (1856-1939), los que permitieron develar el misterio de la histeria, mostrándola como una enfermedad causada por conflictos en la vida psíquica inconsciente, tanto en hombres como en mujeres.

A partir de su *Estudios sobre la histeria*, que publicó junto con Josef Breuer en 1895, Freud desarrolló una compleja teoría sobre el funcionamiento de la mente y de la afectividad del ser humano, basada en sus investigaciones sobre una vida psíquica inconsciente, hasta entonces poco conocida, y en la influencia de esta actividad inconsciente sobre el comportamiento y los afectos.

La voz *histeria* llegó al español a través del francés *hystérie*, con origen en el mencionado *hystera* más el sufijo *-ia*, usado en español en los nombres de algunas enfermedades.

Hito

Un hito es un mojón en el camino, algo que está fijado en la tierra; procede del latín vulgar *fictus, ficta, fictum* «fijo».

De esa idea de fijeza proviene la expresión *mirar de hito en hito*, que Cervantes utiliza varias veces en el *Quijote* y que ha sobrevivido hasta nuestros días:

Oyendo esto Sancho, se arrimó sobre el espaldar de la silla y miró de hito en hito al tal médico, y con voz grave le preguntó cómo se llamaba y dónde había estudiado.

Con el significado de «mojón», *hito* se usa, generalmente, en sentido figurado, como en este texto de Sara Karlik:

En todo caso, no me es posible, ni pretendo, dejar de lado esa división por ser un hito que marca épocas, una anterioridad que forma historias personales, únicas.

La palabra se ha mantenido en el portugués actual en el verbo *fitar*, del mismo origen, que significa «mirar fijamente».

Holanda

Países Bajos es el nombre oficial de este reino, más conocido como Holanda, que es la denominación, en realidad, de dos de las doce provincias que actualmente componen el país. Sin embargo, en tiempos de la dominación napoleónica, el país se llamó Reino Napoleónico de Holanda.

Las doce provincias son: Groningen, Friesland, Drente, Overijssel, Gelderland, Utrecht, Flevoland, Noord-Holland, Zuid-Holland, Zeeland, Noord-Brabant y Limburg.

En el siglo xv, el historiador español Diego de Valera ya se refería a alguna de esas provincias en su *Crónica de España*: (1482):

Capitulo.xvij dela prouincia de holanda. // Holanda es pequeña prouincia. es vezina al mar de brenante tiene al medio dia a afrisa. al oriente & al oceano de toda parte al mar.

El nombre *Holanda* proviene del de la región de *Holt-land*, cercana a Leiden, sintagma que en neerlandés antiguo significaba «tierra boscosa».

Hombre

Por referirse a nosotros mismos, el vocablo *hombre* posee diversos matices semánticos y es fuente de una numerosa familia de palabras. La Real Academia define hombre como «Ser animado racional, varón o mujer», definición que debería aliviar el encono de algunas feministas contra el predominio masculino en nuestra lengua. Así, cuando decimos *el hombre medieval*, debe entenderse que nos referimos a los hombres y mujeres de la Edad Media.

La palabra proviene del latín *homo, hominis*, que también significaba «individuo de la especie humana, hombre o mujer», pero podía denotar soldado o esclavo; así, *homo Salusti* era «esclavo de Salustio».

Aparece en español por primera vez hacia el año 960, en las *Glosas Emilianenses* (anotaciones hechas por monjes medievales en las márgenes de textos en latín), pero bajo las formas *uemne* y *uamne*. En los poemas de Berceo, en el siglo xiii, el autor oscila entre *omne, ombre* y *ome*. *Hombre*, tal como la usamos hoy, sólo aparece en nuestra lengua en 1535, con Juan de Valdés.

Homenaje es un derivado del francés *hommage*, que proviene del provenzal *omenatge*, formado a partir de *ome* en el sentido de «soldado», «vasallo». En el

siglo xv, aparece *homicidio*, formada con la terminación latina *caedere* «matar», y en 1527, se registra *superhombre*, palabra tomada del alemán *übermensch*, que permanecería olvidada hasta que Nietzsche la recuperó tres siglos y medio más tarde. En los últimos años, surgió *homofobia*, palabra proveniente del inglés *homophobia*, registrada en el Diccionario de la Real Academia como «aversión obsesiva a las personas homosexuales». No está demás puntualizar que este término no está vinculado al latín *homo* «hombre», sino al prefijo griego *homós-* «igual», y entendemos que está mal formado, puesto que, en rigor, debería significar «aversión a lo igual».

Honduras

Antiguas tradiciones hispánicas cuentan que Cristóbal Colón asistió, durante su último viaje, a una misa celebrada en el actual territorio hondureño —hasta entonces llamado Guaymuras— y que, al partir en su nave, puso proa hacia el este. Muy pronto fue castigado por un fuerte ciclón de los que suelen azotar aquella región en la segunda mitad de cada año, y la nave estuvo a punto de zozobrar, pero, finalmente, el temporal amainó sin haber causado mayores daños. El descubridor de América exclamó entonces: «Gracias a Dios que hemos escapado de aquellas honduras», frase que consagró el nombre *Honduras* para aquel territorio. Por la misma razón, la entrada de tierra que está sobre la desembocadura del río Coco se llama hasta hoy cabo Gracias a Dios.

Hostia

Los ritos cristianos no nacieron con el cristianismo, sino que provienen de antiguas tradiciones paganas (v. pagano), que fueron recogidas por los cristianos y adaptadas a la nueva religión.

Un ejemplo de estos ritos es el de los sacrificios de seres humanos o de animales, que el cristianismo adoptó y adaptó mediante la hostia, que representa a Cristo como cordero ritual. Para los católicos, la hostia no representa apenas a Cristo, sino que es Él mismo en cuerpo, sangre, alma y divinidad.

La palabra viene del latín *hostia* «víctima de un sacrificio ritual», que se derivó, a su vez, de *hostire* «herir», «golpear», «hostilizar».

Huella

Es la marca que una persona o un animal dejan con sus pies (o sus patas) al pisar un terreno. Por extensión, la huella es también la marca que dejamos sobre una superficie lisa con la humedad de los dedos (huellas digitales).

Humilde

Proviene del latín *humilis*, que denotaba conceptos como «bajo, de corta estatura, rastrero, que tiene sentimientos bajos, descorazonado, mezquino».

Con el advenimiento del cristianismo, la humildad empezó a ser apreciada como *virtud moral* —una categoría ligeramente inferior a las virtudes teologales y cardinales del cristianismo— y adquirió una connotación más positiva de la que había tenido para los romanos.

Humilis se formó a partir de *humus* «humus» (v. *humus*), «tierra», «suelo», palabra que subsiste en geología en nuestra lengua para denominar la capa superficial del suelo, en la que abundan los productos de la descomposición de animales y de vegetales.

Humor

El verbo latino *umere* significaba humedecer y estaba vinculado al sustantivo *umor* «líquido», «humedad», que también designaba a los fluidos orgánicos: sangre, bilis, flema.

Durante la Antigüedad clásica y en la Edad Media, florecieron teorías según las cuales estos fluidos orgánicos o humores determinaban la salud del cuerpo y hasta el temperamento o el carácter de los individuos. Por esa razón, en español se llama hasta hoy *bilioso* al sujeto destemplado y *sanguíneo* al de temperamento impulsivo. (v. melancolía).

Con base en estas antiguas teorías sobre los humores, los franceses empezaron a usar el término *humeur* en el siglo xvii para referirse a la manera de ser de las personas bromistas. Esta palabra pasó luego al inglés como *humour*, con el mismo significado, pero en poco tiempo se usó con un matiz semántico algo diferente, como una forma —hoy diríamos *bien humorada*— de ver el mundo y las cosas. Acuñaron así la expresión *sense of humour* «sentido del humor» para referirse a la capacidad de un individuo de percibir lo ridículo, lo alegre o lo gracioso de las cosas y de las situaciones, y de expresarlo en forma jocosa.

Humor se traduce al italiano como *umore*, al francés como *humeur*, al portugués como *humor* y al alemán como *Humor*.

Humus

La antigua palabra latina para tierra, *humus*, llegó intacta hasta nosotros para denominar la capa superficial de la tierra, la más rica en nutrientes. *Humum ore*

mordere (morder la tierra), decía Virgilio, y también *humo mandare* (enterrar, dar sepultura).

Los más remotos orígenes presumibles de *humus* están en el vocablo indoeuropeo *dhghem-* «tierra», el mismo de donde proviene el vocablo griego *geon* «tierra», «país».

Derivados de *humus* están presentes en numerosos vocablos de nuestra lengua, vinculados a la idea de tierra, tales como *inhumar* «enterrar», *exhumar* «desenterrar» o *trashumante* «pueblo pastoril que emigra de una tierra a otra».

También *homo*, *hominis* «hombre» (v. hombre) es aquel ser que habita en la tierra, a diferencia de los dioses, y *humidus* «húmedo» es aquello que está ligeramente mojado, como la tierra. (V. humilde).

Hurí

Se dice que a los terroristas suicidas, que se matan en medio de muchedumbres llevando consigo a decenas de inocentes a la muerte, se les promete que antes de que la primera gota de su sangre llegue al suelo, estarán en el paraíso rodeados de bellísimas huríes. ¿Quiénes son esas mujeres tan hermosas que por ellas matan y se matan los fanáticos? Según la creencia del islamismo, que es una religión de paz, han sido creadas por Dios para acompañar a los bienaventurados en el paraíso.

La palabra *hurí* nos llegó al español procedente del francés *hourí* y ésta, del persa *huri*, que se formó a partir del árabe *hur* [*al'ayn*].

Iconoclasta

Los primeros iconoclastas fueron los miembros de la Iglesia de Oriente en los siglos VIII y IX de nuestra era, quienes se opusieron vehementemente al uso y a la veneración de imágenes religiosas. En algunos casos, los cristianos ortodoxos llegaron a destruir los iconos de sus rivales católicos.

La palabra *iconoclasta* proviene del bajo latín de esa época; era un cultismo formado por las palabras griegas *eikon* «ícono o icono» y el verbo *klaien* «romper», «destruir».

Sin embargo, los iconoclastas acabaron derrotados en la Iglesia de Oriente, cuando el Concilio de Nicea consagró el uso de imágenes, que las autoridades religiosas de esa época consideraron útiles para la instrucción de las grandes masas analfabetas. Por la misma época, las religiones hebrea e islámica se hicieron cada vez más intolerantes en su postura contraria al uso de imágenes, que mantienen hasta hoy.

Nuevos iconoclastas surgieron en el siglo XVI en Inglaterra, cuando las imágenes de los católicos encontraron un nuevo enemigo en los protestantes, que condenaron el uso de aquellos íconos que consideraban ídolos y criticaron su veneración como una *costumbre papista*.

El carácter icónico de la liturgia católica ejerció enorme influencia sobre las artes plásticas en la Europa medieval, en un tiempo en que la vida de la sociedad giraba en torno de los usos y creencias dictados por Roma.

Idiota

Los idiotas de hoy no son como los de antes. En nuestros tiempos, un idiota es una persona que padece un grado profundo de debilidad mental, al punto de que la palabra puede ser usada para ofender a alguien por su falta de inteligencia. En psicología, *idiocia* es el grado extremo de incapacidad mental.

Sin embargo, *idiotes*, la palabra griega que dio origen a *idiota*, provenía de *idios* «personal», «privado», «particular». De ahí se derivó también *idioma*, la forma particular de hablar de un determinado grupo. Un idiota era, en su origen, lo que hoy llamamos *lego*, alguien ajeno a una determinada profesión o grupo social o,

simplemente, un hombre común.

Más tarde, este significado se fue particularizando para referirse con exclusividad a una persona que no tiene ningún oficio especializado ni conoce ningún arte, y por esta vía se fue aproximando cada vez más al significado de «persona ignorante» y, más adelante, se usó para referirse a las personas desprovistas de inteligencia.

Ídolo

Los ídolos son imágenes construidas por el hombre. En cierta época y en determinadas culturas, fueron adoradas porque se las consideraba residencia de entidades sobrehumanas, generalmente de orden divino.

La adoración de ídolos se llama *idolatría*, una práctica que, por ser común a la mayoría de las civilizaciones, llevó a algunos antropólogos a la conclusión de que constituyó una fase de la evolución religiosa del hombre.

Ídolo llegó a nuestra lengua procedente del latín tardío *idolus* y éste, del griego *éidolon* «imagen», que se formó a partir de *eidon* «obra artesanal».

Desde que Moisés destruyó el becerro de oro hace más de tres mil años, muchas religiones han atacado la adoración de ídolos. Sin embargo, a lo largo del siglo xx, la palabra fue adquiriendo otro significado, además del de «objeto de culto». La Academia describe hoy ídolo también como «persona o cosa amada o admirada con exaltación», definición que se extiende a astros del deporte o del mundo del espectáculo, como vemos en este texto del escritor mexicano Leo Mendoza:

Fuente ha sido el mejor jugador que ha dado México, hay que creerle. Porque su padre lo llevó a verlo jugar al estadio de Vélez Sarfield y fue su ídolo los tres años que permaneció en el equipo: bueno para el regate, para el desborde y para tirar a gol.

Iglesia

Una vez implantada la democracia en Atenas por el estratega Pericles en el siglo v antes de nuestra era, el pueblo se reunía en la plaza pública o *ágora* para deliberar sobre los asuntos públicos. La Asamblea de ciudadanos era soberana, pero no tan democrática como se suele creer, puesto que sólo tenían derecho a participar en ella entre el ocho y el diez por ciento de los habitantes de la ciudad, ya que quedaban fuera los esclavos y los *metekos* «extranjeros».

En Atenas y en otras ciudades griegas, la Asamblea del Pueblo era convocada

por un heraldo; el verbo griego para denominar esta tarea era *ekkalein* «evocar», «convocar», con el sentido de llamar a «los que están fuera del ágora», aunque sin significado religioso alguno.

Los primeros cristianos se reunían en asambleas, una antigua costumbre heredada de los hebreos, que éstos denominaban *gahal*: la congregación del pueblo de Israel como comunidad religiosa, pero con fines meramente culturales. En la traducción del Antiguo Testamento al griego por los Setenta, se adoptó el nombre de la *ekklesía* ateniense para designar las *gahalim*. La palabra pasó al Nuevo Testamento con el sentido de «reunión de los cristianos en torno de Jesús» y fue muy usada por san Pablo, quien llamaba *ekklesía* a diversas comunidades locales, por ejemplo en algunos títulos de sus epístolas, pero fue en la que dedicó a los tesalonicenses donde se refirió por primera vez a la *ekklesía* como un cuerpo cuya cabeza era Cristo.

La palabra llegó al español a través del bajo latín *eclesia*, del latín clásico *ecclesia*, como parte del sustrato básico de nuestra lengua, documentado por primera vez como *eglesia* en las *Glosas Emilianenses*, en el siglo X. En el *Cantar de Mio Cid* aparece como *eclegia*; un siglo más tarde, en Berceo, nuevamente como *eglesia* y ya también como *iglesia*.

Durante algún tiempo se alternan otras formas, como *elqueja*, *elguesia* y *egrija*, forma esta que dio lugar a topónimos como Grijota y Grijalba, hasta que en la segunda mitad del siglo XIV, se generalizó el uso de *iglesia*.

La *eclesia* de los primeros cristianos se llamó *église* en francés, *igreja* en portugués y *chiesa* en italiano.

Ilusión

Voz derivada del verbo latino *illudo* «divertirse», «recrearse», pero también «burlarse», «engañar». El verbo latino estaba formado por el prefijo *in-* y el verbo *ludo* «yo juego».

De *ludo* se derivó una amplia familia de palabras en la que se incluye *lúdico* «relativo al juego», *eludir* «escapar jugando», *alusión* («mención» «referencia» en la actualidad, pero «broma» o «jugueteo» inicialmente), *colusión* «pacto ilícito contra un tercero», *interludio* «intervalo en un juego o representación teatral» y *preludio* «lo que precede a una representación».

En castellano, *iludir* y más tarde *ilusionar* fueron evolucionando con la denotación «causar una impresión engañosa» o «suscitar la esperanza de algo deseable», o sea, «suscitar una ilusión».

Imbécil

Proviene del latín *imbecillis*, palabra latina formada con el prefijo privativo *in-* antepuesto a *bacillum* —origen de la palabra bacilo (v. bacilo)—, que es el diminutivo de *baculum* «bastón», con lo que *imbecillis* viene a significar literalmente «sin bastón». *Baculum* proviene del griego *baktron* «báculo», «bastón», emparentado éste con la raíz indoeuropea *bak-*.

Imbecillis no tenía la connotación negativa que le damos hoy o la tenía de un modo diferente: significaba «frágil, débil, vulnerable» y también «enfermizo, sin carácter o pusilánime».

Fue con estos significados con los que la voz *imbecil* —palabra aguda— llegó al español desde su primera documentación en 1524 y como tal figuró en la edición de 1780 del Diccionario de la Real Academia, pero en 1822 se introdujo el significado moderno, aunque los romanos ya usaban esta palabra con el sentido de «debilidad de espíritu».

Hay quien opina que la acentuación actual como voz grave proviene de una mala interpretación del tilde en el francés *imbécille*, pero Corominas cree más probable que se trate de un error como el que ocurre, por ejemplo, cuando se dice *sútil* u *hóstil*, error que, a la postre, se impuso.

En psicología, imbecilidad es un grado de debilidad mental de menor gravedad que la idiocia o idiotez y mayor que la insuficiencia mental leve.

Impedir

Por su etimología, *impedir* es «trabar con el pie para obstaculizar el paso de algo o de alguien». En efecto, proviene de la palabra latina *impedire*, que significaba literalmente «entorpecer o estorbar con los pies», formada con el prefijo privativo *in-* antepuesto a *pes*, *pedis* «pie».

En castellano antiguo se usó también *empecer* en el Fuero Juzgo, y *empedecer*, en los poemas de Berceo, ambos en el siglo XIII.

Si en lugar del prefijo *in-* usamos *ex-* «fuera, afuera», obtendremos una palabra de sentido opuesto a impedir: *expedir* «liberar», «dejar salir», «desentorpecer». Así, para decir que un camino está libre y se puede pasar, podemos aplicarle el adjetivo *expedito*, como en este texto del siglo XVIII, del cronista Félix de Azara en su *Descripción general del Paraguay* (1782):

Los portugueses no pueden oponer sino canoas con poca gente, y casi toda ella esclava y fatigada. Los paraguayos por tierra o por el río tienen el camino expedito para llevar las fuerzas que les acomoden.

Impresionismo

En 1874, un grupo de pintores antiacadémicos (formado por Camille Pissarro, Paul Cézanne, Claude Monet, Edgar Degas y Auguste Renoir, entre otros) vieron sus trabajos rechazados por el Salón Tradicional de París y resolvieron presentar una exposición alternativa en el salón del fotógrafo Félix Nadar. El nombre de uno de los trabajos allí presentados, titulado *Impresión, salida del sol*, de Monet, fue tomado por el crítico parisién Louis Leroy para denigrar a los pintores, calificándolos despectivamente como *impresionistas*.

Con este grupo se inaugura una era de colores puros y vivos, y de pinceladas visibles y separadas, en contraste con la terminación perfeccionista de los clásicos. Se trataba de fijar en la tela no la imagen fotográfica de la realidad, sino las formas y colores tales como los percibe el ojo en un instante; deseaban plasmar en la tela la realidad que percibían sin consideraciones estéticas. «Pinto como los pájaros cantan», decía Monet.

A pesar de la intención peyorativa de Leroy, los pintores tomaron para sí el nombre de *impresionistas*; hasta entonces habían sido llamados *pintores de manera clara*, para distinguirlos de los *de manera oscura*, como se denominaba a los clásicos.

La palabra francesa *impression*, de donde proviene el nombre de esta escuela, se formó a partir del verbo *imprimer*, registrado en 1356 con el sentido de «oprimir, presionar», pero también con el de «provocar un sentimiento». A partir de la invención de la imprenta por Gutenberg, entre los diversos significados de este verbo se incluyó «imprimir» (un libro) y también «impresionar».

Impression proviene del latín *impressio* «marca», «impresión en el espíritu», sustantivo femenino derivado del verbo *imprimere*, formado por *in-* «en» y *premere* «apretar», derivado del indoeuropeo *per-* «golpear».

Inaugurar

Cuando los romanos terminaban la construcción de un edificio, no lo ocupaban de inmediato, sino que antes consultaban a los augures, que buscaban indicios del futuro en el vuelo de las aves o en los intestinos de pájaros muertos.

Una vez conocido el fallo de los augures —el agüero o augurio— el edificio quedaba *inauguratus* «inaugurado», «consagrado por los augurios» y podía ser ocupado y utilizado.

Incisión

Esta palabra está formada por el vocablo latino *caedere*, *caesum* «cortar» precedido del prefijo *in-* «dentro», o sea que, etimológicamente, significa «corte hecho dentro de algo».

Incisivo es aquello que *corta*, como los dientes frontales del ser humano.

En gramática, así como en derecho, un *inciso* es un cuerpo de texto con sentido propio, que se puede separar, *cortar*, del resto.

Occiso es alguien cuya vida fue *cortada*, un muerto.

Decidir es palabra del mismo origen: ante una multiplicidad de opciones, una de ellas es *recortada* y adoptada.

Algo que es *preciso* ha sido cuidadosamente aislado de todo lo que lo rodea y *recortado* para impedir que su significado se extienda más allá de un estrecho límite. (V. tijera).

Incólume

Según el Diccionario, significa «sano», «sin lesión». Proviene de la palabra latina *incolumis* «en buen estado», «íntegro», formada por el prefijo privativo *in-* y la raíz indoeuropea *kel-* «golpear».

Corominas registra esta palabra en castellano desde 1884, pero *incólume* ya aparecía en este párrafo de *Antigüedades de la Nueva España*, de Francisco Hernández, en 1552:

[...] celebérrima ciudad de Tula: dicen que condujo en otro tiempo a estas playas cohortes de soldados mexicanos; y llamado por el sol, hasta este día vive incólume en Tlapala, o que volvió a su patria de donde hasta hoy esperan su retorno. Por lo cual consideraron que Cortés era Quetzalcóatl que regresaba [...].

Incunable

Se trata de un concepto acuñado por los bibliófilos para referirse a los libros impresos desde la invención de la imprenta por Gutenberg —alrededor de 1450— hasta el último día del año 1500. El primer incunable español del que hay noticia fue impreso en 1472 bajo el título *Sinodal* y contiene las actas de un sínodo religioso celebrado en Segovia.

El *Sinodal* tiene 48 páginas impresas con un tipo romano y no tiene colofón. Se ha dicho de este libro que su historia es la de la Iglesia española de la Baja Edad Media.

Entre los más importantes incunables de esa época se suele mencionar una Biblia impresa en Valencia en 1478, pero no se puede ignorar la *Gramática castellana* (1495), de Antonio de Nebrija.

Hay quien considera «incunables americanos» los libros impresos desde la aparición de la prensa en México, en 1534, hasta el último día de 1600.

El nombre *incunable* proviene del latín clásico *incunabula*, que significa «cuna», pero también, en sentido figurado, «comienzo, principio».

Indígena

Aunque en muchos casos son perfectamente intercambiables, las palabras *indio* e *indígena* tienen etimologías diferentes. El origen de la primera es más conocido: se formó a partir del nombre de la India porque Cristóbal Colón creía que su viaje a través del Atlántico lo llevaría a ese país asiático; y así, llamó *indios* a los habitantes del Nuevo Continente, creyendo que se trataba de Asia.

Indígena, en cambio, es un cultismo tomado del latín *indigena*, que significaba «de allí» y, por extensión, «primitivo habitante de un lugar, nativo». Este término está compuesto de *indi-* (una variante del prefijo latino *in-*) y la raíz indoeuropea *gen-* «parir», «dar a luz», que también está presente en muchas palabras de nuestra lengua, como *engendrar*, *gen*, *genealogía*, etcétera.

La voz indígena aparece en textos en español a partir del siglo XVI:

[...] simplemente quiso referirse a la colonia fundada en ella por Marcelo compuesta de patricios romanos y de unos cuantos indígenas escogidos. (Juan Ginés de Sepúlveda: Epistolario, 1532).

En los diccionarios de la Real Academia no se registra hasta la edición de 1803, en la que apareció mencionado como «el que es natural del país, provincia, ó lugar de que se trata».

Índigo

Los antiguos utilizaban el fruto de algunas variedades asiáticas de un arbusto llamado añil, que contiene el glucósido indacán, del cual se extrae el colorante llamado índigo, que se caracteriza por su tonalidad fuerte y por su permanencia.

Este colorante fue muy importante en varias civilizaciones de la Antigüedad, en particular en la india, en la egipcia y en la romana, pero tomó su nombre de la India.

El nombre *índigo* —inicialmente, *indicus*—, que fue introducido en Europa por

mercaderes venecianos, se adoptó para designar asimismo el color que llamamos también *añil*.

El primer diccionario castellano que registra la palabra es el de Terreros, y la Academia sólo la incluye en su edición de 1837. Veamos qué dice Terreros:

[...] esta planta, que no conocieron los antiguos. Es parecida al cañamo en su pie, ó caña, la flor, á la del cardo [...] crece como la retama y tiene raíces largas y angostas como ella. Siembrase todos los años y se corta tres veces en cada uno. El color que se saca de la primera hierba [...] es violado, que tira á azul, y más vivo y brillante que los otros dos, que salen de la segunda y tercera cosecha. Los Portugueses le han dado el nombre de Añil y otros le llaman Pastel.

El añil, en cambio tomó su nombre del árabe *nil*, de origen persa o sánscrito, que con artículo adquiere la forma *an-nil*. El vocablo español adoptó en portugués la grafía *anil*, que pasó al francés y dio lugar en esa lengua a *aniline*, como denominación de una tinta para tejidos que en un principio tuvo sólo ese color y que llegó al castellano como *anilina*.

Inexorable

Esta palabra habla de cierta decisión que no va a ser modificada de manera alguna, no importa cuánto se ruegue al que la adoptó.

La palabra proviene del latín *inexorabilis*, un adjetivo que se aplicaba a aquél a quien no era posible conmover mediante ruegos ni oraciones porque era absolutamente inflexible.

Veamos cómo está compuesta: *orabilis* es en latín «aquello que es posible pedir». Si se le añade el prefijo *ex-*, tenemos el vocablo *exorabilis*, que significa «que puede ser disuadido mediante ruegos», y también «que se deja corromper o sobornar». Inexorable sería, pues, aquel que no se deja convencer, que no es *exorabilis*. Horacio usa *inexorabilis auro* para denotar «que no se deja convencer por el oro».

Cabe añadir que *orabilis* proviene de *orare* «rogar», «pedir», «solicitar», que se derivó, a su vez, de *oris* «boca», presente también en *oral*, *oración*, *orador*, *perorata* y hasta en la palabra *oráculo* (de la pitonisa).

Infancia

En español llamamos *infancia* al período de la vida que va desde el nacimiento hasta la adolescencia (v. *adolescencia*). En España, desde el siglo XIII, se llama

infantes o *infantas* a los hijos legítimos del rey nacidos después del primogénito (príncipe o princesa), no importa cuál sea su edad. En latín, en cambio, la palabra *infans -ntis* (de la cual proviene *infante*) se formó con el prefijo privativo *in-* antepuesto a *fante*, que era el participio presente del verbo *fari* «hablar», o sea que *infans* significaba literalmente «no hablante», es decir, era un niño tan pequeño que todavía no hablaba, un bebé o un lactante, diríamos hoy, sentido que la palabra mantiene aún en inglés, lengua en la cual *infancy* se usa para referirse apenas a los bebés.

Fante pasó sin cambios al italiano con el significado de «muchacho, mozo», pero pronto adquirió el sentido de «servidor, criado» y más tarde se aplicó a los soldados de a pie, que eran considerados criados de los señores. A mediados del siglo XVI, se empezó a usar en español *infante* con ese significado y un siglo más tarde, surgía la palabra *infantería*, aplicada a los batallones en los que servían estos soldados.

Infierno

Del latín *infernum* y éste, probablemente, del griego *averno* o, tal vez, de *inferus* «inferior», «subterráneo». Para los antiguos griegos, los muertos debían cruzar el río Aqueronte, que daba siete vueltas alrededor del infierno, a bordo de una barca que era guiada por Caronte, un genio del mundo de los muertos, quien navegaba protegido por su perro Cerbero, hermano de la Hidra de Lerna. Caronte cobraba por el viaje, y quien no pagaba la travesía tenía que pasar cien años vagando por las márgenes del río, una idea en la que, quizá, se inspira la creencia cristiana en el purgatorio. Para proteger a los muertos de ese destino, los griegos acostumbraban poner una moneda debajo de la lengua de los cadáveres antes de enterrarlos.

El can Cerbero, por su parte, dio origen a la palabra *cancerbero*, que se aplica a los guardias o porteros de modales groseros.

Ínfulas

Se llaman así las dos cintas anchas que penden de la parte posterior de la mitra de los obispos, que representan la dignidad de la investidura episcopal. Sin embargo, la palabra es mucho más antigua que el cristianismo: los sacerdotes de las religiones europeas precristianas ceñían sus cabezas con una venda llamada en latín *infulae*, cuyos dos extremos caían hacia ambos lados, un adorno que también usaron algunos reyes de la Antigüedad.

Hoy la palabra se emplea en sentido figurado, para denotar la vanidad de una persona. Decimos que Fulano tiene ínfulas cuando se comporta como si tuviera

la investidura de un obispo. Un ejemplo lo tenemos en *Matrimonio bien avenido* (1836), de Fernán Caballero:

Mas... ¿qué es esto? (*abre la esquila y lee*): «Querido: una de las vecinas, bella como la aurora, irresistiblemente seductora y sin ínfulas de Vestal, me ha comprometido a llevarla al baile: ahí te dejo billetes y dominós para que podáis veniros a reunir con nosotros tú y García».

Ingenuo

En latín, el adjetivo *ingenuus* significaba «natural, puro, no alterado», y se aplicaba a los hombres nacidos libres, a los ciudadanos del Imperio. En tiempos de Cicerón (siglo I a. C.) el sentido de esta palabra ya se había extendido para calificar a un hombre probo, honesto, recatado.

Lucrecio usaba la expresión *ingenuus fontes* para referirse a «manantiales límpidos» y, pocos años más tarde, Tito Livio expresaba: *Nihil ultra quam ingenui* (Nada más que hijos legítimos).

Ingenuus provenía de *gignere* «engendrar», «generar» con el prefijo *-in*, para significar «nacido dentro» (del país).

En textos de Alfonso X el Sabio, *ingenuo* conservaba aún ese significado, pero en algún momento el sentido de honestidad y recato cedió su lugar a la denotación actual de «cándido o inocente».

Inmolar

Antes de degollar una res, los romanos tenían la costumbre litúrgica de espolvorear sobre ella *salsa mola* (harina tostada mezclada con sal) y este acto se llamaba *inmolatio, onis*. Más tarde, el nombre *inmolatio* se extendió al propio acto de sacrificar a una víctima y también al de dar la vida en beneficio de una persona o de una causa.

En la India se mantuvo hasta bien entrado el siglo XX la cruel práctica del *sati*, la inmolación de las viudas en la pira funeraria de sus maridos. Los bonzos vietnamitas pusieron esta palabra en boga en la prensa internacional en las décadas de 1960 y de 1970, cuando se inmolaban por el fuego en lugares públicos para protestar contra la ocupación norteamericana.

Inmolar está registrado en español por lo menos desde mediados del siglo XVII.

Inocente

En su acepción actual, el adjetivo *inocente* se aplica a aquellos que están «libres de culpa» y a las personas «cándidas, sin malicia». El Diccionario de la Academia también registra la acepción etimológica «que no causa daño».

La palabra española se deriva de la latina *innocens*, *-ntis* «el que no perjudica», formada por *nocere* «dañar», «perjudicar», precedido por el prefijo privativo *in-*.

Por su etimología, *inocente* está vinculada a *nocivo*, que también procede de *nocere*, a través de *nocivus*. Otra palabra que comparte la etimología de inocente y coincide con su significado primitivo es *inocuo*, del latín *innocuus* «que no hace daño».

Todos estos términos tienen un origen común: la raíz indoeuropea *nek-*, de la cual provienen también, entre otras, la palabra latina *nex* «muerte violenta» y el prefijo latino *necro-* «muerte», presente en *necrología*, *necrópolis*, etcétera.

El 28 de diciembre, en los países católicos, se celebra el Día de los Santos Inocentes, en memoria de los recién nacidos que fueron degollados por orden de Herodes, cuya intención era matar a Jesús.

Inocular

Este moderno término médico proviene del latín *oculus*, que significa «ojo», voz de la que procede también *ocular*, «parte de un microscopio o de un telescopio que queda más cercana al ojo». Los latinos crearon una metáfora por la que extendieron el significado de *oculus* al capullo de una flor. Esta metáfora no llegó hasta nosotros, pero sí *inoculare*, que se usó en latín para designar el acto de injertar el capullo u otra parte de una planta.

El sentido actual de *inocular* surgió en el siglo XVIII, con las modernas técnicas médicas de introducir (o inocular) antígenos en el organismo humano, aunque al comienzo se refería sólo al virus de la viruela.

Este vocablo llegó al Diccionario de la Real Academia Española en 1803, definido como «comunicar o pegar a otro las viruelas por medio de cierta operación artificiosa»; la edición de 1852 ya admitía la inoculación de virus «de cualquier mal contagioso», y en 1869 fue reconocida la segunda acepción señalada arriba. Por entonces ya nadie se acordaba del origen vinculado a *oculus*.

Insecto

Esta palabra proviene del latín *insectus*, del mismo significado, formada a partir del participio pasivo del verbo *insecare* «hacer un corte o incisión», en alusión a las ceñiduras que marcan las partes que componen el cuerpo de estos animales.

El verbo *secare* dejó una vasta herencia en las lenguas romances con palabras como *secante*, la línea que corta un plano; *segar*, cortar las mieses; *bisectriz*, la recta que corta un ángulo en dos partes iguales; *disecar*, cortar los tejidos de un cadáver; *intersección*, el punto donde se cortan dos rectas o la recta donde se cortan dos planos.

La idea de cortar también estaba presente en el nombre que los griegos daban a los insectos: *éntomon*, voz derivada de *éntemnein* «cortar», que se refería a un ser dividido en pedazos. En las lenguas modernas, *éntomon* dio lugar a *entomología* (v. entomología) «estudio de los insectos» y también a términos del lenguaje médico que se refieren a la idea de cortar, tales como *lobotomía* o *traqueotomía*.

Insulina

Esta sustancia, aislada por primera vez en 1921, tomó su nombre del latín *insula* «isla» porque es segregada por los islotes de Langerhans, zonas aisladas de tejido endocrino situadas en el páncreas. Estos islotes son de cuatro tipos: alfa, beta, delta y células C. Los islotes de células beta, que son los más numerosos, producen la insulina, cuya presencia es fundamental para regular la cantidad de azúcar que circula en la sangre y cuya falta ocasiona la diabetes mellitus (v. diabetes).

Los islotes de Langerhans fueron descritos por primera vez en 1869 por el médico alemán Paul Langerhans (1847-1888), que tenía entonces 22 años.

Introducir

Significa literalmente «llevar hacia dentro» y proviene del latín *introducere*, compuesto de *intro* «dentro» y *ducere* «conducir», «llevar». Es interesante observar que los sentidos predominantes del verbo inglés *to introduce* son los de «usar por primera vez» y «presentar o ser presentado a alguien», o sea, *ser llevado a conocer por dentro a alguien o algo*.

Ironía

La ironía es hoy una figura retórica que implica afirmar lo opuesto de lo que se piensa, como en este texto del escritor Fernando Báez:

El impacto que produjeron las quemas de mayo 1933 fue enorme. Sigmund Freud, cuyos libros fueron seleccionados para ser destruidos, dijo irónicamente a un periodista que, a pesar de lo que pudiera comentarse, semejante hoguera era un avance en la historia humana: «En

la Edad Media ellos me habrían quemado. Ahora se contentan con quemar mis libros».

Para Sócrates, en cambio, la *eironéia* era un método de raciocinio que consistía en simular ignorancia y aceptar las proposiciones del interlocutor para demostrarle enseguida, mediante el diálogo, su inconsistencia. En tiempos de este filósofo, se decía que la ironía tenía seis grados, desde la *klenasmós* (una ironía leve y no demasiado agresiva) hasta el *sarkasmós* (el grado más cruel de ironía), pues parece desgarrar la propia carne del interlocutor (v. sarcasmo).

Izquierdo

Una de las palabras más antiguas de nuestro idioma, previa no sólo al español, sino al propio latín, pues se supone que proviene de una lengua ibérica de la región de los Pirineos, anterior a la llegada de los romanos.

En español aparece registrada en 1117 como *exquerdo* y coincide con el portugués *esquerdo*, con el gascón *esquerr* o *quer*; también con *esquer*, *esquerra* en la lengua provenzal de Oc y con *ezquerr* en vasco.

Izquierda no se refiere sólo a uno de los lados del cuerpo, el siniestro (v. siniestro), sino también al conjunto de las tendencias políticas generalmente calificadas como *progresistas* o como *radicales*. Eso se debe a que en la Asamblea Constituyente que se formó en Francia después de la Revolución francesa, los constituyentes más radicales, los girondinos, que propugnaban la transformación de la monarquía constitucional en una república federal, se sentaban en el ala izquierda del hemiciclo legislativo.

J

Jacinto

Hyacinthos era el nombre del hijo de la musa Clío, un joven dotado de gran belleza y muy amigo de Apolo, por más que las malas lenguas —que ya las había en aquella época— dijeran que el dios del sol se había apasionado por él. Un día, Apolo lanzó el disco con tan mala fortuna que el viento lo desvió y alcanzó a Jacinto en la cabeza, y lo mató en forma instantánea. Desolado por el accidente, Apolo transformó la sangre que salió de la herida de su amigo en una flor de color azul o, a veces, violeta: el jacinto.

Debido a su bella tonalidad, este nombre se le dio también a una piedra semipreciosa, el circón, que es considerada, por alguna razón desconocida, como símbolo de la lealtad e indicada para la meditación. No obstante, hay piedras de circón de otros colores, tales como rojo y amarillo.

El nombre de Hyacinthos pasó como *Hyacinthus* al latín y como *Hyacinthe* al francés, del cual llegó al español Jacinto. El nombre de la planta se registró por primera vez en nuestra lengua en 1438.

Jade

Para los chinos, el jade era esperma seco del dragón, pero hoy sabemos que este nombre se aplica por lo menos a dos minerales: la jadeíta y la nefrita, que deben contener algunos agregados en forma de gránulos de fibras muy finas y entrelazadas para ser considerados jade. En ambos casos, es un mineral de color verde, claro a veces o muy oscuro en otras ocasiones.

En Guatemala se encuentra uno de los yacimientos de jade más ricos del mundo, fuente de los colores más novedosos, como el jade Arco iris, el jade negro y el jade Oro galáctico, negro con incrustaciones naturales de oro, plata y platino.

Con frecuencia se lo confunde con el azabache, que es, en realidad, una variedad de lignito negro brillante, fósil de una familia de árboles del período jurásico extinguidos hace unos sesenta millones de años junto con los dinosaurios.

De esta confusión proviene el nombre *jade*, formado a partir de la palabra latina *gagates* y de la griega *gagatês*, que se empleaba para designar, en realidad, al azabache, cuyo nombre en español se formó a partir del árabe hispánico *zabag*,

del mismo significado en esa lengua.

Jaqueca

El diccionario la define como un dolor «recurrente e intenso localizado en un lado de la cabeza y relacionado con alteraciones vasculares intracraneales». La palabra proviene del árabe *saqiqa*, derivado del verbo *saqq* «cortar», «dividir en dos». En castellano, evolucionó de *axaqueca* en la primera mitad del siglo xv a *xaqueca* en 1500.

En el *Lapidario*, de Alfonso el Sabio, se habla de «la dolor que se faze en la media cabeça, a que llaman en arábico xaqueca». La idea de que se trata de un dolor que afecta sólo a la mitad de la cabeza también está presente en *migraña*, una deformación de *hemicrania*.

A pesar de la semejanza fonética, *jaqueca* no guarda ninguna relación etimológica con el vocablo inglés *headache* «dolor de cabeza».

Jardín

Aunque no procede del latín, esta palabra ya estaba incluida en el *Diccionario latino español*, de Antonio de Nebrija, con el significado de «huerta». *Jardín* llegó al español en el siglo xv, como calco del francés *jardin*, diminutivo del francés antiguo *jart* «huerto» y ésta, del franco *gart* «cercado», «espacio limitado por una cerca».

El vocablo alemán *garten* también se derivó directamente del franco, que era una lengua germánica, sin pasar por el francés, que, no obstante, dio origen no sólo a nuestro *jardín*, sino también al italiano *giardino*.

El descubridor Cristóbal Colón al tropezar en uno de sus viajes con un pequeño grupo de islas las bautizó «jardín de la reina», como cuenta en este pasaje de sus memorias:

Determiné de seguir adelante y navegué así entre estas canales entre estas islas, las cuales heran más ásperas que en el jardín de la Reina, y así llenas de árboles verdes y hermosos, y de aves.

Jeroglífico

La escritura primitiva de los egipcios consistía en signos representativos de objetos concretos de la vida cotidiana y símbolos de sonido. Los ideogramas reproducen no solamente el objeto dibujado, sino también ideas concretas o

abstractas afines a él, mientras que el fonograma, más vinculado a la escritura actual, representa apenas un sonido.

Este sistema de escritura, llamado *jeroglífico*, constituyó un misterio para los arqueólogos hasta que en 1799 un soldado del ejército de Napoleón descubrió una piedra con inscripciones en griego y en egipcio. En 1821, el egiptólogo francés Jean-François Champollion las descifró, abriendo así la clave para interpretar los jeroglíficos.

El nombre de esta escritura, en griego *hieroglyphikós*, se basó en *hierós* «sagrado» y *glyptein* «grabar», o sea, *escritura sagrada*, porque eran los sacerdotes egipcios quienes se servían de este sistema para grabar sus textos.

Jerosolimitano

Gentilicio que corresponde a los habitantes de Jerusalén (Hierosolyma), actualmente la capital de Israel, también considerada ciudad sagrada por los cristianos. Jerusalén fue fundada por el sumo sacerdote Melquisedec, quien le dio el nombre de Salem «ciudad de la paz». En griego se le antepuso el prefijo *hieros* «sagrado», con lo que pasó a significar «ciudad sagrada de la paz». En hebreo, *ierouschaleim* significa «visión de paz» o «visión perfecta». En español se admite también el sinónimo *hierosolimitano*.

Jinete

Durante los nueve siglos que los musulmanes ocuparon la península ibérica, su dominación llegó a extenderse hasta las fronteras del principado de Asturias, donde fueron contenidos por Pelayo. En los últimos tiempos de la ocupación, quedaron limitados al sur de la península, y su dominación terminó en 1492, cuando los Reyes Católicos retomaron su último baluarte: Granada.

Los musulmanes no presentaban una unidad monolítica, había disensiones entre ellos y las guerras eran frecuentes, ya que, además, debían enfrentar las frecuentes incursiones de los monarcas cristianos. Muchas veces los reyes moros, amenazados por sus rivales, buscaban ayuda en las tribus bereberes del norte del África.

En el siglo XIII, el rey de Granada Mohamed Ibn al Ahmar recurrió a una de esas tribus, la de los guerreros zanatis, conocidos por la crueldad y la destreza con que caían sobre sus enemigos en mortíferas cargas de caballería ligera.

Esta guerra fue narrada en la *Primera Crónica General*, de Alfonso X (1298, aproximadamente), en la que los zanatis son llamados *cavalleros ginetes*. En lengua catalana hay numerosos registros históricos en los que se llama *genet* —y

a veces *ginet*— al soldado de caballería que ataca con rapidez y huye si no puede matar a su enemigo.

La palabra *ginete* aparece con su significado actual a partir de Cervantes y fue vertida al francés como *genet*, al portugués como *ginete* y al italiano antiguo como *giannetto*, hoy *ginnetto*.

En nuestro idioma se escribió *ginete* hasta el siglo XIX, pero en 1843 la Real Academia Española incorporó la grafía actual: *jinete*.

Jitanjáfora

Esta palabra, inventada por el humanista mexicano Alfonso Reyes (1889-1959), se usa para referirse a un vocablo carente de sentido con el cual su autor se propone componer frases u oraciones que suenen en forma agradable. Reyes definió la jitanjáfora como «creaciones que no se dirigen a la razón, sino más bien a la sensación y a la fantasía, en las que las palabras no buscan un fin útil sino que juegan solas».

El poema del que Reyes tomó el término *jitanjáfora*, de autoría del cubano Mariano Brull, se titula *Leyenda*:

Filiflama alabe cundre
ala olalúnea alífera
alveolea jitanjáfora
liris salumba salífera.

Olivea oleo olorife
alalai cánfora Sandra
milingítara girófora
ula ulalundre calandra.

Jopo

El copete o jopo, que en alguna época estuvo de moda en el peinado masculino, también lleva en español el nombre de *hopo*, un residuo de cuando la *h* era pronunciada en castellano en forma aspirada, principalmente en Andalucía. La palabra proviene del franco *huppe*, que era el nombre que ese pueblo germánico daba a cierta ave que en latín se llamaba *upupa* y que en el francés actual se

llama *huppe*.

José Zorrilla usó el término *jopo* en *El encapuchado* (1855):

En cogiendo él el hisopo, veras, aunque sea un diablazo, cómo al primer hisopazo se va sacudiendo el jopo.

En el Río de la Plata se habla del *tiempo del jopo*, como una época que parece corresponder a las postrimerías del siglo XIX o a los comienzos del siglo XX, según vemos en la letra del tango *Mama, yo quiero un novio* (1927), de Roberto Fontaina:

Yo quiero un hombre copero
de los del tiempo del jopo,
que al truco conteste «quiero»
y en toda banca va al copo.

Jota

La letra jota no existía en el alfabeto romano, en el que se confundía con la *i*; y ambas están emparentadas en tal medida que la letra jota se pronuncia como *i* en el alemán moderno. La jota fue introducida en la imprenta por tipógrafos holandeses y llegó al español de la mano de uno de ellos, Pedro Ramus, razón por la cual hasta algunas décadas atrás, muchos la llamaban *jota de Holanda*.

Sin embargo, los holandeses no inventaron la jota; la tomaron de la *iota* griega, que provenía, a su vez, de los alfabetos hebreo y caldeo, en los cuales era la letra más pequeña, de donde surgió la expresión *no sabe ni jota*, que equivale a «no sabe nada, ni la letra más pequeña».

Jovial

Desde la más remota Antigüedad, los hombres creyeron que la vida sobre la Tierra estaba sujeta a la influencia de los planetas y las estrellas. Algunos de los mayores astrónomos de la historia se ganaron el sustento haciendo horóscopos, por ejemplo Kepler, y son muchas las personas que aun hoy dan crédito a esas cosas, como demuestran las páginas de horóscopos en diarios y revistas.

El planeta más grande del sistema solar representaba al dios principal de la mitología grecorromana: Zeus para los griegos o Júpiter para los latinos, quienes también lo llamaban Jove, un dios que era considerado como la fuente de la

alegría y la felicidad. Esto explica el hecho de que el adjetivo latino *jovialis* fuera usado con el sentido de «relativo a Júpiter».

La palabra permaneció en italiano como *gioviiale*, para denotar «alegre, bienhumorado»; en la primera mitad del siglo XVI, Rabelais la llevó al francés como *jovial*; y un siglo más tarde, fue adoptada por el español.

Vale la pena recordar que *jueves* también llegó al castellano —así como el francés *jeudi* y el italiano *giovedì*— procedente del latín *dies Jovis* «día de Júpiter».

Judío

En lengua hebrea, la palabra *y'hudah* significa «celebrado, festejado», pero éste fue también el nombre del cuarto hijo de Jacob, así como el de la tribu israelita constituida por sus descendientes.

O sea que, originalmente, los *y'hudah* eran los *hebreos del Reino de Judá*. Este nombre se extendió más tarde a los miembros de las doce tribus de Israel.

Y'hudah pasó al arameo *jehudhai* y éste, al griego *iudaios*, a partir del cual se formó el vocablo latino *Iudaeum*, *Iudaeus*, que llegó al español como *judío*.

Junio

Sexto mes del año, es uno de los cuatro con treinta días. Su nombre es un homenaje a la diosa romana Juno, Hera para los griegos.

Entre los romanos, Juno era la diosa de la maternidad, protectora de las mujeres y del Estado, esposa de Júpiter y reina del Olimpo.

Hay dos hipótesis para el origen del nombre de la diosa romana: una de ellas se basa en la raíz indoeuropea *yeu-* «fuerza vital»; según la otra, se derivaría la diosa etrusca Uni. Sin embargo, hay quien dice que Uni derivó de Juno, lo que fortalecería la hipótesis de la raíz indoeuropea.

Julio

Séptimo mes del año a partir del calendario juliano (46 a. de C.), julio era el quinto mes en el calendario republicano romano, en el que se llamaba *quintilis*. El nombre actual se lo impuso Julio Cesar, que había nacido en julio.

Jurídico

Del latín *iuridicus*, formado con *ius* «derecho» y *dicere* «decir», dio lugar a una

vasta familia de términos vinculados al derecho.

Iurisconsultus se formó mediante *iuridicus* y *consulere* «pedir consejo» y tomó la forma *jurisconsulto*.

Iurisprudens, *-entis* dio lugar en español a *jurisprudente*, empleada en nuestra lengua desde comienzos del siglo XVIII, se compone de *iuris* y *prudens* «sabio», «informado», «enterado».

Jurar, del latín *iurare*, pertenece a la misma familia de palabras y fue utilizada inicialmente con el sentido de «formular una declaración poniendo a un dios como testigo». Ovidio decía *iurare deos* «jurar por los dioses» y *iurare per Iovem* «jurar por Júpiter».

K

Kermés

Palabra procedente del francés *kermesse* y ésta, del neerlandés medio *kercmisse*, formada por *kerk* «iglesia» (v. iglesia) y *miss* «misa» (v. misa) para denominar una fiesta popular al aire libre que se celebraba en Flandes en los días de Carnaval.

Festividad originariamente religiosa, adquirió con posterioridad un carácter laico, y el nombre se aplicó en esa región a cualquier fiesta popular.

En el siglo xx, el vocablo fue retomado para designar fiestas parroquiales celebradas con el objeto de recaudar fondos para el sustento de la parroquia.

Una kermés célebre, aunque de ficción, se narra en el filme franco-alemán *La kermesse heroïque*, sobre la llegada del ejército español a Flandes en 1716, hecho que aterrorizó a los aldeanos al punto de que el alcalde se hizo pasar por muerto. Su esposa, mujer inteligente y resuelta, se puso al frente de las mujeres del pueblo para recibir a los conquistadores con una gran fiesta de la que nadie se arrepentiría: ni ellas, ni los soldados... ni los maridos, que salvaron así sus vidas.

L

Laberinto

En la civilización egea, que se desarrolló antes de la llegada de los helenos, era común la construcción de enmarañados laberintos en cuyos innumerables corredores, cámaras y vericuetos solían perderse los visitantes.

Los latinos llamaron a estas construcciones *labyrinthus*, del griego *labyrinthos*, una palabra que, según el lingüista francés Antoine Meillet, especializado en lenguas indoeuropeas, tiene probable origen cario. Los carios habitaban la región del mar Egeo y fueron desplazados por los helenos unos nueve siglos antes de nuestra era.

Sin duda, el más famoso de aquellos laberintos era el de Creta, que, según la mitología griega, fue construido por Dédalo para encerrar al mítico Minotauro, un animal sanguinario con cuerpo humano y cabeza de toro.

Laca

La laca es un barniz duro y brillante, usado sobre todo por chinos y japoneses, compuesto por una sustancia de color rojo, resinosa y transparente, originaria del norte de la India. Esta sustancia está formada por la mezcla de cuerpos de insectos y la savia de los árboles a cuyas ramas se adhiere. El líquido de los árboles sale a la superficie merced a la picadura de esos insectos.

El insecto se llama *Laccifer lacca*. En el cuerpo de sus hembras, abunda una sustancia resinosa de color carmesí, *tinte de laca*, muy parecida a la de la cochinilla. *Laca virge* es la designación con que se conoce el conjunto constituido por la resina, los insectos que quedan incrustados en ella, el mencionado tinte de laca y toda suerte de impurezas. Después de que esta sustancia se funde y purifica, se obtiene una resina sólida en forma de hojas delgadas, la *laca comercial*.

La palabra *laca* proviene del árabe *lakk*, derivado del sánscrito *laksa*, primitivo nombre de la laca.

Lacónico

Los espartanos, un pueblo de guerreros de la antigua Grecia, habitaron Laconia,

país del sur de Grecia, a orillas del mar Egeo y del Mediterráneo, más concretamente, Esparta, su capital. Debido, tal vez, a los rígidos hábitos militares impuestos por su organización social, los espartanos eran gente de pocas palabras.

Se cuenta que Filipo de Macedonia amenazó en cierta ocasión con invadir sus tierras: «Si entro en Laconia, voy a arrasar y someter Esparta», dijo el padre de Alejandro Magno. La respuesta de los espartanos pasó a la historia como un ejemplo de laconismo: «Si...».

Por esa época surgió el adjetivo griego *lakonikós* «espartano», «lacedemonio», que pasó al latín como *laconicus* y llegó hasta nosotros como *lacónico*.

Del poeta español Baltasar Gracián se ha dicho, por ejemplo, que «esgrime un estilo breve y ceñido, *lacónico*, en el que las palabras, a fuerza de apurar sus posibilidades de expresión, vuelven a cobrar vida».

Ladrón

Los mercenarios que formaban parte de la escolta de los emperadores de Roma se llamaban *latro*, *latronis*, y el verbo *latrocinare* significaba «servir en el ejército».

Con la descomposición del Imperio romano, la paga de los *latronis* empezó a demorarse hasta que terminó por no llegar más, con lo que, por tratarse de asalariados que tenían el derecho de portar armas, se convirtieron en ladrones y salteadores, dando lugar al significado actual de *ladrón* y *latrocinio*.

Lagarto

Los latinos llamaron *lacertus* a aquel reptil cuyo nombre llegó a nosotros como *lagarto*, después de pasar por *lacartus* en el latín medieval vulgar. Lo curioso es cómo esta palabra ingresó al inglés con el artículo castellano (el lagarto) y adoptó en esa lengua la forma *allegater* (SHAKESPEARE: *Romeo y Julieta*), hoy *alligator*.

Laico

Palabra proveniente del griego *laos* «pueblo», *laikos* significa «que pertenece al pueblo en general y no a un grupo en particular». En la Edad Media, *laikos* se utilizó por oposición a *clero*, que era un grupo particular, o sea, tenía el sentido de «que no pertenece al clero», «que no es eclesiástico».

En el español de hoy conserva estos sentidos, pero se aplica también a la entidad

que es «independiente de cualquier organización o confesión religiosa», como en *Estado laico* o en *enseñanza laica*.

El laicismo se define como «doctrina que defiende la independencia del hombre o de la sociedad, y más particularmente del Estado, respecto de cualquier organización o confesión religiosa» (DRAE). La palabra *laicidad* usada a veces por la prensa, debería ser reemplazada por *laicismo*.

Lámpara

En español antiguo se decía *lámpada*, así como aún hoy se dice *lâmpada* en portugués. Proviene del acusativo latino *lampada* «antorcha», que se deriva del griego *lampás*, proveniente del verbo *lampein* «brillar», «resplandecer».

En latín tardío, *lampada* dio lugar al verbo *lampare* «brillar» y éste, a *lampicare* «relampaguear», del que se derivó en italiano *lampeggiare*, con el mismo significado.

Latino

Originariamente, era el gentilicio de los pueblos del Lacio, pero se aplicaba también a la lengua latina. En la actualidad, se refiere a los pueblos de América y de Europa en los que se hablan lenguas derivadas del latín.

El origen de la palabra se sumerge en la bruma de remotas leyendas surgidas en los tiempos homéricos. Durante la guerra de Troya, Latinus era el rey de los aborígenes (de *ab origines*), primitivos pobladores de la península itálica.

Dice el relato que Eneas, después de la toma de Troya por los aqueos, llegó en su huida a la costa italiana y allí fue acogido con su familia por Latinus. Iulo, uno de los hijos de Eneas, fue el fundador de la familia Iulia, en la que nacería Julio Cesar ocho siglos más tarde.

Otra historia cuenta que Latino había guerreado contra Eneas y que, muertos ambos, los tirios y los aborígenes decidieron unirse para formar un nuevo pueblo, al que dieron el nombre del rey Latinus.

Más allá de la milenaria leyenda, lo cierto es que el nombre *latinus* lo tomaron los romanos para sí y para su lengua y cultura. Tras la caída del Imperio romano, se llamaron *latinos* los países que habían sido conquistados por Roma y también las lenguas que derivaron del latín.

La palabra cruzó el océano en la segunda mitad del siglo XIX, cuando intelectuales que rodeaban al emperador Napoleón III acuñaron la expresión *América latina* para justificar la invasión de México y la imposición de

Maximiliano como emperador. Napoleón III creía que la expresión *América latina* hacía resaltar el carácter latino de Francia y la aproximaba a los mexicanos.

A comienzos del siglo xx, cuando este nombre tendía al olvido, fue rescatado por las corrientes políticas de izquierda para diferenciar a los países iberoamericanos de los Estados Unidos. En general, no suele usarse la expresión *América latina* ni el gentilicio *latinoamericano* para referirse a los canadienses de origen francés, quienes también son americanos de herencia latina.

En España la expresión siempre se ha usado poco, tal vez por entender que con ella se tiende a diluir el papel de España en América; se prefiere *hispanoamericano* o, cuando se desea incluir a Brasil, *iberoamericano*.

Lazareto

En el siglo xv, las autoridades de Venecia ordenaron la construcción de un hospital para aislar a las víctimas de una epidemia mortal que asolaba esa región. El edificio se terminó en 1423 en la isla de Santa María de Nazaret, situada enfrente de la ciudad.

Debido a su ubicación geográfica, se le dio primero el nombre de *nazareto*, por contaminación con el latín medieval *lazarus* «leproso», «mendigo enfermo», tomado del nombre griego *Lázaros* y éste, del hebreo *Eleazar*.

El cronista español Francisco de Miranda se refiere así al lazareto en su obra *Viaje por Italia* (1783):

Toda la noche corrimos con viento fresco del N. Ne. de modo que á las 7 de la mañana que me levanté de dormir estavamos ia sobre Venecia, y á las ocho entramos por el Lido dando fondo inmediato al Lazareto (la distancia es de 90 millas) el capitan fue a tierra para manifestár sus papeles, y luego bolvio á bordo, donde fletamos una pequeña barca entre todos los pasajeros y juntos con nuestros equipages seguimos á la Ciudad [...].

Lechuga

Algunos tipos de lechuga segregan un líquido blanco, lechoso, que es el que dio nombre a esta planta en latín: *lactuca*. Esta denominación pasó al francés como *laitue* y al inglés primero como *letuse*, y luego con la forma actual *lettuce*.

La palabra se registra en español como *lechuga* desde 1400. El fragmento siguiente fue extraído del libro *Tratado de agricultura*, del año 1504, firmado

por Gabriel Alonso de Herrera.

[...] Aquella pelotilla con más estiércol de aquello y la ponen en tierra bien estercolada y la simiente del rábano cresce hacia baxo como suele y la lechuga hacia riba y terná en sí algo del sabor de las otras plantas o simientes.

Lempira

Con frecuencia nos consultan sobre el origen del nombre de algunas monedas centroamericanas, como la de Honduras: la *lempira*, creada en 1933, cuando toda América latina se debatía en medio de graves problemas económicos desencadenados a partir de la crisis norteamericana de 1929.

Lempira fue un cacique indígena centroamericano que luchó contra la conquista española en la primera mitad del siglo XVI. El capitán Alonso de Cáceres, al frente de ochocientos soldados, sitió a Lempira en 1539 y, finalmente, envió a dos de sus hombres a negociar con él, pero éstos lo asesinaron. Lempira es considerado hoy en Honduras un héroe nacional y, por esa razón, se puso su nombre a la moneda y a un departamento de ese país.

Lenteja

La palabra latina *lens*, *lentis* significaba en esa lengua «lenteja», pero entró al español a comienzos del siglo XVIII como *lente*, para designar los cristales curvos de aquel adminículo que por entonces se empezaba a conocer: los anteojos o gafas (v. gafas).

Sin embargo, la palabra latina original había sentado raíces en nuestra lengua mucho antes: *lens*, *lentis* tenía un diminutivo, *lenticula*, que aparecía en castellano ya en el siglo XIII como nombre de la planta leguminosa *Lens esculenta* y de su semilla. Su forma castellana era *lenteja*, que llegó al portugués como *lentilha*.

Lesbiana

Este adjetivo, que se aplica a las mujeres homosexuales, nació a partir del nombre de la isla de Lesbos, en el mar Egeo, que fue un brillante centro de vida intelectual y artística en los siglos VII y VI a. de C. El nombre más destacado de la producción literaria de aquella época es el de la poetisa Safo, de la cual hoy se conservan algunos versos, pero cuya contribución fue tan importante en la formulación del género literario helénico de su época que se llegaron a acuñar

monedas con su efigie.

En algunos de los versos más dulces y tiernos de Safo, se rinde homenaje a la belleza de la jóvenes de mayor hermosura de la isla, de donde se concluyó que la poetisa era homosexual, aunque, en realidad, poco se sabe sobre ella, y no hay ningún dato que permita afirmar esto en forma categórica.

En aquella época, las mujeres de las familias pudientes de Lesbos solían reunirse en sociedades informales para deleitarse en placeres como la composición y el recitado de poesías. Safo, inspiradora de uno de esos grupos, atrajo a un gran número de admiradoras de otras ciudades, que fueron a la isla a componer y a disfrutar poesías, cuyos temas principales solían ser los amores, odios y celos que surgían en aquella atmósfera.

Ocho siglos después de su muerte, sus trabajos fueron publicados por la biblioteca de Alejandría, pero no sobrevivieron a la Edad Media, y todo lo que hoy resta de su obra es un único poema completo de veintiocho líneas, además de numerosos fragmentos cuyo número aumentó con el descubrimiento de papiros (v. papiro), pero se considera que constituyen apenas una pequeña fracción del trabajo de Safo. En lo que quedó de su obra, no hay ninguna referencia a actividades homosexuales, pero la isla se convirtió en símbolo del amor entre mujeres, y el nombre de Safo perduró en la literatura como denominación de los versos endecasílabos, también llamados *sáficos*.

Letal

(V. letargo).

Letargo

Sopor, modorra y también estado de somnolencia prolongada y profunda, causado por enfermedades nerviosas, infecciosas o tóxicas.

En la mitología griega, Lete, la hija de Eris —personificada por lo general como diosa de la discordia— dio su nombre al manantial del Olvido, que más tarde se convirtió en la laguna Lete o río Leteo, en cuyas aguas los muertos bebían para olvidar su vida terrestre por completo. Las almas que retornaban a la vida, ya con un nuevo cuerpo, volvían a beber del río Leteo para olvidar lo que habían visto en el mundo de las sombras. El nombre de Lete proviene del verbo *lanthano* «olvidar», «esconder».

Lete acabó por convertirse en alegoría de la muerte y del sueño. En latín, su nombre dio lugar a *letum* «muerte» y *letalis* «letal», y en griego a *lethargos* «letargia». La palabra *latente* es del mismo origen y significa «oculto»; aunque

suele usarse equivocadamente en el sentido de «palpitante, vivo», pensando que proviene del verbo *latir*.

Leyenda

El verbo latino *legere* significó originalmente «recoger, cosechar, robar», pero con el correr del tiempo fue adquiriendo el sentido de «cosechar con los ojos», especialmente «leer». En el latín medieval, se usó el gerundio de este verbo, *legenda*, con el significado de «algo para ser leído» y en esa época se aplicaba, sobre todo, a los libros sobre vidas de santos.

Como durante la Edad Media las biografías de los santos fueron una mezcla de hechos más o menos comprobados y de fantasías inverificables, *legenda* fue adquiriendo el sentido que le da hoy la Academia de «relación de sucesos que tienen más de tradicionales o maravillosos que de históricos o verdaderos».

Sin embargo, no olvidemos que las vidas de los santos suelen ser consideradas maravillosas y ejemplares, de modo que esa característica se adscribió al significado de la palabra. Esto ocurrió en forma más acentuada en las últimas décadas, cuando la prensa adoptó el hábito de imponer el adjetivo *legendario* a personajes que se destacaron en alguna actividad en el pasado no necesariamente remoto, por ejemplo, a figuras contemporáneas como Pelé y Maradona o a sujetos famosos desaparecidos hace algunos años o décadas, como Joe Louis, María Félix o el Che Guevara.

Libia

El nombre de este país, una de las partes del continente africano conocidas por los europeos en la Antigüedad, se usó durante muchos siglos junto con el de África (v. África) para designar a todo el Continente Negro, hasta que a fines del siglo XVI se impuso el de África.

Esta extensión —que le hubiera encantado al coronel Gadafi— venía desde los tiempos del historiador griego Heródoto, quien llamaba *Libia* a toda el África explorada y afirmaba que su nombre provenía de alguna mujer mítica, como ocurría con los de Asia y Europa.

No obstante, a medida que África se iba tornando más conocida y, por ende, menos amenazante, la región denominada *Libia* se fue reduciendo a dimensiones muy semejantes a las actuales.

El escritor romano Marco Terencio Varrón, que vivió en el siglo II antes de nuestra era, afirmó que el nombre *Libia* se derivaba del griego *Libis* «viento austral», pero otros opinaron que provenía del nombre de un pueblo del oeste de

Egipto, llamado en hebreo *lubim*, según los textos bíblicos.

Libro

Libro proviene de *liber*, la palabra con que los romanos designaban la parte interior de la corteza de los árboles, que usaban para escribir. Con ligeras variantes, este vocablo se repite en todas las lenguas romances modernas (*livre* en francés, *livro* en portugués, *libro* en italiano, *llibru* en asturiano, entre otras). El primer libro impreso de la historia —una Biblia en dos tomos, con 1282 páginas escritas en caracteres góticos, conocida como la *Biblia mazarina*— fue editado por el propio inventor de la imprenta, Johannes Gutenberg. Este impresor alemán construyó la primera prensa de tipos móviles en Maguncia en 1454, un año después de la toma de Constantinopla por los turcos, hecho que dio inicio a la época moderna.

Sin embargo, los primeros libros manuscritos ya habían aparecido unos dos mil años antes, en Corea y China, confeccionados con hojas de palmera, tablas de madera pulida, corteza de árboles y hojas de seda. Algunos siglos después, aparecieron libros hechos con placas de arcilla en Asiria y Caldea y también en Roma, con pergaminos confeccionados con piel de carnero. Con esos materiales, se comprende que los primeros libros fueran muy diferentes de los que hoy conocemos. Los de pergamino, por ejemplo, eran rollos que aparecían escritos de un solo lado, pero en la época de Augusto, alguien tuvo la idea de doblar los grandes pergaminos en hojas, cortarlas y coserlas en cuadernos (v. cuaderno) para darle al libro la forma rectangular que ha conservado hasta hoy.

Licenciado

Tiene el mismo origen que *lícito*: el latín *licitus* «permitido», participio pasivo del verbo *licere* «ser lícito» o, también, «estar en venta».

De ahí el significado de *licencia* con el sentido de «permiso» y de *licenciado* como «aquel que tiene un permiso otorgado por una universidad para ejercer una determinada actividad».

La idea de permisividad a que alude *licere* aparece también en *licencioso*, palabra que se refiere al uso abusivo y descontrolado de la libertad.

Del otro significado del verbo latino, «estar en venta», se derivó *licitación* y toda su familia: *licitar*, *licitante*, *licitador*.

Liceo

Una de las virtudes que los griegos le atribuían a Apolo era su destreza como

matador de lobos (*lykoi*), por lo que su templo en Atenas se llamó Lykeion. En el siglo IV a. de C., Aristóteles se reunía allí con sus discípulos para transmitirles sus enseñanzas. Así se derivó el vocablo latino *lyceum* para denotar lugar de enseñanza, nombre que Cicerón adoptó en el siglo I a. de C. para su quinta en Túscolo, donde impartía sus lecciones.

De la palabra griega *lykoi* proceden otras en español, tales como *licantropía* (creencia popular sobre la transformación de un hombre en lobo) y *licántropo* «hombre-lobo» (según esa creencia).

Liceo aparece en el Diccionario de la Academia en 1780, con el sentido de «la universidad o escuela pública donde se enseñan las ciencias», aunque en muchos países hoy se da ese nombre a los establecimientos de enseñanza secundaria.

Limítrofe

El código elaborado por el emperador Teodosio establecía que se cultivaran tierras en las fronteras del Imperio romano para alimentar con sus frutos a las tropas que custodiaban los límites del dominio de Roma. Esas tierras se llamaron *limitrophus*, palabra compuesta del latín *limes*, *limitis* «sendero entre dos propiedades rurales» y del griego *trophé* «alimentación».

Éste es asimismo el origen del latín vulgar peninsular *limde*, voz registrada en 934, de la cual se derivaron *lindero*, *lindante*, *colindante*.

También está en el origen del adjetivo *liminaris* «del umbral de la puerta», de donde procede *preliminar*, etimológicamente «antes del umbral».

Limpio

Limpio, que ya estaba en el castellano del *Cantar de Mio Cid*, proviene del latín *limpidus*, éste se originó en *lymphá*, que significaba «agua», en especial, clara y cristalina. Hacia 1440 se empezó a usar esta palabra latina, españolizada como *linfa*, para designar el «humor que circula por los vasos linfáticos». En latín, *lymphá* había significado también «divinidad acuática», tomada del griego *nymphé* «divinidad de las fuentes», «mujer joven» y «novia, recién casada», y dio lugar al español *ninfa*.

A esta misma familia de palabras pertenece el vocablo español *paraninfo*, que designa el lugar de una universidad donde se pronuncia el discurso de bienvenida a los nuevos estudiantes, pero que hasta el siglo XVIII era el nombre que se daba al profesor que pronunciaba ese discurso. En griego, *paranyphos* significaba «padrino de casamiento», derivado del prefijo *para-* «al lado de» y *nymphé* «novia».

Linchar

Linchar es el acto de hacer justicia por la propia mano, ejecutando a un supuesto delincuente, sin forma de proceso ni sentencia legal, generalmente a manos de una turba. La práctica de esos actos brutales, que con frecuencia llevan al asesinato de inocentes, floreció en los Estados Unidos durante los años que siguieron a su independencia, cuando la justicia británica se retiró y la nueva justicia demoró en consolidarse en muchos lugares, en los que el desorden imperó durante largo tiempo.

La palabra proviene del nombre del plantador virginiano William Lynch, quien durante la revolución independentista había luchado con el grado de capitán y formado un grupo irregular para castigar a los monárquicos, pero que, una vez constituida la nueva nación, se dedicó a reprimir a presuntos delincuentes. Algunos autores mencionan una supuesta *ley de Lynch* que nunca existió como tal; en realidad, dieron ese nombre a un documento suscrito por Lynch y sus vecinos del condado de Pittsylvania en el que se decía: «Considerando el intolerable número de pérdidas que hemos sufrido a manos de hombres sin ley que hasta ahora han escapado de la justicia, hemos decidido infligir a los sospechosos que no desistan de sus prácticas perversas, los castigos corporales que juzguemos proporcionales a los delitos perpetrados».

Esta práctica se siguió aplicando, principalmente por parte de racistas blancos, mucho después de que la justicia estadounidense estuviera plenamente consolidada, al punto de que entre 1882 y 1951 fueron asesinadas por linchamiento en los Estados Unidos 4730 personas, el 73% de las cuales eran ciudadanos negros.

Linfa

(V. limpio).

Litera

Es el nombre de las camas simples y estrechas usadas en barcos, trenes y cuarteles, que se suelen colocar una encima de otra para ahorrar espacio. La palabra proviene del catalán *llitera*, con el mismo significado, derivada de *llit* «cama». Este último vocablo se formó a partir del latín *lectus* «cama», al igual que la castellana *lecho*.

Liturgia

Es el «orden y forma en que se llevan a cabo las ceremonias de culto en las diversas religiones». O, también, el «ritual de ceremonias o actos solemnes no religiosos».

Del bajo latín *liturgia* y éste, a su vez, del griego *leitourgia*, que significaba «servicio del culto» y, por extensión, «servicio público, función pública». Los funcionarios públicos en la antigua ciudad ateniense eran llamados *leiturgós*. En aquella civilización, eran funcionarios públicos los encargados del cumplimiento de los rituales litúrgicos.

Entre los católicos occidentales, liturgia abarca todas las funciones del culto, pero en las iglesias ortodoxas griega y rusa se refiere sólo a la misa.

Entre las liturgias orientales se destacan la siria o antioquina, originada a partir del apóstol Santiago, de la cual se derivan los ritos bizantino, armenio y nestoriano, y la liturgia alejandrina o egipcia, basada en san Marcos, que sobrevive entre los coptos y los abisinios.

En las iglesias occidentales de tradición latina, se distinguen la liturgia galicana, que incluye la celta y la mozárabe; la ambrosiana de Milán y la romana, dominante en el mundo católico.

La liturgia romana, surgida entre los siglos III y IV, adoptó la celebración de sus rituales en latín durante casi toda su historia, pero a partir del Concilio Vaticano II, se instituyó la celebración de la misa (v. misa) en la lengua de cada país.

Llama

Los antecedentes más remotos de esta palabra los hallamos en la raíz *bhel-*, que en las lenguas prehistóricas de los pueblos indoeuropeos, unos quince siglos antes de nuestra era, significaba «brillar o quemar». Esta raíz subsistió en palabras del griego clásico, como *phlegain* «encender», «quemar», y en el sustantivo *phlox*, *phlogos* «llama», «fuego» o «lengua de fuego que produce luz y calor», de cuyo acusativo singular (*phloga*) se formó en el griego medieval la palabra con la cual los griegos siguen designando hasta hoy la llama olímpica: *flogha*.

Phlox se encuentra en las obras de Homero: en la *Ilíada* con el significado de «fuego centelleante» y en la *Odisea* con el de «fuego divino». En el siglo V antes de nuestra era, llamado el *siglo de oro* de Atenas, tanto Píndaro como los tres grandes dramaturgos helénicos Sófocles, Eurípides y Esquilo denominaron *phlox* al «relámpago-trueno» lanzado por Zeus y también, metafóricamente, a «la pasión».

Phlegein llegó al latín convertida en *fulgeo* «quemar», «brillar», «relampaguear», que dio origen a *flamma* «llama», «fuego». Este término latino derivó en castellano a *llama*, palabra que está registrada en nuestra lengua desde el siglo XIII.

La voz latina *flama* dio nacimiento a muchas otras palabras castellanas, tales como *flama*, *flameante* y *flamear*.

Llave

Las primeras cerraduras que se usaron en Roma eran extremadamente simples: consistían en dos argollas, una en cada hoja de la puerta, en medio de las cuales se pasaba un clavo (*clavus*, *clavi*). Este sistema facilitaba en tal grado el trabajo de los ladrones que, para evitarlo, los artesanos fueron ideando sistemas cada vez más complejos en los cuales se confería al clavo una forma específica para cada puerta, de forma que sólo el dueño de casa o quien tuviera aquel clavo podía abrir y cerrar. Con esta novedad, el nombre *clavo* cambió ligeramente para llamarse *clavis* «llave», «clave».

El jurisconsulto Papiniano usaba la expresión *clavem tradere* con el sentido de «entregar la administración de los bienes», y Cicerón usó *claves adimere* como «sacar las llaves a la mujer, repudiarla». En sentido figurado, se usó *clavis scientiae* como «clave de la ciencia».

En castellano *llave* se usó desde muy temprano, al punto de que la palabra aparece ya con su forma actual desde los poemas de Berceo. *Clave* llegó más tarde, adoptada por vía culta, en la segunda mitad del siglo XVI, y con un significado muy específico que se restringía a lo que sería el sentido figurado de *llave* «código secreto, “reglas que revelan su funcionamiento” y a un “conjunto de signos”».

Llorar

Deriva del latín *plorare*, que tiene el mismo significado. En el *Cantar de Mio Cid*, alternan *plorar*, más cercana al bajo latín, y *lorar*, que se aproxima más a la forma moderna.

La palabra latina se mantuvo en el francés *pleurer*, pero no llegó al inglés (*cry*) ni al alemán (*weinen*).

Lona

Hacia fines de la Edad Media, las velas de los navíos se confeccionaban con una tela fuerte y resistente que se fabricaba en la ciudad francesa de Olonne, cerca de

Nantes y sobre la costa del golfo de Vizcaya.

Por esa razón, tal tela se llamó inicialmente en español *olona*, como figura en el *Diccionario latino-español*, de Antonio de Nebrija, pero en el *Diccionario español-inglés*, de Stevens (1706), ya aparece con su forma actual *lona*, definida como «tela de navegar». No obstante, en diccionarios posteriores figura como *alona* hasta el siglo XIX.

Lotería

La historia de esta palabra nos muestra cuán antigua es la tendencia de los seres humanos a buscar en el azar la solución de sus problemas. En efecto, en su origen más remoto, encontramos la palabra germánica prehistórica *khlut*, usada para designar los objetos de los cuales aquellas tribus se valían para tomar decisiones al azar, que llegó a la lengua de los francos y al inglés antiguo como *hlot*. Entre los francos *hlot* ya aparecía vinculada, como hoy, a la idea de ganar mucho dinero rápidamente y significaba «herencia» y también «azar». En inglés la palabra mantuvo su antiquísimo significado original.

El término germánico llegó al neerlandés, lengua en la cual adoptó la forma *loterij*, a partir de la cual surgieron el vocablo italiano *lotteria* y el francés *loterie*, que llegó a nuestra lengua convertido en *lotería*.

Luna

El nombre de nuestro satélite nos viene del latín *luna*, contracción de *lucina*, una forma del verbo *luceo*, *lucere* «brillar», «iluminar». El verbo latino *luceo* provenía de la raíz indoeuropea *leuk-* «brillar», «iluminar».

Muchas palabras de nuestra lengua derivan del nombre del astro, que los griegos llamaban *Selene*. Así, *lunar* es el nombre de una mancha oscura y más o menos redonda en la piel; aunque no se sabe con certeza si se llamó así porque su redondez recordaba la de la luna o porque se creía que el lunar era causado por la influencia del astro sobre el niño aún en el seno de su madre. Esta segunda hipótesis parece ser la preferida por Corominas, quien cita un pasaje de Suetonio en el que se dice que Augusto nació con varias manchas sobre el cuerpo en la forma, orden y número de las estrellas de la Osa Mayor. Este etimólogo señala que sobre esta base puede haberse asentado la creencia del influjo de la luna sobre la aparición de los lunares.

No se detienen allí las creencias acerca del efecto de la luna sobre los hombres: *lunático* es el que padece locura no permanente, sino por intervalos, como las fases de la luna. Y no olvidemos la *luneta*, el pequeño cristal redondo que es la parte principal de los anteojos, y, también, la platea del teatro, que tiene forma

de media luna. Ni el *lunarejo*, el animal llamado así porque tiene en su pelaje manchas que recuerdan lunares. Ni el *lunes*, el primer día de la semana, que tomó su nombre del latín *dies lunae* «día consagrado a la Luna».

Lupanar

Registrada por primera vez en español en el *Diccionario de autoridades* (1734), esta palabra proviene del latín *lupanar*, que designaba la «casa de la prostituta», debido a que esas mujeres eran llamadas en latín vulgar *lupa* «loba», aunque los clásicos prefirieran usar el más refinado *meretrix* «la que se gana la vida por sí misma».

En el español actual, como también en portugués, *lupanar* significa «prostíbulo». Curiosamente, *Louvre*, el nombre de uno de los museos más famosos del mundo, tiene un origen semejante, pues proviene del latín *lupara* «lobera», «albergue para lobos». En efecto, el palacio donde está emplazado el célebre museo parisién fue originalmente una fortificación construida en una de las márgenes del Sena, comparada en su tiempo con una guarida de lobos.

Lustró

Hoy llamamos así a cualquier período de cinco años, sin detenernos a pensar que no hay nada en esta palabra que parezca sugerir el número cinco. Sin embargo, en la antigua organización militar de los romanos, *lustró* era el intervalo de cinco años entre dos censos consecutivos en los ejércitos del Imperio.

Originariamente, *lustrum* era el nombre que se daba en latín a cierto sacrificio de purificación, derivado de *lustrare* «iluminar», «dar brillo» y, por extensión, «purificar». Las purificaciones rituales tenían lugar cada cinco años y, a partir de cierta época, se aplicó a los intervalos de los momentos en que el ejército se *purificaba* —en el sentido de que «se iluminaba con información»— mediante el censo.

M

Macabro

Proviene del francés *macabre*, registrada por primera vez hacia 1832, en la expresión *danse macabre* «baile de los muertos». El etimólogo francés J. Dubois afirma que se trata de una alteración de *danse macabré* «baile de los muertos», empleada originalmente por Jean Le Fèvre en el siglo XIV para referirse a la universalidad de la muerte, un tema que dio lugar bajo ese nombre a expresiones artísticas en literatura, pintura y escultura.

En la Edad Media, la historia de los Macabeos, heroicos hermanos hebreos que murieron como mártires, se asoció en Francia a la idea de la muerte y el nombre de esta familia se alteró —de *Machabés* a *macabre*— por influencia de la raíz semítica *qbr*, que aludía a la idea del sepultamiento.

Los Macabeos eran una familia muy influyente en la sociedad hebrea, cuya historia se narra en el Antiguo Testamento. Llamados también asmoneos por tener como antepasado común a Asmón, habían tomado su nombre del arameo *makabá* «martillo», un apodo de Judas Macabeo, luego transmitido a toda su familia.

Macadamia

Así como el ingeniero escocés John L. McAdam inventó un sistema de construcción de caminos que lleva su nombre (v. macadán), un casi homónimo suyo, el médico australiano nacido en Escocia, John Macadam, vinculó su nombre para siempre a un árbol de la región del Pacífico, muy apreciado por las semillas comestibles que produce, que se llaman en castellano *nueces de macadamia*.

Macadán

Como hemos dicho en la entrada anterior, el ingeniero escocés John L. McAdam concibió en la primera mitad del siglo XIX un sistema para la construcción de caminos con piedra machacada y luego comprimida con un pesado rodillo. McAdam sostenía que, si la tierra estaba bien drenada, podía soportar cargas sin límites. Este sistema se impuso en toda Europa y sólo mostró cierta debilidad cuando la tierra que estaba debajo de las carreteras de macadán no soportó los

tanques y los camiones pesados que recorrieron el Viejo Continente durante la Primera Guerra Mundial. El sistema se utiliza hasta hoy en muchos lugares con el nombre *macadam*, que llegó al español como *macadán*.

Macho

Mas, maris se utilizaba en latín para designar al sexo que genera hijos fertilizando óvulos del otro sexo. El diminutivo *masculus* se aplicaba a los cachorros de sexo masculino. En latín vulgar, este diminutivo se convirtió en *masclu, masculu*, que tenía el sentido de *pequeño macho* o *machito* en el español de hoy.

Todo ese proceso ya se había completado cuando Nebrija publicó su *Diccionario latino-español*, en el que ya definía *macho* como «animal del sexo masculino» o viril, y concluía con una curiosidad *histórica*:

Dicen los Historiadores Africanos que el macho del águila a veces se junta con la loba.

Macumba

Designación genérica, aunque peyorativa, de algunos rituales propios de diversas religiones afrobrasileñas, como *umbanda* y *candomblé*.

La etimología es incierta, aunque el africanista brasileño Nei Lopes^[10] sugiere que puede proceder de *cumba*, que significa «hechicero» en la lengua africana quimbundo y que, con el prefijo *ma-*, usado para el plural, forma *macumba*.

Sin embargo, menciona al también africanista Jacques Raymundo, quien señala el quimbundo *makumba*, plural de *dikumba* «cerradura», «candado», que podría aludir a las ceremonias religiosas de *cierre* de los cuerpos a fin de evitar la entrada del mal.

Madrigal

El madrigal es un poema breve, generalmente de tema amoroso, que combina versos de siete y de once sílabas, y también es una composición musical simple.

La palabra proviene del italiano *madrigale*, formada a partir del latín *matrinalis* «referente a la madre o a la matriz». En ciertas regiones del norte de Italia, *madrigale* tomó el sentido de «maternal» y de allí, «natural», «en lengua vernácula», «tosco y sencillo». Algunos autores afirman que *matrinalis* proviene de la Virgen María.

Con el tiempo, *madrigal* fue adoptando el sentido de poesía galante, como sugieren estos versos de «Era un aire suave», de Rubén Darío, extraído de *Prosas profanas*:

La marquesa Eulalia risas y desvíos
daba á un tiempo mismo para dos rivales,
el vizconde rubio de los desafíos
y el abate joven de los madrigales.

Magenta

El 4 de junio de 1859, las tropas francopiamontesas de Napoleón III, comandadas por el mariscal Patrice McMahon, derrotaron a las fuerzas austríacas en una importante batalla en la ciudad italiana de Magenta, obligándolas a abandonar la Lombardía.

McMahon fue nombrado duque de Magenta debido a esta victoria. Más tarde llegó a ser presidente de la IV República Francesa. La batalla de Magenta, que dejó 9700 muertos y 4600 desaparecidos, fue un paso importante hacia la unidad italiana.

El nombre de esta ciudad lombarda es muy antiguo: proviene del general romano Marcus Maxencius, quien estableció allí su cuartel, que se llamó Castra Maxencia, en el siglo IV a. de C.

Poco después de la batalla de Magenta, se descubrió una tinta de anilina. Aunque este hallazgo no tenía ninguna relación con la contienda bélica, por el solo hecho de haber ocurrido en forma casi contemporánea, y dado que la victoria era tan comentada, se dio el nombre *magenta* al color de la nueva anilina. Sin embargo, muchos prefirieron llamarlo *fucsia* en lugar de magenta, en alusión a la flor del mismo nombre y color, así denominada en homenaje al botánico alemán Leonhard Fuchs (1501-1566), su descubridor.

El magenta o fucsia no es un color espectral, o sea, no se define mediante una única longitud de onda, sino que se compone de una mezcla en partes iguales de rojo y celeste; es, por tanto, complementario del verde.

Magnolia

Es el nombre de una familia de plantas leñosas con flor compuesta, formada por unos doce géneros. Estas especies son nativas de las tres Américas, del

Himalaya y del este de Asia.

Las magnolias son muy valoradas por sus colores brillantes y se usan como plantas ornamentales en jardines y en decoraciones.

El nombre de la planta (y de la flor) es un homenaje al médico y botánico francés Pierre Magnol (1638-1715), que la introdujo en Europa.

Malandrín

Parece obvio que esta palabra debería derivarse de *mal* o de *maleante*, pero *malandrín* es, etimológicamente, el «corazón del roble».

En efecto, esta voz, que nos llega del italiano *malandrino*, proviene de la antigua expresión griega *to melan dryos*, que significaba «lo negro del roble», empleada para denominar el corazón del tronco de ese árbol y, además, una forma de lepra que en latín adoptó el nombre de *malandria*. En el bajo latín de Italia, los leprosos eran llamados, pues, *malandrinos*, un nombre que luego extendió su significado a ladrones y salteadores.

La palabra aparece registrada por primera vez en castellano en el *Quijote* (1605), con la denotación de «bribón»:

En esto, oyeron un gran ruido en el aposento, y que don Quijote decía avoces:

—¡Tente, ladrón, malandrín, follón, que aquí te tengo, y no te ha de valer tu cimitarra!

En el español del Río de la Plata, *malandrín* dio lugar al lunfardo *malandra*, que se emplea para denominar a un sujeto que estafa o comete actos deshonestos (v. melancolía).

Malaria

En 1898 el patólogo inglés Ronald Ross descubrió que la malaria era causada en el ser humano por las picaduras del mosquito anofeles, mediante las cuales inocular en el organismo uno de los tres tipos de protozoario que ocasionan la dolencia: el *Plasmodio vivax*, el *malariae* y el *falciparum*.

Hasta entonces se creía que la malaria era transmitida por el aire, como explica su nombre, que deriva de la locución italiana *mal aria* «mal aire». El otro nombre de la enfermedad, *paludismo*, proviene del latín *palus*, *paludis* «laguna», «estanque», «pantano», pues se creía que era el aire de esos lugares el que causaba el mal y no los mosquitos que proliferan en las aguas estancadas. *Palus*

dio origen también al nombre del puerto de Palos de la Frontera, situado en las marismas onubenses, de donde Cristóbal Colón partió en 1492.

Malvado

No siempre los malvados fueron tan malos como en la actualidad. La palabra procede del latín vulgar *malifatius*, formada por *malus* «malo» y *fatus* «destino», y se empleó inicialmente para referirse a las personas desafortunadas, condenadas por el hado a una existencia desgraciada.

Corominas observa que *malvado* tuvo una evolución semejante a la de *miserable*, que primero se refirió a las víctimas de la miseria, pero que hoy alude también a las personas malvadas, de comportamiento canallesco (v. can).

Malvinas

Los primeros colonos que llegaron en 1764 a las islas Malvinas —situadas en el Atlántico Sur, geológicamente unidas a la Argentina— habían partido de la ciudad francesa de Saint-Malo, por lo que fueron conocidas inicialmente en francés como Îles Malouines. El nombre de esa localidad francesa es un homenaje a Saint-Malo (en castellano, san Maclovio, del bajo latín Maclovius), un monje nacido en Gales hacia fines del siglo VI, que fundó varios monasterios en la Bretaña francesa.

Un año después de que los colonos franceses llegaran a la isla de Soledad, los ingleses ocuparon la vecina isla Gran Malvina. En 1770, los españoles compraron la parte francesa del archipiélago y expulsaron a los ingleses en virtud del Tratado de Tordesillas. Argentina, independizada de España en 1816, exigió de su antigua metrópoli el control de las Malvinas, pero los ingleses las retomaron en 1833, dándoles el nombre de Falkland.

Mamá

Se ha dicho que la sílaba *ma* está presente en la palabra que designa a la madre en casi todas las lenguas, probablemente porque para un bebé es la sílaba más fácil de pronunciar y porque es el sonido que sale de manera natural cuando el niño mueve los labios en el gesto de mamar.

Así sucede en el indoeuropeo, que cuenta con la base *ma-*, con el significado de «madre». Los griegos utilizaban el término *maia* «madre», «madrecita» para dirigirse con respeto a las mujeres mayores. El latín *mamma* significa tanto «madre» como «teta»; en el *Diccionario hispano-latino*, de Nebrija: «Mama: Madre de niños (latín *mamma*, -ae)». *Mama* llegó al castellano directamente del

latín, como palabra grave. La moderna forma aguda, *mamá*, fue adoptada en el siglo XVIII por influencia de la afrancesada corte española de la época, que quiso imitar el francés *maman*, según admitió la Real Academia Española en 1803 en su Diccionario, pero el castizo *mama* se usa hasta hoy en medios rústicos de diversas regiones de España y de América.

Mama está también en el origen de numerosas palabras de uso corriente, tales como *mamar*, *amamantar* y *mamífero*, entre muchas otras. En *mamífero* se observa la presencia del elemento compositivo *-fero*, del latín *ferre* «llevar», «portar», equivalente al griego *phoréin*. En el portugués de Brasil, se llama *mamão* a la papaya, una designación que ha sido atribuida por algunos a la forma de teta que tiene esta fruta.

Mamotreto

Esta palabra se usa actualmente en español con el sentido de «objeto grande» y también como «libro o legajo muy abultado, principalmente cuando es irregular y deforme».

Sin embargo, para los antiguos griegos y romanos, la voz griega *mammothreptos* y la del latín tardío *mammothreptus* se aplicaban al «niño que mamaba durante mucho tiempo». El vocablo griego significaba, literalmente, «criado por la abuela» y se había formado mediante la yuxtaposición de *mamme* «abuela» y *threptós* «criado». Tal vez tenía ese significado en alusión al hecho de que el niño mamaba tanto tiempo que su madre se tornaba abuela.

Mandinga

Se deriva de Manding, nombre geográfico, y también gentilicio, de un pueblo que habita en el África occidental; pero en español, principalmente en las zonas rurales de América, adonde el nombre llegó traído por esclavos africanos, es el nombre del diablo. En el portugués del Brasil, y también en varias regiones de Sudamérica por influencia brasileña, es el nombre de una hechicería que tiene por objeto *cerrar el cuerpo* a los actos hostiles procedentes del exterior. En las zonas rurales americanas, esta palabra se vincula a todo lo que se refiere a brujerías o influencias sobrenaturales no explicadas por la religión. Así, en el norte de Argentina, los fuegos fatuos o *luces malas*, que brillan en la oscuridad debido a la combustión del fósforo al entrar en contacto con el oxígeno, se llaman *farol de Mandinga* o *farol del diablo*.

En el poema *Martín Fierro*, del argentino José Hernández (1834-1886), el personaje epónimo atribuye al diablo los fenómenos cuya causa no comprende: «Parece cosa “e Mandinga”», dice Martín Fierro.

La palabra también llegó de África a Cuba, país que tuvo una intensa explotación de mano de obra esclava. Tal vez el poeta cubano Nicolás Guillén (1902-1989) haya sido el único autor latinoamericano que usó la palabra en su sentido original africano, como gentilicio:

Yoruba soy,
cantando voy,
llorando estoy,
y cuando no soy yoruba,
soy congo, mandinga, carabalí.

Mandrágora

Es una planta herbácea de la familia de las solanáceas, sin tallo. Ha sido usada en medicina como narcótico, y muchas fábulas han circulado a lo largo de la historia acerca de sus propiedades.

Considerada desde la Antigüedad como una planta dotada de misteriosos poderes y propiedades milagrosas, conocida en los dominios de la magia y la hechicería, la mandrágora (*Mandragora officinarum* o *Mandragora autumnalis*) tomó su nombre del latín *mandragora* y éste, del griego *mandragoras* «dañino para el ganado».

Los médicos de las cortes faraónicas y los discípulos de Hipócrates ya conocían la mandrágora y aprovechaban sus propiedades eméticas, sedantes e hipnóticas, que se usaron hasta el siglo XVIII.

Dos características de la planta fortalecieron la creencia en sus poderes mágicos: la forma de su raíz, en la que muchos ven un cuerpo humano con sus extremidades, que contiene potentes alcaloides, como escopolamina, atropina y hioscimina, también presentes en el estramonio.

La apariencia antropomórfica de su raíz llevó a muchos a creer que la mandrágora era una especie de embrión humano al que se podría dar vida si se procedía con cautela y se seguían rigurosamente las instrucciones transmitidas de generación en generación. La planta debía arrancarse de la tierra, atada a una cuerda tirada por un perro negro en una noche de luna llena, pues si se la arrancaba sin respetar esas condiciones, lanzaba un grito que enloquecía o mataba a quien lo oía. Una vez arrancada con las debidas precauciones, la mandrágora tenía poderes mágicos como filtro de amor y afrodisíaco, además de

sus propiedades para tornar fecundas a las mujeres estériles, como relató el dramaturgo griego Alexis en su comedia *Mandragodixomene* y, casi dos milenios después, Nicolás Maquiavelo en su comedia *La mandrágora*.

El nombre de la planta está registrado en el diccionario de Nebrija como *mandrágula* y fue incluido en el *Diccionario de autoridades* como *mandragora*, de acentuación llana. La planta es conocida en italiano como *mandragola*, en francés, como *mandragore* y en inglés, como *mandrake*.

Maniquí

En los últimos años, se ha hecho más común el nombre de *modelo* para la profesión de hombres y mujeres que desfilan mostrando nuevos diseños de ropa, pero durante mucho tiempo, se empleó la palabra *maniquí*, hoy reservada más bien para los muñecos usados para exponer la ropa de moda en las vidrieras de las tiendas.

Esta palabra se originó en el neerlandés *manneken*, diminutivo de *man* «hombre» y se usó al principio para denominar a los muñecos de madera que los pintores y escultores usaban como modelos, hasta que el empresario francés Charles Frédéric Worth (1825-1895), propietario de la casa de alta costura Worth, decidió en 1858 utilizar aquellos muñecos para mostrar sus modelos a la clientela, y el nombre original holandés fue adaptado a *mannequin*.

Worth, como otros empresarios de su ramo, no demoró en percibir que esa función sería mucho mejor cumplida con maniquíes vivas e inauguró así una profesión que, inicialmente, llevó el nombre del muñeco holandés, y que llegó al español como *maniquí*.

Mano

Mil quinientos años antes de nuestra era, los pueblos prehistóricos indoeuropeos usaban la raíz *man-* para referirse a la mano. Los latinos heredaron esta raíz y le dieron la forma *manus*, que en nuestra lengua dio lugar —a partir de *mano*— a una vasta familia de palabras:

Manual es todo aquello que hacemos a mano o también el libro que nos enseña a ejecutar algunas tareas que en un tiempo fueron manuales;

Manera es la forma de mover las manos, de hacer cosas con ellas;

Maniobrar es hacer obra con las manos;

Manufacturar es trabajar —inicialmente con las manos— las materias primas para hacer con ellas objetos útiles;

Manuscrito es un texto escrito a mano.

Maqueta

Es palabra relativamente reciente en castellano, en el cual se registra desde 1920, procedente del francés *maquette*, que se usaba desde mediados del siglo XVIII. El vocablo francés se deriva del italiano *macchieta* «bosquejo de un dibujo». En la lengua de Dante es, en sus orígenes, el diminutivo de *macchia* «mancha», pero se emplea también en sentido figurado con el significado de «bosquejo» o «boceto».

Maquila

Palabra de las más antiguas del castellano, puesto que hay registros desde 1020, significa «porción de lo molido que corresponde al molinero». El vocablo es un legado del árabe vulgar *makila* «medida» y aparece, junto con el verbo *maquilar*, ya en la primera edición del diccionario de la Academia (1734). En su acepción moderna es, según el Diccionario académico, «producción de manufacturas textiles para su exportación».

Maratón

En el año 490 a. de C., cuando los soldados atenienses partieron hacia la llanura de Maratón para entablar batalla con los persas, sus mujeres quedaron pendientes del resultado porque los enemigos habían jurado que, después de la batalla, marcharían sobre Atenas, violarían a sus mujeres y sacrificarían a sus hijos.

Al conocer esta amenaza, los griegos ordenaron a sus esposas que mataran a sus hijos y se suicidaran de inmediato si no recibían noticia de la victoria en veinticuatro horas.

Los griegos ganaron, pero la contienda les llevó más tiempo del que habían pensado, de modo que temieron que ellas ejecutaran el plan. Para intentar evitarlo, el general griego Milcíades ordenó a su mejor corredor, el soldado y atleta Filípides, que corriera hacia Atenas, situada a cuarenta kilómetros. Filípides recorrió esa distancia tan rápidamente como pudo y al llegar, apenas logró decir «Vencimos», y cayó muerto por el esfuerzo.

Sin embargo, Heródoto cuenta que, en realidad, Filípides había sido enviado antes de la batalla a Esparta para pedir ayuda y que tuvo que correr doscientos cuarenta kilómetros en dos días.

Sea como fuere, unos tres mil cuatrocientos años más tarde, en 1896, en los primeros Juegos Olímpicos de la era moderna, Filípides fue homenajeado con la creación de esta prueba cuya distancia es de 42 195 m.

Margarita

Nombre de una planta herbácea, de la familia de las compuestas, y también de su flor, que tiene pétalos blancos y es amarilla en el centro. La palabra llegó al español a través del latín *margarita*, esta procedente del griego *margarites*, que significaba «perla».

Entre los romanos, la mujer que negociaba perlas era llamada *margaritaria*, mientras que los joyeros eran *margaritarius*. Asimismo, Plinio denominó *margaritifer* a las colonias de ostras donde se encontraban perlas.

En los poemas de Berceo, la flor amarilla y blanca era llamada *perla*, mientras que el nombre *margarita* se usó en cierta época para designar la formación nacarada de las ostras.

No es de extrañar, pues, que la isla de Margarita, situada frente a la costa de Venezuela, fuera bautizada con ese nombre por ser un venero de perlas que, durante mucho tiempo, pareció inagotable, como contó el poeta y escritor venezolano Aníbal Nazca (1928-2001):

Desde los días de la Conquista y hasta no hace mucho, la Isla de Margarita fue uno de los lugares que producía más y mejores perlas en el mundo. Por eso los españoles la bautizaron con ese nombre: Margarita, que significa precisamente perla.

En latín medieval, la flor se llamó también *solis oculus* «ojo del sol», expresión que fue traducida como *daeges eage* «ojo del día» en la antigua lengua anglosajona. En inglés, *daeges eage* sobrevivió como *day's eye*, que dio lugar al nombre actual de la margarita en esa lengua: *daisy*.

Maricastaña, el tiempo de

Cuando hablamos del *tiempo de Maricastaña*, nos referimos a una época muy lejana, pero pocos saben quién fue ni en qué época vivió Maricastaña. El autor argentino Héctor Zimmerman^[11] habla de «crónicas muy detalladas» registradas allá por el siglo XIV en Galicia, según las cuales habría existido en Lugo una rica terrateniente llamada María Castaña, casada con un tal Marín Cego.

Esta señora, que era mujer de armas tomar, participó activamente en las luchas de los hacendados contra los tributos abusivos cobrados por el obispo Pedro

López de Aguiar. Según las crónicas, Maricastaña (así la llamaban) mató en una reyerta, con ayuda de su marido y de sus dos cuñados, al recaudador del obispo Francisco Fernández. Un relato fechado el 8 de junio de 1386, publicado por la diputación de Lugo, narra que ese día Maricastaña confesó sus delitos y fue condenada a donar todos sus bienes a la catedral.

A pesar de la vasta documentación existente, hay quien afirma que esta señora nunca existió, que sólo es un personaje de una leyenda celta, cuyo nombre era, en inglés, Auburn Mary (algo así como «María de color castaño»).

En todo caso, se trata de una historia muy muy antigua..., del tiempo de Maricastaña.

Marioneta

Es lo mismo que en español llamamos títere (v. títere) y proviene del francés *marionnette*, que significa «imagen de madera, cartón, tela u otro material que representa una figura o animal, articulado o no, accionado mediante la mano o por medio de hilos», según nos relata el *Trésor de la Langue Française*.

En la Grecia del siglo de Pericles (siglo v a. de C.), los niños ya jugaban con marionetas de madera cuyos miembros se movían por medio de hilos. En castellano se registra esta palabra desde el siglo XIX, como en este texto de la novelista española Emilia Pardo Bazán:

A la margen del río se veía bajar y subir el brazo derecho de las lavanderas, como miembro de marioneta movido por resortes, y se oía el plas acompasado de la paleta con que azotaban la ropa. Por el agrio talud de la ribera ascendían lentos carros cargados de arena y casquijo, y cruzaban después el puente, bañado en sudor el tiro, muy despacio, sonando a largos intervalos las campanillas.

Sin embargo, en su primer registro, en el Diccionario académico de 1927, se lo considera galicismo de uso en Chile. En la edición de 2001, ya sin marca regional, aparece como «títere» o, también, «persona que se deja manejar dócilmente».

Mariposa

El nombre castellano de la mariposa, de historia tan colorida como sus alas, proviene de antiguas canciones y dichos infantiles que se referían a algunas de las ciento sesenta mil especies de insectos conocidos con ese nombre y las llamaban a posarse con versos tales como «María pósate, descansa en el suelo».

Los ingleses prefirieron llamarlas *butterfly* «mosca de la mantequilla»; los franceses, *papillon*, del latín *papilione*; y los portugueses, *borboleta*, del antiguo *belbellita*, formado a partir del latín *bellus* «bueno», «bonito».

Mariscal

El grado militar de mariscal fue popularizado por Napoleón Bonaparte, quien agració con él a gran número de sus mejores generales. Antes sólo había dos mariscales en Francia, subordinados al condestable del reino. Bonaparte hizo escuela, especialmente entre los oficiales surgidos de las guerras independentistas en América latina, cuando ese grado fue usado por militares que querían ostentar una distinción superior a la de sus compañeros de armas (como el caso del mariscal Sucre, subordinado del general Simón Bolívar, a quien esas cosas no le importaban). En algunos países, como Brasil, esa graduación sobrevivió hasta la segunda mitad del siglo xx (mariscales Henrique Teixeira Lott, Eurico Gaspar Dutra, Humberto Castelo Branco, muy conocidos en los años sesenta).

En el Bajo Imperio romano, el mariscal era el esclavo que se ocupaba del cuidado de los caballos, así como el senescal —palabra formada por el latín *senex* «anciano» (como en *senectud*) y el germánico *skalk*— era el sirviente más viejo, el intendente o mayordomo de la casa.

Mariscal, por su parte, proviene del antiguo germánico *marah* «caballo» y *scalc* «sirviente», aunque a las lenguas ibéricas llegó, probablemente, por intermedio del normando *mariscal* (hoy *maréchal*, en francés), ambas procedentes del franco. Por otra parte, en Francia, desde el siglo xviii y hasta nuestros días, el *maréchal-ferrant* es el herrero que se encarga de las herraduras de los caballos.

El sirviente *mariscalcus*, tal el nombre en latín en el tiempo de los francos, se convirtió más tarde en el oficial encargado de comandar la caballería y, sólo algunos siglos después, se refirió a los jefes militares de graduación superior.

En España, cuando Nebrija publicó su diccionario, el mariscal era el soldado que medía los lugares donde los guerreros instalaban sus tiendas, pero poco más de un siglo después, en la primera mitad del siglo xvii, el mariscal ya era un oficial superior que sólo se subordinaba al condestable, según el modelo francés.

El ascenso de los mariscales ocurrió bastante más tarde que el de los senescales, que en la Alta Edad Media asumieron funciones de administración provincial en las propiedades de los reyes merovingios. Los monarcas de esa dinastía franca extendieron sus atribuciones hasta convertirlos en los representantes del rey en las cuatro grandes divisiones del reino (Austrasia, Neustria, Borgoña y Aquitania), ahora como mayordomos o intendentes del palacio real. Estos

senescales-mayordomos alcanzaron las máximas dignidades durante el reinado de los últimos merovingios, cuando los mayordomos de Neustria unificaron la función por la fuerza y derrotaron a los de las demás regiones. En consecuencia, tenían de hecho más poder que el rey, como ocurrió con Carlos Martel y su hijo, el mayordomo Pipino el Breve, el cual le preguntó al papa Zacarías quién, en realidad, merecía ser el rey, si el que poseía la corona o el que ejercía el poder realmente. Ante la respuesta del pontífice, Pipino no vaciló: depuso a Childerico III y asumió el trono, creando una nueva dinastía.

En adelante, la dignidad de mayordomo fue reducida a su función inicial como el principal de los criados, y el cargo de senescal se mantuvo como administrador de algunos de los grandes señoríos medievales, hasta convertirse en un cargo honorífico (en el siglo XIII, Jean de Joinville, el amigo del rey san Luis, era senescal del condado de Champagne, nombrado por el conde Theobaldo IV).

Marqués

En los antiguos reinos germánicos, las fronteras de los feudos estaban delimitadas por hitos o mojones llamados *mark*, palabra proveniente del germánico *merken* «anotar», «marcar». En esos reinos eran figuras importantes los señores que cuidaban las fronteras, los *margraves*, vocablo compuesto por *mark* y por *graf* «conde».

En la Baja Edad Media, el vocablo germánico se introdujo en el latín hablado en Francia, lengua en la cual dio lugar a las palabras que más tarde llegarían al castellano como *marqués*, *comarca* y *demarcar*. En efecto, en la antigua lengua de Provenza se llamó marqués al «jefe de un territorio fronterizo», equivalente, por tanto, al *margrave* alemán.

Origen semejante tiene el nombre, conocido en castellano desde el siglo XI, de la antigua moneda alemana *marco*, formado a partir de otra acepción de *mark*: «signo» o «patrón».

Marzo

Era el primer mes del año en el calendario romano creado en el siglo VIII a. de C., supuestamente por Rómulo, quien le dio el nombre *Martius* en homenaje a Marte, el dios romano de la guerra. Marzo siempre tuvo 31 días, desde Rómulo, y los guerreros consideraban un buen augurio el hecho de que una guerra empezara en marzo. Fue el primer mes del año hasta que Julio Cesar modificó el calendario, en 45 a. de C.

Máscara

El uso de máscaras es muy antiguo en la cultura occidental. Las más conocidas son las que empleaban los griegos para identificar a sus personajes en el teatro, pero ellos las llamaron *prósopon*, un término que llegó al español en palabras como *prosopopeya* y, probablemente, *persona*.

Máscara fue adoptada en nuestra lengua proveniente del italiano *maschera*, lo que no debe sorprender dada la añeja tradición del Carnaval de Venecia en la creación de hermosas y delicadas máscaras. El término italiano, a su vez, se derivó del árabe *masjara*, que se utilizaba para designar a un bufón o payaso que aparecía en los intervalos de las representaciones teatrales, usando una máscara. La palabra árabe provenía de *sahir*, que en esa lengua significaba «burlarse de alguien» y en Europa sufrió el influjo de dialectos italianos y del occitano *masca* «bruja», de origen germánico o celta. No obstante, Corominas considera más probable que la palabra italiana haya llegado al español derivada del catalán *màscara*.

Mascota

Se llama *mascota* a los talismanes u objetos a los que se atribuye la propiedad de dar buena suerte o de ejercer influencia benéfica sobre su poseedor. También se llama así a los animales domésticos de compañía, debido a que en cierta época se les atribuyó el poder de ejercer un influjo positivo sobre sus amos, creencia que hoy se ve confirmada por la medicina y por la psicología.

La palabra llegó al español procedente del francés *mascotte* «amuleto», proveniente del occitano *mascota* «hechizo», «embrujo», que se derivaba, a su vez, de *masca* «bruja», palabra de origen germánico o celta, también hallada en *máscara*, como vimos en la entrada anterior.

Masonería

Poco se sabe sobre los comienzos de la sociedad secreta conocida como francmasonería, mucho más secreta en épocas pasadas que en la actualidad. Miembros de la francmasonería, más conocida hoy como masonería, afirman que sus orígenes se remontan al Antiguo Egipto.

Sin embargo, se cree que, probablemente, los primeros masones vivieron en fecha mucho más reciente en Francia, donde se cobijaron bajo los privilegios que habían sido acordados a la corporación de los albañiles (en francés, *maçons*). Se los conocía como *francmaçons*, esto es «albañiles libres» y el

gremio que los agrupaba se llamó *francmaçonerie*. No demoraron en organizarse en Inglaterra, donde adoptaron la traducción al inglés de *francmaçon*: *free mason*.

La palabra francesa *maçon* viene del latín medieval *machio* —plural, *machiones*—, vocablo ya registrado en el siglo VI por san Isidoro de Sevilla, que proviene del franco *makjo* «albañil», del antiguo germánico *mahon*, con el significado de «el que hace». De esta añeja palabra germánica se derivan el verbo inglés *to make* «hacer» y el alemán *machen*, del mismo significado.

Masoquismo

Es la desviación sexual de aquellos que se complacen en el propio sufrimiento o en verse humillados o maltratados por otra persona.

Este comportamiento, que fue estudiado por Sigmund Freud (1856-1939), tomó su nombre del novelista austríaco del siglo XIX Sacher Masoch, debido al erotismo patológico que imprimía a sus personajes.

Mastín

Antigua raza de perros ovejeros, caracterizados por su gran tamaño y carácter manso. Su nombre se remonta al latín y alude, precisamente, a la mansedumbre de este animal: *mansuetinos* «domesticado», formada a partir de *mansuetus* «domado», «manso», que a su vez provenía de *manus* «mano» y *suetus* «acostumbrado». A partir de *mansuetinos* se formó en francés antiguo *mastin*, (actualmente, *mâtin*). En el francés actual se usa también con frecuencia la voz inglesa *mastiff*.

Matute

Se da este nombre a la mercadería introducida de contrabando o de forma ilegal en un país. En la primera edición del Diccionario de la Academia, se definía así este vocablo:

La entrada de algunos géneros por alto: y también se llaman así los mismos géneros entrados de esta suerte.

El origen de la palabra es desconocido, pero se supone que puede ser una abreviación de *matutino*, debido a que el contrabando de frontera suele llevarse a cabo en las horas de la madrugada, cuando se supone que la vigilancia es menor.

Mayo

Quinto mes del calendario gregoriano y uno de los siete que tienen 31 días, mayo tomó su nombre de la ninfa Maia, la hija de Atlas y de Pleione, y madre de Hermes. Esta Maia griega nada tuvo que ver inicialmente con la divinidad itálica del mismo nombre. Ambas figuras mitológicas sólo se identificaron a partir del siglo III a. de C., con la helenización de Roma.

Mayólica

La cerámica árabe de España, también llamada hispanomorisca, alcanzó en la Baja Edad Media su punto más alto en Málaga (Andalucía) y en Manises (Valencia), pero tuvo también centros importantes en varios lugares de Castilla y Aragón.

Los mercaderes italianos, en particular los venecianos, adquirían las piezas hispanomoriscas de Manises —las más finas de la Península— en Mallorca, que era lo que hoy llamaríamos un polo exportador del sureste de España. Para los italianos, poco interesados en el origen de las piezas, esas cerámicas eran de Mallorca y las llamaron *maiolica*, palabra que reingresó a España como *mayólica*.

Mayonesa

Una de las primeras victorias francesas durante la guerra de los Siete Años (1756-1763), librada contra los ingleses, fue la conquista de la isla de Menorca, en las Baleares, hasta entonces en manos de los británicos, que se la habían arrebatado a los españoles en 1708.

El 17 de abril de 1756, los vigías ingleses de Menorca avizoraron en el horizonte 197 velas: era la flota francesa comandada por el almirante La Galissonnière, en cuyo buque insignia, el *Foudroyant*, llegaba el duque de Richelieu, Louis François Armand Vignerot du Plessis (1696-1788), que sería el comandante de las fuerzas de desembarco.

Una vez conquistada la isla, el duque de Richelieu probó en Puerto Mahón, la capital de Menorca, una salsa que los nativos usaban para sazonar pescado, hecha con aceite de oliva y yema de huevo. La salsa le gustó tanto que llevó la moda a su país con el nombre de *sauce mahonnaise* «salsa de Mahón», que no tardó mucho en ser conocida en los países hispanohablantes como *salsa mayonesa* en unos y como *salsa mahonesa* en otros.

Mazurca

Es el nombre de una música y danza polaca, propia de la provincia de Mazovia

(Mazowsze). El nombre en polaco *mazurek* fue tomado del gentilicio de esa provincia *mazur*. La palabra pasó al ruso como *mazurka*, y se tornó conocida en el resto del mundo bajo esta última forma, al punto de que las piezas de este género del compositor polaco Fryderyk Franciszek Chopin —que era oriundo de Mazovia— se popularizaron en Europa occidental bajo el nombre ruso. La palabra aparece por primera vez en el Diccionario de la Academia en la edición de 1884 bajo la forma *mazurka*, y sólo a partir de 1899 se adoptó la grafía actual, *mazurca*.

Meandro

Este nombre corresponde a cada una de las curvas que describe el curso de un río y, por extensión, a las curvas de un camino. En arquitectura se ha llamado meandro a cierto tipo de adorno de líneas sinuosas y repetidas.

Pocos saben que el origen de esta palabra está en el nombre del río llamado Maiandros por los griegos, que pasó al latín como Meander y hoy es conocido como Büyük Menderes. Este río fluye a lo largo de casi cuatrocientos kilómetros en Anatolia, la península más occidental de Asia, que en la actualidad forma parte de Turquía y es más conocida como Asia Menor. Sus aguas desembocan en el mar Egeo después de un curso extremadamente sinuoso. Durante la civilización griega, en una de sus márgenes se encontraba la ciudad de Mileto, cuna de la escuela filosófica de Tales.

Esopo cuenta en una fábula que las zorras fueron a beber en las aguas del río Meandro:

Se reunieron un día las zorras a orillas del río Meandro con el fin de calmar su sed; pero el río estaba muy turbulento, y aunque se estimulaban unas a otras, ninguna se atrevía a ingresar al río de primera.

El sentido actual de la palabra fue usado por Borges en su cuento *El jardín de los senderos que se bifurcan*, dedicado a Victoria Ocampo:

Omitir siempre una palabra, recurrir a metáforas ineptas y a perífrasis evidentes, es quizá el modo más enfático de indicarla. Es el modo tortuoso que prefirió, en cada uno de los meandros de su infatigable novela, el oblicuo Ts'ui Pên.

Y ya que hablamos de Borges, cabe recordar que la palabra *meandro* ha sido muy usada en la crítica literaria para designar el carácter sinuoso de la escritura del celebrado narrador argentino.

Mear

Palabra derivada del latín vulgar *meiare*, del cual también procede el portugués *mijar*. Según diversos registros, entre ellos de Cicerón, Ulpiano y Plinio, los latinos también se referían al acto de orinar con la expresión *urinam facere*. Los romanos usaban con el mismo significado el verbo *mingere*, del cual provienen las palabras castellanas *micción* y *mingitorio* y la portuguesa *mictório* «mingitorio».

Médico

Los latinos usaban el verbo *mederi* con el significado de «cuidar, tratar una enfermedad o un mal». La palabra provenía del griego *medomai*, del mismo significado y ésta, a su vez, de la raíz indoeuropea *med-* «tomar medidas». *Mederi hominis* (curar o medicar a una persona), decía Cicerón; *mederi contra ictus serpentium* (curar la mordedura de una víbora), expresaba Plinio. Los autores latinos también emplearon *mederi* en sentido figurado: *mederi cupiditatis* era para el poeta Terencio «curar las pasiones», mientras que Julio Cesar utilizó *mederi iniopiae rei frumentariae* con la denotación de «remediar la escasez de trigo».

Médico, en latín *medicus*, se formó a partir de *mederi*, igual que *ars medica* «el arte de curar».

Melancolía

Los antiguos creían que el temperamento de las personas dependía de las secreciones, o sea, de los *humores* segregados por el organismo, de los cuales cada persona tenía uno predominante. Así, aquéllos en los que predominaba la *bilis negra*, que los griegos llamaban *melán kholé*, eran propensos a la depresión, un estado de ánimo que se llamó *melancolía* o *humor melancólico*.

El vocablo griego *kholé* «bilis» está presente en nuestro idioma en algunas palabras del lenguaje médico, tales como *colecistitis* y *colédoco*.

Melifluo

Esta palabra significa «que destila miel», pues proviene del latín *mellifluus*, formada por *mel* «miel», del griego *meli*, y *fluus*, del verbo *fluere* «fluir», «manar». Llegó a nuestra lengua por vía culta hacia mediados del siglo xv y hoy se usa en sentido peyorativo, aludiendo a aquel que pronuncia bellas y dulces palabras para seducir a otras personas, a fin de obtener beneficios.

Mellizos

En español tenemos dos palabras diferentes para referirnos a los nacidos en un mismo parto: gemelos (v. gemelo) y mellizos. La palabra latina *geminus* significaba «dos iguales», «duplicado»; de su diminutivo *gemellus*, se formó *gemelo*. Pero durante la Edad Media, ocurrió otro cambio: *gemellus* siguió evolucionando hasta convertirse en el latín vulgar medieval, en *gemellicius*, que derivaría en español antiguo en *emellizo* y, más tarde, en el *Diccionario latino-español*, de Nebrija, en *mellizo*.

Melodía

Es una sucesión coordinada de notas con tono y duración específicos, enlazadas en el tiempo para producir una expresión musical coherente. La melodía es, junto con el ritmo, el aspecto *horizontal* de la música que avanza en el tiempo, mientras que la armonía es el aspecto *vertical*, el sonido simultáneo de tonos distintos.

La palabra llegó al castellano proveniente del bajo latín *melodia*, que procede, a su vez, del griego *meloidia* «canto», «canto coral», formada por *melos* «canción», «tonada», «música», «miembro de una tonada» y el griego *oidía* «canto», de *aeídein* «cantar».

Mentón

Llámase así a la prominencia de la mandíbula inferior o barbilla. Llegó al español proveniente del francés *menton* y éste, del latín *mentum*, del mismo significado, derivada del indoeuropeo *men-* «sobresalir». En esta última lengua prehistórica, *men-* se enlaza también con nuestro vocablo *monte*.

Mentor

En 1698, el marqués François de Fénelon (1651-1715) fue nombrado preceptor de los tres hijos del gran delfín de Francia, uno de los cuales era el duque de Borgoña. Como se trataba de un chico difícil, Fénelon escribió para él una historia titulada *Aventuras de Telémaco* (1699), sobre el hijo adolescente de Ulises, que había emprendido una expedición para hallar a su padre y librar así a su madre, Penélope, de los pretendientes que la asediaban. Como Telémaco era muy joven, en la narración de Fénelon, la diosa Palas Atenea toma la forma del anciano Mentor, que acompaña al heredero del reino de Ítaca, lo guía y aconseja.

El nombre griego del anciano amigo de Ulises, Mentor, proviene de la raíz

indoeuropea *men-* «pensar», «meditar» y fue adoptado primero en inglés y luego en otras lenguas para referirse a una persona de cierta edad que guía y orienta a otra más joven.

Menú

La palabra latina *minutus* se formó a partir del verbo *minuere* «disminuir» y significaba «pequeño, menudo» y también «disminuido» (v. minuto). En francés este vocablo fue adoptado con el mismo sentido que en español, pero en cierto momento apareció una nueva acepción que, inicialmente, denotó «detallado» y más adelante, «lista, relación».

De esta acepción francesa surgió más tarde la expresión *menu de repas*, que significa «lista de comidas», reducida por último a su forma actual *menu*, que al llegar al español tuvo apenas que añadir una tilde.

Menú se usó en español desde fines del siglo XIX, como en este texto del escritor Fernando Trigo, fechado en 1890:

Unos, alrededor nuestro, con el hambre sana de a bordo, se reservan para cualquier título del francés rimbombante del menú y encuéntrase sorprendidos con sesos fritos... Otros, presumiendo de avisados, llenan de una vez con el tinto macón la batería de copas.

En el diccionario de Zerollo (1895), *menú* fue incluido como «palabra francesa equivalente a la castellana *minuta*, lista de manjares», pero la Academia sólo la registró en su Diccionario de 1927.

Mequetrefe

Este vocablo de origen portugués se emplea en español desde comienzos del siglo XVII, con el sentido de «sujeto entrometido e inútil». Se trata de una palabra compuesta por *meco* (en portugués antiguo, «libertino»), proveniente del latín *moechus* «adúltero» y *trefe* «travieso», procedente del hebreo «carne echada a perder».

Mequetrefe aparece en este trecho de *Vida y obra de Estebanillo González*, obra de autor anónimo, publicada en 1646.

Apenas había mi amo salido de casa, cuando se conjuraron contra mí todos los criados della, por haber sido mequetrefe, metiéndome en aquello que no me tocaba ni era perteneciente a mi oficio.

Mercado

En algunas de las tendencias más en boga de la economía moderna, el ente abstracto denominado *mercado* es considerado un concepto de importancia suprema, determinante de supuestas leyes que rigen no solamente el intercambio de bienes y servicios, sino también la distribución de la renta en las sociedades humanas. En este sentido, el mercado es entendido como la suma de los actores económicos —productores y consumidores, compradores y vendedores de bienes tangibles o intangibles, servicios, valores bursátiles y fuerza de trabajo—, quienes adoptan decisiones individuales que, en su conjunto, forman tendencias susceptibles de análisis y previsiones.

En su denotación más tradicional, el mercado es el lugar público donde los comerciantes (*mercaderes*) llevan sus productos y los compradores van para adquirirlos. Los romanos llamaban al comercio *mercatus*, vocablo derivado del verbo *mercari* «comprar», registrado en castellano con su forma actual desde la primera mitad del siglo XIII.

De *mercado* se derivaron palabras como *mercader*, *mercante* y *mercadería* o *mercancía* (esta última, del italiano *mercanzia*). Otras, tal vez más sofisticadas, como *mercadeo* y *mercadotecnia*, nacieron de la tentativa —no totalmente exitosa— de contener el avance en español del vocablo inglés *marketing*.

Hacia comienzos del siglo XVII, surgió una teoría económica según la cual la fortuna de un país dependía del oro que era capaz de atesorar, mediante una balanza comercial favorable (o mediante la extracción del metal precioso en las colonias): el mercantilismo.

El origen más remoto que se ha podido rastrear del vocablo latino *mercatus* es la raíz *merk-*, empleada por los etruscos para formar palabras relativas al comercio.

Merced

Los latinos llamaron *merx*, *mercis* a las provisiones, víveres y vituallas que se vendían en el comercio, y de allí salieron las palabras *mercadería* y *mercado* (v. mercado).

El precio de esas mercaderías se llamaba *merces*, *mercium*, pero con el tiempo se empleó también para designar el precio pagado a una persona por un servicio, como ocurría en Roma con los *mercenarius*, los soldados que se enrolaban por dinero.

Poco a poco, *merces* fue adquiriendo el sentido de «recompensa, dádiva o favor que se otorga a alguien gratuitamente», que es la denotación que llegó a nosotros

en la palabra *merced*.

Y como los católicos suelen pedir a la Virgen favores o mercedes, surgió en Barcelona el culto a Nuestra Señora de la Merced, que dio lugar al nombre propio de mujer Mercedes. A pesar de ser típicamente español, en 1889 fue bautizada así una bebida vienesa de apellido Jellinek. Años más tarde, su padre, Emil Jellinek, se asoció al fabricante de automóviles Gottlieb Daimler para construir un automóvil moderno y lujoso. El modelo tuvo un éxito tan arrollador que su nombre, Mercedes, fue adoptado para todos los automóviles fabricados por Daimler. Esta historia la relata Fernando A. Navarro en su libro *Parentescos insólitos del idioma*,^[12] en el que cuenta que, cuando comenta en algún país de Europa central que su hermana se llama Mercedes, la reacción es sorprendente: «¡A quién se le ocurre ponerle a una niña nombre de coche!».

Mercurio

El mercurio es un metal que se presenta en estado líquido. Quien haya tenido la experiencia de romper un termómetro podrá entender fácilmente por qué el símbolo químico del mercurio es hg, que deriva de la voz latina hydrargyrum, tomada del griego hydrargyros, que significa «agua de plata» o «plata líquida».

La movilidad de una pequeña porción de mercurio depositada sobre un plato recordó a los creadores del nombre de este metal la agilidad de Mercurio, el dios del comercio.

Merienda

Es una «comida ligera que se ingiere a media tarde».

La palabra proviene del latín *merenda*, que para la mayor parte de los autores clásicos significaba lo mismo que hoy *merienda* para nosotros. Sin embargo, Plauto y Festo usaron *merenda* también como sinónimo de cena. Es muy probable que la *merenda* latina se derivase del verbo *merere* «merecer». Virgilio utilizó *merendo* con el sentido de «haciendo el bien, obsequiando».

Algunos etimólogos han afirmado, equivocadamente, que *merenda* había significado, en realidad, «almuerzo», con base en una supuesta relación etimológica con *meridiem* «mediodía» y en el hecho de que en algunas comarcas de España haya tenido, en cierta época, ese significado.

En este error —señalado por Corominas— incurre Covarrubias en su *Tesoro de la lengua castellana o española*. Curiosamente, sin embargo, en la misma entrada, el autor toledano admite que la merienda se comía *quando ya se merecia* por haber trabajado.

En rigor, vale lo que se comía al medio día, que era poca cosa, esperando comer de propósito à la cena: y assi se dixo merienda quasi meridiana o quase merenda, porque se daua despues de haber trabajado, quando ya se merecia.

Sin embargo, tanto en el italiano como en el portugués moderno, *merenda* se mantuvo intacta con el sentido que tenía en latín en sus orígenes.

Merino

Mucha gente cree que existe una raza de ovinos que se llama *merino*. En realidad, el Diccionario de la Academia se encarga de aclarar que ese adjetivo se aplica a cualquier res ovina que tenga «el hocico grueso y ancho, la nariz con arrugas transversas y la cabeza y las extremidades cubiertas, como todo el cuerpo, de lana muy fina, corta y rizada».

La palabra se formó a partir del acusativo del antiguo español *mairinus*, derivado del latín *majorinus* «mayor», adjetivo que en la Edad Media se aplicó también a las autoridades, en particular a los jueces que se ocupaban de temas vinculados con el uso de los pastos y la trashumancia de los ganados, algo que los jueces menores no podían hacer. Los jueces *maiorinus* eran designados directamente por el rey, a diferencia de los magistrados menores, que podían ser nombrados por autoridades delegadas.

Corominas menciona también la posibilidad de que, como nombre de un tipo de ovinos, pueda tener un origen diferente, tal vez el nombre de la tribu africana *benimerines*, de quienes los ganaderos peninsulares solían obtener ovejas berberiscas para mejorar las razas autóctonas.

Merodear

Hacia el siglo XIV, surgió en Francia la palabra *maraud*, de origen desconocido, que se podría traducir como «sujeto despreciable» y que dio lugar al verbo *marauder* (equivalente a nuestro actual *merodear*) por el siglo XVII. En el *Diccionario castellano*, de Esteban de Terreros, ya se registraba *merodear*, que se formó a partir de *merode* «merodeo», palabra considerada hoy arcaica.

Es vocablo de uso habitual tanto en España como en América, como vemos en este texto extraído de un cuento del uruguayo Horacio Quiroga, en el que se narra la historia de un perro fox terrier:

Aprendió entonces a merodear de noche por los ranchos vecinos, avanzando con cautela, las piernas dobladas y elásticas, hundiéndose lentamente al pie de una mata de espartillo al menor rumor hostil.

Meteoro

Proviene de la voz griega *meteoron*, que se refería tanto a los fenómenos astronómicos como a los meteorológicos. Es la forma neutra de *meteoros* «que está en el cielo» o «que está en el aire», formada por el prefijo *metá-* «más allá» y el verbo *airein* «levantar», que deviene, a su vez, de la raíz indoeuropea *wer-*, vinculada a las ideas de «levantar o mantener suspendido en el aire».

Este vocablo fue adoptado por varias lenguas modernas, como el inglés *meteor* (siglo XV), el alemán *Meteor* (siglo XVI) y el francés *météore* (siglo XIII).

México

No se conoce con certeza el origen del nombre *México*, pero la hipótesis más aceptada sugiere que viene de los vocablos de la lengua náhuatl *metztli* «luna», *xictli* «ombligo», «centro» y *-co* (sufijo adverbial de lugar). Así, el nombre *México* significa, según esta hipótesis, «lugar en el centro de la luna» o «lugar en el lago de la luna», que fue uno de los nombres mexicas del lago de Texcoco. Algunos autores que se dedicaron al estudio de la cultura mexicana afirman que estos significados podrían traducirse simbólicamente como «centro del mundo».

Otra hipótesis vincula el nombre del país con el dios Mexi, que era el nombre que los mexicas daban a su dios tutelar, Huitzilopochtli, de modo que, añadiendo a *mexi* el sufijo *-co*, tenemos «lugar donde vive Huitzilopochtli».

En esa época, la *x* representaba en español, como en náhuatl, el sonido equivalente al francés *ch* o al inglés *sh*, que más adelante cambió por el que actualmente tiene la *j*, como en Ximena. Por esa razón, algunos autores españoles escriben el nombre del país con jota: Méjico, aceptado por la Real Academia Española. Sin embargo, la única grafía considerada correcta por los mexicanos y preferida por la gran mayoría de los hispanohablantes es *México*.

Miel

El hombre empezó a consumir miel hace miles de años, mucho antes del surgimiento de la escritura: se sabe que numerosas comunidades prehistóricas aprendieron a controlar, cultivar y explotar la producción de las abejas. La palabra proviene del latín *mel*, *melis*, que se derivó, a su vez, del vocablo griego *meli* y éste, de la raíz indoeuropea *melit-* (todos ellos de idéntico significado).

Covarrubias, en su *Tesoro de la lengua castellana*, nos ofrece esta curiosa explicación sobre la producción de la miel:

[...] la miel ordinaria (según lo da a entender Plinio) no es otra cosa sino un rocío del cielo que cae sobre las hojas de las hierbas y de los árboles, el cual las abejas desfloran, comen y lamen con muy grande apetito, a causa de su natural dulzor, y después de haberle alterado algún tanto en el vientre, sintiéndose muy hinchadas con él, por su demasiada abundancia, son constreñidas a vomitarle.

Los griegos llamaban *melissa* a las abejas productoras de miel, y a partir de ese término, se formó el nombre propio *Melisa* (v. tb. melifluo).

Mientras

Proviene del antiguo *demientras* o *demiente*, empleadas en castellano en el siglo XIII, procedentes de la expresión latina *dum interim*, que se usaba en el latín hablado. En la época clásica, Tito Livio decía *interim dum* con el sentido de «mientras»: *Interim dum populus Romanus per diversa terrarum districtus est, Cilices invaserat...* (Mientras el pueblo romano está esparcido por diferentes tierras, había invadido a los cilicios...).

De modo que, cuando oímos a alguien decir *demientras* —incluso hoy en algunas zonas rurales—, antes de pensar que está hablando de manera *incorrecta*, deberíamos apreciar que está utilizando un delicioso arcaísmo.

En efecto, aquí tenemos un ejemplo de esa palabra en el castellano de fines del siglo XIII, en un texto de Pero López de Ayala sobre Tito Livio:

El omne sabio fue movido por devoción a creer al consejo de aquel sacerdote; e por ende, a fin que su entención non fuese enbargada, él quería conplir aquello que le consejava, e fuese al Tibre a lavar. Mas por verdat, demientras que él yva al río, el sacerdote romano fue e sacrificó a la deesa Diana el buey, a fin que los romanos oviesen el inperio; la qual cosa le fue muy agradescida por el rey e por la cibdat.

En los primeros años del siglo pasado, el escritor argentino Roberto J. Payró escribe *demientras* para recrear el habla del campesino rioplatense:

Ansina mismo es, don —me contestó—; demientras se caliente l'agua y medio si asa el churrasco. ¿Quiere dentrar y prenderle a un verde?

Migraña

La palabra griega *kranion* era el diminutivo de *kranos* «casco», «yelmo» y, más

tarde, «cráneo», que llegó al español hacia 1580 como *cráneo*, con su significado actual.

Al dolor que afecta sólo una parte de la cabeza, *jaqueca*, los griegos lo llamaron *hemikraneia* y los latinos *hemicrania*, mediante la aposición del prefijo *hemi-* «medio», o sea, «que abarcaba la mitad de la cabeza».

Finalmente, llegó al español como *hemicránea*, pero en el habla popular este vocablo culto no demoró en convertirse en *migraña*. El Diccionario de la Real Academia recoge hoy ambas formas, *hemicránea* y *migraña*.

Milagro

El hombre es, desde los tiempos más remotos, una criatura fascinada por aquello que no puede entender y sigue siéndolo aun hoy, cuando el conocimiento científico ha desbrozado buena parte del territorio de lo inexplicable.

Los latinos llamaban *miraculum* a aquellas cosas prodigiosas que escapaban a su entendimiento, como los eclipses, las estaciones del año y las tempestades.

En español se dijo durante mucho tiempo *miraclo* (Berceo) y *miraglo* (Palencia), que serían formas de españolización más adecuadas del latín *miraculum* «prodigio», «milagro», pero en romance peninsular la *r* y la *l* intercambiaron sus lugares, de modo que la forma actual ya aparece cristalizada en el *Diccionario latino-español*, de Nebrija.

Miraculum provenía de *mirari*, que en latín significaba «contemplar con admiración, con asombro o con estupefacción». La forma latina se mantuvo con idéntica grafía en el francés y en el inglés *miracle*, y en el italiano *miracolo*, entre otras lenguas neolatinas.

Mirari dio origen a otras palabras que el latín legó al español, tales como *mirabilis*, que derivó en *admirable*; *miratio*, *-onis*, en *admiración* y también en *espanto*; *mirator*, en *admirador*, y *mirificus* en *mirífico*, *admirable*, *maravilloso*.

Milonga

Es sabido que la música popular rioplatense suele expresar quejas, lamentos, sufrimientos, penas de amor y de nostalgia. Tal vez esto pueda explicar el nombre de la milonga, uno de los ritmos típicos platenses, que fue tomado de *milonga*, palabra que en la lengua africana quimbundo, traída a América por los esclavos, significaba «queja, lamento, calumnia, demanda». Se cree que tanto la milonga como el tango(v. tango) se derivan, en última instancia, de ritmos africanos que llegaron al continente con los esclavos.

Mimbre

Este vocablo, que designa a un sauce cuyas ramas se usan en cestería, nos viene de la prehistoria de la humanidad. En efecto, llegó al español a partir del latín *vimin*, «rama flexible» (y, también, el propio mimbre), pero se sabe que la voz latina proviene de la raíz prehistórica indoeuropea *wei-men* «rama flexible», formada con *wei* «curvar», «doblar» y *men* «producto».

A pesar del cambio de la consonante inicial ocurrido en español, *vimen* se introdujo al portugués como *vime*, la misma forma que tiene en francés.

El mimbre o mimbrera, que es originario de Europa y de Asia, pertenece a la familia de las salicáceas y su nombre botánico es *Salix fragilis*.

Mimo

Un mimo es un intérprete teatral que se vale de gestos para expresarse ante el público. Para los griegos y para los romanos, los mimos eran actores de categoría inferior, una especie de bufones que imitaban a otras personas. Hoy, sin embargo, se considera que la expresión corporal es una de las formas más difíciles y refinadas de la actuación teatral.

Entre los romanos surgió en cierta época el *pantomimus*, un mimo que, además de utilizar la expresión corporal, se valía de máscaras y palabras, pero en el siglo V este arte fue prohibido por la Iglesia por burlarse de los sacramentos.

La mímica renació a partir del siglo XVI con la *Commedia dell'Arte* (v. pantalón) y alcanzó la categoría de gran arte en los siglos XIX y XX, con Jean-Gaspard Debureau y Marcel Marceau, y con Carlitos Chaplin en el cine mudo.

La palabra *mimo* nos llegó a partir del *mimus* romano y del *mimos* griego. Por su parte, *pantomima* (del latín *pantomimus*) se formó mediante la anteposición del adjetivo griego *pantos* «todo». La habilidad del mimo para imitar inspiró una serie de palabras de nuestro idioma, tales como *mímica*, *mimetismo* y *mimosa*, la planta sensitiva que parece esbozar un gesto casi humano cuando la tocan.

Mina

Proviene de la lengua celta y llegó a nosotros a través del francés *mine* y éste, del galo *mina*, formado a partir del celta primitivo *mein*, que hasta hoy se ha mantenido intacto en irlandés, con los significados de «mina, minería, mineral», así como en el galés *mwyn*. En la lengua de Oc, hablada en el sur de Francia (Languedoc), la palabra adoptó la forma *mena*, hoy usada en español para

designar al hierro bruto tal como sale del yacimiento. *Mena* está en el origen de *vena* y de su derivado *venero* cuando se refieren al filón metálico de una mina.

A partir del siglo xv, se usaron explosivos militares en la tarea de excavar minas y, por esa razón, la palabra *mina* se usó también para designar esos artefactos. Ése también es el origen de *minar*, con el sentido de «socavar» o «zapar», ya que en las guerras de aquella época, los explosivos se usaban para socavar (*minar*) fortalezas y castillos enemigos. Por lo tanto, de ahí deriva el nombre de las minas terrestres, que han provocado miles de muertes y mutilaciones de inocentes en numerosos países en los que las guerras terminaron, pero los artefactos de destrucción siguen causando daño, a veces durante décadas.

En el lunfardo rioplatense, *mina* denota «mujer, especialmente como objeto sexual», aunque en los últimos ha venido perdiendo ese rasgo semántico para referir a cualquier mujer. La etimología de esta acepción es incierta; se ha afirmado que proviene del italiano dialectal *minna* «mujer», mientras que otros sugieren que haya formado a partir del portugués *menina* «niña, muchacha».

Miniatura

Los diccionarios indican que miniatura es un objeto de pequeñas dimensiones, y miniaturización, el arte de producir piezas y mecanismos de tamaño sumamente pequeño. Se podría suponer que guarda alguna relación etimológica con el prefijo *mini-* o con el adjetivo *mínimo*. Sin embargo, la palabra proviene del italiano *miniatura*, lengua en la que significó inicialmente «pintado con minio», esa pintura rojo anaranjada hecha con óxido de plomo que hoy se usa, sobre todo, como antioxidante. Como las miniaturas solían ser pinturas de tamaño relativamente reducido, el uso popular le dio el sentido de «objeto pequeño», que los diccionarios acabaron recogiendo. En la primera edición del Diccionario de la Real Academia Española de 1734, *miniatura* se definía apenas como:

Pintura que se ejecuta sobre vitela ó papel terso, à manéra de iluminacion; pero executado el claro y obscuro, punteado y no tendido. Llamóse assi, porque primero se hacia sólo con Minio.

Minuto

El adjetivo latino *minutus* «pequeño» procede del verbo *minuere* «mermar», «reducir», con origen en el indoeuropeo *mei-* «pequeño», al igual que *disminuido*, *menor*, *menos*, *mínimo*, *minucia*, etcétera.

En latín medieval, el minuto se denominaba *minuta*, palabra clave extraída de *pars minuta prima* «primera parte pequeña», así llamado originalmente. En

español, derivó a *minuto* y como tal se documenta desde el siglo xv.

Algo parecido ha ocurrido con la palabra *segundo*: del indoeuropeo *sek-* «seguir», procede del latín *sequire*, con idéntico significado y de éste, también del latín, *secundus* «que sigue a otro», «segundo». En latín medieval, se llamó *secunda*, extraído de *pars minuta secunda* «segunda parte pequeña», como se denominaba cada una de las partes en que se dividía una *minuta*.

Miopía

Se trata de una deficiencia visual que consiste en no ver bien los objetos que están lejos. La miopía se produce cuando los rayos luminosos procedentes de objetos situados a cierta distancia del ojo convergen hacia un punto anterior a la retina.

La palabra proviene del griego *myops*, formada por *myein* «entrecerrar los ojos» y *ops* «ojo», como en *piropo* (v. piropo), *hipermetropía* (v. hipermetropía), y *presbicia* (v. presbicia).

Misa

Ceremonia mayor de la religión católica, la misa aparece nombrada por primera vez en nuestra lengua en el *Cantar de Mio Cid*: «Passada es la noche, venida es la mañana, oida es la *missa* e luego cavalgavan», con origen en el latín *missa*, término usado por lo menos desde el tiempo de Constantino (siglo iv d. de C.). El vocablo latino fue tomado de la fórmula final del oficio religioso: «Ite, missa est», habitualmente traducido en forma incorrecta como «podéis iros, la misa ha terminado». En efecto, en esta fórmula litúrgica, *missa* es el participio pasivo del verbo *mittere* «enviar», referido en este caso a la oración que se envía a Dios en la ceremonia; de modo que la traducción correcta sería «podéis iros, nuestra plegaria ya ha sido enviada».

Mismo

Este adverbio proviene del latín *ipse*, con idéntico significado. El lector podrá preguntarse, con legítima curiosidad, dónde está la semejanza que permite tal derivación. Intentaremos explicarlo en las próximas líneas.

En la Edad Media, el *ipse* del latín clásico recibió la forma enfática *ipsimus*, luego unida a la partícula *met*, que se empleó para reforzar el significado de los pronombres personales. En el lenguaje oral, adoptaba también la forma *med*. Así, *egomet* y *tumet* significaban, respectivamente, «yo mismo» y «tú mismo». De esta manera se formó *medipsimus*, que en castellano dio lugar a *meesmo* y

meísmo hasta evolucionar a la forma actual, que ya aparece en el *Cantar de Mio Cid*. En regiones rurales de algunos países hispanohablantes, se mantiene hasta hoy la forma arcaica *mesmo*, que prevaleció también en el portugués moderno.

Misterio

El aura de incógnita y hermetismo que acompaña desde su origen a la palabra *misterio* se explica por su vinculación a ceremonias religiosas secretas que tenían lugar en la antigua Grecia, donde *mysterion* designaba no sólo esos rituales, sino también todo lo que era secreto.

Mysterion provenía de *mystes* «iniciado en ritos secretos», con origen en *myein*, un verbo que significaba «cerrar la boca o los ojos», del cual se derivó también *mystikós*, la palabra griega que dio origen a nuestra *mística*. La más famosa de estas ceremonias era la que se realizaba en el templo de la diosa Deméter, en la ciudad griega de Eleusis, un rito reservado a los iniciados que se comprometían a no revelar nada de lo que vieran y oyeran.

La palabra *mysterion*, o *mysterium* en latín, aparece en algunas traducciones del Antiguo Testamento, por ejemplo en Daniel, con el sentido de «intención secreta» y en el Nuevo Testamento, en textos de san Pablo, como una verdad mantenida en secreto desde el comienzo de los tiempos y sólo ahora revelada a los hombres por Cristo. En la Vulgata, *mysterion* es traducida al latín, algunas veces como *mysterium* y otras como *sacramentum*, significado que se mantiene hoy en español en las acepciones quinta y sexta del Diccionario de la Real Academia:

5. Cada uno de los pasos de la vida, pasión y muerte de Jesucristo, cuando se consideran por separado. || 6. Cualquier paso de éstos o de la Sagrada Escritura cuando se representan por imágenes.

Entre los siglos X y XII, la Iglesia católica, que había sofocado el teatro clásico, acabó haciendo renacer las artes dramáticas al promover la representación de piezas didácticas de contenido religioso en las que clérigos-actores ponían en escena dramatizaciones de la Navidad, la Epifanía y la Pasión de Cristo, obras que llevaban en latín el nombre *mysteria* «misterios».

Mitridatismo

En biología recibe este nombre la resistencia a los efectos de un veneno, adquirida mediante su administración prolongada y progresiva, empezando por dosis inofensivas.

La palabra procede del nombre de Mitridates VI, Eupátor, quien a los 13 años

sucedió a su padre. Para escapar de las constantes conspiraciones palaciegas, se habituó a ingerir veneno en pequeñas dosis, con el fin de acostumbrar a su cuerpo e inmunizarlo. Derrotado por los romanos, optó por suicidarse mediante la ingestión de una gran dosis de veneno, pero como éste no le hizo efecto, tuvo que ordenar a uno de sus esclavos que lo matase.

Mojigato

En algunas regiones de España, *mojo* es una interjección utilizada para llamar al gato, tan arraigada que muchos la usan para nombrar al felino, como si fuera un sinónimo.

Con el tiempo, esta doble denotación dio lugar a *mojigato*, que se usa para aludir a la persona que tiene dos caras, mostrando en su carácter dos rasgos opuestos del gato doméstico o que, al menos, se le suelen atribuir: por un lado, el animal es suave, modoso y temeroso, y por otro, taimado y traicionero, capaz de atacar cuando nadie lo espera.

Mondongo

Voz de origen africano, se refiere a los intestinos de las reses, según el Diccionario de la Academia. Sin embargo, en la región del Río de la Plata se emplea principalmente para designar una pieza de carnicería obtenida del estómago de la res y también a un guiso que se prepara con ella, equivalente a lo que en España se llama *callos*.

La palabra se registra en castellano por lo menos desde 1581, cuando Mateo Alemán publicó su novela *Guzmán de Alfarache* en la que aparece este texto:

Y desta manera se habían de continuar cincuenta y cuatro ollas al mes, porque teníamos el sábado mondongo. Si es tiempo de fruta, cuatro cerezas o guindas, dos o tres ciruelas o albarcoques, media libra o una de higos [...].

Aunque algunos africanistas brasileños proponen un origen africano del término, el hecho de que surgiera tan tempranamente en España torna esa hipótesis poco verosímil, ya que el tráfico de esclavos africanos aún no había alcanzado su apogeo en la América española, y es muy difícil que escritores españoles emplearan vocablos africanos en esa época.

Corominas sugiere que *mondongo* se derivó de *bandullo* «vientre o conjunto de las tripas de los animales», que, a su vez, proviene del árabe *batn* «intestinos» y «carne del vientre de un animal».

Moneda

Pieza de metal, generalmente en forma de disco, acuñada con los distintivos elegidos por la autoridad emisora para acreditar su legitimidad y valor. También, por extensión, billete o papel de curso legal.

El término proviene del nombre del lugar donde se acuñaba moneda en Roma: una casa situada al lado del templo de la diosa Juno Moneta, bajo cuya protección estaba. El escritor latino Livio Andrónico le dio a la diosa este sobrenombre, Moneta, después de que los gansos que vivían alrededor del templo, en el monte Capitolio, advirtieran con sus graznidos a los romanos de un ataque de los galos. Avisar, en latín, es *monere* (de donde provienen *admonición* y *monitor*) y por eso, la diosa, a la que se atribuyó el aviso de los gansos, fue llamada desde entonces *Juno Moneta*. Como su templo estaba al lado del lugar donde se fundían los denarios (de ahí, *dinero*), las monedas tomaron ese nombre.

Monegasco

Es el gentilicio del Principado de Mónaco, conocido por su casino de refinada elegancia, tan distante de la opulenta fanfarria de Las Vegas, y también por el romance protagonizado a mediados del siglo xx por el príncipe Rainiero y la actriz norteamericana Grace Kelly, quien se convirtió en la princesa Grace de Mónaco.

En la actualidad está gobernado por el príncipe Alberto II, hijo de Rainiero y la princesa Grace, y por el ministro de Estado Jean-Paul Proust.

El nombre es mucho más antiguo que el propio principado: le fue dado hace veintisiete siglos por el historiador griego Hecateo de Mileto, quien llamó a aquel lugar Monoikos, del griego *monos* «solo», «único» y *oikos* «casa».

Era el apodo de Hércules, en cuyo homenaje se levantó un templo en ese lugar. Monoikos adoptó en latín la forma *monoecus*, que, tal vez por su semejanza con *monachus* «monje», finalmente se convirtió en *Mónaco*.

En el dialecto ligur, los habitantes de Monoikos fueron llamados *munegunoecus*, de donde se derivó el vocablo francés *monegasque*, registrado en 1721 con el significado de «hablar de Mónaco» y más tarde, como gentilicio. A partir de ese vocablo francés, se formó *monegasco* en italiano, en español y en portugués.

Monje

Vocablo registrado en español desde el siglo xi, su etimología refleja la soledad

en que vivían los viejos anacoretas medievales: proviene del latín *monachus* y éste, del griego *monakhós* «solitario», «solo», «único», derivado de *monos* «uno», «solo», como en *monosílabo* o en *monóculo*.

Nuestra lengua no adquirió este vocablo directamente del latín, sino que lo tomó del provenzal antiguo *monge*, que se formó, a su vez, del latín vulgar *monicus*, del mismo significado que *monachus*. Corominas registra también *monaguesa* «la amante de un sacerdote» y *monacillo* o *monaguillo*, «el niño que ayuda al clérigo en la celebración de la misa».

Monopolio

A lo largo de la historia humana se han verificado situaciones de monopolio o de oligopolio desde la más remota Antigüedad, desde los emperadores chinos de la dinastía Han, que se valían de esta forma de producción para estimular industrias clave, hasta los gremios artesanales de la Edad Media, que establecían acuerdos para controlar los precios y el volumen de la producción.

Sin embargo, los grandes monopolios modernos surgieron a fines del siglo XIX. Son fruto de una concentración sin precedentes de capitales, los cuales permiten la aparición de empresas tan poderosas que logran eliminar a todos sus competidores y así fijan sus precios en forma arbitraria, sin la regulación natural propiciada por la libre competencia.

La palabra *monopolio* está formada por dos vocablos griegos: *monos*, que significa «uno, único», y *poleo*, que se traduce como presente de indicativo de «vender, comerciar, negociar, traficar», de manera que, etimológicamente, se refiere a la venta de una mercancía por parte de un único fabricante o vendedor.

En el mundo real es más frecuente la venta de productos elaborados por un pequeño número de fabricantes, lo que, en rigor, se denomina *oligopolio*, palabra formada por el vocablo *oligos* «pocos» y el ya mencionado *poleos*. Sin embargo, la denominación *monopolio* se usa con frecuencia también para estos casos.

Monstruo

Se llama *monstruo* a aquello que es producido contra el orden regular de la naturaleza y, en general, se aplica a un ser fantástico que asusta. También puede ser algo excesivamente grande o extraordinario o diferente en cualquier sentido, o una persona muy fea o bien muy cruel y perversa.

Proviene de *monstrum* «prodigio», palabra del bajo latín derivada del verbo *monere* «advertir», «avisar», del que se derivan también *moneda* (v. moneda),

admonición y monitor.

Para los antiguos, la aparición de cualquier cosa diferente, extraordinaria o que pareciera violar las leyes de la naturaleza era un aviso, una advertencia de los dioses a los hombres.

En el *Vocabulario*, de Alonso de Palencia, aparecía como *mostruo*, y como *mostro* en el *Quijote*, en Lope de Vega y en Covarrubias. La palabra ya tenía su forma actual en la primera edición del Diccionario de la Real Academia, en la que se define así:

Parto o producción contra el orden regular de la naturaleza. Viene del Latino Monstrum. || Por extensión, se toma por cualquier cosa excessivamente grande, o extraordinaria en qualquier línea.

Montepío

En 1674, san Francisco de Asís fundó la primera casa que concedía prestamos a los pobres con hipoteca sobre ropas, muebles o alhajas, que se llamó en italiano *monte di pietà* «monte de piedad». En esta expresión, *monte* alude a una suma o monto de dinero que está a disposición para prestamos.

La idea se extendió rápidamente, y otras casas semejantes se crearon en Italia y en otros países. En Francia se llamaron *mont de piété* y en España, *monte de piedad* o *montepío*.

Moral

«Perteneiente o relativo a las acciones o caracteres de las personas, desde el punto de vista de la bondad o malicia. Que no pertenece al campo de los sentidos, por ser de la apreciación del entendimiento o de la conciencia. Que no concierne al orden jurídico, sino al fuero interno o al respeto humano. Ciencia que trata del bien en general, y de las acciones humanas en orden a su bondad o malicia. Conjunto de facultades del espíritu, por contraposición a físico. Ánimos, arrestos. Estado de ánimo, individual o colectivo. En relación a las tropas, o en el deporte, espíritu, o confianza en la victoria. En actividades que implican confrontación o esfuerzo intenso, confianza en el éxito» (DRAE).

Proviene del latín *moralis*, traducción del griego *ethikós*, de acuerdo con Cicerón. La palabra latina se formó a partir de *moris* «costumbre», «modo de vida». *O tempora, o mores!* (¡Oh tiempos, oh costumbres!) es una conocida frase de Cicerón, pronunciada durante una de sus catilinas (*Catilinam orationes* 1:2).

Moral aparece en nuestra lengua por primera vez en *El conde Lucanor*, obra publicada en 1330, y está registrada en los diccionarios de Nebrija y de Palencia como nombre de la ciencia ética. Durante muchos años se consideró que atribuir a moral el significado de «voluntad de lucha de las tropas» o de «confianza en el éxit» era un galicismo, pero hoy esa acepción ya está incluida en el Diccionario de la Real Academia Española. Lo mismo ocurrió hasta el siglo XIX con *desmoralizar*, vocablo que acabó por entrar en el Diccionario en la edición de 1884.

Moretón

Desde los tiempos más remotos, la mora, el fruto del moral (o morera negra), prestó su nombre a numerosas palabras de diversos idiomas. Los pueblos prehistóricos indoeuropeos llamaron *moro* a este fruto originario de Egipto, nombre que llegó al latín como *Morus rubus*.

El nombre del color morado proviene del color de la mora, y de allí también *moretón*, la marca de color morado causada en la piel por un hematoma.

Una variante de la misma familia botánica con fruto parecido al higo fue denominada en latín *sycomorus*, del griego *sykon* «higo» y *moros* «morera», hasta llegar al castellano como *sicomoro* o *sicómoro*.

Morfina

Es un alcaloide sólido, muy amargo y venenoso, pero que puede ser usado como potente soporífero y analgésico en pequeñas dosis. Fue aislado del opio en 1806 por el químico alemán Friedrich Wilhelm Sertürner, quien escogió para esta droga, que causa fuerte y rápida adicción, el nombre de *morfina* (en alemán *Morphin*), inspirándose en el dios griego del sueño y del ensueño: Morfeo (Morpheus), uno de los mil hijos de Hipnos, el Sueño.

Según la mitología helénica, Morfeo se distinguió por su habilidad para tomar la forma (*morphé*) de seres humanos y aparecerse en sueños a los mortales. Albert Carnoy, autor del *Dictionnaire Étymologique de la Mythologie Gréco-Romaine*, afirma que, por tratarse de un dios nocturno y espectral, el nombre de Morfeo se vincula con *morphnos* «oscuro», «sombrio».

La morfina se utiliza con fines médicos desde 1821.

Morganático

Dícese del matrimonio contraído por un príncipe y una mujer de clase inferior, o por una princesa y un hombre de clase inferior, en el cual cada cónyuge

conserva su condición social anterior.

Los casamientos entre personas de diferentes clases sociales son relativamente frecuentes en las sociedades modernas, en las que la permeabilidad social se viene abriendo camino desde la Revolución francesa. Antiguamente, las bodas de ese tipo eran raras y mal vistas, pues de alguna forma quebrantaban la estructura social. Por esa razón, surgieron normas que servían para impedir que las uniones entre personas de diferente origen social alteraran el rígido equilibrio de las clases.

Un ejemplo de estas normas es la boda morganática, en la cual el cónyuge de clase inferior no adquiere por el matrimonio el rango social ni los bienes del otro, ni para sí ni para los hijos de la pareja. Esta norma, surgida en la sociedad germánica medieval y luego extendida a toda Europa, estaba pautada por un ritual especial: la mañana que seguía a la noche de bodas el marido daba a su mujer un regalo simbólico; ésta, al recibirlo, perdía todo derecho a reclamaciones posteriores sobre las posesiones del marido, una renuncia que se hacía extensiva a los hijos de ambos.

En lengua germánica, el regalo se llamaba *morgangeba*, palabra formada por *morgan* «mañana» y *geba* «dar», algo así como «regalo matinal», que en bajo latín se convirtió en *morganaticus*.

Morgue

Poco se sabe sobre el origen último de esta palabra que nos llegó desde el francés, pero la historia conocida muestra una curiosa evolución del significado de *morgue*.

Hacia la primera mitad del siglo XVI, se usaba para referirse a una «actitud arrogante, adusta o severa, de ceño fruncido». En el *Trésor de la langue francoyse* (1606), de Nicot, *faire la morgue* «hacer la morgue» era «presentar una actitud de filosofía triste y severa», pero en 1694, en la primera edición del *Diccionario de la Academia Francesa*, *morgue* se define, además, como «entrada de una prisión, donde los detenidos permanecen algún tiempo expuestos, a fin de que los guardias puedan mirarlos fijamente para reconocerlos más tarde».

Casi un siglo después, hacia 1798, el vocablo francés conservaba estos significados, pero incorporaba otro nuevo: «Un lugar donde son expuestos los cuerpos de personas que fueron halladas muertas fuera de su domicilio, a fin de que puedan ser reconocidas».

A partir de 1923, la Morgue de París pasó a ser el Instituto de Medicina Legal.

La palabra apareció registrada por primera vez en nuestra lengua en la edición de 1917 del diccionario de José Alemán y Bolufer:

Edificio para depositar y exhibir los cadáveres desconocidos, con el fin de que los reconozcan sus deudos o el público.

Motilón

Es el nombre que los conquistadores españoles dieron a los indios que habitaban regiones de Venezuela y de Colombia, aludiendo al hábito de estos pueblos de usar el cabello extremadamente corto.

En varios dialectos de la península ibérica, incluso en el castellano, se usa el verbo *motilar* con el significado de «cortar el pelo muy corto o, incluso, raparlo». A partir de *motilar*, hacia el siglo XVI se llamó *motilón* a los laicos que son tonsurados como sacerdotes.

Así lo usó Cervantes en el *Quijote*, como en esta historia que el hidalgo cuenta a Sancho para explicar su amor por Dulcinea del Toboso:

Has de saber que una viuda hermosa, moza, libre y rica, y, sobre todo, desenfadada, se enamoró de un mozo motilón, rollizo y de buen tomo; alcanzólo a saber un su mayor, y un día dijo a la buena viuda, por fía de fraternal represión: «Maravillado estoy, señora, y no sin mucha causa, de que una mujer tan principal, tan hermosa y tan rica como vuestra merced se haya enamorado de un hombre tan soez, tan bajo y tan idiota como Fulano, habiendo en esta casa tantos maestros, tantos presentados y tantos teólogos, en quien vuestra merced pudiera escoger como entre peras, y decir: “Este quiero, aqueste no quiero”».

Motilar tiene el mismo origen que *mutilar*: ambos proceden del latín *mutilare*, de *mutilus* «mutilado o descornado».

Mucama

En numerosos países hispanoamericanos, *mucama* designa a una criada del servicio doméstico o, en algunos casos, a las personas encargadas de la limpieza de un hotel u hospital.

A pesar de que el Diccionario de la Academia marca este vocablo como «brasileño de origen incierto», llama la atención el hecho de que aparezca también en Cuba, país que, prácticamente, no ha recibido influencia lingüística de Brasil.

Ocurre que esta palabra proviene de *mukama*, voz de la lengua africana quimbundo, con el significado de «esclava que es amante de su señor». Como el quimbundo se habla en Angola, de donde provenían buena parte de los esclavos llevados tanto a Brasil como a Cuba, es probable que *mukama* haya ingresado directamente desde el Continente Negro hacia esos países y sufrido en ambos el mismo cambio de significado.

Mueble

Mueble proviene del latín *mobilis* «móvil», forma sincopada de *movibilis*, del verbo *movere* «mover», derivado del indoeuropeo *meu-* «empujar lejos», «mover de un lugar».

Esta palabra aparece registrada en español ya en 1030, aunque en distintas épocas pueden hallarse las grafías *muebele* (1084) y *muebre* (1250), con el sentido de bienes que pueden ser movidos, trasladados de un lugar a otro, a diferencia de las tierras y viviendas, que más tarde se llamarían *inmuebles*.

En los documentos jurídicos medievales, que se escribían en latín, se llamaba *res mobilis* «cosas muebles o móviles» a todos los bienes patrimoniales que pudieran ser trasladados, de modo que eran *muebles* tanto los artefactos domésticos como alhajas, obras de arte y cualquier otro objeto de valor que no formara parte de la propiedad territorial.

Con el tiempo, la palabra fue perdiendo su especificidad jurídica y adquiriendo poco a poco su significado actual, que se corresponde con el portugués *móveis*, el francés *meubles*, el inglés *furniture* y el alemán *Moebel*.

Muelle

Muelle ha sido definido por la Academia como «delicado, suave, blando». También, «inclinado a los placeres sensuales». O «pieza elástica, ordinariamente de metal, colocada de modo que pueda utilizarse la fuerza que haga para recuperar su posición natural cuando ha sido separada de ella».

El adjetivo *muelle* proviene del latín *mollis*, que significa tanto «flexible» como «blando, suave»; pero en una época se usó también como sustantivo para denominar unas tenazas que consistían en una pieza flexible de metal doblada en dos que tendía a volver a su posición original. Por esa razón, los resortes de este tipo se llaman *muelles* en español y *molás* en portugués.

En poemas de Berceo y en el diccionario de Nebrija ya aparecía el derivado *mollera* para designar a la fontanela, espacio situado en la parte más alta de la cabeza de los bebés, que luego cierra al unirse ambos parietales con el hueso

frontal; en mozárabe se llamó *mullajra* y en portugués derivó hacia *miolo* «sesos» y *mole* «blando».

En español, la acepción adjetiva con el sentido de «blando» generó *mullido*, un sustantivo que designaba, inicialmente, un colchón blando que se solía confeccionar con vegetales para el descanso del ganado en Asturias.

En el latín vulgar de la Edad Media, *moliare* significaba «reblandecer», palabra que ya en Berceo se había convertido en *mojar* porque algunos materiales se ablandan al ser mojados; de ahí procede asimismo *remojarse* —que ya figuraba en Nebrija con el mismo significado— y el delicioso *mojito* cubano, hecho con ron y bebidas gaseosas, del que se dice que *ablanda* la resistencia de las mujeres.

Mula

Actualmente se refiere al animal híbrido, generado por la cruce de caballo y burro, pero la palabra tiene una larga historia. En nuestra lengua, así como en latín, *mula*, en francés antiguo *mul* y en inglés clásico *mul*, tenía el mismo significado de *híbrido*, es decir, aludía a cualquier animal o vegetal obtenido por cruce entre especies diferentes. En España, en el siglo xv, mula ya designaba a la persona tonta o muy terca.

En el siglo xvi, el biólogo inglés Ben Jonson utilizó esta palabra para describir a alguien que no tenía sexo definido. Pero hacia el siglo xviii, recuperó su sentido original de 1500 años antes y volvió a calificar a todos los híbridos, animales y vegetales. Aún hoy, los ornitólogos la usan para referirse a ciertas cruces de aves.

Por analogía con las especies animales, Quevedo y Garcilaso el Inca fueron de los primeros en usar la palabra *mulato* para referirse al mestizaje en la raza humana. Inicialmente, se aplicó a la mezcla entre europeos y moros, pero Garcilaso ya llamaba mulatos a los descendientes de negro e indio; autores franceses llamaron *mulâtre* a la unión de franceses e indias y, finalmente, la palabra quedó reservada en portugués y en español sólo para los hijos habidos de negro con blanco.

Murciélago

No todos los murciélagos son ciegos, apenas los de la especie *Rousettus*, pero casi todas las variedades de este quiróptero están dotadas de la habilidad de orientarse por el sonido, como una especie de radar acústico, que en inglés se llama *bat sonar* y en español *ecolocación*.

Sin embargo, antes predominaba la creencia de que todos eran ciegos, como

demuestra el origen de esta palabra: una metátesis del original *murciégalo*, formado por la expresión del castellano antiguo *mur cego* «ratón ciego», derivada del latín *mus, muris* «ratón» y *caeculus*, diminutivo de *caecus* «ciego». Las novecientas especies de murciélagos están formadas por los únicos mamíferos dotados de la capacidad de volar. Esta condición, unida al sentido de ecolocación, dio origen a fantásticas leyendas desde la Antigüedad. Surgidas en Siria y Babilonia, prosperaron en algunos países de Europa oriental durante la Edad Media y, por último, fueron recogidas por el irlandés Bram Stoker en su novela *Drácula* (1897), en la que adquirió su forma contemporánea el mito de los vampiros (del serbocroata y húngaro *vampir*) y el personaje del conde Drácula.

Músculo

Observando el movimiento de los músculos de la parte superior de la pierna al contraerse y relajarse, los antiguos romanos lo compararon con un ratoncito que va y viene, y adoptaron para denominarlo la palabra *musculus*, diminutivo en latín de *mus* «ratón», que llegó al castellano como *músculo*.

Con el tiempo, el uso de este vocablo se fue extendiendo para denominar a todos los músculos del cuerpo, mientras que para la parte superior de la pierna, se fue reservando la forma *muslo*, derivada del anterior.

Muselina

Diversas ciudades asiáticas y europeas se disputan la paternidad de la muselina, pero lo cierto es que esta delicada tela nació en la ciudad de Mosul (en árabe *Al-Mawsil*), situada en el actual territorio de Irak, de donde tomó su nombre.

En la Baja Edad Media, los mercaderes venecianos ganaron mucho dinero con la *mussolina* (tela de Mosul), un producto cuyo nombre pasó al francés como *mousseline*, lengua de la cual llegó al español como *muselina*.

Parece factible que el dictador Benito Mussolini fuera descendiente de mercaderes de *mussolina*.

Mutillar

(V. motilón).

N

Nación

La nación, tal como hoy la concebimos, es un concepto relativamente nuevo en términos históricos, que surge y se consolida con la llegada al poder de la burguesía y con el auge del liberalismo económico.

La apertura comercial impulsada por la burguesía trajo consigo la necesidad de romper las fronteras de los feudos y reunir en una misma unidad política los territorios de pueblos ligados por su lengua y por tradiciones y costumbres comunes; primero, mediante el fortalecimiento de una monarquía central y, más tarde, una vez que el poder burgués se consolidó, bajo la forma de estados, republicanos o monárquicos, pero con las estructuras políticas preconizadas por el liberalismo.

En sentido moderno, *nación* puede definirse como un «conjunto de individuos de lengua, origen étnico y costumbres comunes que comparten un determinado territorio». Sin embargo, los palestinos nunca dejaron de constituir una nación, incluso cuando no tenían un territorio. En el caso de los judíos, cuya diáspora fue mucho más prolongada, se afirma que ya constituían una nación antes de la formación del Estado de Israel.

Hasta aquí la definición política, pero desde el punto de vista etimológico *nación* es un grupo étnico, puesto que la palabra procede del participio latino *natus*, de *nasci* «nacer», «provenir», y de él, el sustantivo derivado *natio*, *nationis*, que primero significó «nacimiento», pero, evolucionó hacia «raza» o «grupo étnico».

Nadie, nada

Ambas palabras se derivan de dos formas del participio pasivo del verbo latino *nasci* «nacer»: *nadie*, del participio plural *nati*, y *nada*, del femenino singular *nata*.

Veamos el primer caso: *nadie* proviene de la locución latina *homines nati non fecerunt*, que literalmente significa «personas nacidas no lo hicieron» o, más propiamente, «nadie lo hizo». Aparece registrado en español bajo la forma *nadi* desde el *Cantar de Mio Cid*. Desde Berceo, usado sólo en frases negativas como *nadi no lo hicieron*, figura en muchos casos hasta fines del siglo xv. En el *Cantar de Mio Cid* se lee: «No lo dizen a nadi e finco esta razon».

Posteriormente, evolucionó hacia *naid* y *naide*, considerado como un vulgarismo, aunque fue usado por santa Teresa.

[...] Que importa mucho que de sequedades ni de inquietud y de straimiento en los pensamientos naide se apriete ni aflija. (Santa Teresa de Jesús: Su vida).

Corominas señala que se pasó a usar *nadie* «como reacción contra el vulgarismo».

Nada, por su parte, se derivó de la expresión latina *res nata* «cosa nacida», que pasó al castellano como «nada cosa» y, posteriormente, «nada». Corominas observa que expresiones como «o hizo nada cosa» se utilizan hasta hoy en el castellano hablado en los estados norteamericanos de Colorado y Nuevo México, ricos en expresiones consideradas arcaicas por el resto de la comunidad hispanohablante.

Nafta

El petróleo sólo fue extraído en gran escala a partir de la primera mitad del siglo xx, cuando se inició la producción en serie de vehículos automotores, pero se sabía de su existencia desde la más remota Antigüedad.

Los sumerios, los asirios y los babilonios conocieron fuentes de petróleo y de gas natural que llegaban a la superficie en las cercanías de la actual ciudad de Hit, sobre una ribera del Eufrates, desde hace por lo menos cinco mil años, generalmente mezclados con betún de Judea. Los médicos egipcios y los babilonios lo utilizaban para curar heridas y como laxante.

Más adelante, el petróleo se usó como arma: en las guerras médicas, los persas mojaban sus flechas en petróleo y las encendían antes de lanzarlas contra los atenienses. En los primeros siglos de la era cristiana, los árabes y persas sometían el crudo a cierta destilación para usarlo como combustible, con fines bélicos. Hacia el siglo xii, la técnica de destilación del crudo para iluminación empezó a difundirse por Europa.

En el latín medieval, el betún de Judea, la sustancia más pesada obtenida en los yacimientos de petróleo, era conocido como *asphaltus*, vocablo del que proviene el español *asfalto* (v. asfalto), pero en la Antigüedad clásica los griegos lo habían llamado *naphtha*, palabra semejante al acadio *naptu* y al persa *naft*, de igual significado, que llegó al castellano como *nafta*, para designar inicialmente al betún de Judea, aunque a veces se lo confundía con el alquitrán, como ocurre con Antonio de Nebrija en su *Diccionario latino español*:

Huego de alquitran. naphtha.ae.

Con el desarrollo de las técnicas de refinación del crudo, el viejo vocablo de transmisión grecolatina se aplicó, probablemente bajo influencia del inglés *naphtha*, como designación genérica de un grupo de derivados del crudo, intermediario entre los gases ligeros del crudo y el queroseno.

En la primera edición del Diccionario de la Academia (1734), en la entrada *naphtha* encontramos:

Betún oleoso y nitroso, y por eso fácilmente inflamable: tanto que según algunos, arde debaxo del agua.

Del inglés *naphtha* se derivó *naphthalene*, un hidrocarburo sólido cuyo punto de fusión se sitúa entre los 79 y los 83 grados Celsius, también conocido en castellano por su nombre comercial *naftalina*.

Napalm

Es un explosivo utilizado en bombas incendiarias y en lanzallamas. Durante la Primera Guerra Mundial, los alemanes habían empleado gasolina con ese propósito, pero constataron que se consumía con demasiada rapidez.

Poco después de que Estados Unidos entrara en la Segunda Guerra Mundial, Washington destinó fondos a una investigación para lograr que la gasolina se extinguiera más lentamente, hasta que en 1942 la Universidad de Harvard y el Ejército norteamericano encontraron la manera de mezclar la gasolina con una sustancia gelatinosa, el palmitato de sodio, para que la combustión durara más tiempo y, de esa forma, hiciera más daño. La empresa que lo fabrica en exclusividad para el gobierno norteamericano es Dow Chemical.

El napalm se usó en Japón, Corea y Vietnam, donde causó tragedias tan horribles que fue condenado internacionalmente como arma genocida. En Irak y Afganistán, Estados Unidos cambió el napalm-B por un producto muy parecido, denominado Mark-77, al que considera legal porque no está incluido en la proscripción de las Naciones Unidas de 1980.

La palabra *napalm* se formó mediante las sílabas iniciales de sus componentes *naftenato* y *palmitato*.

Narcisismo

Narciso era un joven de extraordinaria belleza, pero que desdeñaba el amor. Cuando nació, sus padres consultaron al viejo adivino Tiresias, quien les dijo que el niño llegaría a viejo si evitaba mirarse a sí mismo. Durante su adolescencia, Narciso despertó intensas pasiones en incontables ninfas y jóvenes

de su edad, pero jamás se interesó por ninguna de ellas. Hasta que un día la ninfa Eco se enamoró perdidamente de él y, desesperada ante la indiferencia del amado, se refugió en la soledad y adelgazó hasta quedar convertida en una roca fría, que sigue repitiendo hasta hoy las voces que oye a su alrededor (v. eco).

La diosa Némesis, dispuesta a vengar a Eco, un día de mucho calor, hizo que Narciso se inclinase a beber sobre una fuente. Cuando el joven vio su rostro tan hermoso, se apasionó de inmediato por él e introdujo su cabeza dentro del agua, con lo que murió ahogado en pocos minutos. Al pie del manantial, nació una flor que los griegos llamaron *nárkissos*, y que llegó hasta nosotros como *narciso*, a través del latín *narcissus*.

El psicoanálisis retomó la leyenda de Narciso para explicar el proceso psíquico por el cual algunas personas son incapaces de amar a otro y sólo se aman a sí mismas, lo que a veces —según los psicoanalistas— desemboca en el amor a personas del mismo sexo. Sigmund Freud, en su obra *Introducción del narcisismo* (1914), lo define como «el estancamiento de toda la energía de la libido en el yo». La palabra se usó primero en alemán como *Narzissmus* (y no *Narzissismus*), traducida al inglés primero como *Narcissus-like*, luego como *narcismus* y, finalmente, con el término actual *narcissism*, que llegó al español como *narcisismo*, registrado por primera vez en la edición del DRAE de 1936.

Narval

El narval es un cetáceo de la región ártica, que puede medir hasta cinco metros y medio. Vive entre los bloques flotantes de hielo y está catalogado como *Monodon monoceros*. Uno de sus dientes se desarrolla hasta formar un cuerno de marfil de más de dos metros de largo, muy apreciado por los cazadores. El narval se alimenta de calamares, pulpos, peces y crustáceos.

La palabra española se formó a partir del danés *narhval*, compuesto por *nar* «cadáver» (debido a su color blanquecino) y *hval* «ballena», el mismo origen del inglés *whale* «ballena». O sea que el narval es para los daneses una *ballena muerta*.

Náusea

Cuando una mujer joven padece náuseas o mareos, inmediatamente se suele pensar en un embarazo como causa de la molestia.

Sin embargo, la etimología de ambos vocablos se vincula más bien a los padecimientos de los navegantes, causados por el movimiento de sus embarcaciones.

En efecto, *mareo* proviene de la palabra latina *mare* «mar», mientras que *náusea* llegó a nuestra lengua procedente del latín *nausea* y ésta, del griego *nausía*, derivada de *nautés* «navegante» (como en *astronauta*, *cosmonauta*, *argonauta*), de donde devino también la palabra griega *naos* «nave».

Por extensión, náusea designa hoy no sólo el mareo provocado por las naves, sino también las ganas de vomitar y, en otra acepción, la «repugnancia o aversión que causa algo». La Academia ha castellanizado e incluido en su diccionario la expresión latina *ad nauseam* «hasta la náusea».

Navaja

Para los romanos, hacerse la barba o raparse la cabeza era una forma de renovarse, de iniciar, de cierta forma, una nueva vida. Por esa razón, llamaron *novatio*, tanto al acto de renovar algo como al de afeitarse.

Al aparato que utilizaban para esta *renovación* lo llamaron *novacula*. El poeta hispanorromano Marcial usaba la expresión *novacula nudare caput*, para expresar el acto de «raparse la cabeza con navaja».

En el latín vulgar hispánico, *novacula* fue alterado a *navacula*, que con el correr de los siglos se fue transformando en *navaja*.

Navidad

Cuando compramos los regalos de Navidad, decoramos el árbol o nos reunimos con la familia alrededor de la cena navideña, raramente nos detenemos a pensar cómo se fueron formando esas tradiciones milenarias, algunas de ellas mucho más antiguas que el propio cristianismo.

La conmemoración del nacimiento de Jesús, la fiesta más universal de Occidente, se celebró por primera vez el 25 de diciembre de 336 en Roma, pero hasta el siglo v, la Iglesia de Oriente siguió conmemorando el nacimiento y el bautismo del niño Dios de los cristianos el 6 de enero. El nombre de la fiesta Navidad, proviene del latín *nativitas*, *nativitatis* «nacimiento», «generación».

En siglos posteriores, las diócesis orientales fueron adoptando el 25 de diciembre y fueron dejando el 6 de enero para recordar el bautismo de Cristo, con excepción de la Iglesia armenia, que hasta hoy conmemora la Navidad en esa fecha de enero.

No se conoce con certeza la razón por la cual se eligió el 25 de diciembre para celebrar la fiesta navideña, pero los estudiosos consideran probable que los cristianos de aquella época se hubieran propuesto reemplazar con la Navidad la fiesta pagana conocida como *natalis solis invicti* (festival del nacimiento del sol

invicto), que correspondía al solsticio de invierno en el hemisferio norte, a partir del cual empieza a aumentar la duración de los días y el sol sube cada día más alto por encima del horizonte.

Una vez que la Iglesia oriental instituyó el 25 de diciembre para la Navidad, el bautismo de Jesús empezó a festejarse en Oriente el 6 de enero, pero en Roma esa fecha fue escogida para celebrar la llegada a Belén de los Reyes Magos, con sus regalos de oro, incienso y mirra.

A lo largo de los siglos, las costumbres tradicionales vinculadas a la Navidad se desarrollaron a partir de múltiples fuentes. En esas tradiciones, tuvo considerable influencia el hecho de que la celebración coincidiera con las fechas de antiquísimos ritos paganos de origen agrícola que tenían lugar al comienzo del invierno.

Así, la Navidad acogió elementos de la tradición latina de la Saturnalia, una fiesta de regocijo e intercambio de regalos, que los romanos celebraban el 17 de diciembre en homenaje a Saturno.

Y no hay que olvidar que el 25 de diciembre era también la fiesta del dios persa de la luz, Mitra, respetado por Diocleciano, y que había inspirado a griegos y romanos a adorar a Febo y a Apolo.

En el Año Nuevo, los romanos decoraban sus casas con luces y hojas de vegetales, y daban regalos a los niños y a los pobres en un clima que hoy llamaríamos *navideño*. A pesar de que el año romano comenzaba en marzo, estas costumbres también fueron incorporadas a la festividad cristiana.

Por otra parte, con la llegada de los invasores teutónicos a la Galia, a Inglaterra y a Europa Central, ritos germánicos se mezclaron con las costumbres celtas y fueron adoptados en parte por los cristianos, con lo que la Navidad se tornó desde muy temprano una fiesta de comida y bebida abundante, con fuegos, luces y árboles decorados.

La Navidad que celebramos hoy es, pues, el producto de un milenario crisol en el que antiguas tradiciones griegas y romanas se conjugaron con rituales célticos, germánicos y con liturgias ignotas de misteriosas religiones orientales.

Nazi

Después de la Primera Guerra Mundial, terminada en 1918, los aliados impusieron a Alemania una pesada carga de reparaciones que produjo graves consecuencias en la economía de ese país. Un cabo de origen austríaco, Adolf Schickelgruber, más tarde conocido como Adolf Hitler, se unió en 1919 al Partido Obrero Alemán, que meses más tarde se convertiría en Partido Nacional

Socialista Alemán de los Trabajadores, con el que tomó el poder en 1933. Se abrió así una de las páginas más negras de la historia. Seis años después de haber llegado al gobierno, Hitler desencadenó la Segunda Guerra Mundial, en la que murieron treinta y cuatro millones de personas, entre ellas, seis millones de judíos exterminados en campos de concentración.

El nombre en alemán del partido de Hitler era Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei (NSDAP), a partir del cual se formó por abreviación, para designar a sus seguidores, la palabra *nazi*, probablemente el vocablo más ominoso del siglo XX.

Nebulosa

Proviene del latín *nebula*, que significaba «niebla, neblina, cerrazón», pero que Virgilio y Horacio usaron para denotar «nube».

En el estado actual de la ciencia, se llama *nebulosas* a las masas de gases y pequeñas partículas de polvo que se encuentran en todas partes en el espacio. Antiguamente, se daba ese nombre a todos los objetos celestes de apariencia difusa que aparecían a la vista sin límites precisos, pero con la invención del telescopio pudo saberse que muchos objetos conocidos como nebulosas eran en realidad *cúmulos* de estrellas y galaxias, a pesar de lo cual muchos de ellos se siguen llamando así por razones históricas.

Nefelibata

Persona soñadora, que vive en las nubes.

El poeta nicaragüense Rubén Darío usó esta palabra en su poema *Epístola*, que escribió en homenaje a la esposa de Leopoldo Lugones:

Que ando, nefelibata, por las nubes... Entiendo.

Que no soy hombre práctico en la vida... ¡Estupendo!

Y volvió a usarla en *Mar Latino*:

Nefelibata contento,

creo interpretar

las confidencias del viento

la tierra y el mar...

Se trata de un cultismo (voz de creación culta, no nacida en el habla popular) que se formó con las palabras griegas *nephéle* «nube» y *bates* «el que anda». No conocemos ninguna referencia sobre su uso antes de Darío, que vivió entre 1867 y 1916. *Nefelibata* nunca había aparecido en ningún diccionario antes de ser incluida en el de la Real Academia, en 1984. En portugués, *nefelibata* se registra con el mismo origen y significado a partir de 1899.

Negocio

Para los romanos, menos dados al *ocio fecundo* que los griegos, *negotium* significaba «ocupación, quehacer, trabajo» y por eso formaron esta palabra, que es una contracción del adverbio *nec* «no» y el sustantivo *otium* «ocio», «descanso», «recreación». La palabra *negocio* está registrada por primera vez en español en las obras de Berceo:

Ufrió buena ofrenda, buen present, e granado,
Rendiendo a Dios graçias, e al sancto perlado,
Commo qui su negocio a tan bien recabdado,
Pagado e alegre tomó a su condado.

Vale la pena precisar que los latinos llamaban *otium* no sólo a la recreación, sino también al tiempo dedicado a las artes. Así, el *otium litteratum* era el tiempo libre que dedicaban a las letras.

Nepotismo

Otorgamiento de empleos o favores públicos a los familiares más cercanos de un gobernante o alto funcionario.

Se originó en la raíz indoeuropea *nepot-* que significaba «nieto», pero también «sobrino», una ambigüedad que se transmitió al latín, lengua en la cual *nepos*, *nepotis* también denotaba tanto nieto como sobrino. En español la supervivencia de *sobrinus* permitió que la palabra *nieto* hiciera más preciso su sentido para significar apenas los «hijos de los hijos», mientras que en francés *neveu* y *nièce* expresan sólo «sobrino/a», y en inglés la palabra latina derivó hacia *nephew*, también «sobrino». En las fuentes medievales más antiguas del español, se alternan las formas homónimas *nieto* y *nepto*.

La misma raíz indoeuropea se derivó hacia el sánscrito *napat* «nieto», mientras que con el significado «sobrino», se formaron la voz griega *anepsiós*, la alemana *neffe* y la holandesa *neef*.

La palabra *nepotismo* surgió en los primeros siglos del cristianismo, cuando los papas, que no tenían hijos o no admitían tenerlos, concedían los mejores empleos y los favores de Estado a sus sobrinos, quienes con frecuencia eran, en realidad, sus hijos ilegítimos.

Nigromancia

Mucha gente tiende a relacionar esta palabra con la magia negra, pensando que el *nigro* se deriva de «negro», y el propio Diccionario de la Academia incluye una segunda acepción, marcada como coloquial, de «magia negra o diabólica».

La Academia indica que *nigromancia* se deriva de *necromancia*, la adivinación mediante la invocación a los muertos. Una y otra provienen del griego *nekromanteia*, formada por *nekros* «muerto» (como en *necrosis*, *necrópolis*), pero, ciertamente, la forma *nigromancia* se debe a la influencia de *magia negra*, que, en realidad, no tiene nada que ver con su origen.

A pesar de la afirmación académica, en diversos corpus del idioma hemos hallado *nigromancia* en textos de Alfonso X el Sabio (siglo XIII), mientras que *necromancia* sólo aparece a partir del siglo XVI, y nunca fue muy frecuente.

Ninfa

(V. limpio).

Nombre

Es una palabra muy antigua, cuyas raíces se hunden en el indoeuropeo *nomen* «nombre», de donde se derivó la voz latina *nomen*, *nominis*. El término indoeuropeo dejó su rastro en la mayoría de las lenguas modernas a través del latín, en palabras como *nominar*, *nomenclatura*, *denominar* e *ignominia*, entre muchas otras, o, por intermedio del griego *ónoma*, como *anónimo* y *sinónimo*.

A las lenguas germánicas prehistóricas, *nomen* llegó directamente desde el indoeuropeo bajo la forma *namon*, que evolucionó hacia el inglés y alemán modernos *name*, el holandés *naam*, el sueco *namn* y el danés *navn*.

Ya en castellano antiguo la palabra *nombre* está muy documentada, como vemos en este pasaje del *Cantar de Mio Cid*:

¡En el nombre del Criador que non pase por al, vayamos los ferir en
aquel dia de cras!

Nomeolvides

Según una leyenda que durante algunos siglos formó parte de los juegos galantes de las cortes europeas, los portadores de la flor azul conocida como *miosota* o *miosotis* jamás serían olvidados por sus amantes, lo que dio lugar a que también se la llamara en español *nomeolvides*.

Esta creencia se extendió tanto por Europa que este nombre es semánticamente idéntico en un gran número de lenguas europeas: en alemán, *Vergissmeinnicht*; en inglés, *forget-me-not*; en holandés, *vergeet-mij-nietje*; en danés, *forghlem-mig-ej*; en sueco, *förgötmigej*; en rumano, *nu ma uita*; en húngaro, *nefelejcs*; en checo, *pomněnka*; en ruso, *nezabudka*; en eslovaco, *nezábudka*; en polaco, *niezapominajka*; en italiano, *nontiscordardimé*, en portugués, *não-me-esqueças* y en francés, *ne m'oubliez pas*.

Non

En latín, el adverbio de negación podía ser *non* o *ne*, como en el precepto jurídico *non bis in ídem* (nunca dos veces por mismo motivo), por el cual una persona no puede ser juzgada dos veces por el mismo delito, que también puede expresarse como *ne bis in idem*.

Los hispanohablantes heredamos el *non* sin la *n* final, pero en francés esta diferencia se mantuvo, con el uso de la partícula negativa de acuerdo con su posición en la frase. Así, en francés se dice «*Non, madame, je ne sais pas*», que en español es «*No, señora, no lo sé*».

Ne, procedente de su homónimo indoeuropeo, era más antiguo en latín; en efecto, la negación *non* se derivaba del arcaico *ne oinom*, literalmente «no uno», pero el *ne* simple se siguió usando junto con *non* durante mucho tiempo, hasta que acabó por desaparecer antes de que se formaran las lenguas romances. Otro compuesto de *non* en latín era *neque* «y no», que se abreviaba *nec*, de donde proviene la conjunción castellana *ni*.

Vamos a los *nones* del título: a pesar de que el adverbio *no* ya aparece en el siglo XI en las *Glosas emilianenses*, primer documento conocido con texto en español, también se siguió usando *non* durante muchos años. Se cuenta que los jugadores de dados y otros juegos de azar preguntaban «¿Pares o non pares?» antes de echar suertes; hasta que en cierta época la pregunta cambió a «¿Pares o nones?» y, de esa manera, *non* adquirió función de adjetivo con el significado de «non par», o sea, «impar», como registra hoy el Diccionario de la Real Academia.

Nonio

El nonio es un aparato de medición que permite muy alta precisión, que consiste en dos escalas graduadas que se deslizan una sobre la otra. Este proceso es empleado en el paquímetro, un instrumento de medición que consta de una escala graduada en milímetros que se desliza sobre otra graduada en espacios de nueve décimos de milímetro, lo que permite medir tamaños tan pequeños como 0,05 mm.

El vocablo *nonio* se usa en español desde la segunda mitad del siglo pasado, y su nombre no proviene, como podría pensarse, del número nueve, sino de *Nonius*, latinización del apellido del matemático portugués Pedro Nunes (1492-1577), quien lo inventó.

Nostalgia

Palabra creada hacia 1668 por el médico suizo Johannes Hofer, que quería dar nombre al «deseo doloroso de regresar» que había visto en algunos de sus pacientes. Hofer buscaba una palabra que expresase en todas las lenguas el significado del vocablo alemán *Heimweh* «deseo intenso de estar en casa», «sufrimiento por estar separado de la familia».

El médico suizo formó *nostalgia* mediante la yuxtaposición de las palabras griegas *nostos* «regreso» y *algos* «dolor», (como en *neuralgia*). *Nostos* está vinculada al verbo griego *neisthai* «venir», «ir», «volver», cognado del sánscrito *násate* «él se acerca», que se deriva, a su vez, de la raíz prehistórica *nos-to* «regreso al hogar».

En nuestra lengua, *nostalgia* tiene un equivalente aproximado en *añoranza*, aunque esta última, tomada del catalán *enyorança*, tiende a denotar más bien el dolor por la pérdida definitiva de algo o de alguien. La palabra portuguesa *saudade*, ya incorporada al Diccionario de la Academia con la misma grafía, está más próxima, ciertamente, a *nostalgia*.

Notas musicales

En inglés, las notas musicales corresponden a las primeras letras del alfabeto ordenadas así: *c, d, e, f, g, a, b*; muy diferente de la nomenclatura usada en español y en todas las lenguas romances. La actual nomenclatura —*do, re, mi, fa, sol, la, si*— se originó en el siglo xv, cuando el monje italiano Guido d'Arezzo describió un sistema de enseñanza de solfeo en el que denominaba a cada uno de los grados de la escala por un procedimiento mnemotécnico.

D'Arezzo tomó la primera sílaba de cada uno de los versos de la obra *Hymnus in Ioannem* (*ut, re, mi, fa, sol y la*), que había sido compuesta tres siglos antes por el músico Paulus Diaconus en homenaje a san Juan Bautista, en la cual cada verso comienza con una nota superior a la del anterior.

Ut queant laxis
resonare fibris
mira gestorum
famuli tuorum,
solve polluti
labii reatum,
Sancte Ioannes.

(San Juan, para que tus siervos puedan exaltar a plena voz las maravillas de tus hechos, perdona sus labios impuros).

En el siglo xv, el musicólogo y matemático salmantino Bartolomé Ramos de Pareja incorporó la nota *si*, denominada de esta manera al unir las iniciales del último verso (*Sancte Ioannes*).

Finalmente, dos siglos más tarde, el músico italiano Giovanni Bononcini propuso sustituir el nombre de la nota *ut* por *do*, más sonoro y fácil de pronunciar para los hablantes neolatinos.

Núbil

Tal como ocurre hoy, las jóvenes romanas iban a sus bodas con la cabeza cubierta por un velo blanco y semitransparente, que simbolizaba su candor o inocencia.

El velo, que metafóricamente puede equipararse a una nube (en latín *nubis*), dio lugar en Roma a *nubilis*, que llegó a nuestra lengua bajo la forma *núbil*, para designar a las jóvenes casaderas.

Veamos un ejemplo del uso de este vocablo en unos versos del poeta chileno Fernando González Urizar:

Núbil aún, relámpago de un día,
oro tibio y secreto de mis ojos,
no por tener tu cuerpo me acostumbro

ni por dejarlo a solas se me olvida.

Nuera

Los griegos llamaban *nuós* a la esposa del hijo, palabra que fue tomada por Cicerón como *nurus*, con el mismo significado. En latín vulgar, *nurus* se convirtió en *nora*, que ya en el siglo X había cambiado en español a *nuera*. La palabra latina perdura bajo diversas formas en todas las lenguas romances modernas, excepto el retorrománico y el francés.

O

Oasis

Palabra proveniente del egipcio copto *wahe* «lugar fértil», que dio lugar al griego *oasis* y al latín *oasis*, con la misma forma y significado. Los romanos llamaron así a dos lugares del desierto de Libia: Oasis mayor y Oasis menor, hacia donde eran enviados los criminales en la época del Imperio.

La voz griega llegó al francés con su sentido original y luego a nuestra lengua en la segunda mitad del siglo XIX. En español, además de «lugar fértil en el desierto», *oasis* significa una «tregua, descanso, refugio en las penalidades o contratiempos de la vida».

Obedecer

El sentido del oído sirvió de referencia para la formación de numerosas palabras de nuestra lengua (v. absurdo y discrepar). Éste es el caso de *obedecer*, palabra proveniente del latín *obedire*, que se formó a partir del prefijo *ob-* antepuesto a *audire* «oír». Inicialmente, significó «dar oídos, dar crédito, creer», pero Cicerón ya empleaba este verbo con su sentido actual de «cumplir una orden». *Obeditum est enixè* (obedecieron prontamente), decía Tito Livio.

Obispo

(V. arzobispo).

Oblea

En latín, *oblatus*, *-a*, *-um* era el participio pasivo del verbo *offero* «ofrecer», o sea que significaba «ofrecido, aquello que se ofrece», tal como aparece en Cicerón, Salustio y Tito Livio.

En francés se formó el verbo *obler*, que también significaba ofrecer, pero para referirse a las personas que tomaban los hábitos y donaban todos sus bienes al convento donde vivirían.

Y como la hostia es una ofrenda a Dios, el participio pasado de este verbo, *oblée* en su forma femenina, se aplicó a la delgada hoja de pan sin levadura que se usa

para la confección de hostias.

El Diccionario de la Academia recuerda que el escaso espesor del pan ácimo para hostias dio lugar a que se llamara *oblea* a una «hoja muy delgada hecha de harina y agua o de goma arábica, cuyos trozos servían para pegar sobres, cubiertas de oficios, cartas o para poner el sello en seco». Y esa hoja se usó también para sellar medicamentos en un formato que en muchos países se llama *oblea*.

Oboe

El oboe es un instrumento musical de viento, con un tubo estrecho de sección cónica, construido en madera de boj o de ébano, que fue inventado en el siglo XVII por los músicos franceses Jean Hotteterre y Michael Philidor. Ambos buscaban crear un instrumento de tono más alto que el caramillo, para interiores. Lo llamaron *haut-bois* (pronunciado en esa época *obué* «madera alta»), nombre que llegó al español en la segunda mitad del siglo XVIII, como *oboe*.

Obsceno

Proviene del latín *obscenus*, que inicialmente significó «de mal agüero», «mal presagio», «funesto», «siniestro». El autor latino Aulo Gelio (123-165 d. de C.) empleaba *obscenae aves* con el sentido de «aves de mal agüero». Pero con relación a las personas, tenía también el sentido de «impúdico» o «deshonesto», y el geógrafo Pomponio Mela utilizó *obscenus* para referirse a los órganos genitales del hombre.

Obsequio

Los romanos usaban el verbo *sequi* con el sentido de «seguir, ir detrás, acompañar», y también «perseguir, acosar». Ovidio escribió *sequi vestigia alicujus* para significar «seguir las huellas de alguien» y *non tibi sequendus eram* con la denotación de «yo no debería ser acompañado por ti». El infinitivo clásico *sequi* se alteró en latín vulgar a *sequere*, que dio lugar al francés *suivre* «seguir», mientras que otras lenguas romances mantuvieron la forma original, pero añadieron las terminaciones *-ire*, como el italiano *seguire*, o *-ir*, como el español, portugués y catalán *seguir*.

La palabra latina se había formado a partir de la raíz indoeuropea *sekw*, del mismo significado, y dio lugar a muchos otros vocablos, tanto en latín como en castellano. En efecto, con el prefijo *con-* se formó *consequi* «buscar», «conseguir», «obtener», de cuyo participio pasivo, *consecutus*, «consecutivo» se

derivaron *consequentia* «consecuencia» y *exsequitio* «seguir hasta el final», «rematar», de donde «ejecutar» y «ejecutivo», y también «exequias» (honorés fúnebres). Con el prefijo *ob-* se formó *obsequi* «cumplir el deseo de otra persona», que dio lugar a nuestro *obsequio* «regalo», pero también a *obsecuente* «el que sigue los deseos de otra persona en actitud de obediencia y sumisión». Lo que ocurre después de un hecho, lo que lo sigue como consecuencia, se llama *secuela*, palabra formada ya en latín como *sequela*, a partir del verbo *sequi*.

Obsidiana

Se trata de un vidrio volcánico semitranslúcido, de tonalidad oscura, que se produce cuando el magma volcánico sale a la superficie terrestre en forma de lava. Se enfría tan rápidamente que sus iones no tienen tiempo de cristalizar.

Los antiguos apreciaban esta sustancia por su dureza y la utilizaban para la construcción de sus armas y herramientas.

Esta piedra fue descubierta en Etiopía por un romano llamado Obsius, en cuyo homenaje Plinio la denominó *obsianus lapis*. Fue leído erróneamente como *obsidianus lapis*, y así se alteró el nombre de este material.

Obstetricia

Plinio el Viejo usaba el vocablo *obstetricia*, *-orum* para denominar el oficio de las parteras, que se llamaban *obstetrix*, *-icis*.

La palabra se derivó del verbo *obstare*, una de cuyas acepciones era «estar allí, a la espera», algo que, sin duda, es uno de los gajes del oficio de las comadronas.

En nuestra lengua, la palabra aparece ya en 1728, en el ensayo de Benito de Feijoo *Teatro crítico universal*: «Uso más honesto de la Arte obstetricia, o de partear».

Sin embargo, no figuraría en ningún diccionario de nuestra lengua hasta más de cien años después (1846), cuando fue incluido en el de Salvá.

Obtuso

Los latinos empleaban el verbo *obtundere* para expresar la acción de «achatar golpeando», formada por el prefijo *ob-* «enfrentado», «opuesto» y el verbo *tundere*, golpear. Mediante la acción descrita, lo que era agudo se volvía romo, chato, sin punta.

En geometría, se llama *ángulo obtuso* a aquel que es más abierto que uno recto, o sea, lo opuesto de un ángulo agudo. En sentido figurado, *obtuso* también se

aplica a la persona torpe, que está lejos de contar con agudeza mental. *Tundere* sobrevive en muchas palabras de nuestra lengua, tales como *contundir*, *contundente*, *contusión* y *tunda*.

Obús

En la guerra moderna, los obuses se dejaron de lado en beneficio de los poderosos lanzamisiles, de enorme capacidad de destrucción. Sin embargo, hasta la guerra de Corea, los obuses eran máquinas de guerra temibles, más temibles que los cañones, por su alcance y por su facilidad de transporte.

Cañones y obuses son descendientes de armas más primitivas usadas hasta la Edad Media, como las catapultas, que arrojaban proyectiles tales como enormes piedras o material combustible que causaba incendios.

En Europa Central, más precisamente en lo que hoy se llama República Checa, estas catapultas llevaron el nombre de *hofnice* «máquina de lanzar piedras», palabra que pasó al alemán como *Haubitze* y ésta, al francés como *obus*, y llegó a nuestra lengua bajo la forma *obús*, registrada por primera vez en la segunda mitad del siglo XVIII e incluida en el Diccionario de la Academia a partir de 1822. En esa edición, *obús* es definido así:

Especie de mortero largo de 7 á 9 pulgadas de diámetro, montado sobre cureña y con cuñas por delante, el cual se emplea tanto en las funciones campales, como en el ataque y defensa de las plazas, para arrojar granadas &c.

Ocaso

Este vocablo, proveniente del latín *occasus*, se aplica exclusivamente a la puesta del sol o de otro astro, aunque no es raro que, por analogía, se lo utilice para referirse a la fase final de la vida de una persona.

La palabra latina es el participio pasivo del verbo *occidere* «morir» (y, en sentido figurado, «ponerse el sol»), del cual se formó también el sustantivo *occidente*, registrado en español desde 1438.

Océano

Para los griegos *okeanós* era la gran masa de agua que rodeaba el disco de la Tierra, que comenzaba más allá de las Columnas de Hércules, como llamaban al peñón de Gibraltar y a Ceuta. Ese gran mar estaba personificado en Okeanós, dios del mar, hijo de Urano y Gea, y marido de Tetis, la madre de Aquiles. Los

romanos lo llamaron *Oceanus*, y los clásicos latinos denominaron *Mare Oceanum* al Atlántico.

La palabra *océano* se empleó por primera vez en castellano en *Laberinto* (1444), de J. de Mena, pero ya se utilizaba en el siglo XII, como *ocean* en inglés y *océan* en francés. El siguiente trecho de Góngora pertenece a *Las firmezas de Isabel* (1594):

Las ondas del océano a las firmes rocas hoy tratarán como a navíos,
antes que paso te dé. No muevas, Camilo, el pie, que moveré los pies
míos adonde el robusto escita, la aljaba pendiente al hombro, a las fieras
es asombro de las montañas que habita.

Odisea

Después de la *Ilíada*, el poema épico en que se narra la guerra de Troya, Homero cantó la *Odisea* para contar la saga de Odiseo, el más célebre de los héroes de aquella guerra. Tras la batalla de Troya, Odiseo (para los latinos, Ulises) vivió incontables peripecias y demoró veinte años para llegar a su casa en Ítaca, donde era esperado por su mujer, Penélope, y por su hijo, Telémaco.

El nombre de Odiseo pasó a las lenguas modernas como epónimo de un viaje largo, preñado de toda clase de aventuras o, también, como una «sucesión de peripecias, por lo general desagradables, que le ocurren a alguien».

Oficio

Esta palabra se refiere a una actividad laboral, principalmente manual o artesanal, tal como la que desarrolla un albañil, un electricista o un mecánico.

Proviene del latín *opificium*, derivada de *opificis* «artesano», que se formó, a su vez, mediante la yuxtaposición de *opus* «obra» y *facere* «hacer».

Muchas palabras de nuestra lengua proceden de *opificium* y sus derivados, tales como *oficina*, *oficial*, *oficioso*. En cuando a *oficina*, a pesar de las diversas acepciones que le otorga el Diccionario, en español usamos esa palabra para designar un lugar de trabajo de escritorio, llevado a cabo en organismos públicos o en empresas privadas. En portugués, en cambio, *oficina* es, principalmente, un taller de trabajos técnicos o manuales, por ejemplo, de mecánica, electricidad, carpintería u otras actividades.

Ogro

El ogro es un personaje aterrador que aparece con frecuencia en los cuentos infantiles para encarnar los miedos de los niños y provocar el estímulo de su rica fantasía.

No se conoce con certeza el origen de las leyendas sobre ogros, pero se supone que provienen, al menos en parte, de creencias nórdicas sobre seres temibles y monstruosos que se alimentaban de carne humana.

El nombre *ogro* llegó al castellano a través del francés *ogre*, con el mismo significado, cuando este mito adquirió fama con los cuentos de Charles Perrault. Sin embargo, *ogre* había sido usado en el siglo XII por el poeta y trovador Chrétien de Troyes con el significado de «monstruo pagano», para adquirir su sentido actual apenas en el siglo XIV, probablemente por cruce con el antiguo vocablo francés *orc*, derivado de *Orcus*, el dios latino de la muerte. En los cuentos de Perrault, el ogro aparece con el femenino *ogresse*, mientras en autores posteriores, el femenino es *ogrine*.

Ojalá

Esta interjección, con la que se manifiesta el deseo de que ocurra algo, se expresó durante algún tiempo con la forma *oxalá* (la *x* pronunciada como la *ch* francesa o la *sh* inglesa), como vemos en este texto de 1510 de *La lozana andaluza*, de Francisco Delicado:

—¡Ay, pecadora de mí! ¿Quién son éstos? Aquí me ternán dos horas, ya los conozco. ¡Oxalá me muriera cuando ellos me conoçieron! ¡Beata la muerte cuando viene después de bien vivir!

Aparece registrada por primera vez en nuestra lengua en el *Diccionario español latino*, de Nebrija. Proviene del árabe *insh Alá*, que significa «que Dios lo quiera». *Insh* es una partícula que denota deseo, voluntad, y *Alá*, como se sabe, es el nombre de Dios en árabe.

Oleaginoso

Este adjetivo, que se emplea en nuestra lengua con el sentido de «perteneciente o relativo a los aceites vegetales», proviene del latín *oleaginus*, que significaba «hecho de madera de olivo», formado a partir de *olea*, el nombre de ese árbol en latín. Pero el adjetivo *oleaginoso* así como el nombre *aceite* se aplican no solamente al aceite de oliva, sino a todos los aceites vegetales que se conocieron más tarde. En portugués —una lengua que en general se mantuvo más cercana al latín que el español—, se llama *azeite* sólo al de oliva; todos los demás, vegetales o minerales, son *óleos* (v. aceite).

Oleoducto

Es el nombre de una tubería destinada a conducir petróleo a larga distancia, con frecuencia a países diferentes. La palabra se formó mediante el vocablo latino para el aceite de oliva *oleum*, tomado del griego *elaion*, con el mismo significado, y el participio *ducto*.

Como es obvio, la existencia del petróleo no se conocía en tiempos de los griegos y de los latinos, y el hombre logró elaborar aceites comestibles a partir de frutos diferentes de las aceitunas sólo muchos siglos después, pero el nombre se mantuvo para todos ellos, incluso para los aceites minerales derivados del petróleo.

La palabra *ducto*, por su parte, era el participio pasivo del verbo *ducere* «conducir», como en *aquaeductus* «acueducto».

Olimpiada

Los Juegos Olímpicos de la Antigüedad se inauguraron oficialmente en el solsticio de verano de 776 antes de nuestra era, pero ya se realizaban muchos años antes. Según una antigua leyenda helénica, los Juegos habían sido creados por Hércules después de limpiar los establos del rey Augías, a quien mató luego porque éste no había quedado satisfecho con el trabajo. Algunos indicios históricos señalan que los Juegos habían empezado unos quince siglos antes de Cristo y que debieron suspenderse en varias oportunidades por diferentes motivos. Se celebraban cada cuatro años en Olimpia, donde estaba el principal santuario de Zeus, con la participación de atletas de toda Grecia.

Inicialmente, se trataba de una competición de atletismo y lucha que duraba un solo día, pero en 472 a. de C. y en 350 a. de C. se crearon nuevas reglas, que dieron a los Juegos la forma con que pasaron a la historia.

Los Juegos Olímpicos alcanzaron su apogeo hacia el siglo V antes de nuestra era, llamado el *siglo de oro* de Atenas, pero siguieron desarrollándose durante varias centurias hasta que en 394 de nuestra era, el emperador de Constantinopla Teodosio el Grande los suspendió por considerarlos una celebración pagana.

Los Juegos Olímpicos de la era moderna se iniciaron en 1896, merced a una iniciativa llevada adelante por el barón de Coubertin, a cuyo impulso se había creado dos años antes el Comité Olímpico Internacional.

Para los griegos, que a partir de 776 a. de C. se acostumbraron a medir el tiempo por los Juegos Olímpicos, la palabra *olimpiada* (o también *olimpiada*), que tomó su nombre del monte Olimpo, designaba el período de cuatro años transcurridos

entre dos ediciones de los Juegos, pero en la actualidad *olimpiada* y *Juegos Olímpicos* se suelen usar como sinónimos.

Olvido

Desde el siglo XIX, el mecanismo del olvido ha sido uno de los temas favoritos de los psicólogos debido a la importancia de la memoria en el funcionamiento de la actividad intelectual como un todo.

La palabra *olvido* es más antigua que la propia historia de la humanidad. En efecto, sus orígenes se remontan a las lenguas prehistóricas indoeuropeas, en las cuales la raíz *lei-w* dio lugar en latín al verbo *oblivisci* «olvidar», de cuyo participio pasivo *oblitus* se derivó en latín vulgar el verbo *oblitare*, a partir del cual se formó el verbo castellano *olvidar*, así como el francés *oublier*.

Cortázar toca el tema del olvido en *Rayuela* (1963), al relatar un sueño:

Una certidumbre sola y terrible dominaba ese instante de tránsito dentro del sueño: saber que irremisiblemente esa expulsión comportaba el olvido total de la maravilla previa. Supongo que la sensación de puerta cerrándose era eso, el olvido fatal e instantáneo. Lo más asombroso es acordarme también de haber soñado que me olvidaba del sueño anterior, y de que ese sueño *tenía* que ser olvidado (yo expulsado de su esfera concluida).

Omelette

El (o la) *omelette* es un antiguo plato francés que Rabelais mencionaba en 1548 como *homelaicte*, aunque, en realidad, la palabra es un diminutivo del francés antiguo *lemelle* «lámina» debido a que es tan delgado que recuerda una lámina.

A pesar de que no está incluido en los diccionarios de español, *omelette* aparece en la Internet en varios sitios de comida argentina, como un *plato típico* de ese país.

Onanismo

La masturbación se llama también onanismo debido a un malentendido ocurrido en el siglo XVIII con el llamado *pecado de Onán*, descrito en la Biblia. Onán fue un personaje bíblico cuyo hermano murió sin dejar descendencia. En esa época, la ley mosaica establecía que el hermano sobreviviente debía casarse con la viuda para darle hijos. Onán cumplió con la ley sólo formalmente: se casó con la viuda, pero como no quería tener hijos, practicaba el *coitus interruptus*, esto es, eyaculaba fuera de la vagina de su mujer, por lo que Dios lo castigó con la

muerte:

[...] si bien tuvo relaciones con su cuñada, derramaba a tierra, evitando el dar descendencia a su hermano. Pareció mal a Yahvé lo que hacía y le hizo morir también a él (Gén 38, 9-10).

En 1710, un médico inglés de apellido Becker decidió apoyar la prédica eclesiástica contra las actividades sexuales no dirigidas a la reproducción, como la masturbación, y publicó un libro titulado *Onania y el pecado atroz de la autocomplacencia*. Medio siglo más tarde, el médico suizo Tissot publicó un tratado sobre los supuestos trastornos causados por la masturbación, bajo el nombre de *El onanismo*, en el que afirmaba que este hábito era «la más mortífera y siniestra de las prácticas sexuales».

Con estos dos libros, quedó consagrado el malentendido; a partir de entonces, la masturbación lleva, injustificadamente, el nombre de Onán, cuyo pecado había sido otro.

Onírico

Significa «referente a los sueños» —tomado en el sentido de «soñar», no en el de «dormir»— y es un cultismo proveniente del griego *oneiros* «sueño», incorporado al castellano en la primera mitad del siglo xx.

Se vivía por entonces un período de auge del psicoanálisis freudiano, disciplina que introdujo la interpretación de los sueños como una herramienta del estudio de la mente humana. Por esa razón, *onírico* ingresó por primera vez al Diccionario de la Academia sólo en 1930, aunque Corominas señala que ya en 1900 se verificaba el empleo de *oniromancia* «adivinación por medio del estudio de los sueños», formada por *oneiros*, seguido por el elemento compositivo *manteia* «adivinación», como en *quiromancia*, formada con *kheir* «manos», o en *cartomancia* «adivinación por medio de las cartas».

Onomatopeya

Es una figura de lenguaje que consiste en recrear un sonido, formando con él una palabra, como *bum* para un golpe o *guau* para el ladrido de un perro. Covarrubias explicaba así el significado de *onomatopeya*:

Onomatopeia es cuando fingimos algún nombre del son que tiene alguna cosa, como Enio poeta llamó «tarantara» al son de las trompetas, y nosotros «bombarda» del son que hace cuando deslata; y llámase onomatopeia, que quiere decir fingimiento del nombre.

La palabra proviene del griego *onomatopoiia*, formado por *onoma* «nombre» y *poiein* «hacer», «crear». Esta última voz griega aparece también como elemento compositivo de otros vocablos castellanos, como *hematopoyesis* «creación de glóbulos rojos», compuesto con el prefijo *hemo-*, derivado del griego *hemos*, *hematos* «sangre».

Opio

Los griegos llamaron *opion*, diminutivo de *opós* «jugo vegetal», al jugo de las adormideras, cuyo poder hipnótico y euforizante ya conocían hace seis mil años los sumerios, que llamaban a la adormidera *planta de la alegría*. Este nombre aparece documentado en latín por Plinio como *opium*, con el mismo significado, en el siglo I de nuestra era.

Homero describe en la *Odisea* los efectos de esta planta muy conocida en la Grecia clásica, aunque su uso, curiosamente, no se haya extendido al resto de Europa a partir de los griegos, sino de los árabes. Éstos recogían el opio en Egipto, donde se usaba con mucha frecuencia en medicina, y lo llevaban para venderlo tanto en Oriente como en Occidente: fueron así los primeros narcotraficantes, en un tiempo en que esa profesión estaba menos desprestigiada, aunque rendía, en compensación, menos ganancias que hoy.

Opio tiene un sinónimo poco conocido en español, a pesar de que figura en el Diccionario de la Real Academia: *anfión*, documentado por primera vez en 1609 en el *Diccionario de germanía*, de Juan Hidalgo, y que llegó a nuestra lengua a través del portugués *anfião*, que también proviene del griego *opion*.

Hasta el siglo XIX, la venta de esta droga era libre, pues estaba rodeada por un aura de sustancia benéfica que aliviaba dolores y sufrimientos.

Los adversarios del filósofo comunista alemán Karl Marx (1818-1883) recuerdan con frecuencia que era un *enemigo de la religión* con base en una supuesta frase suya en la que afirmaba que la religión era «el opio del pueblo». En realidad, el fundador del comunismo quiso decir que la religión servía como alivio al sufrimiento de los pobres, como vemos en la cita completa:

La religión es el suspiro del oprimido, el corazón de un mundo insensible, el alma de situaciones desalmadas. Es el opio del pueblo.
(Karl Marx. Collected papers [1844]).

Esta droga se llama *oppio* en italiano; *opium*, en francés e inglés, y *Opium* en alemán.

Oportuno

Es fácil imaginar cómo nada podía ser más oportuno para los navegantes de otras épocas, que recorrían los mares en busca de vientos que los favorecieran, que uno que empujara sus velas hacia el puerto anhelado.

Ése es, precisamente, el origen de la palabra *oportuno*, que aparece por primera vez en castellano hacia 1440, tomada del latín *opportunus* «cómodo», «bien situado», «oportuno», formada por *op* «hacia» y *portus* «puerto», literalmente: «hacia el puerto».

Óptimo

Para buscar el origen de este superlativo, debemos remontarnos a los pueblos indoeuropeos —tribus nómadas prehistóricas que partieron del Asia Menor hacia Europa y el Indostán entre mil quinientos y dos mil años antes de Cristo—, que usaban el vocablo *op*, con el significado de «producir mucho, en abundancia, más de lo habitual». Y por si esta abundancia no fuera suficiente, podían añadir a *op* el sufijo *-tamo*, dando lugar a *op-tamo* «el que produce más».

Como algunos de esos pueblos se fueron a instalar en la península itálica, *op-tamo* acabó incorporado al latín bajo la forma *optimus* «el mejor», que llegó hasta nosotros como *óptimo*.

Cuando a la raíz *op-*, con la partícula conectiva *i*, se le añadió el verbo *parare* «preparar», «conseguir», «adquirir» se formó *opíparo*.

Oráculo

En la antigua Grecia, oráculos eran los lugares en los que sacerdotes y pitonisas daban a conocer las respuestas de los dioses a las consultas que les habían sido formuladas. La palabra se usaba también para designar el propio lugar de las profecías. En la actualidad, *oráculo* se usa también en nuestra lengua para denominar al sabio que es escuchado por todos en virtud de su sabiduría.

El oráculo más antiguo y famoso de Grecia fue el de Delfos, situado en la falda del monte Parnaso, enfrente del golfo de Corinto. Según la tradición, el oráculo había pertenecido primero a Gea, la Madre Tierra, pero ésta se lo dio a Apolo o, según otras versiones, él se lo robó. Los secretos del oráculo eran revelados a los hombres por una sacerdotisa a la que se llamaba Pytho (de donde proviene *pitonisa*).

Homero —que vivió en el siglo IX a. de C., según la hipótesis más aceptada— ya conocía el oráculo, establecido por esa época en una colonia de Micenas. Esta creencia se tornó panhelénica sólo entre los siglos VII y VI antes de nuestra era, cuando los legisladores empezaron a buscar el consejo de Apolo para sus

decisiones.

La palabra *oráculo* llegó a nuestra lengua procedente no del griego, sino del latín *oraculum*, que se formó a partir del verbo *orare* «rezar».

Orangután

Del malayo *orang hután* «hombre de los bosques».

Se trata de un simio originario de las selvas de Borneo y de Sumatra. Un macho adulto puede llegar a medir 1,40 m, mientras que la hembra no pasa de los 80 cm. Los machos de esta especie se caracterizan por tener una papada muy distendida, la cual se llena de aire y es utilizada para proferir su llamada, un lamento característico, que puede oírse a más de un kilómetro de distancia.

Orgía

Fiesta en que se come y se bebe inmoderadamente, y se cometen excesos sexuales.

Orgía llegó al español procedente del término francés *orgie* y éste, del latín *orgia* y del griego *órgion* «misterio o ceremonia religiosa».

Las primeras orgías fueron las dionisiacas, fiestas religiosas griegas en homenaje a Dioniso^[13] y posteriormente, las bacanales —su equivalente latino—, fiestas en homenaje a Baco.^[14]

Al principio, las dionisiacas eran fiestas de mujeres solamente; pero a partir de cierta época, también comenzaron a participar hombres, con lo que las ceremonias religiosas se convirtieron en reuniones de sexo grupal relacionadas con el culto a la fertilidad.

Las bacanales romanas eran banquetes interminables, regados con mucho vino, que desembocaban en la práctica de sexo grupal y que, con frecuencia, terminaban en violencia y muerte. Por esa razón, fueron prohibidas por el Senado en el siglo II a. de C.

Oriental

Para los latinos, el verbo *orior, orieris* significaba «nacer» y se aplicaba tanto a personas como a animales o a cosas, según el uso que le daban Cicerón y Ovidio. Horacio fue quien empleó este verbo para referirse a la salida del sol, vista como un nacimiento.

El participio presente de este verbo —*oriens, orientis* «nacer, naciente»— fue

utilizado para denominar la región geográfica poco conocida situada al este, porque estaba del lado de donde sale el sol.

Plinio llamó *oriens hibernus* y *oriens aestivalis* al comienzo del invierno y del verano, respectivamente.

Horacio llegó a usar el adjetivo *oriental* para referirse al punto cardinal Este, pero fue sólo algunos siglos más tarde que Justiniano acuñó el vocablo *orientalis* para referirse a los países asiáticos.

Actualmente, se utilizan las expresiones Medio Oriente o Cercano Oriente para denominar la región de Asia Menor donde están situados Israel, la nación Palestina, el Líbano, Siria y Jordania.

Un caso curioso es el del Uruguay, que hasta 1828 fue parte de la Argentina con el nombre de Provincia Oriental. Al tornarse independiente, adoptó el de República Oriental del Uruguay, por estar al este del río Uruguay, y sus habitantes se llaman uruguayos u *orientales*.

Orín

Aunque esta palabra suele ser confundida con *orina*, y por más que el Diccionario de la Academia incluya una acepción con ese sentido, lo cierto es que *orín* es una palabra diferente, con una etimología totalmente distinta de la de *orina*.

Significa «herrumbre», el óxido de color castaño rojizo que se suele formar en la superficie del hierro. Proviene del latín *aerugo*, *aeruginis*, que en latín vulgar se convirtió en *aurigo*, *aurigines*, vocablo usado como denominación del hongo de los cereales, que cubre los vegetales de un color castaño amarillento. Se cree que la transición de la forma clásica a la vulgar ocurrió debido a la influencia de *aurum* «oro».

Existen registros en español de esta palabra desde el siglo xv y aparece ya en el primer capítulo del *Quijote*, cuando Cervantes describe las armas del hidalgo:

Y lo primero que hizo fue limpiar unas armas que habían sido de sus bisabuelos, que, tomadas de *orín* y llenas de moho, luengos siglos había que estaban puestas y olvidadas en un rincón.

Oropel

Palabra poco usada en el lenguaje corriente, *oropel* designa una «lámina de latón, muy batida y adelgazada, que imita al oro». Por extensión, se aplica a los

«objetos de poco valor y mucha apariencia».

Llegó a nuestra lengua procedente del francés *oripel*, que también se usó en forma despectiva como *oripeau*.

El origen de *oripel* es la expresión *aurea pellis*, «piel (de animal) de oro o dorada», empleada por Séneca en su *Medea*.

En el *Diccionario latino español*, de Nebrija, *oropel* ya figuraba como *aurea pellis*, mientras que se definía como *oripeau, léton batu en feuille* «hoja de latón martillada» en el diccionario de Sobrino.

En el Diccionario de la Academia de 1727 se explicaba que la lámina de latón martillada se llamaba así «por quedar con un color que parece oro y estirada como piel».

Oropéndola

Es el nombre de los miembros de un género de aves paseriformes con plumas de color dorado, que viven, en su mayor parte, en África y en las zonas más cálidas de Asia. Ejemplares de las especies *Oriolus oriolus* y *Oriolus chinensis* llegan a la península ibérica en verano.

En español se formó mediante una combinación de las palabras latinas *aureus* «dorado» y *pinnula* «pluma».

Orquesta

Orquesta significa tanto un «grupo de músicos que interpretan piezas musicales con diversos instrumentos», como el «lugar del teatro destinado a los músicos, situado entre la escena y las butacas».

El teatro griego se caracterizaba por un coro formado por bailarines y músicos que evolucionaban sobre un estrado llamado *orkhēstra*, situado entre el escenario y los espectadores. *Orkhēstra* provenía del verbo *orcheisthai* «danzar».

El vocablo griego pasó al latín *orchestra*, con el mismo significado, como documentan los escritos de diversos poetas romanos. En el siglo I, Vitruvio y Suetonio la utilizaron para designar el lugar destinado a los senadores en el teatro romano. La palabra llegó al francés a fines de la Edad Media, en traducciones de Suetonio, pero sólo se aplicó al teatro moderno a partir del siglo XVIII, con la ópera italiana.

El primer Diccionario de la Real Academia registraba el sentido que le dio Suetonio y también el de «tablado donde se sientan los músicos». Fue en 1817

cuando el DRAE atribuyó por primera vez a *orquesta* el significado de «conjunto de músicos de varios instrumentos que tocan composiciones escritas a propósito con el acorde de todos ellos».

Tomás de Iriarte y Leandro Moratín fueron criticados por la elite culta del siglo XVIII porque usaban la forma actual *orquesta*, que en el *Diccionario castellano*, de Esteban de Terrero, aparecía calificada como vulgar, aunque el Diccionario de la Academia la registra desde su segunda edición.

Orquídea

Flor de una planta orquidiácea cuyas especies tropicales son muy apreciadas en floricultura.

La forma tuberosa de las raíces de la orquídea, semejantes a testículos humanos, ha hecho que desde muy antiguo se le atribuyeran poderes afrodisíacos. Algunos preparan un té con las raíces de la orquídea para estimular el deseo sexual, y otros huelen la fragancia de la flor con el mismo fin.

Orquídea proviene del latín *orchis* y éste, del griego *orkis* «testículos», palabra que también está en el origen de *orquitis* «inflamación de los testículos».

Ostracismo

Ostracismo se llamó en la antigua Atenas al destierro impuesto por algunos delitos políticos. Actualmente, se da también ese nombre a la inhabilitación para ejercer cargos públicos, motivada, en general, por razones políticas.

Los atenienses amaban tanto a su tierra que el peor castigo para ellos no era la pena de muerte, sino el ostracismo, que fue aplicado por primera vez en 471 a. de C. cuando se le impuso al general Temístocles, acusado de haber colaborado con los espartanos. En la democracia ateniense, este castigo era decidido por la Asamblea del Pueblo, la *Ekklesía*, en la que los ciudadanos votaban el destino del acusado con unas piezas de arcilla en forma de conchas o de ostras, llamadas *óstrakon*, por lo que el destierro aplicado a los culpables se llamó *ostrakismós*.

Las *óstrakon* usadas para votar tomaron su nombre del de las ostras: en griego, *óstreon*. Ambas palabras provienen de la raíz indoeuropea *osth-*, de la cual procede también *ósteon* «hueso», que dio lugar a palabras tales como *osteología* y *osteoporosis*, además de la voz latina *ossum*, de la que también se deriva *hueso*.

Otario

Este adjetivo, propio del lunfardo rioplatense, califica a la persona «cándida, tonta, elegida como víctima de una estafa», según la definición de José Gobello, quien en su *Diccionario del lunfardo* cita un ejemplo tomado de un artículo de Benigno B. Lugones, titulado *Los beduinos urbanos*:

Tres punguistas se unen para achacar a un otario (robar a un tonto).

Otario es usado comúnmente en el portugués de Brasil, adonde llegó a lomos del tango de Andrés Caruso *Se acabaron los otarios*, dado a conocer en 1926:

Se acabaron los otarios
que en otros tiempos había;
los muchachos de hoy en día
no son giles, al contrario.
Se acabaron los otarios...

Proviene del nombre de la *Otaria byronia*, el león marino sudamericano, una foca extremadamente lenta, considerada muy poco inteligente en comparación con otras especies.

Oxímoron

La palabra *oxímoron* es ella misma, etimológicamente, un oxímoron, es decir, una figura de lenguaje consistente en el empleo, en una misma expresión, de palabras de significado antagónico, tales como *silencio estruendoso*, *cálido frío* o *agudamente tonto*. En efecto, el vocablo está formado por las palabras griegas *oxys* «agudo», «aguzado» y *morós* «estúpido».

P

Pabellón

Hacia fines del siglo xv, un pabellón era en castellano una tienda de campaña, significado que más tarde dio lugar al de «glorieta» y al de «edificio aislado».

Pabellón proviene del francés antiguo *paveillon* «tienda de campaña», actualmente *pavillon*, formada a partir del latín *papilio* «mariposa», por alusión a las alas del insecto, que se mueven como tiendas de campaña agitadas por el viento. En francés, *papillon* significa hoy «mariposa».

De tienda de campaña, *pabellón* pasó a ser, además, el «dosel que cubre un trono»; más tarde, una «bandera con las armas de la Corona» —según aparece registrado en la primera edición del Diccionario de la Academia— y, actualmente, también la «bandera nacional de un país».

Paella

Del valenciano *paella*, es un plato de arroz seco, con carne, pescado, mariscos, legumbres, etcétera, característico de Valencia, y también el recipiente usado para preparar este plato.

El popular plato que conocemos en español como *paella* tomó su nombre del francés antiguo *paele*, que provenía, a su vez, del latín *patella* (especie de fuente o plato grande de metal). Es decir, la palabra valenciana *paella* fue tomada del nombre de la sartén en que se prepara esa comida y así llegó al español hacia 1900, como nueva denominación del *arroz a la valenciana*. Es un caso de identificación del recipiente con su contenido, como cuando se habla de *beber unas copas* o de producir un cierto número de *barriles de petróleo*.

El Diccionario de la Real Academia Española incluye también *paellera*, nombre de origen popular para la sartén utilizada en la preparación de este alimento. Recoge, asimismo, *paila*, voz que también procede de *patella* y que se refiere a una «vasija grande de metal, redonda y poco profunda» o, en algunos lugares de América, a una sartén o vasija. En ciertas zonas de Chile, es común que los restaurantes sirvan platos *a la paila*, elaborados en una sartén a la medida del cliente, aunque, normalmente, difieren bastante de la tradicional paella.

La *patella* de los latinos llegó hasta nosotros también a través de *padilla*, voz

que el DRAE registra como en desuso, que designa una sartén pequeña. En italiano, la *patella* latina derivó en *patela*, que tanto da nombre al caparazón de un molusco como a la rótula, el hueso plano de la rodilla. En portugués, *patela* es el término médico para referirse a la rótula y también a la parte de la pata de los arácnidos que une la tibia con el fémur. Y el adjetivo portugués *patelar* se traduce al español como «rotular» o «rotuliano».

Pagano

Pago, en la acepción que nos ocupa, es una voz arcaica procedente del latín *pagus*, que conserva, por lo menos en el Río de la Plata, en Bolivia y en el Perú, el significado de «lugar donde una persona nació o donde está arraigada» o, también, el de «lugar o región, principalmente rural».

Pagus se formó en latín a partir del verbo *pango*, *pepigi*, *pactum*, que significaba «plantar un vegetal», «clavar en la tierra», «implantar un hito o mojón». Como sustantivo masculino derivado del verbo, *pagus* era «la cosa clavada o plantada»; de allí la idea de un «territorio delimitado», el *pago*.

En una milonga de Manuel Fama, que se hizo célebre en el Río de la Plata interpretada por la orquesta de Juan D'Arienzo, se cantaba:

Soy del pago de Areco,
tierra de Segundo Sombra,
la paisanada me nombra,
y en el fogón se oye el eco,
soy canto de una raza,
canción de Santos Vega,
como jirón que llega,
pialando baguales,
soy potro redomón.

Pensemos en el ocaso del Imperio romano y en la Alta Edad Media: las personas nacían, vivían la vida entera y morían sin jamás haber salido de su pueblo. Cuando el cristianismo se extendió por el Imperio romano, principalmente después de Constantino —que gobernó en el siglo IV de nuestra era—, hubo pequeños poblados rurales, los pagos, adonde la nueva religión demoró siglos en llegar, de manera que sus habitantes, los paganos, no estaban bautizados. También hubo gente que huyó de las grandes ciudades y se refugió en los pagos

para no verse obligada a adherirse al cristianismo.

Poco a poco, *pagano* fue cambiando de sentido para referirse no ya a los habitantes de los pagos, sino a las personas que no estaban bautizadas por el rito cristiano.

Página

Para los romanos, *página* significó inicialmente «cuatro hileras de vides unidas por un rectángulo». La palabra se derivaba del verbo *pangere* «clavar», «hincar». Sin embargo, en poco tiempo, escritores romanos como Cicerón, Juvenal y Plinio la adoptaron con el significado de «lámina de papiro» (v. papiro), «hoja» y «obra literaria».

Varios siglos más tarde, con la invención de la imprenta por Gutenberg, se fijó definitivamente la denotación actual: «cada una de las hojas de un libro o cuaderno» (v. libro y cuaderno).

Pagoda

Esta palabra, registrada por primera vez en nuestra lengua en el diccionario de Esteban de Terreros, se refiere a «templos de ciertas religiones orientales» y a «cada una de las deidades que en ellos son adoradas».

Llegó a nosotros proveniente del portugués *pagode*, que significaba «ídolo oriental», tomada del dravídico *bhagodi*, uno de los nombres de la diosa hindú Kali, esposa de Siva.

Sin embargo, se admite que *bhagodi* era una adaptación al dravídico de la palabra persa *butkada*, compuesta por *but* «ídolo», «imagen sagrada» y *kada* «morada», «templo».

En el portugués de Brasil, el significado de *pagode* ha evolucionado hacia el nombre de cierto ritmo popular bailable y también al de las reuniones donde se baila al compás de ese ritmo.

Palabra

(V. parábola).

Palacio

Rómulo y Remo, los míticos fundadores de Roma, instalaron la Ciudad Eterna sobre la margen izquierda del Tíber, en una planicie ondulada conocida como *campagna romana*, en la cual se destacan siete colinas: Capitolio, Quirinal,

Viminal, Esquilino, Celio, Aventino y Palatino. Fue alrededor de esta última colina que Rómulo trazó con el arado los límites de la ciudad (v. urbe), cumpliendo así un antiguo rito etrusco.

Sobre el Palatino se hallaba la cabaña de Rómulo, y fue allí donde se construyeron los palacios de Tiberio, de Julio Cesar y de Nerón, que así se llamaron debido al nombre de la colina.

A partir de la palabra latina *palatium*, se adoptó el nombre *palatinos* para designar a los miembros de la corte romana, de donde proviene también el sustantivo hispánico *paladín*, a través del italiano *paladino*, para referirse a los funcionarios del palacio del emperador.

A partir de *palatium*, se formó en alemán la palabra *Pfalz* para nombrar los palacios y, más tarde, a los condes palatinos, que los emperadores ponían al frente de esos palacios como representantes del Imperio.

Palestra

Llegó a nuestra lengua proveniente del latín *palaestra* y éste, del griego *palaístra* «lugar donde se lucha», derivado del verbo *palaíein* «luchar».

Griegos y latinos llamaban así a los gimnasios o lugares donde se luchaba y, por extensión, a la propia lucha. A partir de cierta época, los antiguos pasaron a denominar con la misma voz el lugar donde se desarrollaban ejercicios literarios o se debatía algún tema, asociando el concepto con el de lucha intelectual.

A partir de esta acepción, se formó la expresión *salir a la palestra* o *saltar a la palestra*, que significa «tomar parte activa en una competencia pública» o, también, «aparecer públicamente».

La palabra griega se originó a partir del nombre de Palestra, la hija del rey Pándoco de Arcadia. Esta joven era amante de Hermes y, al enterarse de que su padre se disponía a matarlo, puso al dios al corriente de la maligna intención del rey y le pidió que le diera muerte primero para, de esa manera, salvar la vida. Como homenaje de gratitud a Palestra, Hermes dio a los gimnasios el nombre *palestra*. En portugués, *palestra* significa «conferencia, charla».

Palimpsesto

Vivimos en una civilización que, en muchos aspectos, es de abundancia, de tal forma que una hoja de papel no vale prácticamente nada. Pero los antiguos, que escribían sobre pergaminos y papiros (v. papiro), de costo mucho mayor que el papel, debían aprovechar al máximo el material que utilizaban como soporte de la escritura. Por esa razón, los copistas medievales solían escribir sus textos

sobre pergaminos antiguos, cuyo contenido, a veces de enorme valor histórico, había sido borrado para reaprovechar el material.

Muchos de estos escritos perdidos, de los que con frecuencia no había otras copias, fueron recuperados en el siglo xx mediante el uso de rayos ultravioleta, que permiten leer el texto borrado.

Entre los palimpsestos griegos más destacados, cabe mencionar el *Codex nitriensis*, que había quedado oculto bajo un texto sirio, y parte de la *Ilíada*, y también parte de los *Elementos de geometría*, de Euclides.

La palabra llegó a nosotros del latín *palimpsestus* y ésta, del griego *palimpsestos*, ambas con el mismo significado, formadas a partir del griego *palin* «nuevamente» y *psaoo* «borrar».

De estas dos voces griegas, la primera proviene del indoeuropeo *kwel-* «doblar», «girar», «dar vueltas» y la segunda, del indoeuropeo *bhes* «frotar», «raspar».

Incorporado al castellano por vía culta, este vocablo sólo apareció en nuestra lengua a partir de la segunda mitad del siglo xix.

Palio

Es el nombre del dosel o tapiz que, en las procesiones religiosas, se levanta sobre cuatro palos para cubrir como un techo móvil los objetos considerados sagrados. Pero fue necesario un desarrollo de unos dos mil años hasta llegar a ese significado.

En efecto, *palio* proviene de la palabra latina *palliu*. Primero la empleó Cicerón para designar el manto con que se cubrían las mujeres griegas y, más tarde, el poeta Marcial para nombrar una prenda que hombres y mujeres solían usar por encima de toda la ropa.

Pallium se formó a partir de *palla*, nombre de un manto largo más antiguo, que las mujeres se colocaban sobre toda la vestimenta. *Palla*, a su vez, se originó a partir del latín *pellis* y éste, del griego *pallo*, palabras usadas para designar el cuero o la piel de los animales. De *pellis* se derivaron también *piel* (v. piel), *peletero* y *sobrepelliz*, entre muchas otras palabras.

Panacea

Asclepio —Esculapio para los latinos—, dios de la medicina, hijo de Apolo, tuvo dos hijas a las que enseñó su arte: Higia (v. higiene) y Panacea. El nombre de esta última se formó con la partícula compositiva *pan-* «todo» y *akos* «remedio», en alusión a que Panacea era capaz de curar todas las enfermedades.

La tradición médica hizo que los nombres de Panacea, de su hermana, de su padre y de su abuelo Apolo figurasen hasta hace muy pocos años en el juramento de Hipócrates, formulado por los médicos en el momento de su graduación:

Juro por Apolo médico y por Asclepio y por Higia y por Panacea y todos los dioses y diosas, poniéndoles por testigos, que cumpliré, según mi capacidad y mi criterio, este juramento [...].

Data del siglo v a. de C. y comenzó a dejarse de lado hacia mediados del siglo xx porque muchos médicos consideraron que no tenía sentido formular un juramento en el que se evoca a los dioses griegos. En 1948, en un Congreso de la Asociación Médica Mundial, se estableció un juramento alternativo, conocido como Declaración de Ginebra, que está siendo adoptado por un número creciente de países.

Panegírico

En la antigua Grecia, el *panegyrikós* era la reunión de todo el pueblo en una fiesta pública en la que se recitaban poemas de elogio de algún dios, realizada con mayor frecuencia frente a su santuario. Se trataba de textos altamente encomiásticos con los cuales la muchedumbre se enardecía en homenaje del dios o, a veces, de algún político destacado, como ocurrió con el tirano Pisístrato y sus hijos Hipias e Hiparco en el siglo vi antes de nuestra era.

Panegyrikós se componía de *pan* «todo» y *agorá* «reunión», «asamblea».

Panfleto

Es el nombre de una publicación de corta extensión, de carácter agresivo y, frecuentemente, difamatorio.

En el siglo xii de nuestra era, en Inglaterra, circuló un breve poema de amor, anónimo, escrito en latín, con el nombre *Pamphilus*, que se tornó enormemente popular y fue traducido al inglés como *Pamphlet*. Hacia finales del siglo xiv, la palabra *pamphlet* se usaba en inglés para designar cualquier texto de tamaño menor que los enormes libros manuscritos de aquella época, antes de la invención de la imprenta. En siglos posteriores, el sentido del vocablo fue evolucionando hacia el moderno significado explicitado arriba, con el cual llegó al español.

María Moliner añade otra acepción: «folleto u hoja de propaganda política o de ideas de cualquier clase». Éste es el sentido en que se usa en el libro de

Fernando Savater *Panfleto contra el todo*, un manifiesto contra el enorme poder del estado moderno sobre los individuos.

Pánico

Pan era el dios de los pastores y de los rebaños, oriundo de Arcadia, pero cuyo culto se generalizó en todo el mundo helénico. Tenía el rostro barbudo, con cuernos y una expresión animalesca, además de miembros inferiores como los del macho cabrío. Aunque se le atribuyeron diversos orígenes, era hijo de Hermes y de una hija de Dríope, según la leyenda más conocida.

Cuando nació, su madre se horrorizó del hijo monstruoso que había traído al mundo, pero su padre lo envolvió en una piel de liebre y lo llevó al Olimpo, donde lo puso al lado de Zeus y lo mostró a los demás dioses, quienes de inmediato simpatizaron con él. Pan amó a la ninfa Eco y a la diosa Selene.

Como divinidad silvestre, se le atribuían los ruidos de causa ignorada en campos y bosques, que con frecuencia amedrentaban a campesinos y pastores. Por esa razón, surgió en griego la expresión *deima panikón* «miedo causado por Pan», que se abrevió en la palabra griega *panikós* y que, tras pasar por el latín *panicus*, formó el castellano *pánico*, con significado similar: «miedo intenso por algo de origen desconocido».

Panorama

Esta palabra fue acuñada en idioma inglés hacia fines del siglo XVIII por el artista irlandés Robert Barker, quien ideó un método de pintar una escena en el interior de un cilindro, de tal forma que la perspectiva fuera vista como correcta por un observador situado en su interior.

Barker llevó su idea a la práctica en 1793, cuando abrió al público su Panorama, un edificio en la plaza londinense de Leicester, dentro del cual el público podía apreciar aquellas escenas de 360 grados.

Término creado con el prefijo griego *pan-* «todo» y la palabra griega *horama* «vista», derivada de *horan* «ver», se usó en inglés con su sentido actual desde los primeros años del siglo XIX. El Diccionario de la Academia lo incorporó en 1884. Entre otras palabras derivadas del griego *horama*, cabe recordar la antigua *diorama* y la más reciente *cinerama*, de mediados del siglo pasado.

Pantagruélico

El escritor y religioso francés François Rabelais (1494-1553) fue autor de una novela satírica, también calificada como *epopeya cómico-heroica*, en la que

criticaba con buen humor el estancamiento de la civilización durante el período medieval e, inspirado en los ideales clásicos, enaltecía a la naturaleza. En los dos primeros tomos, el tema humorístico de esta obra se basa en el apetito insaciable de tres gigantes: Pantagruel, su padre Gargantúa y su abuelo Grandgousier. En una de las aventuras de Pantagruel, su compañero Epistemos es decapitado, pero, cuando Pantagruel vuelve a ponerle la cabeza en su lugar, el decapitado resucita y cuenta que estuvo en el infierno, donde había encontrado a todos los papas y a todos los héroes de la historia.

A partir del nombre de Pantagruel, se formó en francés el adjetivo *pantagruélique*, que en el siglo XX entró en nuestra lengua como *pantagruélico*, aplicado a fiestas y banquetes en los que se come y bebe demasiado.

Pantalón

Es una prenda ajustada a la cintura y llega, habitualmente, hasta el pie, cubriendo cada pierna por separado. El sustantivo se usa indistintamente en singular o en plural.

Commedia dell'arte fue el nombre que se dio a las incontables compañías teatrales italianas formadas por entre diez y quince actores, que recorrían toda Europa, desde el Renacimiento hasta el siglo XVIII, representando sus comedias siempre con los mismos personajes: Arlequín, el doctor, el capitán, Polichinela, Pierrot, Colombina y Pantaleón. Actuaban en las plazas de los pueblos y ciudades, sobre una tarima en la que improvisaban sus funciones ante un público que se concentraba espontáneamente. Pantaleón, que apareció en 1565 y fue mencionado por Shakespeare, simbolizaba a los mercaderes venecianos: era un anciano de figura ridícula, con piernas delgadas metidas en una especie de calzones turcos muy largos y estrechos, algo semejante a los actuales pantalones.

Desde varios siglos antes, se llamaba *pantaleoni* a los venecianos, por contracción de la expresión *pianta-leone* (planta el león), en alusión al símbolo de Venecia, el león de san Marcos. El nombre de Pantaleone se usó posteriormente para designar la prenda masculina que, tal como la conocemos hoy, comenzó a emplearse en Europa a comienzos del siglo XIX y se extendió rápidamente a América. Los *pantaloni* italianos dieron lugar al francés *pantalon* antes de llegar al inglés estadounidense *pants* y a nuestro *pantalón*. Sin embargo, los alemanes prefirieron *Hose* y los británicos se quedaron con *trousers* para esta vestimenta que, por muchos años, fue sólo masculina.

Pañol

En español llamamos pañol a cada uno de los compartimientos de un navío en

los cuales se guardan víveres, armas, municiones y herramientas.

Aunque el Diccionario de la Academia dice que es voz «de etimología discutida», Corominas afirma categóricamente que esta palabra proviene del catalán *pallol*, que significa «tarima en el fondo del buque», pero cuyo sentido primitivo sería «cama». El origen del vocablo catalán no es tan seguro, pero parece probable que se derive del latín *palliolum*, que era el diminutivo de *pallium* «frazada», «manto».

Pañol fue adoptado en portugués como *paiol*, aunque actualmente tiene, al menos en Brasil, el sentido de «lugar donde se guardan las armas», incluso en un cuartel.

Papá Noel

El viejecito de ropas rojas y barba blanca que vemos en vísperas de Navidad en los *shoppings* de todo el mundo se ha convertido en ícono cultural de la sociedad de consumo del tercer milenio. El sonriente personaje, que encanta a los niños, fue forjado a lo largo de los últimos diecisiete siglos, basado en la historia de un obispo que vivió en el siglo IV.

La ciudad de Mira, en el antiguo reino de Licia, actual territorio de Turquía, tuvo un prelado llamado Nicolás, célebre por la generosidad que mostró con los niños y con los pobres, y que fue perseguido y encarcelado por el emperador Diocleciano. Con la llegada de Constantino al trono de Bizancio —ciudad que con él se llamó Constantinopla—, Nicolás quedó en libertad y pudo participar en el Concilio de Nicea (325). A su muerte fue canonizado por la Iglesia católica con el nombre de san Nicolás.

Surgieron entonces innumerables leyendas sobre milagros realizados por el santo en beneficio de los pobres y de los desamparados. Durante los primeros siglos después de su muerte, san Nicolás se tornó patrono de Rusia y de Grecia, así como de incontables sociedades benéficas y, también, de los niños, de las jóvenes solteras, de los marineros, de los mercaderes y de los prestamistas.

Ya desde el siglo VI, se habían venido erigiendo numerosas iglesias dedicadas al santo, pero esta tendencia quedó interrumpida con la Reforma, cuando el culto a san Nicolás desapareció de toda la Europa protestante, excepto de Holanda, donde se lo llamaba *Sinterklaas* (una forma de san Nicolás en neerlandés).

En ese país, la leyenda de *Sinterklaas* se fusionó con antiguas historias nórdicas sobre un mítico mago que andaba en un trineo tirado por renos, que premiaba con regalos a los niños buenos y castigaba a los que se portaban mal.

En el siglo XI, mercaderes italianos que pasaban por Mira robaron reliquias de

san Nicolás y las llevaron a Bari, con lo que esa ciudad italiana, donde el santo nunca había puesto los pies, se convirtió en centro de devoción y peregrinaje, al punto de que hoy el santo es conocido como san Nicolás de Bari.

En el siglo XVII, emigrantes holandeses llevaron la tradición de Sinterklaas a los Estados Unidos, cuyos habitantes anglófonos adaptaron el nombre a Santa Claus, más fácil de pronunciar para ellos, y crearon una nueva leyenda, que acabó de cristalizar en el siglo XIX, sobre un anciano alegre y bonachón que en Navidad recorre el mundo en su trineo, distribuyendo regalos.

De esa forma, Santa Claus se convirtió rápidamente, en los Estados Unidos, en símbolo de la Navidad, en estímulo de las fantasías infantiles y, sobre todo, en ícono del comercio de regalos navideños, que anualmente moviliza miles de millones de dólares.

Esta tradición no demoró en cruzar nuevamente el Atlántico, ahora remozada, y en extenderse por varios países europeos, en algunos de los cuales Santa Claus cambió de nombre. En el Reino Unido se le llamó *Father Christmas* (papá Navidad); en Francia fue traducido a *Père Noël* (con el mismo significado), nombre del cual los españoles tradujeron sólo la mitad, para adoptar *Papá Noel*, que se extendió rápidamente a América latina.

Papiro

Lámina confeccionada con material extraído de esta planta que los antiguos usaban como soporte de la escritura.

Hace unos cinco mil años, en la ciudad mesopotámica de Uruk, surgieron las primeras manifestaciones conocidas de escritura, unas tablillas de arcilla con dibujos o pictogramas que dieron origen a la escritura cuneiforme.

Casi simultáneamente, nacía en Egipto otra escritura también pictográfica, anterior a la jeroglífica, de la cual se derivó la cursiva. Su soporte, algo similar al papel, estaba confeccionado con tiras del tallo de una planta acuática proveniente de Etiopía, Sicilia, el valle del río Jordán y Egipto. En este último, recibía el nombre *thuf*, que hoy tiene la denominación científica *Cyperus papyrus*. Tras un laborioso proceso de alineamiento, empapado, prensado y secado, se obtenían unas hojas de entre doce y cuarenta centímetros. Unidas entre sí, llegaban a alcanzar hasta cuarenta y cinco metros de longitud, como el Gran Papiro Harris, del Museo Británico de Londres.

En griego clásico, esta planta —y, por extensión, todo lo que se refiriera a ella— se denominó *byblos*, pero desde el siglo IV antes de nuestra era, se usó el término griego *papyrus* para denotar el soporte de escritura, y *byblos* se reservó para el rollo de papiro como un todo. El vocablo en latín, *papyrus*, pasó a nuestra

lengua como *papiro*.

Parábola

Esta palabra tiene dos significados claramente diferentes: por un lado, se refiere a la «narración de una historia de ficción de la que se deduce una verdad importante o una enseñanza moral» y, por otro lado, designa «el lugar geométrico de los puntos del plano equidistantes de una recta y de un punto fijos, que resulta de cortar un cono circular recto por un plano paralelo a una generatriz».

Este vocablo tiene el mismo origen que *palabra* (v. *palabra*), que nos llegó inicialmente como *parabla*. Ambas provienen del latín *parabola* «comparación», «símil», que se deriva, a su vez, del griego *parabolé* «comparación», «alegoría». El sustantivo griego se formó a partir del verbo *paráballein*, que significaba «poner al lado, comparar», idea que, históricamente, está presente tanto en *palabra* como en *parábola*. A su vez, *paráballein* proviene de *pará* «al lado» y *bállein* «arrojar». *Bállein* también está en el origen de *balística*, palabra que, contra lo que se suele creer, no guarda ninguna relación con *bala*, que procede del germánico *ball* a través del italiano *palla*.

Parábola y *palabra*, ambas nacidas de un mismo seno, evolucionaron en forma paralela; *palabra* fue *paravla* y *parávoa*, además de la forma mencionada al comienzo, y en los poemas de Berceo, todavía aparece con el sentido de comparación; más tarde, «frase» y luego «vocablo».

Parábola constituyó un término importante durante la Edad Media, debido a su papel en la tradición cristiana, dado el uso frecuente de narraciones en forma de metáforas en el Evangelio.

Se usa también para designar la curva plana formada por la sección transversal de un cono, en este caso como referencia a la comparación entre esta curva y el cono que le da origen.

Parafernalia

Con este nombre se designa el «conjunto de usos habituales en determinados actos o ceremonias, y también los efectos que se emplean en ellos». Su sentido es, generalmente, irónico. En derecho se llaman *bienes parafernales* aquellos que la mujer aporta al matrimonio, además de los que constituyen la dote.

Antiguamente, los bienes que una joven llevaba a su nuevo hogar cuando se casaba quedaban divididos en dos partes: la dote, que se convertía en propiedad

de su marido, y sus bienes personales. Esta última parte se llamó *parafernalia*, palabra proveniente del latín *parapherna*, que se formó, a su vez, a partir del griego *parápherna*. La voz griega estaba compuesta por *pará-* «al lado» y *pherné* «dote». Hacia fines del siglo XVIII, *parafernalia* se usaba para designar no ya los bienes propios de la mujer casada, sino la impedimenta, un nombre despectivo del bagaje que portan los soldados y que les dificulta la movilización. Con esa connotación peyorativa, *parafernalia* llegó hasta hoy para denotar la aparatosidad que algunos atribuyen a ciertas ceremonias religiosas.

Parafina

«Cada una de las sustancias sólidas, opalinas, inodoras, menos densas que el agua y fácilmente fusibles, compuestas por una mezcla de hidrocarburos, que se obtienen como subproducto de la destilación del petróleo».

Etimológicamente, significa «de escasa afinidad», pues está formada por los vocablos latinos *parum* «poco» y *affinis* «afín», en alusión a que las parafinas (metano, etano, propano, etc.) no mantienen afinidad con ninguna otra sustancia por su escasa capacidad de reacción química. El primer registro de esta palabra pertenece a un texto en inglés de 1838, mientras que en español se asienta desde 1884.

Afín, por su parte, aparece por primera vez en español en 1513, en el ensayo *Agricultura general*, de Gabriel Alonso de Herrera. La palabra latina de la que procede, *affinis*, significaba también «límitrofe» o «emparentado».

Paralelo

Rectas o planos paralelos son, como todo el mundo aprendió en el colegio, aquellos equidistantes entre sí, de modo que no se encuentran por más que se prolonguen.

La palabra llegó al español procedente del latín *parallelus* y éste, del griego *parallelos*, con el mismo significado. El vocablo griego se formó a partir de la preposición *pará* «al lado» y *allellos* «uno, con relación al otro», derivado a su vez de *allos* «otro». Cabe observar que *allellos* también está presente en nuestra lengua en *alelomorfo*, que se aplica en biología a los caracteres genéticos opuestos de un individuo, que pueden manifestarse de una u otra manera, como «ojos claros-ojos oscuros», «nariz aguileña-nariz respingada», por ejemplo.

Paralelo se aplica también a los círculos menores que rodean la Tierra en posición paralela al Ecuador. En sentido figurado, *paralelo* se usa también para denotar una comparación entre una persona o cosa con otra semejante, como hace Plutarco en su obra *Vidas paralelas*. En ese sentido, *paralelismo* equivale a

« semejanza ». Si a paralelo le añadimos el elemento compositivo *-grama* « lo que está escrito, trazado o dibujado », formamos *paralelogramo*, un cuadrilátero cuyos lados opuestos son paralelos. También se combina paralelo con la palabra griega *epípedon* « superficie » formada por *epi-* « sobre » y *pédon* « piso », « suelo » y tenemos *paralelepípedo*, un sólido compuesto por seis caras, paralelas dos a dos, cada una de las cuales tiene la forma de un paralelogramo.

Parangón

Los alquimistas fracasaron en la investigación en pos de una fórmula que les permitiera transmutar en oro todos los metales. Sin embargo, su trabajo permitió que el hombre avanzara en el conocimiento de las sustancias, preparando el terreno para el advenimiento de la química, que llegaría en el Renacimiento.

Descubrieron, por ejemplo, el secreto de la *pedra de toque*, utilizada hasta hoy por los joyeros. Se trata de cierta variedad de cuarzo, la *lidita*, que al ser frotada contra un objeto de oro queda con una ligera marca sobre la cual se aplican reactivos. De esta manera, el profesional logra saber si el objeto es realmente de oro y cuál es su grado de pureza.

La *lidita* o *jaspe* de Egipto se usa desde muy antiguo, pero los alquimistas preferían llamarla *pedra de toque* o *paragón*, palabra tomada del italiano *paragonare* « someter el oro a la prueba de la piedra de toque ». La voz italiana provenía del griego *parakonein* « aguzar », « afilar », « sacar punta », derivado de *akoné* « piedra de afilar », « piedra pómez ».

La voz *paragón* se halla registrada en nuestra lengua desde el siglo XVI, con el sentido de « comparación », pero muy pronto el uso la fue convirtiendo en *parangón*, aunque el Diccionario de la Real Academia reconoce aún hoy ambas formas.

Paranoico

La paranoia es una enfermedad mental caracterizada por delirios de persecución. Según el punto de vista del psicoanálisis, el paranoico cree que lo persiguen porque atribuye a los demás — proyecta en ellos — su propia agresividad. En la esquizofrenia paranoide, el paciente suele vivir delirios en los que se ve a sí mismo como algún gran personaje histórico o recibe mensajes de alguno de ellos. Este delirio se llama *megalomanía* o *manía de grandeza*.

Los griegos llamaban a los enfermos mentales en general *paranous*, palabra formada por *pará* « fuera de » y *nous* « mente », pero en español es voz del siglo XX, utilizada con precisión para un grupo específico de dolencias mentales con las características descritas en el párrafo anterior.

La definición del Diccionario de la Academia parece, por tanto, demasiado limitada: «Perturbación mental fijada en una idea o en un orden de ideas».

Veamos el siguiente texto del diario madrileño *El Mundo* sobre el cineasta británico Mike Leigh:

Se ofende también con gran facilidad y puede llegar a mostrarse muy abrasivo sin un motivo que lo justifique. Se muestra paranoico con respecto a la prensa británica, tras haber sido atacado por varios periodistas (mujeres casi siempre), que consideran que en su obra retrata a las mujeres de forma muy poco comprensiva, si bien es mucho más cariñoso con los periodistas extranjeros.

La cita anterior muestra la denotación más común de *paranoico* en el lenguaje cotidiano: alguien que se siente perseguido o atacado sin causa que lo justifique.

Parásito

En la actualidad, parásito es todo organismo vivo que se alimenta de otro sin contribuir a la supervivencia de éste.

En la antigua Grecia, los parásitos eran los altos funcionarios encargados de verificar la cosecha de trigo y la preparación del pan, así como los banquetes en homenaje a los dioses. Más tarde se extendió a toda clase de huésped y a los invitados a fiestas o banquetes, por su sentido etimológico de «comensal». En efecto, la palabra griega estaba compuesta por el prefijo *para-* «al lado de» y *sitos* «trigo», «pan», «comida».

Paria

En el sistema de castas de la India, el grado inferior corresponde a los parias, también llamados *intocables*, con base en la creencia de que son impuros. No hay que confundir a los parias con marginales, pues aun como clase inferior, tienen un papel que cumplir en la sociedad de castas: cuando muere una vaca, animal sagrado para los hindúes, sólo los intocables pueden desollarla y trabajar su cuero. El vocablo *paria* surgió entre los tamiles, que habitan la parte del sudeste de la India y Sri Lanka, donde los intocables son los únicos que pueden tocar el tambor, puesto que la piel de este instrumento es considerada impura.

En lengua tamil, el tambor tiene el nombre de *parái* y los tocadores de tambor son llamados *pareiyán*, palabra de la cual proviene el vocablo portugués *pariá* (1607), que más tarde se alteraría a *paria*, y pasaría sin variaciones al español, y como *pariah* al inglés.

Pariente

Voz que sirve para designar a ascendientes, descendientes y colaterales de una familia, respecto de un miembro de ella, ya sea por consanguinidad o por afinidad.

Proviene del latín *parentis* «padre y madre», participio activo del verbo *parere* «parir». En el latín de la Baja Edad Media, el significado de *parentes* ya se extendía a todos los miembros de la familia. En su *Diccionario español-latino*, Nebrija registraba las voces *parentela* y *parental*. Esta última significa, todavía hoy, «relativo a los padres» y, en biología y psicología, puede referirse sólo a uno de los progenitores.

Parlamento

Surgido en Inglaterra para contrabalancear el poder de los reyes, el Parlamento llegó a reducir a la monarquía a su carácter de instancia meramente simbólica en aquellos lugares de Europa donde todavía existe. El Parlamento constituye hoy uno de los tres Poderes del Estado moderno, el Legislativo, alrededor del cual se organiza el Estado en los regímenes parlamentarios. Unicameral o bicameral, llamado Congreso en algunos países, en la democracia el Parlamento contiene la esencia de la representatividad por albergar en su seno representantes de todos los sectores importantes de la sociedad.

En la Antigüedad, hubo cuerpos colectivos que guardaban algunas semejanzas con los parlamentos contemporáneos, desde el viejo Areópago de la Atenas aristocrática hasta la Bulé de los Cuatrocientos, más tarde convertida en Bulé de los Quinientos, para conferirle mayor representatividad.

El nombre de estos cuerpos surgidos en la época moderna proviene del francés antiguo *parlement*, que inicialmente significó «consulta, conferencia», y luego pasó a ser «cuerpo consultivo» y más tarde, «órgano legislativo».

Parlement provenía de *parler* «hablar», que a su vez se derivaba del latín *parabolare* «conversar», vocablo del cual provienen también parábola (v. parábola) y palabra (v. palabra).

Parsec o pársec

Es la unidad astronómica más grande que existe. Equivale a la distancia desde la cual el semieje mayor de la órbita terrestre se ve con un ángulo de un segundo de grado. El pársec equivale a 3,26 años luz, o sea 30,86 billones (millones de millones) de kilómetros.

En la notación científica, el símbolo del parsec es *pc*. La palabra se formó a partir del inglés *par(allax of one) sec(ond of arc)*.

Pascua

Es una de las fiestas más solemnes de los hebreos, *Pesah*, que celebra la libertad del cautiverio de Egipto. La conmemoración se prolonga durante siete días en el mes hebreo de Nisan (fuera de Israel, ocho días) y en nuestro calendario corresponde a fechas variables entre marzo y abril. En la Iglesia católica, es la fiesta solemne de la Resurrección de Cristo, que se recuerda el domingo siguiente al primer plenilunio posterior al 20 de marzo. Oscila entre el 21 de marzo y el 25 de abril.

Pascua es una de las palabras más antiguas que han llegado hasta nosotros. Nacida como pesah en el antiguo pueblo de Israel, pasó al griego como paska, por cruce con el latín pascuum «lugar de pastura» (en alusión al fin del ayuno). La voz griega pasó al latín como pascha, que en latín vulgar se convirtió en pascua, como llegó al español.

En lengua hebrea, *pesah* significa «saltear» o «pasar por alto», en referencia al hecho de que el ángel exterminador enviado por Jehová salteó las casas de los judíos, cuyas puertas habían sido marcadas por orden divina.

La primera documentación del uso de esta palabra en nuestro idioma data de 1090. En tiempos modernos, se ha usado también para designar en español a la Navidad, aunque esta denotación no se repite en otras lenguas romances, ni siquiera peninsulares, excepto en el italiano *pasqua minore*.

Pasionaria

La pasionaria es una flor americana, conocida en el Cono Sur por su nombre indígena de *mburucuyá* o, en Brasil, por el de *maracujá*. No conocemos el origen de esta denominación, pero una leyenda indígena cuenta que *Mburucuyá* era una joven blanca, que llegó con su padre —un capitán español— al Virreinato del Río de la Plata, donde se enamoró perdidamente de un muchacho guaraní. *Mburucuyá* no era, por supuesto, su nombre español, sino el apodo que le daba tiernamente su amado. El capitán no aprobó la pasión de su hija y asesinó al joven indio. Desesperada, *Mburucuyá* tomó una de las flechas de su enamorado muerto y se la clavó en el corazón. A medida que se escapaba la vida de su cuerpo, la pluma de la flecha se iba convirtiendo en la primera flor de *mburucuyá*, que dio origen y nombre a esa especie botánica.

Hasta aquí la dulce leyenda guaraní, pero lo cierto es que al llegar los jesuitas a América, observaron que la flor de *mburucuyá* tenía tres estambres —que

identificaron con los clavos de Cristo—, cinco pistilos —en los que vieron las cinco heridas de Cristo— y una corona de filamentos —que hicieron corresponder con la corona de espinas—. Por esa razón, la llamaron en latín *flor passionis* y en español, *pasionaria*, nombre por el cual son conocidas fuera del Cono Sur tanto la planta como la flor del *mburucuyá*.

El nombre español del *mburucuyá* es, pues, de origen religioso y no tiene ninguna relación con la trágica pasión del romance de la joven blanca y su amante guaraní. En inglés, la flor es conocida como *passion flower*, y el fruto, como *passion fruit*.

Pasquín

Homero nos cuenta que un guerrero temible como Patroclo, vestido con la armadura de Aquiles y empuñando su espada, parecía invencible. Sin embargo, en la lucha de Patroclo contra Héctor, los dioses inclinaron su balanza a favor de este último: Apolo lo golpeó, y Héctor le dio muerte.

Mucho más de un milenio más tarde, en el siglo XVI, al echar los cimientos de un palacio en Roma, se descubrió cerca de la Piazza Navona un antiguo grupo escultórico que representaba a Menelao llevándose el cuerpo de Patroclo.

En esa época, se puso de moda en la ciudad pegar libelos en el pedestal de aquella estatua, generalmente contra los papas y los cardenales. La escultura estaba situada enfrente del taller de un sastre de nombre Pasquino, que era conocido por sus críticas en extremo mordaces contra las autoridades más encumbradas. Es probable que el sastre Pasquino haya sido el iniciador de la costumbre al pegar allí sus escritos, que, desde entonces, tomaron su nombre.

Con el desarrollo de la prensa en la época contemporánea, la palabra italiana *pasquinata*, tomada del nombre de Pasquino, y que llegó al español como *pasquín*, pasó a designar a los diarios sensacionalistas y, por lo general, calumniosos.

Paste(u)rización

El químico y biólogo francés Louis Pasteur (1822-1895) fue uno de los científicos más descollantes del siglo XIX, con trabajos sobre cristalografía, la fermentación de la leche y del alcohol, y el origen de varias enfermedades infecciosas.

Siguiendo el camino trazado por Jenner (v. vacuna), descubrió la causa del carbunco, de la septicemia gangrenosa de los animales, de los forúnculos, de la osteomielitis y de la fiebre puerperal, así como las vacunas contra la rabia y

contra el cólera de las gallinas.

Al estudiar la fermentación, llegó a la conclusión definitiva de que era causada por unos microorganismos, las levaduras, y que la alteración de los vinos se podía evitar mediante el calentamiento a 55 grados centígrados por un breve período.

Los vinicultores franceses que lo consultaron se horrorizaron ante la idea de calentar el vino, pero Pasteur les pidió tiempo y, unos meses más tarde, pudo demostrar que las botellas de vino que habían sido sometidas a este proceso no habían sufrido ninguna alteración, mientras que algunas de las muestras testigo, que no habían sido calentadas, se habían convertido en vinagre. Este procedimiento, que los franceses llamaron *pasteurisation*, se aplicó también a la leche para evitar las alteraciones del producto y se llamó en español *pasteurización*, también registrada en el Diccionario académico como *pasterización*.

Patíbulo

Lugar donde se ejecuta a los condenados a muerte, del latín *patibulum*. Para los romanos, el *patibulum* era un dispositivo con forma de horqueta donde los condenados eran azotados y expuestos al público para su humillación, pero no necesariamente ejecutados.

Patibulum proviene del verbo *patere*, que significaba «mostrar, exponer, poner en evidencia». Sin embargo, en castellano *patíbulo* siempre designó el lugar donde los condenados son ejecutados, como en este trecho de Tirso de Molina, *Poesías* (1640):

Éste ha de ser Monarca,
estotro ha de calzar la tosca abarca,
morirá aquel ahogado,
y al patíbulo el otro sentenciado,
no tendrá aquel sosiego,
el influjo condena a estotro al fuego.

Patología

Es la parte de la medicina que estudia las enfermedades. La palabra, que llegó a nosotros hacia 1550 desde el francés *pathologie*, se formó a partir del griego

pathologia «estudio del sufrimiento» o, también, «de las pasiones», compuesta por *pathos* «pasión», «sufrimiento» y *logia* «estudio de».

Pathos está en muchas palabras de nuestra lengua, tales como *simpatía*, *antipatía*, *empatía*, *patógeno* y *homeopatía*, entre otras.

Patraña

Es una mentira o noticia fabulosa, cuyo origen es pura invención.

Los pastores tienen fama de mentirosos, tal vez sólo superada por la de los pescadores, como nos demuestra el origen de esta palabra, que en la obra de Juan Manuel *El conde Lucanor* (1335), aparecía como *pastraña*, con el significado de «noticia fabulosa»:

Por esto diçe la pastraña vieja ardidada non ha mala palabra
sinon es a mal tenjda veras que bien es dicha
si bien fuese entendida entiende bien my dicho.

Dos siglos más tarde, el dramaturgo extremeño Bartolomé de Torres Naharro la utilizó por primera vez bajo la forma actual en su *Propaladia*. Según Corominas, la pérdida de la letra *s* habría sido causada por influencia del vocablo *patarata* «cosa ridícula o despreciable».

Pastraña se originó a partir del latín *pastoranea*, que significaba «fábula propia de pastores» —del latín clásico *pastor* «pastor», con raíz en el indoeuropeo *pa-* «proteger», «comer»— y tenía un sinónimo usado en el siglo XIII, *pastrija*, que se perdió en el tiempo, pero que aparece en los poemas de mester de clerecía de Gonzalo de Berceo. *Pastrija* se derivaba del latín *pastorilia*, con el mismo significado.

Patria

Patria es el país y la sociedad en que hemos nacido o aquella que hemos adoptado como propia.

La palabra proviene del adjetivo latino *patrius* «relativo al padre». El italiano parece haber sido la primera lengua romance que incorporó *patria* en su sentido actual, puesto que el primer registro conocido es de Dante Alighieri. Posteriormente, esta denotación fue adquirida por el francés *patrie*, antes de llegar al español hacia el siglo XIV. Uno de los ejemplos más antiguos es este texto anónimo de entre 1385 y 1396, extraído del corpus histórico de la

Academia:

Stando, pues, en paz el regno de Gallia, la tierra nudrjo una dicipla de la su destruccion, porque suptosament se leuanto en ella una turbacion de infidelidat, e el consentimjento de deslealdat por uno passo a muchos, e fue somoujda rebellacion contra el rey e la patria.

Payaso

Uno de los personajes tradicionales de la *commedia* italiana era una especie de bufón, vestido con ropas estrafalarias confeccionadas con la misma tela burda que se usaba para recubrir los colchones de paja. Por esa razón, se le llamó *pagliaccio*, palabra formada a partir del italiano *paglia* «paja», derivado del latín *paleae, palarum*.

En francés, en la segunda mitad del siglo XVIII, se llamaba a este personaje *paillasse*, una antigua palabra que desde hacía cinco siglos, significaba «bolsa de paja».

En castellano, la palabra *payaso* aparece registrada en 1884, en un poema de Manuel Breton de los Herreros:

Otro con importunas contorsiones

Cual payaso en grotesca pantomima

Piensa mover del pueblo las pasiones.

Pero ya figuraba en el Diccionario de la Academia en su edición de 1817, como «el que en los volatines y fiestas semejantes hace el papel de gracioso, con ademanes, trages y gestos ridículos».

Paz

La paz es una de las aspiraciones más antiguas de la humanidad, que desde el comienzo de los tiempos suele dar ese nombre a los períodos, generalmente breves, que transcurren entre dos guerras.

El vocablo en español proviene del latín *pax, pacis* y aparece en nuestra lengua ya en el *Cantar de Mio Cid*. Es palabra común a todas las lenguas romances: en francés, *paix*; en italiano, *pace*; en portugués, *paz*; y en otras lenguas, como el inglés, *peace*.

Paz está también en el origen de *pacto*, que proviene del latín *pactum*, y que en

esa lengua era el participio pasivo de *pacisci* «firmar la paz». En latín, *pactare* significaba también pagar un tributo, obligación que suele tocar a los vencidos al cabo de una guerra. *Pechar* significaba pagar un tributo en castellano antiguo, y en el Río de la Plata, *pechar* se usa hasta hoy con el sentido de «pedir dinero prestado».

Apaciguar se encuentra ya en el siglo XIII, pero en el siglo XVII hay algunos textos con *apazguar*, *apazgado*, que se cruza con *pacato* para dar como resultado *pazguato* «tonto», «lerdo» y, en el Río de la Plata y en Venezuela, *pajuato*, con el mismo significado.

Peculio

Desde la más remota Antigüedad, la posesión de ganado fue uno de los principales indicadores de riqueza de una familia, de manera que, a partir de la palabra latina *pecus* «ganado», «rebaño» (de donde proviene *pecuario*), se formó muy temprano *pecunia*, con los significados de «riqueza, fortuna». Los romanos llamaban *dies pecuniae* al día de pago de alguna deuda y *pecunia publica* al Tesoro del Estado. Al mismo tiempo, *peculium*, de donde procede *peculio*, fue el nombre que se dio en latín a los bienes propios de una persona. El latín *pecus* procede de la voz indoeuropea *peku-* «propiedad mobiliaria».

En castellano es común decir que una persona *vive de su propio peculio* cuando se sustenta con su trabajo o con el rendimiento de sus propiedades. También es habitual que los altos funcionarios se apresuren a aclarar que pagaron un viaje o compraron algún bien *con su propio peculio*, para que no se los acuse de haberse beneficiado de los privilegios del cargo.

Ése es el origen también de *pecuniario*, relativo al dinero en efectivo, y de *peculiar*, que significó inicialmente «relativo al peculio personal» y después extendió su denotación a todo lo que es personal o particular, y de ahí, «propio o personal de cada persona o cosa».

Pedagogo

Este término aparece ya en el *Universal Vocabulario en latín y en romance*, de Alfonso Fernández de Palencia, proveniente del latín *paedagogus* «preceptor», palabra tomada del griego *paidagogós*, con el mismo significado, que se formó mediante la unión de *paidós* «niño» y *agó* «conduzco», «guío». Entre los antiguos, el pedagogo era una especie de ayo o preceptor, que se encargaba de guiar al niño durante los primeros años de su vida.

El vocablo *pedante* surgió en Italia como una broma hecha a costa del cultismo *pedagogo*, que el pueblo identificó en forma jocosa con la palabra ya existente

pedante, que significaba «andar a pie». Al comparar *pedante* con *pedagogo*, se buscaba establecer un contraste entre la arrogancia de algunos pedagogos y su pobreza, ya que todos ellos andaban a pie, algo que poco ha mudado con el paso de los siglos.

En los últimos años, apareció en nuestra lengua el galicismo *pedófilo* (de *pédophile*), para designar a quienes abusan sexualmente de los niños, que acabó por ser incluido en el Diccionario de la Real Academia Española. Sin embargo, la Academia prefiere *paidófilo* o, mejor, *pederasta*, aunque este último vocablo —formado por *paidós* y *erastés* «amante»— se aplica también a los homosexuales masculinos.

Entre los derivados de *paidós* encontramos también *pediatra*, que se formó con la adición de *iatrós* «médico», para designar al facultativo que se especializa en niños.

Pedigrí

Es el documento en el que figura la genealogía de un animal.

Si uno quiere adquirir un perro de raza, el pedigrí es condición indispensable para tener certeza del origen del animal. En el caso de los canes —como en el de los gatos y caballos—, las asociaciones locales de criadores emiten este documento reconocido internacionalmente en el que figuran la genealogía del animal hasta la tercera generación y los premios, si los hubiera, de cada uno de sus antepasados.

Este control es hoy más riguroso que en los primeros tiempos, cuando los criadores ingleses de caballos usaban un método mucho más primitivo: se limitaban a marcar en el animal tres segmentos de recta, alineados de tal forma que parecían las patas de una grulla. Por esa razón los franceses lo llamaron *ped de grue* «pata de grulla». ¿Puede imaginar a un inglés intentando pronunciar *ped de grue*? Bueno, pues los ingleses adaptaron la palabra a su lengua como *pedigree*, que en español se convirtió en *pedigrí*.

Pegar

Del latín *picare* «colar o untar con pez», derivado de *pix*, *picis* «pez» (en el sentido de cola que se obtiene del aguarrás al quitarle la trementina). Usado por primera vez en español en los poemas de Berceo, dio lugar al americanismo *empecinado* «obstinado». En cierta época significó también «acercarse íntimamente a alguien» (pegar con alguien) y, a partir de ahí, ya aparece en el *Quijote* «pegar golpes», el otro significado actual de *pegar*.

Penacho

Algunas aves exhiben en la parte superior de la cabeza un vistoso conjunto de plumas, que en español se conoce como *penacho*. Por extensión, se ha dado este nombre también a las plumas que sobresalen del tocado de las mujeres o de los caballos engalanados para solemnidades.

La palabra llegó al español a mediados del siglo XVI, procedente del italiano *pennacchio*, que proviene, a su vez, del latín *penna* «pluma». En sentido figurado, se usa también para referirse al comportamiento altanero o soberbio.

Pepitoria

Es el nombre que se da hoy a un guisado hecho con menudos de ganso y, por extensión, de cualquier tipo de ave (antiguamente, *petitoria*). La palabra fue tomada del francés antiguo *petit-oie* «pequeño ganso», pronunciado *petituá*.

Peregrino

Aparece por primera vez en nuestra lengua en los poemas de Berceo, en la primera mitad del siglo XIII, para denominar a los cristianos que viajaban a Roma o a Palestina para visitar los lugares sagrados, a veces como castigo autoimpuesto para pagar determinados pecados y otras veces para cumplir penas canónicas. De estos peregrinos surgirá posteriormente la idea de las Cruzadas, enviadas para reconquistar los lugares que los cristianos consideraban sagrados y que estaban en poder de pueblos de otras religiones.

El vocablo se originó en el latín, mediante la contracción de *per-* «a través» y *ager* «tierra», «campo», que dio lugar al adjetivo *pereger* «viajero» y al adverbio *peregre* «en el extranjero», el cual, a su vez, derivó a *peregrinus* «extranjero» y *peregrinatio* «viaje al exterior».

Al mismo tiempo que se incorporaba al español como *peregrino*, *peregrinus* pasó al francés como *peligrin*, que evolucionó hacia el moderno *pélerin*, y al inglés, primero como *pilegrim* y, actualmente, *pilgrim*.

Perieco

En el español moderno, se llama *perieco* a un habitante de la Tierra con relación a otro que vive en el mismo paralelo, pero en el lado opuesto del planeta. Así, un habitante de la Ciudad de México será perieco de otro que viva en la India, muy cerca de Hyderabad, ciudad cuyo nombre el autor conoció en la preparación de

este texto. Como el lector estará percibiendo, la utilidad de esta palabra es hoy un tanto dudosa, pero ella está allí, ocupando un lugar en el Diccionario, y lo cierto es que tiene una larga historia que la hace merecedora de este sitio en nuestra lista de palabras.

En la antigua Grecia, los espartanos solían someter a esclavitud a los pueblos que derrotaban en la guerra, que se convertían en ilotas «esclavos». Además, en Esparta había otra clase de habitantes, los periecos, que no tenían los mismos derechos que los ciudadanos, pero eran hombres libres y vivían en la periferia de la ciudad o en los campos de Lacedemonia, que era el territorio de Esparta. Había entre ellos agricultores, artesanos y comerciantes, y tenían derecho de poseer tierras y esclavos —pero no oro ni plata—, y hasta de competir en los Juegos Olímpicos, aunque también estaban obligados a prestar servicio militar como hoplitas.

Se cree que los espartanos eran descendientes de los dorios, quienes habían subyugado a los aqueos. Del pueblo derrotado, los habitantes de los valles y planicies fueron sometidos a la condición de ilotas, mientras que los aqueos de las montañas se convirtieron en periecos.

La palabra *perieco* se deriva del griego *perioikos*, voz formada con el prefijo *peri-* «alrededor» y *oikos* «casa» (considerando como tal a toda la ciudad).

Período

Antes de ir a esta palabra, quedémonos por un momento en su grafía. Oímos con frecuencia que «período puede escribirse sin tilde, porque así está en el Diccionario de la Academia».

En realidad, *período* se puede pronunciar con el acento prosódico en la *i* o también en la primera *o*, como ocurre en algunos lugares de España y regiones rurales de América. En el primer caso, debe ponerse tilde sobre la *i* para romper el diptongo *io*. En el segundo caso, cuando el acento prosódico cae sobre la primera *o*, no lleva tilde por tratarse de palabra grave terminada en vocal. Aunque ambas formas son correctas, debemos escribir de acuerdo con nuestra pronunciación.

La palabra proviene del latín *periodos*, formada por el prefijo griego *peri-* «alrededor» y *hodós* «viaje», «camino», «el tiempo que dura un viaje o una actividad». *Hodós* está presente en nuestra lengua en otras palabras, como en *éxodo*, formada por el prefijo *ex-* «hacia fuera» y *hodós*.

Período es el tiempo de duración de algún acontecimiento, así como el tiempo que tarda un cuerpo celeste en dar una vuelta completa en su órbita. *Periódico* es una publicación impresa que se publica a intervalos regulares, es decir

periódicamente, no por fuerza en forma diaria, y *periodismo* es la profesión que consiste en escribir en esas publicaciones.

Peripecia

Vocablo tomado del verbo griego *peripeteia* «cambio súbito que le ocurre a un personaje de una escena dramática», derivado del sustantivo *peripetés* «vuelta repentina», formado por *peri-* «alrededor» y *piptein* «caer».

Aristóteles, en su *Poética*, parte del supuesto de que en la tragedia la acción se desarrolla en determinado sentido hasta que el personaje comete un exceso que lo lleva a pasar «de la dicha a la infelicidad». Este viraje de la suerte se llama «peripecia».

En el *Diccionario castellano*, de Esteban de Terreros, *peripecia* se define así:

La última parte de las piezas dramáticas, donde se resuelve el nudo de todo con una mutación inopinada de la acción, dando fin a la pieza.

Perito

Es una persona hábil o práctica en alguna materia, alguien con experiencia en un asunto, como un *perito forense* o un *perito contable*. La palabra proviene del latín *peritus*, del mismo significado, formado a partir de *-perior*, como en *experior* «aprender haciendo», que en nuestra lengua dio lugar a *experiencia*.

Como aprender haciendo puede acarrear algunos riesgos, *perior* también dio lugar en latín a *periculum* «peligro».

Perpetrar

En nuestra lengua, esta palabra significa «cometer o consumir un delito», por lo menos desde mediados del siglo XIII, cuando Alfonso el Sabio escribió *Las siete partidas*, como vemos en este fragmento de esa obra:

Porque la natura humanal es mas pronta & inclinada a comenter & perpetrar delictos & crímenes que a adquerir & catar virtudes commo quier quel onbre por nuestro señor fue criado para su seruiçio para onrrar [...].

Perpetrar se formó a partir del latín *perpetrare*, que no tenía el mismo matiz de acto delictivo. Significaba «cumplir una tarea completamente, hasta el final». La palabra latina se había formado con el prefijo *per-* «totalmente»,

«completamente» y *patro* «hacer», «ejecutar», «cumplir», «llevar a cabo», como en *patrare promissa* «cumplir las promesas».

Perplejo

Proviene del latín *perplexus*, formado con el prefijo reforzativo *per-* y el participio pasivo del verbo *plectere*, que significaba «tejer, enredar, dar muchas vueltas, torcer». Llegó a nuestra lengua a través del francés antiguo *perplex*.

Se ha dicho que este término es una alusión metafórica al hecho de que la perplejidad es una especie de nudo intelectual, como el enredo sugerido por *plectere*.

Perplejo aparece registrado por primera vez con su forma actual en el diccionario de Terreros, que define su significado como «dudoso, indeterminado», pero se usaba ya desde el siglo XIII bajo la grafía antigua: *perplexo*, como en este trecho de la *Gran conquista de ultramar*:

E porende estaua muy perplexo que no sabia a qual destas cosas se acoger.

Persona

Esta palabra se aplica a todo individuo de la especie humana.

El origen más remoto de la palabra *persona* es el griego *prósopon* «aspecto», de donde pasó al etrusco *phersu*, con el significado de «ahí». A partir de esa voz, los latinos denominaron *persona* a las máscaras usadas en el teatro por los actores y también a los propios personajes teatrales representados.

Persona es pariente lejano de palabras de origen griego originadas en *prósopon* y sus derivados, tales como *prosopografía* y *prosopopeya*.

Se considera vulgar el uso de *la persona* con el significado de «uno, la gente», según este ejemplo del siglo XV presentado por Corominas:

La naturalesa del diablo non es para fazer bien... e como falla la persona mudable más unos tiempos que otros, está presto para lo que llevar al su camino.

El vocablo latino se conservó en el portugués *pessoa*, en el gallego *persoa*, en el italiano *persona*, en el inglés *person* y también, aunque con otro significado, en el francés *personne* «nadie».

Una memorable película de Ingmar Bergman, con Liv Ullman y Bibi Andersson,

evaluada como la más osada y experimental de ese director sueco, se tituló *Persona*, en referencia a la acepción latina del término, que alude a máscaras y personajes.

Petróleo

El periódico parisino *Le Petit Journal* convocó en 1894 la primera carrera de automóviles de la historia, que tuvo lugar el 22 de julio de ese año en un trayecto de 126 km entre las ciudades francesas de París y Rouen.

El vencedor de la prueba —en la que participaron 102 competidores— fue el conde Jules de Dion, uno de los pioneros de la industria automovilística europea, a bordo de un De Dion Bouton equipado con un motor de vapor.

El vehículo del ganador había sido fabricado por la sociedad que De Dion mantenía desde 1882 con Georges Bouton y Armand Trépardoux.

Los demás corredores utilizaron todo tipo de motores: los había eléctricos, varios de vapor y hasta algunos de aire comprimido, pero lo que más llamó la atención fue una máquina nueva, propulsada por un émbolo movido por la explosión de los gases de la nafta, un combustible extraído del petróleo, aceite mineral que hasta entonces se usaba para iluminación.

El conductor de este último coche, cuyo nombre la historia no registró, se quedó, probablemente, sin saber que estaba inaugurando la industria más poderosa de la historia humana, capaz de suscitar guerras interminables y crisis incesantes, derribar gobiernos y construir fortunas sin precedentes.

La palabra fue tomada del latín medieval *petroleum*, formada por *petra* «piedra» (en alusión al carácter mineral del producto) y *oleum* «óleo», «aceite».

Uno de los primeros registros en castellano es de Melchor Gaspar de Jovellanos, en 1778, cuando describe en sus *Diarios* un horno para la producción de carbón de piedra en Asturias.

Por el tubo saldrá el humo mezclado con el petróleo y pasará a un lavadero, por dentro del cual han de penetrar otros tubos de barro cocido, para irse refrescando y cuajando el petróleo, que ha de salir a caer en sus receptáculos.

En portugués se mantuvo igual, fue adoptada como *pétrole* en francés; como *petrolio* en italiano; y como *petroleum* y *oil* en inglés, pero en alemán se prefirió *Erdöl*, literalmente «aceite de la tierra».

Petulancia

El Diccionario define *petulancia* como una actitud de «vana y exagerada presunción» y menciona que proviene del latín *petulantia*. Los romanos usaban esta palabra para aludir a un comportamiento «desmedido, exagerado, atrevido o insolente».

El vocablo latino proviene del verbo *petere* «ir a algún lugar», pero con el sentido de hacerlo en forma agresiva, incluso insolente. También tenía otros sentidos, como el de «atacar o herir; demandar a alguien ante los tribunales» y el de «elevarse». Ovidio decía *petere astra* (elevarse hasta los astros), y Plinio, más modesto, *petere palmi altitudinem* (elevarse a un palmo de altura). Cicerón, por su parte, al referirse a una lucha en el Coliseo manifestaba *gladiatores petendo vehementem* (los gladiadores atacándose con vehemencia).

A partir de este verbo, se formó el adjetivo *petulans*, que se aplicaba a la persona agresiva, siempre dispuesta a atacar, y también al sujeto insolente o meramente irreverente, y *petulantia*, arriba mencionada, al comportamiento de los *petulans*. En cierto momento, se formaron asimismo los cuerpos militares de petulantes, que eran batallones auxiliares de las legiones romanas.

Corominas afirma que la palabra *petulante* se registra en español desde el siglo XVII. Sin embargo, el notable etimólogo catalán no disponía de los modernos corpus informatizados que hoy nos permiten saber en pocos minutos que este vocablo ya era conocido en 1490, cuando su significado fue explicado por Alonso de Palencia en su *Universal Vocabulario*:

Petulans. tis. de todo genero. que agora lo toman por osado & demasiado. Otro tiempo se dizian azedos demandadores. & propriamente moços de cambiadores. los quales muchas vezes y espessas demandan demasiados preçios: que toman nombre de pedidores. O es petulans suzio importuno. En esto es diffirente el petulante del lasciuo: que el petulante viene de temeridad y el lasciuo del iuego y gazaiado.

El verbo latino proviene del griego *peto*, *petannumi*, que se deriva, a su vez, de la raíz indoeuropea *pet-* «precipitarse», también presente en palabras como *ímpetu*, *petición*, *apetito*, entre otras.

Piano

Este instrumento fue inventado en 1698 por el fabricante florentino de clavecines Bartolomeo Cristofori, cuyo primer modelo quedó listo en 1709 y se llamó *gravicembalo col piano e forte* «clavecín con suave y fuerte», aunque fue más conocido inicialmente como *pianoforte*, que más tarde se abrevió a *piano* y así llegó a nuestra lengua. En la actualidad se conocen dos pianos fabricados por Cristofori: uno de ellos, de 1720, está en el Museo Metropolitano de Arte de

Nueva York; el otro, fechado en 1726, se exhibe en el museo de la Universidad Karl Marx, de Leipzig.

Cristofori llevó adelante su proyecto del piano al constatar que el clavecín no permitía hacer que los tonos fueran más suaves —en italiano, *piano*— o más fuertes o recios —en italiano, *forte*.

Pícaro

El pícaro fue el héroe de la narrativa picaresca española, que tuvo su máxima expresión en *El Lazarillo de Tormes*. Era un personaje sin recursos, que se valía de toda clase de tretas para sobrevivir.

Sobre el origen de la palabra, hay dudas. Se ha dicho que los primeros pícaros fueron los soldados españoles que regresaban a la península ibérica después de las campañas en la Picardía francesa. Abandonados a su suerte, para sobrevivir debían desarrollar las artimañas que su ingenio les permitiera. Sin embargo, Corominas pone en duda esta etimología, pues le parece más probable que la palabra provenga del verbo *picar*, que en cierta época denotaba varias de las tareas desempeñadas por estos personajes, tales como pinche de cocina y picador de toros. Como respaldo de su tesis, el etimólogo catalán observó que *pícaro* se usaba ya en 1525, aunque con el sentido de «pinche de cocina».

Piedra

Cuenta el Evangelio que, en sus últimos días, Jesús se dirigió al apóstol Pedro, originariamente llamado Simón, para decirle: «Tu est Petrus et super hanc petram edificabo eclesiam meam» (Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia [Mateo 16, 18]).

Petra era un helenismo que penetró en el latín hablado, pero fue evitado por los clásicos. Sin embargo, difícilmente habría sido usado por Jesús, que hablaba arameo (en esta lengua, el término para piedra es *kefa*); parece más probable que aquella cita haya nacido en las traducciones de la Biblia al latín. Ni el término griego *Petros* ni el arameo *Kefa* habían sido usados antes como nombres de persona.

La palabra aparece por primera vez en nuestra lengua en el siglo XI como *pietra*, aunque en 1074 ya hay registros de la forma actual *piedra*.

Del agua fezist vino e de la piedra pan (Cantar de Mío Cid).

La voz griega se perpetuó en las lenguas romances, entre las que mencionamos el portugués *pedra*, el francés *Pierre* y el italiano *pietra*.

Pijama

Tomada del inglés británico *pyjamas* y éste, del indostánico *paeyama*, que se emplea para designar el pantalón amplio, ceñido en la parte inferior, que usan los indostanos. La palabra —que aparece en español desde 1920— se compone de los vocablos indostánicos *pae* «pierna» y *yama* «vestido». En América se usa más *piyama*.

Pinacoteca

Proveniente del latín *pinacotheca* y ésta, del griego *pinakotheke*, significa «colección de cuadros», aunque, etimológicamente, es «depósito de tablas pintadas», puesto que la palabra griega se compone de *pinax* «tabla pintada» y *theke* «depósito».

Aunque la voz griega se usaba con su sentido actual ya en el siglo I, en español se registra apenas desde 1772 y sólo aparece en el Diccionario académico de 1884.

Pintar

Para los cultivadores de árboles y plantas frutales no hay espectáculo más conmovedor que el de una fruta que va cambiando de color a medida que madura, un proceso que los latinos expresaban con el verbo *pingere*, aunque en latín vulgar se decía, más bien, *pinctare*. Los romanos le daban al verbo ese sentido en forma figurada, pero lo cierto es que tanto *pingere* como *pinctare* se referían a cambios de color más concretos y materiales, como el de pintar una pared o dar color a una prenda de ropa mediante el teñido.

El verbo, que aparece registrado en nuestra lengua con ese significado ya en la primera mitad del siglo XIII, pasó al francés como *peindre* y al inglés como *to paint*.

Pirámide

Una hoguera o pira —en griego, *pirá*— suele ser más extensa en la base y estrecharse hasta terminar en algo parecido a una punta, tal como una pirámide. Con base en esta analogía, los griegos llamaron *pyramís*, *pyramídos* al poliedro regular cuyas caras convergen hacia un punto común llamado vértice.

Piropo

El ajetreo de la vida moderna —con la presencia de la mujer en el mercado de trabajo en pie de igualdad con el hombre, con el tiempo siempre corto de que disponemos, con la píldora anticonceptiva y hasta con la comunicación masiva por Internet— ha hecho que se fuera perdiendo un hábito medieval que había perdurado hasta el siglo pasado: el cortejo mediante el piropo.

El nombre del gracejo galante proviene de la antigua palabra latina *pyropus*, que aludía a una «aleación de cobre y oro, de color rojo brillante», procedente, a su vez, del griego *pyropos*, que significaba «de color encendido» o «con aspecto de fuego» y, principalmente, «de ojos de fuego».

Este color de *pyropos*, que sugiere fuego, deviene de la palabra griega *pyr*, *pyrós* «fuego», un fuego que tal vez se vincule a la llama de las pasiones que van junto con el piropo. La voz helénica se ha conservado en nuestra lengua en el prefijo *piro-*, presente en *piromanía*, *piromancia*, *pirómetro*, *pirotecnia*, y la parte final de *pyropos* se forma con *ops*, que significa «aspecto, apariencia», presente en español en *oftálmico*, *oftalmología*, de modo que, etimológicamente, *piropo* significa «con apariencia de fuego».

Aunque la costumbre del piropo viene del medioevo, su nombre es más reciente: a comienzos del siglo XV, *piropo* era «cierta piedra preciosa o metal brillante», como la definía J. de Mena; pero Quevedo la usaba culteranamente como «requiebro, flores, palabra lisonjera que se dice a una mujer bonita», abriendo así el camino para donjuanes que saben valerse de la palabra como arma para sus conquistas.

¿Cuál habrá sido el itinerario desde el fuego o la piedra preciosa hasta la lisonja galante? Corominas observa que *pyropum* aparece al comienzo de la *Retórica*, de Arias Montano (1590), «en un contexto de incitante sensualidad» que debía grabarse en la mente de los jóvenes estudiantes y supone que los muchachos llamarían a sus novias *piropos*, llevando el lenguaje de la escuela al de la calle.

En *El mágico prodigioso* (1637), de Calderón, como en otros poetas de su época, aparece *piropo* en un contexto de pompa y rebuscamiento:

[...] un rey, mayor de todos [...] en su palacio cubierto de diamantes y piropos [...].

Por la misma época, Quevedo elogia la boca de una mujer llamándola «tugurio de piropos», pues la moda de aquel entonces exigía que las poesías de amor fueran escritas en la jerga afectada del culteranismo. En esa línea, Quevedo describía una sonrisa de mujer como un «relámpago de nieve entre rubíes». Y el mismo Quevedo (1580-1645), en su jácara *A una dama señora, hermosa por lo rubio*, nos muestra cómo piropo se va encaminando hacia su significado actual,

en este trecho citado por el propio Corominas:

Pues lléguese la mañana
con sus perlas y sus ostros
a sus dos labios que allá
se lo dirán en pyropos.

Pírrico

Pirro, rey de Epiro, era un militar famoso por su dominio de la estrategia militar. En 281 a. de C., recibió un pedido de ayuda de la colonia griega de Tarentum, hoy Tarento, que estaba en guerra con los romanos. Pirro acudió al llamado con 25 000 hombres y se enfrentó con los romanos en la sangrienta batalla de Heraklea, en la que obtuvo la victoria a costa de la pérdida de 13 000 soldados.

Un año más tarde, volvió a derrotar a los romanos en la batalla de Ausculum, en la provincia de Apulia (Puglia), pero nuevamente sufrió pérdidas tan severas que el general victorioso expresó: «Otra victoria como ésta y seremos destruidos».

Desde entonces, la expresión *victoria pírrica* —del griego *pyrrikós*— se usa para calificar un triunfo que tiene un costo más elevado para el vencedor que para el vencido.

Piscina

Esta palabra llegó sin variaciones desde el latín clásico hasta el castellano, el catalán, el portugués y el italiano, entre otras numerosas lenguas romances, mientras que en francés se adaptó a *piscine*. La voz latina proviene de *piscis* «pez», de donde se derivaron también vocablos como *pez*, *pesca*, *piscifactoría*, *piscina*, *pisciforme* y *Piscis*, el signo zodiacal, entre muchos otros.

En la Roma de los césares, la piscina era el lugar para tener peces y para nadar, aunque también se dio ese nombre al lugar para lavar el ganado, que en griego se denominaba *probatikós*.

Esta última acepción también llegó al español, al punto de que en textos antiguos es frecuente encontrar la expresión *piscina probática*, como, por ejemplo, en *Gran Conquista de Ultramar* (siglo XIII):

[...] estan defuera venia agua por caños so tierra & caya en dos pesqueras muy grandes que estan cerca del templo: & la vna ay esta avn & dizenle probatica piscina en que solian lauar las carnes delos

ganados que querian sacrificar & por esso dixeron a aquella pesquera probatica porque probatica tanto [...].

En los monasterios medievales, la piscina era el lugar donde los monjes criaban peces para su alimentación, pero también solían nadar en ella. En el *Vocabulario eclesiástico* (1499), de Rodrigo Fernández de Santaella, se lee:

Y esta alberca se llamo natatoria por contrario. porque tenia tan poca agua que no era abile a nadar. E piscina tambien por contrario porque no tenia peces segun algunos.

En algunos países hispanohablantes se suele usar más *pileta* y *alberca* que *piscina*.

Pizza

El nombre de este plato italiano proviene del antiguo germánico *bizzo*, que significaba «morder» y «bocado» («cantidad de alimento que se puede tomar con una mordida»).

En su forma original, la *pizza* se compone de un pan de forma circular y achatada, cubierto con queso de tipo *mozzarella*, tomates y aceite de oliva. Al extenderse por Italia a lo largo del siglo XIX, algunas características del plato fueron cambiando: al llegar a Roma, se sustituyó el tomate por cebolla y aceitunas, y en la Lombardía se enriqueció con anchoas, entre otras modificaciones.

A comienzos del siglo XX, la *pizza* cruzó el océano y llegó a Buenos Aires, donde la masa se hizo más gruesa, y a Nueva York, donde se le añadió un variopinto conjunto de ingredientes: rebanadas de salchichas, panceta, camarones y trozos de ají. Sin embargo, fue sólo a mediados del siglo pasado, después de la Segunda Guerra Mundial, cuando el antiguo alimento napolitano conquistó el mundo.

Plaga

La tradición judaica cuenta que, cuando los israelitas estaban sometidos en Egipto, de donde el faraón no los dejaba salir, Dios mandó una serie de plagas tan duras sobre los egipcios que el faraón Merneptá cedió finalmente y les permitió partir en busca de su tierra prometida.

Una plaga es hoy para nosotros una calamidad o un daño muy grave; puede ser un animal que daña las cosechas o una enfermedad que diezma los rebaños.

El vocablo español deriva de la palabra latina *plaga* «herida», «golpe»,

«desgracia», que se originó, a su vez, en la raíz indoeuropea *plag-* «golpear», la misma que dio lugar a *plagio* (v. plagio).

Plagio

Apropiarse de obras de creación intelectual ajena, dándolas como propias; cuando no se dan como propias, el delito en que se incurre es el de hurto.

Plagio —igual que *plaga* y *llaga*— se vincula en su origen etimológico al vocablo latino *plaga* y fue incorporada al Diccionario de la Real Academia en 1869 como una voz de creación culta, tomada directamente del latín *plagium*, que significaba «robo de esclavos ajenos» y también «plagio literario», como en nuestros días.

Este sustantivo se había formado a partir del adjetivo griego *plagios*, con el significado de «engañoso, trapacero, oblicuo», que provenía, a su vez, de *plazein* «golpear», «descarriar», que también está en el origen de *plaga* (v. *plaga*).

El plagio es un delito despreciable, porque equivale a la apropiación del trabajo ajeno por parte de quienes no tienen capacidad para crear por sí mismos. En algunos países, *plagio* significa también «secuestro de personas», un sentido que es heredero del robo de esclavos ajenos, mencionado más arriba.

Plancton

Este vocablo define un conjunto de organismos animales y vegetales, de tamaño muy pequeño, que flotan en aguas saladas o dulces y son desplazados en forma pasiva.

Se trata de una palabra de origen culto, acuñada como *plankton* hacia 1880 en Alemania, con base en el griego *plagton* «errante», «vagabundo», pariente de *planetes*, que dio lugar a *planeta* (v. planeta) para designar a las estrellas errantes del cielo. En efecto, estos organismos animales y vegetales que flotan sobre la superficie del agua se mueven lentamente, a la deriva.

Planeta

Los planetas aparecen al ojo humano con el aspecto de estrellas, pero a diferencia de éstas, que permanecen aparentemente fijas en el firmamento,^[15] se mueven con trayectorias que hoy pueden ser calculadas con exactitud, pero que a los antiguos les parecían caprichosas, por lo que los romanos los llamaron *stellae errantes* «estrellas errantes».

El nombre *planeta*, *-tes*, que apareció tardíamente en latín sustituyendo a *stellae*

errantes, proviene del griego *planétes* «errante», «vagabundo», una variante de *planes*, *planetos*, con origen en el verbo *planasthai* «andar errante», presente en la expresión griega *plánetes asteres* «astros errantes».

Aunque se han hallado indicios de la existencia de planetas fuera del sistema solar, la astronomía sólo conoce hasta hoy los que giran alrededor del Sol. Ordenados de acuerdo con su distancia del astro central son: Mercurio, Venus, Tierra, Marte, Júpiter, Saturno, Urano, Neptuno y Plutón. Recientemente se han detectado algunos cuerpos *transplutonianos* (más allá de la órbita de Plutón), pero no hay consenso acerca de si deben ser considerados planetas.

Con un rigor muy distinto al actual, así hablaban en castellano antiguo de los planetas:

No hay corazón quanta fallaste la luna daquella parte en que ésta la luna de Orient o de Occident. Et sabras quela luna ésta en aquel grado del zodiaco a asmamiento. ca non se puede saber por el astrolabio cierta mientre por razon dela ladeza. Et assi faras de qual planeta uieres delas cinco que son. Saturno. Jupiter. Mars. Venus. & Mercurio. Assi como feziste dela luna. (Alfonso X el Sabio: Libros del saber de astronomía).

Plástico

El origen más remoto que se conoce de esta palabra es el griego *plastikós*, un adjetivo que se refiere al arte de modelar en cera o arcilla —que los griegos llamaban *plasma*—, cuyo resultado recibía el nombre de *plastos* «formado», «modelado», palabras emparentadas con el verbo *plassein* «amasar», «modelar».

En las lenguas modernas, *plastic* aparece en 1632 en inglés para designar a las «artes plásticas»; en 1791, como adjetivo que se aplica a «aquello que puede ser modelado», y en 1879, como la «cirugía tendiente a eliminar cicatrices o a modelar el rostro o los miembros»: *plastic operation*.

En español, *plástico* aparece por primera vez como adjetivo en el *Diccionario castellano*, de Enrique de Terreros, pero como sustantivo no surgió hasta 1950, a lomos de la vertiginosa expansión de los materiales plásticos derivados de hidrocarburos, que, a partir de esa época, se convirtieron en materia prima de millares de productos industriales.

Pléyades

Del griego *pleiás*, *pleiadós* «navegante», proveniente de *pleo* «navegar». Este nombre, las Pléyades, se adjudicó en español a la constelación estelar conocida

también como *las Siete Cabritas*, en la región del Toro en la eclíptica.

En castellano, se nombró así a esa constelación desde el siglo XVI, pero en esa época los cenáculos literarios de Madrid recibieron la influencia de la Pléiade francesa, un conjunto de literatos brillantes encabezados por Ronsard. Desde entonces, esta metáfora se aplicó a grupos de personas que brillan, especialmente en el campo de la literatura.

Poción

Se llama de esta manera a cualquier líquido que se bebe, pero en especial a aquellos que poseen propiedades medicinales o a los que se les atribuye efectos mágicos.

En los antiguos relatos medievales, era frecuente la aparición de una bruja de sonrisa siniestra que removía el contenido hirviente de una olla: estaba confeccionando una poción, entendida como un brebaje de poderes sobrenaturales que podía tornar a un guerrero tan invulnerable como Aquiles, convertirlo en el animal de su preferencia, o granjearle el amor de una aldeana, o hasta el de una bella princesa. El filósofo y jurista griego Luciano de Samosata (125-192 d. C.) contaba que cierta vez había recurrido a una bruja de Tesalia para que le preparase una poción que lo convirtiera en pájaro, pero la mujer se había equivocado en la fórmula y lo había transformado en asno, animal que sirvió para saciar a su propietaria, una mujer tan licenciosa como volcánica.

En realidad, a pesar de estas historias, una poción (del latín *potionis*) no es más que una bebida común, sin poderes mágicos. La propia agua puede ser llamada poción, pues puede ser bebida. *Potionis* deriva de la palabra, también latina, *potare* «beber», emparentada con *potabilis* «potable, aquello que se puede beber», y ambas provienen de la voz griega *pótamos* «río».

Este último vocablo griego aparece también en otros términos de nuestro lenguaje, tales como *hipopótamo*, de *hyppos* «caballo» y *pótamos*, o sea que, etimológicamente, significa «caballo de río», y *Mesopotamia*, de *mesos* «medio» y *pótamos*.

Podagra

Esta palabra aparece por primera vez en nuestra lengua en los poemas de Gonzalo de Berceo. Es voz de origen griego, que significaba «trampa que agarra por el pie», formada por *pous*, *podos* «pie» y *agreo* «agarrar» (v. antípoda).

En español el vocablo *podagra* fue adoptado por la medicina para designar a la enfermedad llamada *gota* en los casos en que esta ataca los pies, puesto que el

paciente queda inmovilizado como si hubiera sido agarrado por la trampa de los griegos.

Poesía

Como todas las artes, la poesía es tan difícil de definir como los sentimientos que evoca, por lo que las siete acepciones que propone el Diccionario de la Academia parecen insuficientes para dar una noción clara. «Poesía eres tú», escribía Gustavo Adolfo Bécquer, en una tentativa más subjetiva de explicarla y, por tanto, más poética.

Contribuyen a esta confusión las mutaciones que ha sufrido a lo largo de la historia el propio concepto de creación poética, como podemos observar desde los tiempos de la palabra griega *poiesis*, derivada de un término tan genérico como *poiein* «hacer».

En efecto, para Aristóteles, toda creación intelectual era *poiesis*, por oposición a *praxis*, que era la acción. Para Heródoto, era el arte de componer obras poéticas, y Platón decía que las dos artes poéticas eran la tragedia y la comedia.

En la civilización griega, la *poiesis* se expresaba en *poiema* «poemas», que podían ser *epos* «épicos» o *melos* «líricos». De estas palabras griegas se derivaron otras latinas, tales como *poesis* «poesía», *poeta* «poeta», *poetria* «poetisa», *poética* o *poeticés* «obra poética».

En francés, *poète* se registraba ya en 1155. En español, el primer gran poema épico es el *Cantar de Mio Cid*, pero la palabra *poesía* no aparece documentada hasta el siglo XIII, cuando fue usada en el libro anónimo *Los siete sabios de Roma*:

Y en aquel tiempo estava en Roma maestre Virgilio que a todos los maestros en el arte de dezir en poesía e nigromancia e otras sciencias sobrepujava.

Polémica

Este vocablo, que hoy se refiere a una controversia o a un choque de ideas, proviene del ámbito militar. En efecto, el vocablo *polemista*, que se aplica actualmente al individuo aficionado a la polémica, proviene del griego *polemistés*, que significaba «combatiente», mientras que *polemikós* era en esa lengua, «el arte de la guerra», palabra formada mediante *pólemos* «guerra» e *ikós* «de», o sea, «de la guerra».

Con el tiempo —mucho tiempo, por cierto—, los enfrentamientos armados entre

los *polemistés* se fueron convirtiendo en choques más gentiles, apenas de opiniones y puntos de vista, y *polémica* se tornó sinónimo de *controversia*, como llamaban Quintiliano y Tácito a los choques de ideas.

Política

La política es el arte de ejercer el poder público, de gobernar o de ocuparse de los asuntos públicos en general. En los regímenes democráticos, se llama así a la actividad de los ciudadanos que se ocupan de los asuntos públicos con su voto o con su militancia.

La palabra se originó en los tiempos en que los griegos estaban organizados en ciudades estado, llamadas *polis*, nombre del cual se derivaron palabras como *politiké* «política en general» y *politikós* «de los ciudadanos», «perteneciente a los ciudadanos», que se extendieron al latín *politicus* y llegaron a las lenguas europeas modernas a través del francés *politique*.

En 1265 ya se definía *política* en este último idioma, como «ciencia del gobierno de los Estados». En español política está documentada desde Alfonso X el Sabio en las *Siete partidas*, mientras que *político* no aparece hasta finales del siglo xv: Nebrija en su *Diccionario hispano latino*, la definió como «cosa de ciudad».

En el sentido de «pariente por afinidad», aparece por primera vez en 1778 en Jovellanos:

La ausencia y achaques de la otra hermana viuda y la mayor distancia a que vive nuestro hermano político don Sebastián, no les permitirán ayudarme. (Correspondencia).

Pollino

¿Qué tiene que ver un pollo con un burro? Se diría que muy poco, exceptuando apenas uno de los nombres del cuadrúpedo: *pollino*, del latín *pullinus* «de animal joven». Plinio llamaba *pullini dentes* a los primeros dientes de los caballos y *pullus asinae* al borrico de corta edad, mientras que Horacio denominaba *pullus ranae* a la rana pequeña. *Pullus*, que también dio lugar a *pollo*, era asimismo el hijo de la gallina, desde su salida del huevo hasta convertirse en animal adulto.

La palabra latina proviene del indoeuropeo prehistórico *pu-lo-*, formado por *pu-* «animal joven» y el diminutivo *lo-*.

Polonia

El nombre de este país centroeuropeo de población eslava y católica proviene de la palabra polaca *pole* «campo», término formado a partir de *polanie*, que es como se denominaba a un pueblo eslavo afincado entre los ríos Oder y Vístula a principios de la Edad Media, según la crónica que el abad Teodosio de Kiev escribió en el siglo XI, corroborada en la *Historia de los emperadores* (siglo XIII), de Gervasio:

[...] Polonia, sic dicta in eorum idiomate quasi campania [...]. (Polonia, llamada algo así como campo, en su idioma).

Según estos autores, *pole* dio lugar al gentilicio *polak* y al nombre del país, *Polska*, que llegó al francés como *Pologne*, al inglés como *Poland*, al alemán como *Polen*, al portugués como *Polônia* y al español como *Polonia*, así documentada desde el siglo XIII, en el libro de autor anónimo *Los siete sabios de Roma*:

Y ellos anduvieron muchos reinos e tierras y, en fin, desposáronle con la hija del rey de Polonia que era muy hermosa.

Polución

Palabra registrada por primera vez en español hacia 1550, procede del latín *polutio*, *-onis*, con origen en *polluere* «manchar», «ensuciar», cuyo participio pasivo, *pollutus*, se ha usado en español desde 1438, como *poluto* «sucio», «inmundo», voz que pertenece hasta hoy a nuestra lengua, así como su antónimo *impoluto* «limpio», «sin mancha», que es más conocido.

No se sabe con certeza el origen de *polluere*, pero se cree que puede provenir del verbo latino *luere* «lavar», «regar», que de alguna manera tendría el significado opuesto.

El verbo *polluer* aparece en francés en 1290, con el significado de «profanar», sentido que también está presente en nuestra lengua en otras acepciones de *polución*: «contaminación del medio ambiente» y «efusión de semen». Este último ya aparecía en el latín eclesiástico medieval, en el cual *pollutio* tenía el sentido de «mancha de eyaculación seminal» y también «la propia eyaculación»:

[...] dice que daban por una polución voluntaria cuarenta días de pan y agua (Gil González Dávila, 1614).

En español se usa más *contaminación* para referirse a la ambiental, pero en los últimos años se ha intensificado el uso de *polución* con ese sentido, probablemente por influencia del inglés *pollution*.

Pomada

Definida por el Diccionario como «mixtura de una sustancia grasa y otros ingredientes, que se emplea como cosmético o medicamento», *pomada* se deriva del latín *poma*, plural neutro de *pomum* «fruta de carozo».

Los romanos llamaban así a las frutas de mayor tamaño, pero no a las más pequeñas —las uvas, por ejemplo—, como demuestra la frase de Ovidio: *nec pomo feta nec uvis* (que no dé frutas ni uvas).

En las lenguas romances, *pomum* y sus derivados se especializaron para denominar a la manzana, como ocurrió con el vocablo castellano *poma*, el francés *pomme* o el italiano *pomello*. La papa o patata se llama *pomme de terre* en francés y *pomo de terra* en italiano.

Relata Fernando A. Navarro que en la Italia renacentista se preparaba un cosmético con aroma de manzana, llamado *pomata*, muy apreciado por los franceses, quienes adaptaron su nombre como *pommade* y así lo difundieron al resto del mundo. Con el paso de los años, el nombre del antiguo cosmético del Renacimiento se fue extendiendo a todo tipo de ungüentos, principalmente medicinales.

Pomelo

Es el nombre que adquirió la toronja (v. toronja) en algunos países americanos durante el siglo pasado. Esta fruta cítrica se conoce desde muy antiguo y el origen de su designación proviene del sánscrito.

Pomelo tiene una historia curiosa: es un vocablo que llegó al español procedente del inglés *pommelo* y éste, del neerlandés *pompelmoes*, del mismo significado, formado por la contracción del neerlandés *pompel* «grande» y *limoes*, del portugués «limones».

Pompa

Es el acompañamiento numeroso y solemne, con gran aparatosidad, que se hace en una función de regocijo o fúnebre.

Entre los romanos, *pompa* podía referirse tanto a los cortejos fúnebres como a los desfiles, séquitos o comitivas. En estos últimos casos, tenía una connotación de ostentación, que se conserva en su significado en el español moderno. La palabra se derivaba del griego *pompé*, que podía tener el sentido de «escolta» o «procesión», como también «primer envío» (esta acepción proviene del verbo *pempéin*, «enviar», «escoltar»).

Su uso en castellano lo documentó por primera vez Alfonso Martínez de Toledo, Arcipreste de Talavera, en *Corbacho o Reprobación del amor mundano*, en 1438. En los siglos xv y xvi fue una palabra muy usada, frecuentemente con el sentido de «soberbio», y como tal apareció en el *Quijote* y, sobre todo, en Pedro Calderón de la Barca, que la empleaba con mucha frecuencia, como en este trozo de *La vida es sueño*:

Miradme otra vez sujeto
a mi fortuna; y pues sé
que toda esta vida es sueño,
idos, sombras que fingís
hoy a mis sentidos muertos
cuerpo y voz, siendo verdad
que ni tenéis voz ni cuerpo;
que no quiero majestades
fingidas, pompas no quiero

La acepción usada en *pompa de jabón* corresponde a otra palabra homónima de diferente origen.

Poner los puntos sobre las íes

Esta expresión se usa hoy con el sentido de indicar algo que debe ser dicho con la intención de dejarlo cuidadosamente en claro o de fijar posición, a veces con cierta dureza con relación al interlocutor, como sugiere este texto del diario *La Prensa* de Buenos Aires, del 8 de mayo de 1992:

Por eso no extraña que ahora las Confederaciones Rurales Argentinas (cra) en un comunicado de inusual dureza y sinceridad le exijan al gobierno que les ponga a las autoridades chilenas los puntos sobre las íes.

¿Cuál es el origen de esta expresión? Cuando se adoptaron en Europa los caracteres góticos, era común que dos íes juntas se confundieran con una *u*. Para sortear este inconveniente, se adoptó la práctica de distinguir a la *i* con unas tildes, que hacia principios del siglo xvi se convirtieron en puntos por decisión de algunos copistas. Ante tal libertad, otros copistas que preferían las tildes se molestaron, pero éstos eran los menos y, pues, ¡paciencia!, los autores de la

iniciativa les pusieron *los puntos sobre las íes* y crearon así una locución que perdura hasta nuestros días.

Pontífice

Algunos años después de la legendaria fundación de Roma por Rómulo y Remo (753 antes de nuestra era), cuando los monarcas de la joven ciudad se ocupaban aún de los rituales religiosos, el segundo rey de Roma, Numa Pompilio, consideró que sus sucesores tendrían que ocuparse de la guerra y del gobierno de un estado cada vez más complejo, de modo que no estarían en condiciones de pensar en la liturgia. Con esa idea, Numa Pompilio decidió entregar el cuidado de las ceremonias religiosas a un funcionario o sacerdote que desempeñara exclusivamente esa función religiosa. Después de mucho meditarlo, confirió esa dignidad a los *pontífices*, que eran los encargados de cuidar el puente sobre el río Tíber, una tarea que en aquella época revestía enorme importancia política y militar, además de religiosa. En la palabra *pontifex* se fusionan *pontis* «puente» y *facere* «hacer», en alusión a su actividad: cuidar el puente.

Algunos siglos más tarde, Julio Cesar decidió asumir la dignidad de *Pontifex Maximus* «sumo pontífice», el mayor de los *pontífices*, para indicar así su posición de jefe no sólo civil y militar, sino también religioso. A partir de Augusto, este título quedó vinculado al de emperador durante varios siglos, hasta la llegada al poder de Constantino (306 d. de C.), quien adoptó el cristianismo como religión oficial del Imperio. Fiel a la tradición consagrada por sus predecesores, Constantino siguió usando durante algún tiempo el título de sumo pontífice, ahora como representante de Cristo. Pero los obispos de Roma no demoraron en reivindicar para sí la condición de únicos representantes de Cristo en la Tierra y acabaron por incorporar el título de *Pontifex Maximus*, que los papas ostentan hasta hoy.

Popelina

La ciudad francesa de Aviñón es muy importante en la historia del papado, pues en una época fue lugar de residencia de los pontífices. Por esa razón, cierta tela de seda fina fabricada en ese lugar se llamó al comienzo *papalino* en lengua provenzal, femenino de *papalin* «relativo al papa o a la ciudad de Aviñón».

Los principales importadores de esa tela fueron los ingleses, que alteraron su nombre a *popeline*, que dio lugar al francés moderno *popeline* y al castellano *popelina*. Sin embargo, algunos autores afirman que *popelina* proviene del nombre de la ciudad de Poperinge, en Flandes, donde aseguran que en una época se fabricaba esa tela.

Pordiosero

En todos los idiomas hay numerosas maneras de llamar a los que piden limosna. En español son mendigos, limosneros o pordioseros.

Examinamos aquí la palabra *pordiosero*, con la que se designa a aquellos que piden «por Dios». Si a esta expresión le añadimos el sufijo *-ero*, tenemos formado el vocablo *pordiosero*, «aquel que pide limosna en nombre de Dios».

En cuando al sufijo *-ero*, derivado del latín *-arius*, la Academia le atribuye cinco categorías de uso: 1) para indicar profesión o cargo, como *panadero*, *librero*, *almacenero*; 2) en utensilios y muebles, como en *perchero*, *llavero*; 3) para señalar lugar donde abunda o se deposita alguna cosa, como en *basurero*, *hormiguero*, *avispero*, *perrera*; 4) en árboles frutales: *albaricoquero*, *melocotonero*; 5) agregado a los adjetivos, indica carácter o condición moral, como en *altanero*, *embustero*, *traicionero*.

Aunque pedir limosna pueda no ser una profesión registrada, parece adecuado incluir pordiosero en la primera categoría.

Pornografía

Se llama así al carácter obsceno de obras literarias o artísticas o a esas obras propiamente dichas. En su origen, la palabra designaba un tratado sobre la prostitución.

Proviene del griego *porne* «prostituta» y *grapho* «yo describo», por tanto, significa, etimológicamente, «descripción de la prostituta». Esta palabra se empezó a usar en el siglo XIX en varios idiomas europeos, el primero de los cuales parece haber sido el francés. Corominas dice que *pornografía* sólo apareció en nuestra lengua hacia 1880. Sin embargo, en 1853 ya estaba incluida en el *Gran diccionario clásico de la lengua española*, de Ramón Joaquín Domínguez, definida como «tratado de la prostitución», aunque no apareció en el Diccionario de la Academia hasta el año 1899, con las mismas acepciones actuales.

Su significado era algo diferente en inglés, lengua en la cual se refería a descripciones gráficas, mientras que en español aludía a textos. En efecto, en 1864 estaba incluida en el diccionario inglés Webster con el significado de «pinturas licenciosas empleadas para decorar las paredes de habitaciones destinadas a orgías bacanales, por ejemplo, en Pompeya».

Portugal

Según una antigua leyenda, Cale, uno de los argonautas que acompañó a Jasón en la busca del vello cino de oro, llegó al extremo de Europa, a un lugar de la costa atlántica de lo que hoy es Portugal. Cale formó allí un enclave comercial, pero como las condiciones del lugar no eran muy propicias para la navegación, muchos siglos más tarde los romanos trasladaron el asentamiento un poco hacia adentro del continente, sobre la ribera norte del Duero, aunque muy cerca de su desembocadura en el océano Atlántico, y construyeron allí un puerto fluvial que llamaron *Portus Cale*. Esta ciudad se llama hoy en español *Oporto* y en portugués, *Porto*.

Hacia fines del siglo XI, cuando Alfonso VI de Castilla y León le otorgó un condado a Enrique de Borgoña en la parte sudoeste de su reino, le concedió el título de conde de Portus Cale, pero un siglo más tarde, este condado se independizó de la Corona de Castilla. Desde muy antiguo, el Reino de Portugal fue un mosaico de etnias en el que se fundieron celtas, íberos, fenicios, latinos, moros y visigodos.

Potasio

El potasio es un metal alcalino de número atómico 19, cuyo símbolo químico es K, del latín *Kalium*. Antes de que fuera aislado por el científico inglés Humphry Davy en 1807, ya se conocía una de sus bases, la potasa, llamada también hoy *potasa cáustica* o *hidróxido de potasio*, cuyo símbolo químico es KOH. La potasa guarda algunas semejanzas con la soda cáustica o hidróxido de sodio, pero reacciona con más violencia al contacto con el agua.

La denominación de *potasa*, de la que el potasio tomó su nombre, proviene de dos palabras del neerlandés: *pott* y *asche*, que juntas significan «ceniza de pote».

Potosí

Según una antigua leyenda incaica, el cacique Huayna Capac quiso emular la codicia de los españoles por los metales y decidió explotar las minas del cerro Rico, Sumaj Orcko en quechua.

Gracias a las enseñanzas de los invasores, llegó a detonar algunos explosivos en las galerías del yacimiento, pero sus hombres oyeron una voz que, desde las entrañas de la Tierra, decía: «No saquen el metal que está escondido aquí, porque otra gente se lo llevará».

Los hombres de Huayna Capac, sobrecogidos de terror, se alejaron del yacimiento gritando: «¡potocsi, potocsi!», que significaba «explosión». Muchos opinan que en ese momento nació la palabra *Potosí*.

Otros, más prácticos y realistas, suponen que surgió de los comentarios de los indígenas sobre las explosiones provocadas por los españoles. Poco importa, lo cierto es que en la palabra quechua *potocsi* parece estar, definitivamente, el origen del nombre *San Luis de Potosí*.

Pre-

Los prefijos latinos dieron origen a un considerable número de palabras en esa lengua y en castellano. Uno de ellos es *prae-*, con el significado básico de «que va antes», adoptado por el español como *pre-*.

Aparece en numerosas palabras castellanas, de las cuales veremos aquí algunas:

Preámbulo, en la cual el prefijo se antepone a *ambular*, del latín *ambulare* «andar», «caminar», «ambular». El preámbulo es un escrito que se presenta antes de comenzar otra cosa.

Precaución, *precaver*. Aquí el prefijo *prae-* se antepone al verbo *cavere* «cuidarse», «tomar precauciones», «ponerse en guardia» (en este caso, antes de que ocurra algo).

Precipitar. El prefijo *prae-* se antepone a *caput*, *capitis* «cabeza» para formar *praeceps*, propiamente «que cae cabeza abajo, que se precipita, que es arrastrado rápidamente hacia abajo». El historiador Ammiano Marcelino decía *praeceps in exilium acti* con el sentido de «obligados a partir precipitadamente al exilio». En *praeceps*, así como en *precipitar*, la *a* de *caput* cambió a *i* por el fenómeno llamado apofonía, muy común en latín.

Precursor. Palabra formada en latín con *prae-* y el verbo *currere* «correr», *praecursor* significaba «el que va delante, el que precede». Tito Livio llamó *praecursor* al explorador que iba antes de una expedición militar y también al espía que traía informaciones sobre el enemigo. En nuestra lengua tiene el sentido de «el que viene antes para anunciar la llegada y preparar el terreno para otro que vendrá después».

Prefacio. Del latín *praefatio*, es lo que se dice antes, formado con *prae-* y el verbo *fari* «hablar». Tenía el sentido de «lo que se dice antes de los hechos», «el preámbulo o las consideraciones previas de un decreto». Sin embargo, *praefatio* tuvo inicialmente el sentido de «fallar al comienzo de algo».

Preliminar. Lo que está antes del *limen*, *liminis* «puerta de entrada» o sea, «lo que precede aquello que interesa», «lo que está antes de lo principal».

Preludio. En este caso, *prae-* se antepone a *ludus* «juego» con el sentido de «ensayar, prepararse, ejercitarse para alguna cosa».

Prematuro. Proviene de *praematurus*, palabra formada por el prefijo *prae-*

antepuesto a *maturus* «maduro». Es, pues, «aquello que todavía no está maduro». Plinio decía *praematurum existimatur* con el sentido de «se considera que todavía es demasiado temprano».

Preponderante. Aquí, el prefijo *prae-* se antepone al verbo *ponderare* «pesar», con el sentido de «pesar más». El que pesa más, el más importante es el que prepondera. (V. presidente).

Premonitorio se forma con el verbo *monere* «advertir antes de que ocurra». (V. moneda).

Precoz

Llamamos *precoz* a aquello que ocurre antes del tiempo habitual o al proceso que se desarrolla antes de lo conveniente o de lo esperado. La palabra *praecox* ya era usada por los latinos con el mismo significado, formada por el prefijo *prae-* «antes» y *coque*, voz del verbo *coquere* «cocinar».

El psiquiatra alemán Emil Kraepelin, cuando elaboró la primera clasificación de las enfermedades mentales en 1896, utilizó *dementia praecox* para referirse a la esquizofrenia.

Por la misma época, se impuso la denominación *ejaculatio praecox* para denotar un trastorno de la función sexual masculina que consiste en la aparición de la eyaculación antes del tiempo habitual, ya sea poco antes o inmediatamente después de la penetración.

También llamamos *precoz* al niño que alcanza un desarrollo intelectual superior al esperable para su edad cronológica.

Presbicia

Recibe este nombre la dificultad de acomodación del ojo a las distancias más cercanas, una deficiencia de la visión que suele sobrevenir entre los cuarenta y los cincuenta años. Esta palabra nos llegó desde el francés *presbyte* (*présbita* o *présbite* «el que sufre esta deficiencia»), que tiene su primer registro en el *Dictionnaire universal*, de A. Furetière (1690). Un siglo más tarde, en 1793, Lavoisier acuñó *presbyopie* para designar esta patología, imitando la formación de *myopie* (v. miopía). En lengua portuguesa el vocablo francés fue incorporado con la forma *presbiopia*, pero los españoles prefirieron *presbicia*.

Como se trata de una enfermedad que aparece después de cierta edad (en otras épocas, cuarenta años era una edad avanzada), su nombre se formó con el vocablo griego *presbys* «viejo», «anciano», proveniente del indoeuropeo *pres-gw* «anciano», «dirigente», «caudillo».

Presidente

Durante los últimos años, varios presidentes o expresidentes de diversos países fueron a dar con sus huesos en un presidio bajo acusaciones de corrupción, lo que no debería llamar la atención puesto que, al menos etimológicamente, *presidente* y *presidio* tienen el mismo origen.

En efecto, la palabra latina *presidere* está formada por el prefijo *pre-* «antes», «delante» y el verbo *sídere* «sentarse», con el significado de «estar sentado al frente» y también «estar situado al frente para proteger a los demás», como anotaba Nebrija en su *Diccionario español latino* al ocuparse de las palabras *presidir* y *presidente*. El sentido de sentarse al frente en *presidir* fue evolucionando hasta significar «el que se sienta al frente de una asamblea para coordinarla», mientras que el de proteger evolucionó hacia *presidio*.

En efecto, *presidio* era la «guarnición que se pone al frente de una plaza para protegerla», y la palabra se usó inicialmente con ese significado para referirse a las guarniciones españolas en Marruecos. Como los condenados eran enviados a estas guarniciones, la palabra fue adquiriendo poco a poco el sentido de «establecimiento penal».

Presidio

(V. presidente).

Prestidigitador

Una falsa etimología, no por eso menos difundida, es que *prestidigitador* proviene del latín *praestus* «pronto» y *digitus* «dedo».

En realidad, se originó en el bajo latín *praestigium* «fantasmagoría», «juegos de habilidad manual» y su derivada *praestigiator* «el que hace juegos de mano». Sin embargo, el respetado *Dictionnaire d'étymologie*, de Albert Dauzat, recoge como buena esta falsa versión, que surgió por primera vez en francés en 1829, como *prestidigitateur* en lugar de *prestigiateur*. Esta forma fue adoptada en castellano en 1855 como *prestidigitador*.

En español, *prestigio* (v. prestigio) denotaba, inicialmente, «juegos de mano», como en latín, y más tarde, «fascinación o ilusión con que se impresiona a alguien». Este último significado fue evolucionando hacia el actual, de «ascendiente» e «influencia».

Prestigio

El prestigio de ciertos políticos parece estar más de acuerdo con el sentido etimológico de esta palabra que con el significado que le damos hoy.

En efecto, como vimos anteriormente, *prestigio* proviene del latín *praestigium*, que se refería a la ilusión causada a los espectadores por los trucos de un mago. Este sentido todavía está presente en dos acepciones que el Diccionario de la Academia registra como poco usadas: «fascinación que se atribuye a la magia o que es causada por medio de un sortilegio» y «engaño, ilusión o apariencia con que los prestidigitadores emboban y embaucan al pueblo».

Este sentido es el que está presente en este trecho del escritor Pedro Montengón, fechado en 1784:

La imagen severa de la virtud de Leocadia y de sus gracias no hallaba ya rival, después que sacudió con los consejos de Hardyl el amoroso prestigio con que lo deslumbró la fácil correspondencia y el ardiente afecto de la graciosa hija de Howen.

La palabra latina estaba formada por el prefijo *prae-* «delante» y el verbo *stringere* «apretar con fuerza», con la idea de apretar los ojos, como se hace con una venda, para dejar ciega a una persona. El término se usó con este sentido hasta el siglo XVIII, cuando en francés se le empezó a dar a *prestige* el significado de «renombre, ascendiente, influencia», y la afrancesada corte española de aquella época trasladó este significado a nuestra lengua.

Pretexto

Cuando compramos una prenda de ropa o un corte de tela, difícilmente se nos ocurre pensar cómo fue confeccionado, cómo se llegó desde la lana de la oveja o desde el algodón en rama hasta la prenda lista para vestir, un proceso que la mayoría de las personas desconoce.

Sin embargo, antiguamente, los tejidos se hacían en casa o en talleres de artesanos, y el proceso de fabricación era conocido y seguido más de cerca por toda la gente, lo que explica las numerosas metáforas de origen textil que dieron origen a muchas palabras de nuestra lengua.

Una de ellas es *pretexto*, registrada en español a partir del siglo XVII con su significado actual, derivada del latín *praetextus*, que era el participio pasivo del verbo *praetexere* «poner un bordado o tejido delante de una pieza de ropa». De *praetextus* surgió también *praetexta*, nombre de una toga adornada con una franja de color púrpura.

De ahí fue derivando hacia el significado actual de *pretexto*, que no es otra cosa que un adorno que, como un bordado, se pone delante de los hechos para

tornarlos más aceptables.

Priapismo

Erección permanente y dolorosa del miembro viril, sin deseo sexual.

El mal es provocado por un trastorno vascular que afecta los mecanismos de la erección: el pene no logra evacuar la sangre que lo llena y se mantiene rígido, incluso después de apagado el deseo. Luego de más de cuatro horas de erección continua, se recomienda abrir quirúrgicamente los cuerpos cavernosos y drenar la sangre estancada, para evitar la gangrena.

La palabra proviene del griego *priapismós*, que tiene el mismo significado y deriva del nombre de Príapos (Príapo), el dios de la fertilidad vegetal y animal, hijo de Afrodita y Dionisos, representado con un falo enorme, venerado en la región del Helesponto.

Según el mito griego, el priapismo era un castigo de los dioses: Pegaso, embajador de Dionisos, partió de su ciudad, Eleuteras, hacia Atenas, llevando una estatua del dios del vino, pero al llegar a destino, fue rechazado con furia por los atenienses y tuvo que emprender el regreso. En represalia, Dionisos castigó a los hombres de Atenas con la enfermedad del priapismo. Cuando consultaron al oráculo de Delfos, éste les advirtió que sólo podrían curarse si homenajeaban al dios ofendido con los cultos que merecía.

Los afectados fabricaron entonces grandes falos y los llevaron en procesión junto con la estatua de Dionisos. El mal cesó y todo volvió a lo normal, pero por las dudas, para evitar toda posibilidad de recaída, desde entonces en Atenas, junto con las Grandes Dionisiacas, la fiesta anual del vino, se realizaba la procesión de los falos, llamada *phallegoria*.

Príncipe

Esta palabra, tomada del latín *princeps* «jefe», «líder», «soberano», se compuso con *primus* «el primero» y *caput* «cabeza». La voz latina *primus* se derivó del indoeuropeo *preis-mo-*.

Príncipe aparece por primera vez en nuestra lengua en el *Diccionario latino-español*, de Nebrija, en el que la voz latina *princeps* aparece traducida como «príncipe o cosa principal».

Pro-

El prefijo latino *pro-* tiene el sentido de «ir hacia delante», como en *promover* o

de «saber qué va a ocurrir más adelante», como en *pronosticar*, o de «dejar algo para más adelante», como en *prorrogar*. También puede referirse «al que va adelante, a ocupar el lugar de quien estaba allí», como en *procónsul* o en *prosecretario*.

Veamos algunos otros ejemplos:

Profano. Palabra formada por *pro-* antepuesto a *fanum*^[16] «lugar sagrado», «templo». *Profanum* era para los romanos «el que permanecía fuera de los lugares sagrados por no tener derecho de entrar en ellos».

Profundo. De *profundum*, palabra formada por *pro-* seguido por *fundum* «fondo», alude a «algo cuyo fondo está lejos, alejado de la superficie o de la abertura».

Promontorio. De *promontorium*, «monte que avanza sobre el mar y sobresale de las aguas».

Pronunciar. Palabra en la que el prefijo *pro-* se antepone a *nuncius* «mensajero», para dar el sentido de «hacerse oír públicamente».

Propagar. El prefijo *pro-* se antepone aquí a *pagare*, una deformación de *pangere* «plantar», «fijar en un lugar». *Propagare* significó en su origen «plantar brotes para multiplicarlos» y más tarde, «distribuirlos uno cerca del otro». Cicerón y Lucrecio decían *propagare genus* con el sentido de «propagar la especie». (V. propaganda).

Protuberancia. Palabra formada con *tuber, tuberis* «excrecencia», «hinchazón», «tumor».

Profesor

Los primeros cristianos fueron también los primeros profesores de la historia, porque *profesaban*, es decir, declaraban públicamente su fe, aunque pudiera costarles la vida. La palabra se formó a partir del latín *profiteri*, del mismo significado, formada por *fateri* «confesar» con el prefijo *pro-* «delante» (con el sentido de «delante de todos, a la vista»).

A partir de cierta época, un profesor pasó a ser aquel que *profesaba*, o sea que declaraba públicamente que poseía conocimientos en determinada área del saber y que podía transmitirlos.

En el diccionario de Covarrubias encontramos:

Professor algun arte o ciencia, latine profiteri. Professor della, el que la sigue y professa.

Poco más de un siglo más tarde, en el Diccionario de la Real Academia, el vocablo *professor* era definido como «el que exerce o enseña publicamente alguna facultad, arte ù doctrina».

Profeta

En la Antigüedad clásica, los profetas eran los intérpretes de las pitonisas: sabían descifrar el sentido de sus gritos y gemidos, qué decían en versos que contenían las profecías, expresadas en un lenguaje enigmático y ambiguo.

Para los musulmanes, la palabra *profeta* es el epíteto que acompaña siempre el nombre de Mahoma. Para ellos, al igual que para judíos y cristianos, es el portador de un mensaje de Dios a los hombres y, como tal, tiene cosas para revelar que pueden pertenecer al futuro. Los profetas fueron desapareciendo del cristianismo hacia el siglo II de nuestra era, cuando empezó a tomar cuerpo la estructura jerárquica de la Iglesia, cerrando el camino a las expresiones individuales.

La palabra proviene del latín *propheta*, tomada del griego *prophetés*, que, a su vez, se derivó de *prophanai* «el que habla antes», «el que pronostica», formada con el prefijo *pro-* «que está antes en el tiempo o en el espacio» y *phanai* «hablar», «decir», proveniente del indoeuropeo *bha-* «hablar».

Prognato

Este adjetivo y su femenino *prognata* se aplican a las personas que tienen la mandíbula saliente.

La palabra castellana se formó a partir del inglés *prognathous*, vocablo creado en esa lengua en 1836 mediante la yuxtaposición del prefijo griego *pro-* «antes o delante en tiempo o en posición» y *gnathos* «mandíbula inferior». *Gnathos* proviene del indoeuropeo *gn-dho-* «mandíbula inferior», «mentón», de la misma familia de palabras del indoeuropeo *genu-* «rodilla», «ángulo».

Programa

Del griego y del latín *programma*, a través del francés *programme*, significa hoy «declaración por escrito de lo que se proyecta hacer». Las palabras griega y latina denotaban «anuncio público, temario», derivadas del verbo griego *prographein* «anunciar públicamente por escrito», formado por el prefijo *pro-* «antes de» y *graphein* «escribir».

Veamos aquí un ejemplo de su empleo en la *Vida de Carlos III* (1898), de Carlos Gutiérrez de los Ríos:

Tanto en Londres como en París fue muy bien recibida la noticia de esta pretendida victoria; pero cuando llegaron posteriores y más verdaderos detalles del programa, se cambió el regocijo en crítica, dolor y sentimiento. El duque de Chartres (hoy de Orleans), que, como voluntario, había ido en la flota, llevó a Versailles este aviso, y fue recibido allí y en París con el mayor entusiasmo en el primer momento.

Esta palabra apareció en la primera edición del Diccionario de la Academia, aunque definida apenas como «nombre cuyas letras deben combinarse para hacer un anagrama», pero en la edición de 1822, ya se admitía también el significado de «tema que se da para un discurso, diseño, cuadro, etc.».

Prohibir

Proviene del latín *prohibere*, formada por el prefijo *pro-* («lejos», en este caso) e *hibere*, del verbo *habere* «tener». Para los latinos, *prohibere* tenía el sentido de «mantener alejado, distante», «desviar», «rechazar», «privar». Para Séneca, *prohibitorum* significaba «las cosas que están prohibidas», «lo que no es lícito», «el mal». En los *Comentarios de la guerra de las Galias*, Julio Cesar utilizó la expresión *itinere exercitum prohibere* «impedir el paso del ejército».

Proletario

Cuando Karl Marx presentó al mundo en 1848 su *Manifiesto comunista*, con el conocido llamamiento «Proletarios del mundo, uníos», la palabra *proletario* ya contaba con más de dos mil años de vida. En la Roma imperial, los *proletarii* eran los ciudadanos de la clase más baja, que no tenían propiedades y cuya única utilidad para el Estado era generar *proles* «hijos» para engrosar los ejércitos del Imperio.

Los marxistas retomaron el término para designar a los obreros de la sociedad capitalista del siglo XIX, quienes no tenían, tal como los proletarios romanos, nada que ofrecer a la sociedad, excepto su fuerza de trabajo y su prole para reproducir las relaciones capitalistas de producción.

Propaganda

Esta palabra latina es el gerundio del verbo *propagare* «multiplicar», «difundir», «diseminar», derivada del indoeuropeo *pag-* «afirmar».

Primero se usaba en el lenguaje agrícola para referirse a las semillas y a los cultivos, pero más tarde se aplicó en el lenguaje bélico, para referirse a la conquista de nuevos territorios. El significado más común en la actualidad,

vinculado a la propagación de ideas, surgió en 1622 cuando el papa Clemente VIII creó la Congregación para la Propagación de la Fe, buscando difundir los preceptos de la fe católica, amenazados por el crecimiento del protestantismo.

La palabra adquirió uso más general en las lenguas europeas, vinculada habitualmente a la política, entre los siglos XVIII y XIX, con el sentido de «divulgación». La propaganda ha sido usada por la humanidad desde las primeras sociedades organizadas, a veces mediante el arte de grandes pintores, oradores y escritores, o en forma de carteles manuscritos pegados en las paredes (v. estilo y pasquín).

A partir de la invención de la imprenta de tipos móviles (1454) por Gutenberg, la propaganda alcanzó una nueva dimensión, primero con los libros y luego con la prensa, y sus posibilidades se multiplicaron en el siglo XX, con el surgimiento de los medios electrónicos masivos y de la Internet, y mediante la ayuda de la psicología social, que permite estudiar —y en buena medida, manejar— los deseos y tendencias de las grandes masas.

Propinar, empinar

El verbo griego *pinó* significaba «beber». Con el agregado del prefijo *pro-*, se formaba *propinó*, que expresaba la idea de extender amistosamente el brazo (y el vaso) hacia otra persona para ofrecerle bebida.

Este verbo griego pasó al latín como *propinare*, con el mismo significado, pero en el bajo latín de la Edad Media, de ese verbo grecolatino se derivó el sustantivo *propina*, que inicialmente tenía el sentido de «regalo» o «dádiva» y, más adelante, denotaría «pequeña gratificación por encima de lo convenido para el pago de un servicio».

Propóleos

Los griegos llamaban *própolis* a las puertas de una ciudad, voz formada por el prefijo *pro-* y *polis* «ciudad». Más tarde, Plinio empleó esta palabra en latín para darle nombre a la cera —extraída de las yemas de los árboles— con la que las abejas recubren la entrada de sus colmenas a fin de protegerlas contra hongos y bacterias.

Las propiedades antibióticas y fungicidas de esta sustancia, que en nuestra lengua se llama *propóleo*, eran conocidas desde la más remota Antigüedad por los sacerdotes egipcios, por los médicos griegos y romanos, y también por algunas culturas sudamericanas.

Ciertamente, *propóleo* está vinculada a través de *polis* con muchas otras palabras de nuestra lengua, tales como *político* «relativo a la ciudad», *metrópolis* «ciudad madre» y *policlínica* «establecimiento de salud pública para la atención de una ciudad».

Cabe añadir que *polis* proviene del sánscrito *pur* «ciudad fortificada», que se encuentra en el nombre de Singapur «ciudad de los leones».

Prosodia

Parte de la gramática que enseña la correcta pronunciación y acentuación de las palabras.

Aunque pueda parecerlo, *prosodia* no guarda ninguna relación etimológica con *prosa*. Proviene del latín *prosodia* y ésta, del griego *prosoidía*, que significaba «canto con acompañamiento instrumental». Esta voz se había formado con *prós* «agregado» y *oidé* «canto».

De *oidé* salieron no sólo *oda*, sino también otras palabras:

Rapsodia, de *rapsodés*, formada por *raptein* «zurcir», «unir» y *oidé*;

Parodia, de *parodía* «imitación burlesca de una obra literaria»;

Tragedia (v. tragedia) de *tragos* «macho cabrío» y *oidé*.

Prosopopeya

Esta palabra fue tomada del griego *prosopopoiía*, compuesto por *prósopon* «persona», «aspecto de una persona», «personaje» y *poieín* «hacer». Los griegos llamaron así a las máscaras que se usaban en el teatro para componer los distintos personajes, que los latinos llamarían más tarde *persona*.

La prosopopeya es una figura retórica que consiste en atribuir a las cosas inanimadas o abstractas acciones y cualidades propias de seres animados, o a los seres irracionales las que son propias del hombre. En la narrativa, puede ser la personificación de esas cosas.

El Arcipreste de Hita, en su *Libro del buen amor* (1330) presenta una prosopopeya del Carnaval, de la Cuaresma y del jueves lerdo (anterior al Carnaval), que aparecen como personajes. Veamos la intervención de la Cuaresma:

De mí, santa Quaresma, sierva del Salvador, enbiada de Dios a todo pecador, a todos los arçiprestes e clérigos sin amor, salud en Jesú Cristo fasta la Pasqua Mayor.

El Diccionario de la Academia recoge también una segunda acepción, de uso coloquial, como «afectación de gravedad y pompa», como ocurre en este texto del cronista español del siglo XIX Ramón de Mesonero Romanos:

Pero todo esto con cierta solemnidad y prosopopeya, entonando al compás del oscilatorio pebetero cánticos de hosanna, estrambotes y aun estrambóticos de... «Ecce homo».

Prostituta

Etimológicamente, esta palabra designa a una mujer que se expone públicamente a posibles compradores. El verbo latino *prostituere* significó inicialmente «poner a la vista», «exponer algo». Uno de los primeros en dar un giro hacia el significado actual fue Suetonio, quien hablaba de *prostituere in libidinem populi*, con el sentido que damos hoy a prostituirse.

La palabra se formó a partir del prefijo *pro-* «delante» y el verbo *statuo* «poner», «colocar», «situar».

Proteína

Cuando el químico holandés Gerardus Johannis Mulder (1802-1880) descubrió en 1838 que ciertas sustancias derivadas de los aminoácidos constituían la materia básica del organismo de plantas y animales, las llamó *proteínas*, término ideado por el químico sueco Berzelius (1779-1848), quien lo tomó del griego *proteios* «primario», «primigenio», «primero», derivado de *protos* «primero», con origen en el indoeuropeo *per-* «hacia», «a través». *Protos* está en el nombre de numerosas palabras de nuestra lengua, tales como *protagonista*, *protoplasma*, *protón*, etcétera.

El adjetivo que corresponde a proteína es *proteínico*, que no debe ser reemplazado por *proteico*, que significa «cambiante», en recuerdo del dios marino Proteo, a quien los griegos atribuían el poder de cambiar de forma.

Protocolo

En la antigua Grecia, un libro estaba compuesto por hojas de papiro (v. papiro) pegadas unas con otras para formar un rollo. La primera hoja de ese largo rollo, en la que constaban, como hoy, los datos fundamentales del libro, se llamaba en griego *protokollon*, palabra formada por *proto-* «primero», «inicial» y *kollon*, forma verbal de *kollema* «pegado uno con otro», derivado de *kolla* «cola». O sea que, inicialmente, *protokollon* significó «la hoja pegada en primer lugar» y así

pasó al latín *protocollum*.

En español, *protocolo* aparece desde 1611 con el sentido de «actas de una conferencia» o «normas de ceremonial» «pasos a dar en orden riguroso para obtener un fin determinado». Este último sentido, que también existe en el inglés *protocol*, fue adoptado en la moderna informática para designar el orden de las tareas de una computadora que, por ser realizados sin intervención humana, deben ser planificados con precisión rigurosa (protocolo de Internet, protocolo de correo electrónico).

Proxeneta

Esta palabra se usa hoy exclusivamente para denominar al sujeto que explota la prostitución de una mujer. Sin embargo, en el diccionario de Nebrija, la palabra se define como un mero intermediario comercial: «corredor de mercadería».

Proviene del latín, lengua en la cual tenía el mismo significado que le atribuye Nebrija, de «intermediario o corredor», derivada del griego *proxenos*, una especie de cónsul informal o de protector, que ayudaba a sus compatriotas en una ciudad extranjera.

Sin embargo, en el diccionario de Terreros, el proxeneta era «una especie de intermediario para ventas, compras y casamientos».

El significado actual de proxeneta sólo lo hemos hallado en español en el siglo XX, como en este texto del escritor paraguayo Mario Halley Mora:

No admitía para nada que su relación con la mujer era nítidamente sexual y malvada. Amante y proxeneta, pinta de cuerpo entero al sujeto vividor y tenebroso que para mi bien de escritora y mi mal de mujer, se había introducido en mi vida.

Psicología

El nombre de esta disciplina fue creado en el siglo XVI por el humanista alemán Philipp Melanchthon (1497-1560), tomando el radical griego *psykho-* «alma», proveniente de *psykhé* «soplo de vida», «aliento», y el sufijo *-logía* «ciencia», «disciplina», «tratado», formado a partir de *logos* «palabra».

Melanchthon se refería a un cierto «estudio del alma», pero el sentido actual de este vocablo como «estudio del funcionamiento de la mente humana» o, para algunas escuelas, «del comportamiento humano», aparece a partir del siglo XVIII, aunque los pensadores de esa época opusieron al comienzo una enconada resistencia a la aceptación de la psicología como ciencia.

La psicología comenzó a ser aceptada en el ámbito científico en forma más amplia a partir del segundo cuarto del siglo XIX, con el desarrollo del conductismo, principalmente en los Estados Unidos, y con los trabajos médicos sobre la histeria que se llevaron a cabo en Europa y que desembocaron en el surgimiento del psicoanálisis.

Fueron los médicos franceses del hospital de la Salpêtrière quienes crearon en 1842 el término *psychiatrie*, del cual se derivaron el inglés *psychiatry*, el alemán *Psychiatrie*, el italiano *psichiatria* y el español *psiquiatría*, para denominar la parte de la medicina que trata de las enfermedades mentales. La palabra se formó mediante la ya mencionada *psykhé* unida a *iatría* «tratamiento», derivada de *iatrós* «médico».

Pterodáctilo

Los pterodáctilos, también llamados pterosaurios, eran animales prehistóricos que existieron desde hace unos doscientos cuarenta y cinco millones de años hasta hace unos sesenta y cinco millones. Eran reptiles voladores, carnívoros, de los cuales se han hallado restos fósiles en todo el planeta, algunos hasta de doce metros de envergadura. Las alas eran membranas de piel, que se extendían desde las rodillas hasta los brazos, donde se sujetaban al cuarto dedo de cada mano.

De ahí su nombre, formado con la palabra griega *pteron* «ala» y *daktylos* «dedo». *Pteron*, que proviene de la base indoeuropea *pet-*, también aparece en castellano en palabras como *áptero* «sin alas», *díptero* «con dos alas», *helicóptero* «alas en hélice».

Puerto Rico

Cristóbal Colón llegó a la isla de Borinquén el 19 de noviembre de 1493 y la llamó San Juan Bautista. A partir de 1521, la actual capital de la isla fue denominada Puerto Rico, por la excelencia de su puerto y por los metales preciosos que se creía que allí existían. Más tarde, el nombre escogido por Colón fue parcialmente recuperado al nombrar San Juan de Puerto Rico a la ciudad.

Finalmente, el topónimo se dividió en dos partes: San Juan quedó para la ciudad y Puerto Rico para la isla, que en 1898 fue anexada por Estados Unidos.

El gentilicio de los isleños es *puertorriqueño*, aunque el Diccionario de la Real Academia Española admite también *portorriqueño*, pero, en recuerdo del nombre precolombino de Puerto Rico, se usan también *boricua*, *borincano* y *borinqueño*.

Pulcro

En el español de hoy, este adjetivo tiene dos acepciones bastante cercanas entre sí: «aseado, esmerado, bien parecido» y también «delicado o esmerado en la conducta y el habla».

En latín, se usaba *pulcher, -chrum* «bonito», «precioso» con respecto a cosas y «honesto», «glorioso», «noble» o «ilustre» y «valiente» o «temerario», y también «feliz», aplicado a personas. Horacio decía *pulcherrimus panis* para referirse a un «pan muy blanco», y Virgilio usaba *pulcherrima praemia* con el sentido de «magnífica recompensa». Cicerón por su parte, acuñó la expresión *pulchrum se putare* «considerarse feliz».

El superlativo castellano de *pulcro* sigue al latín y adopta la forma irregular *pulquérrimo*.

Punto

Proviene del latín *punctum* «un punto en el tiempo o en el espacio», neutro de *punctus*, participio pasivo de *pungere* «pinchar», «picar», «aguijonear».

De *pungere* se derivaron en la lengua culta *punción*, con el sentido de «introducir una aguja en un órgano», y *puntada*, que significa «dolor agudo». El mismo verbo más el prefijo *con-* dio lugar a *compungere* «atravesar de lado a lado», que llegó al español como *compungir*, palabra usada para referirse al dolor de la culpa o a la compasión por el dolor ajeno.

Las derivaciones de *punctum* son casi inagotables: *puntería*, *puntilloso*, *contrapunto*, *pespunte*, *punzón*, *puntual*, etcétera.

Pupila

Abertura circular de color oscuro en el centro del iris del ojo, que permite el paso de la luz que va a impresionar la retina. Niña del ojo.

La pupila es nuestra ventana al mundo, nuestro principal contacto con la vida y con los demás seres; tal vez sea ésa la razón por la cual tendemos a identificarla con figuras humanas, como ocurre en español cuando hablamos de la *niña del ojo*, o tal vez se deba a que estamos acostumbrados a ver nuestra imagen reflejada en las pupilas de las personas cercanas. Lo cierto es que en hebreo la pupila se llama *eshon ayin* «hombrecillo del ojo», pero sin ir tan lejos, en inglés *pupil* significa tanto «alumno» como «pupila» y tiene el mismo origen que *puppet* «muñeca». Este parentesco se repite en portugués, idioma en el cual la *pupila* se llama también *menina do olho*.

La palabra proviene del latín *pupila*, diminutivo de *pupa*, que en esa lengua

significa tanto «muñeca» como «niña». Esta curiosa metáfora se repite también en griego clásico, lengua en la cual *kore* significaba al mismo tiempo «muñeca, niña, pupila». Fernando Navarro, en su libro *Parentescos insólitos del lenguaje*, nos recuerda que la voz griega llegó hasta nosotros en palabras del lenguaje médico, como *coreoplastia* «cirugía plástica de la pupila» o *isocoria* «igualdad de tamaño de ambas pupilas».

Q

Quark

El concepto de quark fue expuesto por separado por los físicos estadounidenses Murray Gell-Man y George Zweig en 1963. Lo definieron como cada uno de los seis elementos básicos de los cuales se componen las partículas elementales llamadas *hadrones*, entre las cuales se cuentan los neutrones y los protones.

Los seis elementos básicos o tipos de quark se denominan *up*, *down*, *strange*, *charm*, *bottom* y *top*. La existencia de estas partículas fue confirmada treinta años después de elaborado el concepto, en 1994, cuando los investigadores del Fermi National Accelerator Laboratory (Fermilab), en Estados Unidos, anunciaron al mundo científico que habían encontrado experimentalmente pruebas de la existencia del quark *top*, el único que no había sido hallado hasta entonces.

Los descubridores del quark bautizaron su hallazgo con una palabra extraída de la novela de James Joyce *Finnegan's wake* (*El despertar de Finnegan*), más precisamente de la frase «Three quarks for Muster Mark». En esta frase, Joyce toma el verbo inglés *quark* «graznar», «croar» para crear un sustantivo de significado parecido a graznido, bastante diferente del sentido que le dieron los físicos norteamericanos.

Querubín

Los querubines son los integrantes del segundo coro celestial; «espíritus celestes caracterizados por la plenitud de la ciencia con que ven y contemplan la belleza divina», según la definición del DRAE.

La palabra proviene del latín bíblico *cherubim* o *cherubin*, que se derivó, a su vez, del hebreo *kerub*, del mismo significado, cuyo plural en esa lengua es *kerubim*. Algo semejante ocurre con *serafín*, sustantivo singular derivado del latín *seraphim*, que procede del hebreo *serafim*, plural de *seraf*.

Cuando el vocablo *talibán* saltó a las páginas de los diarios, muchos lo usaban solamente en singular (los talibán), alegando que no se podría decir *los talibanes*, puesto que la palabra original árabe ya era un plural. En esa ocasión, el académico Valentín García Yebra recordó que se trataba del mismo caso de *serafín* y *querubín*, cuyos plurales se forman de acuerdo con las reglas de la

gramática castellana y no de la hebrea.

Quetzal

El quetzal es la moneda de Guatemala desde 1927, cotizada en 2005 a 7,61 por dólar. Pero también es el ave nacional de Guatemala, que figura en el escudo de ese país centroamericano, cuyo hábitat abarca desde los bosques de México y Centroamérica hasta el altiplano boliviano. Su porte majestuoso y el brillante colorido de sus plumas lo erigieron en la época precolombina en el pájaro sagrado de las culturas azteca y tolteca. Su nombre se originó en el náhuatl *quetzalli* «pluma verde».

Quijote

La palabra *quijote* se usaba en España por lo menos dos siglos antes de que naciera Cervantes, bajo la forma *quixote*, la misma empleada en la obra de Cervantes. En efecto, la palabra ya aparece registrada en 1335 como nombre de una «pieza del arnés destinada a cubrir el muslo». La voz parece provenir del antiguo *cuxot* y éste, del catalán *cuixot*, con el mismo significado, derivado de *cuixa* «muslo», que se formó a partir del latín *coxa* «muslo» y sufrió el influjo de *quijada*.

Era un elemento de protección en la lucha, como se desprende de este texto de Gonzalo Fernández de Oviedo (1535):

E el don Alonso diole tal encuentro que pasó al francés la coraça e le metió la lança por el cuerpo, e antes que llegase a su escuadrón cayó muerto del cauallo. Auiendo encontrado a don Alonso por el muslo e pasádole el quixote e la pierna de parte a parte, e metídole al cauallo por la barriga tanta parte de la lança que quedó con el asta cosido el don Alonso con su cauallo, de tal manera que como boluió e se rrecogió con los nuestros fue nesçessario para le apear del cauallo aserrar la lança presto, e así se hizo.

El quijote era una prenda propia de caballeros andantes, por lo que Cervantes recurrió a ella cuando tuvo que dar un nombre de guerra a su héroe Alonso Quijano.

Quimera

La quimera era un animal fabuloso, mezcla de cabra y de león. A veces se la describe con dos cabezas, una de cabra y otra de león. Como depredaba las tierras de Amisodores, rey de Caria, se le ordenó a Belerofonte que la matase,

tarea que éste cumplió con ayuda del caballo alado Pegaso.

El Diccionario de la Real Academia define este vocablo como «aquello que se propone a la imaginación como posible o verdadero, no siéndolo». La palabra aparece registrada en nuestra lengua por primera vez en 1343 como *cimera*, tomada del latín *chimaera* «quimera», «animal fabuloso» y éste, del griego *khimaira*, con el mismo significado. La forma actual, *quimera*, data de 1438 y Corominas la señala como cultismo.

Química

La ciencia que estudia las sustancias puede ser abstrusa o hasta inaccesible para muchos, pero no oculta más misterios que los debidos a nuestra ignorancia; nada que no se resuelva con algunos libros y tal vez un poco de laboratorio. Sin embargo, en sus orígenes, cuando todavía se llamaba *alquimia*, era una actividad mágica y misteriosa, propia de iniciados, cuyas raíces se remontaban a los estudios de Platón, retomados por los árabes hacia el siglo VIII de nuestra era.

Mientras Europa permanecía sumida en la noche medieval, los árabes experimentaban el tratamiento de los metales en busca de la piedra filosofal, que les daría la clave del arte de combinar y descomponer sustancias para elaborar oro. El primer alquimista europeo fue el inglés Roger Bacon (1220-1292), que fue perseguido por la Iglesia católica y tuvo que exiliarse en París.

Para su suerte, su protector y amigo, el cardenal Guy le Gros Foulques, llegó en 1265 al trono de Roma con el nombre de Clemente IV y le pidió un informe sobre sus experiencias en una carta secreta. El filósofo inglés dedicó dos años al informe, del que resultó su llamado *Opus Majus (Obra mayor)*. Tanto él como Paracelso (1490-1541), los mayores alquimistas del Renacimiento, son considerados hoy como los precursores de la ciencia experimental.

Alquimia y *química* se derivan de la voz árabe *kimiyá*, que significa «piedra filosofal». Se ha sugerido que *kimiyá*, a su vez, proviene de *kimi*, que significa «negro», palabra árabe con la que se designaba a Egipto, para señalar su aura de disciplina oculta o misteriosa.

Quinina

Corría el año 1633 y la esposa del virrey del Perú, Ana de Osorio, condesa de Chinchón, padecía una fiebre tropical contra la cual los médicos españoles del virreinato confesaban que no podían hacer nada. El virrey, muy enamorado de su esposa y desesperado ante la amenaza de perderla, llamó a un curandero indígena que le aplicó quinina. Aunque el virrey no esperaba ningún milagro, la mujer mejoró de inmediato, la fiebre cedió en pocas horas, y Ana ya estaba

curada al día siguiente. El portento había sido obra de esta medicina que los europeos desconocían debido a su desprecio por lo que juzgaban supersticiones de los indios.

El virrey ordenó a su médico que llevara a Europa la planta de la que se extraía el maravilloso remedio, una sustancia blanca, amorfa, sin olor, muy amarga y poco soluble, que se emplea en forma de sales para combatir, principalmente, la elevada fiebre causada por varias formas de malaria (v. malaria). En el Viejo Continente, la llamaron *chinchona* en homenaje a la condesa, que no había tenido otro mérito que curarse.

Un siglo más tarde, el botánico Carl von Linné, por error la bautizó *Cinchona*, nombre científico que lleva hasta hoy. Aunque algunos autores sugirieron que es de origen quechua, parece más probable que la designación española *chinchona* haya vuelto a América, donde dio lugar entre los incas a *quinaquina* y *quinaquina*, de donde más tarde se formó el vocablo español *quinina*.

Quinqué

Es una lámpara de mesa alimentada con queroseno y provista de un tubo de cristal que resguarda la llama. Esta arde en una mecha cilíndrica rodeada por un tubo de vidrio que regula el paso del aire y permite que brille con mayor intensidad.

Fue inventada en el año 1800 por el químico suizo Aimé Argand, quien descubrió el principio del quinqué: el tubo de vidrio mejora el tiro de la lámpara y hace que la llama arda con más brillo y no produzca humo. Sin embargo, tomó el nombre del farmacéutico francés Antoine Quinquet, quien perfeccionó la idea y fue el primero que lo fabricó con fines comerciales.

Quiosco

En los jardines turcos, algunos años después de la toma de Constantinopla (1453), era común la instalación de glorietas o de pequeñas casitas de recreo, llamadas *kyösk* o *kusk*, un nombre tomado del persa.

El rey Estanislao de Polonia adoptó estos pabellones de jardín en el siglo XIX, y pronto se extendieron por Europa. En Italia, esta construcción se conoció como *chiosco*, en Inglaterra, como *kiosk* y en Francia, como *quiosque*, palabra que fue recogida en nuestra lengua y traducida como *quiosco* o *kiosco*. *Kiosk* aparece en inglés ya desde 1625 y *quiosque*, en francés desde 1654, pero sólo fue registrada en el Diccionario de la Academia en 1884.

Quizá

Quizá o *quizás* aparece bajo la primera forma en el siglo XIII, pero ya figuraba en el *Cantar de Mio Cid* como *quiçab*:

Moros e christianos de mi han grant pauor.

Ala dentro en Marruecos, o las mezquitas son,

Que abran de mi salto quiçab alguna noch:

Ellos lo temen, ca non lo piensso yo.

Es una alteración de la antigua expresión familiar *qui sabe* «quién sabe», con origen en el latín *qui sapit*.

Quizás es posterior: aparece sólo a comienzos del siglo XVI, aunque Corominas señala que los clásicos consideraban vulgar esta forma usada en este texto de 1508 de Lucas Fernández:

Si tú pides la alcauala, quizás que la partiremos.

El etimólogo catalán señala un fenómeno curioso, verificado en la segunda mitad del siglo XX en Cuba y en el Río de la Plata, que consiste en una regresión al antiguo «quién sabe», junto con una tendencia a abandonar quizá(s): *Quién sabe iremos o quién sabe no lo vea*.

Quórum

Hoy llamamos quórum al número mínimo de miembros necesario para que sean válidas las decisiones que adopte un cuerpo deliberante o legislativo. La exigencia de quórum es una forma de evitar que una decisión pueda ser adoptada por un número pequeño de participantes.

En los cuerpos colegiados de la antigua Roma, cada nuevo integrante era recibido mediante la fórmula *quorum vos unum esse volemus* «de los cuales queremos tú seas uno». Esta fórmula se aplicó también en un antiguo tribunal británico, cuyos miembros actuaban en forma solidaria, que se denominaba *Justices of the Quorum*. En los Parlamentos modernos, una de las técnicas de obstrucción llevadas a cabo por los sectores de oposición consiste en no presentarse en las reuniones, de manera de lograr que el cuerpo no tenga quórum para sesionar o para votar.

R

Radár

El radar es un sistema electrónico que permite detectar objetos que están fuera del alcance de la vista y determinar la distancia a que se encuentran, proyectando sobre ellos ondas de radio. Uno de los primeros experimentos de detección realizados sobre esta base fue llevado a cabo por el italiano Guglielmo Marconi en 1922.

Las fuerzas aliadas usaron el radar por primera vez a gran escala en la Segunda Guerra Mundial. Hoy es empleado para fines pacíficos en navegación, control de tráfico aéreo y meteorología.

La palabra *radar* es la sigla en inglés de *radio detection and ranging* (descubrimiento y ubicación por medio de ondas de radio).

Radical

Palabra formada a partir del latín *radix, radicem* «raíz», se refiere a aquello que pertenece a la raíz, que tiende a ella, en sentido directo o figurado. *Una cirugía radical* es aquella que arranca el mal *de raíz*, a veces extirpando un órgano entero.

En política, se refiere a aquellos partidos o tendencias que tienden a reformar los propios fundamentos institucionales de un país, aunque en la práctica esto no suele pasar de una promesa.

En gramática, alude a los fonemas que constituyen el *radical* de una palabra, es decir, una parte de ella que es compartida con otras palabras.

En matemática, se emplea para designar el signo de extraer raíces: $\sqrt{\quad}$ y también el número que expresa el grado de una raíz.

Raglán

Lord Fitzroy James Henry Somerset (1768-1865) fue nombrado primer barón de Raglan en 1852, poco antes de la guerra de Crimea. En esa contienda, que se desarrolló entre 1853 y 1856, Somerset lideró las tropas británicas en la victoria que obtuvieron en la batalla de Alma. Sin embargo, menos de un mes más tarde, se le atribuyó la culpa por la derrota de la Brigada de Caballería Ligera.

Lord Raglan solía usar una casaca cuyas mangas no se cortaban en el hombro como es habitual, sino que llegaban hasta el cuello en su parte superior. Este tipo de manga se hizo popular en Londres hacia 1855 y desde entonces se la llama manga *ranglan* o *raglán*. La forma tildada, más usada en España, es la única que ha sido incluida en el Diccionario de la Academia.

Raíz

Los pueblos primitivos indoeuropeos usaban la raíz *wrad-* para formar palabras que hacían referencia a los matorrales y a sus ramas y raíces. Ese vocablo prehistórico dio lugar a las voces latinas *ramus* y *radix*, a partir de las cuales se formaron las castellanas *rama* y *raíz*.

En virtud del contacto tan estrecho que la agricultura generaba entre los pueblos más antiguos, estas palabras originaron una amplia familia de derivadas, con muchos significados en sentido figurado.

Así, *raíz* adquirió el sentido adicional de «causa, origen» y decimos frases como *la pobreza de los hablantes está en la raíz de los problemas del idioma*. Y se han formado voces como *arraigado*, *desarraigado*, *enraizado*, *radical* (v. radical), *radicado*, entre muchas otras.

Ramus siguió un camino parecido, y *rama* dio lugar a *enramada*, *ramalazo*, *ramificación* y *ramera*, también entre muchas otras.

Existen otras palabras *rama*, de diferente origen. Una de ellas es empleada para designar el «cerco de hierro cuadrangular con que se ciñe el molde que se ha de imprimir, apretándolo con varias cuñas o tornillos» (DRAE) y proviene del alemán *Rahmen*, del mismo significado. Asimismo existe la locución adverbial *en rama*, que se aplica a los productos que todavía no han sido sometidos a su último proceso industrial y también al libro que ha salido de la imprenta, pero que aún no ha sido encuadernado.

La palabra *ramera*, sinónimo de prostituta, también se origina en *rama*.

Ram, rom

Se trata de dos palabras que nacieron junto con las computadoras para designar dos tipos básicos de memoria. Las computadoras necesitan almacenar en forma permanente ciertos datos que les permitan iniciar su funcionamiento hasta hallar el sistema operativo que administra sus tareas. Con este fin, están dotadas de una memoria que contiene todas las instrucciones iniciales y que, por la finalidad a que está destinada, es fija y funciona sólo para lectura, razón por la cual es llamada en inglés *read-only memory* (memoria sólo para lectura), que se representa con la sigla *rom*.

Otro de los tipos básicos de memoria es la de acceso aleatorio, así llamada porque los datos pueden almacenarse en cualquiera de sus posiciones, sin ningún orden predeterminado. Debido a esa característica, se llama *random access memory* (memoria de acceso aleatorio) o *ram*.

Rambla

En su sentido primigenio, esta palabra designa el lecho natural de las aguas de lluvia cuando caen en forma abundante. En la Argentina y en el Uruguay, se usa para denotar las avenidas que bordean la costa del Río de la Plata o del océano Atlántico, mientras que en Cataluña y Valencia se usa para denominar avenidas amplias y arborizadas, que en otros lugares se llaman *bulevares* (v. *bulevar*).

Rambla proviene del árabe hispánico *ramla* y éste, del árabe clásico *ramlah*, que en esa lengua significa «arenal».

Ramera

Hacia fines de la Edad Media, era costumbre en España colgar un ramo en la puerta de las tabernas para indicar que no se trataba de viviendas particulares y llamar de esta manera la atención de los clientes (v. *cliente*).

Las prostitutas (v. *prostituta*), así como hoy ocultan sus negocios haciéndolos pasar por casas de masajes, en aquella época los disimulaban colgando en su puertas un ramo, como si se tratara de tabernas.

Por esa razón, las comadres empezaron a llamarlas *rameras*, una palabra que les sonaba más púdica que prostituta. Este vocablo aparece registrado por primera vez en español a finales del siglo xv, como, por ejemplo, en *La Celestina* (1499), de Fernando de Rojas:

Esta mujer es marcada ramera, según tú me dijiste, cuanto con ella te pasó has de creer que no carece de engaño. Sus ofrecimientos fueron falsos y no sé yo a qué fin.

Raqueta

Los árabes solían practicar un juego de pelota, semejante a la pelota vasca, en el cual el balón se golpeaba con la palma de la mano, *rahat*, en árabe. Este juego llegó a Italia, donde se llamó *rascetta*. Hacia 1314, los franceses lo denominaron *rachette* y hacia el siglo xvi, *raquette*, que llegó al castellano a comienzos del siglo xvii con su nombre actual: *raqueta*.

Rancho

Proviene del término soldadesco del siglo XVI *rancharse* o *ranchearse*, derivado del francés *se ranger* con el sentido de «arreglarse» o «instalarse en un lugar». La palabra fue aplicada en América por los colonizadores a las viviendas de los indios y, posteriormente, a todo tipo de vivienda provisoria (Corominas). El vocablo español ya tenía este sentido en el tiempo de Cervantes, que pone estas palabras en boca de uno de los personajes del *Quijote*:

Supé que sabía muy bien arábigo, y no solamente hablarlo, sino escribirlo; pero, antes que del todo me declarase con él, le dije que me leyese aquel papel, que acaso me había hallado en un agujero de mi rancho.

Re-

Este prefijo latino tiene diversas funciones: la de repetir algo que ya se había hecho, la de dar un paso atrás o hacia dentro, la de reforzar el significado y la de invertir el sentido del verbo.

Muchos verbos formados con *re-* ya aparecen en el Diccionario, mientras que otros pueden ser compuestos por el hablante (o por quien escribe).

Recidivar es un vocablo médico que se usa para referirse a un mal que se repite periódicamente (*herpes recidivante*), formado con el prefijo *re-* y el verbo *cadere* «caer».

Recidivante se construye con *re-* y la forma *cadivus* «el que cae» de *cadere*.

Refrigerar sugiere «volver al frío», en el sentido de retornar a un estado anterior, que se supone más frío que el actual.

Rehabilitar es «habilitar de nuevo», volver a tener funciones, condiciones, derechos o habilidades que se tuvieron y que fueron perdidos.

Real

Real era el nombre de la moneda de plata equivalente a la octava parte de un

peso fuerte, creada en 1497 por Fernando de Aragón e Isabel de Castilla como divisa del Reino de España unificado.

Tras el Descubrimiento de América y la expulsión de los moros de Granada, los Reyes Católicos impulsaron una vigorosa expansión del reino español, que se extendió por el norte del África y alcanzó parte de Italia, para convertirse así en el primer gran imperio de los tiempos modernos. El real creció junto con el Reino, y las fabulosas riquezas que muy pronto empezaron a llegar desde México y el Perú fortalecieron considerablemente la moneda española, cuyo nombre fue usado más tarde para designar a la divisa de Omán y de Yemen —ría—, como asimismo a la de Arabia Saudí y de Qatar —riyal— y, en tiempos más recientes, al real brasileño, creado en 1994.

Etimológicamente, el nombre de la moneda proviene del latín *regalis* «real», «regio», «digno de un rey».

Pocos años después del surgimiento del real, en 1516, en el condado de Joachimstahl, territorio de la actual República Checa, se creó, a imagen y semejanza de la divisa española, el tálero, una moneda que circuló en Europa durante dos siglos y medio antes de llegar a los Estados Unidos, donde sufrió una alteración fonética que llevó a dólar (v. dólar).

Rebuznar

¿Nunca sintió ganas de silenciar para siempre a un chofer impertinente por el estruendo que hacía con su bocina? Cuando le ocurra de nuevo, recuerde que *bocinar* y *rebuznar* tienen la misma etimología, y verá cómo su indignación cede lugar a un sentimiento de pena —que es más saludable— por el infeliz conductor.

En efecto, el verbo que usamos para expresar el estridente sonido emitido por el asno, el rebuzno, proviene del verbo latino *bucinare*, formado a partir de *bucina* o *buccina* «trompeta», «bocina». En la Edad Media se utilizó *bucina* para referirse al cuerno que tocaban los pastores o al instrumento de viento derivado de la trompa. A comienzos del siglo xx, en español se adoptó *bocina* como denominación de la corneta de los automóviles, pero desde los albores de nuestra lengua se llamó *rebuzno* al sonido emitido por el burro.

Rebuznar aparecía ya en el *Diccionario latino-español*, de Nebrija, y *rebuzno* fue recogido en la primera edición del Diccionario de la Academia (1726), que lo definía así:

La voz o sonido bronco y desapacible, que forma el asno, con diferentes altos y baxos: lo que regularmente hace quando quiere comer, o está à vista de la hembra. Se toma festivamente por cantar mal.

Recalcitrante

Hoy llamamos *recalcitrante* a aquel que es terco, obstinado o que reincide en alguna conducta negativa o inconveniente, pero antiguamente se aplicó ese adjetivo a las bestias que coceaban.

En efecto, del latín *calx*, *calcis* «talón» (v. calzado) se formó *calcitrare* «patear» y, mediante aposición del prefijo *re-*, *recalcitrare* «patear hacia atrás», «cocear». En la primera mitad del siglo XVIII, *recalcitrar* significaba «retroceder, volver los pies hacia atrás», como vemos en la primera edición del diccionario de la Academia (*Diccionario de Autoridades*), y sólo en 1780 se agrega la acepción «resistir, no obedecer a quien se debe».

Receta

Los médicos, especialmente los de más edad, suelen encabezar sus prescripciones con un enigmático *Rp*, que pocos legos saben qué significa. Se trata de la abreviatura de la palabra latina *recipe*, imperativo del verbo *recipere* «tomar», «recibir».

Recipe se ha conservado en inglés, pero con el significado de receta... de cocina.

En portugués, *receita* es usado con el sentido de «receta médica» o «prescripción», pero también se aplica a la recaudación del Estado y a la facturación de una empresa. Así, la Oficina de Rentas de Brasil es conocida como *Receita Federal*.

Recién, reciente

Palabra proveniente del latín *recens* «nuevo», «fresco», adjetivo sobre cuyo origen no hay certeza, aunque algunos etimólogos apuntan hacia el vocablo griego *kainós*, que también dio origen al sánscrito *kanina* «joven».

El adverbio *recién* debería usarse solamente ante participios pasivos: *recién llegado*, *recién nacido*, pero en Chile y en el Río de la Plata se lo suele usar como equivalente a «sólo ahora»: *recién salió*, *recién empezó a hacerlo*.

Recluso

El Diccionario de la Academia registra esta palabra como sinónimo de *encarcelado* y, en efecto, *recluso* es un adjetivo formado a partir del participio pasivo del verbo *recluir*, que significa, precisamente, «encarcelar».

Sin embargo, reclusos están también los monjes o monjas en conventos o monasterios, como vemos en este texto de Benito Jerónimo Feijoo en *Teatro crítico universal* (1739):

Exorcizaba como a tales algunas mujeres del Lugar donde era Cura. Averiguóse la fraude, y Barré fue privado del Curato, recluso en un Convento; y las mujeres condenadas a prisión de por vida. Esto es hacer lo que Dios manda.

Recluso proviene del latín tardío *recludere*, formada por el prefijo *re-* «cabalmente», «completamente» y *cludere* «cerrar». (V. llave).

Recluta

Esta palabra, que se deriva del verbo *reclutar*, tiene dos significados: se aplica tanto al acto de reclutar —en esta acepción es equivalente a *reclutamiento*— como al «soldado novato», el que acaba de ser reclutado.

Reclutar proviene del francés *recruter*, del mismo significado, vocablo registrado por primera vez en esa lengua en un texto de Racine, datado en 1691. El verbo francés se construyó a partir de *récroître*, formado por el verbo *croître* «crecer», precedido por el prefijo *re-*. A su vez *croître* se derivó del latín *creocere* «crecer». **La idea básica es aquí que los nuevos soldados —los reclutas— renuevan las fuerzas del ejército. *Recroître* se formó con el prefijo *re-* «de nuevo» y el verbo *croître* «crecer».**

Récord

Esta palabra inglesa entró al castellano con el significado de «plusmarca», o sea, «marca máxima de algún deporte u otra actividad».

Si bien *record* tiene ese significado en inglés, lo cierto es que en esa lengua se le asigna también función verbal, con el significado de «tomar nota» o «guardar registro».

Lo que no mucha gente sabe es que se trata de un vocablo de origen latino, que llegó al inglés a través del francés. En efecto, *record* fue incorporada al inglés a partir del francés antiguo *recorder* «recordar», que proviene, como sabemos, del latín *cor* «corazón» (v. corazón), que también está en el origen de *cordial*, *coraje*, *concordia*, entre otras palabras.

¿Y cuál es el plural en español de *récord*? La Academia Española recomienda *récords* y no «récordes», como correspondería de acuerdo con las reglas habituales de formación del plural.

Regañar

Este verbo castellano proviene del latín *gannio*, *gannire*, usado para denominar el ladrido del perro, pero también el sonido emitido por otros animales y hasta el canto de algunas aves. Cátulo y Juvenal usaron *gannire* con el sentido de «quejarse, lamentarse, gritar» (v. gritar). Estos últimos significados están en el origen de la expresión *a regañadientes*, que se aplica a «aquello que se hace con disgusto o repugnancia».

En el Diccionario de la Academia se menciona *regañar* con el sentido de «reprender o reconvenir», pero también se señala como otro significado el «gruñido de un perro». La primera acepción tiene diversos equivalentes, tanto en España como en América, tales como *reñir*, *reprender*, *rezongar*, *retar* y, en el Perú, *resondrar*. En portugués, el verbo latino dio lugar a *ganido* «gemido del perro».

Regodearse

Con la invasión de los visigodos a la península ibérica, la población hispanorromana se vio sojuzgada, y los conquistadores germánicos asumieron posiciones de poder. En muchos lugares de España, los descendientes de los godos fueron los ciudadanos más ricos y poderosos durante varios siglos. En el *Quijote*, Cervantes utiliza *regodearse* con el sentido de «vivir como un rico, divirtiéndose y sin trabajar», puesto que, en esa época, unos mil años después de las invasiones, *godo* aún significaba «persona rica o poderosa».

Religión

Toda vez que en algún grupo de miembros de una sociedad surge un conjunto organizado de creencias que van más allá del orden natural, hablamos de religión. Otras definiciones incluyen, asimismo, la idea de lo sagrado y de la sumisión a poderes que van mucho más allá del hombre. Cuando se trata de creencias sobrenaturales, pero menos organizadas y sin la noción de sacralidad, hablamos de superstición.

Gonzalo de Berceo, el poeta de temas piadosos, fue el primero que usó en español la palabra *religión*, proveniente del latín *religio*, *-onis*, que significaba «fidelidad al deber, lealtad al deber, escrúpulo, obligación religiosa, culto religioso» y, también, «religión».

Cicerón afirmaba que *religio* provenía del verbo latino *relegere* «releer», «retomar lo que se había abandonado», «reverlo», pero los estudiosos modernos prefieren la etimología propuesta por san Agustín (354-430 d. de C.), que

vincula *religio* al verbo *religare* «apretar», «ajustar», «atar», ya que la palabra latina *religio* significa, en muchos casos, «acción de atarse, de vincularse, de asumir una obligación». El latín *religare* procede del indoeuropeo *leig-*, con idéntico significado, de donde también se han derivado voces como *ligadura*, *liana*, *ligamento*, *obligar*.

La palabra latina dejó sus huellas en varias lenguas europeas modernas: en italiano, *religione*; en alemán, *Religion*; en francés, *réliqion*, y en inglés, *religion*.

Remuneración

Palabra usada desde muy antiguo en nuestra lengua con el sentido de «retribuir» o de «premiar». Aparece en castellano por lo menos desde el siglo XVI, como en este pasaje del *Libro de los siete sabios de Roma* (1530):

[...] muchas veces con vos la mar e nunca me avéis hecho merced alguna, e por ende si en lugar de remuneración yo recabaré con vuestra señoría que me deis vuestro hijo en cinco años, si tuviere ingenio yo le enseñaré quanto yo e mis compañeros [...].

El origen más remoto de este vocablo lo encontramos en la raíz indoeuropea *mei-*, que dio lugar al latín *munus*, *muneris* «cargo», «oficio», «obligación», de donde surgió el verbo *munero*, *-are* «regalar», «gratificar» y de éste, *remunero*, *-are* «remunerar», «pagar» y también, «ser remunerado». *Munus* dio lugar asimismo a otras palabras latinas que pervivieron en castellano y en otras lenguas romances, como *municipius* «municipio», *munificentia* «munificencia» e *inmunis* «inmune» («libre de toda obligación», más tarde, «a salvo de ciertas enfermedades»).

Reno

A pesar de que los renos son los animales que tiran de los trineos —también el de Papá Noel— en el extremo norte de Europa, la palabra que los designa nos llegó desde más cerca, del francés *renne*, tras una larga historia. En efecto, *renne* tampoco era originaria de esa lengua: se registró por primera vez en francés en una traducción de 1552, del alemán antiguo *Reen*, tras haber pasado por el sueco *ren*, que la tomó del islandés *hreindýr*.

En español, este vocablo aparece por primera vez en el diccionario de Terreros:

Animal que sólo se halla en los Países fríos. Fr. Renne, ó rene, ó segun algunos ranne. Lat. Hyppelaphus. Es parecido al ciervo, si bien algo mayor que él, y menor que el Alce. Tiene tres órdenes de cuernos; dos

delante, y uno detras. Los lapones le domestican, y les sirve para llevar arrastrando en sus trineos, ó carretones las cargas sobre la nieve, y hielo con gran velocidad.

En diccionarios anteriores, como el de Nebrija, figuraba como nombre del río Rhin.

Resiliencia

Esta palabra no se encuentra en los diccionarios castellanos, aunque se usa mucho en física y en ciencias sociales. El vocablo nos llegó desde el inglés *resilience* para expresar la capacidad de un material de recuperar su forma original después de haber sido sometido a altas presiones; en esa acepción, equivale a la cantidad de energía que un material es capaz de almacenar cuando la presión lo obliga a reducir su volumen y se expresa en julios por metro cúbico.

El psiquiatra infantil Michael Rutter y el neurólogo, psiquiatra y etólogo francés contemporáneo Boris Cyrulnik, inspirados en el concepto físico, introdujeron el término en psicología para denotar la capacidad de las personas de superar tragedias o acontecimientos fuertemente traumáticos.

Cyrulnik, cuyos padres judíos fueron asesinados por los nazis, estudió la capacidad de recuperación de los sobrevivientes de los campos de concentración y de niños criados en orfanatos.

Resiliencia es una de esas palabras de origen latino que, curiosamente, nos han llegado a través del inglés, en este caso, del vocablo *resilience*, que, a su vez, se derivó del latín *resilio*, *-ire* «saltar hacia atrás», «volver de un salto», compuesto a su vez por el prefijo *re-* y el verbo *salire* «saltar».

Restaurante

En 1765, un pequeño empresario francés de apellido Boulanger abrió en París una casa de comidas. En el frente puso un cartel en latín vulgar en el que se podía leer: *Venis ad me omnes qui stomacho laboratis et ego restaurabo vos* (Venid a mí los que tenéis el estómago vacío que yo os lo restauraré).

En aquella época no había casas de este tipo, sólo existían las tabernas, pero en ellas se servía apenas vino y otras bebidas y, a veces, algún picadillo. El éxito de la casa de Boulanger no fue inmediato, pero cuando ocurrió —veinticuatro años más tarde, tras el estallido de la Revolución francesa—, fue tan resonante que los establecimientos como el suyo, llamados primero *restaurat* y más tarde *restaurant*, se multiplicaron rápidamente por todo París y no demoraron en

aparecer en otras capitales europeas. Uno de los primeros clientes de Boulanger fue el enciclopedista Denis Diderot, quien elogiaba mucho sus platos, aunque admitía que el lugar era «un poco caro».

Antes de la Revolución de 1789, los castillos y mansiones de las familias aristocráticas de Francia mantenían grandes y sofisticados equipos de cocina, pero con el fin del Antiguo Régimen, muchos jefes de cocina y cocineros desempleados abrieron sus propios restaurantes, al punto de que en 1804 había en París más de quinientas casas inspiradas en la idea de Boulanger, lo que permitió que el producto del trabajo de algunos de los jefes de cocina más célebres de la historia fuera saboreado por primera vez por paladares plebeyos.

Retahíla

El Diccionario define esta palabra como «una serie de cosas que están, suceden o se mencionan por su orden». Sin embargo, el uso, verificado en diversos corpus, indica que se utiliza normalmente para «una serie de cosas desagradables o negativas», como vemos en este ejemplo de 1640, tomado de *El siglo pitagórico*, de Antonio Enríquez Gómez:

¿No me dirás qué fama o qué memoria, qué tesoros, qué premios o qué gloria tienes buscando vidas con una retahíla de homicidas? Infame, ¿quién te mete en la vida de Pedro, o qué promete oficio que espíó faltas ajenas, siendo las propias [...].

Retahíla parece haberse formado en el latín medieval peninsular *recta fila*, que era el plural de *rectum filum* «línea recta».

Reticencia

El verbo latino *tacere* significaba «callarse, permanecer en silencio» y dio lugar al verbo francés *taire* «callar(se)». En castellano se derivan de *tacere* palabras como *tácito* y *taciturno*, además de reticencia, a la que se refiere este artículo. Reticencia es una figura retórica que consiste en «dejar incompleta una frase, dando a entender, sin embargo, el sentido de lo que no se dice, y a veces más aún».

La palabra *reticencia* proviene del latín *reticere* «callar alguna cosa», formada mediante *tacere* precedido del prefijo *re-*, que en este caso tiene el sentido de «retraerse hacia dentro». El cambio de *a* a *i* al pasar de *tacere* a *reticere* se llama *apofonía* y ocurre con frecuencia en las raíces latinas.

Retreta

Este vocablo llegó a nuestra lengua procedente del francés *retraite* «retirada», proveniente, a su vez, del latín *retractus*, que era el participio pasivo del verbo *retrahere* «hacer retirar». Este verbo se derivaba del verbo *trahere* «traer».

En la primera edición del Diccionario de la Real Academia (1737), apareció *retreta* con el significado de «toque de retirada de los militares», que suena tanto para abandonar el combate —que huir no es cobardía— como para indicar por la noche a los soldados que se recojan al cuartel.

Más antigua que esta palabra es su pariente *retrete*, que aparece en nuestra lengua en 1438. Según Corominas, también originada en el latín *retractus*, proviene del catalán *retret*, que significó inicialmente en esa lengua española «retraído» y, más tarde, «cuarto pequeño e íntimo».

Revancha

Entre los latinos, el verbo *vindicare* tuvo durante mucho tiempo el sentido de «reivindicar» o «reclamar en juicio». En Tácito, *vindicare sibi prospera* era «atribuirse éxito o prosperidad» y para otros autores clásicos, también «liberar a alguien». Pero fue Séneca quien lo empleó con la denotación de «vengar»: *vindicare se ab aliquo* (vengarse de alguien).

En francés antiguo, *vengarse* se decía *venger* y, más tarde, *vencher*, palabra a partir de la cual, en el siglo XIII, se formó *revancher*, con el mismo significado, y luego el sustantivo *revanche* «venganza», que llegó al castellano hacia mediados del siglo XIX, aunque durante muchos años fue condenado como galicismo. Sin embargo, en inglés, una lengua con menos complejos de pureza, ya era empleada en el siglo XIV bajo la forma *revenge*.

Volvamos a los antiguos romanos: del verbo *vindicare* se formó en latín el sustantivo *vindicta*, que llegó al romance castellano como *venganza* y al italiano como *vendetta*.

Rinoceronte

El rinoceronte es, ciertamente, un animal extraño, tan extraño como su nombre, al punto de que durante un largo tiempo, hacia fines de la Edad Media, muchos europeos pensaban que no existía, que era una invención fantasiosa de los viajeros que visitaban tierras remotas, en las que todo era posible o, al menos, así lo creían.

Sin embargo, los antiguos griegos ya sabían de él y lo habían llamado *rhinoceros*, nombre formado por *rhinos* «nariz» y *keras* «cuerno», en alusión al (o los) cuerno(s) que el rinoceronte tiene encima del hocico, que tal vez haya

sido la inspiración para el mito del unicornio. Se enumeran cinco especies de este animal: de la India, conocido como *Rhinoceros unicornis*; de Java, *Rhinoceros sondaicus*; de Sumatra, *Dicerorhinus sumatrensis*; rinoceronte blanco africano, llamado *Ceratotherium simum*, y africano negro de dos cuernos, clasificado como *Diceros bicornis*.

La existencia del animal se hizo creíble en España hacia comienzos del siglo XVII, cuando se presentó un ejemplar en Madrid, probablemente en un circo, y se lo llamó *bada*, según nos cuenta Covarrubias:

Bada. Animal ferocísimo, dicho por otro nombre más común rinoceronte [...]. Le hemos visto en Madrid vivo por muchos días, juntamente con un elefante.

El lector puede experimentar legítima sorpresa ante el nombre *bada* o *abada*, que recibió antiguamente el rinoceronte, y poco conocido hoy. Proviene del malayo *badaq*, vocablo con el que se designa tanto al rinoceronte de Java como al de Sumatra. La palabra fue llevada a la península ibérica por navegantes portugueses bajo la forma *bada*, que se convirtió en *abada* por fusión con el artículo determinante femenino portugués *a*.

Ripio

Una de las definiciones más simples del cuento como género literario es la del cuentista uruguayo Horacio Quiroga (1878-1937), el autor de *Cuentos de la selva*, quien afirmaba que «un cuento es una novela despojada de ripios». Es claro que en este caso *ripio* tenía el sentido de «relleno», «exceso». Según el Diccionario de la Real Academia, significa:

1. Residuo que queda de algo. || 2. Cascajo o fragmentos de ladrillo [...] desechados o quebrados || 3. Guijarro || 4. Palabra inútil o superflua que se emplea viciosamente con el solo objeto de completar el verso, o de darle la consonancia o asonancia requerida. || 5. En cualquier clase de discursos o escritos, o en la conversación familiar, conjunto de palabras inútiles o con que se expresan cosas vanas o insustanciales.

Quiroga se refería a las acepciones 4 y 5, que constituyen el sentido figurado de *ripio*, palabra proveniente del latino *replum*, derivado del verbo *replere* «llenar». *Replum* dio lugar a la palabra mozárabe *rípel* «cascajo», a partir de la cual se formó también el vocablo portugués *rebo* «guijarro».

Robar

En su *Historia de la lengua española*, el académico Rafael Lapesa (1908-2001) observó que la influencia de los visigodos en las lenguas hispánicas fue relativamente escasa, pues estos invasores germánicos fueron asimilados por la cultura latina en un corto periodo y abandonaron su lengua en poco tiempo.

Sin embargo, son muchas las palabras con que estos pueblos estamparon su impronta en nuestra lengua, sustantivos y nombres propios, principalmente. Así, *Fridenandus*, *Rodericus*, *Gundisalvus* y *Gelovira* no demoraron en españolizarse como Fernando, Rodrigo, Gonzalo y Elvira.

Cabe recordar que el hábito favorito de estos pueblos guerreros era el pillaje a los vencidos, quienes se veían, por lo general, despojados de todos sus bienes. El acto de robar con violencia se expresaba en la lengua de los visigodos con el verbo *raubon*, que en el alemán moderno cambió a *rauben* y en castellano se convirtió en *robar*, tras pasar por el latín vulgar *raubare*. ¿Y qué robaban los visigodos? Pues todo lo que podían, obviamente, pero para la mayoría de los habitantes de la Europa medieval ese *todo* se resumía en algunas ropas y unos pocos enseres domésticos, que eran convertidos en botín o, en germánico, *raupa*, palabra que en español se convirtió en *ropa*.

Roble

El roble, por la fortaleza y robustez de su tronco, ha sido desde tiempos inmemoriales un símbolo de fuerza y resistencia. Los latinos lo llamaban *robur*, *roburis* y empleaban esta palabra, en sentido figurado, también para expresar «robustez» o «fuerza física», una denotación que se mantiene indirectamente en español en expresiones como *fuerte como un roble*.

Al castellano llegó primero como *robre*, hasta que la forma actual se impuso hacia la primera mitad del siglo XIV y dio lugar a una familia de palabras tales como *roble* «bosque de robles», *roblizo* «robusto», pero también otras que poco se vinculan con el nombre del árbol, tales como *corroborar* «fortalecer con un testimonio la veracidad de una afirmación».

Rococó

Estilo que predominó en la arquitectura y en las artes plásticas de Francia durante el reinado de Luis XV.

Palabra originada en la lengua francesa, proveniente de *rocaille*, nombre de la decoración hecha con incrustación de conchas, pedruscos y pequeños pedazos de vidrio colorido, que se usaba en las paredes de grutas y jardines. A su vez, *rocaille* fue, inicialmente, un vocablo familiar, derivado de *roc*, forma antigua de la palabra francesa *roche* «roca», con origen en el latín vulgar *rocca*.

El estilo rococó (también llamado estilo Luis XV) surgió en Francia a comienzos del siglo XVIII, tras el barroco. Se impuso en la corte por influencia de *madame* Pompadour y mantuvo su papel dominante hasta el advenimiento del neoclásico, hacia 1770.

Sin embargo, la palabra que le da nombre apareció en época bastante posterior: sus primeros registros aparecen en Stendhal, en 1829, tras haber surgido en los estudios de los artistas plásticos por la profusa utilización de la *rocaille* en las obras de estilo rococó. En la temática pictórica de esta escuela, predominan los temas galantes de la vida cortesana, la mitología erótica y las escenas pastoriles, aunque también hay asuntos religiosos y templos construidos en ese estilo.

Romance

Se dice de las lenguas modernas derivadas del latín, como el español, el italiano, el francés, el rumano y el portugués, por mencionar sólo lenguas nacionales. También el idioma español, que es una de las lenguas romances, se llamó así en cierta época.

En español se llamó *romance* la novela o libro de caballerías en prosa o en verso, pero *novela* se traduce al portugués como *romance*. Existe, asimismo, una composición métrica de origen español, llamada *romance*, que consiste en repetir al final de todos los versos pares una misma asonancia y en no dar a los versos impares rima alguna.

En su origen, romance era una historia contada en latín, en la lengua de Roma. Cuando el idioma que se hablaba en Francia se tornó claramente diferente del bajo latín —como ocurrió con el español a partir del siglo X—, los franceses llamaron *romanz* a la lengua naciente, para indicar así que se trataba de un idioma que provenía del latín. Esta palabra se formó a partir del latín *romanicus*, que procede, a su vez, del adverbio *romanicé*, derivado del nombre de la Ciudad Eterna, aplicado al habla de sus habitantes y, posteriormente, a las lenguas desarrolladas en las naciones de cultura latina.

Romance aparece ya en el *Cantar de Mio Cid*. A las obras de la narrativa medieval, desde las novelas de caballería, se las llamó también *romance* en varias lenguas derivadas del latín, como el francés (*roman*), el portugués (*romance*). Sin embargo, en nuestra lengua conquistó tempranamente la preferencia para las narraciones literarias la voz *novela*, del italiano *novella* (noticia, novedad), que fue recogida por Nebrija en nuestro primer diccionario.

El origen de *romántico* es similar: palabra formada a partir del francés *romantique*, que significaba «novelesco»; «romántico», derivó de la palabra inglesa *romantic*, que en el curioso juego de idas y vueltas de las lenguas

europas, provenía del francés *romant*, una variante de *roman*.

Por su parte, *romero* —palabra que hoy se usa para designar a los peregrinos que van a un santuario— se formó a partir del latín *romaeus* «romano», que se aplicaba a los peregrinos que iban de Roma a Tierra Santa.

Rosario

Aunque el rosario suele ser identificado como una forma de oración de los católicos, lo cierto es que esa pieza es usada también para las oraciones por los musulmanes, los budistas y los hinduistas, que tienen rosarios de 33, 108 y 112 cuentas, respectivamente.

Sin embargo, su nombre es de indiscutible origen católico: proviene del latín *rosarium*, que significa «jardín de rosas», y se empleó inicialmente como denominación de la corona de rosas que rodea a la Virgen en algunas imágenes antiguas. Con el correr del tiempo, como los fieles también honraban a la Virgen con oraciones, se llamó *rosario* al conjunto de estas preces, que fueron consideradas una *corona de flores espiritual*.

Tal como se lo conoce hoy, el rosario está organizado de acuerdo con una inspiración atribuida a santo Domingo de Guzmán, quien vivió entre los siglos XII y XIII: consta de cinco series de oraciones, cada una de las cuales incluye un padrenuestro, diez avemarías y un gloriapatri.

La palabra española aparece registrada por primera vez en nuestra lengua en la segunda mitad del siglo XVI.

Rotisería

Según el diccionario Clave: «en zonas del español meridional, tienda de alimentos preparados». Sin embargo, este vocablo no sólo se emplea en el sur de España, sino también en América, como nos muestra este texto de *Bazar de cuentos*, de la escritora paraguaya Yula Riquelme de Molinas:

A eso de la una, Pepe, que es un pan de Dios, pasará por la rotisería de la esquina y, ¡listo el pollo! El almuerzo estará resuelto.

La palabra proviene del francés *rôtisserie*, del mismo significado, procedente del verbo *rôtir* «asar» —hasta el siglo XII, *rostir*—, formada a partir del franco *raustjan*, que también está presente en el alemán actual *rösten*.

Rúbrica

Antiguamente, los documentos muy importantes llevaban un acápite escrito con una tinta de color ocre que se fabricaba a partir de la hematita o mineral de hierro.

Años más tarde, también se hizo común adornar la firma de una persona con trazos de ese color, que en latín era llamado *ruber*, *-bra*, *-brum*. Del hábito de añadir esos trazos rojizos para personalizar la firma, se derivaron el verbo *rubricar* y el sustantivo *rúbrica*.

Rueca

Los pueblos germanos desarrollaron la hilandería desde muy antiguo, y fueron ellos quienes llevaron los secretos de este arte a Roma.

La rueca, usada para hilar antes de la Revolución Industrial, era un instrumento movido manualmente por una rueda, que contaba con una varilla en cuyo extremo se colocaba la lana, el cáñamo o el algodón para hilar.

Nada más natural, pues, que la palabra germánica *rukko*, usada para designar la rueca, llegara al latín vulgar con las invasiones bárbaras o, tal vez, un poco antes. Los romanos adoptaron así el nombre *rucca*, que llegó al español hacia 1400 como *rueca*.

Rueda

El nombre es, probablemente, tan antiguo como la propia invención de la rueda, que representó un avance importantísimo en la historia del hombre, aunque, obviamente, no con su grafía actual en español. En efecto, *rueda* proviene de la antigua raíz indoeuropea *ret-*, que dio lugar al latín *rota*, a partir de la cual se formó el vocablo castellano.

La voz latina *rota* originó una vasta familia de palabras, algunas un tanto alejadas de la denotación original, tales como *rotundo*, del latín *rotundo* «redondo»; *arrodillarse*, de *rotella* «rueda pequeña» (de donde salió *rodilla*); y otras como *control* y, probablemente, *esdrújulo*, tratados en entradas específicas.

Rufián

El rufián es un proxeneta, esto es, un delincuente que explota la prostitución. La palabra proviene del italiano *ruffiano*, registrada en esa lengua y también en francés con el mismo significado desde el siglo XIII.

Aunque el origen de *ruffiano* no es conocido, Corominas cree posible que provenga del latín *rufus* «pelirrojo», debido a la costumbre de las prostitutas

romanas de adornarse con pelucas rubias.

Todavía hoy es conocido, o al menos recordado por algunos, el prejuicio que existía antiguamente contra los pelirrojos, derivado de una versión según la cual Judas Iscariote habría tenido cabellos de ese color. En la Edad Media, también se afirmaba en algunas regiones que las mujeres pelirrojas eran brujas, y es posible que alguna de ellas haya muerto en la hoguera por esa razón.

Sin embargo, el etimólogo francés Jean Dubois apunta en una dirección diferente: para él, *ruffiano* provendría de *roffia* «costra», «suciedad del cuerpo», palabra que, a su vez, se deriva del germánico *hruf* «flema».

Ruiseñor

La avecilla canora que llamamos ruiseñor es una de las 304 clases de tordos que se han clasificado en el mundo. Era conocida por los latinos como *luscinius*, cuyo diminutivo era *lusciniulus*. Fue a partir de este diminutivo que se formó en la antigua lengua provenzal (occitana o lengua de Oc, hablada en el sur de Francia) el nombre *rossinhol*, para llegar al cual la *l* fue cambiada por *r*. Al pasar al castellano, la palabra provenzal fue alterada por el pueblo, que interpretó *rossinhol* como si fuera *Ruy señor* (señor Rodrigo).

Rupestre

El arte rupestre es la manifestación artística más antigua que ha llegado hasta nosotros. Artistas primitivos como los que dejaron su obra en Lascaux, en el actual territorio de Francia, imprimieron sus creaciones sobre la roca hace unos quince mil años, mucho antes de que la humanidad conociera la escritura.

Los primeros hallazgos de arte rupestre se produjeron a fines del siglo XIX en la cueva de Altamira, en el norte de España, y no demoraron en aparecer obras similares en Francia. En tiempos más recientes, se han encontrado obras de arte rupestre en Australia, en cavernas de diversas regiones de América y en Sudáfrica.

Estas obras prehistóricas de arte llegaron a nosotros casi intactas, precisamente porque permanecieron ocultas en esas cavernas que se mantuvieron ignoradas durante miles de años.

El nombre de este arte es *rupestre*, del latín *rupes* «roca».

Rutina

El verbo latino *rumpere* dio lugar a un vasto conjunto de palabras de nuestra

lengua, además de *romper*.

Con el prefijo *ex-*, se formó *eruptio*, *-onis*, derivado de *erumpere*, que dio lugar a *erupción*, en el sentido de «salida brusca e impetuosa», pero también a *irrupción*. En efecto, los latinos decían *in provinciam eruptionem facere* «hacer una irrupción en la provincia».

Con el prefijo *inter-*, se formó *interrumpere* «interrumpir», sobre la base de la idea de «cortar al medio».

Otra palabra que proviene del verbo latino es *ruta*, que nos llegó a través del francés *route*. El lector podrá preguntarse cuál puede ser la relación entre *romper* y *ruta*, pero lo cierto es que en el latín vulgar de la Galia se decía *rupta via* «camino roto», con el mismo sentido con que hoy decimos en castellano *romper camino*, es decir, cortar, romper los matorrales para abrir un camino.

Y una vez que el camino está abierto y es recorrido muchas veces se convierte en *rutina*, que se refería, inicialmente, a una «ruta muy frecuentada», pero que hoy ya denota «hábito adquirido, costumbre de hacer las cosas sin necesidad de pensar en ellas».

S

Sabotaje

Es la destrucción deliberada de instalaciones fabriles o de infraestructura estatal, causada como forma de lucha sindical, de lucha política contra el Estado o contra fuerzas de ocupación.

El vocablo se originó en 1910 durante una huelga de obreros ferroviarios franceses, que colocaron sus zuecos de madera (*sabots*) entre las vías para impedir el trabajo de los guardagujas.

Años más tarde, la palabra francesa *sabotage* llegó a los Estados Unidos como denominación del trabajo a desgano adoptado por trabajadores que no podían hacer huelga porque tenían contratos temporarios.

Durante la Segunda Guerra Mundial, los partisanos que luchaban en la resistencia antinazi llamaron *sabotaje* a los atentados que practicaban contra fábricas, instalaciones militares e infraestructura vial, principalmente en la Unión Soviética.

Después de la guerra, el sabotaje fue uno de los métodos usados por insurgentes que enarbolaron banderas separatistas, anticoloniales o de liberación nacional.

Sacrilegio

En la cultura cristiana, el sacrilegio es una de las formas más graves de pecado, puesto que atenta contra lo sagrado. La palabra llegó a nuestra lengua en la primera mitad del siglo XIII, procedente del latín *sacrilegium*, formada a partir de *sacri* «sagrado» y *legere* «robar», «cosechar», «elegir», o sea que el sacrílego es, en primera instancia, un ladrón de objetos sagrados. Pero en el siglo XVIII, Federico el Grande entendió que sacrílego no era el que robaba, sino el que vendía objetos sagrados y pronunció su célebre frase contra los que vendían sangre:

Dícese que es un sacrilegio vender las cosas sagradas; ¿y hay algo más sagrado que la sangre del hombre?

Sadismo

Es el placer sexual basado en el ejercicio de actos de crueldad contra otras personas.

La denominación de esta desviación fue tomada del nombre del escritor francés Donacien Alphonse François de Sade (1740-1814), debido al cruel erotismo de sus novelas *Justine* (1791) y *Juliette* (1798), entre otras.

En su estudio del desarrollo psicosexual humano, Freud acuñó la expresión adjetiva *sadicoanal* para referirse a una de las primeras fases del desarrollo sexual infantil. Debido al parentesco que, por oposición, esta perversión mantiene con el masoquismo (v. masoquismo), los psicoanalistas aplicaron el término *sadomasoquista* para designar el comportamiento de una pareja formada por un miembro sádico y otro masoquista.

Sagrado

El concepto de lo sagrado como algo digno de respeto o de veneración acompaña al hombre desde las épocas más primitivas. Los pueblos prehistóricos indoeuropeos empleaban la raíz *sak-* y su forma sufijada *sak-ro* para nombrar todo aquello que merecía su veneración y era, por tanto, objeto de rituales sagrados. Para denominar a aquellos que llevaban a cabo tales ritos, los indoeuropeos añadieron la raíz *-dhot-* «hacer» y formaron *sak-ro-dhot*, que llegó a nosotros como *sacerdote* pasando por el latín *sacerdos*, *-otis*. Ovidio decía *sacra alteram, patrem* «el padre, otro objeto sagrado».

El hueso sacro, situado en la base de la columna vertebral y en la porción superior de la pelvis, era llamado por los latinos *os sacrum* «hueso sagrado», quizá porque en tiempos anteriores a ellos, y probablemente en otras culturas, fue un hueso ofrecido a los dioses en sacrificios. Este sintagma latino es una traducción del griego *hierón ostéon*, con igual significado, empleado para designar el mismo hueso.

Sainete

La grosura de un animal, principalmente de una res, se llama en español *saín*, palabra derivada del latín *sagina* «acción de cebar o engordar los animales». El equivalente de este vocablo en francés antiguo era *saïn* y en provenzal *saglin*, pero llegó a nosotros a través del bajo latín *saginum*.

El diminutivo de *saín*, *sainete*, era el nombre con que los cazadores llamaban en cierta época a los pequeños pedacitos de grasa que daban a sus halcones cada vez que cobraban una pieza.

Esta palabra fue adoptada luego por el teatro, ambiente en el cual se llamó así a

algunas piezas breves, que eran comparadas de esa forma con bocadillos pequeños y agradables.

El sainete es una pieza corta, generalmente en un acto, sobre un tema humorístico, que antiguamente se representaba a continuación de una obra seria o como final de una función.

Salario

La sal desempeñó un papel muy importante en la economía de las sociedades de la Antigüedad clásica, no sólo por su valor de uso (condimento, fabricación de tintes y jabones y, sobre todo, como conservante de carnes y pescados), sino también como medida de valor y como medio de cambio, al punto de que en algunas sociedades se usó como referencia para la paga de los soldados (en aquellos tiempos, cuando no existía la gran industria actual, era la única remuneración que se pagaba de manera uniforme a un gran número de personas).

En la Roma de los césares, del latín *sal* «sal» se derivó el adjetivo *salarius*, que significaba «de la sal, perteneciente a la sal», y de éste se formó el sustantivo *salarium* «ración de sal», «salario», con el que se designaba el sueldo de los soldados.

La raíz del vocablo latino *sal* está en el indoeuropeo *sal-*, con idéntico significado, de donde también proceden palabras como *salsa*, *salami*, *salino*, *salitre*.

Salomón, islas

Se trata de un archipiélago de 35 islas y numerosos islotes que se extienden por más de 645 000 km² en el Pacífico sur, al este de Nueva Guinea. Entre las islas más conocidas se cuentan Guadalcanal, Malaita y San Cristóbal (actualmente Makira).

Fueron descubiertas en 1569 por el explorador español Álvaro Mendaña de Neyra, quien, debido a un error cartográfico, las situó 3200 km al este de su verdadera ubicación. Ese hecho dificultó las tentativas posteriores de localizar las islas, lo que sólo fue posible 200 años más tarde, cuando llegó a esa región el francés Louis-Antoine de Bougainville (v. buganvilla).

Debido a la gran cantidad de oro que Mendaña había extraído de las islas, se las confundió con el reino bíblico de Ofir, de donde se creía que había llegado el oro del rey Salomón, por lo que fueron bautizadas *islas Salomón*.

Samba

Samba es un nombre genérico de varios bailes brasileños de origen africano, pero, debido a la fama internacional que ha adquirido el Carnaval carioca, se aplica hoy en forma casi exclusiva a ese tipo de música que las *escolas* carnavalescas interpretan en el Sambódromo de Río de Janeiro, creado en 1984 por iniciativa del antropólogo Darcy Ribeiro.

No existe certeza sobre el origen de la palabra *samba*, aunque las dos hipótesis más aceptadas apuntan hacia el continente africano, ambas presentadas por el misionero sueco K. E. Laman en su *Dictionnaire kikongo-francés*. Según una de ellas, el nombre de la música carnavalesca brasileña más famosa puede provenir de la lengua congoleña quioco, en la cual *samba* significa «hacer cabriolas, saltar, divertirse como un cabrito». La otra posibilidad es que provenga de la palabra del idioma kikongo *sèmba*, que se refiere a un baile en el cual un bailarín o una bailarina golpean con su pecho el pecho de otro u otra. Un resabio de esta costumbre subsistía hasta hace algunas décadas en la samba carioca, en la llamada *umbigada* «ombligada», un golpe de los bailarines con pecho y vientre, que se ha ido perdiendo en las *escolas de samba* durante las últimas décadas del siglo pasado.

Sambenito

Colgar el sambenito se usa en español con el sentido de señalar a alguien como culpable de una falta que no cometió, pero pocos conocen el origen de esta expresión.

Hay quien afirma que se habría originado en el *saco bendito*, un abrigo de lana con que se arropaba a las víctimas de la Inquisición que confesaban sus faltas y se declaraban arrepentidas. Según esta tesis, que aparece ya en Covarrubias y es respaldada por la Real Academia, *saco bendito* habría pasado a *san bendito* y luego a *sambenito*.

Venía vestido con una sobrepelliz blanca, que llegaba a las pantorrillas, sobre un jubón sin mangas a manera de sambenito, de cuero colorado (José de Acosta: Historia natural y moral de las Indias, 1570).

Sin embargo, Corominas, apoyándose en documentos del siglo xv, afirma que el sambenito era, en realidad, el escapulario de la orden de los benedictinos, que se colgaba al cuello de los condenados por la Inquisición. De modo que *colgar el sambenito* debe haber significado, en su origen, señalar a un culpable y no culpar a un inocente.

—¡Ah, señor mío! —dijo a esta sazón la sobrina—; advierta vuestra merced que todo eso que dice de los caballeros andantes es fábula y mentira, y sus historias, ya que no las quemasen, merecían que a cada una se le echase un sambenito, o alguna señal en que fuese conocida por infame y por gastadora de las buenas costumbres (Quijote).

San Cristóbal y Nieves

Este país caribeño lleva el nombre de las dos islas principales que lo componen: San Cristóbal, bautizada así en 1493 por Cristóbal Colón en homenaje al legendario mártir cristiano del siglo III, y la de Nieves, así llamada por los españoles debido al pico de las Nieves, de 985 m de altitud, con su cumbre eternamente nevada.

Ambas islas fueron conquistadas por los ingleses en 1623 y 1628, respectivamente. En varias ocasiones fueron tomadas por los franceses, hasta pasar en forma definitiva a manos de Gran Bretaña en 1783 por el Tratado de París. Doscientos años más tarde, en 1983, San Cristóbal y Nieves se convirtió en país independiente dentro de la Mancomunidad Británica y adoptó el nombre en inglés de *St. Kitts and Nevis*. Es inapropiada la designación que se puede ver en algunos almanaques como San Cristóbal y Nevis, puesto que así se españoliza sólo el nombre de una de las islas.

Sandalia

Calzado compuesto de una suela que se asegura con correas o cintas. Usadas por el hombre desde las civilizaciones primitivas, las sandalias constituyeron el primer estilo significativo de calzado de la historia, formadas por un pedazo de papiro (v. papiro) o de madera a modo de suela, atado al pie o enganchado a sus dedos. En la XVIII dinastía egipcia, la clase dominante ya había adoptado las sandalias de caña o de fibra.

Sandalia proviene del latín *sandalium*, voz tomada del griego *sandalion*, diminutivo de *sandalon* «calzado de madera», que deriva, según se cree, de alguna lengua del Cercano Oriente, pero cabe señalar que no guarda relación alguna con el origen de la palabra *sándalo*, que nos llega del sánscrito *çandaná*, a través del griego *sandanon* y del latín *sandalum*.

Sandio

Desde muy antiguo, se llama así a la persona extremadamente necia o simple,

como vemos en este texto extraído de *Las siete partidas*, del rey Alfonso X el Sabio:

Sañudo estando algund onbre enbriago o enfermo de grand enfermedad o estando sandio o desmemoriado de manera que quisiese matar asi mesmo o a otro & non touiese arma nin otra cosa con que podiese conplir su voluntad [...].

El Diccionario de la Academia indica que la etimología de *sandio* es desconocida, pero Corominas sugiere la frase *Sancte Deus*, usada como exclamación de piedad ante un imbécil (v. imbécil).

De sandio se derivan palabras como *sandez* «simpleza», «necedad» y *ensandecer* «volver loco o imbécil». En portugués, dio lugar a *sandeu* «sandio» y *sandice* «sandez».

Sándwich

Emparedado, comida que consiste en un pedazo de carne o de fiambre entre dos rebanadas de pan o entre dos tostadas.

Esta palabra inglesa fue incorporada al Diccionario de la Lengua Española en 1927, pero sólo aparece escrita con tilde desde 1989. A pesar de que ésa es la única forma adoptada por la Academia, muchos prefieren *sándwich*, ya que la terminación en *e* resulta más coherente con la tradición española. En todo caso, se trata de un anglicismo innecesario, pues en castellano contamos con *emparedado* y con *bocadillo*, pero el uso acabó por imponerlo.

Se dice que John Montagu (1718-1792), el cuarto conde de Sandwich, era tan adicto a los juegos de cartas que, para no distraer tiempo en alimentarse, llevaba consigo, en una maleta, una tajada de carne fría entre dos torradas. La idea no tenía nada de original ni de brillante, pero el solo hecho de haber sido adoptada por un conde le dio una fama que nunca había tenido. En 1762, el historiador británico Edward Gibbon declaró en su diario haber visto a «20 ó 30 de los mejores hombres del reino, que cenaban en pequeñas mesas un pedazo de carne fría o un Sandwich».

De *Músicos y relojeros*, de la escritora argentina Alicia Steimberg, que escribe la palabra sin tilde:

Con cuarenta centavos disfrutaban de un día de sol: diez para el tranvía hasta el Balneario Municipal, diez para la vuelta, diez para un naranjín y diez para un sandwich de salame.

Sarcasmo

Palabra de creación culta, documentada en español desde 1757, en la *Rhetórica*, de Gregorio Mayans y Siscar (1699-1781), con el significado de «burla mordaz o sangrienta», tomada del latín *sarcasmus* y éste, derivado del griego *sarkasmós*, que se formó, a su vez, a partir del verbo *sarkázein* «desollar», con origen en *sarx*, *sarkós* «carne».

La palabra, al igual que el calificativo *sangrienta* aplicado con frecuencia a ciertas burlas, se basa en la idea de que éstas pueden ser tan mordaces que es como si arrancaran a su víctima un pedazo de carne.

La raíz griega *sarkós* está presente en otras palabras no vinculadas a *sarcasmo*, como *sarcófago* (v. sarcófago), etimológicamente «carnívoro», «devorador de carne»; *sarcolema* «membrana que envuelve cada una de las fibras musculares», *sarcoma* «un tipo de tumor muscular maligno» y *polisarcia* «obesidad morbosa».

Sarcófago

Del latín *sarcophagus* y éste, del griego *sarcophagos*. Es una palabra con la que se designaba al que se alimentaba de carne: *sarkós* significa carne y *phagos*, «yo como» y, en efecto, los griegos llamaban así a las personas o animales que se alimentaban de carne, es decir, a los carnívoros.

No se sabe con certeza por qué esta palabra fue adoptada para designar a los ataúdes, aunque —según una explicación de Eratóstenes (siglo III a. de C.), recogida por Plinio el Viejo— tal denominación se dio inicialmente a ciertos féretros contruidos con una piedra calcárea extremadamente porosa, dentro del cual los cadáveres se descomponían y desintegraban con rapidez. Sin embargo, no falta quien quiere ver en esta relación una huella de la necrofagia practicada en las fases más primitivas de la evolución humana.

Sardónica

Este adjetivo se aplica a la risa cuando es falsa o fingida, pero este significado se deriva de otro anterior usado en medicina desde el tiempo de los antiguos griegos para referirse a una contracción involuntaria de los músculos de la cara, de la que resulta un gesto algo semejante al de la risa.

Proviene del sustantivo griego *sardonikós*, que denotaba esa risa convulsiva e involuntaria. El término se derivó de *sardonion*, una hierba cuyo jugo produce una contracción en los músculos de la cara, que se asemeja a la expresión de la

risa. La planta, a su vez, tomó su nombre del gentilicio griego *sardonios* «sardo», «de Cerdeña» (de donde es oriunda la planta).

Sarraceno

Es el nombre de los habitantes del desierto, referido al Sahara, y se aplica también a quienes practican la religión islámica.

La palabra usada en español, antes *sarracín* o *sarracino*, proviene del bajo latín *sarraceni*, que se deriva, a su vez, del griego tardío *sarakenos*, que es de origen desconocido, probablemente semítico. Etimólogos sajones vinculan *sarakenos* al árabe moderno *sawariqa*, plural de *sariqí* «oriental», «levantino», «del Este». Corominas poco se ocupa de este término; la Real Academia Española afirma en su Diccionario que la voz latina proviene del arameo rabínico *sarq[iy]in*, que significa «habitantes del desierto», derivado de *sraq* «desierto», mientras otros creen que su origen radica en el árabe *sarq* «este», «lugar de salida del sol», con origen en el indoeuropeo *srq*, de idéntico significado.

En tiempos de las Cruzadas, sarracenos o sarracines eran los moros del Levante, que guerreaban contra los cristianos y eran enemigos, ciertamente, de los cristianos españoles. Por esa razón, en la literatura ibérica los sarracenos aparecen endemoniados por su crueldad, como vemos en esta traducción relativamente moderna (1549) de *Orlando el Furioso*:

Dejemos, señor, esto, que es pesado
hablar de ira y contar de muerte:
y baste por ahora lo narrado
del sarracín, no menos cruel que fuerte;
que es tiempo de tornar donde dejado
hube en Damasco al buen Grifón por suerte,
con la traidora Orígil de la mano
y aquel que era su adúltero y no hermano.

Satélite

A pesar de que se sabe desde hace varios siglos que la Luna es satélite de la Tierra y que muchos otros planetas, como Júpiter o Saturno, tienen satélites, lo cierto es que esta palabra se hizo de uso cotidiano sólo a partir de 1957, cuando

la Unión Soviética puso en órbita el primer satélite artificial, el Sputnik. Pocos imaginaban por entonces que aquella novedad —vista como una hazaña tecnológica, pero sin mayores consecuencias prácticas— tendría una importancia tan fundamental en las telecomunicaciones del mundo de hoy.

El vocablo español proviene del latín *satelles*, *satellit*, usado por los romanos para designar a los soldados de la escolta personal de un príncipe o emperador. Posteriormente, por una bella metáfora, la palabra pasó a designar, aun en latín, los cuerpos celestes que orbitan en torno de algunos planetas.

Sátiro

Llamamos así a un hombre lascivo o mordaz, aunque esta última acepción es mucho menos frecuente. En Costa Rica, además, un sátiro es un hombre maduro que tiene un amorío con una mujer mucho más joven, y en el Río de la Plata, es un violador de mujeres.

Todas esas acepciones se derivan del significado originario de esta palabra: en la mitología griega, los sátiros eran divinidades silvestres con la apariencia de un hombre con barba, pero que lucía cuernos, patas y cola de macho cabrío.

El nombre proviene del latín *satyrus*, que se originó, a su vez, en el griego *satyros*. La palabra *sátiro* ya aparece en el diccionario de Nebrija para designar al semidiós griego.

Saxófono

Instrumento musical de viento, de metal, con boquilla de madera y con caña, que tiene varias llaves. Es de invención moderna, muy usado en bandas militares y orquestas de *jazz*, principalmente.

El fabricante de instrumentos musicales belga Antoine-Joseph-Adolphe Sax era famoso en el mundo entero por la calidad de sus productos. Era también clarinetista y se manifestaba descontento con el clarinete, que no le permitía expresarse como deseaba, según explicaba. Sax buscaba un instrumento similar, pero con algunas características del oboe. En 1841, acabó inventando éste, que sería denominado años más tarde con la combinación del nombre de su creador y el sufijo *-fono*, del griego *phonos* «voz», «sonido».

El nuevo instrumento llegó nueve años más tarde a España, donde se le llamó inicialmente *saxophon*. Después del entusiasmo inicial, el saxófono (o saxofón) quedó relegado al olvido durante algunos años, hasta que el movimiento jazzístico norteamericano descubrió que la resonante novedad se adecuaba perfectamente al ritmo sincopado. Fue a partir de entonces que el saxófono

conquistó el mundo.

Secta

La palabra latina *secta* tenía varios significados, tales como «forma de vida, manera de pensar, norma de conducta, partido político, escuela filosófica, facción religiosa». Aunque no se sabe con certeza su origen, algunos etimólogos creen que proviene del verbo *sequi* «seguir a alguien», pero otros atribuyen su procedencia a la palabra *sectus*, participio del verbo *secare* «cortar», «desgarrar», proveniente del indoeuropeo *sekw-* «seguir», «acompañar», al igual que *seguir*, *consecuencia*, *obsequio*.

El sociólogo alemán Max Weber (1864-1920) fue quien utilizó por primera vez *secta* en oposición a *Iglesia*.

Para la Iglesia católica, equivale a herejía, en el caso de que se niegue algún dogma, o a cisma (v. cisma), si se trata de un acto de desobediencia. En todo caso, tanto los herejes como los cismáticos eran llamados despectivamente *sectarios*.

En las lenguas romances modernas —en portugués *seita*, en italiano *setta*, en inglés *sect* y en alemán *Sekte*— la palabra conserva el sentido peyorativo que le dio la Iglesia, y no es raro que una determinada religión llame a otra *secta* con intención despectiva. En este comienzo de siglo, marcado por el auge de los integrismos, no suele faltar quien diga: «Religión es la mía, sectas, las de los demás».

Sin embargo, en sociología, *secta* tiene el significado preciso de «grupo cismático nacido en el seno de una religión organizada y que actúa contra ésta».

Sedán

El nombre del sedán, un automóvil de turismo no convertible, de dos o cuatro puertas y cuatro ventanillas, no guarda la menor relación con la ciudad francesa de Sedan, sino que es una palabra de origen inglés, nacida junto con el desarrollo de la industria automovilística.

El etimólogo británico Ernest Weekley afirmaba en su diccionario, publicado en 1952, que fue acuñada en ese país, tomándola del latín *sedere* «sentarse», pero su contemporáneo Eric Partridge precisó en 1966 que, en realidad, la palabra había sido tomada del latín *sedem*, acusativo de *sedes* «asiento», y que éste sí provenía de *sedere*.

Segundo

(V. minuto).

Semana

El hábito de agrupar los días en períodos de siete unidades, que hoy llamamos *semana*, es original de los babilonios y fue adoptado por los griegos y los romanos, que dieron nombre a estos períodos sobre la base del número siete. Los griegos los llamaron *hebdomás*, de *hepta* «siete», palabra que perdura hasta nosotros en *hebdomadario*, que significa «semanal, semanario». En Roma se adoptó el nombre *septimana*, que llegó al español como *semana* ya en el *Cantar de Mio Cid*:

Aqui les pongo plazo | de dentro en mi cort:
a cabo de tres semanas | en begas de Carrion
que fagan esta lid | delant estando yo.

Entre los romanos, el gran prestigio de la astrología llevó a introducir la semana de siete días, basada en la idea babilónica de *las siete mañanas*, y los nombres de los días fueron tomados de astros y dioses equiparados a los babilonios. De esta forma, el *lunes* se llamó así en homenaje a la Luna; el *martes* recordaba al dios de la guerra, Marte para los romanos; el *miércoles*, al dios del comercio, Mercurio; el *jueves* a Júpiter (*dies Jove* o día de Júpiter), y el *viernes*, a Venus. Para los romanos, el *sábado* era el día de Saturno, pero con el advenimiento del cristianismo el nombre *dies Saturni* fue cambiado por *Sabbatum*, derivado del hebreo *sabbath*, proveniente de *sabath* «descansar», que entre los judíos designa al día semanal de descanso. En latín, el *domingo* se llamaba *Solis dies* «día del Sol», pero los cristianos cambiaron ese nombre a *Dominica*, que significaba «día del Señor» (*dominus*).

Semántica

La semántica es la ciencia del significado de las palabras o, más precisamente, del sentido del cual los signos lingüísticos son portadores.

Fue usada por primera vez en 1883 por el lingüista francés Michel Bréal (1832-1915), quien anunció en su *Essai de Sémantique (Ensayo de semántica)* el nacimiento de una *nueva ciencia* del lenguaje destinada a estudiar los cambios de sentido, la elección de nuevas expresiones y el nacimiento y la muerte de las locuciones. Esta palabra no demoró en aparecer en textos en español: «La segunda y tercera son fruto de la evolución natural *semántica* del idioma» (Amado NERVO: *La lengua y la literatura*, 1894). Sin embargo, ya había sido

usada en 1561 bajo la forma *symentique*, con el mismo significado que tiene hoy.

Bréal formó este término a partir del adjetivo griego *semantikós* «significativo», «lo que tiene significado», una de las numerosas palabras helénicas derivadas del radical *sem-*, tal como *sema*, *atos* «marca», «señal»; *semaíno* «marco», «señalo»; *semaióphoros* «abanderado», entre muchas otras, y también en palabras de nuestra lengua, como *semáforo*, por intermedio de *sema*.

Aunque el latín no recogió *semantikós*, y Bréal formó la palabra directamente a partir del griego, cabe mencionar que en el siglo V de nuestra era, el escritor latino Martianus Capella usó el adjetivo *semanticus* con el sentido de «significativo».

Seminario

Voz procedente del latín *seminarium*. Es el lugar donde se forma la semilla (*sementis*) de los jóvenes que se dedicarán a la carrera eclesiástica. Tiene, pues, el mismo significado de *semilla*, *simiente* y *semen*, entre otras muchas palabras.

A pesar de que seminario designa hasta hoy el lugar donde se forman los futuros sacerdotes, su significado se ha extendido para denotar también una clase en la que el profesor y sus discípulos se reúnen para realizar algún tipo de investigación.

Senescal

(V. mariscal).

Señor

Proviene del latín *senior*, *-oris*, comparativo de *senex* «viejo», con el significado de «más viejo», procedente de la raíz indoeuropea *sen-*, origen también de *senectud*, *senado*, *señorío*, entre otras. En los últimos siglos del Imperio romano se empleó *senior* para referirse a los ancianos más respetables, o sea, los senadores romanos y, más tarde, a los dirigentes de las comunidades cristianas y judías.

En la Edad Media, *senior* se usó como tratamiento de respeto para con toda persona mayor de rango superior, como equivalente de *dominus*, significado con el cual llegó al español con la grafía *señor*.

Séquito

Llámase así a la «comitiva o cortejo que acompaña a una persona importante» o sea, a los que siguen a esa persona. La palabra proviene del italiano *seguito* (pronunciar *ségüito*), con el mismo significado, derivada del verbo *seguire* «seguir», formado a partir de *seguito* (pronunciada en forma llana), participio pasivo de *sequere* «seguir», del latín *sequi*.

La palabra aparece por primera vez en el *Diccionario español-francés*, de Francisco de Sobrino (1705), y también en la primera edición del Diccionario académico, pero ya se usaba en español por lo menos desde la primera mitad del siglo XVI, como muestra este trecho del *Epistolario*, de Juan Ginés de Sepúlveda, escrito en 1532:

Finalmente, ahora, después de estar tanto tiempo alejado de mi patria, abandono Roma para formar parte del séquito del Emperador Carlos V. Éste es el motivo de esta carta: comunicarte, como mi deber me dicta, mis planes y proyectos, para que sepas dónde [...].

Serpentina

Del latín *serpere* «arrastrarse» y, más precisamente, de su participio presente *serpens*, *serpentis*, se derivó la palabra española *serpiente*, que sería un semicultismo, según Corominas, puesto que sólo aparece en el lenguaje literario; en su lugar, el pueblo siempre usó *culebra* en toda la península ibérica. En latín, *serpens* «la que se arrastra» ya se usaba como un eufemismo para evitar *anguis*, la palabra latina para *serpiente*.

Serpentín, diminutivo de serpiente, que aparece en el siglo XVI, designa una pieza de hierro donde se ponía la mecha encendida para hacer fuego con el mosquete. En cambio, *serpentina* es mucho más antigua: ya en el siglo XV aparece como sinónimo de pequeña culebra. Con el significado de «papel enrollado usado en el carnaval» no se presenta hasta el siglo XIX. En el Diccionario de la Real Academia Española se registra por primera vez esta acepción en su edición de 1914:

Tira de papel arrollada que en días de carnaval se arrojan unas personas a otras, manteniéndola sujeta por un extremo.

Seudónimo

Algunos autores utilizan nombres supuestos para ocultar su identidad o para subrayar una variedad de estilos. El poeta portugués Fernando Pessoa dio a

conocer obras de poesía en diversos estilos que reflejan las variadas facetas de su personalidad, y algunas de ellas fueron publicadas con seudónimos: Álvaro de Campos, Alberto Caeiro y Ricardo Reis.

Utilizar un nombre diferente del propio es, de alguna manera, mentir. El término *seudónimo* —antiguamente *pseudónimo*— se formó a partir del griego *pseudés* «mentiroso», «falso» y de *onoma* «nombre», ésta también hallada en *onomástico*, *homónimo* y *anónimo*, entre muchas otras palabras de nuestra lengua.

Sexo

En los últimos años, la palabra *género* se viene imponiendo en español, erróneamente, para reemplazar a *sexo*, entendido como «condición orgánica, masculina o femenina, de los animales y las plantas».

Sexo proviene del latín *sexus*, exactamente con el mismo significado que tiene hoy en nuestra lengua, según la Academia Española. Plinio decía *parere virilem sexum* «dar a luz un varón».

Algunos etimólogos, entre ellos Eric Partridge, sostienen que el vocablo latino puede haberse originado en *secare* «cortar» o «separar», como en *secta* (v. *secta*), con base en la idea de que la población se divide en varones y mujeres.

El género en castellano no debe referirse a las personas, sino a los objetos inanimados, puesto que se trata de una categoría meramente gramatical «a la que pertenece un sustantivo o un pronombre por el hecho de concertar con él una forma y, generalmente sólo una, de la flexión del adjetivo y del pronombre».

La aplicación de género a personas está basada en un error de traducción del inglés *gender*, que en esa lengua sí se aplica a las diferencias entre varones y mujeres, diferencias que, por lo menos desde los latinos, pero probablemente desde tiempos prehistóricos, son denotadas por la palabra que en español conocemos como *sexo*. *Género*, aplicado a personas, es un calco semántico del inglés, impulsado por la manía estadounidense de lo *políticamente correcto* y elevado por la fuerza a la categoría de concepto sociológico.

Sibarita

Síbaris era una antigua ciudad griega situada sobre el golfo de Tarento, cerca de la actual Corigliano, al sur de Italia. Floreciente centro industrial en cierta época, llegó a ser la ciudad griega más importante de Occidente. Sus habitantes tenían fama de ser muy ricos, muy refinados y de vivir dedicados al placer, al punto de que el gentilicio *sybarités* «sibarita», se convirtió en sinónimo de «buscador de

placer» y de «depravados».

El término *sibarita* se formó en castellano desde el griego *sybrates*, el gentilicio de Síbaris, a través del latín *sibarita*.

La Real Academia registra su uso como mero gentilicio desde 1817 y también incluye, a partir de 1884, el significado de «Muy dado á regalos y placeres».

En nuestra lengua la palabra tiene actualmente, al igual que en inglés, una connotación menos negativa que en el griego clásico, pues se refiere a una persona «refinada y dada a los placeres».

Sicario

Palabra formada a partir del latín *sica*, que era el nombre de un puñal de punta muy aguda y filo curvo usado en la antigua Roma, principalmente por matadores a sueldo. Por esa razón, Cicerón empezó a llamar *sicarius* a estos asesinos (v. asesino). El nombre de esa arma se formó a partir de *secare* «cortar».

Juan de Valera, en su obra *Leyendas del Antiguo Oriente*, describía el origen de la palabra:

Era el arma que usaron posteriormente los tracios y otros pueblos bárbaros del Norte. Los romanos la llamaron *sica*, de donde proviene el nombre de sicario. Agachándose con esta arma, el que sabía manejarla asestaba a su contrario el golpe de abajo a arriba, a fin de abrirle el vientre.

Circula en la Internet una etimología falsa del segundo nombre de Judas Iscariote, según la cual sería una deformación de *sicario*. En realidad, todo parece indicar que Judas tomó su nombre de Kariot, el pequeño pueblo donde había nacido.

En los últimos veinte años ha surgido, principalmente en la prensa de Colombia y de Venezuela, el sustantivo *sicariato*, no recogido aún en los principales diccionarios, que se emplea para denominar al conjunto de los sicarios y también la actividad que desempeñan.

Sicofante

En la antigua ciudad griega, la organización del Estado y la formulación del derecho eran muy diferentes de las que hoy conocemos. Por ejemplo, no existían los fiscales, de manera que cualquier ciudadano podía acusar a otro ante la Asamblea del Pueblo, la *Ekklesia* (v. iglesia), aunque, como ocurre aún hoy, a algunos les gustaba la función más que a otros y la ejercían de manera regular y

con cierto deleite.

Eran los sicofantes, que hoy llamaríamos según los casos *acusadores*, *delatores* o *soplones*. Los sicofantes cumplían, ciertamente, una función social en la sociedad griega, aunque la moderna institución de la fiscalía los haya tornado seres despreciables en ciertas circunstancias.

Fueron sicofantes los que acusaron a Sócrates de no creer en los dioses del Olimpo, incriminación que lo llevó a ser condenado a muerte mediante la ingestión de cicuta, el veneno extraído de la planta del mismo nombre.

Etimológicamente, los sicofantes son «exhibidores de higos (o de vulvas)». ¿Suena algo confuso? Es que la palabra griega *sykon* «higo» se usaba antiguamente para referirse metafóricamente al órgano genital externo femenino y también al gesto, considerado indecente, de ponerse el pulgar dentro de la boca. Ése era el mismo gesto que los sicofantes solían hacer para indicar la culpabilidad de un delincuente. En cuanto a la segunda parte de la palabra, *fantes*, proviene del griego *phantes* «el que muestra», palabra que también está en el origen de *fantasma*.

Siesta

Palabra derivada del latín *sex* «seis». Los romanos contaban las horas a partir de la salida del sol, de modo que al mediodía, cuando el calor se acentuaba, era, aproximadamente, la hora *sexta*, por lo que se llamó *sexta* en latín ibérico —y más tarde *siesta*— al tiempo en que se almuerza y se echa luego un breve sueño, antes de continuar las actividades vespertinas.

Según el *Tesoro de la lengua castellana*, de Covarrubias, la siesta es el tiempo que transcurre entre el mediodía y las dos de la tarde. Este mismo diccionario define *sestear* como «Reposar a la sombra en la hora de sexta, que es la del medio día». En los escritos del siglo XIII, figuran los términos *sexta* y *sesta* para indicar, bien esa hora, bien el ordinal del número seis, pero a *siesta*, que también se usa, se le da el significado actual.

Sífilis

Girolamo Fracastoro fue un médico, poeta, astrónomo y geólogo de la República de Venecia, que vivió en Verona entre los siglos XV y XVI. Como hombre del Renacimiento, se ocupó de los más diversos asuntos, pero su nombre quedó registrado en la historia como el primer científico que manejó la idea de que los microorganismos eran los causantes de las enfermedades.

En 1533 publicó una narración en verso bajo el nombre *Syphilis sive morbus*

Gallicus (La sífilis o enfermedad francesa), una historia en la que describía esa dolencia, relatando las desventuras de un criador de cerdos, Syphilus, que fue castigado por Apolo con esa enfermedad porque lo había ofendido. Para dar nombre a su personaje, Fracastoro tomó las palabras griegas *sialos* «cerdo» y *philos* «amigo», o sea, «amigo de los cerdos».

La hipótesis de los microorganismos ya había sido mencionada por el profesor romano Marcus Varro en el siglo I a. de C., pero Fracastoro fue el primer hombre de ciencia que describió la verdadera naturaleza del contagio, de las infecciones y de los gérmenes patógenos, cuya existencia podía apenas suponer. En 1546 publicó su ensayo *De contagione et contagiosis morbis (Sobre el contagio y las enfermedades contagiosas)* en el que describió minuciosamente la enfermedad dándole el nombre de *mal de Syphilus*.

Las ideas de Fracastoro cayeron en el olvido durante más de dos siglos. Su obra fue rescatada en el siglo XIX, cuando la medicina descubrió la existencia de los microbios y retomó el nombre que este autor había dado a la sífilis, hasta entonces conocida como *enfermedad francesa*, excepto para los franceses, que la llamaban *maladie anglaise* (enfermedad inglesa).

Sílfide

Las sílfides, en la mitología gala, son personajes que habitan el aire y las aguas. El nombre *sílfide* se deriva del francés *sylphide*, palabra acuñada hacia 1670 por el académico francés Bernard de Montfaucon, pero el vocablo original, proveniente de la creencia prerromana en estos seres etéreos, era *sylphe*, término que fue retomado y divulgado en el siglo XVI por Paracelso.

Desde el siglo XIX, se usa para referirse a la mujer esbelta y delgada, probablemente a partir del atuendo típico de las bailarinas de balé, cuyo uso se hizo general desde 1832, cuando la bailarina María Taglione lo estrenó en el balé *La sílfide*.

Silueta

Cuidar la silueta suele ser una preocupación muy frecuente en las mujeres que temen aumentar de peso y perder elegancia. Algunos vestidos se diseñan para realzar la belleza de la silueta femenina, entendida como los contornos del cuerpo.

De un modo más genérico, silueta es un dibujo de la sombra de un objeto, o sea, de su contorno, sin tener en cuenta los detalles de ese objeto.

La palabra proviene del francés *silhouette*, y se tomó del nombre de un austero

ministro de Hacienda de la Francia de Luis XV, Étienne de Silhouette (1709-1767), quien llegó al cargo en marzo de 1759 por recomendación de la favorita del rey, *madame* de Pompadour. Este ministro tenía la afición de recortar en papel retratos de siluetas. Silhouette se granjeó la animadversión tanto de la nobleza como de la pequeña burguesía, perjudicadas por sus medidas, con lo que su impopularidad muy pronto se generalizó en toda Francia, al punto de que en noviembre del mismo año se vio obligado a renunciar.

Sin embargo, la afición del ministro de recortar dibujos de contornos, que los cortesanos llamaban con desprecio *portraits à la Silhouette* (retratos al estilo Silhouette), ya se había hecho famosa y contaba con una popularidad mucho mayor que la del alto funcionario nombrado por la favorita.

En 1788, *silhouette* ya aparecía en francés para designar dibujos de contornos, y en 1835, la palabra era admitida por la Academia Francesa. Pero fue Chateaubriand quien, en 1841, usó por primera vez *silhouette* para referirse específicamente a los contornos del cuerpo humano.

Silueta apareció en la edición de 1869 del Diccionario de la Real Academia, pero ya en 1864 la había usado el poeta sevillano Gustavo Adolfo Bécquer (1836-1870) en *Desde mi celda*:

Absorto en estos pensamientos, doblo el periódico y me dirijo a mi habitación. Cruzo la sombría calle de árboles y llego a la primera cerca del monasterio, cuya dentellada silueta destaca por oscuro sobre el cielo, en un todo semejante a la de un castillo feudal.

Simonía

Es la compra o venta de bienes espirituales o muy vinculados al mundo espiritual o religioso, un acto que está prohibido por la mayor parte de las religiones.

El nombre *simonía* fue tomado de Simón el Mago, quien intentó comprar a los discípulos de Jesucristo el poder de hacer milagros, como se narra en Actos de los Apóstoles (8:18).

En los primeros siglos después de Cristo, cuando los fieles de la nueva religión eran perseguidos, no se habían registrado casos de simonía, pero a partir del momento en que Constantino reconoció el cristianismo como religión oficial del Imperio romano, los dignatarios cristianos adquirieron poder e influencia, y se conocieron algunos casos. Esto obligó a la Iglesia a legislar al respecto, y calificó la simonía como un grave pecado.

El Concilio de Calcedonia, que tuvo lugar en 451, estableció prohibiciones y penas para los obispos, sacerdotes y diáconos que se vieran tentados de vender objetos sagrados y reliquias. La simonía resurgió en Europa en los siglos IX y X, hasta que el papa Gregorio VII (1073-1085) atacó el problema con nuevas leyes y castigos.

Sinalefa

Llamamos *diptongo* al conjunto formado por dos vocales que van juntas y se pronuncian en una misma sílaba, como en agua, puerto, aire. La sinalefa es algo parecido al diptongo (o a veces al triptongo): es la unión de dos o tres vocales que están al final de una palabra y al comienzo de la siguiente, que se pronuncian juntas, como en esta rima de Gustavo Adolfo Bécquer:

Yo sé un himno gigante y extraño
que anuncia en la noche del alma una aurora
y estas páginas son de ese himno
cadencias que el aire dilata en las sombras.

Podemos observar aquí que algunas diferencias entre el diptongo y la sinalefa van más allá del hecho de que las vocales estén en palabras diferentes: a) la *e* y la *a* de *que anuncia* no podrían formar diptongo según la normativa, puesto que se trata de dos vocales fuertes; b) las *e* de *de ése* y de *que el* no forman diptongo, sino que se funden en la pronunciación, como ocurre también con las *a* de *una aurora*; c) la ortografía no toma en cuenta la sinalefa, que está vinculada más bien a la rítmica, mientras que el diptongo es considerado en la normativa de tildación.

La palabra proviene del griego *synaloiphé* «mezcla», «unión», «conjunción», formada por *syn* «con» y *aleiphó* «unir», «juntar», y nos llegó a través del latín *synaloepha*. Antonio de Nebrija, en la *Gramática de la lengua castellana*, que presentó a Isabel la Católica en 1492, definía así la sinalefa:

Sinalefa es cuando alguna palabra acaba en vocal y se sigue otra que comience eso mismo en vocal, echamos fuera la primera de ellas, como Juan de Mena: «Paró nuestra vida ufana», por «vidufana», y llámase sinalefa, que quiere decir apretamiento de letras.

Sincero

Proveniente del latín *sincerus*, un vocablo propio de la apicultura en su origen, formado a partir de *sine cera* «sin cera», «que no contiene cera» para referirse a la miel pura, sin mezcla y sin falsificación. Más tarde, se aplicó a otras sustancias por analogía y, finalmente, en sentido figurado, a diversas situaciones en las que cabía la idea de *sin mezcla*.

Tito Livio describió en cierta ocasión un combate en el que sólo participaban jinetes como *sincerum equaestre praelium* (combate sólo de jinetes). Por último, se aplicó a la idea moral de decir la verdad.

Sinfonía

Este vocablo aparece por primera vez en español en la primera edición del Diccionario de la Real Academia (1739), pero ya era conocido en francés desde el siglo XII como *symphonie*. Proviene del griego *symphonia*, que significaba «lo que suena junto», pero se usaba para designar una combinación armoniosa de notas.

Siniestro

Según el Diccionario de la Real Academia, «cuando se refiere a un lugar, es aquello que está del lado izquierdo». También puede significar «avieso y malintencionado»; «infeliz, funesto o aciago». Incluso, «daño que puede ser indemnizado por una compañía aseguradora».

Del latín *sinister* «izquierdo», aparece en español ya en el «Cantar I» del *Cantar de Mio Cid* con ese sentido:

Ixiendose va de tierra el Campeador leal;
de siniestro Sant Estevan, una buena çiudad.

En latín vulgar se decía *sinéxter*, por contaminación con *déxter* «derecho». *Siniestro*, como ya dijimos, también significa «infeliz, funesto o aciago» y «avieso o malintencionado», debido a la creencia popular medieval según la cual era de mal agüero la aparición de un ave del lado izquierdo del observador. Sin embargo, en la antigua Roma se atribuía un significado opuesto al lado izquierdo: así, los arúspices miraban hacia el sur cuando indagaban los signos de los astros, y como el punto cardinal Este, por donde sale el sol, quedaba a su izquierda, atribuían a ese lado buenos augurios.

Sirena

En la mitología griega, las sirenas eran bellísimas ninfas con busto de mujer y cuerpo de ave, aunque a veces eran representadas con cuerpo de pez; solían sentarse sobre las rocas de una isla del Mediterráneo, probablemente Capri, desde donde atraían a los marineros con la dulzura de su canto, de modo que llevaban los barcos a estrellarse en sus acantilados. Después, las crueles sirenas devoraban a los incautos que se habían dejado seducir.

En la *Odisea* se cuenta que Ulises tapó con cera sus oídos y los de sus marineros, y se hizo amarrar por sus hombres a un mástil para no ser atraído, pero al pasar cerca de las sirenas llegó a oír su canto y ordenó que lo liberasen para ir hacia ellas, pero los marineros se lo impidieron, y el barco pudo alejarse indemne. Según algunas versiones, las sirenas se suicidaron tras ese fracaso.

Los Argonautas, en su viaje en busca del vellocino de oro, pasaron por un peligro semejante, pero Orfeo entonó un cántico tan melodioso que los marineros no se sintieron atraídos por el de las sirenas.

El nombre griego de las sirenas era *seiren*, que pasó al latín como *siren*, *sirenis* y al latín tardío como *sirena*, palabra que en el siglo xv fue recogida por el castellano, inicialmente como *serena*. Esta forma se extendió bastante por la península ibérica y llegó al gallego como *serea* y al portugués como *sereia*, forma que se mantiene hasta hoy en Asturias, pero poco a poco se fue imponiendo *sirena*, considerada más culta por provenir del latín clásico.

Sismo

Palabra proveniente del griego *seismós* «conmoción», «sacudida» y también «temblor de tierra», usada en español de dos formas: *sismo* y *seísmo*, ambas incluidas en el Diccionario de la Academia desde 1947. Hasta la primera mitad del siglo pasado, se utilizaba la palabra *terremoto* como denominación de los temblores de tierra.

Por esa razón, la palabra no nos llegó directamente del griego, sino por intermedio del francés *seisme*, empleada en esa lengua desde fines del siglo xix. El vocablo francés fue creado a partir de la invención del sismógrafo hacia 1880 por el geólogo John Milne, el ingeniero Thomas Gray, ambos ingleses, y el físico escocés James Alfred Ewing.

El aparato destinado a medir la intensidad de los terremotos se llamó en inglés *seismograph*, apelando a la palabra griega, luego en francés, *sismomètre* y llegó a nuestra lengua como *sismógrafo*, palabra incluida en el Diccionario desde 1899, medio siglo antes que *sismo*. En inglés, la palabra griega sólo fue adoptada para denominar el instrumento que mide la intensidad de los terremotos, pero éstos siguieron llamándose *earthquake*. A diferencia de otros

aparatos que toman su nombre de la cosa medida, en español y en francés el sismógrafo dio una nueva denominación a los terremotos.

Smörgåsbord

Palabra de origen sueco que designa una comida autóctona de ese país, hoy difundida en el mundo entero. En su forma tradicional, el *smörgåsbord* consiste en un pan con manteca con varios tipos de carnes, frías y calientes, de res y de pescado, ensaladas, huevos y quesos.

La palabra está formada por *smör* «manteca», y *gås* «ganso». En su origen, *smör* parece estar remotamente vinculada con el antiguo vocablo germánico *smerwjan*, con el mismo significado. La sílaba final, *bord*, significa «mesa», de modo que el nombre de esta comida quiere decir algo así como «mesa de carne de ganso con manteca».

Datos históricos sugieren que este plato de gustos tan variados tuvo su origen en una costumbre de los campesinos suecos con familias numerosas, que solían reunirse alrededor de una gran mesa, llevando cada uno lo que podía: algunos contribuían con un pedazo de carne, otros llevaban un buen pez que acababan de pescar, y otros aportaban vegetales de su huerta; en general, una mesa bastante más variada que apenas manteca con carne de ganso.

Socucho

El *Diccionario del lunfardo*, de José Gobello, define *sucucho* como una voz de origen americano que significa «chiribitil, habitación muy pequeña». Algo semejante dice el Diccionario de la Academia de *socucho*, sin duda la misma palabra a pesar de la apofonía en la primera vocal.

Sin embargo, Corominas estima más probable que se trate de una derivación del término vascuence *zokotxo*, diminutivo de *zoko* «rincón». Y en efecto, en el *Diccionario marítimo español*, de Martín Fernández de Navarrete (1830), *socucho* es definido como «cualquier rincón estrecho que por construcción resulta en las partes más cerradas de las ligazones, como en los delgados entre popa y proa». En el diccionario gallego de Cuveiro figura «sucucho: rincón» y en el de Lorenzo, Murga y Ferreiro (1864), se dice: «sucucho: hueco [...] que regularmente está en los camarotes y sirve para guardar objetos de poco bulto».

En diversos países de América se distribuyen ambas variantes. En Colombia, Rufino José Cuervo definió *sucucho*, pero en México y en Chile, se registra también la variante *socucho*. En resumen, lo más probable es que se trate de un término de origen vascuence y de uso inicialmente náutico en español. Por cierto, no pertenece al lunfardo rioplatense.

Sodomía

Sodomía es el nombre de la relación sexual anal que puede ocurrir en un vínculo heterosexual o entre homosexuales masculinos. Su nombre proviene de la ciudad de Sodoma, hoy Sedom, situada a 80 km de Jerusalén, que en la Antigüedad se había convertido, junto con la vecina Gomorra, en escenario de desenfundadas orgías sexuales, y que fueron destruidas por esa razón, según la Biblia.

Dice la narración bíblica que el Señor envió dos mensajeros a Sodoma para advertir a sus habitantes del peligro que corrían ante la ira divina. Los extranjeros se hospedaron en la casa de Lot, que muy pronto la vio rodeada por los hombres de la ciudad que le exigían que entregara a los visitantes para abusar sexualmente de ellos. Pero los mensajeros, dotados de poderes milagrosos, cegaron a los hombres de Sodoma e indicaron a Lot que saliera de la ciudad con su familia y que no mirara hacia atrás.

Una vez que Lot estuvo fuera de Sodoma, la ciudad fue destruida. Su mujer desatendió la prohibición, se volvió para mirar y quedó instantáneamente convertida en estatua de sal. Según la leyenda, ésa sería la causa de la elevada salinidad del Mar Muerto, que, en realidad, es un lago salado que no recibe aguas fluviales.

La destrucción de Sodoma —cuya principal actividad económica hoy es la extracción de álcalis del Mar Muerto— y de Gomorra puede haber sido causada por un fuerte terremoto que sacudió la región en el siglo IX a. de C.

Sofisticado

Alguien sofisticado carece de naturalidad, es afectadamente refinado. También denota elegancia. Cuando este adjetivo se aplica a un sistema o a un mecanismo significa «técnicamente complejo o avanzado».

El sentido actual de esta palabra es reciente, pero se trata de un vocablo de larga historia, pues proviene del latín *sofisticus*, que se derivó, a su vez, del griego *sophistikós* «capcioso», «falaz», formado a partir de *sophistés* «especialista», «consejero». En el siglo de oro de Atenas, el término fue usado también en una escuela filosófica, la de los sofistas, que basaban su discurso en argumentos engañosos, los sofismas. Platón nos cuenta en sus *Diálogos* cómo Sócrates demolía las falacias de los sofistas.

Sofisticado apareció en el Diccionario de la Real Academia por primera vez en 1803, con el significado de «falsificado, adulterado» en alusión al tipo de razonamiento engañoso que desarrollaban los sofistas. La palabra entró a la

lengua inglesa (*sophisticated*) también en el siglo XIX, con el mismo significado, pero en ese idioma sufrió una evolución diferente que terminó por reflejarse en el español.

A comienzos del siglo XX, *sophisticated* ya se usaba en inglés como calificativo para una persona muy sabia y cultivada. Después de la Segunda Guerra Mundial, pasó a significar en esa lengua «refinado, avanzado, elaborado», referido a sistemas mecánicos o electrónicos muy complejos. Esta nueva acepción muy pronto comenzó a penetrar en el idioma español, pero hasta 1985 la Real Academia no la admitió con el sentido de «complejo» o «complicado» para referirse a una pieza de maquinaria. En el Diccionario de 1992 se incorporó también la acepción de «elegante y refinado».

Sofocar

Sofocar a alguien es, etimológicamente, «ahogarlo, impidiendo su respiración», es decir, apretar su garganta para que no pueda respirar.

La palabra latina *suffocare*, de la cual se derivó *sofocar*, significaba precisamente eso: «ahogar, estrangular, asfixiar» y se formó mediante el sufijo *sub-* “hacia abajo” y *fauces* “garganta”, o sea que, de manera literal, era “apretar la garganta hacia abajo”.

Soldado

Durante los siglos de descomposición del Imperio romano, la moneda se devaluaba con rapidez debido a una crisis económica que se había tornado crónica. Por esa razón, las monedas de oro adquirieron un prestigio mucho mayor del que habían tenido hasta entonces, dado el valor de cambio intrínseco atesorado en el metal precioso. La más difundida de estas monedas fue la denominada *solidus* «sólido», palabra procedente de la raíz indoeuropea *sol-* «íntegro», que circulaba en todos los rincones del Imperio a partir del año 325 d. de C., en sustitución del *aureus*.

Por aquella época, con el descaecimiento del poder imperial, los señores del naciente modo de producción feudal se veían obligados a contratar a sus propios soldados, que recibían como paga una moneda de oro, llamada en latín tardío *solidus nummus* «moneda sólida» y, más tarde, *solidus*, simplemente, de curso legal hasta el siglo XV y que ya se conocía como *sueldo* en la época de Gonzalo de Berceo.

En el *Diccionario Latino Español*, de Antonio de Nebrija, sueldo era la paga de los militares (que también se llamó *soldada*), más tarde, la paga de los criados y,

finalmente, el salario en general, como ocurre hoy.

Hacia comienzos del siglo XVII, se llamaba *soldado* al hombre de guerra que era contratado para servir en forma regular a un mismo señor, ya que ganaba un sueldo. Esta denominación del guerrero tenía una connotación favorable —en contraste con *mercenario*, que servía a quien le pagase— y exaltaba la virtud de la fidelidad a un señor, tan cara a los valores medievales.

Solecismo

Se llama así a un error de sintaxis, a una falta cometida contra las normas de cualquier idioma. Existen muchos solecismos, puesto que se trata de un nombre genérico que se puede aplicar a cualquier tipo de error sintáctico.

La palabra proviene del latín *solæcismos*, que se formó a partir del griego *soloikismós* «falta a las reglas del idioma», palabra derivada de *soloikos* «que habla en forma incorrecta». *Soloikos* tomó su nombre de la colonia ateniense de Soloi, en Cilicia, donde se hablaba un griego que —decían los atenienses— había sido *corrompido*, debido a la presencia de numerosos metecos (habitantes de origen extranjero, sin derecho a la ciudadanía).

Somático

Hacia fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, surgió en medicina la idea de que las enfermedades eran una respuesta del organismo a estados emocionales, una tendencia que se llamó *medicina psicosomática*.

La palabra, que se tomó del griego *somatikós*, derivada de *soma*, *-atos* «cuerpo», apareció por primera vez en el Diccionario académico en 1927, y hoy se admite, incluso, *somatizar* (convertir problemas psíquicos en síntomas orgánicos de manera involuntaria).

Sortija

Desde hace miles de años, la forma de la sortija llama la atención de los hombres a pesar de su simplicidad o tal vez, precisamente, a causa de ella. El origen de la palabra *sortija* es el latín *sortícula*, diminutivo de *sors* «suerte», «destino», que también se empleaba para denominar las papeletas de votación. Pero los anillos se han usado, además, para adivinar la suerte, de modo que en cierta época, a *sortícula* le cupo también ese significado. Por otra parte, recordemos que los caballeros medievales se lanzaban a caballo a toda velocidad en una difícil prueba que consistía en ensartar un anillo en la punta de su lanza, un juego que practican hasta hoy los gauchos rioplatenses o sus imitadores.

La sortija conquistó fama entre los antiguos por el hecho de que no tiene principio ni fin, por lo que los egipcios la adoptaron como símbolo del carácter permanente de la unión matrimonial y hace más de tres mil seiscientos años inauguraron en el valle del Nilo la costumbre del intercambio de alianzas entre las parejas.

Se cuenta que Aníbal el Cartaginés, que por varias décadas fue el enemigo más temido de los romanos, después de derrotarlos en la batalla de Cannas, a orillas del río Aufidus (216 a. de C.), envió a Cartago tres arcas repletas de anillos romanos de oro.

Sosías

Era el nombre de un personaje del dramaturgo cómico latino Plauto (254-184 a. de C.), en su comedia mitológica *Anfitrión* (v. anfitrión), obra que ejerció fuerte influencia sobre la literatura dramática posrenacentista en Europa.

En la huella de Plauto, Molière creó otro personaje con las mismas características, cuyo nombre dio lugar al sustantivo común *sosia* o *sosias* (también *sosía* o *sosías*), que se aplica a una persona que es físicamente idéntica a otra o que se hace pasar por ella aprovechando su gran parecido.

Sub-

Prefijo formado a partir de la preposición latina *su*. En castellano indica «debajo de» o «bajo». Puede denotar inferioridad, acción secundaria o atenuación. En nuestra lengua puede aparecer bajo diferentes formas: *so-*, *son-*, *sos-*, *su-* o *sus-*.

Subordinar es ordenar (latín *ordo*, *ordinem*) bajo (*sub*) la dependencia de algo o de alguien.

Subyugar es poner bajo el yugo (*iugum*). En castellano tiene también el sentido de cautivar.

Subsidio, del latín *subsidium*, formada por el prefijo *sub-* antepuesto a *sedere* «estar sentado», «estar detrás», «listo para venir en ayuda». Es palabra originalmente del léxico militar, aplicada a las tropas de reserva. Un *subsidio en dinero* es, así, una ayuda a la actividad principal.

Sutil, del latín *sub tela*, expresión que usaban los romanos para referirse a un hilo tan fino que podía pasar por entre el entramado de un tejido.

Suburbano, del latín *suburbanus*, «que está fuera de la ciudad o en sus barrios bajos».

Subasta

En latín *hasta* (asta) era el sustantivo que servía para denominar toda arma que consistiera en un mástil terminado en una punta metálica, tal como una lanza o una pica.

En Roma, una lanza hincada sobre un inmueble lo identificaba como propiedad del Estado, por lo que, cuando se llevaba a subasta algún bien de un deudor del Fisco, se clavaba una lanza sobre esa propiedad con la orden: *sub hasta vendere* (vender lo que está marcado por la lanza). De esta expresión surgió en latín el verbo *subhastare* (vender la propiedad identificada por una lanza), que llegó al español por vía culta en el siglo XVIII como *subastar*, junto con el sustantivo *subasta*, que fue incluido por primera vez en el Diccionario de la Academia en 1803 con el significado de «venta pública de bienes ó alhajas que se hace al mejor postor por mandado y con intervención de la Justicia».

Sueño

En castellano hay dos palabras homónimas con significados diferentes, aunque no muy distantes: *sueño* para designar el «acto de dormir» y *sueño* como «representación de sucesos e imágenes en la mente de quien duerme».

La primera proviene del latín *somnus*, y la segunda, del latín *somnium*. Esto no ocurre en las demás lenguas romances: en portugués y en gallego se distingue *sono* y *sonho* (en gallego, *soño*); en catalán *son* y *somni*; en francés, el acto de dormir es llamado *sommeil* y el de soñar, *rêve*; en italiano, ambas ideas se expresan como *sonno* y *sogno*. Sin embargo, Corominas observa que es frecuente, al menos en catalán, que haya transgresiones a la diferencia entre ambos vocablos.

El intento más conocido de sortear las confusiones causadas por la homonimia de estos dos conceptos se observa en la traducción al español de las obras de Sigmund Freud, en la que el traductor Luis López-Ballesteros de Torres usó *sueño* para referirse al acto de dormir y *ensueño*, para mencionar el acto de soñar, tan importante en el universo freudiano.

Las dos palabras latinas que dieron origen a ambas formas de *sueño* provienen de la antiquísima voz indoeuropea *swep-no*, que cambiando el sufijo *-no* por *-os*, como *swep-os*, dio lugar al latín *sopor* «adormecimiento», que llegó a nuestra lengua con el mismo significado.

Sufragio

Sufragio y *sufragar* son sinónimos de *voto* y *votar*, y llegaron al castellano procedentes del verbo latino *suffragare*.

En las ciudades griegas, organizadas de acuerdo con el sistema democrático de Atenas, los ciudadanos tenían derecho al sufragio, pero es preciso tener en cuenta que en esa democracia (v. democracia) sólo el diez por ciento de la población eran ciudadanos, y el resto estaba formado por esclavos o extranjeros sin derechos cívicos (metecos). En Roma los plebeyos tenían el derecho de votar para elegir tribunos que los defendieran de los abusos. A pesar de contar con una historia tan antigua, el sufragio no se impuso hasta el siglo XVIII, cuando prevalecieron las ideas de la Revolución francesa, en las sociedades que sucedieron a Grecia y a Roma.

En algunas sociedades de la Antigüedad, el voto era emitido con pedazos de vasijas rotas, aunque esto supusiera el riesgo de que alguno de esos pedazos se quebrara, duplicando el sufragio. Eso explica que *suffragare* se formara mediante el prefijo *sub-* (que antepuesto a una *f* se convierte en *suf-*) y la raíz prehistórica *bhreg-*, que también llegó a nosotros en palabras como *fragmento*, *frágil* o *brecha* (v. brecha).

No obstante, algunos etimólogos creen que la participación de la raíz *bhreg-* «romper», «quebrar» en la formación de *suffragare* se debe a una antigua costumbre de los guerreros de expresar su voluntad, su sufragio, golpeando las lanzas unas con otras como si fueran a romperlas.

Sumiller

En los restaurantes más refinados, raramente falta la figura del sumiller, un especialista en vinos cuya formación le permite recomendar a los comensales qué vino se adecua mejor a cada plato. Si es un estudioso de su profesión, el sumiller conocerá la historia de cada vino, lo sabrá todo sobre la región donde ha sido producido y podrá, incluso, aconsejar al cliente sobre las características de cada cosecha.

La palabra española *sumiller* proviene del francés *sommelier*, del mismo significado.

Se cuenta que en la Francia medieval, los señores solían llevar en sus viajes a un funcionario que se encargaba de transportar sus pertenencias más valiosas, entre ellas, sus mejores vinos, y las cargaban en burros y mulos, llamados en francés *bêtes de somme* «bestias de carga». Estos funcionarios se llamaban *sommerier*, nombre que en el francés moderno fue alterado a *sommelier* para designar no ya a los que cargan los vinos, sino, como vimos más arriba, a los que se especializan en ellos.

Sumiller se usa más en España, puesto que en América se suele emplear el vocablo francés.

Súper

Este prefijo indicaba en latín la idea de «estar por sobre», «encima» o «en posición más elevada», incluso, de «exceso».

Supremo, del latín *supremus*, es síncope^[17] de *superrimus*, en la que el prefijo *super-* se une a la partícula compositiva *imus*, derivada de *issimus*, usada para el superlativo. Supremo es, pues, «lo que está en posición más elevada, que no admite comparación». Como es un superlativo, no corresponde la forma *más* supremo.

Superficie se forma mediante *super-* antepuesto a *facies* «rostro», «cara», «lo que está por encima».

Superfluo se formó mediante *super-* antepuesto a *fluum*, de *fluere* «fluir», «correr el agua». Se aplicaba a lo que «fluye en exceso». En español, *superfluo* es «todo lo que excede lo necesario».

Superávit

Esta palabra, de uso frecuente en economía y en administración, proviene del latín *superavit*, una forma del verbo *superare* «exceder», «sobrar». En castellano, *superávit* se emplea como denominación de la magnitud en que los ingresos superan los egresos o los saldos positivos exceden a los negativos.

En nuestra lengua, este vocablo, que empezó a frecuentar el lenguaje económico a partir del siglo XVIII, se escribe con tilde por tratarse de una palabra grave terminada en consonante que no es *n* ni *s*. El plural de *superávit* no sigue la regla general de añadir *-es*, sino que adopta la forma *superávits* porque responde a la indicación del plural para las voces terminadas en *t*, como ocurre también con *déficit* (v. déficit).

Suplicar

Proviene del verbo latino *supplicare*, del mismo significado. Sin embargo, *supplicare* se formó mediante el prefijo *sub-* antepuesto al verbo *plicare* «plegar», «doblar», o sea que *supplicare* significó, etimológicamente, «doblar hacia abajo» en el sentido de prosternarse.

Por ser palabra que nos llegó en forma directa del bajo latín peninsular, se usó desde muy temprano en nuestra lengua, como muestra este fragmento de

Historia troyana, un libro del escritor medieval italiano Guido delle Colonne, traducido al castellano en el siglo XIII:

Aqui pongamos silencio ala pluma muy magnifico señor humilmente suplicando vuestra señoria que si enlo por mi escripto algunos defectos hallare como no dudo los mande corregir y emendar atribuyendo la culpa [...].

T

Tabaco

El tabaco, reconocido hoy como una droga que provoca adicción y causa diversas enfermedades mortales, ya era usado por los indígenas americanos. Introducido en el Viejo Continente por los conquistadores españoles, gozó de gran prestigio: Francisco Hernández de Toledo llevó la semilla del tabaco a España en 1510; el escritor y diplomático francés Jean Nicot (en cuyo apellido está el origen de *nicotina*), a Francia y la cultivó hacia 1560; el navegante Francis Drake la introdujo en Inglaterra en 1585, y en el siglo XVII, se extendió por el resto de Europa, Rusia, China y Japón.

La palabra *tabaco* aparece por primera vez en 1535, en el *Diálogo de la lengua*, de Juan de Valdés. Se ha dicho que es originaria del idioma de los primitivos habitantes de Haití, de la voz *tobago*, término con el que los indígenas caribeños denominaban a una especie de pipa o caña alargada que utilizaban para fumar, pero Corominas señaló que las palabras de origen árabe *tabacco* y *atabaca* se empleaban en España y en Italia mucho antes del Descubrimiento, por lo menos desde 1410, como nombre de diversas hierbas de efecto somnífero. Además, como los indígenas antillanos usaban el tabaco para marearse, resulta más verosímil que los conquistadores españoles hayan dado este nombre al producto, fabricado hoy con hojas de las plantas solanáceas *Nicotiana tabacum* y *Nicotiana rustica*.

Taberna

En tiempos de Horacio, *taberna*, palabra de origen etrusco, era en latín «cabaña construida con tablas»; más tarde, fue también «comercio, tienda». En Cicerón, *taberna* aparecía con el sentido de «palco del Coliseo», mientras que para el poeta Sexto Propertio, anterior en algunas décadas, designaba un «prostíbulo».

En castellano, la palabra está registrada desde comienzos del siglo XIII, en los poemas piadosos de Berceo. En *Don Quijote*, cuatro siglos más tarde, aunque aparece una única vez, ya tenía el sentido de «mesón, posada, almacén de venta al público»:

—Lo mejor es que no corran —respondió otro—, porque el flaco no se muela con el peso, ni el gordo se descarne; y échese la mitad de la

apuesta en vino, y llevemos estos señores a la taberna de lo caro, y sobre mí la capa cuando llueva.

Sin embargo, el significado original de taberna como «choza» dejó su rastro en español en *contubernio*, que inicialmente significó «convivencia en una misma choza». En su primera edición, en 1729, el Diccionario de la Academia define *contubernio* como «convivencia con otro o con otra persona amistosamente», pero enseguida precisa que «se toma regularmente por cohabitación ilícita o amancebamiento».

Hoy esta palabra se usa más en política, con el sentido de «alianza indebida o vituperable».

Tabloide

Esta palabra designa un «formato de periódico» surgido a mediados del siglo xx, en el que cada página mide, aproximadamente, la mitad del tamaño que tiene un periódico convencional. Las noticias suelen ser tratadas con menor extensión que en los diarios de formato tradicional, y el número de ilustraciones es mayor que en éstos. Sin embargo, la prensa española ha desarrollado tabloides como *El País*, *El Mundo* y *La Vanguardia*, entre otros, que lograron equilibrar el tamaño reducido con una cobertura profunda y extensa.

El nombre de este formato proviene del inglés *tabloid*, puesto que fue en Londres donde surgieron los primeros periódicos de ese tipo, pero el origen de esa palabra es un poco más antiguo. En 1884, el laboratorio farmacéutico británico Burroughs, Wellcome and Company, actualmente fusionado con GlaxoSmithKline, registró *tabloid* para un formato de medicinas condensadas, a partir de la voz francesa *tablette*, diminutivo de *table* «mesa», que se usaba como nombre de una pieza plana de losa o una tabla de mármol destinada antiguamente para escribir. Hacia el siglo xvi, *tablette* se aplicaba en francés a pequeñas piezas de remedios, de jabón o de alimentos, con el concepto de que se trataba de dosis reducidas de cualquiera de las tres cosas. A comienzos del siglo xx ya se hablaba, en inglés, de *tabloid journalism* para designar no un formato, sino la idea de publicar noticias en versiones condensadas, algo así como *periodismo en tabletas*.

Talento

Los griegos llamaban *tánton* al platillo de la balanza y, por extensión, también a las cantidades de metales preciosos que ponían allí para ser pesados. En épocas posteriores, tras una nueva evolución del término, se llamó *talento* a diferentes

monedas que circulaban en varias ciudades del mundo helénico. Fue como nombre de moneda que *talentum* llegó más tarde a Roma, hasta que a cierta altura del desarrollo del Imperio, adquirió el significado de tesoro.

La palabra aparece por primera vez en castellano en el Fuero de Avilés (1155), ya con el sentido de «inteligencia» o «dotes intelectuales». Corominas presenta la hipótesis de que este cambio de sentido en nuestra lengua puede deberse a la parábola evangélica del servidor que obtuvo lucro de los talentos (tesoro) que le habían sido confiados en custodia, a diferencia de otro, que enterró el tesoro que le había sido entregado sin extraer de él ningún provecho, lo que habría dado origen al significado de *talento* como «dotes naturales».

Talibán

Es el nombre de cierta organización integrista islámica. Y designa, asimismo, a cada miembro de esta organización.

Desde 1996, cuando un grupo integrista, inicialmente formado por afganos de la etnia pastún, tomó Kabul, capital de Afganistán, la palabra *talibán* se difundió por la prensa mundial y, sobre todo, después del atentado contra las Torres Gemelas de Nueva York, el 11 de septiembre de 2001, que fue atribuido a miembros de esa organización.

En árabe, *talaba* significa «estudiar»; de esta voz se deriva el sustantivo *talib* «estudiante»; en plural, el nominativo es *talibun*, el genitivo *talibin* y el acusativo *taliban*. En pashtu, que es uno de los aproximadamente veinte dialectos de la lengua persa hablados en Afganistán y en el que se expresa la etnia pastún, la palabra *tálib* significa «estudiante», y forma el plural *talibán* «estudiantes».

En un primer momento, la prensa en español usó la palabra *talibán* como sustantivo y como adjetivo invariable en género y en número. La invariabilidad se explicó con el argumento de que *talibán* es plural en la lengua original, aunque esto parecía contradictorio con el hecho de que en español también la usaran en singular.

El académico Valentín García Yebra, uno de los primeros en salir al paso del uso de *talibán* como palabra invariable, alegó que *serafín* es el plural de *seraf* y *querubín* (v. querubín) es el plural de *querub* en lengua hebrea y que, sin embargo, en español ambas palabras varían de acuerdo con las reglas de la formación del plural de nuestro idioma. Junto con otros académicos, García Yebra defendió la opinión de que las palabras extranjeras que son aceptadas en el español se rigen por las normas de nuestra lengua.

Este criterio se ha ido imponiendo y la mayor parte de los medios en español

usan hoy *talibanes* para el plural masculino, y *talibana* y *talibanas* para el femenino, en singular y plural, respectivamente, acomodándose de esta manera a la morfología española, pero todavía son numerosos los periódicos de América y de España que siguen usando talibán como invariable.

Talión

Ley del talión es un concepto jurídico por el cual se imponía un castigo idéntico a la falta o delito cometidos. Una de las primeras aplicaciones conocidas de este principio se remonta al código de Hammurabi (unos 1800 años antes de Cristo).

Una de las normas de este código establecía:

[...] si un arquitecto hizo una casa para otro, y no la hizo sólida, y si la casa que hizo se derrumbó y ha hecho morir al propietario de la casa, el arquitecto será muerto [...].

Esta idea se repite cuando se precisa:

Si ella [la casa] hizo morir el hijo del propietario de la casa, se matará al hijo del arquitecto.

El término *talión* es mucho más reciente que el principio jurídico mencionado: fue empleado por los romanos como *talio*, *talionis* «ley del talión», palabra derivada de *talis* «tal», «igual», «similar». Algunos usos: *talionem imponere* «pagar en la misma moneda»; *sine talione* «sin que le hagan lo mismo», «impunemente».

Talismán

La creencia en la magia y en las propiedades mágicas de algunos objetos es una de las convicciones más antiguas del hombre, desde las comunidades primitivas hasta las modernas sociedades de nuestros días.

El origen de la palabra *talismán* se conoce desde los antiguos griegos, aunque los objetos a los que se atribuían propiedades mágicas adquiridas en rituales religiosos son muy anteriores. En la civilización helénica clásica, estos objetos eran conocidos como *télesma* «objeto consagrado», y en griego medieval, como *telesmon*, con el mismo significado: palabras formadas a partir del verbo *telein* «cumplir un ritual», «consagrar».

Sin embargo, *talismán*, registrada por primera vez en el Diccionario de la Real Academia de 1739, no nos llegó directamente del griego sino del persa *tilism* y su plural *tilimat*, a través del francés, lengua en la cual se usaba por lo menos

desde 1637.

Talón

Esta palabra, que designa la «parte posterior del pie», proviene del latín *talonis* «talón», «tobillo».

Talón de Aquiles se dice del punto débil de alguna persona, en referencia al héroe griego Aquiles. Hijo del rey de Tesalia Peleo y de la diosa del océano, Tetis, Aquiles fue el héroe principal de la guerra de Troya, según la narración de Homero en *La Ilíada*. Hay un río en Grecia, el Estigio, cuyas aguas tenían la curiosa propiedad de hacer invulnerable a quien se bañara en ellas. Cuando Aquiles nació, Tetis lo sumergió en sus aguas sosteniéndolo apenas por el talón, que se convirtió así en el único punto vulnerable de su cuerpo. Años más tarde, el héroe griego, «el de los pies ligeros», murió en la guerra de Troya de la única manera posible: de un flechazo en el talón, dando así origen a la expresión arriba citada.

Además de la expresión *talón de Aquiles*, el Diccionario de la Academia registra *apretar alguien los talones*, con el sentido de «echarse a correr por algún caso imprevisto o con mucha diligencia», y *pisarle a alguien los talones* por «seguirlo de cerca».

El Diccionario registra otros dos artículos separados para «talón», pero no los incluimos por tratarse de homónimos de etimología diferente.

Tangerina

Al comienzo, esta variedad de naranja se cultivó en el norte de África y de allí se exportaba a Europa desde el puerto marroquí de Tánger. Por esa razón, se la conocía como *naranja tangerina* hasta que se dejó de lado *naranja* y se la denominó apenas con el gentilicio. Lo mismo ocurrió en inglés, idioma en el cual la fruta era primero llamada *Tangerine orange* y, más tarde, simplemente *tangerine*.

Tango

El nombre del ritmo más popular del Río de la Plata está registrado en nuestra lengua desde 1837, acuñado por el etimólogo cubano Esteban Pichardo, y todo parece indicar que su origen es africano, nacido en alguna de las lenguas traídas a América por los esclavos. Sin embargo, debemos tener presente que ese tango primigenio poco tiene que ver con esta música típica rioplatense, inmortalizada por los uruguayos Carlos Gardel (cantor) y Gerardo Mattos Rodríguez

(compositor).

En efecto, en su *Nuevo diccionario lunfardo*, José Gobello recuerda que, hacia la primera mitad del siglo XIX, se llamaba *tango* a las reuniones de negros que bailaban al son de sus tambores. Para este autor, se origina en la primera persona del singular del presente de indicativo del verbo portugués *tanger*, que significa «tocar un instrumento musical».

Sin embargo, el musicólogo brasileño Nei Lopes cree que el nombre de este ritmo proviene más bien de *tangu*, que en la lengua africana quimbundo designa un movimiento de la pierna en algunos tipos de baile, mientras que otros autores señalan la lengua sudanesa ibibio, en la cual se llama *tamgu* a una danza con tambores.

Corominas se adhiere a la hipótesis del origen africano, pero señala «cierta danza llamada *tangue* que aparece en el siglo XVI en Normandía», aunque él mismo admite que se trata de un vocablo de formación independiente.

Como ocurrió con otras palabras de origen africano, es posible que *tango* haya entrado a Cuba y a Sudamérica en forma separada, aunque con el mismo origen. El *tanguillo*, que hizo furor en Andalucía hacia la segunda mitad del siglo XIX, parece haber llegado desde Cuba, país con el que esta región de España mantuvo siempre intenso intercambio cultural.

Sólo fue en las postrimerías del siglo XIX cuando el ritmo sensual del tango empezó a hacerse oír en los arrabales de Montevideo y de Buenos Aires.

Tantalio

El tantalio es un metal escaso, de número atómico 73, que suele aparecer en la naturaleza en compañía del niobio. Fue descubierto por el sueco Ekeberg en 1802. Se usa en la fabricación de materiales quirúrgicos y prótesis debido a su característica más saliente, su notable resistencia a la corrosión, que le valió el nombre.

En efecto, este metal se llama así en alusión a Tántalo, rey de Frigia, extremadamente rico, hijo de Zeus y de Pluto, hija de Cronos o de Atlas. En la mitología griega, Tántalo era admitido en las fiestas de los dioses, pero cometió el error de contar a los hombres los secretos que oía en ellas y, como castigo, fue condenado a quedarse en los infiernos, sumergido por toda la eternidad en agua hasta el cuello, pero sin poder beberla porque el líquido huía cada vez que intentaba tocarlo con su boca. Este castigo, que se llamó *suplicio de Tántalo*, fue la razón del nombre *tantalio*, debido a la resistencia del metal a absorber los ácidos en que se lo introduce.

Este mito sirvió también para bautizar el otro metal mencionado más arriba, de número atómico 41, que adquirió su nombre en alusión a Níobe, la hija de Tántalo que siempre acompañaba a su padre, pues el niobio se halla siempre junto al tantalio.

Tañer

Se deriva del latín *tangere*, «tocar», con el sentido de «ejercer el sentido del tacto» y llegó al castellano con el *Cantar de Mio Cid*. A pesar de que en español mantuvo en un comienzo la denotación latina de *tangere*, el uso de *tañer* se fue especializando gradualmente en el sentido de «tocar campanas o instrumentos sonoros».

En castellano, *tangere* conservó su significado original al perpetuarse en palabras como *tangente* (la línea que toca en un punto otra figura geométrica) y *tangible* (lo que se puede tocar).

Tarantela

La temible araña de Tarento, abundante en toda la región italiana de Apulia, era llamada *tarantula* por los latinos y, posteriormente, *tarantella* o *tarantola* en italiano. La ponzoñosa picadura de esta araña causa un estado de melancolía que dura varios días, a raíz de lo cual surgió una creencia según la cual sólo era posible librarse de ese mal ejecutando los movimientos ágiles y alegres de la danza popular napolitana que se baila en compás de seis por ocho y que hoy conocemos como *tarantela*.

Tatuaje

Esta palabra nos llegó del inglés *tattoo*, tomada del tahitiano *tato* «tatuar». Fue registrada por primera vez en Tahití por el inglés James Cook en 1769, durante su viaje a diversas regiones del Pacífico. Entre los maoríes de Nueva Zelanda, se usa el verbo *ta* con el significado de «tatuar» y se cree que de allí puede derivarse la voz tahitiana.

El hábito de grabar dibujos en la piel en forma permanente, con tinta o con cicatrices, proviene de la más remota Antigüedad. Una leyenda cuenta que los descendientes de Caín tenían un brazo tatuado. Se cree que ciertas marcas halladas en la piel del Hombre de hielo, un cadáver momificado de hace 5300 años, son huellas de tatuaje; si efectivamente lo fueran, constituirían la prueba más antigua que se conoce de esta práctica.

También se hallaron tatuajes en momias egipcias y nubias de hace 4000 años, y

su uso fue mencionado por autores clásicos con relación a tracios, griegos, galos, germanos y bretones. Los romanos tatuaban a criminales y esclavos, pero esa práctica quedó prohibida a partir del advenimiento del cristianismo porque se consideraba que el tatuaje alteraba la creación divina.

Taxímetro

En los últimos años del siglo XIX, aparecieron en Francia los primeros taxímetros, así llamados porque quienes los usaban pagaban una *tasa* o *tarifa*, en francés *taxe* «tasa», voz que se unió a *mètre*, del griego *métron* «medida». El etimólogo francés Albert Dauzat verificó el uso de esta palabra, primero como *taxemètre* y más tarde como *taximètre*, en 1906, pero estudiosos de lengua inglesa admiten que la palabra *taximeter* fue tomada del francés y usada ya en 1898.

En español, primero se llamó *taxímetro* al aparato medidor, pero más tarde se extendió también al vehículo de alquiler equipado con taxímetro y, finalmente, la palabra se abrevió a *taxi*, más usada en la actualidad.

La voz francesa *taxe* proviene del verbo latino *taxare* «evaluar», «estimar» y éste, a su vez, del griego *tachýs* «tasa». En cierta época, los penalistas romanos usaban *taxare* con el sentido de «evaluar la pena que corresponde a un delito».

Té

Arbusto originario del Extremo Oriente, de la familia de las teáceas, que crece hasta cuatro metros de altura, con hojas perennes, alternas, elípticas, puntiagudas, dentadas y coriáceas de seis a ocho centímetros de largo y tres de ancho. Tiene flores blancas, axilares y con pedúnculo, y fruto capsular, globoso, con tres semillas negruzcas. También se llama *té* la hoja de este arbusto seca, arrollada y tostada ligeramente, y la infusión hecha con esas hojas. Asimismo se denomina *té* a la reunión de personas que se celebra por la tarde y durante la cual se sirve un refrigerio del que forma parte el té.

El aromático sabor de este arbusto llegó a nosotros precedido por una historia milenaria, que los investigadores sitúan en China alrededor de 2700 a. de C., debido a la necesidad de hervir, por razones de higiene, el agua que se bebía. Probablemente, alguien descubrió que si se agregaban algunas hojas del arbusto *Camelia sinensis* antes de llevar el agua al fuego, la bebida adquiriría un aroma más agradable.

El gusto por el té se fue difundiendo poco a poco por Oriente, pero en aquella época las costumbres evolucionaban muy lentamente, por lo que hasta 3500 años más tarde la planta no empezó a ser cultivada en el Japón, desde donde el

hábito de beber té en algunas ceremonias sociales y religiosas de especial significación se extendió hacia otros países asiáticos.

Con la era de los descubrimientos, el té fue llegando lentamente a Europa, pero sólo se impuso como costumbre en las primeras décadas del siglo XIX. La tradición inglesa de beber té por la tarde fue inaugurada hacia 1840 por la duquesa de Bedford; el hábito arraigó de tal manera que, en la segunda mitad del siglo XX, el Reino Unido consumía la quinta parte de la producción mundial de té. En esa época ya se conocían otras variedades del arbusto; actualmente existen ochenta y dos, con diferentes sabores y colores.

El nombre de la infusión en el dialecto amoy del sudeste de China era *t'e*; de esa lengua pasó al malayo *teh*, de donde lo tomaron los holandeses en su forma *thee* y lo introdujeron en Europa. Así llegó al inglés *tea*, al francés *thé*, al alemán *Tee* y al sueco *te*. En mandarín la bebida se llamaba *c'a*, forma que en 1565 llegó al portugués como *chá*, nombre que se mantiene hasta hoy en ese idioma, y al castellano como *cha*, según documentos a partir de 1610. Sin embargo, bajo el influjo de las principales lenguas europeas de la época, los españoles acabaron por incorporar la forma *te*, que aparece en la primera edición del Diccionario de la Real Academia (1739), junto con el afrancesado *the*. Sólo en la edición de 1832 el nombre de la bebida adquirió el acento diacrítico que hasta hoy lo diferencia del pronombre personal *te*.

Teatro

El teatro moderno proviene de las realizaciones dramáticas de la antigua Grecia, que tuvieron su origen en las fiestas anuales del dios Dionisos, de las cuales hay documentos a partir del siglo VI a. de C.

La primera obra crítica sobre literatura y teatro es la *Poética* (330 a. de C.), de Aristóteles, quien afirmaba que la tragedia griega se había originado en los *ditirambos*, que eran himnos corales en homenaje a Dionisos en los que, generalmente, se contaba una historia. La tradición griega afirmaba que el director de un coro del siglo VI a. de C. había creado el *drama* al separar por primera vez al personaje principal del resto del coro, con lo que abrió el camino para la entrada de otros actores y personajes.

La palabra *teatro* llegó a nosotros a partir del latín *theatrum*, proveniente del griego *theatron*, que se derivó, a su vez, del verbo *theasthai* «mirar», «observar», «contemplar».

Televisión

Los nombres de las primeras invenciones de la era de la electrónica, surgidas a fines del siglo XIX y durante las primeras décadas del siglo XX, se formaron, en su mayoría, con palabras tomadas del griego clásico. Como la electrónica permitió hablar con lugares lejanos, ver personas que no se hallaban presentes o paisajes distantes, así como enviar noticias y mensajes instantáneos hacia otras tierras, la palabra griega *tele* estuvo presente en muchas de ellas, por ejemplo, en *teléfono*, *telégrafo* y *televisión*, a imitación de lo que había acontecido algunos siglos antes con *telescopio*.

Etimológicamente, *televisión* significa «visión a distancia», así como *teléfono* es «sonido a distancia», y *telégrafo*, «escritura a distancia»; en todos ellos está presente el elemento compositivo *tele-*, correspondiente al adverbio griego *tele* «lejos», «a lo lejos». Y en el caso concreto de *televisión*, además se compone de *visión*, término procedente del latín *visio*, *-onis* «visión», «vista», derivado de *visus* «visto», participio de *videre* «ver», con origen en el indoeuropeo *weid-* «ver».

El Diccionario de la Real Academia registró por primera vez *televisión* en su edición de 1936: «Transmisión de la imagen a distancia, valiéndose de corrientes eléctricas». En época más reciente, con el surgimiento de las computadoras y de la Internet, ha surgido *teletrabajo*, para designar el «trabajo realizado lejos de la oficina», pero en el caso de la enseñanza, por alguna razón, se ha preferido *educación a distancia*.

Temperatura

Cuando decimos que la temperatura está templada estamos incurriendo en una redundancia, puesto que el vocablo latino *temperatura* proviene del verbo *temperare* «templar», «modelar», «regular en valores adecuados». Para los latinos, la palabra *temperatura* no aludía sólo a la medida del frío o el calor, sino que se usaba, además, con el sentido de «mezcla en la proporción adecuada», pero también la empleó Séneca con el significado de «complexión».

En español, *temperare* dio lugar asimismo al verbo *templar* y su derivado *temple*, que «expresa el grado de dureza de un metal o de un vidrio templado». La temperatura es una medida que puede alcanzar valores muy elevados o extremadamente bajos, de modo que este vocablo no heredó el gene de *temperare*, que indica moderación, pero sí lo hallamos en *templado* y *templanza*, palabras todas del mismo origen.

En castellano tenemos también el verbo *atemperar*, que significa «templar» o «acomodar una cosa con otra». En portugués se usa asimismo el sustantivo *tempero* «condimento», que encierra en su significado la idea latina de «cosas

que deben ser mezcladas en la proporción adecuada».

Templario

La Orden de los Caballeros Templarios u Orden del Temple era una organización militar fundada en 1118 en Jerusalén por los caballeros franceses Hughes de Payns y Godofred de Saint Omer con la finalidad de dar protección a los peregrinos que visitaban Palestina después de la Primera Cruzada. Tras la caída de Jerusalén en manos de los musulmanes en 1187, los templarios se trasladaron sucesivamente a Antioquía, a Cesarea y a Chipre.

Merced al permanente flujo de dinero y de suministros que mantuvieron con Europa, los templarios amasaron una vasta fortuna y se convirtieron en banqueros de algunas de las principales casas reales europeas. Esto les valió un poder considerable, que dio lugar a numerosas historias que circulan hasta hoy, pero también les granjeó la envidia de miembros del clero y la nobleza. Y acabaron perseguidos, arrestados y quemados en la hoguera como herejes. Su fortuna se repartió entre el rey de Francia Felipe IV el Hermoso y Eduardo II de Inglaterra.

Los templarios tomaron su nombre del Templo de Salomón, del cual se proclamaban guardianes. La palabra española *templo* se derivó del latín *templum*, que designaba un «lugar generalmente amplio desde donde los augures podían contemplar el vuelo de las aves». Con el tiempo, fueron adquiriendo este nombre los lugares consagrados a los dioses, y algunos autores clásicos llamaron así también al Senado romano o a la tribuna de este cuerpo. Se cree que la palabra latina deriva de la raíz indoeuropea *tem-* «cortar», puesto que el *templum* de los augures era un lugar que había sido *elegido* o *recortado* para ese uso.

Cabe acotar que la Orden del Temple se llamó así en español, y no *del Temple*, por calco del francés *temple* «templo».

Tenis

Hacia fines del siglo XIX, el militar inglés Walter Clopton Winfield afirmaba que había creado este deporte, al que denominó *sphairistiké*, que era el nombre de un antiguo juego griego. Sin embargo, muchos consideran que Winfield sólo se limitó a hacer una adaptación de juegos como el *jeu de paume*, *squash* y *badminton* para canchas al aire libre.

El nombre adoptado por Winfield acabó por no prosperar, puesto que se prefirieron *tenes*, *teney* y, finalmente, *tennis*, a partir del francés *tenez*, voz del verbo *tenir*, que en este caso significa algo semejante a «recibir» o «contener» la pelota. En efecto, en los primeros tiempos, el jugador que ejecutaba un saque

gritaba a su rival «¡tenez!», para avisarle que le enviaba el balón.

Terapéutica

Palabra hallada en castellano a partir de 1555, cuando apareció en *Dioscórides*, de Andrés de Laguna, una obra que trataba de las prescripciones de Dioscórides, botánico y farmacólogo griego del siglo I d. de C.

La palabra *terapéutica* fue tomada por Laguna del bajo latín *therapeutica*, -orum «tratados de medicina» y éste, del griego *therapeutikos*, el «trabajo del sirviente encargado de cuidar a alguien», derivado de *therapein* «cuidar». En español la palabra tuvo siempre connotación de cuidados médicos y, más recientemente, psicológicos.

Si terapéutica es la parte de la medicina que se ocupa del tratamiento de las enfermedades, terapia —del griego *therapeia*— es cada una de las técnicas específicas de tratamiento enseñadas por la terapéutica. Terapeuta (del griego *therapeutes* «siervo») es el especialista que aplica cada una de esas técnicas.

Terrorista

Los latinos utilizaban el verbo *terrere* con el sentido de «espantar, aterrar, causar terror» o sea, «miedo muy intenso». No cabe la menor duda de que esta práctica fue utilizada por políticos y guerreros en todas las épocas de la historia humana, como ocurrió en el siglo XII con la secta chiita de los «asesinos» (v. asesino), pero los historiadores sólo se dieron cuenta de esto a partir de cierto período de la Revolución francesa (abril de 1793 hasta julio de 1794), que pasó a la historia bajo el nombre de Reinado del Terror.

El alcance del adjetivo *terrorista*, que ingresó al Diccionario de la Academia en 1884, debería ser precisado, puesto que muchas veces ha sido objeto de un empleo abusivo por razones políticas. Si una organización política de cualquier signo mata civiles indistintamente para infundir el terror, puede ser calificada como terrorista, pero si un grupo de personas se levanta en armas contra un gobierno, sin matar civiles de manera indiscriminada, puede ser caracterizado como «rebelde, sedicioso, revolucionario» o «subversivo», pero no como terrorista.

Cuando el terror es practicado desde el gobierno se habla de *terrorismo de Estado*, como ocurrió durante los gobiernos de Hitler, Stalin y Pinochet.

Terso

Significa «limpio, pulido, de aspecto imaculado», y está registrado en nuestra

lengua desde 1438.

Terso se deriva del latín *tersus*, que es el participio pasivo del verbo *tergere* «pulir», «limpiar», «bruñir frotando» y, en sentido figurado, «perfeccionar». A partir del verbo *tergere*, se formó también en nuestra lengua la palabra *detergente* «sustancia empleada para limpiar».

Tertulia

El escritor cristiano Quinto Septimio Florencio Tertuliano nació en Cartago en el año 155, hijo de padres paganos que le costearon una sólida formación en derecho, la cual le valdría una notable fama como jurista en Roma. A los cuarenta años se convirtió al cristianismo y volvió a su ciudad natal donde se dedicó a difundir la nueva fe y se transformó en un importante autor eclesiástico.

En el siglo XVII se puso de moda aludir a Tertuliano en los cenáculos culturales de Madrid y, por asociación, se dio el nombre de *tertulia* a la parte del teatro donde se sentaban estos espectadores —hasta entonces llamada *desván*— y también a las reuniones de eruditos.

A fines del siglo XVII, el padre Diego Calleja escribía:

[...] los que por alusivo gracejo llamamos tertulios, que sin aver cursado por destino las Facultades, con su mucho ingenio y alguna aplicación suelen hazer, no en vano, muy buen juicio de todo.

Corominas y Pascual sugieren que a esa moda puede haber contribuido un juego de palabras que se hacía con el nombre *Tertullius*, que podía ser leído como *ter Tullius* (el que vale tres veces más que Tulio, o sea, Cicerón). Este juego de palabras se originó en la corrupción de un pasaje de san Agustín en el cual *philosophaster Tullios* se convirtió, por error o por broma, en *philosophus ter Tullius*.

Testamento

Aparece por primera vez en nuestra lengua en los poemas de Gonzalo de Berceo, proveniente del latín *testamentum*, derivado del verbo *testari* «testar», «hacer testamento», debido a que para hacer un testamento es imprescindible la presencia de testigos (v. testigo y testículo).

El nombre Antiguo y Nuevo Testamento para designar las partes en que se divide la Biblia proviene de un error de los traductores latinos de la versión griega de la Biblia, quienes tradujeron como *testamentum* la palabra griega *diatheké*, que podía significar, en realidad, dos cosas: «deseo» o «voluntad», y

también «acuerdo» o «convenio». El nombre de la Biblia en griego se refiere al antiguo y al nuevo convenio de Dios con los hombres y no a un testamento, lo que no tendría el menor sentido. Pero las religiones conservan el nombre, tal vez por tradición.

Testarudo

Muchos creen que es una palabra compuesta por «testa» y «rudo» o por «testa» y «duro», y de hecho, en el habla popular cubana no es raro oír *testaduro*. El vocablo proviene del antiguo *tiesta* «cabeza» más un sufijo que está presente en numerosas palabras catalanas y que parece haber sido tomado de ese idioma.

Sin embargo, la historia de las palabras no siempre es simple y lineal; en realidad, raramente lo es. En la formación de *testarudo* cuenta también la influencia de una de las acepciones de *atestar*: «llenar una cosa hueca apretando lo que se mete en ella», que deriva, a su vez, de uno de los antiguos significados de *tiesto*: «tieso, duro, inflexible». *Tiesto*, que nos llegó del latín *testum*, también tenía por entonces su significado actual de «vasija de barro».

Y con el tiempo, tal vez por la obstinación que se puede asociar al hecho de tener que apretar lo que se mete para lograr que entre en el recipiente, *atestar* pasó a significar también «obstinarse», como nos indica el *Diccionario Histórico*, de J. de Pineda (1589). En el mismo diccionario, *atestado* figura como sinónimo de *testarudo*.

Sancho Panza emplea *testarudo*, en la segunda parte del *Quijote*, cuando dice:

Yo soy del linage de los Panças, que todos son testarudos, y si vna vez dizen nones, nones han de ser, aunque sean pares, a pesar de todo el mundo.

En cuanto a la palabra del bajo latín *testa*, fue usada en el siglo XIII por Berceo como *tiesta*, pero retornó a su forma original con Garcilaso (1535), y está en el origen de las palabras *tête*, en francés y *testa* en italiano y en portugués.

Testículo

El testículo es un pequeño testigo de la virilidad de un hombre. No es raro (y nunca lo fue desde la más remota Antigüedad) que los padres muestren a sus amigos los testículos de sus bebés, como prueba de la condición viril de sus herederos varones.

En latín, *testiculos* es un diminutivo de *testis* «testigo».

Testigo

Según el Diccionario es la «persona que da testimonio de algo» o «la que presencia o adquiere conocimiento directo y verdadero de algo».

Proviene del latín *testis* «atestiguar», que procede, a su vez, del prefijo *tris-*, de las lenguas prehistóricas indoeuropeas, el mismo que también da origen a la voz inglesa *tree* «árbol». La idea subyacente hace referencia a un tercero que está al margen de un convenio entre dos personas, como si fuera un árbol, de modo que está en condiciones de actuar como testigo imparcial. Desde los tiempos más remotos, la principal función de los testigos era asegurar la legitimidad de un *testamento**: la voluntad expresada ante *testigos* por una persona para después de su muerte.

De *testis* provienen también *testículo* (v. testículo) y *detestar*, que originalmente significaba «expulsar a alguien mediante imprecaciones, poniendo a los dioses por testigos».

Tiburón

No hay certeza sobre el origen del nombre de este temible escualo, capaz de destruir un miembro del cuerpo humano sólo con el roce de su piel escamosa y dura, o de amputarlo con su poderosa dentadura. Conocido en portugués como *tubarão* y en catalán como *tauró*, el tiburón puede haber tomado su nombre del tupí guaraní *uperú*, precedido por una *t* que en esa lengua amerindia cumple la función de artículo.

Tic

Por razones que son neurológicas a veces y meramente psicológicas otras, algunas personas sufren contracciones involuntarias de músculos o de grupos de músculos del rostro, por lo general, que han sido denominadas mediante la voz de origen francés *tic*, de creación expresiva.

En medicina, el tic se define como «una vocalización o movimiento súbito, rápido, recurrente, no rítmico y estereotipado».

Tiempo

Esta voz proviene del latín *tempus*, *temporis* y fue empleada en castellano en su forma actual en el Fuero de Avilés (1155), por la misma época en que surgió el derivado *temprano*, formado a partir de *temporanus*, un adjetivo que en latín

vulgar se aplicaba a aquello que *se hace a tiempo*. Un cultismo de la misma familia es *tempestad*, construida a partir del latín *tempestatis*, del mismo significado; otro, con el prefijo *con-*, es *contemporáneo*. También pertenece a esta familia de palabras *temporada*, «período que se repite en forma estacional».

Tifón

Un estudiante de mandarín, la melodiosa lengua de los chinos, aseguró hace algún tiempo al autor que la palabra *tifón* provendría del mandarín *tai fung* o del cantonés *taai feng*, que significan «gran viento». Esta equivalencia es correcta tanto en chino como en cantonés, y la etimología parece confirmarse, sobre todo con la definición que la Academia Española ofrece para *tifón*: «huracán en el mar de la China». La existencia de un huracán con nombre tan específico, sumado a las palabras chinas que lo designan, parecería confirmar este origen. Sin embargo, lo cierto es que se trata de una etimología falsa.

En efecto, sabemos que hace dos mil años los latinos ya utilizaban la palabra *typhon* para referirse, no necesariamente a un huracán, sino sólo a un viento fuerte, a un vendaval. En los primeros años de la era cristiana, Plinio el Viejo y Lucio Apuleyo usaron *typhon* con ese sentido y, casi en la misma época, el poeta épico latino Valerio Flaco llamaba así a las tormentas eléctricas que venían acompañadas por vientos fuertes. Pero la palabra tampoco es de origen latino, pues ya los griegos llamaban *typhon* a los torbellinos de viento antes que lo hicieran los romanos. Habían formado este vocablo a partir de *typhos* «vapor de agua», y así llegamos a la etimología más antigua que se conoce de *tifón*.

Sin embargo, un enigma permanece en pie. ¿Cómo podría una palabra haber nacido al mismo tiempo en civilizaciones tan distantes y completamente aisladas entre sí? Se sabe con certeza que ni los romanos ni (mucho menos) los griegos sospechaban siquiera la existencia de China y que faltaban más de mil años para que Marco Polo pudiera llegar a Catay, como los europeos llamarían inicialmente al Celeste Imperio.

Todo indica que *tai fung* y *taai feng* no son tan antiguas en China, adonde habrían sido llevadas, en realidad, por los colonizadores británicos o portugueses, que bautizaron los huracanes del mar de la China con la palabra inglesa *typhoon* o con la portuguesa *tufão*. Los hablantes del mandarín y del cantonés, simplemente, adaptaron el vocablo europeo a sus lenguas milenarias, como hicieron con tantas otras palabras que les llegaron de Occidente.

Tijera

Es un instrumento formado por dos hojas de acero, que son cuchillas de un solo

filo, y con un ojo para pasar los dedos en el remate de cada mango. Estas hojas giran alrededor de un eje que les sirve de traba y, al cerrarlas, cortan lo que se pone entre ellas.

La palabra *tijera* o *tijeras* aparece por primera vez en español en el *Cantar de Mio Cid*, más precisamente en el verso 1240 del segundo poema, «Cantar de las bodas», en uno de los varios pasajes en que se destaca la lealtad que el héroe profesaba a su rey, una de las virtudes más apreciadas en su tiempo:

Por amor del rey Alffonso que de tierra me a echado
nin entrarie en ela tigeria ni un pelo non avrie tajado,
e que fablassen desto moros e christianos

Las primeras tijeras se hicieron para la esquila; de ahí su nombre, que deriva del latín *forfices tonsorias*, precisamente *tijeras de esquilar*, nombre que, a su vez, proviene de *tondere* «esquilar». En castellano se dijo también en algún tiempo *tiseras*, presumiblemente por contaminación con el francés *ciseaux*, que proviene, a su vez, del cruce de *caesorium* «de cortar» con *incisus* «cortado».

Tilde

Tres significados tiene esta palabra en nuestra lengua: a) cualquier signo que se coloque sobre las letras para modificarlas, tales como la virgulilla que ponemos sobre la ñe, el acento agudo del español, el grave de los franceses y el circunflejo que, a modo de sombrerito, se pone sobre algunas vocales en francés y en portugués. Entran también en esta acepción la diéresis sobre la ü, que compartimos con el portugués y el alemán, entre otros idiomas; la que en muchas lenguas europeas se pone sobre la ö y la ä, y la cedilla, que, al menos en francés y en portugués, se escribe debajo de la c; b) también significa «cosa de poca importancia, bagatela», y c) se usa con el sentido de «tacha» o «mancha denigrante», aunque el Diccionario académico nos informa que este último uso no es muy común actualmente. En los seis países de habla portuguesa, la virgulilla que se pone sobre la *a* y sobre la *o*, como en *nã*o, se llama *til*.

Este nombre genérico *tilde* que se aplica a tantos signos ortográficos proviene del latín *titulus*, que en la lengua de los césares tanto podía significar «rótulo» como «anuncio» o «etiqueta». Corominas afirma que *tilde* surge en el romance peninsular como un duplicado semipopular de *título*, aunque no explica de forma precisa qué significa semipopular con referencia a esa época en que la escritura era patrimonio de muy pocos. Sin embargo, ya en 1433, Enrique de Villena señalaba que se pronunciaba «la n e tilde [o sea, la ñe], firiendo

muelmente en los dientes medio cerrados».

La forma catalana medieval *title* «tilde» se repite en el inglés *title* «título», pero en occitano antiguo apareció *tille* y *tile*, de donde se derivó el portugués *til*, por analogía con el plural *tiles*.

Tiquismiquis

Cabe pensar que los monjes medievales, encerrados en sus monasterios, con el pensamiento limitado por los muros de la filosofía escolástica, mantenían entre sí conversaciones triviales, limitadas a la vida cotidiana. La expresión *discusión bizantina* o *bizantinismo* alude a las discusiones vacías que algunos afirman que eran comunes en la Iglesia en los tiempos del Imperio romano de Oriente. Se dice que, cuando los otomanos estaban a punto de tomar Bizancio, los dignatarios eclesiásticos y los gobernantes estaban ocupados en discutir el sexo de los ángeles.

En esas discusiones se hizo habitual la expresión *tichi michi* «para ti, para mí» en latín vulgar, formada a partir del latín clásico *tibi*, *mihi*. Hacia mediados del siglo XVII, surgió en español el vocablo *tiquismiquis* para referirse a «reparos o escrúpulos por motivos de ínfima importancia» o a «modos corteses ridículamente afectados».

Tirano

En los tiempos que corren, llamamos *tirano* al dictador, al sujeto que se apodera del aparato de Estado para gobernar como mejor le parezca y convenga, guiado sólo por su voluntad.

Sin embargo, el primer tirano de la historia, Pisístrato, que rigió Atenas entre 561 y 527 a. de C., no fue tan malo. Administrador moderado, Pisístrato gobernó con benevolencia y se granjeó la simpatía de los atenienses. Embelleció la ciudad mediante la construcción de los templos de Zeus Olímpico y de Apolo, así como con el Liceo. Abrió caminos, hizo un acueducto e inauguró nuevos mercados. Fue el primer gobernante de la historia que ordenó escribir los poemas de Homero. A su muerte, lo sucedieron sus hijos, Hippias e Hiparco, quienes gobernaron hasta 510 a. de C.

Para los griegos, un *tyrannus* era un líder que derrotaba a la aristocracia y se alzaba con el poder, pero no era necesariamente un déspota.

Titán

En castellano llamamos *titán* a una «persona de fuerza excepcional» o, en

sentido figurado, a una «grúa gigantesca», construida para levantar pesos grandes. La palabra proviene del latín *Titan* y ésta, del griego *Titanes*. Hesíodo afirmaba que este nombre procedía del vocablo griego *titaínontas* «los que extienden demasiado los brazos», lo cual, en una etimología popular, haría de ellos «los vengadores».

Titanes era el nombre genérico de los dioses griegos de la primera generación, los seis hijos de Urano y Gea (o Gaya): Océano, Ceos, Crío, Hiperión, Jápeto y Cronos. El más joven de ellos, Cronos, fue el padre de los primeros dioses olímpicos, uno de los cuales, Zeus, se haría con el poder tras arrojar a su padre y a sus tíos a las tinieblas del Tártaro.

Títere

(V. marioneta).

Es palabra de etimología desconocida, aunque empleada desde muy antiguo en español. Corominas refiere varias de las propuestas formuladas, pero acaba por preferir la de Covarrubias, que reproducimos del original, con ortografía actualizada:

[...] los maestros que están dentro, detrás de un repostero y del castillo que tienen de madera, están silbando con unos pitos, que parece hablar las mismas figuras, y el intérprete que está acá fuera declara lo que quieren decir, porque el pito suena ti ti y se llaman títeres.

En el Quijote aparece *titerero*, palabra que todavía figura en el diccionario, aunque hoy se prefiere *titiritero* para designar al artista que maneja los títeres:

—Éste es un famoso titerero, que ha muchos días que anda por esta Mancha de Aragón enseñando un retablo de Melisendra, libertada por el famoso don Gaíferos, que es una de las mejores y más bien representadas historias que de muchos años a esta parte en este reino se han visto.

Toalla

Se trata de una antigua palabra germánica, que puede haber llegado al castellano a través del portugués *toalha* o bien del catalán *tovalla* o, aun, del italiano *tovaglia*. En castellano antiguo se usó *toaja*, *tobaja* y *tovaja*.

El vocablo original sería el germánico *thwahljo* «baño», que aparece también en el gótico *twahl* «baño» y en el escandinavo antiguo *thvâl* «jabón».

En el lenguaje deportivo se usa la expresión *tirar la toalla* o *arrojar la toalla*

para denotar la costumbre de que el cuidador de un púgil arroje una toalla sobre los boxeadores para dar por terminada la pelea cuando su pupilo está en inferioridad de condiciones. Por extensión, ambas expresiones se usan también en el lenguaje general con el sentido de «darse por vencido».

Tomate

Cuando los conquistadores españoles llegaron a lo que hoy es México, quedaron fascinados por el color rojo del *Lycopersicon pimpinelli*, que los aztecas llamaban *tomatl* en lengua náhuatl, y en poco tiempo lo incorporaron a sus ensaladas como ingrediente insustituible, y lo denominaron *tomate*, palabra que está documentada en textos castellanos a partir del siglo XVI.

Los indios taxcaltecas y cempoaleses tuvieron aquel día por muy festival, porque no dexaron cuerpo de aquellos señores que no comiesen con chile y tomate. (F. Cervantes de Salazar: Crónica de la Nueva España [1544])

La palabra aparece por primera vez en castellano en 1532, en un texto de fray Bernardo de Sahagún. Sin embargo, en 1571, otro fraile, Alonso de Molina, publica su documentado *Vocabulario castellano mexicano*, en el cual *tomatl* aparecía todavía con su forma nahaua, definido como «cierta fruta que sirve de agraz en los guisados o salsas».

Este nombre se mantuvo en portugués y en francés, además del inglés *tomato*, pero los italianos, maravillados por el color dorado que el tomate presenta durante su maduración, lo llamaron *pomo d'oro* «manzana dorada» y también *pomodoro*.

Como durante mucho tiempo se atribuyó a este fruto un poder afrodisíaco, los franceses lo llamaron *pomme d'amour* «manzana del amor». Sin embargo, hay quien afirma que este nombre se debe a otra razón: durante muchos años, la berenjena fue llamada en francés *pomme des Mours* «manzana de los moros» porque se usaba mucho en la culinaria árabe, de modo que *pomme d'amour* puede ser una forma corrompida de este nombre. Esta afirmación se ve fortalecida por el hecho de que los franceses utilizaron el tomate durante mucho tiempo sólo como planta meramente decorativa, por lo que mal podrían haber experimentado sus supuestas propiedades afrodisíacas.

Toronja

Fruta cítrica europea semejante al pomelo (v. pomelo) americano. El Diccionario de la Real Academia menciona que en el Uruguay se usa también para referirse en forma jocosa o irónica a una nariz grande o torcida.

El nombre de la fruta, registrado en español por lo menos desde 1335, proviene de la voz árabe peninsular *turunga* y ésta, del árabe clásico *turungah*, que procede, a su vez, del persa *torang*, originada en el sánscrito *matulunga*.

Torpedo

En tiempos del Imperio romano, ser alcanzado por un torpedo debía ser una experiencia desagradable, pero no tan traumática como hoy en día. En efecto, *torpedo* era para los romanos el nombre de un pez de forma alargada, capaz de causar choques eléctricos para defenderse. Como esos choques podían dejar atontadas a sus víctimas, surgió en el propio latín una nueva acepción de *torpedo*, con el sentido de «atontamiento, entorpecimiento».

Los latinos no conocieron, como es obvio, las anguilas de la cuenca amazónica, pero consta que sabían del pez gato o tremielga de la cuenca del Nilo y de la raya eléctrica, también llamada *pez torpedo*.

A comienzos del siglo XIX, el inventor norteamericano Robert Fulton desarrolló un artefacto mecánico que estallaba al hacer contacto con un barco y lo llamó *torpedo*, porque le recordaba el pez del mismo nombre. Pero fue el ingeniero británico Robert Whitehead quien inventó el torpedo como arma con movimiento propio, impulsado por un dispositivo de aire comprimido que le permitía desplazarse a siete kilómetros por hora.

Tortícolis

Término médico empleado en español desde mediados del siglo XIX para referirse a las contracturas que se producen en los músculos de la nuca e impiden girar la cabeza u obligan a permanecer con el cuello torcido. Proviene del italiano *torti colli* «cuellos torcidos», que también dio lugar al término portugués *torcicolo*, de idéntico significado.

Tortuga

En la mitología griega, el Tártaro era la región más profunda del mundo, situada por debajo del propio infierno (Hades). Para Hesíodo y para Homero, entre el Tártaro y el infierno mediaba la misma distancia que hay entre el cielo y la Tierra. Fue allí donde Urano encerró a los hijos que tuvo de Gea, de donde Zeus los liberó para luchar contra los titanes y los gigantes. Poco a poco, el Tártaro se fue confundiendo para los griegos con el propio infierno y, entonces, lo imaginaron poblado por demonios y figuras temibles. Los griegos los denominaron *tartaroukos*, que llegó al latín tardío como *tartaruchus*. Los

primeros cristianos tomaron la tortuga, que vive en el barro, como personificación del demonio y del mal en general. Así, este animal se llamó *tartaruga* en italiano y *tortuga* en portugués y en español.

Tóxico

El significado etimológico que se esconde detrás de esta palabra es el de «flecha envenenada», que se origina en el griego *toxon* «arco». Esta denotación original no se mantuvo en castellano, pero permaneció en el cultismo inglés *toxophily*, que designa a la arquería, el arte de los arqueros, sin referencia alguna a veneno.

De *toxon* se derivó, aun en griego, el adjetivo *toxikós* «referente a arcos y flechas», que más tarde daría lugar a *toxikón* «veneno para poner en las flechas» y al latín *toxicum* «veneno».

La palabra se introdujo al castellano como *tósigo*, forma hoy considerada anticuada, bajo la cual aparece en el *Tesoro de la lengua castellana*, de Covarrubias. La forma actual, *tóxico*, se consideró culta durante largo tiempo. Utilizada por fray Luis de León y por santa Teresa de Ávila, y consagrada a fines del siglo XIX como término médico, sólo se incorporó al Diccionario académico en la edición de 1925.

Trabajo

Si el trabajo es para usted una tortura, sepa que se trata de un concepto tan antiguo como el origen de la palabra, que no proviene del latín *labor*, que nos dio *labor*, *laborable* y *laboratorio*, sino de *tripalium*, que era el nombre de un temible instrumento de tortura.

Tripalium «tres palos» es un vocablo del bajo latín del siglo VI de nuestra era, época en la cual los reos eran atados al *tripalium*, una especie de cepo formado por tres maderos cruzados donde quedaban inmovilizados mientras se les azotaba.

De *tripalium* derivó inicialmente *tripaliare* «torturar» y, posteriormente, *trebajo* «esfuerzo», «sufrimiento», «sacrificio».

Trebajo evolucionó hacia *trabajo*, vinculándose poco a poco con la idea de labor. Lo mismo ocurrió en francés, lengua en la cual *tripalium* derivó en *travail* «trabajo», vocablo al cual los ingleses dieron la forma *travel* y un nuevo significado, asociándola primero a la idea de «viaje cansador» y, más tarde, simplemente, a «viaje».

Tragedia

«Obra dramática cuya acción presenta conflictos de apariencia fatal, que mueven a compasión y espanto, con el fin de purificar estas pasiones en el espectador y llevarlo a considerar el enigma del destino humano. Obra dramática, literaria o artística en la que predominan algunas características de la tragedia. Suceso de la vida real capaz de suscitar emociones trágicas».

Palabra originada en la antigua Grecia como *tragoidía*, que significaba «canto de un macho cabrío», de *tragos* «macho cabrío» y *oidé* «canto». Se cree que este significado se originó en el coro del teatro griego, cuyos participantes se presentaban ante el público vestidos como sátiros (v. sátiro). Éstos eran divinidades campestres con figura de hombre barbado, orejas y patas cabrunas, y cola de caballo o de chivo, como hemos señalado en la entrada correspondiente.

A partir de autores dramáticos como Esquilo, Sófocles y Eurípides, el teatro griego presentó conflictos generalmente fatales para los protagonistas, con el objeto de sacudir y conmover al espectador a fin de hacerlo reflexionar sobre el destino humano. Porque se trata de la denominación de un género dramático con tales características, el significado de la palabra *tragedia* se enriqueció con una nueva acepción: «suceso de la vida real, infausto y profundamente conmovedor, capaz de suscitar emociones trágicas».

De *tragos* proviene también el nombre de la goma de tragacanto, del griego *tragakantha* «espina de macho cabrío», de incontables usos en farmacia, cosmética y biología, así llamada porque el vegetal del que proviene tiene un fruto que recuerda la barba de un chivo.

Trámite

Lo primero que esta palabra nos trae a la mente es una oficina pública, con engorrosas gestiones, burócratas malhumorados y largas filas de personas con expresión de sufrimiento. Sin embargo, un trámite es exactamente lo opuesto, al menos, etimológicamente. En efecto, el término proviene del latín *trames*, *tramitis*, que para los romanos significaba «senda, camino», de donde se derivó el sentido actual de «vía legal o procedimiento que debe seguir una gestión».

Esto significa que un trámite es (o debería ser) un camino perfectamente preestablecido, que no depende de los caprichos de un burócrata ni de los favores de un político, como a veces ocurre con las gestiones estatales.

La palabra latina se formó a partir de una forma del verbo *meare* «andar», «caminar», «seguir una senda», precedida del prefijo *trans-* «a través». *Qua sidera lege mearent* (Qué leyes rigen el curso de los astros), decía Ovidio para referirse a lo que, de alguna manera, es el trámite que cumplen los cuerpos celestes con relación a un observador terrestre.

De *meare* se derivaron también otros vocablos castellanos, como *permeare* «pasar a través de» y *meare* (v. *meare*), un término vulgar por *orinar*, así como el cultismo médico *meato* «paso», con el que se nombran ciertos orificios del cuerpo.

Trapiche

Autores romanos como Catón llamaban *trapetus* o también *trapetum* (Ulpiano) a los molinos de aceite, palabra tomada del griego *trapetós*. El vocablo heleno se había formado a partir del verbo *trapéin* «pisar la uva». La palabra llegó al castellano hacia comienzos del siglo XVI como *trapiche*, para designar a los molinos de aceite y a los de azúcar. Fray Bartolomé de las Casas la empleó en su *Historia de las Indias* (1562):

Después dióse a entender en hacerla un vecino de la ciudad de Sancto [sic] Domingo, llamado el bachiller Velloso, porque era zurujano [sic], natural de la villa de Berlanga, cerca del año de quinientos y diez y seis, el cual hizo [el] primero en aquella ciudad azúcar, hechos algunos instrumentos más convenientes, y así, mejor y más blanca que la primera de la Vega. Y el primero fue que della hizo alfeñique; y yo lo vi. Este dióse muy de propósito a ésta granjería y alcanzó a hacer uno que llaman trapiche, que es molino o ingenio que se trae con caballos, donde las cañas se estrujan o exprimen y se les saca el zumo melifluo de que se hace el azúcar.

Trapiche pasó sin variaciones al portugués de Brasil, mientras que en Italia se formó *trappitu* en el sur y *trappeto* en el norte.

Cabe añadir que la palabra griega *trapein* está presente en castellano también en *trepidar* «temblar» y en *intrépido*, literalmente, «el que no tiembla».

Tridentino

Esta palabra nada tiene que ver con el tridente, aquella especie de arpón de tres puntas con que se suele representar a Neptuno, sino que proviene de Trento, la ciudad del norte de Italia, erigida sobre un asentamiento de los romanos en el siglo III a. de C. A lo largo de su historia, Trento fue conquistada por godos, lombardos, francos, alemanes, austríacos y franceses, hasta que, con la unificación italiana, se convirtió en sede de los irredentistas, que propugnaban la anexión a Italia de varios territorios suizos y austríacos por razones étnicas.

Ciudad de poco más de cien mil habitantes, Trento cuenta hoy con fábricas de maquinarias, de productos químicos y alimenticios, pero es famosa, sobre todo,

por sus monumentos históricos, como la catedral de San Vigilio, construida en el siglo XIII, y, en especial, por haber sido sede del Concilio de Trento (1545-1563). En tiempos de los romanos, los habitantes del asentamiento de Trento eran llamados con el gentilicio *tridentinus*, heredado por el español como *tridentino*, que se aplica también a las decisiones eclesiásticas del Concilio de Trento.

Triunfo

Proviene del latín *triumphus*. Esta palabra se pronunciaba antiguamente en español como trisílaba, rompiendo el diptongo, pero finalmente prevaleció la pronunciación actual.

El *triumphus*, título concedido por el Senado romano, era el más alto honor que podía pretender un jefe militar. Los aspirantes debían probar a los senadores que habían sido proclamados *imperator* por sus soldados, que habían matado a cinco mil enemigos en una batalla y que habían dirigido en forma personal a sus hombres.

Si se le concedía este honor, el militar era objeto de una ceremonia de *triumphus*; pero si el Senado consideraba que sus méritos eran insuficientes para esta distinción, podía concederle una *ovación*. Ambos honores surgieron a partir de las fiestas dionisiacas, un homenaje a Dioniso, el dios griego del vino, Baco en la mitología romana.

Se cree que la palabra latina *triumphus* se formó a partir del griego *thryambos*, un himno en homenaje a Dioniso, mientras que *ovación* nos llegó como evolución de *ovare* «estar contento», «sentir orgullo», vocablo derivado del griego *euazein* «gritar de alegría», formado, a su vez, a partir de la interjección *euoi*, que se solía usar en honor a Dioniso. Esta interjección se mantiene en varias lenguas modernas, como el portugués de Brasil, donde *evoé* es un grito de alegría pronunciado en situaciones de triunfo o de júbilo, como por ejemplo, en Carnaval.

Trivial

Los maestros medioevales dividían las artes liberales en dos grupos: uno de tres y otro de cuatro elementos. El primer grupo —llamado en latín *trivium* «tres caminos»— estaba compuesto por la Gramática, la Lógica y la Retórica, mientras que el segundo grupo —*quadrivium* «cuatro caminos»— incluía la Aritmética, la Astronomía, la Música y la Geometría.

El adjetivo *trivialis* se aplicaba a las tres artes del *trivium* —llamadas *ars triviales* por pertenecer a ese grupo—, pero también denotaba la calidad de un lugar de encuentro y de un cruce de tres caminos. *Triviales* significaba asimismo

«grosero, ordinario, común». Se puede suponer que esto ocurría, tal vez, porque las artes del *trivium* eran consideradas menos importantes, pero también puede haber sido porque un cruce de caminos es un lugar de encuentro con desconocidos, lo que da oportunidad a conversaciones ligeras, que hoy llamamos *triviales*.

Trofeo

En la Antigüedad clásica, el dominio del arte de la guerra y el coraje de los soldados eran valorizados en alto grado, pues de ellos dependía la propia supervivencia de las naciones, que eran, inevitablemente, conquistadas o conquistadoras.

Por esa razón, los griegos adquirieron la costumbre de erigir monumentos en el campo de batallas victoriosas, en el mismo lugar donde el enemigo había girado sobre sus talones para emprender la fuga. Estos monumentos se llamaron *tropaion* «monumento erguido con los despojos del enemigo, en el lugar donde comenzó su derrota», forma neutra de *tropé* «vuelta», «ruta», «camino».

Los romanos heredaron esa costumbre, pero la adaptaron de acuerdo con la mentalidad imperial: construían sus monumentos bélicos en las plazas públicas, sobre todo en la propia Roma, bajo la forma de arcos de triunfo, de grandes columnas y de estatuas de los vencedores. Y adoptaron la palabra griega con la forma *trophaeum*, el antecesor más cercano de nuestro vocablo *trofeo*.

Tulipán

Esta flor es un símbolo de Holanda y constituye uno de los productos más importantes de su economía.

Sin embargo, es de origen oriental, probablemente de la India, donde se lo considera la representación del amor frustrado. Otra leyenda india cuenta que un príncipe se sumergió en un vaso de sangre para tornarse más rojo, debido a los celos que sentía de los labios de una cierta princesa de nombre Bakawali, y se convirtió en la flor.

El tulipán fue introducido en Europa desde Turquía, país donde tomó su nombre, derivado de la palabra turca *tulbant*, que significa «turbante», debido a la delicada forma de su capullo, que recuerda a un turbante.

En 1559, un diplomático austríaco compró en Constantinopla algunos bulbos para regalárselos a un amigo en Alemania, y, a partir de allí, su cultivo se extendió rápidamente por Europa. Por alguna razón, despertó una pasión frenética en los holandeses. Cuenta la historia que en la Holanda del siglo XVII,

el entusiasmo provocado por los tulipanes era tan intenso que se destinaron al cultivo de la planta grandes extensiones de tierras agrícolas, con lo que se resintió la agricultura y estalló una crisis de abastecimiento de alimentos.

Tullerías

El histórico palacio de las Tullerías, construido en 1564 por orden de Catalina de Médicis y ampliado después bajo los reinados de Enrique IV, Luis XIII y Luis XIV, fue erigido en un terreno donde abundaban los tejares, es decir, lugares de fabricación de tejas y ladrillos. En francés, las tejas se llaman *tuiles*, de modo que aquel lugar de París era conocido como *Tuilleries* «tejares», nombre que llegaría al castellano como *Tullerías*.

Tumba

Con este nombre se designa el «lugar donde está enterrado un cadáver». Y también denota el «armazón en forma de ataúd, colocado sobre el túmulo o en el suelo, para la celebración de las honras a un difunto».

La raíz indoeuropea *tum* «expresaba el concepto de “bulto” y evolucionó con ese sentido hacia varias palabras latinas, tales como *tumor*, que llegó intacta al español, y *tumefacere*, con el sentido de “hinchar” o “hincharse”. Esta última se mantuvo en nuestra lengua en palabras como *tumefacción*, *entumecer* y *tumor*. Fernando Navarro señala también *contumaz*, que significaba “obstinado” y también “hinchado de orgullo».

La idea de bulto se expresa en latín mediante la palabra *tumulus*, que designa el montículo de tierra con que, antiguamente, se solían cubrir las sepulturas. La raíz indoeuropea *tum* había sido recogida también por los griegos, que llamaron a ese montículo *tymbos*, palabra que llegó al latín tardío como *tumba* y se mantuvo en nuestra lengua sin variaciones con el significado de “sepulcro”.

Túnel

Relativamente reciente en nuestra lengua, *túnel* es palabra emparentada por su etimología con *tonel*, pero recorrió un largo camino antes de llegar hasta nosotros con su significado actual.

En el bajo latín de la Galia, *tunna* (en algunos casos, *tonna*) significaba «piel» o «cuero». Este vocablo —vinculado con el irlandés antiguo *tonn* y con el frisón antiguo *tonne*— pasó a ser usado en lengua romance para denominar los odres de cuero en que se bebía el vino y, más tarde, los vasos de barro o de cristal empleados para beber.

Hacia el siglo XII, la denotación de *tona* se había extendido en francés antiguo a los toneles de vino, adoptando primero la forma *tonel* y, más tarde, la moderna *tonneau*. Hacia el siglo XV, *tonel* cruzó el canal de la Mancha y desembarcó en Inglaterra, donde adoptó la forma *tunnel*, pero con un significado algo diferente: se llamó así a una red tubular utilizada para cazar pájaros. El moderno sentido de «pasaje subterráneo» sólo lo adquirió en el siglo XVIII, cuando también se creó en inglés el verbo *to tunnel* «construir un túnel o escapar por un túnel».

La palabra túnel ingresa a nuestra lengua con su significado actual en la primera mitad del siglo XIX, pero sólo se registra en el Diccionario académico a partir de la edición de 1884.

Turiferario

Es el sacerdote o monaguillo encargado de llevar el incensario en una ceremonia religiosa o en una procesión. Recordemos que el incensario —también llamado *turíbulo*— es un aparato que, generalmente, se lleva colgado de tres finas cadenas y que porta en su interior una brasa para ir quemando el incienso y, de esta forma, aromatizar el ambiente. El incensario se usa en ceremonias católicas y es herencia de una tradición milenaria muy anterior al cristianismo.

La palabra *turiferario* proviene del griego *thyein* «agitarse», «humear» y de *thyos* «ofrenda», «incienso», voz que llegó al latín como *turis* «incienso», a partir de la cual se formó *turiferario*, con el añadido del elemento compositivo *-foro*, del latín *fero* «llevar», «portar», tomado del griego *phoréin*, con el mismo significado. Fue incluido en el Diccionario de la Real Academia en la edición de 1784, que lo definía como «el acólito que lleva el incensario, y sirve el incienso en los oficios eclesiásticos». *Turiferario* existe también en italiano con la misma grafía; en francés, como *thuriféraire*; y en portugués, como *turiferário*.

El más famoso de los turíbulos, el de la catedral de Santiago de Compostela, llamado *Botafumeiro*, que es como se denomina al incensario en gallego, de *botar* «arrojar» y *fumo* «humo», pesa ochenta kilogramos y cuando lo balancean, alcanza una velocidad de hasta setenta kilómetros por hora

U

Uebos

Que los huevos los ponen las gallinas es algo que cualquier niño sabe. Y cuando crece un poco, comprende que las demás aves también los ponen, y en la adolescencia se entera de que los huevos de las aves son el equivalente de los óvulos de las hembras de los mamíferos, su mamá incluida.

Sin embargo, cualquier adulto medianamente letrado se espanta ante la palabra *uebos*, que salta a la vista con su estrafalario aspecto de falta ortográfica imperdonable. No obstante, el Diccionario académico nos informa que *uebos* es un sustantivo arcaico que significa «necesario».

El que sigue es uno de los cinco solitarios ejemplos que aparecen del uso de esta de palabra, el más reciente de los cuales data del año 1297:

Quantos nunqa venién, de qualquier malatía,
éstos eran cutiano e muchos cada día,
untávanlos con ello, e avién mejoría,
nunqa lis era uebos buscar otra mengía.

(Cuántos venían en cualquier momento, por cualquier enfermedad,
éstos eran cotidianos y muchos cada día
untábanlos con ello y experimentaban mejoría
nunca les era necesario buscar otro remedio).

El Diccionario pone como ejemplos *uebos me es* «me es necesario», *uebos nos es* «nos es necesario» y *uebos auemos* «tenemos necesidad», lo que indica que tanto puede ser sustantivo —como quiere el Diccionario— como adjetivo. Lo difícil es entender para qué guarda palabras que no se usan desde hace más de siete siglos y por qué es tan lerdo para incluir acepciones de uso cotidiano.

Ufanar

Antigua palabra gótica que tal vez refleje la arrogancia de los conquistadores

visigodos. *Ufanía* es «jactancia, arrogancia, presunción, engreimiento», pero también «satisfacción, alegría» y, cuando se refiere a un árbol o planta, es «lozanía» y «frondosidad».

La palabra llegó al español a partir de *ufana*, en la lengua provenzal de Oc, pero su origen más remoto es, probablemente, el gótico *ufjo* «abundancia», «exceso».

Ultracorrección

Todos quisiéramos hablar y escribir correctamente, pero es bueno no exagerar porque, a veces, ese deseo puede llevarnos a cometer un exceso, un error llamado *ultracorrección*, que Fernando Lázaro Carreter definía así en su *Diccionario de términos filológicos*:

Fenómeno que se produce cuando el hablante interpreta una forma correcta del lenguaje como incorrecta y la restituye a la forma que él cree normal. [...] Los lingüistas españoles prefieren el término ultracorrección al de hipercorrección, preferido por los lingüistas alemanes, ingleses y franceses.

A ultracorrección hay que atribuir pronunciaciones como *Bilbado*, *expléndido*, *périto* y *buevo* (huyendo de *güevo*).

Cabe destacar que la ultracorrección es un error y, por tanto, no es deseable usar términos como *ultracorregir* o *ultracorrecto*, que parecen sugerir algo que sería más que correcto, cuando se trata, precisamente, de lo contrario.

Corregir proviene del latín *corrigerere*, que se deriva de *regere* «regir», «gobernar», «guiar», «conducir».

Universo

Etimológicamente, significa «hecho uno, convertido en uno»; proviene del latín *universus*, palabra compuesta, formada por *unus* «uno» y *versus*, participio pasado de *vertere* «girar», «hacer girar», «convertir».

En español, ya Covarrubias mencionaba *universo* como proveniente del latín *universum*, con el significado de «el conjunto de todas las cosas».

Universitas tenía en latín el sentido de «comunidad, gremio» o «colectividad de personas que tienen algo en común». En el siglo XII, en Bolonia se llamaba *universitas scholarium* al gremio de los estudiantes, y este nombre pasó a designar en varias lenguas a los colegios de altos estudios. El primer instituto de enseñanza superior que adoptó ese nombre en español fue la Universidad de Salamanca, fundada en 1218 por Alfonso IX de León. Fue la primera

universidad del mundo hispánico y una de las más antiguas de Europa.

Urbe

La palabra latina *urbs*, *urbis* se usaba en Roma para denominar a la ciudad físicamente considerada, así como a sus reflejos en las costumbres de la gente. Era diferente de *civitas*, *-atis*, que se refería no a la ciudad en sí, sino al conjunto de los ciudadanos libres, a la ciudad desde el punto de vista político.

Según una antiquísima tradición etrusca, alrededor del terreno donde se iba a construir una ciudad, se trazaba un profundo surco circular con el arado. Y según la leyenda de la fundación de Roma, Rómulo y Remo habrían cumplido ese ritual y trazado el círculo, que se llamaba *orbis*. Más adelante, esa palabra, que está, por cierto, vinculada en su origen a *urbs*, pasó a designar la esfera y, finalmente, el globo terrestre: el orbe. Aunque muchas personas creen que los antiguos no sabían que la Tierra tiene forma esférica, cabe recordar que Eratóstenes (275-195 a. de C.), director de la Biblioteca de Alejandría, calculó con sorprendente precisión el radio del planeta mediante la comparación del tamaño de la sombra de dos estacas clavadas en el suelo, una en Alejandría y otra en Asuán. Además de calcular con bastante aproximación la circunferencia de la Tierra, Eratóstenes pudo determinar la oblicuidad de la eclíptica.

La raíz de *urbs* aparece muy temprano en diversas palabras latinas, como *urbanitas*, que significaba «civilidad, urbanidad, buena educación» (por vivir en Roma), y *urbanus*, «de la ciudad», «urbano».

En las lenguas romances, los equivalentes y derivados de *urbs* aparecen en todos los casos como cultismos, como ocurre con el francés *urbain* desde 1354 y el inglés *urban* en 1619. En español, sin embargo, *urbe* se usó apenas a partir de fines del siglo XIX y se consigna por primera vez en la edición de 1925 del Diccionario de la Real Academia.

La relación entre urbe y orbe queda manifiesta en los mensajes navideños del Papa, denominados *Urbi et Orbi* (*A la ciudad [Roma] y al mundo*).

Urraca

Es el nombre genérico de un grupo de aves perteneciente a la familia del cuervo. Las dos especies conocidas de urraca son la de pico negro, que habita en la zona templada de Europa y Asia, y se extiende por el norte de América hasta el estado norteamericano de Minnesota, y la de pico amarillo, que vive en California.

En castellano, el nombre de este pájaro se usa desde el siglo XVI. Hasta entonces, Urraca había sido en España un nombre propio de mujer. El pájaro fue

designado, precisamente, con nombre de mujer, como el castellano *marica*, el francés *margot*, el inglés *mag* y el latín *gaja*, debido a su parloteo, que se asocia, en forma jocosa, al habla de una mujer.

Utopía

En 1516, el humanista y político inglés Tomás Moro publicó un ensayo político en latín titulado *Libellus vere aureus nec minus salutaris quam festivus de optimo reipublicae statu de que nova insula Utopia*, más conocido por *Utopía*, en el cual criticaba el sistema político británico del rey Enrique VIII y de todos los que regían en esa época en Europa.

En su obra, Moro describía con ese nombre una isla ideal en la que reinaba la paz y la armonía, y todos los seres humanos se realizaban como tales. Formó el nombre de la isla mediante la palabra griega *topos* «lugar», a la que antepuso el prefijo privativo griego *ou-*, de modo que significaba algo así como «ningún lugar» o «lugar inexistente».

En el siglo XIX, el filósofo marxista alemán Friedrich Engels (1820-1895) retomó esta palabra para designar los sistemas políticos ideados por los primeros socialistas, cuya concreción él juzgaba inviable en la práctica. Engels describió el *socialismo utópico* de Owen, Saint-Simon y Fourier, y lo contrapuso al *socialismo científico*, preconizado por Marx y por él.

Hoy usamos utopía para denotar «sueño o proyecto que resulta irrealizable en la práctica».

V

Vacuna

Virus o principio orgánico que, convenientemente preparado, se inyecta a una persona o a un animal para preservarlos de una enfermedad determinada.

La viruela fue una de las enfermedades más mortíferas de la historia por los millones de decesos que causó en el transcurso de varias epidemias en diferentes épocas. El médico inglés Edward Jenner (1749-1823) había observado, cuando todavía era estudiante, que las personas que habían contraído la fiebre vacuna — una variante de la viruela que atacaba sólo a las vacas— se volvían inmunes a la enfermedad. Ya graduado, Jenner descubrió que había dos formas de fiebre vacuna y que sólo una de ellas inmunizaba a los seres humanos, pero sólo en 1796 tuvo oportunidad de inmunizar a un niño de ocho años aplicándole el virus de la viruela bovina.

Más tarde se descubrieron maneras de inmunizar a la gente contra muchas otras enfermedades, siempre mediante la aplicación de formas atenuadas de virus u otros agentes causales de las diversas dolencias infecciosas. Las vacas ya no tenían nada que ver con el asunto ni tampoco la viruela, pero el procedimiento conservó el nombre de *vacuna* como recuerdo de la genial intuición de Jenner.

Vademécum

El vademécum es una libreta en la que se anota un conjunto de informaciones básicas de una determinada actividad. Puesto que se supone que la persona debe llevarlo siempre consigo, tiene que ser de dimensiones reducidas para que su transporte se pueda realizar con facilidad.

En 1872, en *Una excursión a los indios ranqueles*, el escritor argentino Lucio V. Mansilla hablaba así de su vademécum:

Yo también tengo mi vademécum de citas; es un tesoro como cualquier otro. [...] En lugar de emplear la mayor parte del tiempo en pasar el tiempo, me he impuesto ciertas labores útiles. De ese modo, he ido acumulando, sin saberlo, un bonito capital, como para poder exclamar cualquier día: *anche io son pittore*. Mi vademécum tiene, a más del mérito apuntado, una ventaja. Es muy manuable y portátil. Lo llevo en el bolsillo. Cuando lo necesito, lo abro, lo hojeo y lo consulto en un verbo.

La palabra proviene del latín *vade mecum* «va conmigo». En el diccionario de Rosal (1611), *vademécum* se define así: «Son palabras latinas que significan ven conmigo».

Vagina

Desde los tiempos más remotos, la vagina ha sido comparada con cajas o receptáculos, como se comprueba en los nombres vulgares del conducto genital femenino en varios idiomas. En latín, así como el pene se llamaba *espada*, la vagina se denominaba con la misma palabra usada para *vaina*. En 1155, llegó al Fuero de Avilés como *vaína* y así fue llamada por mucho tiempo, y también *baýna*.

Corominas cita la siguiente rima del poeta judío español Sem Tob ben Yitzhak Ardutial (1290-1369):

El callar es tardada,
e el fablar aýna;
el fablar es espada,
el callar su vaýna.

(El callar es tardanza
y el hablar enseguida;
el hablar es espada,
y el callar su vaina.)

El sustantivo *vaina* se usó también para designar las habas de determinadas legumbres, como los garbanzos y las arvejas.

Fernando A. Navarro recuerda que los conquistadores españoles descubrieron en América una planta de frutos capsulares muy olorosos, que llamaron *vainilla*, un nombre españolísimo que llegó a varios idiomas, como el italiano *vainiglia*; el portugués *baunilha*; el francés, holandés y alemán *vanille*; el inglés *vanilla*; el noruego *vanilje*; el rumano *vanilie*; el griego moderno *banillia*; el turco *vanilya*; el polaco *wanilia* y el checo *vanilka*.

Valentín

La historia del día de san Valentín —festejado actualmente por millones de

enamorados de varios continentes— hunde sus raíces en la Roma clásica, en la fiesta februa (v. febrero) de los latinos, un ritual de purificación que legó su nombre al mes de febrero. Cada año, el 15 de febrero, los romanos homenajeaban a Fauno Lupercio, el equivalente latino del dios griego Pan, protector de los rebaños, que también representaba la sensualidad masculina desenfrenada, expresada en los mitos de faunos y machos cabríos.

En este festejo, llamado *Lupercalia*, los jóvenes romanos corrían por las calles cubiertos apenas con una piel de cabra, flagelando a las muchachas que encontraban a su paso con correas de cuero, en la creencia de que este castigo daba fecundidad a sus víctimas. Durante los primeros siglos después de la entronización del cristianismo como religión oficial del Imperio romano, los fieles de la nueva fe continuaban celebrando muchas fechas paganas, tales como la fiesta del Sol invicto y el homenaje anual a Fauno Lupercio.

Para acabar con ellas, la Iglesia instituyó nuevas fiestas cristianas en fechas muy próximas a las conmemoraciones paganas. Así, en lugar de la fiesta del Sol invicto, que ocurría alrededor del 21 de diciembre, se instauró la Navidad (v. Navidad) y, para terminar con la festividad de Fauno Lupercio, el papa Gelasio I creó, el 14 de febrero, el día de san Valentín, un personaje legendario, supuestamente ejecutado en 270 por orden del emperador Claudio II.

Según la leyenda, san Valentín había sido llevado al martirio por su práctica de celebrar el casamiento de numerosas parejas, lo que estaba prohibido por el emperador. En realidad, es muy poco lo que se sabe sobre este santo y se duda, incluso, de que haya existido, pero lo cierto es que la narración se fue enriqueciendo con nuevos elementos por los cuales el santo quedaba cada vez más vinculado al amor romántico y al noviazgo. En 1969, la Iglesia católica dejó de conmemorar el martirio de san Valentín por no hallar pruebas históricas de la existencia del personaje.

El culto a san Valentín recorrió Europa y se fijó en Inglaterra, donde se extendió la versión de que el santo era el patrono de los enamorados porque su fiesta ocurre en el momento del año en que los pájaros comienzan a aparearse en el hemisferio Norte.

Hacia fines de la Edad Media, el mito cruzó el Atlántico, llevado por colonos ingleses e irlandeses hacia Estados Unidos, donde surgió el hábito de intercambiar en esa fecha tarjetas postales con alusiones románticas y billetes de amor que se llamaron *valentines*.

Ya desde el siglo XVI se venía generalizando la costumbre de que los hombres regalaran a las mujeres rosas y chocolates, un tratamiento ciertamente más galante que los azotes propinados por los jóvenes romanos. Por esa época, la tradición del día de san Valentín llegó a España y a Portugal, desde donde se

expandió, aunque con menos vigor, hacia América latina.

El término *valentín* surgió originariamente en inglés, pero se viene extendiendo hacia América latina impulsado por una nueva ola de importación de costumbres estadounidenses (v. halloween).

Valija

En el español actual, designa una «maleta grande» o un «saco de cuero con llave». Llegó al español proveniente del italiano *valigia*, del mismo significado y de origen incierto. Se supone que puede ser una palabra prerromana o, tal vez, derivada del árabe *waliha* «saco de trigo».

Cervantes la usó en *La ilustre fregona*:

[...] quedó Pedro Alonso suspenso, en leyendo la epístola, y acudió presto a su balixa y el hallarla bacía [...].

La palabra fue adoptada como *felleisen* por el alemán y como *valise* por el francés.

Valladolid

Con sus añejas construcciones alineadas a lo largo de los siglos en callejuelas estrechas y zigzagueantes, Valladolid es más antigua que el idioma de Cervantes, la lengua milenaria de andariegos e inmigrantes, que la llevaron a cuatro continentes.

La ciudad de doscientos mil habitantes está situada en un valle entre el Duero y el Pisuerga, dos ríos que formaron fronteras entre moros y cristianos en algún momento de la Edad Media.

Hace unos doce siglos, se instaló en aquel valle un rico señor moro de nombre Olid, que legó su nombre al lugar, conocido desde entonces como *valle de Olid*. Alrededor de aquella propiedad medieval, se fueron formando caseríos y barrios, pero aquel pueblo del valle de Olid creció considerablemente cuando Carlos V construyó allí un palacio en el que nacería Felipe II. Fue por entonces cuando el nombre de la ciudad del valle de Olid empezó a escribirse con su grafía actual.

Valquiria

Es el nombre de ciertas divinidades de la mitología nórdica que elegían a los guerreros que debían morir.

Esta palabra llegó al castellano a través del francés *valkyrie*, que procedía, a su

vez, del alemán *Walküre*, derivado del antiguo escandinavo *valkyria*. El vocablo escandinavo se formó a partir de *valr* «los sacrificados», «los que han sido muertos» y *kyria* «la que escoge», del germánico *kuz* «escoger».

Vampiro

Espectro o cadáver que, según creencia popular de diversos países, por las noches chupa la sangre de los vivos hasta matarlos. Y también, nombre de un mamífero hematófago sudamericano.

El mito de una criatura ya muerta —supuestamente, el alma en pena de un delincuente o de un suicida— que, no obstante, se alimentaba chupando sangre de los seres humanos prosperó en varios países centroeuropeos durante el siglo XVIII, particularmente en Hungría. Fue en Transilvania, una región que perteneció a ese país y que actualmente está en territorio rumano, donde Bram Stoker ambientó su novela *Drácula*. El relato narra que estos seres siniestros reposan durante el día en sus sepulcros y por la noche salen a buscar a sus víctimas, las que engrosan las filas de los vampiros después de morir desangradas.

La palabra *vampiro* apareció por primera vez en la edición de 1843 del Diccionario de la Real Academia Española, procedente del húngaro y del serbocroata *vampir*. Sin embargo, *vampire* ya se registraba desde 1734 en inglés y desde 1751 en francés, lengua a la cual llegó desde el alemán *vampir* y desde la que pasó hacia las demás lenguas romances.

El vocablo originario húngaro proviene del ruso *upir*, y se considera probable que los rusos lo hayan tomado del tártaro *uber* «bruja».

Vanguardia

En nuestros días se suele llamar *vanguardia* a los movimientos o tendencias que buscan incorporar a las artes elementos nuevos, con frecuencia de carácter experimental, en la estructura de sus obras. Es diferente, por tanto, del arte moderno, que ya ha sustituido tendencias obsoletas y ha sido incorporado por la sociedad.

En política se llama *vanguardia* a los partidos y movimientos políticos que proponen formas nuevas y diferentes de organización de la sociedad y de distribución de la renta. Así pues, una característica de la vanguardia —sea en artes plásticas, música, literatura o política— es su oposición, generalmente radical, a las formas vigentes.

En su origen, vanguardia era un término militar, una acepción que también

existe hoy en nuestra lengua y que designa a los pelotones de tropa que marchan delante, abriendo camino para el resto de los soldados. Con tal sentido surgió en Francia en el siglo XII, como *avant-garde*, término formado por *avant* «delante de» y *garde*, voz registrada en francés en el siglo XI, derivada del verbo *garder*, que se originó, a su vez, en el germánico *wardon* «proteger», procedente del indoeuropeo *wer-* «percibir», «mirar».

Avant-garde aparece en español en 1375 como *avanguardia*, y en 1611, ya como *vanguardia*. En los diccionarios de la RAE figura como *avanguardia* desde el de 1726 hasta el de 1992; mientras que el actual *vanguardia* se registra por primera vez en el de 1739. En portugués, se verifica en el siglo XV como *avomguarda*, y más tarde *avanguardia*; en italiano, como *avanguardia*; en catalán, como *avantguarda*, y en inglés, como *vanguard*.

Vasallo

En la Edad Media, vasallos eran aquellos que se ponían al servicio de un señor que les concedía el derecho de cultivar un pedazo de tierra, a cambio del cual se comprometían a servirlo como soldados, mediante un juramento de homenaje y fidelidad. Tanto el señor como el vasallo eran, pues, hombres libres que asumían compromisos, cada uno con relación al otro.

La palabra se formó a partir del bajo latín *vassos* o *vassus* «servidor», que proviene, probablemente, del galo *vasso* «hombre» o *gwas*, casi idéntico al bretón *gwaz* «hombre joven».

Vassus está documentado en latín desde el siglo V de nuestra era, y *vassallus* aparece en diversas lenguas prerrománicas hacia el siglo X. La palabra se registra en español a partir del *Cid*, con la grafía *vassallo*.

De *vasallo* se derivan en español *vasallaje*, *avasallar*, *avasallamiento*, etcétera.

Vaselina

Palabra creada como nombre comercial de una especie de jalea grasosa de petróleo lograda por la Chesebrough Manufacturing Company. Las primeras tres letras de la palabra corresponden a una forma anglicada de la palabra alemana *Wasser* «agua», las dos letras siguientes representan la raíz *el-*, de la voz griega *élaion* «aceite de oliva» y la última parte es el sufijo *-ina*, usado en la designación de ciertas sustancias químicas.

En algunos países, la palabra entró en la jerga futbolística para designar un tiro suave que pasa por encima de varios rivales antes de llegar a su destino.

Vedete

En el uso de los hispanohablantes, esta forma castellanizada se emplea unas cuarenta veces más^[18] que la grafía francesa *vedette*, pero el Diccionario de la Real Academia mantuvo esta última hasta su edición de 2001.

Con la aparición del *Diccionario panhispánico de dudas*, la Academia propone la adaptación gráfica *vedet*, con su plural *vedets*. Sin embargo, aclara que es también válida la adaptación *vedete*.

Vedet es «la artista principal de un espectáculo de variedades» o «la persona que se destaca o quiere hacerse notar en algún ámbito».

La palabra francesa fue tomada del italiano *vedetta*, voz que designa la «torre o atalaya» desde donde los centinelas vigilan un lugar. Como un centinela, las vedetes están —figuradamente o no— en lo más elevado, a la vista de todos.

Vehículo

Proviene del latín *vehiculum*, que significaba «vehículo, medio de transporte, carruaje, carro»; palabra formada a partir del verbo *vehere* «arrastrar», «acarrear», «transportar», «llevar en coche», proveniente del indoeuropeo *wegh-* «ir», «transportar en vehículo». Los romanos llamaban *vehiculatio* al impuesto para mantenimiento del correo y *vector* era «el que arrastra o lleva».

Esta palabra fue incorporada al Diccionario de la Real Academia Española en 1739, pero como término médico, definido así: «Vaso, o instrumento interior en el cuerpo, que conduce, y lleva los humores á diversas partes dél», y también como «aquel medicamento, u simple, que mezclan con otros, y tiene virtud de introducirlos, y repartirlos por el cuerpo».

En otras lenguas, la voz *vehículo* se ha adaptado así: en portugués, *veículo*; en francés, *véhicule*; en italiano, *veicolo*, y en inglés, *vehicle*.

Veneno

Las sustancias que estimulan la función sexual masculina fueron descubiertas en los últimos años del siglo xx, pero la humanidad sueña desde muy antiguo con estimulantes del deseo sexual, drogas que son llamadas *afrodisíacos* (v. afrodisíaco) por asociación con la diosa griega del amor, Afrodita.

El nombre de esta deidad entre los romanos era Venus, por lo que las pociones mágicas para hacerse amar o para despertar en uno mismo o en los demás el deseo sexual se llamaron *venenum*.

Con el paso de los siglos, *venenum* se extendió a todas las drogas, pociones y medicamentos, pero también a las drogas capaces de causar la muerte de quien las ingiriera. Ésa es la razón por la que autores como Virgilio optaron por adjuntar a la palabra los calificativos *bonum* y *malum* (bueno y malo), para distinguir medicamentos y tóxicos.

Al español llegó con el significado de «sustancia que causa enfermedades o trastorna procesos vitales al contactar con el organismo». Hasta el siglo XVI era mucho más frecuente *venino* que veneno:

Ouando querie beber la agua o el vino, Vertieielo delante el traydor veçino, Façie pudir la casa peor que mal venino, Mayor premia lis daba que sayon nin merino. (Gonzalo de Berceo: Milagros de Nuestra Señora).

Venéreo

Proviene del nombre de Venus, la diosa romana del amor y del sexo.

La palabra llegó a nosotros a partir del adjetivo latino *venereus*, referente al placer o a la relación sexual, para la cual el inglés adoptó *venereal* en el siglo XV.

También *venerar*, *viernes* y *Venus*, el más brillante de los planetas, tienen origen en el nombre de la diosa romana del amor, Afrodita para los griegos, pero los ecos de esta última en nuestra lengua debemos buscarlos en *afrodisíaco*.

Venir

El verbo latino *venire* (*venio*, *-is*) equivale al español *venir*, pero los autores clásicos le habían dado una amplia gama de significados, tales como «avanzar, atacar, nacer (el sol o un astro), resultar (en el sentido de ser producto de una operación aritmética)». Virgilio decía *aquila veniente* para significar «cuando el águila cae (sobre las palomas)», y Cicerón usaba *venire contra alienum* con el sentido de «entablar un juicio a un extranjero». El supino de *venio* es *ventum*, de donde procede *ventus*, *-i*, que dio en español *viento*. Y también *ventura* y *aventura*.

El sentido de llegar lo obtenían los latinos con el prefijo *ad-*, formando el verbo *advenire* (*advenio*, *-is*), a partir de cuya forma supina *adventum*, se derivaron palabras castellanas como *adviento* y *advenimiento*.

Con el prefijo *prae-*, se formó *praevenire*, para denotar «preparar, avisar, advertir», o sea, *prevenir*; y con el prefijo *con-*, el verbo *convenire*, con el

sentido de «ir juntos a un lugar, ir todos al mismo lugar», de donde se derivaron las palabras castellanas *convenio*, *conveniente*, *convención* y *convento*.

Si, en cambio, se anteponía el prefijo *in-*, se formaba el verbo *invenire* «encontrar», «descubrir», «inventar», «obtener». El supino de *invenire* era *inventum*, que dio lugar al sustantivo masculino *inventus*, empleado por Plinio con el sentido de «invención o hallazgo», que derivó en nuestro *invento*. Pero la denotación de hallazgo dio lugar también al latín medieval *inventorium* «lo que se encuentra», «lo que está allí», de donde proviene nuestro *inventario*.

En el castellano medieval se formó *avenir*, con el sentido de ponerse de acuerdo, *avenirse*, como ocurre con las parejas o con los socios *bien avenidos*.

Ventrílocuo

Los ilusionistas de circos, ferias y auditorios sólo empezaron a usar la artimaña de atribuir a un muñeco su propia voz a partir del siglo XVI, una ilusión que se hizo mucho más convincente desde el siglo pasado, cuando la introducción de micrófonos y altavoces permitió mejorar considerablemente las técnicas de los ventrílocuos. El truco consiste en hablar sin mover los labios, al tiempo que se mueve la boca del muñeco, causando así la ilusión de que es el muñeco quien habla.

A pesar de que la popularización del truco es relativamente reciente, se sabe de la existencia de ventrílocuos desde el siglo VI antes de nuestra era, cuando esta técnica era usada por magos que decían hablar con los muertos. Durante la Edad Media, la Iglesia católica no veía con buenos ojos las actividades de los ventrílocuos y hubo quien afirmó que hablaban con el demonio, pero cuando se entendió que se trataba de mera diversión, la actitud eclesiástica fue un poco más tolerante.

El primer ventrílocuo conocido fue un bufón llamado Louis Brabant, de la corte del rey Francisco I de Francia en el siglo XVI. El rey de Inglaterra Carlos I dispuso del ventrílocuo Henry King, también llamado *el susurrador del rey*, en la primera mitad del siglo XVII.

La palabra *ventrílocuo* proviene del bajo latín *ventriloquus* «el que habla con el vientre», que se formó con *venter*, *ventris* «vientre», «estómago» y *loqui* «hablar».

Verbena

Además de una planta anual muy común en España, la verbena es allí una «fiesta popular con baile que se celebra por la noche, al aire libre y,

normalmente, con motivo de alguna fecha especial».

¿Cómo se llegó a este segundo significado? En bajo latín, *verbena* se usaba para designar cada uno de los ramos de verbena, laurel, olivo o mirto llevados por los sacerdotes paganos en sus sacrificios.

El nombre de la planta llegó al castellano inicialmente como *berbena*, según aparece registrado en 1399 y, más tarde, con la forma actual, *verbena*.

Además de usarlos en los sacrificios rituales, los ramos de verbena fueron empleados en España desde la Edad Media por la medicina popular para curar diversas afecciones, pero para que hicieran efecto, los ramos debían ser cortados muy temprano por la madrugada. De esa tradición surgió la expresión *coger la verbena*, con el sentido de «madrugar mucho».

A partir del siglo XIX, se dio el nombre de verbena a las fiestas populares anuales de san Juan y san Pedro, debido a que, tradicionalmente, se prolongan hasta altas horas de la madrugada.

Verdugo

Verdugo es el funcionario que ejecuta la pena de muerte o que tortura a los prisioneros: una práctica primitiva y repugnante que todavía se verifica en algunos países.

Del latín *virere* «ser verde», «verdear» se deriva *viridis* «verde», «fresco» y de éste, bajo la forma abreviada *vir-*, transformada en *ver-*, más *ductum* «tomado», «agarrado», «adquirido» se formó la palabra *verdugo*, que a comienzos del siglo XIII, significaba «vástago, rama que se corta verde»:

E embio estonces al huerto del santo abraham por vn verdugo de vn arbol que llaman espique: & fizieronle de aquel verdugo corona a honrra de nuestro saluador iesu xpisto (Gran conquista de Ultramar, siglo xiii).

Con el tiempo, la palabra adquirió el significado más específico de «vara de mimbre usada para azotar», y ya en el siglo XVI, por un proceso llamado *metonimia*, designaba no sólo la vara usada para el castigo, sino también al que la usaba: «el que ejecuta el tormento o la pena de muerte». Más tarde, también se denominó *verdugo* el capuchón con el que el ejecutor ocultaba su rostro y, por generalización, cualquier tipo de pasamontañas.

Veredicto

A pesar de no ser una lengua latina, el inglés incluye en su léxico incontables voces de ese origen, heredadas de los romanos. Pero también ocurre lo contrario:

palabras de origen inglés se latinizan y pasan a formar parte de las lenguas romances.

Es el caso de *veredicto*, un vocablo formado a partir de la españolización de la palabra inglesa *verdict* «dicho verdadero». Sin embargo, es fácil percibir que el latín no estaba ausente de esa palabra inglesa, que fue tomada en la Edad Media del francés normando *veir dit*, con el mismo significado.

El veredicto es el fallo de un jurado, que proclama a un reo inocente o culpable, y no debe ser confundido con la *sentencia*, que es la decisión de un juez o de un tribunal.

Vermicelli

Si alguien se sienta en un restaurante de cocina italiana y le ofrecen *gusanillos*, probablemente rechazará el plato y pedirá algo distinto o, tal vez, hasta vaya en busca de otra casa de comidas. Sin embargo, no es otra cosa lo que nos están proponiendo cuando nos ofrecen vermicelli, palabra que en italiano es el plural de *vermicello*, diminutivo de verme «gusano», nombre que se dio a esta pasta debido a su forma cilíndrica. Es curioso que la Real Academia no haya incluido en el Diccionario la forma castellanizada *vermicheli*, como hizo con *espagueti*, de *spaghetti* (v. *espagueti*).

Vernáculo

Este adjetivo se aplica a la lengua o idioma de un país y, en particular, del país de donde esa lengua es oriunda. Nuestro idioma sería, pues, la lengua vernácula de España, aunque se puede aplicar a todos los países hispanohablantes.

En la antigua Roma, los esclavos que habían nacido en la casa (*verna*) de sus amos tenían algunos privilegios que los distinguían de los demás. Eran los esclavos *verna*, en el sentido de nativos o *de la casa*.

Vernáculo aparece registrada por primera vez en nuestra lengua en el siglo XIX, y Corominas la califica como «muy culta y poco usada». Sin embargo, *vernacular* ya aparecía en inglés en 1601, con significado semejante.

Vestíbulo

En la entrada de cada casa romana había un pequeño altar en homenaje a Vesta, la diosa que protegía el hogar y el fuego doméstico. Vesta era una de las diosas más arcaicas, es decir, de origen etrusco y no indoeuropeo, y su culto era presidido por el sumo pontífice (*pontifex máximo*) (v. *pontífice*), asistido por las vírgenes vestales. El lugar donde se veneraba a la diosa en la entrada de la casa se llamó *vestibulum* en su homenaje.

Vestíbulo aparece por primera vez en español, en Fernández de Villegas (1515): «en vestíbulo, que quiere decir portal», pero sólo fue incluida en el Diccionario de la Real Academia Española en 1817.

Veterinario

Es el nombre del profesional legalmente habilitado para tratar las enfermedades de los animales. Los veterinarios cuidan de la salud de los animales desde que éstos nacen hasta que mueren, pero no siempre ha sido así. En sus orígenes, los veterinarios se encargaban sólo de los animales viejos, como indica el nombre de la profesión, que proviene, al igual que palabras como *vetusto* o *veterano*, del latín *vetus* «viejo» o *vetulus* «viejecillo», derivada a su vez del indoeuropeo *wet-* «año».

El Imperio romano, que basaba su poder en la fuerza de las armas, cuidaba muy bien de los soldados que se retiraban por edad, los *veteranos*, quienes contaban con numerosos privilegios, tales como la concesión de la ciudadanía romana y el otorgamiento de tierras. Era una manera de hacer sentir a los jóvenes reclutas que valía la pena enrolarse en las legiones del Imperio.

Y así como un soldado viejo ya no sirve para la guerra, lo mismo ocurría con los caballos viejos, los *veterinus*, que —a diferencia de los veteranos— no gozaban de privilegio alguno y eran destinados a la carga. Fernando Navarro, en su libro *Parentescos Insólitos del Lenguaje*, observa que, en cierta época, el plural femenino *veterinae* y el plural neutro *veterina* pasaron a designar a estas bestias de carga. Las *veterinae* sufrían muchos achaques por su edad, por más que todavía fueran útiles a sus propietarios. Esta situación propició el surgimiento de un nuevo profesional encargado de cuidar la salud de las *veterinae*: el *veterinarius*.

Mucho más tarde, los veterinarios ampliaron su campo de acción a otras especies animales y lo extendieron a todas las edades.

Veto

En muchos países, es una de las facultades de los jefes de Estado, que les permite impedir la entrada en vigor de una ley aprobada por el Parlamento o por el Congreso. De esta manera, se evita que puedan regir normas aprobadas por mayorías circunstanciales, que causarían, a juicio del titular del Gobierno, graves daños. Cuando este ocurre, la ley vetada vuelve al Poder Legislativo, que tiene la potestad de levantar el veto en forma definitiva, para lo cual, generalmente, se exige una mayoría especial.

Viandante

Esta palabra designa a la persona que viaja a pie, pero el Diccionario registra también el significado de «vagabundo», «aquel que pasa la mayor parte del tiempo en los caminos».

Es palabra muy antigua en nuestra lengua, al punto de que existen registros desde el siglo XIII. Aparecía, por cierto, en el *Diccionario latino-español*, de Nebrija, definida como *viator*, *viatoris*, así como también bajo la forma *viandant* en otras lenguas romances, como occitano, portugués, italiano y catalán antiguo.

Aquí tenemos el vocablo usado en las Ordenanzas de Ávila (1485):

Pero que en su casa a todos los que fueren anssy estrangeros como viandante, como de la cibdad puedan dar las carnes sy quisieren o sy por condicion se lo pusieren en el dicho concejo.

Una etimología popular sugiere que la palabra estaría compuesta en romance por *via* más *andare*. Sin embargo, Corominas desestima ese origen por considerar que *viandante* surge como derivación de las formas verbales latinas *vians*, *viantes* «caminante», participio presente del verbo latino *viare*. Al quedar olvidado este verbo en las nacientes lenguas romances, los hablantes tendieron a ver, erróneamente, en *viantes* una forma compuesta de *andare*, por lo que corrompieron el vocablo convirtiéndolo en *viandantes*.

Vicario, vicisitud, vicepresidente

Etimológicamente, *vicario*, derivado del latín *vicarius*, significa «reemplazante, sustituto o representante de alguna autoridad». Así, el papa es para los católicos el vicario de Cristo en la Tierra, y el vicepresidente es un reemplazante del presidente.

El término latino provenía del sustantivo *vicis* «cambio», «giro», «alternativa», y de él se derivaron palabras como *vicisitud* y el prefijo latino *vice-*, con el significado de «en lugar de», ablativo de *vicis* «cambio», que también está en el origen de *vicissitudo*, voz que en el siglo XVII llegó al español por vía culta como *vicisitud*. Un derivado mucho más antiguo de *vicis* en nuestra lengua es *vez*, que ya aparecía en los primeros documentos conocidos en español: los manuscritos del monasterio de San Millán de la Cogolla, fechados en el siglo X de nuestra era.

Víctima

En los primeros siglos de la lengua latina, *victuma* y, más frecuentemente, *victima* eran palabras que designaban a «seres humanos o animales vivos que habían sido elegidos para morir en sacrificios ofrecidos a los dioses». *Victimarius* era el nombre del verdugo (v. verdugo) encargado de matar a esos hombres o animales, hoy en español, *victimario*.

Con el tiempo, *victima* se fue aplicando no sólo a las personas y animales inmolados, sino también a aquellos que sufrían agresiones, torturas, accidentes, incluso enfermedades, una evolución que no ocurrió en el español, sino ya en el propio latín, como vemos en estas palabras de Ovidio: *Victima decipientis error* (Seré víctima de un defraudador).

¿Cómo llegó al latín la palabra *victima*? Debemos admitir que no está claro, pero podemos observar que muy cerca de este vocablo están *victus* «alimento» (aunque, también, «vencido») y *vinctus* «encadenado». Lo único cierto es que el papel de la víctima es cargar con los pecados de todos, ser «sacrificada» —de *sacrum facere* «hacer algo sagrado»— para que la sociedad se vea libre de sus culpas. Para los cristianos, ése fue el papel de Jesucristo, llamado *cordero de Dios que quita los pecados del mundo*, es decir, una víctima sacrificada para expiar las culpas de los demás.

Victoria

Fue en la guerra donde los hombres conocieron, desde los albores de su existencia, la satisfacción de la victoria y la pesadumbre y el dolor de la derrota.

En tiempos recientes, las guerras se han tornado más mortíferas de lo que jamás se podría haber soñado en las peores pesadillas de otros tiempos, pero el hombre también halló —en los deportes, por ejemplo— formas más civilizadas de experimentar los sentimientos que acompañan victorias y derrotas. En realidad, las justas deportivas habían sido cultivadas por los griegos con sus Juegos Olímpicos (v. olimpiada), pero en el año 394 de nuestra era fueron suspendidos por el emperador católico romano Teodosio el Grande, que cuestionaba su carácter pagano. Sólo en 1896 se disputarían, en Atenas, los primeros Juegos Olímpicos modernos. El fútbol no fue, inicialmente, una práctica olímpica, pero el deporte que llegó al siglo XXI convertido en pasión de multitudes ya se jugaba en algunos países de Europa y América latina, donde se formaron los primeros clubes.

El verbo latino *vincere* «vencer» dio lugar al apelativo *victor* «vencedor». *Victor omnium gentium* «vencedor de todos los pueblos» era una expresión utilizada por Julio Cesar, Cicerón y Virgilio. Cornelio Nepo y Horacio emplearían más tarde *victoria*, el femenino de *victor*, y también con el significado que esta

palabra tiene actualmente en español, como sinónimo de *triunfo*.

Victoria designaba, además, a una diosa romana y se convirtió en nombre de mujer y de una ciudad de Cantabria, hoy Santoña.

Victoria regia

Es el nombre de una imponente planta acuática tropical sudamericana de la familia de las ninfáceas, también llamada *victoria amazónica* o *nenúfar gigante del Amazonas*, que florece en aguas fluviales estancadas, especialmente en los ríos de la selvática cuenca del Amazonas.

El naturalista británico John Lindley le dio ese nombre en 1850, en homenaje a la reina Victoria, cuyo reinado marcó la última época del esplendor imperial británico, que abarcó la mayor parte del siglo XIX.

Regia es la palabra latina para real (*regium*) en femenino.

Villancico

En el latín vulgar hispánico, *villanus* era el habitante de una casa de campo, un labriego, y más adelante, pasó a designar genéricamente a todos aquellos que no eran hidalgos (v. hidalgo), a los hombres de clase baja.

En cierta época, estos labriegos se llamaron *villancicos* o *villancillos*, nombres equivalentes al francés *petit paysan*. Las coplas navideñas que estos labriegos componían se llamaron primero *coplas de villancico*, pero en el *Quijote* (1605) el significado de *villancico* ya se había extendido, y limitado, a las propias coplas:

Olvidábaseme de decir como Grisóstomo, el difunto, fue grande hombre de componer coplas; tanto, que él hacía los villancicos para la noche del Nacimiento del Señor, y los autos para el día de Dios, que los representaban los mozos de nuestro pueblo, y todos decían que eran por el cabo.

El Diccionario de la Academia definía así *villancico* en su primera edición (1739):

Composicion de Poesía con su estribillo para Música de las festividades en las Iglesias. Díxose assi según Covarr. de las cancioes villanescas, que suele cantar la gente del campo, por haberse formado à su imitación.

Villano

En el cine y en la literatura contemporánea, el villano es lo opuesto al héroe. Representa una figura detestable que encarna todos los males y maldades, y da sentido a la existencia del héroe, lo que ha hecho creer a mucha gente que la palabra proviene de vil.

Sin embargo, en la Edad Media los villanos eran los buenos y honestos habitantes de las villas, aquellos pequeños caseríos poblados por labriegos que laboraban las tierras de los miembros de la nobleza. Pero para los propietarios, el villano era un sujeto embrutecido, ignorante y vulgar, un concepto (o más bien un prejuicio) elitista que, con el tiempo, se extendió a la concepción moral del villano. Por esa razón, la voz *villano* fue usada cada vez con más frecuencia para designar a los sujetos que se caracterizaban por su maldad y vileza.

La palabra *villano* procede directamente del latín *villanus* «el habitante de una villa», que en latín clásico es «casa de campo»; *villa* se deriva del indoeuropeo *weik-* «clan», más precisamente, de su forma sufijada *weik-sla-*.

Vino

El vino, el licor fermentado de la viña *Vitis vinifera*, acompaña a la humanidad desde hace miles de años. En la Biblia (Génesis 9,20-27) se atribuye el descubrimiento del proceso de elaboración del vino a Noé, descendiente de Adán de sólo diez generaciones. En un episodio posterior al Diluvio, Noé habría plantado una viña con la que elaboró vino que bebió hasta embriagarse.

Los rastros más antiguos del cultivo de la *Vitis vinifera* se remontan al cuarto milenio a. de C. en la Mesopotamia, y un jarro manchado de vino que fue hallado en Irán ha sido datado en 3500 a. de C.

Los latinos llamaron *vinum* al jugo fermentado de esta uva. No se conoce el origen de esta palabra, pero se cree que se trata de un vocablo anterior a los indoeuropeos, del cual se derivó también el griego *oinos* «vino», que en nuestra lengua dio lugar a *enología*, el nombre de las técnicas de elaboración del vino.

El vocablo latino fue tomado por lenguas prehistóricas germanas, que lo convirtieron en *winam*, y se originó el alemán actual *Wine*, el holandés *wijn*, el sueco y danés *vin* y el inglés *wine*.

En las lenguas romances, el español *vino* se corresponde con el portugués *vinho*, el francés *vin* y el italiano *vino*. (V. viñeta).

Viñeta

Palabra de origen francés (de *vignette*, diminutivo de *vigne* «vid», «viña»), con

origen en el latín *vinea*, de idéntico significado, está registrada en ese idioma desde el siglo XIII, cuando se puso de moda en Francia decorar lozas y porcelanas con dibujos de hojas de ramas y de vid. Con la universalización del libro, hecha posible con la invención de la prensa de tipos móviles por Gutenberg, la novedad se extendió a la decoración de libros y revistas, que exhibían tales dibujos en lo alto de sus páginas o, más comúnmente, al comienzo de cada capítulo.

Con el tiempo, *viñeta* se usó para designar cualquier tipo de ornamento de libros o revistas, aun aquellos que no incluyeran dibujos de sarmientos. En el siglo XX, las viñetas, ya con formas y estilos completamente diferentes, llegaron a la televisión y a otros medios electrónicos, como la Web.

Violar

La palabra latina original *violare* «tratar a alguien en forma violenta» se originó en el sustantivo latino *vis* «vigor», «fuerza». En Tito Livio, *violatio* tiene el sentido de «daño, estrago». Así, *sine violatione ullius rei* significaba para él «sin causar daño alguno», pero en todas las épocas se refirió también, y sobre todo, al acto de violación sexual.

En español, el primitivo vocablo latino *vis* fue retomado en la expresión *vis cómic* «fuerza cómica».

Violencia

La violencia fue asociada desde tiempos muy remotos a la idea de la fuerza física. Los romanos la llamaban *vis*, *vires*, ese vigor que permite que la voluntad de uno se imponga sobre la de otro. *Vis tempestatis* se llama en latín el «vigor de una tempestad». En el Código de Justiniano se habla de una «fuerza mayor, que no se puede resistir» (*vis magna cui resisti non potest*).

Vis dio lugar al adjetivo *violentus*, que, aplicado a cosas, se puede traducir como «violento, impetuoso, furioso, incontenible», y cuando se refiere a personas, como «fuerte, violento, irascible». De *violentus* se derivaron *violare* —con el sentido de «agredir con violencia, maltratar, arruinar, dañar»— y *violentia*, que significó «impetuosidad, ardor (del sol), rigor (del invierno), ferocidad, rudeza y saña».

Cabe agregar que *vis*, el vocablo latino que dio lugar a esta familia de palabras, proviene de la raíz prehistórica indoeuropea *wei-* «fuerza vital».

Violín

Instrumento de madera, de cuerdas friccionables, el más agudo del cuarteto de cuerdas que forma junto con la viola, el violonchelo y el violón o contrabajo.

La *ravanastra*, un antiquísimo instrumento de la India, es el precursor más antiguo que se conoce del violín, junto con el *rebab* de los árabes. El violín fue creado en la segunda mitad del siglo XVI, cuando el fabricante de violas Gasparo da Salò adaptó un modelo de la *viola da braccio*. Pero el primer gran fabricante de violines fue Andrea Amati, de Cremona, cuyo nieto Nicolás fue maestro de Antonio Stradivari.

La viola se llamó antes en español *vihuela*, nombre que todavía conserva, aunque es menos usado. El poema *Martín Fierro*, del argentino José Hernández, empieza con una estrofa en la que se usa el vulgarismo «vigüela»:

Aquí me pongo a cantar
al compás de la vigüela
que al hombre que lo desvela
una pena extraordinaria
como la ave solitaria
con el cantar se consuela.

En realidad, Martín Fierro usaba viola para referirse a la guitarra española, como ocurría también con algunos autores de tangos de la primera mitad del siglo XX, según vemos en el tango de Humberto Correa *Mi vieja viola* (1950):

Vieja viola garufera y vibradora
de las horas de parranda y copetín,
de las tantas serenatas a la lora que
hoy es dueña de mi *cuore* y la trompa del bulín.

Viola tiene origen común con *viula* en la lengua provenzal de Oc, que deriva del verbo *viuler* «tocar la viola», de origen probablemente onomatopéyico. El instrumento se ha llamado en catalán *viola*, en catalán antiguo *viula* y en francés antiguo *vielle* (siglo XII).

Viril

Proviene del adjetivo latino *virilis* «viril», «masculino», «de hombre adulto»,

procedente del indoeuropeo *wirus* «hombre» y pertenece a la misma familia de palabras que *virtud*.

En castellano ejerció influencia sobre la formación del vocablo *varón*. Entre los siglos XIII y XVI, esta palabra se escribió también *baron*, pues se derivaba del latín medieval *baronem* «guerrero», pero por influjo de *viril*, pasó a escribirse con la grafía actual.

Visa, visado

Llegó al español procedente del francés *visa*, adoptado en esa lengua a partir del verbo latino *videre* o, más bien, de su supino *visum*, que en francés adquirió la forma *viser*. Inicialmente, significó «mirar con atención a alguien» o «apuntar a alguien con un arma».

En castellano, *visado* aparece por primera vez en la edición de 1803 del Diccionario de la Academia como participio pasado de *visar*, y éste, como «reconocer o examinar algún instrumento, certificación, etc., poniendo en ella el visto bueno».

Este sentido se mantiene en el español de hoy, pero es innegable que el uso del vocablo se fue especializando como «visto bueno que las autoridades consulares ponen en el pasaporte de un extranjero para permitir su entrada al país».

En el español peninsular se prefiere el empleo de *visado*, mientras que en América se adoptó la forma francesa *visa*, aunque probablemente por influencia del inglés, que la incorporó de manera idéntica. En portugués, en cambio prevaleció la forma hispánica *visto*, que es también, como en castellano, el participio pasivo de *ver*.

Vitamina

Es el nombre genérico de trece compuestos orgánicos indispensables para el buen funcionamiento del organismo que participan en la formación de hormonas, de células, de sustancias químicas del sistema nervioso y del ADN.

El bioquímico polaco Casimir Funk fue quien las descubrió en 1912 y, pensando que se trataba de compuestos que contenían aminas, las llamó con la palabra latina *vita* «vida» unida al alemán *amine* «amina»: *Vitamine*, en alemán.

Vitofilia

Es el nombre de la poco conocida afición a coleccionar los anillos o vitolas que adornan los cigarros puros.

Con el estallido de la demanda mundial de cigarros habanos, ocurrida alrededor de 1840, la industria tabacalera cubana entró en un período de apogeo que llevó, en pocos años, a la multiplicación por diez del volumen de las exportaciones, con lo que el ramo abrió sus puertas a un sinnúmero de novedades procedentes del exterior, principalmente de Europa.

Una de ellas fue la introducción de los anillos de papel que, desde entonces, se ponen en los puros, con hermosas imágenes y colores vivos. Inicialmente, estos anillos se realizaban mediante métodos litográficos de impresión en relieve, pero nuevas técnicas dotaron de una impactante belleza a los cigarros, que ya eran calificados como los mejores del mundo.

La mayor variedad de estos dibujos, verdaderas obras de arte, partió de los fabricantes de los afamados cigarros Romeo y Julieta, quienes, en poco tiempo, ofrecieron una variedad de entre cuatrocientos y quinientos anillos, muchos de los cuales habían sido diseñados por artistas famosos para un único comprador.

No demoró en surgir la afición a coleccionar estos anillos, la vitolfilia, denominación que pasó al inglés como *vitolphily*, originado en el nombre de estas vitolas. Se trata de un vocablo de procedencia incierta que Corominas supone que puede derivarse del portugués *bitola* «norma reguladora o medida de un diámetro o abertura», cuyo primer registro en la lengua de Camões data de 1603, aunque como *vitolla*.

Vituperar

El Diccionario define *vituperar* como «criticar a alguien con dureza, reprimirlo o censurarlo», pero, etimológicamente, esta palabra significa «parar el vicio o el mal hábito». En efecto, *vituperar* proviene del latín *vituperare*, que se formó a partir de *vitium* «vicio» y *parare* «parar», o sea, «reprender para evitar una mala costumbre».

Viuda

Para los romanos, una viuda era una mujer solitaria que, tras la muerte de su marido, quedaba bajo la responsabilidad de su hijo varón mayor o de la familia de su esposo.

El significado etimológico de *viuda* es, precisamente, «separada, dividida», en el sentido de «arrancada de su estado natural». La palabra llegó al español procedente del latín *vidua* y ésta, del indoeuropeo *widhewo*, que se formó a partir de la raíz *weidh-*, que denota la idea de «separar» y que en nuestra lengua dio origen también a *dividir* y en sánscrito, a *vidhu* «solitario».

De la palabra latina se derivaron el francés *veuve*, el italiano *vedova* y el portugués *viúva*.

Vocación

La vocación es un llamado, sea de Dios, del destino o de la vida. Jesús afirmaba, según Mateo, que «muchos son los llamados y pocos los elegidos».

Vocación proviene del latín *vocatio*, que se derivó, a su vez, del verbo *vocare* «llamar», vocablo originado en la raíz indoeuropea *wekw-*, de la cual provienen también *voz*, *evocar*, *invocar*, *provocar* y *vocabulario*.

Vodevil

Del francés *vaudeville*, es un tipo de espectáculo teatral que se hizo muy popular en Estados Unidos hacia el siglo XIX y comienzos del XX, como réplica del *music hall* inglés.

El término francés había surgido en el siglo XV en el valle de Vire, en la región de Normandía, para designar las canciones satíricas ofrecidas por el intérprete Olivier de Basselin, que eran conocidas como *chansons du vau de Vire* «canciones del valle de Vire», nombre que se abrevió, *vaudevire*, antes de adoptar la forma actual *vaudeville*, que se incorporó sin variación al Diccionario académico a partir de su edición de 1927. Sólo en 1985 se adoptó la grafía castellanizada *vodevil*.

Volcán

Un volcán consiste en una fisura en la corteza de la tierra, generalmente en forma de cono, en cuyo punto más alto hay un agujero que conduce al interior del planeta. Por este agujero suele expelerse materia ígnea en forma incandescente, que proviene de las profundidades de la Tierra.

Vulcano era el dios del fuego y de los metales en la mitología romana —llamado *Hefestos* por los griegos—, casado con Venus, la diosa del amor y de la belleza femenina (Afrodita para los griegos). Vulcano era herrero y, según la tradición latina, tenía su taller en la cima del monte Etna, donde hay un volcán, pero los griegos lo habían situado en la isla volcánica de Lemnos. Así como del nombre de Venus se formó la palabra *venéreo* (v. venéreo) y de Afrodita *afrodisíaco* (v. afrodisíaco), de Vulcano los romanos derivaron *vulcanus*, que llegaría a nosotros como *volcán*.

En español, la palabra se usó desde el siglo XIII; formaba parte, inicialmente, del nombre de los tres volcanes italianos —Etna, Vesubio y Stromboli— y luego,

convertida en nombre común por los descubridores castellanos y portugueses, se aplicó a los numerosos montes ígneos que hallaron en África, América y las Azores.

Vudú

Se trata de una creencia religiosa que es mayoritaria en Haití, pero que también se practica en Cuba, en Trinidad, en Brasil y en algunos lugares del sudeste de Estados Unidos, sobre todo en Louisiana. El vudú es una creencia sincrética que combina elementos del catolicismo y de religiones tribales de África. En el vudú se venera a un dios principal, el Bon Dieu, y también a los antepasados.

Como esta creencia es poco conocida, su nombre suele evocar diabólicos ritos tribales en los que un hechicero clava agujas en un muñeco para lograr que alguna víctima, tal vez a muchos kilómetros de distancia, sufra dolores horribles, ataques cardíacos o enfermedades incurables. El vudú se asocia con frecuencia a Haití, dado que los sanguinarios dictadores François y Jean-Claude Duvalier solían practicar estos rituales para amedrentar a sus víctimas.

La palabra proviene del vocablo africano *Dahomey vodun*, que significa «espíritu».

Vulgar

Derivada del latín *vulgus*, que denotaba el populacho. En Lucrecio, *spargere per vulgus*, así como en Horacio, *in vulgus*, significaba «difundir rumores». A partir de *vulgus*, se formó el adjetivo *vulgaris*, que llegó a nosotros como *vulgar*.

La Vulgata, versión de la Biblia traducida al latín en el siglo IV, se llamó así porque su texto era accesible a las personas comunes, por más que en aquella época eran muy pocas las personas *comunes* que sabían leer y escribir.

W

Whisky

El nombre *whisky*, la bebida nacional de los escoceses, significa, etimológicamente, «agua de la vida». Es la forma abreviada de *whiskybae*, que surgió como deformación de *usquebaugh*, versión anglicada de la expresión galesa *uisge beatha* «agua de la vida». La palabra galesa *uisge* «agua» tiene el mismo origen indoeuropeo que *water* «agua» en el inglés actual, mientras que *beatha* «vida», proviene del latín *vita*.

La forma españolizada *güisqui*, que la Real Academia intenta imponer desde 1984, no parece haber sido acogida por los hablantes, que en las dos décadas transcurridas desde la propuesta inicial, han preferido mantener la forma original inglesa.

Y

Yanqui

Este gentilicio surgió a mediados del siglo XVIII para designar a los habitantes de la región estadounidense de Nueva Inglaterra, donde abundaban en esa época los colonos holandeses. *Yankee* proviene de Janke, un diminutivo del nombre neerlandés Jan.

Aunque esta etimología está suficientemente establecida, hay quien afirma que *yankee* deriva de Jan Kaas (Juan Queso, en holandés), al considerar que así es como denominaban los colonos ingleses a sus colegas de origen holandés, ya que la elaboración de queso era una de sus habilidades más notorias. En todo caso, el apodo se extendió muy pronto a los pobladores de los estados del norte de los Estados Unidos. En la guerra de Secesión, que se libró en el siglo XIX, los confederados del sur llamaban *yankees* a los habitantes de todo el norte.

Fuera de los Estados Unidos, se ha hecho común el uso de *yanqui* para designar a cualquier ciudadano norteamericano debido, probablemente, a la falta de un gentilicio apropiado, pues *estadounidense* podría ser aplicado perfectamente a los mexicanos, y *norteamericano*, tanto a éstos como a los canadienses.

El primer registro que se conoce en inglés de esta palabra es en la canción *Yankee Doodle*, escrita por un inglés para burlarse de los colonos nativos de los Estados Unidos. En la revolución de 1776, los soldados de George Washington hicieron un himno patriótico de la canción de desdén.

Yate

En la antigua lengua germánica, así como en el alemán moderno, *jagen* significa «cazar». Los germanos llamaban *jachtschiff* «barco de caza» a un velero rápido y ligero usado con ese propósito. Hacia el siglo XVI, la Marina de guerra holandesa adoptó ese tipo de barco para perseguir en su costa a piratas y contrabandistas y lo llamó *jaght*.

Un siglo más tarde, este velero fue usado por primera vez como nave de recreo cuando la Dutch East India Company le regaló uno con esa finalidad al rey Carlos II de Inglaterra. Armadores ingleses no tardaron en copiar el diseño para fabricar lujosos navíos de recreo destinados a los nobles y a los burgueses ricos.

En inglés, la palabra pasó por varias grafías, tales como *yeogh*, *yaught* y *jacht*, antes de la forma actual *yacht*, que hacia mediados del siglo XIX llegó a nuestra lengua como *yate*.

Yerno

Para los latinos, el verbo *gignere* significaba «crear, generar» y también «fecundar». Virgilio preguntaba *qui te genuere parentes?*, con el sentido de «¿quiénes son tus padres?», y Cicerón se refería a Hércules como *quem Jupiter genuit* «Hércules, engendrado por Júpiter».

Gignere dio origen a *gener* «aquel que engendra», literalmente, para designar al marido de la hija o al marido de la nieta. Justiniano usó *gener* con la denotación de «marido de la hermana» o «cuñado», mientras que Horacio se refería con esa palabra al «amante de la hija».

El vocablo ingresó al español bajo la forma *yerno*, usada ya en el siglo XIII por Alfonso X en su *General estoria* (1270), como vemos en el trecho siguiente:

[...] la enbidia te estorua aty todo esto & las gentes que tu conqueriste a duro pasaran que danno non tomes por ello por firme lo ha judgado el yerno de echar del rreyno al suegro.

Gener fue adoptado por el italiano como *genero*, por el portugués como *genro* y por el francés como *gendre*.

Yugular

Es el nombre de una vena que recibe la sangre del cerebro, de la cara y del cuello, y desemboca en la vena subclavia, situada debajo de la clavícula.

Proviene del latín vulgar *jugularis*, del latín clásico *jugulus*, *-i* «clavícula», «garganta», «cuello», diminutivo de *jugum* «yugo», vinculada ésta a *jungo -ngere* «juntar», «unir», «uncir».

La yugular es uno de los principales vasos que se cortan al degollar a alguien; por esa razón, los clásicos latinos usaban el verbo *jugulo*, *-are* para referirse al acto de degollar, y *jugulator*, *-oris* significaba «degollador» y, por extensión, «matador, asesino».

Yuppie

Aunque esta palabra constituye un anglicismo, su uso en castellano parece justificado por la inexistencia de un equivalente vernáculo.

El vocablo *yuppie* se formó en los Estados Unidos en la segunda mitad del siglo XX, como acrónimo de *young urban professional* «joven profesional urbano», para designar a profesionales universitarios jóvenes que se desempeñan en grandes empresas y ganan salarios muy elevados. En inglés se formaron variantes de esta palabra que no llegaron al español, tales como *buppie* (*black yuppie* o *yuppie* negro), *guppie* (de *green yuppie*, o sea, preocupado con el medio ambiente) y *juppie* (*japanese yuppie*, para designar a los de ascendencia japonesa).

Z

Zafarrancho

En un navío de guerra hay varias partes que llevan el nombre de *rancho*. Entre ellas cabe mencionar el lugar donde se alojan los miembros de la tripulación en situación normal, es decir, cuando no están en combate. Pero también se llama *rancho* a cada uno de los grupos de marineros que se forman para mantener la disciplina y distribuir las faenas del barco.

Cuando el capitán de un buque de guerra da una orden de *zafarrancho de combate*, los marineros deben abandonar sus posiciones en el rancho, o sea, *zafarse* de él y prepararse para la lucha.

La palabra está en el Diccionario de la Academia desde 1834, pero lo cierto es que ya había registros de su uso en castellano por lo menos desde 1507, como en este trecho de *Primer viaje alrededor del mundo* en el que el marinero italiano Antonio Pigafetta narra su vuelta al mundo, la primera de la historia, con Hernando de Magallanes y Juan Sebastián Elcano:

Al acercarnos a la ciudad, ordenó el capitán general que se empavesaran las carabelas, medio arrióse el trapo como en zafarrancho de combate y disparó las bombardas todas, con lo que se sembró el pánico por doquier.

Zafiro

«Corindón cristalizado de color azul».

Las piedras preciosas fascinan a la humanidad desde muy antiguo, tanto por su fría belleza como por su perennidad. Formadas en el seno de la Tierra hace millones de años con sustancias del magma granítico sometidas a titánicas presiones y temperaturas altísimas, han sido admiradas a lo largo de muchos milenios desde que fueron descubiertas por el hombre, al punto de que las gemas que enorgullecieron a los faraones siguen siendo objeto de entusiasmo para la gente del siglo XXI.

El zafiro es una de estas piedras, conocida en español hacia 1250 como *çafí* y *çafil*, y en el siglo XIV como *çafir*. La palabra proviene del latín *sapphirus* y ésta, del griego *sáppheiros*; se cree que los helenos la tomaron de una lengua semita:

del hebreo *sappir* o, más probablemente, del árabe *safir*.

Existe menor certeza sobre la fuente primigenia de esta palabra, que puede estar en el sánscrito *sanipriya*, que significaba «piedra preciosa del planeta Saturno», formada por *sani* «Saturno» y *priya* «preciosa».

Zaga

En la Edad Media, los árabes usaban la palabra *saq* con la denotación de «rebaño» y también para designar «el acto de conducirlo o pastorearlo». Más adelante, la palabra ingresó al lenguaje militar de ese pueblo bajo la forma *saqa*, que se refería a la «retaguardia de un ejército».

El vocablo entró al castellano con cedilla bajo la forma *çaga*, como aparece documentada en el *Cantar de Mio Cid* y, hacia el siglo XIII, dio lugar al modo adverbial *en çaga*, usado para denotar «atrás» o «detrás».

En el siglo XIII, ya aparecía *çaguero* con el significado de «último» o «que está detrás». La grafía con cedilla se mantuvo hasta el siglo XV, aunque convivió durante más de un siglo con la forma actual, *zaguero*. Sin embargo, por esa época era considerado un vocablo vulgar, al punto de que Juan de Valdés decía en su *Diálogo de la lengua* (1535):

Tampoco digo cabero ni çaguero, porque están desterrados del bien hablar, y sirven en su lugar «último» y «postrero».

A partir de entonces, *zaguero* se usó muy poco en castellano, hasta reaparecer en el siglo XIX en la pelota de mano, para designar al jugador que se desempeña en la parte más alejada del frontis. Pero el vocablo ganó dimensión internacional sólo en el siglo XX, cuando el fútbol se tornó popular en los países hispanohablantes, y se impuso para reemplazar a *back*, que es como se designa en inglés a los futbolistas que juegan en las últimas líneas de la defensa.

Sin embargo, no es difícil tropezar aún hoy en crónicas futbolísticas con la palabra inglesa, que resiste bravamente las embestidas del vocablo hispánico de estirpe árabe, como vemos en este texto de la revista estadounidense *Noticiero de Norte a Sur*, publicado en julio de 2002:

Los esquemas se vuelven un verdadero problema matemático o geométrico, y yo me pregunto: ¿qué tenía de malo jugar con un *back* derecho, ahí cerquita del área nomás, un *back* izquierdo que tapaba agujeros y hasta se mandaba al ataque?

Estos delanteros son los grandes astros del fútbol, que hacen temblar estadios

enteros con la magia de sus goles, pero después de algunos años, poca gente recuerda a esos imprescindibles jugadores de defensa. A pesar de que algunos de ellos hayan pasado a la historia, como José Santamaría y Djalma Santos, lo cierto es que su función, aunque no sea menos importante, carece de la espectacularidad del juego de los goleadores, responsables de las grandes emociones de los estadios.

Zalamero

La palabra árabe *salam* significa «paz» y se usa con preferencia en saludos afectados y exagerados, como sugiere la palabra española *zalama*, que se emplea, precisamente, para referirse a ese tipo de saludos. El individuo que es dado a zalamas, o sea, a ofrecer saludos cargados de adulonería, es llamado *zalamero*.

Salam, que está también en el nombre del Islam, se usa en el saludo árabe *salam alayk*, a partir del cual se formó en el portugués de Brasil el vocablo *salamaleque*, con el mismo significado que *zalama* o *zalamería*.

Podemos ver un ejemplo del uso de *zalamero* en *La historia de las cuevas de Salamanca* (1733), de Francisco Botello de Moraes:

Fue lucido y agradable el agasajo: y mostró Morgana más que ordinario amor a Brujilo, porque el pícaro era hermoso y *zalamero*. Y aun Brujilo se enamoró de ella con tal pasión que estuvo resuelto a dejarlo todo por quedar en su compañía.

Zanahoria

Es el nombre de las variedades de una planta umbelífera originaria de Europa y Asia, y también el de su raíz, conocida con el mismo nombre de la planta.

Su denominación es una antigua palabra castellana, llevada a la península por los árabes bajo la forma *safunariya* y también, en cierta época, *isfannariya*. Sin embargo, no es voz del árabe clásico, pues se la registra apenas en el árabe hispánico y en el magrebí, dialecto hablado hoy en Marruecos, Argelia y Túnez.

Corominas señala como primera documentación en castellano la forma *çanahoria*, que llega hasta Nebrija, pero también se registró *acinoria*, que pasó al portugués como *cenoura*. En algunas partes de Salamanca y Burgos se la conoce como *cenoria*. Una de las formas arcaicas se conserva en el sefardí o judeoespañol *safanoria*.

Aunque no cabe duda de que la palabra llegó al español por medio de los árabes,

se ignora de dónde la tomaron éstos. El nombre de la zanahoria en latín era *pastinaca*, que se mantiene en algunas regiones de habla catalana como *pastanaga*.

En Europa, es palabra exclusiva de las lenguas hispánicas; en francés, se adoptó *carotte*; en inglés, *carot* y en italiano, *carota*. Estas palabras provienen del latín *carota*, *-ae*, que permaneció en castellano en *caroteno*, el hidrocarburo que se convierte en vitamina A, y que abunda en la zanahoria, dándole su color característico.

Zar

A partir de la muerte de Julio Cesar, la fama de su poderío imperial y de su gloria se propagó a través de los siglos, y su nombre se convirtió en homónimo de emperador. Pero la historia de los cesares no terminó con la caída definitiva del Imperio romano; los emperadores germánicos resolvieron adoptar el nombre de los emperadores romanos, tal vez con la esperanza de reeditar su gloria, y lo revivieron de acuerdo con la pronunciación que se cree que empleaban los romanos: *cáesar*, que adaptaron como *kaisar* y, más tarde, *Kaiser*.

La vieja palabra latina no se detuvo en las fronteras germanas y llegó al ruso arcaico como *tsísari*, y, posteriormente, *tsar*, que, a su vez, pasó al francés y al inglés como *czar*. El primer zar con ese título fue Iván el Terrible, que ocupó el trono de Moscú en el siglo XVI, unos mil seiscientos años después del asesinato de Julio Cesar.

La Real Academia incluyó la palabra ya en la primera edición de su Diccionario, en 1739, como «Príncipe dominante de Moscovia», explicando que lo escribía sin la c inicial «pronunciada por los moscovitas» debido a la dificultad de la fonética del grupo *cz* en español.

Zodíaco

Zona o franja del cielo por el centro de la cual pasa la eclíptica. Tiene 16° a 18° de ancho total y contiene los doce signos o constelaciones recorridos por el Sol en su marcha anual aparente.

A lo largo del año, el Sol hace un giro de 360° sobre la esfera celeste, trazando una línea imaginaria llamada *eclíptica* y pasando sobre las doce constelaciones del Zodíaco, cada una de las cuales ocupa una franja de 30°. Algunas de estas constelaciones sugirieron a los antiguos formas de animales —que no siempre son fáciles de ver—, como ocurre con Aries, Tauro, Cáncer, Leo, Escorpión, Capricornio y Piscis; pero otras evocan figuras míticas o simbólicas, como las de los gemelos Cástor y Pólux (Géminis), la balanza (Libra), la virgen (Virgo), el

arquero (Sagitario) o el agua (Acuario).

La idea del Zodíaco puede hallarse en las antiguas civilizaciones mesopotámicas, pero fueron los griegos quienes lo confeccionaron tal como hoy lo conocemos, con elementos de su propia mitología combinados con los que habían heredado de los astrólogos babilonios y egipcios, y usando como argamasa la ciencia de sus geómetras.

Los griegos llamaron a esta creación *zodiakós kyklos* «círculo de animales», cuyo nombre proviene de *ta zodia* «los pequeños animales».

En el Zodíaco de los griegos, al igual que el que vemos en los horóscopos publicados en la prensa, el Sol entraba a la constelación de Aries el 21 de marzo, como ocurría en tiempos de los caldeos. Sin embargo, uno de los cuarenta movimientos de la Tierra, llamado *precesión de los equinoccios*, desplaza las constelaciones en la eclíptica a lo largo de los siglos, dando una vuelta completa cada 28 000 años, de modo que los signos del Zodíaco ya no corresponden a las fechas que vemos en los horóscopos, sino que se han desplazado casi dos signos.

BIBLIOGRAFÍA

- ALARCOS LLORACH, Emilio: *Gramática de la lengua española*, Madrid: Espasa Calpe, 2001.
- AYTO, John: *Dictionary of words origins*, Nueva York: Arcade Publishing, 1993.
- BEVINGTON, Gary: *Where Do Words Come From?*, Iowa: Kendall Hall Publishing Company, 1995.
- BRÂNDAO, Juno: *Dicionário mítico-etimológico da mitologia grega*, Petrópolis: Vozes, 1991.
- BUENO, Marcio: *A origem curiosa das palavras*, Río de Janeiro: José Olimpo Editora, 2003.
- BUITRAGO, Alberto, y J. Agustín TORIJANO: *Diccionario del origen de las palabras*, 2.^a ed., Madrid: Espasa Calpe, 1998.
- CANSDALE, G. S.: *Animales y hombres*, Barcelona: Aymá, 1954.
- CARRÉ, I.: *Mots dérivés du Latin et du Grec*, París: Librairie Armand Colin, 1915.
- CHANTRELL, Glynnis: *The Oxford Dictionary of Words Histories*, Oxford: Oxford University Press, 2002.
- COREY, Dale: *Inventing English*, Nueva York: Berkeley Books, 1997.
- COROMINES, Joan: *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*, 3.^a ed., Madrid: Gredos, 1973.
- (Con la colaboración de José Antonio Pascual): *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, 6 vols., Madrid: Gredos, 1980.
- CORRIPIO, Fernando: *Diccionario de ideas afines*, 3.^a ed., Barcelona: Herder, 1991.
- CUNHA, António Geraldo da: *Dicionário etimológico da lingua portuguesa*, Rio de Janeiro: Nueva Fronteira, 1986.
- DARLING BUCK, Carl, y otros: *A Dictionary of Selected Synonyms in the Principal Indo-European Languages*, Chicago: The University of Chicago Press, 1998.
- Diccionario latino-español español-latino*, 21.^a ed., Barcelona: Spes, 1993.
- Enciclopedia Mirador Internacional*, San Pablo: Encyclopaedia Britannica do Brasil, 1979.
- FRAGO GRACIA, Juan Antonio: *Historia del español en América*, Madrid: Gredos, 1999.
- FUNK, James Earl: *2107 Curious Word Origins, Sayings and Expressions*, Nueva York: Galahad Books, 1993.
- FUNK, Wilfred: *Word Origins: An Exploration and History of Words and*

- Language*, Nueva York: Wings Books, 1998.
- GOBELLO, José: *Nuevo diccionario lunfardo*, Buenos Aires: Corregidor, 1994.
- GRIMAL, Pierre: *Dicionário da Mitologia Grega e Romana*, Rio de Janeiro: BCD União de Editoras, 1997.
- LAPESA, Rafael: *Historia del idioma español*, Madrid: Gredos, 1981.
- LÁZARO CARRETER, Fernando: *El dardo en la palabra*, Barcelona: Galaxa Gutenberg, 1998.
- Diccionario de términos filológicos*, Madrid: Gredos, 1991.
- LISCANO, Carlos: *Lengua curiosa*, Montevideo: Ediciones del Caballo Perdido, 2003.
- LOYN, Henry R. (comp.): *Dicionário da Idade Média* (trad. Álvaro Cabral), Rio de Janeiro: Jorge Zahar Editor, 1997.
- LUCIO, Felipe de: *Origen de las palabras y las frases*, Lima: DE, 1983.
- MARÍN, Jorge (dir.): *Idiomas y Comunicación*, Buenos Aires, 2001.
- MERRIAM-WEBSTER: *The Merriam-Webster New Book of Word Histories*, Springfield (Massachusetts): Merriam-Webster Inc., 1991.
- MOLINER, María: *Diccionario de uso del español*, Madrid: Gredos, 1991.
- NAVARRO, Fernando: *Parentescos insólitos del lenguaje*, Madrid: Ediciones del Prado, 2001.
- New Encyclopaedia Britannica*, 15.^a ed., Chicago: Encyclopaedia Britannica Inc., 1982.
- PARTRIDGE, Eric: *Origins. A Short Etymological Dictionary of Modern English*, Nueva York: Greenwich House, 1983.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA: *Esbozo de una nueva gramática de la lengua española*, Madrid: Espasa Calpe, 1973.
- Diccionario de la lengua española*, 22.^a ed., Madrid: Espasa Calpe, 2001.
- RÓNAI, Paulo: *Não perca seu latim*, 5.^a ed., Rio de Janeiro: Nova Fronteira, 1990.
- Dicionário universal da citações*, Rio de Janeiro: Nova Fronteira, 1991.
- ROOM, Adrian: *The Fascinating Origin of Everyday Words*, Chicago: NIC Pub. Group., 1991.
- SÁNCHEZ DONCEL, Gregorio: *Diccionario de latinismos y frases latinas*, Sevilla: Noesis, 2003.
- SARAIVA, F. R. dos SANTOS: *Novíssimo diccionario latino-portuguez*, 9.^a ed., Rio de Janeiro, 2004.
- SECO, Manuel: *Diccionario de dudas y dificultades de la lengua española*, 10.^a ed., Madrid: Espasa Calpe, 1998.
- SILVA, Dionisio da: *De onde vêm as palavras*, San Pablo: Mandarim, t. I, 1997.
- De onde vêm as palavras*, San Pablo: Siciliano, t. II, 1998.

The Middle Age: A Concise Encyclopedia, Nueva York: Thames and Hudson, 1989.

TRESIDDER, Jack: *O grande livro dos símbolos*, Rio de Janeiro: Ediouro, 2001.

VEGA, Vicente: *Diccionario de rarezas e inverosimilitudes*, Barcelona: Gustavo Gili, 1962.

VILCHES ACUÑA, Roberto: *Semántica española*, Buenos Aires: Kapeluz, 1954.

WATKINS, Calvert: *The American Heritage Dictionary of Indo-European Roots*, Boston: Houghton Mifflin Company, 2000.

NOTAS

[0] Fernando A. Navarro (Salamanca) es médico, traductor médico y lexicógrafo. Es autor del *Diccionario crítico inglés español de medicina* (McGraw Hill) y de *Palabras insólitas*, Ediciones del Prado. <<

[1] Este texto se basa en los datos de un artículo publicado por el columnista de informática del diario brasileño O Globo, BPiropo, quien autorizó esta versión. <<

[2] Islote formado en el Pacífico por un celenterado llamado madrepora. <<

[3] Solís era oriundo de la ciudad andaluza de Lebrija, donde también nació su contemporáneo, el lingüista Antonio de Nebrija, quien se casó con su coterránea Isabel de Solís, posiblemente pariente del navegante. <<

[4] El rico patrimonio de los orientales, Montevideo. <<

[5] Leandro Carré Alvarellos: La Coruña: Roel, 1955. <<

[6] Alteración del orden de las letras de una palabra. <<

[7] Buenos Aires: Sudamericana, 1989. <<

[8] Cambio de lugar de un sonido en una palabra. <<

[9] Metátesis es la alteración del orden de una sílaba dentro de una palabra. <<

[10] Novo Dicionário Banto do Brasil, Rio de Janeiro: Pallas, 2003. <<

[11] Tres mil historias: Aguilar, 1999 <<

[12] Madrid: Ediciones del Prado, 2002. <<

[13] Dios griego del vino, hijo de Zeus y Sémele. <<

[14] Dios del vino y las uvas, equivalente romano de Dionisio. <<

[15] Cuando decimos que las estrellas permanecen fijas nos referimos a su posición en la esfera celeste, pero cabe recordar que ésta tiene un movimiento aparente que corresponde a la rotación de la Tierra. <<

[16] Los latinos tenían la palabra templum para denominar lo que nosotros llamamos templo, en el sentido de un edificio destinado a adorar a un dios. Fanum era más bien un lugar sagrado, independientemente de que allí se hubiera construido o no un templo. <<

[17] Del latín syncopa. Figura de dicción que consiste en suprimir un sonido en medio de una palabra, como en navidad, por natividad. <<

[18] Búsqueda en Google sobre textos en español, hecha en julio de 2005. <<